

REYES CALDERÓN

DISPARA

A LA

LUNA

Vuelve Lola MacHór

Premio Azorín 2016

Lectulandia

Lola MacHor recibe un insólito SMS de Juan Iturri, inspector de la Interpol en Lyon. Son sólo dos referencias enigmáticas, pero su instinto le asegura que su amigo está en peligro. A la vez, en presidencia del Gobierno, se recibe una carta con el sello de la Organización, en la que se reivindica el secuestro de Iturri. Junto a sus exigencias, anuncian su muerte en una semana en caso de que no se cumplan sus demandas. Villegas, el mayor experto antiterrorista español en suelo francés, es el encargado del caso, y Lola, gracias a su testarudez, consigue entrar en su equipo. Disponen de cuatro días para liberar a Iturri, pero nada es lo que parece.

La más auténtica Lola MacHor no defraudará a sus fieles lectores, quienes, además de disfrutar con su humor y su fino olfato, podrán comprender los complejos lazos que la unen a Juan Iturri, así como los estragos que pueden causar el odio y la venganza.

**Lectulandia**

Reyes Calderón

# **Dispara a la luna**

**Lola MacHor - 06**

ePub r1.0

Titivillus 24.04.16

Título original: *Dispara a la luna*  
Reyes Calderón, 2016

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



Esta novela obtuvo el Premio Azorín 2016,  
concedido por el siguiente jurado:  
Almudena de Arteaga, Juan Eslava Galán,  
Carlos Ferrer, Belén López Celada, José Payá Bernabé,  
Nativel Preciado,  
César Augusto Asencio, que actuó como presidente  
del jurado, y María José Argudo  
Poyatos, que actuó como secretaria sin voto.

La Diputación Provincial de Alicante y Editorial Planeta  
convocan y organizan el Premio Azorín de Novela.  
Editorial Planeta edita y comercializa la obra ganadora.

*A Juan, que tras practicar durante treinta años,  
entiende lo que no digo y lee lo que no he escrito*

No hay nada más bello que lo que nunca he tenido,  
nada más amado que lo que perdí.

JOAN MANUEL SERRAT



# PRÓLOGO

Comisaría de Bron, región de Ródano-Alpes,  
Francia. 10 de diciembre

# 1

Si formularan las preguntas oportunas, me vería obligada a responderlas. Por suerte, los agentes de la gendarmería francesa se empeñan en hacerme revelar datos que ignoro. Quieren saber qué relación tenía con el hombre cuyo cuerpo acaban de localizar en el número 30 de la calle de L'Humanité, junto a la chimenea. Ni siquiera tengo que mentir: la verdad absoluta es que no sé quién es. En mi deficiente francés, expongo que ni tengo ni nunca he tenido relación alguna con el difunto, de quien, por desconocer, desconozco hasta el nombre.

Estoy esposada con ambas manos a la espalda, en pie en medio de la sala, a dos pasos del cadáver, al que, a la espera de la llegada del furgón del anatómico forense, alguien ha cubierto con una sábana. Estoy inquieta y enojada, y la mejilla me arde tras el golpe recibido; sin embargo, esos sentimientos no me impiden captar el gesto malicioso de dos de los agentes, que intercambian miradas obscenas, y añado:

—Quiero que quede constancia de lo que voy a declarar: no era amante, ni enemiga, ni esposa, ni colega del occiso. Sé que, dadas las circunstancias, resulta difícil de creer, pero les aseguro que lo que digo es radicalmente cierto: el muerto era para mí un perfecto desconocido. Lo he visto por primera vez esta madrugada al acceder a esta vivienda. Estaba tendido en el suelo, con un charco de sangre ya oscura bordeándole la cabeza. Y con los calcetines... Bueno, creo que eso no hace falta mencionarlo: ustedes mismos han podido comprobarlo.

Oigo las risitas de los agentes, y, como tengo buen oído, cuando estas se desvanecen, oigo también cómo mascullan sus conclusiones al oído del comisario:

—Está claro, señor, estamos ante un crimen pasional. Dos hombres discuten por una mujer y acaban matándose entre sí —refiere uno de ellos.

Otro, mayor y más bajito, añade:

—La verdad es que no se entiende. La pelirroja no vale una bala. Salvo que sea ella la que haya disparado. Si quiere mi opinión, no me extrañaría. ¿Le ha visto los labios? La muy puta se los acaba de pintar. ¿Quién, salvo una asesina de amantes, se pinta ante un cadáver? ¡Vieja Mata Hari! Seguro que si le pasamos el algodón por los dedos, da positivo en pólvora.

El comisario se gira y me enfoca con sus ojos saltones. Yo le miro a él también. Nota que les he entendido, pero no dice nada. Yo tampoco. Se recrea unos segundos, pocos, y luego, con un gesto, ordena que localicen la cartera del muerto. La lleva en el bolsillo trasero del pantalón, apostado más o menos a la altura de las rodillas. Sin dejar de mirarme, pide que proporcionen en voz alta datos sobre su identidad.

—Según su carné, comisario, es un varón. Tenía cuarenta y cinco años y es de nacionalidad española. Responde al nombre de Kepa Otano y reside en la localidad de Olaza... Olazagutia, en la Comunidad Foral de Navarra.

Le cuesta pronunciar el nombre. Pero yo no me detengo en su dificultad, cuanto en la aclaración sobre el género del occiso. Y no puedo evitar que se me escape una

risita. No hace falta un carné para saber que el muerto era varón. Aunque en Francia son tan modernos, que vaya usted a saber. A raíz de mi gesto espontáneo, me vuelven a interrogar. Me preguntan por qué la muerte de ese compatriota y vecino me produce hilaridad. Y declaro de nuevo, muy seria esta vez, que es la primera vez que oigo su nombre y veo su cuerpo. Pero que, por lo que dicen, él es navarro y yo soy vasca: cosas tan distintas como parisino y lionés.

Ante ese comentario, todos vuelven sus ojos hacia mí, como si, por esa aclaración, me hubieran pillado en un renuncio. E insisten. Las mismas preguntas, una y otra vez. No les culpo. Les comprendo. Pero mi respuesta no puede ser otra: les repito que no le conocía. Lo hago con todo el convencimiento del que soy capaz. No necesito mucho porque es la pura verdad, y es una suerte porque miento bastante mal. De hecho, mis mentiras llevan siempre tics incorporados. Involuntariamente, se me encoge la nariz, me atuso el cabello y me paso los dedos por la comisura de los labios. Esta vez no me ocurre. No podría suceder aunque quisiera: con las manos esposadas, no hay tics que valgan. Aunque mi angustia subsiste.

El comisario también está empezando a ponerse nervioso. Se llama Roland Mathieu. Es un hombre grande, o más bien grueso, con un poblado mostacho canoso con las puntas enceradas. Se las enreda, con ambas manos, cada pocos minutos. Ese parece ser su tic. Hacía tiempo que no veía un bigote así. En él no desentona. En realidad, le pega. Calculo que estará próximo a la jubilación. Manda mucho, pero su voz de pito impone poco; al menos, a mí no ha logrado acobardarme. Aunque soy capaz de ponerme en su lugar.

Tras recibir una llamada anónima y personarse en la vivienda, él y su equipo de jóvenes agentes no sólo se han topado con un cadáver maltrecho en posición más bien desagradable, y con un inspector con placa de la Interpol en estado crítico. También he aparecido yo, que soy una señora pelirroja de mediana edad (digámoslo así) con pasaporte español. Me llamo Lola MacHor y no estoy muerta ni herida, pero mi traje de chaqueta está manchado de sangre y vómitos, y he tenido la sangre fría de pintarme los labios para recibirles.

¿Qué ha ocurrido al verme de esa guisa? Pues lo previsto. Los agentes han hecho exactamente lo que se espera que hagan los agentes de provincias en una situación como la presente: me han dado el alto a voz en cuello y han extraído torpemente sus armas de las fundas. De inmediato, he levantado los brazos lo más alto que he podido. He pasado un mal rato. A uno de los agentes le temblaba tanto la mano que por un momento he creído que iba a dispararme. He rezado para que me diera en una pierna, y no en la cabeza, aunque a tenor del seísmo que le asolaba, era posible que se disparara a sí mismo. Gracias al cielo, no ha usado el arma. En lo demás, no he tenido tanta suerte: ni mi condición femenina, ni mi edad, ni mi elegante traje de chaqueta negro ni mis tacones de aguja han impedido que me tumbaran boca abajo, me aplastaran contra el suelo con las manos a la espalda y me colocaran las esposas. Del golpe, se me está amoratando la mejilla. Me arde.

Nada más levantarme, el más joven de los agentes, el del pulso temblón, ha tenido la desfachatez de cachearme. Le ha quedado pellizcarme el trasero, aunque, claro, le hubiera servido de poco. Con lo que llevo puesto, hubiera necesitado alicates. En cuanto ha comenzado a tentarme las axilas, he exigido que viniera una mujer. Es mi derecho. He protestado lo suficientemente alto, en mi propio idioma y en el suyo, para que el comisario me oyera. Ni uno ni otro me han hecho el menor caso. En otras circunstancias, hubiera montado un pitote. Es una de esas causas que me tientan. Pero he preferido contenerme. No está el horno para bollos.

—Crimen pasional, comisario: está muy claro —porfían.

El comisario esconde la cara entre las manos y permanece así unos instantes. Luego, se yergue, se vuelve hacia el corrillo de agentes que tiene a su espalda y les increpa:

—¡Crimen pasional, seréis cazurros! ¿Os habéis fijado en el hombre herido?

Todos asienten.

—¿Y qué habéis visto?

—Que le han pegado dos tiros, comisario —responde el más temerario.

—Me alegra que hayas reparado en los agujeros de bala, Richard, por otro lado, evidentes. Mis nietos también lo hubieran hecho. Lo que no me agrada tanto es que no mires más allá. Lo que yo veo es a un hombre al servicio de la Interpol, nada menos que un inspector, residente en Lyon, a quien, antes de dispararle, le han propinado una buena paliza. A tenor de la postilla del corte de la ceja derecha, las lesiones no son recientes. El forense lo confirmará, pero yo diría que esas heridas se causaron al menos hace dos o tres días. ¿Algo más?

El agente baja la vista.

—Fijémonos en su ropa. Desde luego, la que viste no le pertenece, le queda enorme, lo menos es cuatro tallas superior. Y no lleva zapatos. Como sus calcetines no están manchados de barro, debemos concluir que no ha salido de la casa, de modo que alguien le ha arrebatado el calzado. El porqué es una incógnita. Y nos queda mencionar su estado general. Se halla notablemente delgado y, según lo que ha comentado el médico de la ambulancia, padece una deshidratación grave. Nada de esto cuadra con un crimen pasional, ¿verdad, querida señora? Aunque se ha esforzado mucho en hacerlo parecer.

Trago saliva y permanezco callada. Continúa.

—¿Sabéis a qué me huele esta escena, queridos lince de la investigación criminal? A mí me huele a un secuestro... Dígame, señora MacHor, ¿de qué conocía usted a esos hombres?

Levanto los ojos y mantengo la mirada.

—Verá, comisario, cuando llegué, la habitación estaba mal iluminada. En el finado, me fijé lo justo para saber que era un varón —añado con cierta sorna— al que no había visto antes, y resultaba evidente que no tenía esperanza alguna: estaba muerto. Por eso, corrí a socorrer al hombre herido de muerte que se hallaba a pocos

metros del cadáver. A él sí lo conozco. El inspector Iturri y yo somos amigos desde hace muchos años. Al otro, reitero, no le había visto en mi vida.

Lo guardo para mí, pero debo admitir que al contemplar el cadáver del tal Kepa Otano un vago regusto familiar me ha roído la memoria, lo que no deja de ser extraño dado el estado en que encontré el cuerpo.

—¡Comisario, no se lo va a creer! He tecleado el nombre del muerto en el ordenador y mire lo que ha salido —le dicen.

Mathieu se coloca las gafas que lleva colgadas del cuello, observa la pantalla del iPad de su subordinado y asiente varias veces con la cabeza.

—¡De modo que es «el candidato»! —refiere en voz alta.

En ese preciso momento, se deshace el entuerto y ato cabos. La cara del muerto (lo que queda de ella) me sonaba por haberla visto en los carteles electorales. En realidad, caigo en lo que me resultó familiar de su rostro: el curioso mechón blanco que le nacía en la parte derecha.

No hay carteles electorales en el pueblo donde me encuentro, que dicho sea de paso no sé cómo se llama. Los he visto al otro lado de la frontera, creo que en Bilbao, el último sitio que he visitado antes de que todo esto empezara. No recuerdo el eslogan ni las siglas, imagino que contendrían los mensajes corrientemente difundidos por los partidos radicales vascos, pero sí la fotografía del finado, con aspecto triunfante y el puño en alto.

No sé cómo de importante era en vida; desde la morgue, estoy segura de que su valor ascenderá. No hay como morir y que alguien cincele tu nombre en la lápida del cementerio para que se olviden tus desaciertos y pases a ocupar portadas de periódicos en calidad de héroe. Aunque, una vez muerto, creo que no debe de servir de mucho. En este caso, me temo, concurren todas las circunstancias para que la máxima se verifique. Sí, supongo que las hazañas y la muerte de este activista vasco, «el candidato», como lo ha llamado el comisario, serán objeto de tertulias. En ellas denunciarán que las causas de su muerte no están suficientemente aclaradas. Y por una vez estarán en lo cierto: lo que cuenten será un refrito de mentiras e inexactitudes. En pocas palabras, un montaje.

Yo conozco la verdad. No toda, desde luego, pero sí un buen pellizco. La he visto con mis propios ojos; la he palpado, olido, sentido y casi gustado... Por descontado que no tengo interés alguno de compartir esos datos con nadie, mucho menos con los gendarmes franceses que me retienen esposada, que me cachean sin atenerse al protocolo y que no cesan de preguntarme detalles que no puedo explicar. Además, ¿quién iba a creerme? El Gobierno español lo negará, el Gobierno francés lo negará y las centrales de la Guardia Civil y la gendarmería guardarán el silencio del lobo agazapado ante su presa. Del resto, ¿qué puedo decir? Imagino que el tal Kepa Otano (o sea, el muerto o el héroe, como prefieran) anda en otras guerras sobre la mesa metálica del anatómico abierto en canal, y mi pobre amigo el inspector Juan Iturri, la verdadera víctima de esta tragedia, que como digo apareció en la misma habitación

malherido, se debate entre la vida y la muerte en un hospital parisino.

Otro agente baja a trompicones la escalera blanca que conduce a los pisos superiores y se planta en medio de la sala. Tropieza con una esquina de la moqueta que la alfombra y casi se cae. Se sobrepone y, sin siquiera recuperar el resuello, grita:

—¡Comisario, venga a ver esto! Tenía usted razón, hay un zulo, pero no estaba bajo tierra, sino en la buhardilla. ¡Pobre hombre, qué mal trago! El lugar es pequeño hasta para un niño. Hay sangre, orines y, en el descansillo, una silla ensangrentada con cuerdas anudadas... Va a tener razón, a ese inspector lo han tenido secuestrado, lo han torturado e interrogado. Extraño, ¿no?

—¡Vigílela, que no se mueva de aquí! —ordena el comisario mientras asciende al piso superior. Su mandato es gratuito. ¿Adónde podría ir, esposada y con tacones de diez centímetros?

Cierro los ojos e imagino el lugar. Y los sufrimientos. Lo intento, pero no logro contenerme y rompo a llorar. «¡No te mueras, querido amigo: resiste! ¿Qué sería de mi vida sin ti? ¡No te mueras, Iturri, por favor!». Unos minutos después, Mathieu baja con el gesto demudado y, al verme llorando, ordena que me suelten y me metan en su coche. Para gozo de mis muñecas, me retiran las esposas. Y, sin mediar palabra, me conducen a la prefectura, un edificio viejo como los celos, y el comisario desaparece dejándome encerrada en una habitación pequeña y sin ventanas, con un mobiliario tan rancio como el edificio. Me palpo la mejilla: se inflama deprisa.

No estoy mucho tiempo sola. Enseguida, se produce el relevo. Esta vez es el fiscal quien me interroga. *Monsieur* Noël es un joven bajito y grueso, con cara de luna llena y calvicie incipiente, que, en cuanto ha visto la colección de carnés que llevo en la cartera, se ha dado cuenta de que no soy un varón (perdón por la socarronería) y ha corrido a presentarse. Por los granos que pueblan su frente, abundantes como estrellas en una noche clara, y la inquieta manera de frotarse las manos, se me antoja primerizo. Suda con profusión, de modo que la pechera de su camisa parece un paño de secar vajilla, otro claro signo de nerviosismo. Sin embargo, me doy cuenta de que su libreta de notas está muy andada (este no es su primer caso) y de que sus pequeñas gafas redondas de montura dorada celan unos ojos extremadamente vivos.

Y no sólo vivos.

Pese a ser algo anómalo (o quizá no) en un hombre obeso y con un porte absolutamente desprovisto de glamur, descubro en él algo calladamente femenino, algo felino, cierto perfume. Nada sexual (francamente, en este momento, eso no me interesa lo más mínimo), sólo femenino. No me refiero a una aureola de afectación, hablo de algo mucho más sutil, de un modo de pensar lo accidental, de fijarse en los pliegues, de bordear los hechos fuera de los rodeos necesarios, formas que poco o nada tienen de masculino. No pretendo caer en tópicos manoseados. Tampoco las mujeres son siempre femeninas. Muchas (en la judicatura no son excepción, ni minoría) resultan tan directas, tan lineales, tan barbudas que hay que comprobar la

silueta (incluso las partes pudendas) para distinguirlas. Tampoco todos los hombres son masculinos. Muchos, quizá la mayoría, nacen lineales, objetivos, proactivos, pero otros, una minoría, son lanzados al mundo con una psique facultada y predispuesta para percibir lo inmaterial, lo escondido o lo pequeño, de la misma manera que algunos nacen morenos y otros rubios, sin que por ello deban cambiarse de acera o salir de vaya usted a saber qué armario.

Con los hombres que entienden a las mujeres hay que andarse con cuidado. Son peligrosos: te calan a la primera. Menos mal que este fiscal es francés y no bilbaíno. De haber sido compatriota, hubiera salido corriendo. En todo caso, me parece lo suficientemente femenino como para tentarme la ropa. Procedo por ello a amasar mi mirada, a embalsarla en la pequeña medida de lo posible.

Pero él no está dispuesto a ceder tan fácilmente. Con el fin de ganarse mi confianza, no escatima en sonrisas ni en gestos de amabilidad. Me trata con deferencia y formula siempre preguntas sencillas. De hecho, demasiado sencillas. Eso es peligroso: temo estar ante un depredador, una especie de inspector de Hacienda pero en fiscal. Me cuidaré de hablar de más. Conozco el prototipo: en cuanto me despiste, se lanzará contra mi yugular.

—Lo comprendo, Lola. ¿Me permite llamarla así? Es un bonito nombre: muy español.

—Naturalmente. Mientras no me espose ni intente cachearme, puede usted llamarme como quiera.

Se azora. Tanto que cara y cuello se le tiñen de rojo por igual. Carraspea.

—Pues muy agradecido, Lola. Como le decía, yo hubiera hecho lo mismo: intentar salvar lo salvable. El muerto ya estaba muerto y nada podía hacerse por él. Por eso digo que la comprendo, pero me gustaría que también usted me entendiera a mí. Verá, no estamos en París. Este es un sitio tranquilo; frío, pero tranquilo —me explica Noël, con voz melosa.

Su frase, pronunciada en ese perfecto francés de toque parisino, me sabe a Yves Montand. Y me recuerda que este pueblo (a la menor oportunidad, pregunto cómo se llama) está tomado por bandadas de hojas muertas, que recorren las calles en la más absoluta impunidad. En el corto período en que he estado fuera, me he puesto los zapatos perdidos. Pero eso no es lo peor. Lluvia, niebla, temperaturas bajo cero. Desde que toqué Lyon, no he visto el sol... Por la mañana, siembran los campos de escarcha y, por la noche, los abonan con hielo. Una verdadera tortura. El representante del Ministerio Público parece leerme los pensamientos porque de inmediato añade:

—El frío es habitual por aquí; el viento, excepcional. Completamente excepcional. Los bomberos no dan abasto con tantos avisos de ramas de árboles y tejas desprendidas, grietas e inundaciones.

Pongo cara de interés y me explica que media Francia está en alerta por una ciclogénesis explosiva potentísima. Tose al darse cuenta de que de nuevo he logrado

desviarle del argumento. Insiste en que Bron es un pueblecito tranquilo, con un cementerio pequeñito. Sus habitantes son longevos, y la gente se muere por causas naturales.

—Comprenderá que todos estemos algo alterados con lo ocurrido. Es muy fuerte, ¿no cree?

—Comprendo lo que dice, señor fiscal. En España nos ocurre lo mismo: los cadáveres, los justos.

¡De modo que Bron! Es un buen nombre para un pueblo. Corto, contundente, fácil de recordar... Como el apellido de James Bon, pero con erre intercalada. Me gusta. En este momento, caigo en la cuenta de algo.

—*Monsieur* Noël, me ha parecido oír a uno de los jóvenes agentes que el lugar de autos está sito en una calle llamada L'Humanité, ¿estoy en lo cierto? —El fiscal asiente—. Pues vaya ironía, ¿no le parece?

—Lo es, desde luego. Muerte y torturas en la calle de la humanidad. Pero usted debe de saber ya todo eso: estaba en ese emplazamiento cuando nosotros llegamos.

Si no recordaba cómo se llamaba el pueblo, mucho menos iba a retener el nombre de la calle. Simplemente, el teniente coronel Villegas y su gente de la unidad de información antiterrorista me subieron a un coche y me trasladaron hasta allí. Por supuesto, la callada por respuesta. El fiscal no lo entendería. Adorno el silencio con una de mis sonrisas de domingo. Una abierta, grande, tanto que deja ver mi colmillo saliente, ese que nunca me decido a arreglar. De ser por mí, los dentistas morirían de inanición. No sé, es algo visceral. Odio a ese gremio casi tanto como a los ratones, casi tanto como a los que mienten en sede judicial. Claro que los primeros no tienen culpa alguna, pero yo lo veo en primera persona. Todos me hacen perder la paz.

Golpean la puerta con los nudillos y un chichisbeo hace salir al fiscal. Noël se disculpa con una frase hecha y una breve inclinación de cabeza. Le sonrío de nuevo y le sigo con la mirada.



No va lejos: entra en el despacho contiguo, y conversa con el comisario Mathieu, el hombre de mostachos encerados, en cuyo vehículo me han conducido hasta aquí. Reconocería su garganta vocinglera, de sordo primitivo, hasta metida en un enjambre de abejas. Me entero de lo que dicen porque chillan y también porque las paredes de este edificio, simples placas de yeso laminado, no saben guardar secretos. Noël y Mathieu hablan en francés. Como decía, es un idioma que chapurreo. No entiendo todo lo que dicen, pero comprendo que ambos están preocupados. Lo están por el muerto, por el inspector herido, por el zulo y por las circunstancias. Pero soy yo, sobre todo, el motivo de su preocupación. Por mis carnés saben que soy juez y que soy vasca, y por mis afirmaciones saben que soy amiga del secuestrado... Es completamente lógico que no sepan qué deben hacer conmigo.

—Noël: esto es un secuestro perpetrado por la banda terrorista que, por lo que sea, ha salido mal. ¡Te lo digo yo que llevo mil años de comisario!

—Y yo no quiero llevarte la contraria, comisario. Pero, de tratarse de un secuestro, todo el pueblo estaría tomado por la policía, la nuestra y la suya. Y no hay ni un alma. Y la ambulancia ha llegado al minuto de avisar. Cuando hemos alertado a la Dirección General de Seguridad Interior, se han limitado a enviarnos a un equipo forense y a decirnos que no hagamos nada. Es muy muy raro. Cuando he hablado con ellos, no me ha parecido que se sorprendieran. Como si esto ocurriera todos los días o como si ya lo supieran. Además, he mirado en las noticias, y en ningún sitio se dice que el inspector Iturri hubiera desaparecido. Y luego está el muerto: era el candidato a la presidencia del Gobierno vasco por el partido radical. Un tipo importante. Y de la señora jueza, ¿qué me dices? En suma, comisario, que me temo que esto no va a resultar tan sencillo como crees.

Tras unos minutos más de debate, finalmente deciden esperar instrucciones de arriba, sea quien sea el que ocupe esa silla.

De pronto, oigo un portazo, y a la conversación que está teniendo lugar en la estancia aledaña, se suma una tercera persona: otro caballero. Por su tono y la manera entrecortada de hablar (se detiene de vez en cuando para tomar profundas bocanadas de aire), deduzco que ha llegado corriendo y que está bastante alterado. Diría que no es joven. Los tres deben de conocerse porque se tratan con gran familiaridad, tanta que, cuando en el comisario menciona «al tipo de París» (momento en que despliego toda mi atención), la conversación sube de tono y oigo bastantes palabrotas. Algo que, de nuevo, me hace recordar que estoy en Francia.

Deberían oír cómo suenan *les gros mots* en francés. Te están insultando, te ponen verde, se acuerdan de todos tus muertos, y si no conoces bien el idioma, puedes creer que te están echando un piropo. A ese tipo de París, que tanto parece fastidiarles, lo tildan de *connard*, *bâtard* y *trou du cul*. En castellano, le hubiéramos escupido gilipollas, cabrón e hijo de puta... No hay color.

Aguzo el oído para ver si logro enterarme de a quién han enviado de París y por qué les fastidia tanto. Gracias a Dios, el recién llegado también grita y enseguida acierto a comprender la razón de los exabruptos. Sin duda, Pierre, que así se llama el tercero en discordia (no he alcanzado a oír su apellido), es el forense de plantilla, el que se ha personado en el lugar de los hechos junto con el comisario y el juez. Sin embargo, desde la capital, y alegando que en un pueblecito tan encantador, tan minúsculo y pacífico, con un nombre tan cortés, el forense local no está preparado para un caso tan peculiar, han enviado a otro experto para cerciorarse de que todo se realiza según el procedimiento. El susodicho acaba de hacerles llegar vía *email* su informe preliminar.

Por los gritos, al tal Pierre no parece gustarle lo que lee. Diría que en este momento está subiéndose por las paredes.

—Pero ¿ese tío está loco? Una de dos: o le habéis enseñado un cadáver distinto al que he visto yo o es tonto de culo... —Se detiene un instante—. Aunque, claro, siempre cabe la posibilidad de que sea un mentiroso al servicio de la «puñetera República». Sí, eso debe de ser. Con Sarkozy estas cosas no hubieran pasado. Aquel tenía huevos; este, ni eso...

La cosa se pone interesante. Cruzo la pierna.

—Me conocéis hace años. Es cierto que, gracias al cielo, llevo tiempo sin hacer autopsias y que puedo estar algo desentrenado, pero esto es como andar en bicicleta: nunca se olvida. En fin, puedo aseguraros que estoy perfectamente capacitado para este trabajo. ¡Es ese tipo de París el que no tiene ni idea! ¡Por las mismísimas tripas del demonio: acabáis de leer su informe!: «A expensas de los datos de la autopsia, todo apunta al suicidio como la causa más probable del deceso. El occiso disparó contra el inspector Iturri y luego volvió el arma contra sí mismo con resultado de muerte». ¿Suicidio? ¡Por favor, si le han descerrajado cinco tiros! ¡¿Qué hizo, se suicidó cinco veces seguidas?! Por no hablar de que apenas ha permanecido una hora en la morgue: ni Superman hace autopsias tan rápidas...

—Superman vuela, pero no hace autopsias, Pierre...

Mientras ellos se enzarzan en una discusión estúpida sobre los poderes del de Krypton, yo me quedo con la palabra. Suicidio. La he oído con nitidez: suicidio. No puedo evitar echarme a reír. El tal Pierre tiene razón. Supongo que el experto parisino se referirá a un suicidio asistido; sin autorización del muerto, vamos. Porque el forense está en lo cierto: yo también conté cinco agujeros de bala. Por no hablar de los calcetines... Tras la pared, lo que se oyen son las blasfemias que vomita el forense. Estas ya no suenan tan francesas ni tan educadas. No le justifico, pero comprendo su actitud.

Como les decía, me anticipé a todos ellos. Llegué al lugar antes que los de las placas reglamentarias, antes que el forense oficial y muchísimo antes que el «mentiroso enviado desde París». Estuve un largo rato allí. Vomité allí. Lloré allí... En fin, lo que quiero decir es que no necesito informes técnicos. Tengo suficiente

experiencia en la materia para poder forjar mi propio juicio. Pero, aunque careciera de tablas, aunque el del tal Kepa Otano fuera mi primer cadáver, nunca podría estar de acuerdo con un diagnóstico de suicidio. Les narro lo que vi, tal y como lo recuerdo. Ustedes verán a qué bando desean sumarse.

La zona estaba tranquila, y la vivienda, que se halla apartada, a las afueras del pueblo, dirección norte, parecía desierta. Cuando descendimos del coche y nos acercamos al lugar, encontramos la puerta principal abierta. Entramos con precaución. Villegas y su gente delante, pistola en mano; yo, dos pasos por detrás, sin pistola, pero con bolso. La casa es pequeña. No cuenta con recibidor, se accede directamente al salón comedor. El muerto estaba justo delante de la chimenea y tenía muy mala pinta... Para estar muerto, vamos. En fin, lo que quiero decir es que no tenía aspecto de muerto típico... A ver cómo digo esto, que me estoy embarullando yo sola. Estaba muerto y no por causas naturales. No le había fallado el corazón o se había atragantado con un huesecillo de pollo; tampoco había almorzado un guiso con almendras siendo alérgico y el *shock* anafiláctico le había enviado al otro barrio. No. Nada de eso. Parecía que alguien hubiera jugado a un videojuego violento y él fuera el malvado que acaba bajo tierra: lo que hallé fue un cuerpo maltrecho, con la cabeza rodeada por una bolsa de plástico agujerada por las balas, y sangre, salpicaduras de materia gris, orines y heces por doquier.

Si tuviera que especular, diría que «el candidato» murió por el disparo más limpio: el realizado a bocajarro en medio de la frente. El proyectil debió de entrar por la zona frontal y salir por la occipital, llevándose por el camino los centros vitales encefálicos. Por las marcas de la pólvora alrededor del orificio y los destrozos ocasionados, no creo que haya dudas: le acercaron el cañón a la frente y apretaron el gatillo. ¿Hubiera podido infligirse ese daño él mismo? Naturalmente. Pero entonces la cosa habría acabado ahí, y no fue eso lo que ocurrió. Hubo más plomo, mucho más plomo: nada menos que otros cuatro disparos. Los dos que le saltaron los ojos, el que le destrozó la boca y el último, que le atravesó el corazón. Estos debieron de hacerse a mayor distancia (probablemente cuando ya se encontraba en el suelo) y fueron gratuitos. Estoy segura de que había muerto cuando los recibió. Se trató, por tanto, de alguna suerte de venganza, un ajuste de cuentas terminal, poco compatible con un suicidio. Ojos, boca, corazón... Si estuviéramos en Sicilia, y el fallecido contara con pasaporte italiano, apostararía todo a esa carta. Pero es (era) un político radical vasco y pisamos suelo francés...

Lo cierto es que me alegro... No me malinterpreten. Lo que quiero decir es que me alegro de que estuviera ya muerto cuando le cosieron con plomo: en otro caso, lo hubiera pasado verdaderamente mal. Vomité al ver las cuencas de sus ojos (lo que quedaba de ellas) rellenas de ese material blancuzco y sanguinolento, mezcla de sangre y cerebro, de dolor y lágrimas. Esta ha sido la primera ocasión en que he vomitado ante un cadáver, y les aseguro que, para mi desgracia (esas imágenes pueblan mis noches), he visto unos cuantos.

Cuando empecé a ejercer como juez de instrucción, mis peores pesadillas se cebaban con la posibilidad de que apareciera un cadáver o restos humanos (especialmente me inquietaba encontrar una mano o una cabeza) en mi circunscripción, y me tocara acudir al lugar, junto con el forense y el secretario judicial. Ahora, el juez de guardia lo tiene un poco más fácil: lo puede delegar. Entonces, no era así. Los jueces debíamos personarnos en la escena del crimen para practicar la dichosa diligencia del levantamiento.

Por aquel entonces, me sentía incapaz de enfrentarme a un cuerpo sin vida. Sólo de pensarlo, me ponía enferma. Me aterraba toparme con el muerto y con lo que le rodea, que suele estar plagado de restos desagradables. Cochinas de todo tipo. La muerte no es natural, ya me entienden, y asusta. Todo el cuerpo se resiente, los orificios se abren, los esfínteres se sueltan... Pero en mi caso había algo más, una especie de obsesión particular, algo visceral.

Al imaginar una muerte violenta, casi nunca pensaba en el muerto, sino en los bichos. Odio los bichos. No me refiero a esas pequeñas larvas blancas, que, con la velocidad de la mala hierba, colonizan las heridas tras el deceso. Me refiero a las ratas y a los ratones, a los pájaros y a las pequeñas alimañas que acuden a apropiarse de su parte del festín. Me refiero sobre todo a las moscas. Moscas encima de los ojos de occiso, moscas alimentándose de sus fluidos, moscas negras y gordas contoneándose por la herida sangrante como chicas en un bar de *striptease*.

En este caso, como digo, al hombre le habían hecho saltar las cuencas de los ojos y borrado definitivamente la sonrisa. Estaba hecho un cromo. Pero si vacié de forma indebida mi estómago fue porque, para evitar contemplar el estropicio, me volví y me topé con la segunda parte de la escena. Fue entonces cuando vi asomar aquel trozo de calcetín por el ano. La prenda se mostraba rebozada en heces (imagino que el tipo se había soltado al ver el arma). El líquido, espeso, grumoso, especialmente maloliente, entre marrón y verdoso, bordeaba la parte trasera del cadáver formando un círculo casi perfecto del que salían dos pares de huellas, ambas de tamaño mediano, que enfilaban hacia la salida. Quien fuera, se lo había cargado y luego se había tomado la molestia de bajarle los pantalones y, digámoslo así, aprovechar el espacio... Imagino que en el proceso se habría tenido que poner perdido, aunque eso no puedo saberlo. Quizá llevara guantes y una pinza en la nariz... Lo que sí puedo contar es que el calcetín había sido tomado por unas enormes cucarachas negras (o especie similar). Los bichos brotaban del interior, salían y entraban del conducto de lo más satisfechas. Esa imagen fue la que me hizo vomitar. Una estupidez, lo reconozco. Pero ya se sabe cómo son los actos reflejos... Esperaba sangre, vísceras, orines, y hasta moscas, pero no cucarachas aprovechadas. Ni calcetines en el culo.

Lo lógico es que fueran del propio afectado. Estamos a 10 de diciembre. Cuando llegamos a Lyon, estaba helando. La temperatura no superaba los dos grados. En el interior de la vivienda, no se estaba mucho mejor. No había calefacción y la chimenea se encontraba apagada. Sin embargo, los pies del muerto estaban desnudos. El

cadáver no llevaba calcetines, y los zapatos estaban tirados a unos metros del cuerpo. Blanco y migado, sopas de leche. Lo que quiero decir es que lo lógico es que los llevara donde se suelen llevar, es decir, en los pies, pero que, al toparse con su asesino, cambiaran de ubicación.

Yo sólo alcancé a ver la esquinita de uno, pero apostaría la toga a que aparecieron los dos, uno junto al otro, en el mismo conducto. Eran de esos que se han puesto de moda últimamente entre los ejecutivos británicos: rayas moradas, amarillas y verdes. Una bofetada para el buen gusto.

Amén de dejar mi ADN, amén de que todo el que analizara el jugo en cuestión se enterara de que la noche anterior me había puesto morada de chocolate negro, amén de que el teniente coronel Villegas soltara más de un par de improperios, mi vómito no tuvo mayores consecuencias. Sí las tuvo, sin embargo, mi decisión. Por eso estoy aquí, retenida en este viejo edificio, con el fiscal Noël al acecho. Me pregunto por qué no será el comisario del mostacho canoso el que me interrogue. Sería lo normal.

Aunque, pensándolo mejor, esto es Francia. En fin, estaba hablando de lo que pasó después, cuando no me quedó nada en el estómago de lo que deshacerme.

—¡Mierda, Lola: la caballería está a punto de llegar! Tenemos que salir de aquí cagando leches. ¡Y por lo que más quieras, no pises el vómito o dejarás tus jodidas huellas por todas partes! Podrías haberte puesto un zapato normal. No sé. Esos tacones no pasan desapercibidos —me riñó Villegas.

Obviamente, me negué a obedecerle.

—No te metas con mis zapatos y yo no me meteré con los tuyos. Y respecto a lo demás, lo siento pero es imposible. No voy a dejar a Iturri así. Ni hablar. Es... —La garganta se me obturó. Tuve que agachar la cabeza para que el teniente coronel de la Guardia Civil no viera cómo las lágrimas tomaban mis mejillas—. No puedes entenderlo, pero el inspector Iturri es mi amigo del alma, mi único amigo del alma. Si fuera Miguel Hernández, diría que se me agrupa tanto dolor en el pecho que «por doler me duele hasta el aliento».

Pero Villegas no lee poesía.

—Le he tomado el pulso y parece estar estable. No ha perdido mucha sangre. La ambulancia está al llegar y el hospital está avisado. Nos hemos ocupado de todo, Lola. Siempre lo hacemos, y lo hacemos bien. Más tratándose de un compañero. Que estés aquí no mejorará su estado.

—Si hay algo que he aprendido ordenando levantar cadáveres, es que no somos sólo cuerpo y alma, también psique. Y esa cuenta tanto como los latidos del corazón. No sé cómo ocurrirá, pero tengo la certeza de que Iturri sabrá que estoy a su lado, sabrá que no está solo y eso le dará fuerzas para seguir. En sus circunstancias, a mí me gustaría que él se quedara a mi lado. ¿A ti no?

—Mira, Lola, no sé qué tipo de lío te traes con Iturri. Nunca te lo he preguntado ni voy a hacerlo ahora, pero sé un poco sensata, por favor. ¿Acaso tengo que recordarte quién eres y qué puesto ocupas? Mis colegas franceses han avisado a la

fiscalía de París, que ya se ha puesto en marcha. Y estos van a avisar a la gendarmería de la zona. Cuando aparezcan y te encuentren en medio de este fregado, ¿cómo vas a explicar tu presencia?

—No tengo ni idea. De hecho, no creo poder hacerlo. Pero tengo por seguro que puedes inventarte algo. ¡Venga, Villegas, improvisa, los de tu gremio sois gente imaginativa!

—¡Ja, esta sí que es buena, ahora vienes con cumplidos! ¡Has sido como un grano en culo desde que llegaste, y encima...! Mira, Lola, si los de París llegan primero, aún podemos salvar los trastos con una llamada. Pero como se les anticipen los de la gendarmería, estamos aviados. Son de pueblo, ¿entiendes? No saben nada de política. Te meterán en una celda y tirarán la llave y entonces...

Le interrumpí.

—A ver cómo te suena esto, teniente coronel Villegas: una bilbaína con conocimientos rudimentarios de euskera, magistrada del Tribunal Supremo español, sala penal (o sea, yo), es hallada en suelo francés cerca de un cadáver asesinado con saña y junto a un inspector malherido en la misma reyerta, que curiosamente está a sueldo de la Interpol y que tiene síntomas inequívocos de haber soportado un cruel secuestro...

—¡No me lo creo! ¡La muy...! ¡Estás tratando de chantajearme!

—Si no quieres que a la vicepresidenta de nuestro Gobierno, y ya sabes el carácter que tiene, le dé un patatús, aguza la imaginación. Y encuentra esa explicación. ¡Anda, Villegas, sé bueno! Prometo firmemente que si a ti te ocurre lo que a Iturri, me quedaré a tu lado hasta que llegue tu mujer.

—¡Eres una cabrona, lo sabes, ¿verdad?!

—Gracias, Villegas. Yo también te quiero.

Respiró hondo un par de veces, y volvió a la carga.

—Que no puede ser, Lola. No me toques los cojones. Vámonos, Iturri estará bien.

—No puedo, Villegas. De veras que lo siento. Fíjate cómo está: ¡lo han machacado! Debo quedarme. Es mi... amigo.

Finalmente, mi ángel de la guarda (quizá debería decir «de la Guardia») se convenció de que hablaba en serio y me permitió quedarme. Y mientras él se evaporaba junto con sus colegas franceses (también invisibles), yo permanecí de rodillas junto al cuerpo de Iturri, rezando para que aguantara y para que la ambulancia llegara pronto. Y, por qué voy a negarlo, rezando para que, cuando apareciera la caballería, fuera de París y no local. Y fuera cual fuese, yo mantuviera el tipo. Estaba nerviosísima.

A los dos minutos de haberse marchado, Villegas regresó.

—Lola. Vendré personalmente a rescatarte, te lo prometo, pero me llevará unas horas. No digas ni una palabra, ¿vale? Ni Pamplona. No te salgas del guion. A ver, para que quede claro: no sabes nada, no has visto nada, no conoces a nadie... Si te encuentras en un apuro, di que no entiendes francés. Y compórtate como si fueras

idiota perdida. No te será muy difícil...

—No te pases, Villegas.

Sonrió.

—¿Llevas pintalabios, pestañas postizas o cosas de ese tipo en ese bolso tuyo tan mono? Siempre vas como un cromo...

Se me escapó la risa. ¡Cómo se nota que es hombre!

—Supongo que sí, ¿por qué?

—No vendría mal que te retocaras un poco el maquillaje.

Le miré sin comprender.

—¿Tan mal estoy? —respondí, al tiempo que trataba de recolocarme el pelo con los dedos. Con la humedad, la cabeza se me había llenado de rizos—. Pensándolo mejor, ¿qué más dará cómo esté?

—Estás estupenda para tu longeva edad, no te me cabrees. Lo que quería decir es que si los que llegan son los de la gendarmería y te pillan toda pintarrajeada, con ese traje y esos tacones, pensarán una de dos, o que eres culpable, o que eres idiota. Empezarán por lo primero (por cierto, que para esa hipótesis nos vendría bien que te desabrochases un botón o dos, pese al riesgo de cogerte una neumonía) y creerán que se trata de un crimen pasional. A ti lo del crimen pasional te pega una barbaridad. Dos tipos, un policía y un terrorista, matándose por la gran Lola, que para eso es de Bilbao. En cuanto escarben mínimamente, cambiarán de opinión y concluirán que eres idiota. Ambas cosas les distraerán y daremos tiempo a que lleguen los de París. Ellos te pondrán a buen recaudo.

—Perdona que te diga que es un plan total y completamente estúpido.

—Lo es, pero puede funcionar. Hazme ese favor, ¿vale?

—De acuerdo, lo haré.

Me sujetó por los brazos.

—Estoy a tu lado, Lola; lo sabes, ¿verdad?

Asentí.

—Regresar te ha salido desde las mismas tripas, Villegas: eres un gran tipo.

—No me jodas, Lola, no me jodas...

Eso fue lo último que el gran guardia dijo. Sonriendo, eso sí. Villegas siempre sonríe. Y luego hace lo que le da la gana. Más o menos como yo.

### 3

En cuanto Villegas salió, abandoné la inútil tarea de contener el llanto. Me cuidé, eso sí, de tener a mano pañuelos de papel. Con el vómito, había suficiente ADN para clonarme como a la oveja *Dolly*. Bueno, de clonarme, preferiría ser una cabra. Tienen mal carácter, lo sé, pero siempre me han resultado simpáticas, a todas horas por ahí, trepando por riscos imposibles. Deben de ser los genes irlandeses...

Lo del llanto no es genético. Me hubiera deshecho en lágrimas aun siendo malagueña. Por Iturri hubiera hecho cualquier cosa. Y seguiría haciéndolo. No siempre ha sido así. Yo comencé odiando a Iturri, pero ahora... ¡Dios, tenía tan mal aspecto! Nunca le había visto tan delgado, tan destrozado. Y sus ojos... parecían perdidos, extraviados...

Un momento. El forense Pierre abandona por un instante los exabruptos y comparte con sus dos acompañantes algunos detalles que desconozco. Aguzaré el oído: me ha parecido oír la palabra calcetines... ¡Miren: yo tenía razón! Estaban juntos y en buena armonía en el intestino del muerto. ¡Dios santo, no me extraña que esté tan enfadado con la gente de la central! Si les digo que habla de una dilatación anal de unos tres centímetros compatible con la introducción, posiblemente *post mortem*, de un objeto contundente, amén de los calcetines, ¿me permitirán ahorrarme los detalles?

El fiscal Noël dice que no comprende por qué su asesino o asesinos le rellenaron como si fuera un pavo. Yo creo entender la simbología. Tiene su lógica. Una lógica criminal, terrible, espeluznante, que, sin embargo, no deja de ser lógica: ojos, boca, corazón, calcetines británicos... ¿A qué les suena?

No creo que Villegas y su gente de la unidad de información antiterrorista sepan esto. O quizá sí: el teniente coronel Villegas es como el ojo de Dios, que todo lo ve y todo lo sabe. Aunque dudo que le interesen los detalles. Ni a él ni a sus homólogos franceses. Sea o no exacto, me temo que esto nunca habrá ocurrido.

Ya han escuchado el contenido del informe preliminar del experto de la capital, el mandado a quien le ha tocado hacer el trabajo sucio: el muerto se ha suicidado cinco veces seguidas, ha defecado en algún momento indefinido entre el primer disparo y el último, se ha quitado los calcetines y se los ha introducido por el ano, pero no hasta dilatarlo lo suficiente con un palo o similar, no fuera que no cupiesen. En fin, así se escribe la historia. Caso cerrado. Eso sí, con el permiso del fiscal Noël, del forense Pierre, del comisario sordo y del juez de guardia, que de momento no ha aparecido por aquí.

Me hierve la sangre. Intento borrarlo de mi mente y concentrarme en la conversación que está teniendo lugar al otro lado de la pared. Pero ya no logro oír nada. O susurran o es que la reunión se ha disuelto.

En la habitación donde estoy hay un televisor minúsculo, más o menos de la época en que Carla Bruni salía con Eric Clapton. Me acerco y sintonizo el canal local.



Seguro que ya se han hecho eco del suceso y muestran imágenes. Para estas cosas, los periodistas son como las aves de rapiña. Como los gusanos. Poca gente lo sabe, pero la palabra cadáver, que, cómo no, procede del latín, *caro data vernibus*, significa «carne dada a los gusanos». Cuando expones cuerpos muertos al aire libre, se llenan de miríadas de gusanos. Del mismo modo, cuando muestras una noticia fresca y sangrante al aire de un pueblo pequeño, se llena de curiosos.

Para mi sorpresa, la presentadora del programa de televisión sólo habla de los estragos causados por la dichosa ciclogénesis explosiva. Cuesta creer que no dediquen a Iturri y al tal Kepa Otano ni un minuto. La noticia debería haber abierto ediciones y copado tertulias radiofónicas. Comprendo que a la gente lo que de verdad le gusta es el tiempo, y una tormenta con un nombre tan sugerente desplaza otros asuntos. Sin embargo, en esta ocasión, me extraña: ¿un asesinato en medio de su pueblo y no dan la noticia? Que el caballero fuera un político radical vasco, si acaso, añade gravedad al asunto; en el peor de los casos, ni quita ni pone, pero sea como sea se trata de un asesinato, con múltiples agravantes. La mano de París debe de ser muy larga. Apago. Quizá sea mejor así. A mí, desde luego, me beneficia.

Vuelvo a sentarme. Unos segundos, que se me hacen eternos, y se abre la puerta. Es el fiscal. Noël trae el rostro sonriente, como si nada ocurriera, pero continúa sudando. Me da cierta lástima. No parece tonto, ni tampoco cínico, pero esto superaría al más experimentado. Todavía sonriendo, se sienta frente a mí.

—¿Qué tal se encuentra, señorita? ¿Necesita alguna cosa? No dude en pedir lo que pueda necesitar.

—Llámeme Lola, por favor. Aunque de distinta nacionalidad, somos medio colegas.

—Lo intentaré, pero no puedo asegurar el éxito. Es la costumbre...

—Como quiera. De todas formas, le agradezco el ofrecimiento. Es usted muy amable, pero no necesito nada. —Respiro un par de veces, incómoda, y añado—: ¿Alguna noticia de mi embajada?

—Todavía no, pero no creo que se demoren. Se personarán enseguida. Debe tener en cuenta que están en París, y hay un trecho. Aunque usted lo sabe de sobra. Podemos ocupar el rato charlando, si le parece...

¡No, ni hablar, no quiero hablar con él! Seguro que meto la pata. Pero si me niego será peor.

—No debe molestarse por mí, querido fiscal. No quiero hacerle perder el tiempo. Seguro que tiene mil y una ocupaciones.

—Pues a decir verdad, en este momento, en mi cartera hay tres importantes... asuntos, sí, creo que podemos llamarlos así. El primero es la desaparición de *Missouri*, el gato pardo de *madame* Rodain. El segundo es el robo y posterior quema del automóvil del secretario del Ayuntamiento y sacristán de Saint Denis, una bonita iglesia católica de la ciudad. Lo sustrajeron hace unos días de la plaza Baptiste Curial, muy cerca de aquí, donde lo tenía aparcado. Ya lo han encontrado, pero en

muy mal estado. De hecho, inservible. El tercer asunto lo componen Kepa Otano, el inspector Iturri y usted. Respecto a *Missouri*, su dama está segura de que lo han raptado para emplearlo en un rito de brujería. Ya sabe, mujeres desnudas bailando alrededor de una hoguera...

—Ah, ¿tienen de eso por aquí?

—¿Se refiere a mujeres mayores a las que las pierde la imaginación?

Me echo a reír.

—Lo cierto es que no me imagino a nadie bailando desnudo a la intemperie con estas temperaturas. Además, por lo que sé, las brujas se hacen acompañar siempre de gatos negros...

—*Missouri* aparecerá, lo hace siempre. No me preocupa. Respecto a los otros dos asuntos, ¿quiere que le confiese algo? Estoy convencido de que... ¿Me permite la licencia de especular?

—Naturalmente. No se corte: especule.

—Pues verá, para mí que la aparición de ese cadáver y el secuestro de su amigo Iturri y la quema del automóvil del sacristán están relacionados. Sí, estoy del todo convencido. Verá, el hermano de mi mujer trabaja en la Dirección de Seguridad Interior en París. Él me ha instruido en técnicas policiales. Ya sabe... Si alguien roba un coche y luego lo quema, es que lo ha utilizado para perpetrar un delito y quiere borrar sus huellas. Puede que el delito sea un secuestro...

Estoy atónita. Si seguimos así, adivinará la talla de mi sostén. Pongo cara de tonta, como me aconseja Villegas.

—¡Ah, pues si está convencido, seguro que tiene razón! Yo no puedo ayudar en eso, tampoco conozco al sacristán.

El fiscal se cruza de brazos y me mira durante unos instantes.

—Querría hacerle una pregunta si me lo permite.

—Pregunte lo que quiera, aunque dudo poder responderla. No entiendo nada de felinos. Bueno, ni de felinos ni de ningún otro animal. No me gustan los animales. ¿Usted tiene gato, querido fiscal?

Vuelve a sonreír.

—Empieza a recordarme peligrosamente a mi suegra, Lola...

—Por su tono, deduzco que la tiene en gran aprecio —respondo con cinismo.

—Deducción correcta. Verá, sólo quería saber si el vómito encontrado en la escena del crimen, exactamente junto al cadáver, le pertenece. Si es así, evitaremos ir en otra dirección.

—Todo mío, señor fiscal. Vomité al ver el luctuoso estado del cadáver. Lo lamento muchísimo.

—No se disculpe, es comprensible. Supongo que una jueza de su categoría no estará acostumbrada a contemplar este tipo de escenas.

Me encojo de hombros.

—Como imaginará, no he comenzado en el Tribunal Supremo. Como juez de

instrucción, me he tenido que enfrentar a la peor condición humana en otras ocasiones.

—¿Y suele vomitar?

Voy a mentir, pero me parece que no merece la pena. Y desoigo las advertencias de Villegas.

—Pues lo cierto es que no. Es la primera vez que vomito...

—¿Y qué tenía esta ocasión de especial? ¿Quizá le conocía?

Sonríó maliciosamente y clavó mis ojos en los suyos.

—*Monsieur* Noël, no estará intentando liarme, ¿verdad? ¿Acaso no recuerda que he declarado no conocer al muerto en cuestión?

—Es cierto, perdone mi despiste.

—¿Despiste? Puedo aceptar un pulpo como animal de compañía pero llamar a eso despiste...

—Compréndalo, tenía que intentarlo. Le prometo que no volverá a suceder. Me estaba usted explicando por qué vomitó...

—Cierto. Fue por el calcetín...

—Comprendo, muy desagradable, la verdad. Y curioso, muy curioso.

—Y helador. A dos grados de temperatura, ¿quién se quita los calcetines?

—¿Había termómetro en la casa?

—Pues no lo sé, pero eso era lo que decía el termómetro del salpicadero... del coche del taxista.

El fiscal sacude la cabeza mientras se coloca nuevamente el flequillo, que se le cae una y otra vez sobre los ojos. Suda sin medida. Yo también debería empezar a sudar: acabo de meter la pata hasta la garganta.

—¿Y dice que el termómetro del taxi marcaba dos grados? Es una temperatura baja, pero aquí estamos acostumbrados a cosas peores...

—Pues vaya mala suerte. En todo caso, esta mañana eran dos grados.

—Se acuerda de eso, pero no de cómo era el taxista...

—¡Por supuesto! Era un tipo corriente: moreno, de mediana edad. Le vi principalmente el cogote; la cara, durante apenas unos segundos, cuando descendí...

—Es cierto. Según ha declarado, usted recibió una llamada de su amigo el inspector Iturri diciendo que le habían herido, detuvo un taxi en plena calle en París, donde estaba de vacaciones, y le pidió que la trajera hasta aquí. Supongo que la carrera le costaría una cantidad enorme; quizá hasta desproporcionada. A veces, los taxistas se aprovechan de los estados de necesidad. Siento curiosidad, ¿cuánto le cobró?

Enmudezco. De nuevo, me ha pillado con las manos en la masa. Cuando convine la historia con Villegas, no se me ocurrió preguntar cuánto podía costar un taxi desde París. Dudo durante unos instantes. Como no sé qué hacer, saco la cartera y vacío íntegramente su contenido sobre la mesa. No soy lo que se dice una persona ordenada. Por si eso no fuera suficiente, tengo la manía de guardar absolutamente

todo. No me gusta tirar nada. Por eso rompo las carteras con tanta facilidad. Empiezo a pasar papeles delante del fiscal, no antes de leer despacio lo que dicen.

—¡Anda, un vale de cinco euros del supermercado de El Corte Inglés!... Son como las galerías Lafayette, pero españolas. Ahora han bajado un poco los precios. Hay que hacer compras por cincuenta euros o más, pero, en ocasiones, sale rentable... ¡Porras, caducó la semana pasada! Siempre me ocurre lo mismo... Veamos: tampoco. Este es un recibo de la gasolinera. Tengo coche oficial, pero me gusta hacer mi vida, ya sabe... Uso un utilitario muy pequeño, ideal para el tráfico de Madrid... ¡Ah, mire, una entrada de cine!: *El gran hotel Budapest*. ¿La ha visto, señor Noël? —Niega con la cabeza—. Pues se la recomiendo vivamente. Anderson es un director de culto, y la cinta está basada en una obra de Stefan Zweig. Una maravilla. Aunque ahora ustedes hacen muy buen cine. *Intocable*, por ejemplo. La he visto tres veces. Una en el cine, y dos en televisión...

Me detiene.

—¿Puede explicarme qué es lo que hace, Lola?

Intento responder a su pregunta con voz pausada.

—Es posible que el taxista me diera un recibo. Lo cierto es que no lo recuerdo, pero si fue así, estará aquí. No obstante, como ve, tardaré un rato en averiguarlo...

—De acuerdo, la dejo sola, para que busque tranquila. Quizá encuentre un vale de pan integral... —comenta con acidez.

—Pues mire, no me vendría mal. La fibra es absolutamente necesaria en cualquier dieta saludable.

Espero que no piense que estoy haciendo alusión a su gordura.

—Por cierto, Lola, ¿sabe que los calcetines no pertenecían al occiso?

—¿Cómo dice, que no pertenecían al muerto?

—No. Demasiado pequeños. No me mire así: yo tampoco lo entiendo.

De cierto mal humor, en todo momento contenido, el representante del Ministerio Público regresa a su vecina guarida. En ese momento, sus colegas hablan de Iturri... Avivo el oído. Comentan la mala puntería del tirador, que, disparando dos veces, no mató al inspector. A tenor de la distancia, debería haber muerto en el acto.

Al oír el apellido de mi amigo, mi alma entra en ebullición. Tengo que hacer esfuerzos para no levantarme y salir de allí sin dar explicaciones. Si quieren acusarme de algo, que lo hagan. De lo contrario, me voy al hospital: quiero estar a su lado.

Frente a mí, un poco esquinada hacia la izquierda, han dejado aparcada a una funcionaria, una mujer morena de unos treinta años (con mi poca afición a los cálculos, puede que tenga cuarenta o sólo veinte; si es así, desde luego lo lleva fatal). Me han asegurado que es una intérprete venida de París: francés-español, español-francés. Tiene de intérprete lo que yo de sevillana: el nombre. Se sienta en la esquina de la silla con la espalda recta, las manos sobre el regazo y las piernas juntas y tiesas. No hace falta más que ver su falda azul marino, cortada como la de una novicia de convento moderno, para saber que nunca ha estado demasiado cerca de un exceso. De vez en cuando, sin mediar palabra, se levanta y abandona la habitación. Con la primera escapada pensé que se movía para no convertirse en piedra. Pero me equivocaba. Pasados unos minutos, regresó con un vaso de plástico blanco con agua del tiempo. Tengo ya tres sobre la mesa. No he tocado ninguno.

Salvo eso, no acusa más actividad. Los únicos objetos que llaman su atención son los malditos vasos de agua. Quizá emane de ellos alguna magia. O quizá los haya envenenado. Sí, es muy posible que comparta genes con la madrastra de Blancanieves.

Decido averiguar si la relamida intérprete es muda de nacimiento o sólo de profesión y le pregunto en español si hay noticias del hospital donde están interviniendo a mi amigo el inspector Iturri. Debe de ser muda, pero no sorda, porque se levanta y abandona la habitación dejándome sola. Regresa al cabo de un minuto, acompañada del fiscal Noël. Lleva este en la mano un pañuelo arrugado y no muy limpio, con el que se limpia recurrentemente la frente. No me extraña lo del acné. Prefiero no mencionar el estado de su camisa blanca, sobre la que se sostiene en equilibrio inestable una corbata de seda azul. Pese a todo, viene con ganas de pelea. Empiezo a darme cuenta de lo cargado de razón que estaba Villegas: no me va a resultar fácil salir de esta.

Rezo para que continúe preguntando por las luces y no por el refrito de sombras. O me verá obligada a sacar a colación la ciclogénesis explosiva, o como quiera que se llame ese enfurecido vendaval. A ratos, parece que quisiera arrancar las ventanas de cuajo.

Noël me observa unos instantes, como si anduviera cazando en su memoria las escurridizas frases, y luego me cuenta que la única información que posee sobre el

estado de salud del inspector Juan Iturri es que acaba de entrar en quirófano. La intervención se prevé larga.

—Aún no he localizado el recibo, lo siento —explico.

—Tranquila, señoría, tenemos tiempo. Sólo vengo a decirle que no debe preocuparse excesivamente por su amigo el inspector: los médicos franceses son excelentes. No podría estar en mejores manos.

Señoría.

Ha vuelto a llamarme señoría. Esta vez, se ha detenido en el término como si la palabreja se le atravesara en la garganta. Yo me he dado cuenta. Y él también. Permanecemos unos instantes en silencio, observados a corta distancia por la intérprete de falda azul. Por fin, carraspea y se lanza a preguntar lo que lleva tanto rato mascando.

—Señoría, entre usted y yo, ¿puede decirme qué hace aquí? Le estaría eternamente agradecido si me lo explicara. Tenemos un cadáver en el anatómico, un inspector en el quirófano y una jueza en ejercicio retenida en la gendarmería y, mira por dónde, todos son vascos...

Le interrumpo.

—Dos navarros y una vasca, querido fiscal. Son cosas muy distintas. Como un parisino...

—Es cierto: como un parisino y un lionés. De acuerdo. Lo que quería decir es que no alcanzo a comprender por qué están en mi país, por qué están en mi pueblo. No consigo explicarme por qué se hospeda usted en un hotel como una turista cualquiera y luego mete las narices en investigaciones policiales como si fuera una cerda buscadora de trufas...

Levanto las palmas de las manos. El gesto es suficientemente expresivo para que las palabras sobren.

—¡Ah, discúlpeme, por favor! Me doy cuenta de que es un mal ejemplo. Pésimo. Pero no crea que lo he dicho con acritud. Nada de eso. Lo que ocurre es que a mí me gustan mucho las trufas, y el ejemplo me ha venido enseguida a la boca. Este año, hemos tenido una buena cosecha, ¿sabe? La mejor en los últimos años, puede que en la última década... —Carraspea de nuevo, al darse cuenta de que debe volver al origen—. Pero con trufas o sin ellas, no puede negar que estaba usted precisamente en la casa donde se ha encontrado ese cadáver, domicilio que, dicho sea de paso, está a más de trescientos kilómetros del hotel de París donde se hospeda, y cuyo nombre, vaya casualidad, no recuerda. No me dirá que estaba haciendo turismo, ¿verdad?

—Pues ahora que lo menciona, debo decir que Lyon es una ciudad preciosa —suelto para picarle y calibrar cómo de magras son sus carnes.

Lejos de enfadarse, la voz del fiscal se vuelve aún más melosa.

—Póngase en mi lugar, querida jueza: si pudiera entender a qué ha venido, mi día sería mucho más agradable. Si habláramos de esto ahora que lo tiene fresco en su memoria, todo sería más fácil.

¿Fresco?, pienso: ¡ni que se tratara de una lechuga de la huerta! Me acerco uno de los vasos a los labios y bebo un sorbito de agua. Una marca color cereza oscuro tiñe el borde. Me gusta más el rojo. Pero es demasiado llamativo, y lo sustituyo por un sucedáneo. La funcionaria enarca levemente las cejas. Espero que no esté intentando emponzoñarme la sangre con algún suero de la verdad. De hecho, no tengo sed. Sólo pretendo romper el momento y que mi voz, preocupada, suene creíble. Me inclino ostensiblemente hacia delante y reitero al fiscal, que ha acercado la silla hasta mi posición y se ha sentado frente a mí, que no conozco al muerto y que a Iturri lo conozco demasiado bien.

—No estoy en Francia como juez, señor fiscal. Esto no tiene nada que ver con mi trabajo. Supongo que para usted este no es sino otro expediente al que adjuntar un código y un dossier cosido con cuerdas. Lo comprendo, de veras, sólo hace su trabajo. Quiere resolver lo que haya que resolver, completar el puzzle y archivarlo cuanto antes, para encontrar al gato perdido; ¿cómo se llamaba?

—*Missouri*.

—Exactamente, *Missouri*. Verá, para usted, el muerto ya está muerto, que Dios le tenga en su gloria. Y a la desafortunada víctima, a la persona que se debate entre la vida y la muerte en un quirófano de un hospital de Lyon, no la conoce más que de fotografía y número de placa. Para mí, sin embargo, no es un cualquiera: es alguien a quien estimo desde hace veinte años. Hemos trabajado juntos. Ha sido como... como una ventosa pegada al corazón. Como una garrapata, ya sabe cómo son los policías judiciales cuando quieren...

Sonríe. Esta vez con ganas. No es tan novato como parecía. Continúo.

—Puedo meterme en su piel, señor Noël. En la misma situación, estaría tan perpleja como usted. Lo único que puedo decirle es que no me vea como una juez, sino como lo que soy: una familiar.

El discurso es convincente y emotivo. Debería bastar. Sin embargo, el representante del Ministerio Público tuerce el gesto y se acerca de un saltito otro paso a la silla.

—Se apellida usted MacHor, ¿verdad, señoría? ¿Un apellido inglés, quizá?

—Irlandés, señor Noël. Y el suyo, ¿de dónde procede? Es muy... navideño.

Si me provocaran de esa manera, lo menos que haría sería soltar un bufido. Sin embargo, él se limita a esbozar una sonrisa. Es duro. Empieza a caerme bien.

—Procede de Verdún, cerca de Nancy, el lugar de la famosa batalla. ¿Lo conoce?  
—Niego con la cabeza—. Pues en Navidad es precioso. Iturri, sin embargo, suena distinto. Ni irlandés ni francés...

—Es cierto. El inspector Iturri y yo no compartimos genes ni apellidos, pero le aseguro que es de la familia. No como un primo lejano o un sobrino con quien se coincide en bautizos o entierros, más bien como el cabecero de mi cama, que van para treinta los años que me guarda las espaldas, o como la sombra del pino de mi jardín, un piñonero frondoso cuya copa impide que la hierba nazca a sus pies. Es

mejor el símil de la sombra. Iturri es hábil segando la hierba bajo tus pies. Pero es mi sombra y son mis pies. ¡Dios, necesito ir al hospital y saber cómo está! ¿Puede comprenderlo?

Se me rompe la voz. Noël se pone de pie y sale de nuevo a paso ligero. Es curioso. Posee un cuerpo con forma de peonza panzuda, y, sin embargo, es extremadamente ágil, casi felino, en sus movimientos.



Él se va y yo me quedo, con mis tres vasos de agua del tiempo, la desagradable intérprete y esta dichosa mesa de formica, que huele a derrota. Se parece a las del comedor del primer colegio de monjas al que asistí. Allí las fregaban con lejía. El olor permanecía en el aire como la luna en el cielo: a veces llena, a veces menguante, pero eternamente presente. No me gustaba el colegio, ni las monjas ni las mesas de formica. Y me disgusta estar aquí. Llevo demasiado tiempo en Francia. Quiero volver a casa, con mis códigos, mis galletas, mi almohada, mi marido y mi viejo ordenador. Quiero recuperar mi vida, la corriente y monótona, la que controlo. Temo que este viento impenitente se lleve mis deseos. Salvo que la vicepresidenta en persona levante el teléfono, y dudo que eso ocurra pronto, estos tipos no me dejarán marchar. ¡Maldito Villegas! A saber dónde estará en este momento. Es lo que ocurre con la gente de la unidad de Información. Absorben datos como agua las esponjas, pero luego, cuando los necesitas, no sueltan prenda.

En el despacho contiguo, suena el teléfono. Lo coge el comisario Mathieu, el del bigote, el sordo. Alcanzo a oír la palabra zulo. Están comentando la ubicación de la buhardilla: un armario de dos metros por uno y pico. La intérprete parece haberlo oído también, porque saca su sosa falda azul de la habitación a toda prisa. ¡Te pillé: ni con esa falda azul podrías engañarme!

—¡Iturri, mi querido amigo, qué mal lo has tenido que pasar!

Digo esto en voz alta, no sé bien por qué. Creo que, simplemente, la emoción se me desborda. Sin embargo, me doy cuenta de un detalle importante: si yo puedo escucharles a ellos, ellos podrán escucharme a mí. Decido empezar a hablar. Elevo el tono de voz.

—Mi amigo se llama Juan, Juan Iturri Goicoechea, con ch no con tx. Es policía... ¿Desde cuándo? No sabría decirlo con exactitud. Creo que desde que lo destetaron. No lo conocía entonces, pero puedo imaginar a un retaco con flequillo indagando en el patio del colegio la autoría del robo del bocata de mortadela. Policía, pues. Peculiar como todo buen policía. Y puedo dar fe de que, como criminalista, es un artista. Hay gente que cree que el arte es lo que se exhibe en los museos. Patrañas. Arte es todo aquello que logra emocionar, conmover. Les aseguro que las obras de Iturri, algunas maestras, han emocionado a muchas personas, entre las que me encuentro. La Interpol tiene colgadas algunas de ellas en las paredes invisibles de su memoria. Ustedes lo han visto cubierto de sangre, pero es alto y bien plantado. La barba corta es reciente; el verde efervescente de los ojos no. Es una especie de adonis de andar por casa.

»Navarro, sin duda. Iturri es tan foral como la chistorra o los sanfermines. Y callado. Callado como los felinos y como ellos sagaz. ¡Ah! Olvidaba su niebla gris, me refiero a la que sale permanentemente de su pipa. Aunque él no es gris. Sólo inexpugnable. Para casi todos, aunque no del todo para mí. Y eso que en estos días

que llevo en París me he dado cuenta de la cantidad de datos que desconocía.

»García. Dicen que lo apodan así por lo corriente que parece y las veces que cambia de perfil. Imaginaba que tendría algún mote, porque todos los de su gremio tienen al menos uno, pero hubiera apostado por algo más... artístico: el gato, o algo así. Es lo mismo. Yo siempre le llamo Iturri. Y él a mí Lola. A veces, en público, sobre todo ante determinadas personas, emplea un frío y respetuoso «señoría». Sólo en un par de ocasiones me ha llamado Lolilla, y en ambas me he enfadado. Ese es mi nombre privado. Pero de eso no quiero hablar.

—*Madame, vous avez besoin de quelque chose. Un peau plus d'eau?*

¡Ya está aquí la tía esta! Ha entrado sigilosamente y me ha dado un susto de muerte.

Y encima está delgada como un espárrago. Toda ella es un espárrago. Su cara alargada y de ojos planos parece una yema de espárrago. No es que sea fea, sólo es relamida, sosa, y un coñazo. Los ojos los tiene bonitos, negros como el betún y grandes como las muñecas de Famosa. Pero lo que más me fastidia es lo delgada que está. No se lo creerán, pero yo llevo puesta otra vez la faja...

—No, gracias. Todo bien. Pero quiero irme ya: debo acudir al hospital. Con el inspector.

Como si oyera llover. Vuelve a sentarse.

Ahora que menciono la maldita faja, aún me aprieta más. Me la compré hace unos días para lograr entrar en el traje que pensaba ponerme en la recepción del día de la Constitución... ¡Cuán lejos parece hoy ese acto! Han transcurrido cuatro días escasos, y tengo la sensación de haber vivido un siglo completo... Pero estaba hablando de la faja. Cogí dos tallas menos. Imaginé que cuanto menos talla, mejor me sentaría. Gran equivocación: me sienta igual de mal y además se me clava en la cintura y en los muslos como si fuera un parásito. Y encima me cuesta respirar: cuando me dé una angina, no me sentiré peor.

Aquel acto duró apenas un par de horas. Hoy la luzco desde que Villegas y su gente abandonaron la casa. La llevaba en el bolso. Ya saben, por si tenía que enfrentarme al embajador, o algo así. El caso es que, cuando Villegas me dijo que me arreglara, busqué el baño de la casa, me pinté los labios, me cubrí las pecas con un poco de colorete y me puse la faja. No sé por qué lo hice. No creo que Villegas la incluyera en su lista de requerimientos. Orgullo, supongo. Soy magistrada presidente de sala en el Tribunal Supremo español. Y, sobre todo, soy bilbaína. Y me llamo Lola. De meterme en un lío en suelo francés, quería estar presentable. El razonamiento me pareció lógico por la mañana. Ahora me parece completamente estúpido. Podría ir al servicio, desprenderme de la maldita faja y recordar el proceso de inspiración/expiration. Pero sé que no lo haré. No quiero que esa funcionaria, intérprete, espía o como sea que se llame lo que hace, me mire el trasero y se sonría maliciosamente.

Villegas, ¿por qué tardas tanto?

En el despacho contiguo siguen hablando del zulo. ¡Pobre Iturri! ¡Sé fuerte: saldrás de esta! Hemos salido de cosas peores... bueno, peores no, pero hemos salido de unas cuantas.

Se abre la puerta de nuevo. Esto parece una obra de teatro. El fiscal. Van a tener que pagarle horas extras. Se quita las gafas. Su corbata está tan ladeada como la lengua de un galgo que persigue a una liebre.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta.

—Tengo los zapatos mojados, las piernas entumecidas y llevo en pie toda la noche. Y quiero ir ya al hospital. Por lo demás, me encuentro estupendamente. — Omito el asunto de la faja. No lo entendería.

—Comprendo. Usted lo que necesita es un vasito de agua. ¿Sería tan amable?... —dice mientras desvía la mirada hacia el espárrago de falda azul. Me echo a reír. Pero, mira por dónde, él habla en serio. Deja la frase colgada, mientras clava la mirada en la intérprete. Esta, a su vez, dirige la vista hacia los tres vasos de agua, llenos hasta la bandera, que descansan sobre la mesa de formica.

—Sí, eso es: a la jueza MacHor le vendría bien un poco más de agua.

La intérprete se pone en pie, se acerca hasta mi posición, examina el contenido de los vasos como un médico examina a un paciente tuberculoso, y luego tamborilea con los dedos sobre la mesa. Decido apoyar al fiscal. No sé qué pretende decirme, si es que quiere decirme algo, pero me doy cuenta de que esa mujer se lo impide. Forma parte de mi carácter llevar la contraria al que se pone gallito. Ni corta ni perezosa, sonrío a la señora espárrago, sujeto el primer vaso de agua y lo vacío de un tirón. Sabe a cloro. Continúo con el segundo recipiente, y luego acabo con el contenido del tercero. La faja, que empieza a crujir, amenaza con una catástrofe inminente.

—Tiene razón, señor Noël, me vendría bien un poco más de agua. ¿Podría asegurarse, querida señora, de que esté fría? La del último vaso parecía sacada de algún manantial de aguas termales. Se lo agradezco mucho.

La mujer abandona la habitación estirándose la falda en silencio, con la espalda recta y la barbilla alta. Y hecha un basilisco francés.

—Seguro que la parisina es una gran profesional, Lola, pero no soporto su encanto —me explica el fiscal cuando cierra la puerta—. Señoría, vamos a lo nuestro. *Madame* Rottenmeier no tardará. Verá: sé que antes o después un coche oficial (supongo que de los suyos) se acercará a este edificio y se la llevarán. Luego, alguien telefonará desde París (esta vez, los nuestros) para decir que, siendo lamentable, un suicidio es un suicidio y que no estamos para perder el tiempo con la cantidad de delitos que se cometen diariamente en la región: el extravío del gato *Missouri*, por ejemplo. Por supuesto, haremos lo que nos dicen y archivaremos el caso en el fondo del cajón de los casos que no estudiamos jamás de los jamases, amén. Pero yo soy un fiscal tozudo, persistente. El comisario Mathieu es de la vieja escuela, y nuestro forense (aún no lo conoce, se lo presentaré enseguida) es de una escuela aún más vieja. En fin, sé que nos comprende porque usted tiene pinta de compartir con

nosotros ese rasgo de carácter. El del tesón, por no decir que es usted tozuda como una mula. ¿Acierto? —Asiento—. Eso nos había parecido. Por ello, quiero hacerle una proposición. Una petición, para ser más preciso. ¡Cuéntemelo! Necesito conocer qué pasó en ese zulo. Necesito saber quién ha disparado y secuestrado a su amigo en nuestro pueblo y quién ha suicidado cinco veces a ese político de su tierra.

Le miro con extrañeza, como si no supiera absolutamente nada del asunto.

—¡Señoría: este pueblo tiene menos de cuarenta mil habitantes, pero le aseguro que no nos chupamos el dedo! Ese tal Otano tiene de suicida lo que yo de col de Bruselas... Y, por cierto, tengo algo para usted.

Se pone de pie y hurga en los bolsillos hasta dar con lo que busca. Cuando veo mi barra de labios en una bolsita de pruebas, se me congela hasta la vejiga, a punto de estallar.

—¿Es suya?

Mi cabeza se mueve muy lentamente arriba y abajo. Estoy estupefacta, tanto que ni se me ocurre mentir.

—Lo imaginaba. Es su color —dice Noël mientras señala mis labios. Me contempla durante un instante, que se me hace eterno. Luego, sonrío y continúa con voz meliflua—: Se la dejó olvidada usted en el aseo de la planta baja de la vivienda donde encontramos al occiso. —Otra nueva pausa, que alarga el momento—. La admiro, señoría: tiene usted narices. En su país creo que lo llaman *cojines*...

Le doy las gracias, tomo la barra, abro el bolso, colgado en la silla, y la guardo dentro, con bolsa y todo. No tengo conciencia de habérmela olvidado, pero está claro que así ha sido. No es eso lo que me importa, sino el hecho en sí mismo. Que una mujer que tiene a sus pies un cadáver y un hombre herido de muerte se tome la molestia de buscar un espejo y pintarse los labios antes de que la policía se persone en la vivienda huele a drama de tercera. ¡Si supiera que, además, me enfundé la faja, me detiene! Es muy probable que no fuera eso lo que Villegas pretendiera, pero yo, en este momento, me siento ridícula. He hecho el ridículo muchas veces en mi vida y se lo he visto hacer a mucha gente. Creo, sin embargo, que si hubiera estadísticas, me situaría en la parte más alta de la tabla. Porque ahora me doy cuenta de que este es de los peores.

—No lo decimos exactamente así, señor fiscal —replico—, pero le aseguro que no es mi caso. Lo mío es pura coquetería...

No insiste, pero sigue avanzando, despacio pero con contundencia, como un tanque alemán.

—Ya... Dígame una cosa, señoría: todo empezó con el robo de un Citroën de color verde, ¿verdad?

Aunque no despego los labios, que aún conservan restos de carmín, soy incapaz de disimular el gesto, que revela mi desconcierto. Mi oponente capta de inmediato la brecha en mi actitud preventiva y estalla en júbilo.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que esto estaba relacionado con el robo y posterior quema del

coche del sacristán! Ahora todo encaja... Teníamos razón: esto es un secuestro de la banda terrorista. Un secuestro, con todas las letras.

—¿Cómo ha averiguado...?

Cuando me muerdo la lengua, es demasiado tarde. Mi trayectoria ha sido bastante buena hasta este momento. Seguramente, en parte, puedo achacar el error al cansancio. O a la hipoxia. Tras los vasos de agua, sólo puedo permitirme leves jadeos.

—¿Qué propone?

—Que nos lo cuente todo, extraoficialmente. Sólo para nosotros. Para que podamos dormir, ya me entiende. Prometemos no hacer uso de nada de lo que nos diga. De todos modos, aunque quisiéramos, no nos dejarían...

—Supongo que sabrá que estas paredes oyen.

—Soy consciente de ello. De hecho, mis colegas están siguiendo esta conversación en la habitación de al lado. Pero van a dar las doce. En algún momento tendremos que almorzar, ¿no? Conozco un buen sitio, a unos kilómetros de aquí. Tiene un pequeño reservado, con puerta corredera. Lo regenta mi primo Einstein. Por cierto, su *filet mignon* no tiene precio.

—¿Se llama Einstein?

—En realidad, lo bautizaron como Jean Claude, pero todos lo llamamos Einstein. Es un gran inventor. Ha ganado muchos premios importantes.

—¿De física?

—¿De física? —Se echa a reír—. ¡No, no! De física, no, de coctelería. Es un inventor nato, ya lo verá.

No puedo creer lo que oigo. El teniente coronel Villegas me matará y, cuando acabe, me rematará.

—Le agradezco mucho la oferta, *monsieur*. Desgraciadamente, aunque ese *filet mignon* suena muy apetecible, tengo que declinar el ofrecimiento: he de ir al hospital. Necesito saber cómo está mi amigo.

—Les acabo de telefonar. He dejado la orden de que me avisen si hay cualquier novedad. ¿De verdad es su amigo?

Eso no me lo esperaba.

—¿De los del alma! ¿Acaso lo dudaba? Una juez española se cortaría la lengua antes de cometer delito de impostura ante un fiscal francés.

Se echa a reír.

—¿Almorzará con nosotros? Solos usted y nosotros.

Esta vez soy yo la que me echo a reír.

—Y eso, ¿cuántas personas suma?

Me mira extrañado. Y, sin perder la sonrisa, se lo explico.

—En euskera, no decimos tú y yo, sino tú y nosotros. *Zue eta bio*. Al decir usted y nosotros me lo ha recordado.

Empalidece.

—¡No me diga que conoce ese idioma! Por favor, Lola, prométame que no pertenece usted a la ETA.

—No hablo euskera: es un idioma muy difícil, pero soy bilbaína y he pasado mi infancia allí. Conozco algunas expresiones. Por lo demás, estese tranquilo.

Suelta el aire de los pulmones.

—¡Qué alivio! Mucho mejor así. Entonces, ¿vamos? Solos usted y nosotros tres. Pero sin mala intención, que todos estamos casados...

Le sonrío desde lo más profundo del alma, pero sigo en mis trece, y eso que, cuando pienso en comida, me suenan las tripas: estoy hambrienta. Casi saboreo el queso que seguro que nos sirven. Y los postres: los franceses son buenos reposteros.

En esta ocasión, he de decir que me resulta un poco más fácil. El placer es tan breve como la fama, y, como a esta, enseguida lo echo de menos: mi cuidadora regresa.

El agua que la funcionaria porta está, al menos, a treinta y siete grados. No me importa. Suelo tomar el café caliente como el infierno. Me la bebo de un tirón sin apartar los ojos de ella, que, impertérrita, con los brazos cruzados sobre el pecho, me contempla burlona. Las costuras de la faja empiezan a ceder. No cabe ni una gota más.

—Necesito ir al servicio —le informo.

—La acompaño —se ofrece.

—¿Usted también tiene que ir?

Me mira confusa. Pero enseguida se sobrepone.

—No, pero usted no sabe dónde está.

—¿Y usted sí? —pregunto. Noël acaba de referirse a ella como «la parisina». Eso significa que, como yo, acaba de llegar. Doy en el clavo.

—No, pero me entero enseguida.

—Pues se lo agradezco. Espero aquí sus indicaciones. Luego, iré sola. No debe preocuparse por eso porque, si bien mi coeficiente intelectual no es demasiado alto, se aloja más o menos en la media. Con unas sencillas indicaciones, ya sabe, la segunda a la derecha o algo así, me apaño. Por cierto, dígame una cosa: ¿cómo llaman en Francia a las fajas?

—¿Cómo dice?

—Faja, ya sabe, esa prenda interior que te atrapa como si fuera un virus, y, una vez te ha enganchado, se te pega a la cintura, a la tripa y a los muslos hasta quitarte la respiración...

—Comprendo, usted se refiere a la prenda terapéutica. La llamamos *gaine*.

¡Prenda terapéutica, la muy cabrona! Dios santo. Llevo en pie desde ayer, mi amigo Iturri está malherido y yo me estoy jugando la carrera, y esta señora espárrago tiene la mala uva de hablarme de prendas terapéuticas.

—*Gaine*... ¡Ah, interesante! Pues, ¿sabe qué? —digo mientras me recoloco el sujetador—, que mis *poitrines* son completamente naturales.

Ella, *poitrine*, lo que se dice *poitrine*, no tiene. Pero tampoco tiene nada de lo demás: ni cadera ni culo ni celulitis ni arrugas. ¡La muy espárrago, mira que traerme agua caliente!

Pero es tan francesa que no me comprende. O si lo hace, no se ofende. Sale de la habitación.

Me voy a hacer pis encima por pura chulería. ¡Dios, no puedo aguantar más! Se abre la puerta. ¡Bien, ha tardado poco!

—Primera a la izquierda.

¡Oh, bendito el que ideó un artilugio tan útil! Ni la rueda me parece mejor descubrimiento en este momento. ¡Ni la olla exprés!

Entro en el cuarto de baño y me desprendo de la maldita coraza. Mis células sienten el inmediato alivio; yo no: me noto los kilos de más. Y encima no hay papel higiénico... Yo soy un poco asquerosilla. No apoyo mis posaderas en ningún sitio extraño. O mantengo el equilibrio (ya saben, ese equilibrio inestable, que se acerca pero no toca, como si se tratara de algún tipo de ejercicio para fortalecer los glúteos) o empapelo la taza. Como esta segunda opción no es factible, me toca intentar acertar, aunque se trata de un baño francés. Los franceses tienen costumbre de hacer excusados liliputienses, donde casi no sirve ni el equilibrio inestable. Es más, colocan el papel hacia arriba para que no te lo claves al acercarte... En fin. Perdón por el exabrupto.

En la salida, sin embargo, me espera emboscada mi ángel guardián.

—¡Ah, qué amable! No hubiera hecho falta, señora. Si desde la prisión era la primera a la izquierda, la vuelta será primera a la derecha. Aunque, quizá, en Francia funcionen de otra manera.

No me sonrío. Sólo me conduce como a una oveja descarriada hasta la habitación. Allí recuerdo el *filet mignon* y me pongo de un humor de perros.

Ya sin faja y con la vejiga vacía disfruto de la respiración. Me han vuelto a confinar en la dichosa sala. El fiscal se ha esfumado. La mujer espárrago ha regresado con otro vaso de agua tibia y se ha sentado frente a mí. No hace nada. Y yo tampoco. Mientras aguardo acontecimientos, juego a imaginármela disfrazada de espía. Necesitaría prótesis de silicona. O un sujetador con relleno XL. Y un saco de sal. Ni por esas. Sería más fácil hacerla pasar por la abeja Maya. Noël no regresa. Ha debido de enfadarse conmigo. No le culpo: no es para menos. Sigue pasando el tiempo. Villegas no viene. La embajada no manda a nadie. La espárrago dormita. Me sueñan las tripas.

Empiezo a adormecerme cuando la puerta se abre con brusquedad, y aparece el comisario Mathieu. Lleva puesto el abrigo. Se cubre cuello y manos con bufanda y guantes. Se dirige a la mujer de París y le avisa de que un coche la espera. Ella pone cara de extrañeza.

—Sus jefes quieren que vaya a la escena del crimen. Perdón, del suicidio. Ha aparecido un polvo blanco sospechoso. Quieren que esté presente mientras lo

investigan.

Rauda, se levanta y sale a toda prisa.

Mathieu me mira muy serio. Un polvo blanco, ¿qué podrá ser? Estoy pensando en ello cuando entra el fiscal Noël acompañado por otro caballero, al que no conozco. Los dos llevan abrigo; el fiscal Noël, gorro. El pobre está horrendo con ese tocado de lana negro calado hasta las cejas. Los tres prorrumpen en risas. Siguen con la juerga durante un rato. Mathieu se tiene que sentar, se está poniendo malo.

—¡Polvo blanco! Tienes una imaginación calenturienta, comisario —dice Noël.

—¿Puedo saber qué ocurre? —pregunto.

—¡Oh, nada, querida señora! Necesitábamos hablar con usted sin la *lenguadina* cerca. De modo que la hemos enviado fuera.

—O sea, que no hay polvo blanco.

Los tres vuelven a reír.

—¡Claro que lo hay! He pedido al agente Suine que compre un kilo de harina y lo amontone en una esquina de la habitación. La parisina tardará un rato en analizarlo. Y así nosotros podremos charlar con tranquilidad. Aunque, con la hora que es, sería mejor que habláramos mientras almorzamos. Noël tiene razón. Einstein es una magnífica opción. De hecho, ya hemos reservado una mesa.

—Un almuerzo, pura cortesía profesional —me recuerda el fiscal.

Niego con la cabeza.

—Me encantaría saludar a su primo Einstein, la verdad, pero temo que va a ser imposible...

En ese momento, el hombre desconocido da un paso al frente.



## 6

No lo he visto antes, pero no tengo duda de quién es. Se presenta y me estrecha la mano.

—Pierre Combeau, médico forense. A sus pies, señora.

—*Enchantée* —respondo muy educada. Y de reojo miro en torno por si el fantasma de la mujer espárrago sigue rondándonos. Parece que se ha esfumado. Espero que no regrese.

El forense Combeau no es joven pero tampoco tan mayor como había supuesto. Tiene el pelo muy negro y la cara muy blanca, con un ligero matiz azulado. Sobre el labio superior, trazado con tiralíneas, descuella un gracioso bigotillo fino. A primera sangre, me recuerda a David Suchet interpretando al gran Hércules Poirot, pero con la frente menos despejada y la mitad de tamaño.

En realidad, no se parece tanto. Su cara es su pequeño bigote estrecho y rectilíneo y un pelo muy negro pegado a un cráneo redondo. El pegamento no es como la cola de contacto que empleo cuando se me despegan las tapas de los zapatos. Si me descuido y me toca los dedos, se queda tanto tiempo como nuestro amigo Eduardo, recién divorciado y más solo que la una (su mujer, que se ha apañado a un viudo talludito y feo, con más dinero que pesa, no nos visita). El pegamento que Pierre emplea es de peor calidad. De hecho, su postizo se mueve por su cabeza con la soltura de un árabe rico por Marbella. Y huele raro, más a ungüento que a pegamento. En su rostro de un blanco deslucido destaca una sonrisa pequeña bajo unos ojos pícaros y un alto grado de delgadez. Parece frágil. Es frágil. Demasiado. Debe de estar enfermo, enfermedad avanzada, pero su voz todavía no se ha enterado y se mantiene fuerte, castrense.

—Pierre Combeau, médico forense, y a su servicio, señoría —reitera.

—¡Ah, encantada! Siempre es un placer conocer a un médico forense —expongo, estrechándole la mano tendida. En realidad, no miento. Todos los y las médicos forenses que conozco son deliciosos, con gran sentido del humor e inmensa honorabilidad. Lo primero tiene lógica: ante tanto hoyo, o piensas en el bollo o te aplicas personalmente el escarpelo. No sé qué relación existirá entre las autopsias y la honorabilidad. Puede que sea simple casualidad. Yo sólo puedo hablar de mi experiencia y los resultados de mi estadística particular son del todo innegables.

—Sí, querida señora, soy forense. Pese a lo que puedan pensar los iletrados, entre los que usted no se halla, mi oficio es un bonito oficio. Soy escriba de cuerpos: doy fe de que el señor Garcés, tan educado, tan reputado, siempre tan comedido, descarga sistemáticamente sus frustraciones en su señora, que, esposa a la antigua, trata de cubrirle maquillándose más de la cuenta; levanto acta de la vagancia antipatriótica del señor Moran, albañil, a quien nuestra amada República sufraga un largo historial de bajas laborales cuando no padece enfermedad alguna relacionada con el ladrillo, cuanto con su huerto y su establo, a los que mima con el empeño de una madre

primeriza. Yo soy...

—Pierre, la señora es jueza: conoce de sobra la naturaleza de tu trabajo —le corta Mathieu. El comisario lleva un par de restos blancos inidentificables colgando del bigote, junto a la nariz. Intento desviar la vista, pero mi mirada no puede sustraerse a su influjo. Me digo que pueden ser miguitas del último sándwich de queso que haya comido, o algunas briznas desprendidas de un pañuelo de papel o, definitivamente, secreciones fastidiosas. Ese es uno de los inconvenientes de los bigotes: lo recogen todo, sin excepción. Quiero pensar que se ha comido un sándwich grande y blandito. Sí, debe de ser eso. Sin embargo, lo mire con el cariño que lo mire, tengo que reconocer que se trata de simples y acuosos mocos.

—A sus pies, señora —concluye el forense con un deje malhumorado. Me suelta la mano y marca un cumplido saludo con un inexistente sombrero.

—Bueno, pues ya nos conoce a todos —exclama Noël, cruzando los brazos. Por su gesto, parece como si me hubiera presentado a su familia.

No puedo dejar de sonreír al contemplar a aquel trío. Son... No sé cómo expresarlo. Son auténticos. Sí, tengo la sensación de que su vida, su pueblo, sus familias son mucho más auténticos que mi vida, mi familia y Madrid. Sé que, en todas partes y ocasiones, lobos y corderos conviven, pero, no sé, aquí parece haber muchos más corderos que en Madrid, y muchos menos lobos. Y hablando de corderos... A ninguno de los tres les va el papel. De asignarle un animal, sin duda el comisario Mathieu sería una de esas vacas de cuernos chatos que retozan por el campo, con un cencerro al cuello. Grandes, inofensivas, bonachonas, con la cabeza sobre el terreno pero con la cornamenta por si surge la necesidad. Pierre tampoco sería un cordero. Ni por supuesto una vaca. Es más bien el elefante macho que encabeza la manada con una rama fresca en la trompa, seguido orgullosamente por el cachorro. No hay duda de que el grueso Noël es un felino peligroso.

Sonrío sabiendo que llega la tormenta. Y que no sé cómo voy a cobijarme sin contar con un paraguas. Lo que sí llevo son pañuelos de papel en el bolso. Saco uno y se lo tiendo al comisario. Las pequeñas manchas blancas van resbalando por los pelos del bigote rumbo a la boca.

—Bueno, querida jueza... —ensaya Mathieu.

—Lola, por favor...

—Lola, gracias. Como probablemente le habrá explicado mi yerno, cuando ocurren cosas que uno no comprende, se siente mal. No duerme, se le quita el apetito...

—A ti el apetito nunca te abandona, comisario. No exageres —le interrumpe el forense.

—Es una forma de hablar, Pierre.

—Cierto. A mí también me ocurre: cuando formulo una pregunta a un cadáver y no me responde, me disgusto, me subo por las paredes. Por eso estamos aquí, apoyando a nuestro fiscal.

—Lo que ocurre nos hace sentir fatal a todos, querida Lola. Sin distinción — enfatiza Noël.

—¿Yerno? No tengo constancia de haber hablado con su yerno, comisario.

—¿Ah, no se lo ha dicho? Nuestro fiscal está casado con mi hija pequeña. Nos están dando unos nietos estupendos. Y, por lo que respecta a su profesión, como habrá visto se expresa estupendamente: todos estamos inquietos.

Me quedo callada, pero el silencio no dura mucho. El forense añade:

—En eso tienen razón mi joven sobrino y docto fiscal y su suegro. Nosotros tres somos muy distintos: edad, profesión, afiliación política... Cada cual la suya, pero somos franceses, y eso es suficiente. En cuanto a mí, querida señora, debe saber que no soy socialista ni comunista. Ni tampoco liberal. Esa gente es como una plaga. Si lee los periódicos verá los estragos que causan. Yo, señora mía, soy simplemente un buen francés. Colaboré con el ejército, legión extranjera. Allí me enseñaron a recibir una bala sin rechistar y una orden sin entender. Y sobre todo me inculcaron que la verdad es la verdad. Necesito, necesitamos que sepa que Francia es una buena república y que si estos mequetrefes de París hacen lo que hacen es porque no son verdaderos franceses. No, señor. Es más: yo diría que transmiten el hedor de los enemigos del Estado. Porque un francés de bien no tiene nada que ocultar y nada que reprocharse. Si se equivoca, lo reconoce y pide perdón. Punto. Pero si está en lo cierto, no cede ante el poder o el dinero, por fuerte que sea. No somos italianos fanfarrones, ni polacos fantasiosos, ni alemanes tramposos ni turcos. Nada de turcos. Mi perro es más francés que esa gente de París...

—Pierre, tú tienes un pastor alemán... —comenta Mathieu—. Y con ese bigote que llevas, pareces más alemán que tu perro. A Hitler le gustarías una barbaridad.

—¡Ja, esa sí que es buena! Yo he combatido a los alemanes...

—Pero ¿no naciste en el año cuarenta y seis? ¡Se había acabado la guerra y llevabas chupete!

—¡Tonterías! Lola, créame, somos una buena república. En este caso que tenemos entre manos, no sabemos exactamente quiénes son, ni qué es lo que pretenden, ni por qué se comportan de manera tan impresentable. Lo que sí sabemos es que esa gente de París trama algo y que no son patriotas. Debemos tener cuidado. Mucho cuidado.

—¡Andar con cien ojos! —refuerza Mathieu.

—¿Cuidado? —pregunto.

Los tres asienten al unísono, pero es Mathieu el que habla.

—Verá, Lola: lo que ocurre debe de ser extremadamente grave a tenor de lo que observamos. Lo digo por lo pronto que han llegado y por las personas que han enviado, demasiado importantes para un sitio tan pequeño como este. Lo intuyo porque no hay un solo periodista en los alrededores, y además por los informes que emiten. Es obvio que quieren echar tierra sobre esta historia. Y si pretenden enterrarla como antaño... Bueno, si estamos en lo cierto, estamos en peligro.

Vuelvo a interrogarles con la mirada. No sé por dónde van.

—Nosotros cuatro somos cabos sueltos, ¿entiende? *Cabos sueltos*. Sabemos demasiado. A lo mejor, pretenden matarnos a nosotros, del mismo modo que a ese pobre hombre...

Me echo a reír. ¡Auténticos!

—¿Matarnos? ¿A nosotros? ¿Quién? ¡No pueden hablar en serio!

—¿Y por qué a nosotros no, Lola? ¿Por qué? ¿Qué diferencia existe entre nosotros y su amigo el inspector Iturri, o entre nosotros y ese político vasco muerto?

Niego con la cabeza.

—Es imposible. Las cosas no son así. ¡Estamos en el siglo XXI y Francia es una democracia!

Pierre se cruza de brazos y con cierta sorna me pregunta:

—¿Conoce a esa gente de París? ¿Sabe quiénes son?

—No.

—Entonces, ¿cómo puede estar segura de que no volverán su arma contra nosotros?

Titubeo.

—Bueno, a ellos no los conozco, pero conozco a mi gente...

Mathieu se frota las manos.

—Debe hacerle caso. Pierre sabe de estas cosas: ha servido con la legión. En los noventa, en la guerra del Golfo, acompañó como médico a la séptima división francesa como parte de la operación Daguet. Ha visto muchas cosas...

Pierre se hincha como un pavo real.

—Sí, Lola. La legión ha sobrevivido a tres repúblicas y a un imperio, al desmantelamiento colonial y a dos guerras mundiales. Ha sobrevivido a la pérdida de Argelia. Pero nada se ha logrado sin luchar. Tampoco ahora: tenemos que plantar batalla. Lo haremos por Francia. Por nosotros. Y por su amigo...

El comisario remoja la garganta con el agua de la pequeña botella que le acompaña. Aguardo, pero no dice más.

—Con todo respeto, Pierre, creo que exagera.

—Señoría, llevo muchos años de forense. Los últimos veinte los he pasado en este dulce lugar, pero antes he trabajado extramuros. En la guerra y fuera de ella. No hace falta que le asegure que el asesinato de esta mañana fue ejecutado con alevosía y ensañamiento, usted ha sido testigo de ello. Lo que quizá no sepa es que a este tipo lo mataron con una terrible sangre fría...

—¿Sangre fría? ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir precisión, quiero decir serenidad, quiero decir orden. No es normal. Si no perteneces al gremio de los asesinos, matar te pone nervioso. Te aceleras, cometes errores...

—Entiendo lo que dice, pero no sé qué orden vio en ese cadáver. Yo sólo...

—Vomitó, lo sé.

Asentí. En realidad, yo lo que vi fue un caos de vísceras.

—Los orificios de los ojos están a la misma distancia de la nariz.

—¿Qué?

—Lo mató de un disparo en la frente. El hombre cayó hacia atrás. Cabeceó un par de segundos y murió. Su asesino esperó, y desde su posición apuntó a un ojo y disparó. Luego, se tomó su tiempo para hacer lo mismo en el otro. Y, finalmente, apuntó al corazón. Lo fulminó. Una puntería excepcional. Una caza paciente. Es un asesinato firmado por un profesional.

—Podría tratarse de un aficionado a la caza —señalo. Y a toda prisa evalúo la veracidad de los datos de los que dispongo. Si bien este punto no cuadra con los que obran en mi poder, podrían no ser incompatibles—. Sí, es muy posible que se trate de un cazador.

—Muy cierto, Lola. La pregunta es si ese cazador se cobra piezas humanas o sólo animales de cuatro patas —indica Noël, a quien mi gesto no ha pasado desapercibido.

—¿Sabe de qué estaba relleno el fiambre?

Proceso la frase. Suena a chiste, aunque dadas las circunstancias...

—¿Literalmente? —pregunto.

—Literalmente.

—De calcetines.

—Muy cierto. De calcetines y de una sorpresita más.

—¿Cuál?

—¿Quiere saberlo?

—¡Por supuesto, Pierre!

—Podríamos comentarlo durante el almuerzo. Un almuerzo en familia.

—No prometo nada. Sólo voy a almorzar.

—Será suficiente.

Noël regresa enseguida con mi abrigo y mi bolso. Ceremonioso, me ayuda a colocarme el primero, y a continuación me entrega el segundo. Me tienen definitivamente atrapada. Villegas va a hacerme puré.

El comisario se aclara la garganta antes de informarme de que iremos en su coche. El local está a unos quince minutos conduciendo. Pienso en lo despacio que pasarán con aquella compañía y me entra una terrible congoja. Gracias a que el francés no es mi lengua natal. Siempre puedo poner cara de no entender lo que me dicen.

Salimos. Percibo las ramas de los árboles silbando, el cielo con manchas oscuras, el suelo sembrado con una fina capa de hielo de un gris blanquecino y el caballeroso antebrazo del forense extendido ante mí. Percibo también el sonido ambiental y los coches de policía aparcados en batería ante la puerta de la comisaría. Lo que gracias al cielo no percibo es el aliento de la señora espárrago en mi nuca.

El frío me abofetea. Respiro hondo. El aire se me mete en los pulmones como si buscara un lugar donde echar raíces. Siento el golpe y el cansancio. Estoy extenuada. No sabía cuánto hasta que me he puesto en pie.

No me lo puedo creer, pero aquí estoy, en territorio francés, subiéndome a un coche de policía conducido por un comisario muy serio con mostachos encerados y sentándome junto a un fiscal triunfante y con un forense con bigote de los años veinte en el asiento delantero. Y yo sin defensas, con el pelo ensortijado, y una faja escondida en el bolso. Verdaderamente, es una situación ridícula.

Hace algún tiempo, unos chavales entraron a robar en casa. Creyeron que no había nadie, pero se equivocaban: yo estaba en mi cuarto depilándome las cejas. No les oí entrar. De hecho, no me enteré de que estaban allí hasta que tuve a uno delante. No levantaba metro y medio, andaría por los catorce, pero me dio un susto de muerte. Empuñé las pinzas apretando mucho el puño y le amenacé con ellas: «O te vas ahora mismo, o atente a las consecuencias». Inicialmente, el chavalillo se asustó al toparse con alguien en una casa supuestamente vacía, pero, cuando me vio amenazarle con las pinzas, le dio un ataque de risa. Me encerraron en el baño, y se llevaron el televisor. Cuando llegó Jaime y se lo conté... En fin, estuvo burlándose de mí un año.

Las carcajadas le impedían hablar.

—Nos hemos quedado sin televisor, no sé de qué te ríes.

—¡De que no se hayan llevado el arma! —añadió, entre hipo e hipo.

Jaime...

Las lágrimas llaman a la puerta. E insisten. Tres largos días. Me entran unas ganas irrefrenables de abrir el móvil y leer el mensaje de Padilla. Pero no lo hago. Me barro los ojos, me aposento en el coche y me desabrocho el abrigo. Miro por la ventana. Es mejor que mirar al fiscal. Entre callejas, y mecidos peligrosamente por un viento enfurecido, salimos de Bron. Las calles están casi desiertas. A pesar de todo, me doy cuenta de que este «pueblecito» del que me hablaba el fiscal no es tan pequeño, ni tan francés como otros que conozco.

Enseguida dejo de prestar atención al paisaje. No hago más que pensar en Villegas. Si me ve de esta guisa, se me tira al cuello. Leí en una ocasión que, de la mujer, su verdad más abrumadora es que no sabe guardar un secreto. Es muy probable que ese fuera el pensamiento que atravesara la mente de Villegas al despedirse, porque estuvo verdaderamente pesado al insistir en que no les diera ni los buenos días.

—A los franceses, a lo sumo nombre y graduación, Lola.

Levanté las manos en señal de rendición.

—Yo no tengo graduación, ni regimiento, ni nada por el estilo, Villegas. ¡Soy una civil!

—Pues, entonces, nombre y apellidos. Dígalos deprisa: como suenan raros, los escribirán mal. A ver, ponga esa cara.

—¿Qué cara? —pregunté extrañada.

—Esa que usted domina, la de mosquita muerta.

—De acuerdo: nombre y apellidos, Villegas.

Mientras escucho al fiscal Noël, a quien la euforia ha desatado la lengua y no deja de loar las bondades de la región, yo me repito a mí misma que mi nombre es todo lo que voy a confesar al representante del Ministerio Público francés y a sus dos bigotudos amigos. Eso y lo mucho que aprecio a Iturri, lo bonitas que son las montañas vascas que rodean mi lugar de nacimiento y mi receta secreta de pochas, que, por cierto, me salen de cine. Y para seguir en esa línea de silencio sonoro, estoy dispuesta a emplear mil y un ardid, que para algo soy pelirroja y bilbaína y ellos hombres y franceses. En fin, que mi resolución es firme: cerrar la boca, apretar los dientes y hablar de banalidades, dejando, eso sí, que se cuele algún detalle que prolongue la conversación hasta que llegue la caballería, o sea, Villegas.

«¿Y si les hablas de la faja? —apunta mi subconsciente—. Da para mucho. A lo mejor, el tal Einstein pueda dedicar a tu *gaine* uno de sus famosos cócteles». Y me sonrío yo sola.

Creo que tardo diez segundos en quedarme dormida.

Y, de pronto, empiezo a ver con nítida claridad el sentido de los hechos. Las razones. Los porqués. Mi mente recompone esa historia conocida a trozos, a trompicones, y comprendo.

Sí, comprendo.

Todo empieza a tener sentido.

I

## LA EXCUSA



*Prisión de Alcalá Meco, hombres,  
Madrid. 28 de septiembre*

Por joven que fuese, por deprisa que su corazón tañera, por más cartas que escribiese, cualquiera que mirara a Xabier Gortari a los ojos oiría campanas tocando a muerto. Si lo hubieran metido, vestido como estaba, en una fosa del cementerio de Oñate, su pueblo natal, y echado tierra encima, no olería más marchito. Desde mucho antes de que el alma se le quedara en los huesos y los médicos de la prisión ordenaran ingresarlo para intentar resucitarlo, el guipuzcoano llevaba sudario. Respiraba porque la estrecha vigilancia le había impedido ejecutar su plan, pero desde hacía semanas su único pensamiento, fijo como un grafiti en una pared de cemento, era terminar con aquel suplicio. Matar la náusea.

Le había visitado, por primera vez, en primavera. Por aquel entonces, Xabier aún tenía buen aspecto, un rescoldo de su antigua gallardía. Cierto que los años de cárcel habían causado en él evidentes estragos; ya no era aquel joven atlético y campechano por quien las muchachas suspiraban, pero gozaba de buena salud y, sobre todo, contaba con una misión: hacer doblar a la Organización. Sin embargo, ni siquiera tan magna causa fue suficiente para lidiar con la angustia. Su frío beso le fue poco a poco congelando los tuétanos. A su vera, todo se volvió oscuro y doloroso, una húmeda caverna sin salida. Con la llegada del otoño, el empacho de vértigo le había doblegado el alma.

No podía soportarlo más.

En las proximidades de Zegama, a poco más de media hora de su hogar, protegidas por sendas bolsas de plástico y dentro de un bidón sellado, Xabier guardaba dos pistolas con su correspondiente munición. No se las habían incautado por la sencilla razón de que, en los registros practicados, los agentes antiterroristas no habían localizado su escondite. Y él tampoco les había hablado de ellas. Ese era su pequeño secreto. La imagen de esas armas arribaba a su cabeza como los pesqueros a puerto. Las veía a todas horas, soñaba con ellas. De haber estado en casa, se hubiera apresurado a desenterrarlas. Empuñando una nueve milímetros, el tormento se habría visto obligado a retirarse. Pero estaba en la cárcel. Y carecía de arma alguna, salvo los tres pares de calcetines de algodón que pacientemente había recolectado en los días previos. Con cierta destreza (y él, desde luego, la tenía), se convertirían en un instrumento letal.

Tras la ronda de las diez, el funcionario pasó por el cuarto de curas con el fin de hacer una corta visita a la botella de *whisky*, que guardaba bajo llave junto a las tijeras y los cúteres. Estaba rigurosamente prohibido ingerir alcohol dentro del centro penitenciario. Lo sabía. Pero cada vez necesitaba más aquellos pequeños chutes.

Odiaba su trabajo y esas mínimas citas le aligeraban las horas, eternas. Y cuando regresaba a casa, sentía que olía menos a maldad.

Amarró de nuevo el tapón a la botella, y la escondió. Cuando fue a echar mano al bolsillo, en busca de las pastillas de menta, no las halló. Nervioso, se palpó la ropa hasta dar con ellas: las había guardado en la americana. Quizá fuera por el alivio, o porque en aquella ocasión el viaje a la botella fuera más largo, o porque llevaba ya tres visitas a la sala de curas. La razón no cuenta. Lo que importa es que, al retirarse, olvidó apagar las luces, y la enfermería, habitualmente vestida con el alumbrado de emergencia, se vio inundada por una luz insólita. Una claridad suave que, de inmediato, susurró el nombre de Xabier Gortari. Y él se dejó seducir porque, resultaba evidente, aquello era un presagio. Una noche de ocasión en la que perdería definitivamente de vista la náusea que tenía anudada en la garganta.

Se encontraba débil y mareado. Los medicamentos que le suministraban le provocaban somnolencia. Le atontaban y le dejaban la boca pastosa, pero no lograban quitarle la idea de la cabeza. Fue su determinación más que sus músculos la que le permitió incorporarse. Apenas el funcionario abandonó la sala, se deshizo de la sonda y, de un tirón seco, se arrancó el catéter que le ataba al suero. Al hacerlo, se desgarró la piel. Gruesas gotas oscuras se abrieron paso por entre la manga del pijama reglamentario en dirección a su mano. Al percibir la presencia de la sangre, su respiración se tornó rápida e irregular, pero logró ponerse en pie y dirigirse a las duchas.

Avanzaba de modo errático. En ocasiones, se golpeaba contra las paredes o tropezaba con el mobiliario de la enfermería. Entonces, levantaba los brazos y los agitaba como si quisiera zafarse de las trampas que su imaginación dibujaba.

Cuando chocó con el carrito de las curas, la bandeja metálica cayó al suelo con todo su contenido. El estrépito despertó al otro huésped de la enfermería. Dalí se incorporó y mostró su indignación con grandes voces. Mientras blasfemaba, tomó las gafas redondas de gruesos cristales que descansaban en la mesilla y fijó la mirada en su compañero. No conocía su nombre. Aquel tipo no suscitaba ningún interés en él. En las contadas ocasiones en que había tenido que dirigirle la palabra, le había llamado por el número asignado a su cama.

—Veintitrés, ¿qué coño haces? Te está sangrando el brazo. ¿Adónde vas?

Xabier se detuvo un brevísimo instante, en el que le miró sin verle. Enseguida reemprendió con determinación la marcha, sin prestar atención a la sangre, que iba pintando una estela en el suelo.

—¡Estás como una chota, macho! Dicen que yo estoy majara porque soy un fotógrafo creativo, pero comparado contigo parezco una puñetera hermanita de la caridad. ¡Que te jodan, tío, quiero dormir! Si me molestas, juro que te rajo. Me importa una mierda que seas de la ETA, del IRA o de la Yihad. ¡Si me despiertas, prepárate!

Xabier alcanzó la zona de aseos. Una vez allí, se dirigió a la ducha más alejada de

la puerta, un lugar estrecho y abierto, alicatado con pequeños azulejos blancos, que, con el tiempo, habían perdido gran parte de su lustre. Sobre la gran cebolla, destacaba una rejilla de hierro. Extendió su brazo derecho y acarició el metal. Lo hizo como si fuera una mascota, un perro fiel que viniera en su auxilio. Con la mirada fija en ella, sintió una extraña sensación de alivio.

Le gustaba su tacto. Su padre trabajaba en una fábrica de herramientas. Producían cizallas para cortar metales. Guardaba de él un grato pero vago recuerdo. Lo evocaba grande, callado, de manos anchas y torpes, capaces de acariciar con silenciosa dulzura. En realidad, era el tiempo el que se había encargado de engordar sus recuerdos. Xabier sólo alcanzaba a desenterrar la imagen del taller y el murmullo del cuento del oso goloso, que les recitaba noche tras noche. Debía de ser el único que conocía. Había muerto cuando él acababa de cumplir ocho años. A su madre ni siquiera la recordaba. Le habían contado que era una mujer muy alegre a quien una hepatitis fulminante se llevó por delante en menos de una semana, cuando él aún llevaba pañales. Por eso, nunca escucharon cuentos normales: sólo historias de caza y de guerra, de héroes silenciosos y pequeños, de soledades. De su madre no lograba reconstruir su rostro, apenas el olor a lavanda que teñía su ropa. Los recuerdos de su padre eran algo más nítidos. No era un gran conversador, pero era un hombre bueno que siempre estuvo cerca. A él lo llevaba a la fábrica cuando tenía que hacer horas extras. Desde entonces, le encantaba acariciar el metal. Era un gran montañero, lo que no impidió que en una de las visitas a la cara norte de Kurutzeberri, en una zona regada por pedriza, tropezara y se desnucara. Entonces, ellos pasaron a ser los huérfanos Gortari, los de la mala suerte. Y para Xabier nada volvió a ser como antes.

Con el tiempo, la Organización sustituyó esa parte de su corazón que quedó vacía. Los miembros de los dos comandos en los que se había integrado suplantaron a su familia, y pasaron a ser su padre, su madre, sus hermanos y su hogar. No alternaban con osos glotones, ni con dulces arrullos, pero le proporcionaron un motivo para seguir luchando. Una meta.

Hasta que lo atraparon.

Sabía que podía ocurrir, pero, en el fondo de su corazón, no lo esperaba, y el apresamiento le cogió por sorpresa. Fue un juicio rápido. No entendió gran cosa de lo que los abogados dijeron, salvo los hechos que se le imputaban, todos ciertos. En sentido estricto, todos menos uno, ya que Xabier Gortari nunca había pretendido matar a nadie. Al menos, no directamente. Jamás había empuñado una pistola, salvo en los campamentos de adiestramiento en Venezuela, y mucho menos enfocado con ella una sien. Nunca tuvo *animus necandi*, intención de matar: sólo fabricaba artefactos explosivos. Ya de niño, en el internado al que asistió, le llamaron la atención los laboratorios: mezclar sustancias en probetas, hacer experimentos, cambiar el estado de las cosas. En aquel momento, la afición emergió de nuevo. Y, en ella, resultó bastante capaz y los jefes se dieron cuenta enseguida. Era meticuloso y concienzudo. Quizá un poco lento, y, desde luego, demasiado alegre. Siempre

fumando y canturreando. Cantaba mientras trabajaba y no precisamente en euskera. Tarareaba canciones del momento, la mayoría en inglés. Desconocía ese idioma, pero recitaba de memoria e inventaba si era menester. Le fascinaban los Beatles.

Tenía una voz gruesa, rasgada, que llamaba la atención, y sus compañeros le instaban a que se callara, pero él se escaqueaba y seguía canturreando y rodeando sus notas con peligrosas virutas de humo gris. No es que despreciara la autoridad; simplemente, era demasiado joven, veintiuno para veintidós. Estaba lleno de vida, de fuerza, de ganas; en cierto modo, hasta de inocencia, lo que no le impidió saber en qué se empleaban las bombas que cantaba. Por eso, al escuchar los cuatro cargos de asesinato en grado de tentativa no negó su autoría. En aquella ocasión, un fallo en el mecanismo evitó que el coche saltara por los aires y facilitó la toma de huellas. A él le dolió por la calidad del trabajo; a sus jefes, por el fracaso.

Tras la redada, le encerraron en Madrid junto con otros tres compañeros, en una celda pequeña y sin ventanas, localizada en un sótano húmedo y frío. Luego, le enviaron a una prisión lejos de casa y le aseguraron que no saldría de allí sin canas. Los primeros meses se le hicieron eternos. No lograba acostumbrarse a la cárcel, a su ritmo, a sus formas, a aquella extraña gente, a los extranjeros, al olor. Estaba habituado a vivir en el campo, rodeado de bosques, y el confinamiento le ahogaba. Siempre que acudía a visitarlo, la abogada le animaba con el mismo discurso: sabía de buena tinta que el suplicio cesaría muy pronto, porque la solución definitiva estaba al caer.

Pasaron tres años y seis meses. Las visitas de la abogada se fueron distanciando hasta cesar por completo. Los demás también se esfumaron, lo mismo que la solución prometida. Aquellos a los que había llamado compañeros e incluso hermanos, a los que había obedecido sin cuestionarse nunca una orden, por muy arriesgada que fuera, terminaron por abandonarlo a su suerte. A pesar de sus cartas, de sus ruegos, de sus razonamientos, de las tribunas abiertas en el periódico, optaron por hacer oídos sordos.

Tres años y seis meses habían bastado para darse cuenta de que aquellos hermanos no eran tales y de que la lucha carecía de sentido. Las consignas con las que habían enlosado su entendimiento eran papel mojado; la sangre derramada, un crimen que clamaba al cielo y le escocía el alma. El arrepentimiento no nació de improviso. Fue madurando en su interior despacio, como el paso de las horas en su celda. Hasta que un día, sin saber cómo, fue plenamente consciente de lo que había hecho. Se miró las manos. Las vio de su color original y se horrorizó de sí mismo. Entonces, escribió una larga carta. E hizo esa llamada. Ambas cosas le costaron la expulsión del colectivo. Se alegró de que le llamaran *ustelari*. Era lo mínimo que se merecía. Traidor era cien veces mejor que asesino.

Pedir perdón, sin embargo, no logró vaciar su conciencia. No allí, entre esa gente extraña, envuelto en ese olor, lejos de casa. No lo soportaba. La náusea le reconcomía las entrañas. Tenía que salir de allí y volver a Oñate, a sus montes, a su verdadera

familia. Prefería estar enterrado en el cementerio de su pueblo que vivo en la cárcel.

Lo había intentado una y otra vez. Había rehusado el alimento hasta el punto de parecer un pellejo, pero no le habían permitido morir. Aquella noche, por fin, el destino iba a correr el cerrojo y a abrirle la ansiada puerta.

Se desnudó. Primero se desprendió de la camisa. Al notar la sangre, se quedó mirándola confuso, pero se olvidó de ello casi de inmediato. Continuó con el pantalón. No llevaba ropa interior. Dobló cuidadosamente las dos prendas y las depositó en la entrada de la ducha. Cuando Joseba, su hermano mayor, un obseso del orden, recogiera su cuerpo para llevarlo a enterrar, vería la ropa ordenada, y sabría que había pensado en él antes de partir. Luego, se quitó la cadena de plata con la cruz, y la colocó con mimo sobre la ropa. Se la había regalado Anne, su hermana. Los tres huérfanos juntos de nuevo.

Se libró de los calcetines. Llevaba los tres pares puestos, blancos, de deporte. Les había dicho que estaba destemplado, algo que, por otro lado, era cierto, y se lo habían permitido. Los anudó hasta formar una burda pero sólida soga. Cuando con ella en la mano regresó al cubículo, su respiración era definitivamente caótica. Abrió la ducha y esperó a que el agua brotara caliente. El vapor de agua aminoró el frío que sentía, pero no le quitó los temblores. Sujetó con ambas manos el asiento plegable de la ducha. Se subió en él muy despacio. Le preocupaba que cediera bajo su peso. Le preocupaba resbalarse. Nada de eso ocurrió.

Le seguía temblando el cuerpo cuando pasó el improvisado dogal por la reja metálica de la ventana y no dejó de tiritar hasta que con él se envolvió el cuello y mató la náusea de un salto.

Prisión de Alcalá Meco, Madrid. 28 de septiembre

Desde que Veintitrés lo despertara, Dalí no había logrado descansar. Se hallaba tumbado en la dura cama, boca arriba, con su enorme barriga subiendo y bajando rítmicamente, aprisionada por el pijama reglamentario. El único ruido que llegaba era el ligero repiqueteo del agua sobre el suelo de baldosas, pero estaba desvelado. Cuando se desvelaba, ya no recuperaba el sueño.

—¡Al diablo! —exclamó.

Retiró el clavo que tenía pegado con un trozo de esparadrapo en la base del cajón de la mesilla y con él se soltó las esposas que lo retenían en la cama. Veintitrés estaba suelto porque no lo consideraban peligroso. A él lo tenían sujeto como a un perro furioso. Pero era mucho más listo que un perro.

Puso los pies sobre el suelo, gélido. De inmediato, los levantó y los mantuvo en el aire mientras se despojaba de la goma del pelo. Se peinó con los dedos y volvió a anudarse los cabellos. Los tenía lacios y finos, teñidos de rubio platino. Hacía tiempo que no se los cortaba y se peinaba con raya al medio, sin que ninguna de las dos estrategias ocultara la evidencia: estaba tan calvo que cuando tomaba el sol debía cubrirse con una gorra o ponerse una buena dosis de crema protectora en la cabeza.

—Te dije que te machacaría el cráneo si me incordiabas, tío, y hablaba en serio —pronunció en tono categórico—. ¡Por todos los demonios, aquí hay más vapor que en una tintorería! ¿Pretendes ahogarte o qué?

Las siguientes frases murieron en su boca. Durante unos instantes, permaneció inmóvil, notando cómo se le encendía el cuerpo. Se llevó las manos a la cabeza, dio un par de pasos hacia atrás y observó detenidamente el cuerpo suspendido. Lo hizo como quien repara en una bella pintura o calibra la madurez de una fruta exótica. Y llegó a la conclusión de que, de nuevo, el destino lo llamaba. Aquella figura desgarrada y anoréxica iba a ofrecerle un lienzo para una nueva obra de arte.

—¡Jodido cabrón! ¡Y pensar que ni siquiera sé cómo te llamas!

El psiquiatra de la prisión opinaba que su genio no era tal. Ulpiano García Alcalde, alias Dalí, no replicaba, pero tenía por cierto que era un inútil: confundir su arte con una enfermedad maniaco-depresiva evidenciaba su ignorancia tanto en materia de arte como de medicina. En todas las sesiones, con pesada machaconería, el psicólogo se alineaba con su colega y repetía que cualquiera que se divertiera fotografiando muertos era un demente, por lo que recetaba terapia y medicación. Pero Dalí sabía que lo único que necesitaba, lo que echaba en falta, era público y materia prima. ¿Qué más bello que un cuerpo humano al que se le escapa el alma? Su arte, como cualquier arte moderno, no era para todos los públicos, pero es propio de ignorantes despreciar lo que no se comprende. Claro que en aquella ocasión las cosas

se habían torcido un poco y le habían trincado. Cuando no tenía modelos, se apañaba como podía. Pero todo arte tiene un coste, ¿no? En aquel caso, Veintitrés se lo ponía en bandeja.

El agua caliente seguía fluyendo y la zona estaba invadida por el vapor. Se quitó las lentes empañadas. Las lamió por ambos lados, las secó con la tela de la manga y volvió a colocárselas. La visibilidad no era buena pero sí la suficiente para tomar en consideración el cuerpo desnudo: los brazos caídos; la cabeza rendida sobre el pecho; la extrema delgadez; el algodón blanco profundamente incrustado en la garganta, perfilando un surco rojizo.

—¡Dios, no va a ser nada fácil! Vaya faena me vas a dar, Veintitrés. Y sólo tengo unos minutos. ¡Por favor, pareces un Cristo! ¿Por qué estás tan flaco? Das grima. Eres como esos prisioneros de los campos de concentración. ¡Qué pena no tener un uniforme de rayas: hubiera hecho maravillas contigo! En fin, habrá que improvisar.

Dio un par de vueltas a su alrededor. Había algo, una sutil sugerencia, que no lograba materializarse. De pronto, estalló en aplausos. La inspiración le invadía.

—¡Naturalmente! ¡Era eso, ya sé a qué me recuerdas!

En ese momento, la visión de los corderos recién pelados, colgados de sendos ganchos de la carnicería de su padre, se adueñó de sus ojos. Solían cubrirles la cabeza con una bolsa de plástico, para que la sangre no goteara. Lo ponían todo perdido. Y que los niños no lloraran al ver los ojos saltones, inyectados en sangre.

Oyó de lejos los pasos del guardia que regresaba. El portazo resultó perfectamente audible. Aun así, Dalí no se apresuró. En los días que llevaba ingresado en la enfermería había advertido que el funcionario, a punto de jubilarse tras cerca de tres decenios en el puesto, era hombre de costumbres. Tenía la certeza de que seguiría sus consolidadas rutinas: entraría en el cuartucho, se prepararía un carajillo y se lo tomaría antes de entrar. Eso le otorgaba diez minutos de margen. Volvió al interior de la enfermería, se acercó al carro metálico, donde se hizo con vendas y una bolsa de plástico grueso. Para colocar esta, hubo de subirse a la plataforma de plástico, cuyos goznes cedieron parcialmente. La remendó de la mejor forma que pudo.

Se apartó un poco del cadáver, ya compuesto, y le echó un último vistazo. Los ojos le brillaron de placer. Un millón de emociones conocidas rondaron por su cabeza. Había quedado perfecto. Arte en estado puro. Volvió a la sala. Recuperó el móvil, que guardaba oculto bajo el colchón, y dedicó el resto del tiempo disponible a disparar instantáneas. Era una pena: el teléfono, una antigualla, contaba con una cámara de ínfima calidad. Aun así, la imagen aparecía nítida. Sonrió. Extendió el brazo para volver a abrir el grifo. El agua le molestaba y había interrumpido el flujo mientras trabajaba. Se mojó el pijama.

Miró el reloj. Se le había echado el tiempo encima. Corrió a la cama, se colocó de nuevo las esposas y metió los brazos bajo las sábanas. Cerró los ojos y fingió dormir. Oyó entrar al funcionario, pasear por el pasillo y detenerse ante la cama de Veintitrés.

Al no encontrarle allí y percibir el rastro de sangre, siguió el reguero por el pasillo, mientras maldecía en voz alta. Sacó del cinturón su transmisor portátil y entró en la zona de las duchas. Dalí sonrió para sus adentros. La experiencia estaba resultando verdaderamente satisfactoria. Extrajo el móvil de entre las sábanas y disfrutó de su obra. El toque de la bolsa de plástico en la cabeza resultaba sublime.

—¡Llama al director!... Me da igual que se haya ido a casa. Dile que venga cagando leches, que es urgente... ¿Que si he bebido? ¡Pero qué tonterías dices! Mira, esto es muy grave... ¿Cómo de grave? Pues a ver qué te parece: el tío está muerto. Acabo de encontrarlo colgado en las duchas... No, no es un suicidio: se lo han cargado... ¿Que cómo lo sé? Pero ¿tú te crees que soy idiota?: tiene la cabeza cubierta con una bolsa de plástico, y los pies y las manos atados con vendas. ¡Dios, se va a armar gorda! Que se dé prisa. Llama también al médico. Habrá que avisar al juez... *Cagüen sos*, ¿cómo habrá podido ocurrir? ¿Y por qué siempre tiene que ser en mi turno? ¡Putá mierda!

Dalí no cabía en sí. No habían pasado diez minutos y la enfermería ya parecía un río desbordado. Había funcionarios por todas partes. Ni uno solo dejaba de admirar su obra. Muy quieto, tapado hasta la boca con la sábana, los escuchaba atentamente. Habían reparado en él pero, como el director había dado orden de no tocar nada hasta la llegada del juez, le habían permitido permanecer allí. Para su disgusto, media hora después lo trasladaron a su celda. Llevaba el móvil oculto en los calzoncillos.

—Tienes el pijama mojado, Dalí —comentó el encargado.

—Se me cayó el vaso de agua. ¡Joder, no hay quien beba esposado!



Juzgados de guardia, Madrid. 28 de septiembre

—Silvela, soy Jorge del juzgado de instrucción. Siento ser portador de malas noticias. Me consta que llevas una guardia infernal, pero el juez quiere que vayas a Alcalá Meco, hombres, lo antes posible. Un levantamiento. Él y el secretario judicial acaban de salir. Deben de estar al llegar. La científica se ha personado ya.

Tenía razón: estaba siendo una guardia agotadora, pero ¿cuál no lo era?

—Iré enseguida, Jorge. Por cierto, estáis todos muy ágiles hoy —comentó.

—Más vale —recibió como respuesta.

Esas dos palabras y, sobre todo, el tono desabrido en el que habían sido pronunciadas le extrañaron. La médico permaneció unos instantes en silencio. Ante una muerte, se formaba un equipo a tres bandas: el juez, el secretario y el médico forense, auxiliados por el equipo de policía judicial, que en Alcalá Meco correspondía a la Guardia Civil. Habitualmente, acudían todos juntos al lugar. Y aunque solían ser diligentes, no traslucían la sensación de extrema urgencia que captaba en aquella ocasión. Debía de haber una razón, algo inusual.

—¿De qué se trata, Jorge? —preguntó al fin.

—No tengo todos los detalles, pero sé que es un suicidio.

—¿Otro? Parece que tuviéramos una plaga.

—Tienes mucha razón: es el tercero en lo que va de año. Este, con diferencia, era el más joven.

—¿Qué edad tenía?

—Veinticuatro, creo.

—¡Dios, era casi un niño! ¿Ha dejado una nota?

—No que yo sepa. Lo que sí puedo decirte es que, más allá de su juventud, concurren otras circunstancias, digamos especiales. Un asunto feo. Estas noticias corren como la pólvora y siempre alborotan a los internos. Habrá incidentes si no se trabaja deprisa. Por eso el juez quiere que postergues lo que estés haciendo, si no tienes inconveniente —añadió conciliador.

La forense se frotó las manos. Hacía frío. Quizá sólo fuera ella, que esta destemplada.

—Entiendo. Dime una cosa, ¿el interés judicial se debe al nombre del suicida o a que se tiene la sospecha de que las cosas no son lo que parecen?

—Yo diría que hay un poco de ambos elementos. El chico está condenado por asesinato. Pertenece a la banda terrorista. Desde hace cosa de un año, más o menos, empezó a criticar a la dirección abiertamente y se convirtió para ellos en una especie de grano en el culo, por decirlo de alguna manera. Les enviaba cartas y más cartas. Escribía a los periódicos. Al fin, los repudió públicamente. Esos detalles siempre

complican las cosas, pero es que, además... Mira, no quiero explicártelo por teléfono, pero te aseguro que es urgente.

La mujer consultó su reloj; faltaban quince minutos para las once de la noche.

—Salgo de inmediato —informó, antes de colgar.

La doctora Silvela pisó el acelerador de su Audi TT Roadster de color rojo, lo que más amaba en el mundo, tras su madre; el único lujo que se permitía y del que aún le quedaba pagar la mayor parte. Le encantaba el sonido del motor cuando aceleraba. Sin embargo, en aquella ocasión no disfrutó del paseo. Empleó veintisiete nerviosos minutos en llegar a Alcalá Meco y cuatro más en comprender las precauciones del juzgado. Un funcionario silencioso y con cara de circunstancias la acompañó hasta la enfermería, lugar del suceso. El juez, el secretario y la científica ya estaban allí. Tras un breve cruce de saludos, avanzaron hacia la zona de los aseos. Un cuerpo sin vida se hallaba suspendido de una reja metálica. Sus pies descalzos flotaban a escasos milímetros del suelo, anudados por sendas vendas blancas de algodón, al igual que las manos. El grifo continuaba abierto. El agua caía lentamente sobre el cadáver desnudo. El vapor acumulado dificultaba la visión, pero no impedía ver la bolsa de plástico que rodeaba su cabeza.

Mientras la unidad científica de la Benemérita disparaba sus cámaras, Silvela permaneció en un segundo plano, observando. El cuerpo se balanceó cuando desanudaron el lazo, y la forense tuvo ocasión de calibrar al occiso.

—Ese hombre está en los huesos —comentó al director de la prisión.

—Cierto: se negaba a comer. Sufría una fuerte depresión; por eso se le ingresó, para suministrarle alimentación parenteral.

Silvela no hizo más comentarios. En breve, lo tendría sobre su mesa y podría hablar con él a solas.

Desde ese momento, habían pasado casi cinco horas, la última dedicada a redactar su informe. Nunca tardaba tanto, pero aquella maldita bolsa y aquellas malditas vendas la obligaban a prestar minuciosa atención a cada letra que escribía. Más de uno iba a mirar con lupa los términos que empleara. Y les sacarían toda la punta que pudiesen. Se frotó los ojos y volvió a colocarse las gafas en el tabique, justo sobre la punta de la nariz. Cada vez veía peor. Se recordó, una vez más, que debía ir al oculista y graduarse la vista. Sabía que no lo haría. Se limitaría a comprar otras gafas de plástico con mayor aumento. El trabajo y el cuidado de su madre, enferma de alzhéimer, no le dejaban mucho margen. Fijó la mirada en las instantáneas tomadas por la policía científica, sobre todo, en la bolsa de plástico, envase de un producto farmacéutico. Volvió a suspirar, movió los hombros hacia atrás un par de veces para desentumecerse, y trató de concentrarse.

Un ruido a su espalda provocó que girara instintivamente la cabeza. Por la puerta entreabierta, hizo su aparición el juez de instrucción. Prado y ella se conocían desde hacía tiempo.

—Te traigo café. Te vendrían mejor unas vacaciones, pero eso no está en mi

mano. —Arrastró una silla y se sentó a su lado—. Pareces agotada.

La forense se desprendió de las gafas, levantó la mirada y la fijó en su interlocutor. El magistrado tampoco tenía buen aspecto. Era joven, unos cuarenta, pero las enormes bolsas oscuras que bordeaban sus ojos le hacían parecer mayor. Silvela pensó en sí misma. También ella estaba envejeciendo. Tratar con muertos, delincuentes y personas sujetas a condiciones extremas termina por pasar factura.

—Por lo que veo, ambos necesitamos un descanso.

—Es cierto. Este mundo nuestro se está volviendo loco. En fin, ¿cómo vas?

—Rematando. En diez minutos, concluyo.

—¿Y qué opinas? ¿Te reafirmas en tu informe preliminar?

Silvela asintió un par de veces, despacio.

—Si te refieres a la presencia de la bolsa, sí.

El magistrado sonrió, con gesto de alivio.

—¿El informe es contundente? Lo digo porque voy a tener cien ojos pegados al cogote. Lo que ha ocurrido es un fallo grave y se pedirán explicaciones con razón.

Silvela tardó en contestar. Se entendía mejor con los muertos.

—Yo sólo soy una médico forense. Lo mío es escuchar lo que el cuerpo me cuenta para descifrar la causa de la muerte. A mi juicio, con los datos que tengo sobre la mesa, y a la espera de los resultados de los análisis, búsqueda de psicotrópicos, etcétera, el interno falleció en algún momento comprendido entre las diez y las once de la noche por un sistema compatible con un ahorcamiento voluntario, habiendo usado para tal fin una soga tejida con calcetines anudados. El suceso es compatible con su profunda depresión, a tenor de los informes del psicólogo. Respecto a la bolsa de plástico y las vendas, yo diría que no tienen relación con su muerte.

El juez la interrumpió.

—Ahí quería llegar; ¿cómo de segura estás?

Silvela suspiró. Y se llevó la taza de café a la boca. Estaba frío.

—Verás, esto no es una ciencia exacta como las matemáticas, pero en este caso no tengo muchas dudas. No quiero aburrirte con los detalles técnicos, pero cuando se te acerca alguien que trata de asfixiarte con una bolsa de plástico, lo primero que haces es intentar defenderte. La defensa siempre deja huellas: arañazos, excoriaciones, moretones en la nariz, lesiones en manos o antebrazos o indicios de que le taparan la boca para ahogar sus gritos. En este caso, no hay ninguna huella. Tampoco han aparecido cuerpos extraños en las vías respiratorias, que son frecuentes... La cara, la lengua, el surco... todo apunta a un suicidio. Además, pese a la abundancia de agua, hemos encontrado restos de yeso en las manos del occiso, probablemente procedente de la rejilla donde colocó la soga. Hubo de manipularla para lograr el punto de apoyo.

—Pero la cara de este hombre...

Silvela sonrió.

—Ya sé por dónde vas. Este presenta un aspecto cianótico, mientras que el que tuvimos la nada graciosa suerte de compartir el mes pasado, no.

—Me has leído el pensamiento.

—La explicación es muy sencilla. En aquella ocasión, el nudo estaba en la nuca y la muerte fue rápida. En el caso que nos ocupa, el nudo se localiza en el lado derecho, a un par de centímetros de la oreja. Los vasos del lado izquierdo no se han visto ocluidos completamente. Hay isquemia cerebral, pero al suprimir la circulación de regreso, se ocasiona una intensa congestión...

—Que explica la cianosis.

—Exacto. En fin, lo dicho: estoy convencida de que el análisis del interior de la bolsa no evidenciará células bucales del occiso. Apostaría por una colocación *post mortem*, una especie de broma macabra. Cómo llegó allí y por qué son preguntas que no me corresponde a mí responder. Pero si te fijas, tanto las vendas como la bolsa proceden de la enfermería.

El juez resopló.

—¡Cuánto me alegra oír eso! Como te explicaba, me quitas un peso de encima.

—No te alegres tan pronto. Hay algo que quiero que sepas. Amén de la descripción del surco de la ahorcadura, no tengo más remedio que recalcar los severos indicios de desnutrición que presentaba el cadáver. ¿Estaba en huelga de hambre?

—Llevaba veinticinco días en huelga de hambre, sí. Y se negaba a recibir asistencia. Por la profundidad de su depresión, el psiquiatra consideró que era incapaz de tomar esa decisión y se avisó a la familia. Al parecer, sus únicos parientes vivos son un hermano mayor, que reside en Belfast, y una hermana que vive en algún pueblo de Navarra o de Vitoria, no lo recuerdo con exactitud. Aquel vino la semana pasada y nos firmó la autorización para alimentarle.

—¿Por qué la huelga?, ¿orden de los suyos?

El juez suspiró.

—No. Más bien al contrario. Era un arrepentido, hasta escribió a una de sus supuestas víctimas, que había perdido una pierna en un atentado con coche bomba, suplicando su perdón. Sostenía que la había fabricado él... Elaboró un manifiesto sobre cómo le gustaría ver a su patria dentro de medio siglo. Lo envió a todas las fuerzas vivas del País Vasco. Tres semanas después, sus colegas le expulsaron.

—¿Le expulsaron?

El juez suspiró. Abrió la carpeta y sacó una fotocopia.

—Déjame que te lea esta carta, entenderás a qué me refiero. Se la envió hace unos meses, ya casi un año, a la cúpula de la Organización. —Carraspeó un par de veces, y luego leyó de corrido—: «No logro saber cómo he podido vivir tanto tiempo pensando que erais mi familia, los *aitas* que la vida me arrebató de niño. ¿Cómo he podido confundiros con ellos? ¿Cómo he podido compartir mi juventud con vosotros? Ellos nunca hubieran permitido que hiciera lo que vosotros me enseñasteis a hacer. Si hubieran vivido, nunca habríais logrado engañarme. Todas vuestras enseñanzas sobre la patria y la familia eran mentira: no hay ningún conflicto,

ninguno, que aligere el peso de una muerte en la conciencia. Tarde me he dado cuenta, ese ha sido mi gran error. Miré para otra parte. Mi orgullo y mi estupidez, de todo un poco, han generado mucho dolor. Sobre todo a ese pobre hombre. Ya le he pedido perdón. A él y a su familia. Les envié una carta. No me han respondido, no me extraña: ni siquiera yo soy capaz de perdonarme a mí mismo. Dios es testigo de que estoy profundamente arrepentido, pero eso no significa nada. Lo que he hecho ya no lo puedo solucionar. Es irreparable y por ello no merezco perdón. Pero a vosotros sí puedo pedíroslo. Es más, os lo exijo: no matéis más en mi nombre. No con mi tiempo, ni con mi vida. Como sé que sois unos bastardos, he llamado a la policía, que para mi suerte cerró mi puño para siempre, y les he detallado la localización de los almacenes y zulos donde sé que habéis ocultado algunas de las bombas que yo fabriqué. No se os ocurra emplear las demás. O buscaré la manera de que os estallen entre los dedos. Especialmente a ti, Korki. Así terminarás aquí, donde yo estoy, y sabrás por fin que no puedes echar balones fuera. Sé que los pastores no acarician nunca a sus perros. Pero darían su brazo por ellos. Les quieren, desean su bien. Les cuidan si están enfermos, les dan de comer. Por eso la historia de la que tanto me hablabas está ya clamando a tu puerta. No lo olvides...».

Silvela suspiró.

—¡Entiendo, pensabas que eran sus excompañeros los que se lo habían cargado!

—Así es. Por eso me dejas mucho más tranquilo.

—¿Y la huelga de hambre?

—Después de esa carta empezó a desbarrar. Denunciaba la existencia de un topo en la Organización, alguien que hacía un doble juego. Por un lado, cooperaba con el Gobierno y por otro impedía el final.

—¿Y eso es cierto?

—No tengo ni idea. Imagino que no, pero comprenderás que, al ver la bolsa de plástico en su cabeza, me he echado a temblar. Ya sabes que estas armas las carga el diablo. Pero si insistes en que no tiene que ver con su muerte...

—Insisto. Necesitas otro culpable...

El juez Prado se inclinó hacia delante, bajó la voz y le explicó como en confidencia, aunque estaban solos:

—Todas las sospechas recaen en otro de los internos, un maníaco-depresivo obsesionado con los muertos. Los fotografía de un modo que podría denominar «artístico». Se hace llamar Dalí. Uno de los guardias del cementerio de Logroño lo pilló una noche abriendo tumbas y profanando cadáveres. Dalí respondió a palazos. Por desgracia, uno de los golpes resultó mortal para el vigilante y uno de mis colegas dictó sentencia por homicidio. Lleva días en observación en la enfermería, aquejado de fuertes dolores abdominales que, sorprendentemente, se han evaporado esta noche. Acaban de interrogarle. Al principio, ha negado cualquier participación en los hechos. Sin embargo, estando esposado, tenía las mangas del pijama mojadas y las huellas de sus pies están en la plataforma plegable descoyuntada. Debió de subirse en

ella: está bastante grueso. Creemos que no ha perdido la ocasión de mostrar su arte...

—¿Tendréis problemas?

—El director y algún funcionario más los tendrán, especialmente uno, que es un borrachín, pero no creo que la cosa vaya a mayores. Como bien indicas, no es sino un suicidio. Aunque si pudiéramos minimizar el peso de la presencia de la bolsa y las vendas, sería estupendo...

Silvela suspiró.

—Voy a firmar esto y me voy.

—Haces bien, descansa. Por cierto, ¿ese descapotable rojo que he visto por la ventana es tuyo? Me han dicho que te has comprado una máquina muy chula.

Sonrió.

—No es un coche, ni una máquina, ni un descapotable, querido juez. Es nada más ni nada menos que un Audi TT Roadster con un motor de gasolina de doscientos treinta caballos. Una preciosidad. El exceso de ruido es su único fallo. Pero yo tampoco soy perfecta.

—No sabía que te gustaran tanto los coches, Silvia.

—¡Ah, soy una caja de sorpresas agotada! Me subiré a mi Audi y volaré hasta mi cama... Pero antes debo acabar este maldito informe.

—Te dejo trabajar —susurró el juez, mientras se levantaba. A él no le llamaban la atención los coches. Eran, simplemente, trastos necesarios. Él prefería las antigüedades: libros, pequeñas figuras. Cualquier cosa anterior a 1700. Tocarlos enfundado en sus guantes blancos parecía ponerle en comunicación directa con la sabiduría.

En cuanto su guardia concluyó, la forense Silvela se subió a su coche rojo, bajó la capota y regresó a su domicilio sintiendo la bofetada del viento. Una vez allí, apagó el móvil, se tomó una pastilla para dormir y se metió en la cama. Mientras ella se hallaba sumida en un profundo sueño químico, Anne y Joseba Gortari fueron informados de la desafortunada muerte de su hermano Xabier.

Día y medio después, se personaron en la prisión dispuestos a recoger las pertenencias de Xabier. Hubo un sencillo funeral en la prisión, oficiado por un capellán voluntario, un andaluz de Córdoba. No localizaron a ningún vasco.

Prisión de Alcalá Meco, Madrid. 30 de septiembre

Dalí se encontraba en la sala de juegos. Al otro lado de los cristales, empezaba el otoño, una maravilla que no podría disfrutar. No era domingo, pero habían informado por megafonía que a las doce se celebraría un oficio religioso. No se enteró bien de por qué. Alguna fiesta, supuso. Los católicos tenían mil fiestas. Él no era creyente, pero no por ello perdía la ocasión de cambiar sus rutinas. Además, los oficios le inspiraban, aunque no los de la prisión. No había velas, ni oscuridad, ni incienso, ni figuras dolientes. Por no haber, en la cárcel ni capilla había. Para los actos religiosos se empleaba un local de usos múltiples que parecía una consulta de dentista. Estaba lleno de sillas de plástico apiladas en una esquina. Lo habían pintado de un blanco sucio y recordaba a las sábanas de su habitación. No le gustaba el blanco. Prefería oratorios con olor a cera, oscuros y con vidrieras, sobre todo con vidrieras.

Se dirigió perezosamente por el pasillo hacia el lugar. La luz entraba cegadora por los cristales. Parecía que esos rayos le conducían a un cielo lleno de posibilidades. Por un instante, se sintió bien.

Lo que más le sorprendió fue el corto aforo. Amén del cura, que iba por obligación, y de Biblias, que prácticamente vivía allí, no había más que tres personas en primera fila. Gente extraña, del exterior. Ya habían comenzado. Se colocó en la última fila y permaneció sentado. El sonido de la voz del predicador reverberaba en el silencio. Era demasiado fina para su gusto. No prestó atención. Todo ese rollo de la salvación no le iba. Lo escuchaba sin darse por enterado, como la lluvia que al caer no te moja porque estás a cubierto. De pronto, el nombre de Veintitrés llegó a sus oídos y cayó en la cuenta de que era su funeral, y aquella gente, su familia. Sintió como si le cayera encima una tormenta completa. Se puso en pie, salió a toda prisa y galopó hasta su celda. Recogió el móvil oculto y voló sobre sus pasos. Estaban cerca del padre nuestro cuando abrió la puerta. Se dirigió a la izquierda y avanzó por el pasillo lateral hasta situarse en la primera fila. Sus zapatillas crujieron. Sonaban a cáscaras de cacahuete. Le gustaban los cacahuetes, pero no se pudo deleitar en ese pensamiento. Durante el recorrido, intentó decidir cuál sería el mejor sistema. Cuando llegó, aún no sabía cómo hacerlo.

Se colocó junto a la mujer. De cerca parecía más joven. Era menuda y pequeña de estatura. Tenía las orejas repetidamente taladradas y se retiraba el pelo de la frente con una de esas cintas anchas, de color negro. Él tenía una parecida, con la bandera americana. La mujer sujetaba un bebé muy pequeño. Al sentir su presencia, giró la cabeza y le sonrió tímidamente. No fue una sonrisa completa, apenas una mueca, pero Dalí sintió cierto alivio. Aun así, estuvo un rato quieto, tieso como uno de esos trípodes con los que soñaba, observándola de soslayo. A su lado, también en pie,

había dos hombres. Uno de ellos era pequeño y estaba bastante flaco. Al segundo, grande y grueso, una repulsiva mancha roja irregular le cubría la mayor parte del lado derecho del rostro. Se extendía desde la ceja hasta el pómulo, y desde la oreja hasta la nariz. Cuando el cura pronunció esas palabras de paz que repetía en cada ocasión, la chica le tendió una mano huesuda y blanca.

Dalí odiaba el contacto físico con los vivos, especialmente con las mujeres. En vez de estrecharle la mano, extendió el brazo y, echando el cuerpo hacia atrás, le tendió el móvil. Ella le miró sin comprender. Giró la cabeza hacia la izquierda, como pidiendo consejo al hombre flaco que estaba a su lado. Dalí les animó con la mano a observar la pantalla.

Tardaron un poco en darse cuenta de lo que veían. Cuando lo hicieron, la expresión de sus rostros cambió. A la mujer un extraño lamento se le escapó por la garganta. Luego, empezó a gemir. Gemidos entrecortados, pequeños espasmos de dolor, que desembocaron en un llanto hondo y sonoro, que, como en una réplica, desató los lloros del niño. La reacción del hombre pequeño fue más descarnada. De un manotazo, lanzó el móvil por los aires, y luego se arrojó contra Dalí, y empezó a golpear su cabeza contra el suelo, mientras el joven grueso trataba de separarlos.

—¡Lo siento, con los medios de que disponía no pude hacerlo mejor! —se excusó Dalí, mientras trataba de zafarse de los golpes.



## II

### EL CAZADOR

*Cementerio de Oñate, Guipúzcoa.*

*Mañana del 1 de octubre*

—Mal tiempo —susurró el sacerdote, al acceder al recinto del cementerio, vacío. Vestía pantalón de pana, botas de monte y un anorak oscuro, y tapaba a su sobrino Joseba con un enorme paraguas negro. Anne había tenido la precaución de llevar su propio paraguas—. Lloviendo de esta manera, mucha gente que nos quiere se habrá quedado en casa —añadió cuando fue evidente que no tendrían otra compañía que la de los sepultureros. Ningún vecino del pueblo, que los huérfanos habían abandonado tiempo atrás, había acudido al entierro. Tampoco miembro alguno de la Organización, que les había repudiado.

Como siempre, el clérigo se expresó en euskera: la única lengua que hablaba voluntariamente, el idioma en el que celebraba misa. Empleaba el castellano a regañadientes, y sólo cuando no le quedaba otro remedio. Los dos hermanos no replicaron. Con aire grave, se limitaron a marcar con sus silencios el recorrido hasta la sepultura familiar.

—Mal tiempo —reiteró, antes de bendecir la tumba. Su redundancia sonó a anuncio conocido: el responso sería breve. Los dos hermanos se santiguaron, al igual que los sepultureros, ellos con cara de circunstancias.

—Xabier era impulsivo pero muy buena persona y por eso ahora descansa en paz —enfaticó el sacerdote con voz luctuosa, arrastrando las últimas sílabas, como tenía por costumbre—. Eso mismo deberíamos hacer nosotros: mantenernos en paz. Debemos resignarnos y no permitir que el dolor tome cuerpo en nuestros corazones y nos haga caer en tontos errores. Es preferible estar en paz. Con el tiempo, ese agujero que sentís en el pecho se cerrará. Nunca lo hace del todo, pero se contrae lo suficiente para permitirnos seguir viviendo. Paz, eso es lo que Xabier hubiera deseado para todos nosotros, y eso es lo que pido yo en su nombre.

Joseba Gortari había evitado manifestar externamente la rabia que le llenaba las tripas. Su tío, bien lo sabía, no era de fiar. Por ese motivo, antes de acudir al entierro, se había impuesto a sí mismo una estrategia de silencio. Sin embargo, el responso pronunciado por su pariente tenía sabor a velada amenaza. Miró a su hermana. Ella bajó la vista; él no. Y cuando los sepultureros hubieron terminado su trabajo y se alejaron con sus cuerdas, sus cubos y paletas, y el agua empapaba su mono gris, sujetó la pequeña mano de Anne y la elevó junto con la suya. Y ya con ambos puños en alto, sentenció sin quitar la vista de su tío:

—*Zure heriotza mendekatuko dudala hitzematen dut, gure gurasoen ohoreagatik.* Por la memoria de nuestros padres, juro que no cesaré hasta vengar tu muerte, hermano. No, Xabier, no cesaré hasta vengarte.

El cura no contestó. Dejando a los hermanos en el cementerio, bajo la lluvia, regresó a su casa.

Habían cogido dos habitaciones en un hostel del barrio de Aránzazu. Joseba condujo hasta allí y dejó en la puerta a su hermana. Iñaki, su pareja, y el pequeño le esperaban en la habitación. Con tan mal tiempo, Anne tenía miedo de que el niño se enfriara y habían decidido que su padre cuidara de él mientras ella enterraba a su hermano.

Al entrar, la joven saludó con un gesto a la mujer que regentaba el hostel y, sin detenerse, subió directamente a la habitación, situada en la primera planta. Tocó la puerta con los nudillos, pero no le abrieron.

—¡Iñaki, soy yo, ábreme!

No recibió respuesta del interior. Repitió tres veces la llamada y finalmente concluyó que dormían. Desanduvo el camino en busca de una segunda llave. Mientras pisaba de nuevo la moqueta de la escalera, oyó algo que no esperaba. Y permaneció quieta, escondida en el recodo.

—Esa que acaba de pasar es la niña de los Gortari...

—¿De quién?

—¡Sí, mujer, los huérfanos Gortari, los de la mala suerte! Tú porque has llegado hace poco a Oñate, pero aquí todos los conocemos. ¡Pobres chicos, parece que la vida se la tiene jurada! Primero cayó la madre, cuando ellos eran bien pequeños. Una enfermedad rara, no recuerdo bien cuál. El padre, que estaba de buen ver todavía, trató de solventar la situación con un segundo matrimonio, pero no encontró ninguna mujer del pueblo que quisiera hacerse cargo de tres criaturas. Hizo lo que pudo, pero la mala suerte se impuso de nuevo: un día de escalada se despeñó. Y ellos quedaron en manos de su tío cura. Pero ¿qué hace un cura con niños tan pequeños? Los envió a internados, hasta que se hicieron mayores. Luego, de regreso, trabajaron aquí, en la cooperativa durante años. Eran normales, como otros tantos jóvenes del pueblo. El pequeño, al que le decían Xabi, era muy guapo. Simpático. Todas las chicas andaban medio enamoradas. Pero, de pronto, sin que aparentemente pasara nada, una noche apareció aquí la policía y se lo llevó preso. Lo metieron en la cárcel. Por un atentado, ya sabes. A raíz de aquello, los hermanos también se fueron. Desde entonces, no les he vuelto a ver.

—¿Los hermanos también eran...?

—No sabría decirte. Puede que el mayor. En fin, he oído que el chaval se suicidó la semana pasada en la cárcel. Se había vuelto... de los arrepentidos. Ya sabes. En todo caso, ya está bajo tierra... Al menos, la chica tiene un marido y un niño muy mono. ¡A ver si con ella se acaba la mala racha!

Anne regresó sigilosamente por donde había venido. Se sentó en el suelo, junto a la puerta de la habitación, con los brazos abrazando las piernas. Incluyó la cabeza y se echó a llorar.

Oñate, Guipúzcoa. Mañana del 1 de octubre

Tras dejar a su hermana en el hostel, Joseba anduvo dando vueltas con el coche por el pueblo. Recorrió uno a uno los lugares donde habían transcurrido su niñez y su juventud. El barrio no había cambiado mucho desde su partida. A lo sumo, los olores. Casi podía verse vestido con el mono azul saliendo de la fábrica rumbo a casa. Entró en un restaurante italiano, una franquicia. Pidió pasta y un capuchino. Almorzó despacio, dejando que el tiempo se consumiera. Antaño habría pedido café solo; pero desde que vivía en el Reino Unido, y se había habituado al té, le parecía demasiado fuerte. Miró a su alrededor. Tenía la sensación de que le miraban de soslayo. Pero nadie parecía fijarse en él. Salvo el dueño. Se conocían desde pequeños. Hizo como si nunca le hubiera visto. Mejor. Así evitaría palabrería inútil. Pidió un tiramisú. Era temprano. Cuando llegó el momento, se subió al coche y enfiló hacia el lugar del que le había hablado Xabier en una de las últimas ocasiones en que había ido a visitarle. Lo rondó unas cuantas veces, pero siempre pasó de largo. Sólo cuando cayó por fin la tarde, y los últimos rayos de sol tiñeron de naranja la lluvia, se acercó. Estaba tan a la vista que nadie había reparado en ello. Ayudado de una pequeña pala, extrajo el panzudo bidón y lo introdujo en el maletero del coche. Se alejó hasta un descampado, donde, ayudado por una linterna, comprobó su contenido.

Extrajo primero un paquete cuadrado, cuidadosamente envuelto en plástico y sellado con cinta adhesiva. Rasgó la protección con su navaja, y se topó con dos pistolas en aparente buen estado y su correspondiente munición. No le extrañó: Xabier le había hablado de ellas. Pero dentro del bidón le esperaban algunas sorpresas. Sacó una carpeta de plástico con asas, que almacenaba distintos tipos de documentos, a los que no prestó demasiada atención, y tres pares de placas troqueladas con matrícula francesa. Cuando pensó que había terminado, reparó en que en el fondo aún quedaban algunos bultos. Extrajo el primero, de nuevo protegido por un film fino, y cubierto por una bolsa de plástico: eran tres detonadores. Un desagradable hormigueo empezó a subirle por los brazos. La posibilidad de que hubiera explosivos en mal estado que pudieran estallarle en las manos al manipularlos le puso nervioso. Permaneció quieto y tragó saliva. Había ocurrido en otras ocasiones. Recordaba perfectamente el incidente de Basurto. El chaval era tan joven como su hermano. Llevaba la titadine en la mochila y, sin más, allí mismo, en medio de la calle, estalló haciéndole saltar en pedazos por los aires.

«Xabi me habría avisado —se dijo—. Sí, lo habría hecho». Y luego de sopesar un par de veces más esa reflexión, estiró el brazo y sacó los demás paquetes. Uno contenía polvo de aluminio, calculó que cerca de un kilo. El otro, cordón detonador. Sacudió los brazos, para entrar en calor y quitarse la congoja. Se quedó con las dos

pistolas y volvió a enterrar el barril en el mismo sitio donde lo había cogido. Con el botín a buen recaudo, regresó a Oñate.

Las luces del cielo estaban ya apagadas, como las de la mayoría de los escaparates de la calle Mayor, como las candelas de la iglesia, cuando Joseba condujo hasta la casa de su tío, un edificio adyacente a la parroquia que regentaba desde hacía treinta años. Seguía lloviendo. Las persianas de la vivienda estaban bajadas y se oían rumores de televisión. Se detuvo a un tiro de piedra. No quería hacer sonar el timbre; prefería pillarlo por sorpresa. Sin embargo, no disponía de llave. Tras sopesarlo unos instantes, decidió comprobar si era cierto que la gente no cambiaba, y se dirigió a la puerta lateral, la que daba al jardín, como antaño. Sonrió. El pestillo no estaba echado. Entró. El vestíbulo no era como lo recordaba, sino mucho más pequeño. Pero, claro, entonces tenía quince años. En un instante, aquella fatídica imagen regresó, mezclándose con otras robadas a la memoria. Y los huérfanos Gortari, los de la mala suerte, retornaron.

Y evocó con total nitidez a su hermano Xabier, el más joven de los Gortari, dicharachero, alegre, siempre rodeado de chicas. Las mujeres le adoraban. Se acercaban por su físico y su labia, y ninguna se marchaba. Le cocinaban sus platos preferidos, le tejían jerséis, le regalaban entradas para los partidos de la Real... Enamoradizo, él respondía enseguida, y con la misma facilidad se cansaba de ellas. Una vez y otra. Hasta que conoció a aquella chica de la capital.

Era una joven rubia y menuda; de piel tan blanca que parecía no haber visto nunca el sol. Si bien su padre era propietario de varias fábricas, una de ellas situada en Oñate, residían en Madrid, donde la joven cursaba Administración de Empresas, razón por la cual aquel verano había decidido aprender algo del negocio familiar. Xabier, que rondaba por entonces los veinte años y trabajaba en una cooperativa, quedó prendado de ella nada más verla. Se enamoró de su rostro, de su educación, de su cultura, de su modo de desenvolverse. No era como las otras chicas que había conocido. Ni él era como aquellos pijos de la capital.

Mientras los girasoles ennegrecían a la espera de la muerte del verano, y ellos ultimaban su plan para fugarse a América, el industrial apareció en Oñate y de inmediato se hizo cargo del cambio obrado en su hija. No le costó informarse del nombre del pretendiente: un insignificante pelagatos sin familia ni condición. Obviamente, tenía otras aspiraciones para su primogénita.

Unos días después, cuando Xabier se acercó a la fábrica, los miembros del equipo de seguridad le cortaron el paso. Le informaron de que la chica se había marchado a Estados Unidos. No. No había dejado ninguna dirección. Tampoco una nota. Nada para él.

Aquel día, a Xabier Gortari se le borró la sonrisa para siempre.

No había pasado una semana de aquel episodio cuando fue a buscar a su hermano mayor a la salida del trabajo. Joseba tenía un puesto fijo como montador en una fábrica de electrodomésticos. Era un trabajo que odiaba, pero le permitía pagar el

alquiler y le dejaba tiempo libre para estudiar Psicología a distancia, que era con lo que realmente disfrutaba.

Xabier llevaba un cigarrillo encendido entre los dedos y un brillo extraño en la mirada.

—Pareces distinto, hermano; ¿va todo bien?

Xabier dio una larga calada a su cigarrillo.

—Me he reunido con ellos, Joseba —le soltó, sin anestesia.

—¿Con quiénes? —respondió. No le estaba prestando demasiada atención. Salía cansado. Demasiadas horas extraordinarias.

—Con la Organización. He pedido el ingreso. Creo que me aceptarán...

El agotamiento se esfumó de los ojos del mayor de los Gortari con la rapidez del dinero a principio de mes. De su boca brotó una expresión de absoluta perplejidad.

—¿Que has hecho qué?

—A través del tío, ya sabes. Me he reunido con ellos y dicen que puedo servir. Me van a asignar un buzón. Luego, veremos...

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Te has vuelto loco? —replicó. Hablaba en sentido estricto—. Lo han intentado otras veces, y siempre les has respondido que no. Ahí tienes a tus amigos..., mira cómo han terminado. El que no está en la cárcel ha tenido que huir. Y todos están de mierda hasta los ojos. ¡Por favor, no es posible que me estés diciendo esto!

Su voz no sonó a reconvención. No trataba de recriminarle su acción. Sólo ponía en duda su acierto. El paso era de gigante y difícilmente tenía marcha atrás.

—Nuestro pueblo necesita una solución, Joseba. Lo sabes tan bien como yo. Voy a aportar mi granito de arena.

Joseba negó moviendo rápidamente la cabeza a ambos lados.

—¿Tu granito de arena? Y eso, ¿qué quiere decir? ¿Sabes lo que hace esa gente?: ¡matan! ¿Acaso es eso lo que quieres, matar a tus vecinos porque no hablen euskera como tú? No, hermano. No puedes. No das ni remotamente el perfil. No pueden admitirte. No...

—Pues ya lo han hecho. Y no voy a matar a nadie. Hay muchas más cosas que hacer de las que te piensas. Además, los caídos son efectos secundarios necesarios. Los hay en todas las guerras.

—¿Caídos, efectos secundarios? Pero ¿te estás oyendo? ¿Dónde han dejado a mi hermano Xabier? Él no diría jamás algo así. Esos que mueren son personas como tú y como yo, con apellidos, sueños y familia. ¿Un huérfano quiere dejar huérfanos a otros? —Respiró hondo, y añadió—: ¿Qué ha cambiado para que hagas exactamente lo contrario de lo que siempre dijiste que harías?

Xabier se encogió de hombros, con ese gesto tan suyo. Y Joseba ya no pudo protestar más. Era su hermano pequeño; siempre lo había considerado su responsabilidad. Desde que murió su padre, sentía que tenía la obligación de alejarle de cualquier peligro. Por eso le había advertido contra las drogas, contra las chicas

(«Se quedan preñadas, Xabier, y te joden la vida») y contra los falsos amigos. Pero no contra aquello. Xabi andaba en tabernas y tenía amigos radicales, pero ¿quién no? En Oñate, todo el mundo tenía al menos un par. Nunca le había dicho nada porque esas actividades no iban con su carácter. Era demasiado alegre, demasiado íntegro. Un hombre pacífico.

—¿Por qué, Xabi, por qué?

—Nuestra tierra está sufriendo el azote de esos empresarios vampiros, que todo se lo llevan a Madrid.

—¿Empresarios vampiros? Yo también estoy harto de la fábrica y de repetir semana tras semana el mismo trabajo. Pero no se trata de eso, sino de esa chica. La paliducha.

—Se lo llevan todo, Joseba. Son chupasangres. Algo habrá que hacer, ¿no?

—¡Trabajar, Xabier! Eso es lo que hay que hacer. Con trabajo saldremos adelante. Y estudiar. Deberías recuperar el estudio, ir a la universidad. Y buscarte una chica como nosotros, no encapricharte de las que quedan completamente fuera de tu alcance.

Pero su hermano no le escuchaba. Chupó de nuevo el cigarrillo.

—Tendré que hacer algún cursillo o algo así. Aún no sé dónde. Me avisarán. Pero, entre nosotros, todo seguirá igual.

—¿Igual? ¡Nada será igual, Xabier, nada! Y el tío, ¿qué ha dicho?

—Me acompañó, pero no ha dicho nada. Por lo que he visto, ellos le respetan. Le tratan con deferencia. De todos modos, no importa: sé que el *aita* estaría contento.

—¡Pero qué tonterías dices! Tú no conociste al *aita*. ¿Cuántos años tenías cuando murió, siete, ocho? ¡No levantabas un metro del suelo! Yo sí le recuerdo, y te aseguro que te habría quitado esa idea de la cabeza con un par de leches.

Xabier tiró la colilla al suelo y la pisó con la puntera de sus botas de monte. Inmediatamente, sacó otro cigarrillo. En aquella ocasión, Joseba sí que se lo recriminó.

—Fumas demasiado, Xabi.

—¿Y tú me vienes con esas? ¡Mírate los dedos, Joseba, los tienes amarillos!

Los tres hermanos fumaban. Como su padre. La misma marca que su padre. Xabier le dio una palmada en la espalda, y se alejó.

Joseba no lo pensó dos veces. Fue de inmediato al encuentro de su tío. No había rastro alguno en la casa parroquial. Las dos viejecillas que efectuaban la limpieza de la iglesia le informaron de que se había marchado al menos una hora antes. No tuvo que preguntar dónde buscar.

Se dirigió a la taberna. Lo encontró allí: el cuerpo volcado sobre la barra; la vista fija en un vaso de vino tinto. Había otros junto al primero. De los tres, sólo observaba el que estaba lleno.

—Tío, tenemos que hablar —le soltó.

—¡Claro, Joseba! Tómate algo.

—No, es temprano para mí. Y tengo que estudiar.

—Un chiquito no hace daño a nadie. Y mejora la memoria. ¡Begoña, guapa, sé buena y échate un par de chiquitos para mi sobrino y para mí!

Joseba aceptó el ofrecimiento a regañadientes. No le gustaba su tío. Nunca le había gustado. Y bebía demasiado. Esa era una de las muchas cosas que no encajaban en su carácter. Tomó el vino de un trago. Era malo.

—Mejor, ¿verdad?

—Escucha, tío, quiero hablar con ellos...

El sacerdote se había soltado los dos primeros botones de la camisa. Aun así, se llevó la mano al cuello, como si la prenda le oprimiese.

—¿Tú también?

Joseba negó con la cabeza.

—Tengo que hablar con ellos. Se equivocan con Xabier. Es demasiado joven, impulsivo...

—Tiene casi veinte años. Es mayorcito para tomar sus propias decisiones.

Volvió a negar.

—Lo conoces como yo: nos hemos criado contigo. Sabes que es inmaduro, y que actúa despechado, por pura rabia. Y tiene diecinueve... ya veinte años.

—Ha tomado su decisión.

Joseba clavó los ojos en el cura y reconoció aquella dureza. Nunca les había querido. Sus tres sobrinos le habían caído como un ayuno de Cuaresma, una obligación sin devoción.

—Quiero cambiarme por él. Es justo, ¿no? Yo seré de más utilidad. Llévame a hablar con ellos, tío..., por favor.

—De acuerdo, lo intentaré —respondió el párroco que, no obstante, desvió la mirada.

Joseba sabía que estaba en su mano. Durante años, la casa parroquial que regentaba había atendido a una feligresía ajena: almas católicas y corazones ateos. Por su condición clerical, la adecuada ubicación de su iglesia y la libertad de movimientos de la que gozaba, resultaba una buena ayuda para gente en apuros. Pasaportes suficientes para una cita, la segunda en una semana.

El principio de su fin.



Oñate, Guipúzcoa. Tarde del 1 de octubre

Joseba Gortari echó un último vistazo al vestíbulo de la casa parroquial, y, con el recuerdo de su hermano en la garganta, avanzó hacia el interior. Encontró a su tío en el cuarto de estar, sentado en su vieja butaca, junto a un hogar donde ardían dos enormes trozos de leña. La chimenea no tiraba bien y en la habitación flotaba una nube de humo gris.

Se puso en pie al sentir su presencia. Era de estatura corriente, pero, con el tiempo, su espalda se había ido encorvando como una planta sin agua. En aquel momento, parecía pequeño. Su tez, antaño dorada por el sol y las largas caminatas al aire libre, aparecía marchita y amarillenta; sus orejas, demasiado grandes. Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos, profundamente hundidos en las cuencas, y la hondura de las arrugas, que asemejaban surcos abiertos en la tierra.

Se estrecharon las manos. Joseba le dirigió una mirada penetrante.

—Estás viejo. —Se expresó sin piedad, en euskera. El guipuzcoano lo hablaba con corrección. Su padre y su madre lo hablaban. En casa de su tío estaba terminantemente prohibido expresarse en castellano—. ¿Cuántos son ya?, ¿ochenta?

—Tengo setenta y dos años —respondió—. Pero es cierto, estoy cansado. Siéntate. Supuse que vendrías. ¿Quieres tomar algo?

Joseba rechazó el ofrecimiento.

—Gracias. Veré cómo lo tomas tú.

Sobre una mesita baja de tosca factura, descansaba una botella de *whisky*, medio llena. Gortari la levantó y comprobó la marca. Era un licor barato, puro matarratas. Acercó la botella al vaso y volcó sobre los hielos aguados una generosa dosis.

—¡Venga, brinda por tu sobrino muerto! —ordenó.

El sacerdote palideció. Nervioso, se removió en la silla. Pero no se sentía con fuerzas para discutir. Respiró profundamente y se bebió el *whisky*.

—Es una verdadera pena —dijo al fin—. Siempre fue un muchacho de débil carácter. Demasiado corazón.

—Lo sé. Te lo advertí cuando decidió unirse a esa panda de amigos tuyos, pero no me hiciste caso.

Se encogió de hombros.

—No soy yo quien toma ese tipo de decisiones.

—¿Ah, no? Fuiste tú el que le acompañó a ver a la cúpula. Y luego me condujiste a mí. A los dos nos jodiste la vida. Literalmente.

Negó con la cabeza.

—Me valoras en demasía. No soy más que un pobre cura de pueblo.

El gesto de Joseba no se modificó, pero su voz dejó transparentar su indignación.

—Sí, eres un cura de pueblo que escribe arengas a las masas en diarios comprometidos y tiene amigos peligrosos... Dime, tío, y no me mientas porque lo sabré: ¿quién dio la orden?

El cura dejó el vaso ya vacío sobre la mesa y se volvió.

—¿Qué orden?

—No me trates como a un crío. Ha llovido mucho desde que vivía en esta casa. ¿Quién dio la orden?

La voz de Joseba sonaba enfadada. Tenía el rostro congestionado y la respiración agitada.

—No sé de qué orden me hablas. Te lo juro por la sotana que visto.

—Nunca te he visto llevar sotana, pero sé que tienes una en el armario.

—Te lo juro por ella, sobrino. Aunque no lo creas, en un momento de mi vida fue importante para mí.

Con un movimiento brusco, Joseba extrajo el móvil del bolsillo, anduvo jugando con las teclas unos instantes hasta que dio con lo que buscaba. El dolor despertó de nuevo. Se sentía fatal. Estiró el brazo y mostró a su tío la fotografía de Xabier colgado en las duchas de la prisión.

El sacerdote se llevó las manos a la cabeza.

—¡Qué horror! ¿Quién es ese pobre hombre?

El guipuzcoano permaneció unos segundos en silencio. La voz de su tío había sonado sincera.

—Es Xabier, tío. Nuestro Xabier.

—¡No es posible! Ellos me llamaron. Me informaron de sus cartas. Dijeron que se había suicidado...

—También dijeron que los curas no hacían política.

El sacerdote se puso en pie furibundo. Parte del *whisky* aguado se derramó sobre sus pantalones, en la pernera. Parecía que se había orinado. Sacudió la tela con el dorso de la mano.

—¡No, no, no! ¡Ni hablar, es imposible! Esto no es así... No se ha permitido...

—Lo acabas de ver con tus propios ojos.

—¡Que no! De ser así, lo sabría. Me habría enterado...

—No es el tipo de cosas que se anuncian en el periódico, ni siquiera en el vuestro. Además, tú estás viejo. Quizá para ellos seas ya un cero a la izquierda. Quizá quieran hacer lo mismo contigo, o colgarme a mí también.

Negó con la cabeza.

—No es nuestro. Te lo aseguro...

—¿Nuestro?

—No han sido ellos. No. La Organización no. Eso es obra de unos desalmados.

Joseba volvió a mirarle, enarcando las cejas.

—De unos desalmados, dices... —Respiró hondo, y añadió—: Mira, tío, no he venido a discutir.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—Necesito información, porque esto, evidentemente, no va a quedar así. Quiero un nombre...

El párroco se llevó la mano al corazón. Sentía pinchazos, que se desviaban hacia el brazo. Y ganas de vomitar.

—Te juro por la memoria de tu madre y mi hermana que no sé nada de este asunto, y que lo lamento enormemente. Siento haberos fallado de esta forma...

A Joseba los lloros de su tío le parecieron lágrimas de cocodrilo y respondió sin atisbo de piedad en la voz.

—No es momento para lamentaciones, viejo. Si no tienes un nombre para mí, me quedaré con tu libreta negra, la que llevas oculta en el bolsillo de la camisa. Quien haya ordenado asesinar a mi hermano tendrá su nombre grabado en ella.

El sacerdote negó con la cabeza.

—No puedo hacer eso.

—No me iré sin esa libreta —le advirtió.

Volvió a sentarse, se sirvió más *whisky* y dio otro largo trago a la bebida. El corazón se le desbocaba. Se sentía mareado. Pero lo peor eran las náuseas.

—Sabes que no puedo darte lo que me pides.

—Creo que no tienes demasiadas opciones.

—¿Ah, no?, ¿y qué vas a hacerme, sobrino desagradecido, escupirme? —le respondió envalentonado.

Joseba se soltó la cremallera de la cazadora y extrajo del bolsillo interior las dos pistolas que había sacado del bidón. Las colocó sobre la mesa.

—Verás, tío. Mi hermano y sobrino tuyo tenía un pequeño zulo, que la policía no encontró. Estas armas forman parte del arsenal. Están en perfecto estado. Si te disparara en este momento, nadie oiría las detonaciones. Te descubrirían mañana ya fiambre. Un tiro en la sien. Dirían que ha sido otro suicidio. Ya sabes, la familia de la mala suerte. Aunque, pensándolo mejor, también podría estallarte fortuitamente una bomba casera mientras la manipulabas. A nadie le extrañaría.

Clavó la mirada en su sobrino.

—No eres capaz.

—¿Quieres apostar?

El cura siguió observándolo y supo que decía la verdad.

—Es cierto, eres capaz de eso y de mucho más. No eres como Xabi. Deberías haber sido tú quien ingresara en ese comando.

El guipuzcoano no replicó.

—Si hago lo que me pides, acabaré...

—¿Con una bolsa de plástico en la cabeza?

El cura inclinó la cabeza y la sujetó con ambas manos. Sollozaba.

—Mira, tío, no quiero comprometerte innecesariamente. Te propongo algo. Dame esa libreta y vete a la cama. Cuando termine con ella, la dejaré aquí y me marcharé.

No volverás a saber de mí. Yo no diré nada a nadie, ni tú tampoco. Aunque, claro, si veo algo extraño, si me ocurre cualquier cosa fuera de lo normal, confesaré. ¿Te parece bien?

El sacerdote asintió lentamente. Dejó el vaso vacío sobre la mesa y se puso en pie. Las ganas de vomitar se habían convertido en arcadas. Pero logró serenarse y advertirle a su sobrino:

—Esa libreta no te servirá de mucho. La mayoría de los nombres que figuran en esa lista están ya fuera de juego.

—Lo sé. Solías pintar una estrella delante de los contactos inservibles. ¿Continúas con esa técnica?

Sonrió con acidez.

—Veo que te he juzgado mal. No eres tan tonto como pensaba.

—Nunca he sido tonto. Ni tampoco bueno. Si dices algo a alguien, sea quien sea, vendré a buscarte. Volveré de noche, en silencio, sigiloso como una gacela y negro como un diablo. De eso, tú sabes mucho.

—¿Lo harías?

Su respuesta salió espontánea.

—¿Acaso lo dudas?

—La verdad es que no. Pero deberías ser más práctico. La muerte de tu hermano es, sin duda, una tragedia, pero no es el primer preso que se suicida. Es lo que tiene la cárcel, pasa frecuentemente. Aquí, en Oñate, su muerte pasó desapercibida para casi todo el mundo. ¿Quién querría prestar atención a un insignificante y depresivo huérfano guipuzcoano que ha sido incapaz de aguantar la cárcel? No ha merecido ni una reseña en el diario.

—¿Que pasa frecuentemente? ¿Cuántos miembros arrepentidos y expulsados de la Organización han aparecido con una bolsa de plástico envolviéndoles la cabeza?

—Ya te he dicho que su muerte no es cosa de la Organización. Mira, Joseba, siempre te has portado como un buen hermano mayor, pero con la muerte de Xabier pones el punto final. Tu etapa de tutor de la familia Gortari ha concluido. Anne siempre fue débil, pero parece haber asentado la cabeza al lado de su pareja. Y ser madre le ha sentado bien. Y Xabier ya está en paz. Tras comprarle el ataúd y enterrarle junto a tus padres, has recuperado tu libertad. Por fin puedes preocuparte por ti mismo. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta.

—Y sigues soltero.

—Sigo soltero.

—Pues debes darte prisa. No eres joven, ni un buen partido. Mírate: ni dinero, ni belleza, ni profesión.

Joseba se encendió por dentro. Aunque su rostro no mostró movimiento alguno, durante un instante sopesó disparar. No lo hizo, y su tío interpretó el gesto como debilidad.

—Cierra la puerta al salir, sobrino. Me voy a la cama. Hasta mañana.

Si bien estaba alterado, el sacerdote se esforzó por mantener la calma. Sopesó la petición de su sobrino, y, antes de retirarse, dejó la libreta negra sobre la mesa. El pecho ya no le dolía. Sólo el brazo.

Aquella noche, el cura murió de un infarto. En su casa, su sobrino encontró tres mil quinientos euros en metálico. Joseba empleó parte de ese dinero en su entierro. En la funeraria le mostraron un catálogo plastificado, con todo un universo de posibilidades. No quiso abrirlo. El color, el tipo de madera o los herrajes no le importaban lo más mínimo. Sólo exigió que la caja fuese la de menor precio. Despreció coronas o ramos de flores. Y, naturalmente, se negó a poner una esquela. Cuando el empleado le preguntó qué inscripción debía grabar, permaneció unos instantes en silencio y luego respondió que sólo una fecha: 28 de septiembre. El veterano vendedor le hizo notar que esa fecha era anterior a la del deceso. Pero el cliente se reafirmó en lo dicho: 28 de septiembre.

Se encogió de hombros y anotó la fecha. Quien paga manda.

Tras la visita a la funeraria, Joseba compró un pasaje de avión, sólo de ida. Dos días después, regresó a Belfast. Pero antes de desplazarse al aeropuerto de Bilbao para coger su vuelo hizo dos cosas: se acercó a Oñate para ocultar las armas en el lugar donde las había encontrado y entregó la cantidad sobrante del dinero a su hermana. Ella lo necesitaba mucho más.

Nadie del pueblo acudió al entierro del párroco, ni siquiera la sacristana.

Este de Belfast, Reino Unido. 25 de octubre

Desenmascarar al asesino y darle caza, esa había pasado a ser la meta en la vida de Joseba Gortari. Hasta que completara su venganza, no contaría con ninguna otra. En su lista negra figuraban los funcionarios responsables de camuflar el asesinato de su hermano y hacerlo pasar por un suicidio: la forense Silvela, el director Martínez y el juez Prado. Pero sobre todo se situaban aquellos que le habían segado la vida cuando aún no había empezado a vivirla. Ninguno de ellos saldría indemne. No le cabía duda de quién era el responsable directo, el maldito topo del que Xabier tantas veces le había hablado.

—Hay un infiltrado en la Organización, Joseba, lo sé. Hay un topo, un jodido *ustelari*. Suya es la culpa de que no llegue la paz —le repetía.

No le había prestado la debida atención. Parecía una caza de brujas, fruto de su depresión. Sin embargo, tras su muerte, había acabado por convencerse de que estaba en lo cierto. Debía sacar a ese topo a la luz; debía obligarle a probar su propia medicina. Pero ¿cómo? Porque, si bien la meta resultaba sencilla de formular, era extraordinariamente difícil de llevar a cabo, habida cuenta de que desconocía por completo la identidad del esquirol. Nada sabía de su edad, procedencia o de la posición que ocupaba en el organigrama. Su género, lugar de residencia o cuándo, dónde y cómo había recalado en la Organización formaban también parte de la larga lista de incógnitas que rodeaba al escurridizo personaje. No contaba ni con un solo indicio.

Joseba había peinado hoja a hoja la libreta negra de su tío. Había investigado a cada una de las personas cercanas a la Organización con quienes el cura había tenido trato y que no tenían nombre en clave. No le había servido de mucho. Seguía como al principio: sin candidato. Por eso, desde aquel fatídico día, ya de regreso en Belfast, en las horas muertas, se dedicaba a especular sobre la identidad del topo. Puesto a imaginar, apostaba por un hombre. Últimamente, alguna fémina había escalado lo suficiente para acceder a la cúpula, pero ellas estaban demasiado señaladas. En todo caso, fuera hombre o mujer, tenía por cierto que el topo no podía ser un cualquiera. Debía de tratarse de alguien representativo, importante, un político o un abogado con contactos; quizá hasta una leyenda viva del movimiento. Y debía de ser sagaz si había sido capaz de mantener sin fisuras una doble vida durante tanto tiempo. En otras circunstancias, hubiera pensado en rebañar algo de información de sus contactos habituales, pero, tratándose de un topo, resultaba improcedente.

Habían pasado cinco semanas desde que Joseba viera la fotografía del cadáver de su hermano envuelto en plástico. El resquemor que sintió entonces, lejos de aminorar, había ido engordando. No teniendo nada sólido, ninguna pista fiable que seguir,

terminó por perder la paciencia y se dispuso a merodear alrededor de las tabernas y tugurios donde se cortaba el poco bacalao que quedaba en la pequeña Belfast. Sabía cuánto se arriesgaba, pero lo hizo. Día tras día. Semana tras semana.

Aquel domingo no llovió. Lo tomó como una buena señal. En Belfast, cuando no llovía, fuera cual fuese la temperatura del ambiente, la gente de la zona católica salía a pasear con sus familias al terminar la misa. Niños, ancianos, perros, corrillos de hombres bebiendo cerveza. Sería una buena ocasión. Se abrigó, acudió a la celebración religiosa y luego se lanzó a patear las calles. Recorrió Fairfield Road, los alrededores de la catedral de St. Peter y Falls Road y se dio una vuelta por las tabernas de Glend y Stewartstown. Anduvo merodeando por la zona cerca de dos horas, hasta que la gente volvió a casa para el almuerzo, pero nadie había oído hablar de un esquírol.

De mal humor y con ánimo cabizbajo, como último recurso subió por Whiterock Road hasta el cementerio. Hizo el camino despacio, deteniéndose con todos los que regresaban. Tenía la esperanza de cazar al vuelo algún retazo de conversación, alguna palabra que le permitiera sacar algo en claro.

Todo en vano.

Y, no obstante, sus acciones no pasaron desapercibidas. En la pequeña, susceptible y pueblerina Belfast católica, corrió la voz de que Gortari «el Flaco», el de los *tours*, andaba husmeando con el ansia de una puta hambrienta. Ajeno a los rumores, el guipuzcoano siguió con sus rutinas, a la espera de una oportunidad que, estaba seguro, habría de llegar.

Y así fue, pero no como él esperaba.

El lunes siguiente, por la tarde, al finalizar el *tour* vespertino de tres horas y media, un hombre permaneció dentro del autobús. Era un tipo de mediana edad y complexión fuerte. Su cara colorada hacía juego con su pelo. Destacaba en ella una nariz ancha y surcada por numerosas venillas azules. Supuso que era irlandés, y bebedor. Se dirigió a él en inglés.

—Hay que bajar, colega. Si te has quedado con ganas de más, regresa mañana. Te haremos un descuento.

El hombre no se hizo de rogar. Se puso en pie y le siguió hasta la parte delantera del autobús. Joseba Gortari no sospechó nada. Parecía un tipo normal, vestía como un excursionista y se comportaba como cualquier turista. Salvo porque le respondió en euskera y su voz resultaba bronca y desabrida.

—¿Qué haces, Gortari?

Estaban abandonando el autobús.

—¿Hacer? Pues estoy trabajando, y tú deberías bajar porque el vehículo tiene que volver a la cochera. Asegúrate de no haber olvidado nada: las cosas perdidas resultan muy difíciles de recuperar.

El tipo le sujetó el brazo. Sólo fue una ligera presión, pero indicaba claramente sus intenciones: no iba a retirarse sin respuestas.

—Yo no he olvidado nada, pero quizá tú sí. Corre el rumor de que andas por ahí chismorreando como una mujerzuela. Haces demasiadas preguntas, ¿por qué?, ¿qué pretendes?

Joseba asintió con una ligera inclinación de cabeza, mientras enhebraba a toda velocidad una respuesta creíble. La saliva no le pasaba por la garganta.

—Quiero mi carta. Si me la entregas, todos en paz.

El hombre puso cara de extrañeza.

—¿Carta, qué carta?

—La que mi hermano envió antes de morir. Iba dirigida a mí. Quiero recuperarla. Es personal.

—No tenemos ninguna carta del traidor de tu hermano.

—No era ningún traidor. Sólo un joven enfermo. Además, está muerto, ¿no? ¿Para qué queréis vosotros su carta?

—¡Que no tenemos ninguna carta, joder! ¿Y qué información contenía, que tanto te interesa?

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Saber, ¿qué?

—Que no tenéis la carta.

Se quedó pensativo.

—De acuerdo, Gortari. Preguntaré si hay alguna puñetera carta de tu hermano en algún sitio. Dime qué contiene esta carta.

—Datos sobre la jueza que ordenó alimentarle en la cárcel.

Perplejo, le observó fijamente durante unos instantes.

—¿Y para qué quieres tú esos datos? No irás a hacer alguna estupidez, ¿verdad? No me jodas...

—¿Y tú quién eres para darme ordenes? Haré lo que me salga de los cojones. ¿Algo que alegar?

El pelirrojo negó con la cabeza.

—Nada, Gortari, es cosa tuya. Pero, en lo que se refiere a nosotros, estate quietecito. O la próxima vez que venga llevaré un arma en la mano. Ya has visto lo que le ha ocurrido a McGrigan. Y nosotros no somos menos hombres que los compañeros del Ejército Republicano Irlandés.

—Tú localízame esa carta, y te dejaré vivir.

El hombre se echó a reír.

—¡Deberías haber sido tú en vez de tu hermano!

Cuando el hombre se fue, a Joseba Gortari le temblaban hasta los pulmones. Se hallaba tan sorprendido como disgustado. Y, desde luego, estaba asustado. La referencia a McGrigan había servido de puntilla.

Trató en vano de recuperar el ritmo de su respiración. Como no lograba sobreponerse ni disimular su estado, se despidió del conductor del autobús de un modo más brusco de lo que en él era habitual, y apresuró el paso en dirección a su



domicilio. Esperaba que hubiera suficiente cerveza en el frigorífico.

Kevin McGrigan.

Lo conocía de vista: un tipo de complexión normal y pelo blanco, muy cariñoso con su hijo pequeño, al que veía muchas mañanas acompañar al colegio. Eran casi vecinos. Vivía en Cobert Court, en el barrio de Short Strand, en la zona católica de Belfast, a dos manzanas de su casa. Meses atrás, lo había avistado en varias ocasiones en La Boca, en el 6 de Fountain Street, aunque nunca se había acercado. Desde que cerraran el restaurante, coincidían menos, pero seguía viéndole de tiempo en tiempo en alguna taberna, si bien nunca habían cruzado una palabra. Si sabía de su existencia, era porque había leído y oído hablar largo sobre aquel exmiembro del IRA, de apariencia tan vulgar. Desde que tres semanas atrás le cosieran a tiros en las cercanías de su casa y los diarios unieran esa muerte a la de «Jock» Davidson, otro histórico caído en similares circunstancias, las cosas en Belfast estaban movidas. Algunos decían que alguna facción disidente quería retomar el camino abandonado. Otros que la oficialidad se estaba ocupando de que no existiera una estructura de líderes capaces de volver a organizar a las bases.

Fuera como fuese, no le interesaba lo más mínimo que su nombre apareciera en esa contienda. O acabaría en una cuneta sin saber cómo ni por qué.

Dejó de indagar.

Este de Belfast, Reino Unido. 25 de octubre

La forzada inacción frustraba a Joseba Gortari. La frustración era un sentimiento que odiaba más que el dolor. Por eso, empezó a hacer vida de ermitaño. De casa al trabajo y del trabajo a casa, sin acudir al *pub* a tomar unas pintas o a comer algo decente. Por eso, una tras otra, las largas noches oscuras de Belfast le pillaban tumbado en el sofá con la cerveza negra corriendo por sus venas y brindando en voz alta en honor a su hermano muerto, al que había prometido vengar, y al que defraudaría.

Aquella era una de esas noches. Y se sentía especialmente culpable. Eran las diez y media. Llevaba bebiendo desde las nueve y empezaba a estar borracho. Aguantaba mucho más, pero había olvidado hacer la compra y, al llegar a casa, no había encontrado nada sólido en el frigorífico. Sólo Guinness. El alcohol caía rítmica y metódicamente sobre los restos de un sándwich de queso que había tomado durante el almuerzo. Quizá por eso, aquel día sólo tenía una frase en la mente: «El futuro ya no es lo que era».

Eran las últimas palabras que había escuchado de labios de Xabier, cuando voló a Madrid para firmar la autorización que permitiría alimentarlo contra su voluntad. Era algo que repetía a menudo. Cuando volvió a verlo, estaba dentro de un ataúd, con los brazos cruzados sobre el pecho y un crucifijo tortuosamente colocado entre sus dedos. Vació el vaso de un trago. Si seguía así, iba a terminar perdiendo el conocimiento. Mejor. Era una buena forma de soportar aquella tortura.

Se levantó y dando tumbos se acercó a la cocina. Estaba mareado. Abrió el frigorífico, cogió otra Guinness, la última, y regresó al sofá. Sobre la mesa contigua descansaban dos fotografías. Una de ellas mostraba a un Xabier joven y atlético, con sonrisa inocente, vestido con ropa de monte y con un piolín en la mano. La otra lo mostraba con el cuerpo desnudo, exageradamente delgado, colgado de una ducha con una bolsa de plástico rodeándole la cabeza. Conservaba en su porte una chispa del que fue, pero era tan pequeña que ni siquiera se le identificaba.

Suspiró. Tendría que haberlo evitado. Podría haberlo hecho. Si hubiera acudido a la cárcel con mayor frecuencia, se habría dado cuenta a tiempo. Pero, entre Belfast y Madrid, los aviones son caros y estaba ahorrando para comprarse un coche nuevo. Había tardado demasiado. Y, por ello, se sentía fatal.

Todos los detalles se agolpaban en su cabeza, el cúmulo de casualidades que le habían conducido al infierno. Los funcionarios de Alcalá Meco llevaban semanas enviando cartas a su dirección postal. No había respondido a ninguna de aquellas misivas por la sencilla razón de que no las había recibido: se había mudado. Contestó al teléfono cuando la autoridad penitenciaria dio por fin con su número. En cuanto se enteró de lo que ocurría, tomó el primer avión hacia Madrid. Tuvo que hacer una

escala de tres horas en Londres, alquilar un coche en Barajas y tragarse una larga caravana. Cuando finalmente se encontró en la entrada de la prisión, la hora de visitas había expirado. Sin embargo, habían sido ellos los que le habían llamado e hizo valer su posición: no firmaría autorización alguna antes de ver a su hermano. Debido a las peculiares circunstancias, las autoridades accedieron a su petición. El subdirector en persona, acompañado por otro funcionario uniformado y el médico de la prisión, le escoltaron hasta la enfermería.

Se le encogió el alma cuando lo vio. El hombre que dormitaba en la cama número veintitrés era, sin duda, su hermano, aunque no le hubiera reconocido. Habría pasado de largo de no saber quién era. Le faltaban veinte kilos. Xabier poseía cuerpo de ciclista, delgado y musculoso. De hecho, era la envidia de todos: comiera lo que comiese, y lo hacía en abundancia, nunca engordaba. Esa era una de las razones por las que la pérdida de peso causaba mayor efecto. Los pómulos salientes y los ojos hundidos le conferían un aspecto cadavérico. Su cabello, antaño abundante y de un negro brillante, aparecía deslucido y escaso. Se arrodilló junto a su cama.

—Tranquilo, Xabier, ya estoy aquí: todo se arreglará.

Pero este no le respondió. Tenía los ojos abiertos y la mirada perdida en algún mundo paralelo. Le veía pero no le miraba. Fue ese aire ausente, esa mirada vacía y anodina lo que más le inquietó. Podía entender que la soledad causada por el confinamiento y la frustrante actitud de la Organización hicieran mella en su ánimo. Sin embargo, mientras estuvo a su lado, sujetando su mano desinflada, no percibió progreso alguno. Ni siquiera un amago de sonrisa. Actuó como hubiera hecho con un desconocido. Se le hizo un nudo en la garganta. No esperaba un cambio brusco, ningún sobresalto, pero sí una reacción, un leve movimiento, por pequeño que fuera. Al fin y al cabo, era su hermano. Le apretó de nuevo la mano, apenas un pellejo huesudo. En realidad, lo que le pedía el cuerpo era cogerlo en brazos, como cuando era un bebé, y llevárselo a casa. Aunque no había margen para ninguna de las dos cosas. No había apelación posible, ya lo habían intentado.

—¿Qué le ocurre? —indagó.

—Estaba muy agitado, y ha sido necesario suministrarle algo de medicación. Su depresión es tan profunda y su estado físico tan lamentable que los médicos consideraron imprescindible intervenir. Los efectos pasarán pronto. Como ve, su estado es crítico. No nos queda mucho tiempo. Si no tomamos medidas de inmediato, no habrá nada que hacer.

Joseba firmó la autorización sin rechistar, mientras intentaba contener las lágrimas. Se despidió, no sin antes prometer que regresaría por la mañana, temprano, cuando ya no estuviera bajo los efectos de la medicación, para hablar con él.

Mientras conducía hacia uno de los pueblos que circundaban la prisión, en busca de un lugar donde pasar la noche, la imagen regresaba una y otra vez. Desde la pensión madrileña, telefoneó a Anne. Procuró que la indignación que sentía no se transparentara en su voz, pero no lo consiguió. En Alcalá Meco, se había enterado de

que los funcionarios también habían llamado a su hermana. En ninguna de las múltiples ocasiones en que habían intentado ponerse en contacto con ella, Anne había respondido.

—¿Por qué no has contestado? ¡Al menos, podrías haberme informado, yo hubiera hecho algo! —le gritó. Y de inmediato, Anne se echó a llorar.

Sin duda, de los tres hermanos, ella era la más débil. Tenía diez años cuando quedaron huérfanos. Por aquel entonces, ya tenía un carácter apacible e inocente. Era tímida, retraída. Bajar la vista era uno de sus reflejos más automatizados. Como alisarse el pelo, o estirarse continuamente el jersey. Cualquier cosa la amedrentaba. Se ponía roja con facilidad. Ella fue la que más acusó una vida sin cariño. Su tío era mucho más misógino de lo que nunca hubiera querido reconocer. Hasta que logró quitársela de encima, le hizo la vida imposible. Siempre en la cocina, o sola en su cuarto.

—Lo siento, Joseba, pero cuando oí que eran de instituciones penitenciarias, me asusté. Pensé que me quitarían al niño. No sabía que era por Xabier. Lo siento...

Ni siquiera la copiosa dosis de alcohol ingerido había conseguido tumbarle. Lanzó la última lata contra la pared mientras maldecía a la Organización, que les había llevado a aquel estado. Su hermano muerto y él en aquel destierro gris.

Porque que viviera en Belfast era también culpa suya.

Tras hablar con su tío para pedir audiencia y solicitar reemplazar a su hermano, se limitó a esperar. No pasó una semana cuando un colega de la fábrica le avisó de la fecha y el lugar de la reunión con la Organización: el jueves, en San Sebastián. Ese día libraba. Estaba seguro de que ellos lo sabían. Empezó a pensar en su estrategia. No se trataba de conversar, sino de convencerles de que su hermano no era un buen candidato. Y si, tras lo que había hecho, resultaba indispensable pagar un precio, él se ofrecería, aunque nunca lo había deseado, ni lo desearía.

El jueves amaneció una jornada tranquila, sin lluvia. Él conducía y su tío iba de copiloto. Recorrieron los casi ochenta kilómetros en silencio. Dejaron el coche en un aparcamiento cercano a la playa de la Concha y continuaron caminando. Los andares del sacerdote eran cada vez más pausados. Se estaba haciendo viejo. Sin embargo, Joseba se dio cuenta de que aquella mañana pugnaba para que no se le notara, aunque el esfuerzo le hacía jadear. Dieron varias vueltas alrededor del lugar de la cita, sin detenerse en ninguna de las ocasiones. Finalmente, cuando su tío estimó que no había peligro, entraron en el local: una taberna. Joseba llevaba alta la vista. Pero, sabiendo que iba a pedir más que a dar, y no queriendo parecer gallito, una vez dentro la bajó.

Ocupó la silla colocada enfrente. Los dos hombres bebían vino. Llevaron otros dos vasos para ellos. Tenían aspecto de gente corriente, salvo por la dureza de su gesto y la peculiar forma de mirar a su alrededor. Joseba se sintió como si estuviera en el colegio a punto de examinarse. Ellos en la tarima, con el pizarrón doble a su

espalda. Él abajo, con el susto en el cuerpo. Todos eran vascos. Hablaban euskera. Imperaba la ley de la parquedad. Sólo unos vinos y un puñado de palabras. El tío se encargó de las presentaciones y luego se desentendió.

—Mira, chaval, esto es una guerra, no un equipo de fútbol: no tenemos banquillo —escuchó. Entonces comprendió que no había nada que hacer. Sus numerosas habilidades para la persuasión no servirían de mucho con aquella gente.

—Pues entonces yo también quiero entrar. Seré su sombra.

—Aquí no hay sombras. Vuelve a casa. Y no te entrometas.

Insistió durante otra media hora.

—Está bien, Gortari. Lo pensaremos.

Empezaba a notar cómo le subía el ánimo, cuando alguien gritó que llegaban. Al parecer, habían detenido a un correo, que había cantado *La traviata*. Completa.

Joseba nunca supo de quién hablaban, pero salió de allí como alma que lleva el diablo. Su tío, pese a su edad, debió de salir antes porque cuando llegó al aparcamiento de la Concha ya estaba junto al coche, medio oculto.

—Por los pelos —susurró. Pero estaba equivocado.

Dos semanas después le avisaron de que habían encontrado sus huellas en el bar. Tenía una condena por conducir ebrio y le identificaron. No le quedó más remedio que salir por piernas. Acabó en Belfast, sin saber inglés. La Organización le ayudó a través de sus contactos norirlandeses por espacio de seis meses, tras los cuales le olvidaron a su suerte. Al fin y al cabo, no era de los suyos.

Y no lo sería jamás. En Belfast era un apátrida. Un desterrado involuntario.

Mientras Joseba se buscaba la vida en la fría e inhóspita Belfast, Xabier Gortari también había salido de España, rumbo a Venezuela. La Organización iba a impartir un curso de elaboración de explosivos para los Boliches. Se sumaría para aprender. Se sentía importante. Se sentía un héroe. Hasta su regreso no supo lo ocurrido con su hermano.

Este de Belfast, Reino Unido. 25 de octubre

Sin duda, Joseba Gortari era un hombre capaz de hacer lo que se proponía. Nunca había matado a nadie, pero, para él, la familia era sagrada, y bien valía la sangre de un esquirol. Pese a todo, no era un fanático irracional. Sabía que no podía satisfacer por su cuenta sus ansias de venganza. Necesitaba ayuda.

Repasó de nuevo su propia libreta de direcciones, y acabó lanzándola por los aires y maldiciendo.

De corta estatura, más bien cenceño, algo cargado de espaldas y escaso de pelo, Joseba Gortari nunca había sido atractivo. De los tres hermanos, era, sin duda, el más feo, y, también, con seguridad, el más listo. Su imagen podía provocar a primera sangre cierto rechazo. Nada grave pero sí lo suficiente para que algunas personas, en especial las mujeres, desviarán la vista. Sin embargo, esa desagradable primera impresión, que combatía con gafas oscuras y media sonrisa, se disipaba como por ensalmo cuando comenzaba a hablar. Su voz de locutor, cálida y dulce, casi inocente; la forma envolvente de tratar a la gente y ponerse en su posición; el brillo de su sonrisa cautivadora hacían olvidar las primigenias reticencias y rendirse a sus encantos. Prueba de ello era que en su trabajo de guía turístico en Belfast ostentaba el récord de propinas de la ciudad, a pesar de que su inglés, de cinco años de antigüedad, seguía dejando mucho que desear. No obstante, en aquellas circunstancias, esa nutrida agenda de conocidos servía para poco. Cada semana llegaban clientes recomendados por otros clientes satisfechos, y recibía *emails* que adjuntaban fotografías que immortalizaban las visitas. Pero carecía de amigos. La gente que lo trataba con frecuencia le temía, le admiraba o le odiaba, pero raramente le quería. Nunca le había importado demasiado. Disfrutaba de la soledad. De algún modo, se sentía superior a todos aquellos seres de bellos rostros y alma indefensa y sentimental que precisaban en todo momento la aprobación ajena. Él sólo buscaba la compañía de la gente cuando necesitaba algo, y aquella era una de esas ocasiones.

Para identificar al traidor y darle caza, necesitaba ayuda e información, pero no podía fiarse de nadie. Todos cuantos se le acercaban, incluso para las conversaciones más rutinarias, le resultaban sospechosos. Uno a uno había ido descartando a sus colegas de bar, la mayoría expatriados como él; a su compañero de trabajo en la empresa de *tours*, nacido en Elizondo y a quien conocía desde la infancia; hasta *father* Pat, el cura de la iglesia de Falls Road, a la que acudía de vez en cuando, más por mantener la tradición que por fe, le daba mala espina.

Pasaron semanas y comenzó a aceptar que aquel crimen quedaría sin venganza. Hasta que un día la suerte fue de visita y le proporcionó el hilo del que tirar.

Era una noche como cualquier otra. Joseba se acercó a Fountain Street a una de

sus tabernas habituales. Si bien era argentino, el dueño cocinaba como un buen donostiarra y sus deliciosos pinchos contaban con un precio aceptable. Pierre, uno de los camareros del local, viejo conocido originario de Guetaria, solía llenarle la jarra de cerveza tantas veces como gustara en recuerdo de los viejos tiempos. Al verlo entrar, se aproximó raudo a su mesa, se arrancó el paño blanco de la cintura y lo pasó cansinamente por la rugosa tapa de madera, mientras, disfrazándolo de saludo de bar, masculló que se necesitaba cama y comida para una persona. No serían muchos días, a lo sumo una semana.

Joseba accedió. Parecía una petición pero, en realidad, se trataba de una orden. La Organización no solicitaba, ni proponía ni sugería. Decretaba. Que no fuera de los suyos era un detalle sin la menor importancia. El guipuzcoano dejó a Pierre su segundo par de llaves y una nota con la dirección de su casa y se esforzó en memorizar que debía comprar leche. Continuó bebiendo, y olvidó enseguida la conversación.

Pasaron unos días. Era una tarde de finales de otoño, pero excepcionalmente en Belfast hacía sol. Joseba regresaba con la zamarra en los hombros y arrastrando los pies. Estaba cansado. Tenía la ropa sudada y sucia tras un turno triple. Quería llegar a casa, tomarse un par de cervezas tumbado en el sofá y olvidarse de las razones del hundimiento del *Titanic*. Creía recordar que había algo de comer en el frigorífico: cualquier cosa le servía. Quizá algo de queso.

Sí, queso estaría bien.

Cuando entró en su casa, se alarmó al notar que la luz de la cocina estaba encendida. Solía ser cuidadoso: el dinero no abundaba, por eso se extrañó. Oyó un ruido en el cuarto de baño. Cogió un cuchillo grande y se acercó con cautela. Era el sonido del agua cayendo desde la ducha abierta. Fue al dormitorio. Había ropa tirada por el suelo: una zamarra, vaqueros, una camiseta negra y ropa interior femenina, del mismo color. Nada sexi, más bien un modelo deportivo. El sostén era de talla grande. ¿Una chica, qué hacía una chica en su ducha?, se preguntó. Se fijó en que, apoyado en la pared, junto a la cama, había un saco de tela azul, una especie de petate de estilo militar. Con la vista puesta en la puerta y procurando no hacer ruido, lo registró. Encontró camisetas, calcetines, un par de jerséis, tampones... Cuando dio con la pistola, se acordó del aviso de Pierre de que una persona iba a quedarse en su casa, y de que no había comprado leche.

En realidad, no fue necesario. A la chica no le iban los lácteos. Le iban el coñac y los buenos ratos. En un primer momento, Joseba se sintió feliz: sexo duro gratis con una tía de bandera que, en vez de mirarle de reojo, mencionó lo que nadie se atrevía a decir. «Tienes una cara rara, como asimétrica, pero tienes estilo. Me gusta». Pasado el primer momento, la alegría se disipó. La chica era dominante y obsesiva. Siempre jugando con la pistola. Le hacía sentir inferior. Desde que se acostaba con ella, comprendía mejor a las mujeres. Aun así, no se atrevió a negarle el capricho. Aquella chica jodía como si él fuera el último polvo de su vida.

A Joseba Gortari le gustaba estar solo. Disfrutaba de la soledad, del dominio de su tiempo, de su espacio, del retiro, de sus horas de asueto, razón por la cual el aviso de que aquella era su última noche le había aliviado sobremanera. Contar con sexo en el menú del día no compensaba que hubiera hecho saltar por los aires su maravillosa rutina, ni tampoco que hubiera tenido que detener la búsqueda de los asesinos de su hermano. Además, su fogosidad resultaba agotadora. Era insaciable. Y rara.

Y, no obstante, sus extremos y aristas no dejaban de fascinarle. Con su presencia, su afición por la psicología había resurgido y, por ello, la contemplaba extasiado. Desde el principio, se le antojó una mujer desquiciada, llena de altibajos. Era una mercenaria lo suficientemente buena como para haberse granjeado el mote de «la Leona». Y, no obstante, su habilidad para matar a sangre fría a inocentes desarmados carecía de la gravedad para sufrir un dolor o un fracaso. En ocasiones, se retorció las manos y miraba a izquierda y derecha como si temiera a su sombra; en otras, parecía querer encabezar un pelotón de fusilamiento.

Había oscurecido hacía tiempo. Era su última noche. Como el frigorífico estaba desprovisto de casi todo, habían salido a cenar. Habían tomado pescado y pastel de cebolla y patata en una taberna cercana, regándolos generosamente con cerveza negra y espesa. Tras la cena, ella había seguido con coñac. El alcohol le soltó la lengua y le habló de la grandeza de los viejos tiempos, cuando vivían al límite, golpeando y huyendo, y del lamentable cariz que habían tomado los acontecimientos. Joseba escuchó con atención por si pillaba alguna información sobre su hermano, pero sólo habló del pasado remoto, de las épocas en que la Organización mataba entre quince y veinte días por mes.

Al regresar de la taberna, ya tambaleándose, la Leona, siguiendo con su ritual, se había despojado de toda la ropa hasta quedarse completamente desnuda, a excepción de su arma, colgada de su sobaco. La cinta negra que servía de unión elevaba sus abundantes pechos hasta hacerle parecer un ama de cría. O una prostituta barata.

Como siempre, habían hecho el amor de forma rabiosa en la cocina y, al terminar, ella y su arma se habían ido a dormir. En aquel momento, se hallaba en la cama, enredada en las mantas. Joseba la observaba desde hacía rato. Estaba sentado en el suelo de moqueta clara del dormitorio, con la espalda apoyada en la pared y las piernas extendidas. Iba descalzo. En la mano derecha, sostenía un cigarrillo encendido.

Inspiró profundamente. El aire olía rancio por el tabaco y la mala ventilación. Y hacía frío. Ahorraba para comprarse el coche, por ello, encendía poco la calefacción. Se levantó y se frotó los brazos para entrar en calor. En ese instante, la voz de la mujer se elevó sobre el silencio de la habitación y se detuvo. La Leona comenzó a hablar en sueños. No lo había hecho antes. Al principio, se trataba de susurros suaves, frases entrecortadas que no comprendió, sólo una mención a unas zapatillas de deporte manchadas de barro. Se tomó unos segundos. Encendió otro cigarrillo y



permaneció de pie contemplándola bajo la tenue luz que llegaba del pasillo.

Tras un corto silencio, en el que aprovechó para abrigarse, la mujer empezó a agitarse y a removerse inquieta en la cama. De pronto, su rostro se cubrió de sudor. Y sus frases se alargaron hasta casi formar una conversación completa.

Joseba empezó a absorber sus palabras como néctar de dioses y una extraña sensación de triunfo, una súbita euforia, mezcla de excitación y de miedo, se apoderó de él. Enterró la cara entre las manos. La pesada carga que durante aquellas semanas había pendido de su espalda se evaporó. Por fin iba a poder llevar a cabo su venganza. La mujer continuó hablando. Mientras Joseba la escuchaba, una idea se materializó en su cerebro, hasta adquirir una forma específica. Era compleja y demasiado arriesgada. Pero estaba preparado: si jugaba bien sus cartas, aquella venganza podría producir un carnoso fruto inesperado.

A lo largo de los años, había ido desarrollando una idea precisa de sí mismo, muy distinta de la que su comportamiento o físico mostraban. Si bien aparecía como un hombre gris, insignificante, ridículo, y hasta deslucido, poseía un carácter robusto, firme, capaz de superar cualquier escollo. Y de liderar cualquier proyecto.

Se acercó a la cama. Joseba siempre se había tenido por una persona intuitiva. Tenía otras divisas, pero la intuición era quizá una de las más notables. Por eso, cuando vio el estado de la mujer, desasosegada y sudorosa, con la boca seca y las negras sombras apretándole el pecho, supo que en aquellas circunstancias sacaría partido. Había aprendido en los libros de psicología que en los sueños la vulnerabilidad del ser humano es máxima. Se sentó en una de las esquinas y le acarició suavemente la piel de los hombros.

—Tranquila, Leona, ya pasó.

—¡No, no pasó, Korki! Tienes que decidir si quieres luchar o huir. Él quiere ser el candidato. Hará cualquier cosa para lograrlo. Te mataría sin que le temblara la mano, como si fueras un madero. Como hizo con los presos. Y haría lo mismo conmigo. Luego, buscaría una explicación razonable. Un suicidio quizá.

El corazón de Gortari empezó a latir con la rapidez con que un rayo salta sobre la tierra. Recuperó el pensamiento original. Y se recreó en él hasta que le inundó de tal modo que dejó de acariciarle el hombro y bajó la mano por la espalda.

—¿Cómo estás tan segura?

—La negociación con los Gobiernos francés y español está muy avanzada. No encontrar solución para los presos ha sido jodido, pero él ha pegado un puñetazo en la mesa. Habrá solución con o sin presos, antes de las elecciones.

—¿Cómo estás tan segura? —insistió Joseba. Necesitaba calibrar la verosimilitud de la confidencia. Desafortunadamente, no continuó hablando. El guipuzcoano estaba a punto de abandonar cuando ella, con voz ronca, mencionó un nombre.

—Me lo ha dicho Iturri...

—¿Iturri, quién es Iturri?

—El madero de la Interpol al que me tiraba por encargo suyo. Ha tomado parte en

la negociación como representante del Gobierno español...

Al escuchar esa circunstancia, a Joseba un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Iturri, no me suena —comentó. Cada vez estaba más nervioso.

—Juan Iturri, el navarro. Vive en Lyon y curra para la Interpol. Es cabrón hasta las pelotas. Un jodido cabrón. Conoce a la Organización mejor que nosotros mismos.

Cuando la confirmación salió de sus labios, a Joseba se le iluminó la cara. Trabajara donde trabajase, era un policía español. Un candidato perfecto.

A la mañana siguiente, la mujer rehízo su petate y se marchó.

—Por cierto, Gortari. Korki dice que la carta de tu hermano no aparece por ninguna parte. Que ya te puedes ir olvidando. Y déjame que te diga una cosa. Conozco bien a Korki, nunca habla en broma y nunca avisa dos veces. Hazle caso, tío, pareces buena gente. Hazle caso, sé lo que me digo.

Al guipuzcoano le inundó una marea de sentimientos. Si bien desconocía quién era Korki, ese apodo le resultaba extraordinariamente familiar. Y, desde luego, le aterraba. Se dijo que debía averiguarlo... cuando tuviera tiempo. Pero lo que tenía que hacer cuanto antes era quitarse de en medio. Y aprovechar la información que aquella zorra le había dado.

Juan Iturri. Inspector de la Interpol. Buscó su foto en internet. No la encontró.

Aquella misma mañana, abandonó su trabajo como guía turístico, despreció un alquiler más que ventajoso, vendió su viejo Ford automático, vació su cuenta del banco HSBC y cogió un billete de avión hasta Londres y un tren de Londres a París. Allí tomó un autobús para regresar a España y buscar a su hermana, Anne, la única persona de la que se podía fiar. Ella y su pareja. Iñaki no era muy listo, pero era fiel y él lo respetaba. Que el pequeño anduviese por el medio no ayudaba precisamente, pero no podían dejarlo en ninguna parte. No serían más que tres «legales» carentes de experiencia, guardando un chupete, y con dos mil ochocientas libras en el bolsillo. Pero él estaba dispuesto a todo.

A las seis de la madrugada, sin previo aviso, Joseba se presentó en el apartamento de su hermana. En los alrededores de Huarte, Navarra, lloviznaba. La mañana estaba gris y hacía frío, pero él estaba contento. Llevaba unos cruasanes recién hechos en la mano.

Huarte, Navarra. Madrugada del 1 de noviembre

Cuando, aquella noche, Iñaki Pérez retiró el grueso edredón y se tumbó en la cama, los muelles del colchón crujieron. Apenas fue un quejido, un diminuto retumbo metálico, pero por un momento temió que el sonido despertara al pequeño y la pesadilla comenzara de nuevo. Como Anne, tumbada a su lado, también él contuvo la respiración, a la espera de acontecimientos. Gracias al cielo, el silencio no volvió a quebrarse. Se volvió hacia la izquierda, dando la espalda a su pareja, y trató de conciliar el sueño. En pocas horas, tenía que levantarse para ir al taller.

«Los dientes», había explicado el pediatra. Curioso, ya que lo que el pequeño tenía como un tomate maduro era el trasero. Cierto que se llevaba permanentemente los dedos a la boca, pero era la irritación de la piel lo que más les había dado la lata. A la una y media de la madrugada, tras consultar algunos foros en la web, había cogido el coche y conducido hasta la farmacia de guardia más próxima, donde había rogado a la farmacéutica que le diera el ungüento más potente que tuviera. Le había clavado doce euros por la pomada, pero había merecido la pena: el niño por fin se había calmado.

Pese al cansancio, fue incapaz de dormir. No cesaba de preguntarse qué hacía él en aquella situación, en aquella casa, en aquella cama, con aquella mujer. Tenía la sensación de que se había confundido de película. No era su papel. No lo deseaba. Nunca lo había buscado. Quería a su hijo. Se suponía que debía hacerlo: era su hijo y él no era ningún desalmado. Sin embargo, su corazón era incapaz de albergar sentimientos de la talla de los que veía en su pareja. Anne se pasaba horas mirando a la criatura. Reía cada una de sus gracias, lo que ella llamaba gracias, que, en realidad, no eran más que gestos semiautomáticos. Si el pequeño sonreía, Anne se deshacía y él se sentía culpable. Debía quererlo, pero no sentía nada de lo que veía que Anne sentía.

Se levantó procurando no hacer ruido y se dirigió al cuarto de baño. Iba en calzoncillos y camiseta de tirantes. Al pasar, vio su imagen reflejada en el espejo. Se puso de perfil. Su abdomen empezaba a tomar forma. Estaba engordando. Comía y bebía más de la cuenta. Sobre todo bebía. ¿Qué otra cosa podía hacer? Quería vivir. Quería una vida distinta a la que tenía. Sin ungüentos de madrugada, sin sábados viendo la televisión. Había dejado de ser dueño de sí mismo, echaba de menos su independencia, incluso para desperdiciarla. Pero ya no estaba solo.

Su pareja y el pequeño... Cuando Anne le había comunicado que estaba embarazada, lo primero que le vino a la cabeza fue coger el coche que acababa de reparar y salir corriendo para no regresar. Era una buena chica, y una buena cocinera. Sobre todo una buena cocinera. A diferencia de su anterior compañera, de cuerpo

voluptuoso y agresiva la cama, que no le dejaba respirar y que no sabía hacer una chuleta, Anne era pequeña y suave; le toleraba las compras de coches, los colegas, los desguaces, las cogorzas y hasta alguna pequeña cana al aire. Nada tenía que reprocharle. Sin embargo, nunca había buscado una relación duradera y menos con ella. No era exactamente su tipo. A él le gustaban las mujeres grandes, fuertes, bravas, con pechos vibrantes, capaces de aprisionarle. ¡Por todos los demonios, Anne ni siquiera sabía conducir, no distinguía un carburador de una rueda!

Al principio, muy al principio, hubo una chispa de pasión. Pura ilusión. La única razón fue su apellido, y el punto salvaje que él contenía. Anne Gortari, hermana del Xabier Gortari, toda una figura en la Organización. Estimó que aquellos genes debían de incluir ese toque. Puro espejismo. Al doblar la primera esquina, las luces azules desaparecieron tan deprisa como caduca el alba. La pulsión del estómago se evaporó, como el alcohol de quemar. Las emociones se transformaron en buena comida, casa limpia, ropa planchada en el armario y una vocecilla agradable al llegar. El juego, si es que algún día lo fue, dejó de ser divertido.

Una noche de mucha cerveza se acostó con una chica sudamericana a la que había visto en un par de ocasiones en el bar. No era la primera vez; sin embargo, en aquella ocasión se sintió fatal. Durante todo el trance, mucho más corto de lo acostumbrado, vio permanentemente los ojos de Anne en su cogote. Por ello, en el trayecto de regreso, decidió que por la mañana cortaría de forma definitiva las amarras.

Con el desayuno, junto a los huevos y el tocino, antes de empezar a hablar, llegó la sorpresa.

Cuando Anne se lo comunicó, casi se muere. No pudo articular palabra. La mancha que adornaba su cara desde niño, un angioma plano que ocupaba gran parte del lado derecho de su rostro, desde el ojo hasta la comisura de los labios, y que se coloreaba con el estrés, enrojeció súbitamente. Ella esperaba su respuesta con un toque de ansiedad en la mirada.

—¿No te alegras? —preguntó con voz titubeante.

A regañadientes, replicó que no lo esperaba. Y le sugirió abortar, aunque con la boca pequeña: eso de matar al crío, no sabía bien por qué, le causaba malestar. Ella se encerró en el baño y no paró de llorar hasta que él tuvo que irse a trabajar. Cuando regresó, seguía allí.

La hizo salir. Y al mirarla, pálida como el pálido color de los visillos que se había empeñado en colocar en el dormitorio, titubeó un instante. Debería haber sido honesto. Debería haberle dicho que no la quería, que su amor por ella no era de diez, ni de nueve, ni de ocho. Ni siquiera de tres: simplemente, no la quería. Pero no lo hizo. Esa fue su perdición.

Los ahorros de ambos se esfumaron en la compra de un cochecito, la silla para el coche, la cuna, la ropa y una plétora de objetos supuestamente necesarios. Conforme la barriga de Anne avanzaba, el ánimo de Iñaki encogía. Quería llegar a casa y tirarse en el sofá con unas cervezas a ver la fórmula 1 sin sentirse culpable. Quería

desprenderse de la ropa y dejarla tirada allí donde cayera sin tener a una persona detrás que la fuera recogiendo. Quería ponerse una camisa sucia y tirarse los pedos que le diera la gana. Quería intentar ligar como antaño. No estaba hecho para vivir en pareja. Al menos, no con Anne.

De no ser por el pequeño, sin duda, la hubiera abandonado. Mas no iba a hacer lo mismo que su padre, el muy cabrón. Les había dejado tirados como a trapos viejos, sin un duro, ni una explicación. Ni siquiera se llevó la ropa. Simplemente, desapareció.

Cuando Anne le dio la noticia, Iñaki fue a buscar consuelo en su madre. Lejos de lo que esperaba, ella le recordó que él no se parecía a su padre, ese cabrón. Lo admitió, ¿qué otra cosa podía hacer?, pero seguía sin parecerle justo. Él nunca había escogido ser padre. Anne no le había consultado. Le dijo que ella se ocupaba de esos detalles. Que tomaba sus precauciones. Tenía la sensación de que lo había buscado expresamente. Ella siempre estuvo contenta con la situación.

Por desgracia, no se parecía a su padre, el muy cabrón.

Regresó a la cama procurando no hacer ruido. Consiguió quedarse dormido a eso de las tres. A las seis sonó el timbre de la puerta. El crío rompió a llorar. Iñaki maldijo con gruesas palabras y se acercó a la cuna a cogerlo. Anne salió a abrir y allí se topó con la inesperada visita del mayor de los Gortari. Joseba acarreaba una maleta y una enorme mochila. Era obvio que no se trataba de una visita de cortesía.

—Sé que es temprano y que debería haberos avisado, pero he traído cruasanes.

—Estábamos en la cama. Al pequeño le están saliendo los dientes y no nos ha dejado dormir...

—Lo siento. Yo tampoco he dormido mucho, pero ahora ya estamos juntos y tenemos que celebrarlo.

Pronunció la expresión con el aire condescendiente de quien se sabe jefe de un clan, y con las formas de quien toma posesión de lo que cree que es suyo. Entró y dejó sus cosas en la cocina. Los habitantes de la casa le siguieron, con el pequeño gritando. Le pusieron el chupete y pareció calmarse.

—¿Celebrar qué, Joseba? —preguntó Anne, aunque hablaba por los dos.

—Celebramos que el destino es generoso y nos ofrece el desquite en fuente de plata. —Miró a ambos abriendo una sonrisa—. Nuestro calvario ha concluido. Por fin nuestro momento ha llegado: vengaremos a Xabier. —Como su hermana y su cuñado le miraban sin comprender, añadió—: He estado indagando por ahí estos últimos meses, y he conseguido un nombre: Juan Iturri, inspector de la Interpol.

El pequeño de nuevo se arrancó a llorar. Esperaron a que la mujer se abriera la camiseta del pijama y se lo acoplara al pecho. Mamaba con fruición emitiendo chocantes sonidos. A Iñaki siempre le sorprendía comprobar cuánta leche podía manar de unos pechos tan pequeños. Se sentaron en el salón. Iñaki notó sulfurado que su cuñado le miraba de la cabeza a los pies.

—¿Ese es el topo del que nos hablaste, un agente de la Interpol, hermano?

—¡No, no, no lo has comprendido! Es un madero, pero conoce la identidad del topo, es todo lo que necesitamos. Sé cosas de ese tío: vive en Lyon. Ahora hace labores de despacho. Será fácil. Le echaremos el guante y le haremos confesar; él nos conducirá al traidor.

—¿Qué significa que le echaremos el guante? —indagó Anne, cada vez más nerviosa. Miró a su pareja y comprobó que la mancha de su ojo estaba incendiada.

Joseba suspiró. Abrió la bolsa de papel que contenía los cruasanes, tomó uno y le dio un mordisco.

—No te preocupes por eso ahora. Todo llegará. De momento, me instalaré en vuestra casa, y trabajaremos desde aquí. Tengo algo de dinero ahorrado, para los gastos. No os seré gravoso, os lo prometo. ¿Tenéis té? O café. Cualquier cosa me vale.

Iñaki se levantó a llenar de agua la jarra de la cafetera, cambió el filtro y añadió la dosis justa de café, mientras seguía la conversación a distancia y observaba al recién llegado. Se habían visto hacía poco, en el funeral de Xabier, pero en esta ocasión tenía aún peor aspecto. Joseba iba desaliñado y con pronunciadas ojeras, pero si su presencia resultaba desagradable era por otras cosas. Su cabeza tenía aires de molde desechado: cabellos escasos, duros como escarpías; extraña colocación de sus ojos; mirada huidiza. Todo ello resultaba desalentador. Aunque él no era quién para juzgar: tenía una inmensa mancha cubriéndole la cara. En todo caso, no era su cara lo que más le preocupaba.

Le había visto interpretar, como un gran actor de teatro, a un personaje amable y cariñoso, incluso a uno sensible. Pero también había podido comprobar las tripas del Joseba Gortari auténtico, un hombre que no levantaba la voz, ni parecía enfadarse nunca, pero que, cuando miraba a alguien con sus ojos saltones, lo taladraba. Iñaki le tenía miedo. Sí, esa era la palabra: miedo. Captaba su rabia embalsada, su determinación. Él y Anne serían dos peones a su servicio, prescindibles como todos los peones. Y luego estaba el nombre del tipo. Tragó saliva y, como respuesta a su último comentario, dijo:

—Joseba, es un placer tenerte aquí. Sólo soy un mecánico en un taller, y tu hermana una profesora suplente, pero creo que hablo por los dos si te digo que lo que tenemos es tuyo. Puedes quedarte el tiempo que necesites, aunque, como ves, esto es muy pequeño. Pero ahora está el niño. Con un niño por en medio no somos libres para meternos en un asunto como ese. Espero que lo comprendas... Anne me ha contado lo mucho que vosotros habéis sufrido siendo huérfanos. Yo he vivido algo parecido. No quiero que al chaval le ocurra lo mismo.

El pequeño se había quedado dormido. Anne le acarició la mejilla y miró alternativamente a su pareja y a su hermano. Era el único hermano que le quedaba. Siempre lo había respetado, lo quería como a un padre, pero Iñaki estaba en lo cierto: el niño lo cambiaba todo. Era su razón para vivir. No podían arriesgar su futuro.

—Yo estoy de acuerdo con él, lo siento...

Joseba sonrió ligeramente y levantó la mano para que no continuara. Si trató de que el gesto fuera amable, no lo consiguió. La dureza del mismo competía con la de su palma, encallecida.

—Sé que el pequeño complica las cosas, pero no os preocupéis. Me encargaré de todo. Vosotros permaneceréis en la retaguardia. Sólo de apoyo. Yo seré el único que se arriesgará. Seguiré a ese tal Iturri hasta dar con él. Estudiaré sus costumbres, buscaré sus puntos débiles, le tenderé un lazo y esperaré a que caiga en él. Planificaré todo al milímetro, sin errores de ningún tipo. Además, tengo previsto pedir un rescate. Dos millones de euros. Con ese dinero, Iñaki, podrás montar tu propio taller de reparaciones, y tú, Anne, comprar una casa con una habitación para el pequeño y un baño enorme. ¿Estáis de acuerdo?

Ninguno de los dos se atrevió a decir nada más. Obviamente, sabían que lo que Joseba afirmaba era por completo falso. Nadie puede permanecer en la retaguardia en un asunto como ese. Todos acabarían jodidos, si no muertos o en la cárcel.

Por la noche, en la cama, Iñaki se acercó a su pareja y le habló al oído.

—Anne, los secuestros, las matanzas, las extorsiones, los impuestos revolucionarios... todo eso pasó a la historia. Cuando el pequeño crezca, ni siquiera se hablará de ello. Ahora es el momento de la política. Nosotros tenemos que ocuparnos de nuestra vida y de la vida del pequeño. Secuestrar a un agente de la Interpol en suelo francés es una locura... Son palabras mayores. Ya conoces a tu hermano, pasaría por encima de cualquiera para salirse con la suya. Sabes tan bien como yo cómo acabará esto: primero se comerá los pocos ahorros que nos quedan y después a ti y a mí nos conducirá a la cárcel y a nuestro hijo a un hogar de acogida. Tú eres huérfana, y sabes lo que es vivir sin familia propia. ¿Quieres ver a tu hijo como tú?

—¡Habla más bajo, que nos va a oír!

—O sea que no vamos a hacer nada.

—¿Y qué podemos hacer? Nada de lo que digamos le convencerá.

—Puedes decirle que se vaya. Esta es nuestra casa.

Anne no respondió. Él tampoco. Dio media vuelta, enfadado, y no pegó ojo en toda la noche. Hubiera preferido mil veces estar en vela por los dientes del pequeño.

Huarte, Navarra. Madrugada del 2 de noviembre

A eso de las cinco de la madrugada, con las calles aún dormidas, sin desayunar ni ducharse, Iñaki abandonó su domicilio. Lo hizo con los zapatos en la mano y todo el sigilo del que fue capaz, casi sin respirar. Con su cuñado de por medio, las más amplias seguridades se quedaban cortas. El piso, de cincuenta y cinco metros, contaba con un solo dormitorio, de modo que habían instalado a su cuñado en el sofá del salón, habitación que debía cruzar para abandonar la casa. Si Joseba se despertaba, no le cabía duda de que le interrogaría (a todas luces, era demasiado temprano). Llevaba preparada una respuesta más o menos plausible pero no se sentía capaz de que sonara convincente, por eso respiró cuando cerró la puerta tras de sí sin haber necesitado emplearla. Al ver reflejada su imagen en el espejo del portal, colocado estratégicamente tras los últimos robos para ver quién subía por la escalera, notó que la mancha de su ojo se hallaba inusualmente violácea. Le ocurría en situaciones de estrés y era evidente que aquella era una de las peores. A su lado, el embarazo de Anne parecía un pequeño acontecimiento.

Caminó bajo la lluvia, con las manos en los bolsillos y el entrecejo fruncido, cerca de media hora. El agua corría por su ropa, sus rastas y su rostro, como si estuviera recibiendo una ducha. El aire que le invadía los pulmones era frío como el miedo. Pero no se tomó la molestia de buscar cobijo. Estar calado hasta los huesos o cogerse un monumental catarro eran sus menores preocupaciones. Se hallaba confuso y rabioso, sobre todo rabioso. Sentía una angustia inmensa. Se sentía tan mal que las lágrimas le calaban casi tanto como la lluvia. Necesitaba serenarse y tomar una decisión definitiva. Los malditos Gortari estaban empeñados en dirigir su vida sin darle voz ni voto. Anne le había hecho padre sin consultarle; Joseba pretendía convertirle en un delincuente, o puede que hasta en un asesino, sin turno de réplica. Pero habían cruzado la raya y no iba a quedarse con los brazos cruzados.

El corazón se movía de un lado para otro y a la velocidad de un toro sin picar. Durante las horas que había permanecido a oscuras, tirado en la cama, había sopesado contarle a Anne que conocía al hombre al que su cuñado pretendía secuestrar y que esa misma persona, Juan Iturri, sería capaz de reconocer su enorme mancha a metros de distancia. Pero no se atrevió. Al fin y al cabo, ella era una Gortari. Iñaki estaba convencido de que, en una escala jerárquica, Joseba le sacaría medio cuerpo, si no el cuerpo entero. Para Anne sólo había algo por encima de su hermano: su propio hijo. Para convencerla de que era mejor renunciar, el argumento más factible, el único argumento, debía ser ese: su hijo. Nunca hasta ese momento había tenido tan clara conciencia de su estado de inferioridad. ¿No sería aquel el momento, la ocasión propicia, para decir adiós y salir por piernas?



Mientras caminaba bajo la lluvia decidió que haría lo que solía hacer en situaciones como aquella: consultar con su madre. La sacó de la cama. Ella se quedó perpleja al verle. Las arrugas de su frente marcaron su preocupación. A sus sesenta años, aún era una mujer hermosa. Conservaba un busto firme y un tipo de modelo de revista. Sus cabellos rizados y sus ojos achinados le hacían parecer más joven. Y pícara.

—Se presentó en casa de madrugada, mientras dormíamos, mamá, y exigió que le ayudáramos a secuestrar a un agente de policía en nombre de la organización terrorista. Y no uno cualquiera: un miembro de la Interpol.

—Pero ¿qué dices?, ¿se ha vuelto loco, ha perdido el juicio?

—Lo que oyes, *amá*. Está completamente perturbado. Dice que no parará hasta vengar a su hermano, el que murió en la cárcel. Joseba es un mal tipo; un tipo peligroso, créeme. Hace añicos todo lo que cae en sus manos. No es posible seguirle la corriente sin verse comprometido. Y eso no es todo...

Su madre enarcó las cejas y le animó a seguir.

—¿Aún hay más?

Iñaki volvió a pasarse la toalla por la cabeza. Sus largas rastas seguían goteando.

—Sí, aún hay más. Si vas a ayudarme en esto, es bueno que conozcas la historia completa. ¿Te acuerdas del tipo que me trincó de crío, cuando lo de Le Mans?

—¿Aquel asunto de los coches? —murmuró. Evitó mencionar la palabra robo. Sabía que a su hijo le molestaba.

—Exactamente. Pues es a ese tipo a quien pretende secuestrar. Se llama Juan Iturri, ¿te acuerdas de él?

—¡Pues claro que me acuerdo! ¿Cómo no voy a acordarme? —A la cabeza de la mujer acudió de inmediato el recuerdo. Evocó con absoluta nitidez tanto el incidente como al agente de policía. Iturri se había portado de modo generoso con su hijo. Un reformatorio a los dieciséis años hubiera sido su final—. ¿Quieres más café, hijo?

—Ponme otro poco, por favor. Aunque tengo los nervios a flor de piel.

—Tranquilízate. Vamos a sopesarlo un momento. Ya sabes que siempre te he dicho lo contrario, pero quizá sea este el momento de abandonar la plaza. —Lo pensó una vez más—. Sí, la mejor opción es dejar a esos hermanos Gortari que hagan lo que les parezca, y permanecer al margen. Pero debes lograr quedarte con el niño...

—Ella nunca lo permitirá: el niño es suyo y sólo suyo. Y lo peor es que su hermano tampoco lo hará. Me ha hecho partícipe de sus planes, ahora estoy dentro, lo quiera o no.

—¡No pueden obligarte! Además, no tienes por qué pregonarlo. Diles que te retiras pero que prometes no hablar con nadie...

Iñaki lo consideró apenas un instante y se apresuró a negar con la cabeza.

—No lo permitirá, *amá*, lo sé. Tú no le conoces...

El hombre agachó la cabeza para evitar que su madre viera sus lágrimas. Pero hay cosas imposibles de ocultar.

—¡Oh, mierda! —murmuró, arrellanándose en el sofá. Mantuvo los ojos cerrados mientras su madre callaba.

Ella sopesó la situación al tiempo que pasaba la mano por la espalda de su hijo. Tras unos instantes, le secó de nuevo con la toalla y añadió:

—Bien, hijo, siempre te he dicho que ser padre es una ocupación irrenunciable y no he cambiado de parecer. Pero no opino lo mismo de esa unión tuya. A fin de cuentas, ni siquiera estáis casados. Y ella ha sido educada del modo más liberal posible.

Iñaki constató que el tono de voz de su madre ganaba en fuerza e iba poco a poco tiñéndose de enfado. Parecía sentirse ofendida, agraviada. Dejó que continuara, sin interrumpirla ni detenerla.

—En fin, sé que llevo meses diciéndote que no puedes abandonar a Anne, pero si ella protege a su hijo, yo debo proteger al mío. —Inspiró y espiró un par de veces—. Lo resolveremos juntos.

—Es imposible. Completamente imposible. Sólo me queda obedecer.

—¡No, ni hablar! Hay que ir a la policía.

—¡No puedo, mamá! Si me presento en una comisaría y le cuento al agente de turno que alguien, que además es el hermano de mi pareja, en un futuro, planea secuestrar a un inspector que está en Francia, me hacen la prueba de alcoholemia.

La mujer arrancó con los dientes una esquina a una galleta y la masticó lentamente. Luego, volvió a ponerse en pie, y paseó por la sala. De pronto, se detuvo. Se apoyó de espaldas en la mesa del comedor y sonrió con un evidente cambio de inflexión. Con un tono suave, comprensivo, que parecía acariciar a su hijo como lo hacían sus manos, añadió:

—Mira, hijo, a grandes males, grandes remedios. Tengo dinero ahorrado. No es mucho, pero tampoco poco. Será suficiente. Hagamos esto: tú sigue hoy con tu vida normal. Vete a trabajar al taller, regresa a casa a la hora del almuerzo, y antes de salir de nuevo, mete lo que puedas en una mochila y vente para acá. No te olvides de la documentación. Eso es lo más importante. Lo demás son cosas que podemos sustituir. Huiremos. Nos iremos a América unos meses hasta que esto pase. Siempre he querido conocer el Caribe.

Como hacía desde niño, Iñaki siguió al pie de la letra los consejos de su madre. Nunca habían tenido una diferencia seria.

Sin pasar por su domicilio, Iñaki Pérez acudió al trabajo a la hora reglamentada. Sin embargo, fue incapaz de concentrarse. Se sentía enfermo. Le dolía la cabeza y tenía revuelto el estómago. Le costó tanto ocultarlo que el encargado, viéndole desencajado, le permitió adelantar su hora de salida. Iñaki era un buen empleado, puntual y trabajador. Salvo cuando se rompió el tobillo, jamás se había cogido una baja laboral. Bordaba su cometido, pero era flexible cuando el trabajo exigía dejarlo

para ayudar a otro. El encargado le apreciaba. Por eso, le mandó a descansar.

Como le había indicado su madre, fue directo a casa. Abrió con su llave, y lo primero que vio fue a su cuñado en pie en el salón. En la pared, sujetos con cuatro trozos de celo, había colgado un mapa de la región de Ródano-Alpes y otro, más pequeño, de la provincia de Lyon. Para tener espacio suficiente, había descolgado su póster del Ferrari Testa Rossa de color rojo, su favorito, y lo había arrinconado en una esquina de la sala. Le entraron ganas de vomitar. Masculló que no se encontraba bien, que no quería almorzar y se acostó pensando en cómo evitar el enorme peligro que se cernía sobre él. Se sentía intensamente desgraciado.

En cuanto su cabeza entró en contacto con la almohada, se quedó dormido. El Ferrari hizo acto de presencia casi tan pronto como el sueño. Y con él, el puño del inspector Juan Iturri descargando sobre su mandíbula. Había sido una época turbulenta que no le gustaba recordar.

Entre el reformatorio, los coqueteos con las drogas y los amigos de su madre, la infancia y juventud de Iñaki no habían sido precisamente un camino de rosas. Estudiando en la escuela de la calle, llegó a hablar su idioma con tan perfecto acento que hubo un momento en que empezó a sentirse nativo. Nativo del norte. Del borde del precipicio, a punto de despeñarse, lo rescató un Ford Fiesta de color gris antracita. Cuando su tercer padrastro, un buen hombre, lo más parecido a una familia que había tenido nunca, lo sacó de la cárcel tras verse involucrado en el robo y quema de un autobús (él sólo lo robó y observó cómo los cachorros de la banda le lanzaban cócteles molotov), no lo recibió con un par de bofetones, como hubieran hecho los anteriores. Le entregó una caja de herramientas medianamente completa y el cadáver de ese destartado Ford. Lo desmontaron juntos, pieza a pieza. Emplearon dos largas semanas. Luego, tras patearse todos los desguaces de la zona en busca de lo necesario, volvieron a ensamblarlo y lograron que funcionara.

Iñaki se lo colocó a un tipo del barrio, un antiguo compañero de aulas, que necesitaba un *buga* barato sin preguntas y con facilidades de pago. Con el dinero obtenido con la venta, pagó parte de la multa, compró una caja de mosca seca para la pesca de truchas que regaló a su padrastro, un bote de perfume caro para su madre, y adquirió otro coche: un viejo Mercedes, con trescientos mil kilómetros en su haber. Se lo vendieron barato porque engrasaba las bujías. Lo arregló y vendió con una ganancia del trescientos por ciento. A este le siguió otro Mercedes, un Opel y un Volkswagen. Hasta se atrevió con un Porsche, destrozado en una colisión múltiple. En aquella ocasión, se permitió el lujo de pintarlo en el taller donde trabajaba uno de sus amigos: se lo alquiló una noche, de extranjis, por un precio asequible. Lo condujo un largo mes antes de venderlo, período durante el cual se sintió el dueño del universo. Tras aquella dulce experiencia, las juergas dejaron de parecerle tan divertidas y los chistes verdes tan hilarantes. Empezó a dedicar el tiempo libre a patearse los desguaces, y el dinero a buscar antigüedades con propietarios ignorantes. Al año, prefería un coche a cualquier otra cosa. Conocía casi todos sus secretos,

incluso la forma de robarlos.

Una mañana apareció en su guarida un tipo de extraño acento. No supo hasta mucho después que era de nacionalidad rumana. Le ofreció quinientos euros para que echara un vistazo al motor de un coche que conducía, y que no dejaba de dar tirones. Le extrañó: ni siquiera disponía de un taller abierto al público; trabajaba en un viejo almacén abandonado que, como okupa, había adecuado a sus necesidades a la espera de que el dueño se diera cuenta y lo expulsara. Era casi imposible encontrarle. Al preguntar, confesó que un amigo de un amigo le había hablado de él. Eso le sorprendió un poco más, pero decidió no indagar: quinientos euros eran quinientos euros. No obstante, cuando salió y vio la placa, se quedó atónito. «¿Un BMW nuevecito con problemas de inyección? ¡Imposible!», se dijo. Abrió el capó. No le costó notar que habían limado los números del bastidor. Levantó la cabeza y lo sopesó un instante. Y entonces cometió su primer error.

—Nuestro amigo común lo va a pintar de negro esta noche. Pero queremos modificarlo un poco...

—Serán tres mil...

—De acuerdo.

A ese error le siguió una colección de seis: otros dos BMW, un Lancia y tres Mercedes. Una fácil entrada de fondos haciendo lo que más le gustaba. Las cosas no podían ir mejor. Pero entonces llegó el Cavallino rampante, ni más ni menos que un Ferrari 360 Modena en el tradicional rojo Ferrari. Cobró cuatro mil euros en metálico por tunearlo. A las doce horas, llevaba unas esposas en las muñecas.

Huarte, Navarra. Mediodía del 2 de noviembre

A Joseba Gortari podían achacársele muchas cosas, pero no la estupidez. Era listo y, sobre todo, era curioso. Su capacidad innata para la observación había ido mejorando con el tiempo, el estudio y la experiencia. Había devorado los tratados de psicología como los buitres devoran a sus presas: con avidez. Era cierto que aún estaba lejos de obtener el título que tanto ansiaba. Pero eso no era más que un papel, un certificado que le permitiría mostrar en público lo que, para quien le conocía bien, resultaba evidente: tenía la vista de un águila y la habilidad de un virus para meterse en la mente de los demás sin ser convocado.

Esa habilidad le permitió identificar al primer instante la repulsión en la mirada de Iñaki. Esperaba el rechazo inicial tanto de su hermana como de su pareja, algo muy lógico. Si alguien se presenta en tu casa sin avisar y te propone para colaborar en una actividad arriesgada y delictiva, lo mínimo que se debe esperar es que trates de esquivar el bulto. Pero aquella mirada era distinta, estaba contaminada, resultaba patológica. Además, casi no le conocía. A su hermana sabía cómo manejarla: era una Gortari. Pero Iñaki...

Desconocía de qué material estaba hecho. Con ese cuerpo de toro, de hombros anchos y piernas gruesas, con esa altura, parecía contar con la fuerza física necesaria. Y a eso se sumaba su historial. Joseba sabía que, en el pasado, había tenido problemas con la ley. Por fortuna, delinquir imprime carácter, pensó mientras salía de Belfast y se dirigía a casa de su hermana. No obstante, al ver a su cuñado de cerca, su opinión cambió. Si esa iba a ser su actitud, lo cierto era que no merecía un juicio favorable. Necesitaba asegurar que no se derrumbaría, que soportaría la presión, y eso quedaba muy lejos de poder asegurarse.

Estaba sopesándolo cuando Iñaki regresó del trabajo. Joseba notó que tenía el rostro descompuesto y la mirada esquiva. De hecho, no le había mirado a los ojos ni en una sola ocasión. «Sin duda, nos causará problemas —dijo para sí—. Además, ha salido muy temprano de casa, sin siquiera tomarse un café. ¿Adónde habrá ido, con quién habrá comentado nuestro plan? No puedo dejarlo pasar. Debo hacerle saber cuán alto es el precio de la traición, sin provocar el rechazo de Anne, o los perderé a los dos».

Estuvo unos minutos dando vueltas al asunto. Descartando posibilidades. Finalmente, a eso de las tres, media hora antes de que su hermana llegara del trabajo tras recoger al pequeño en la guardería, se le ocurrió una solución. Advirtió que resultaba un poco drástica, incluso dentro de los límites de las amenazas serias, pero siguió apostando por ella. Reconocía que, tras llevarla a cabo, la mancha roja del ojo de Iñaki sería mucho más visible, pero cuanto más lo pensaba más le gustaba la idea.

Se acercó a la cocina y rebuscó por entre los cajones hasta hacerse con unas tijeras grandes. Con ellas en la mano, se dirigió al dormitorio y abrió sigilosamente la puerta. Iñaki roncaba a pleno pulmón, reclinado sobre el lado izquierdo. Se colocó a su espalda. Estuvo unos instantes observando cómo dormía, viendo subir y bajar rítmicamente su tórax. Al final, tomó entre sus manos una de sus rastas, la más larga. Sabía cuántos sacrificios le habían costado: no se había cortado el pelo en ocho años, lo había trenzado una y otra vez hasta que los propios enredos hicieron imposible que se deshiciera. Y luego estaban las dificultades que entrañaba usar el champú. Y las veces que se había contagiado con piojos...

Abrió las tijeras, acercó la boca abierta a la rasta de mayor largura y de un tajo la separó del resto del pelo. No la cortó por el nacimiento, eso le hubiera despertado, sino a la altura de las orejas. Como un aviso a navegantes era más que suficiente. Continuó con el resto de las rastas hasta que no quedo ninguna. Recolectó la cosecha y la llevó consigo. Salió con cuidado y cerró la puerta tras de sí. Iñaki no había cesado de roncar.

En la cocina, buscó papel de plata y envolvió con sumo cuidado las trenzas formando lo que parecía una longaniza especialmente extensa. Guardó el paquete en el frigorífico y se dispuso a comer. Anne había dejado preparado arroz con conejo. Metió una ración en el microondas y sacó una cerveza de la nevera. Torció el gesto: demasiado fría. Se había acostumbrado a la cerveza inglesa, ya no le gustaban las rubias, ni tampoco la maniática costumbre de beber la cerveza helada. En todo caso, era mejor que el agua.

Quizá fuera el pitido del microondas; acaso le despertó el olfato, al fin y al cabo, su última comida decente había tenido lugar el mediodía anterior; o la pesadilla. Fuera cual fuese el motivo, a las tres y diez, Iñaki tenía ya abiertos los ojos.

Pensó en fingir que seguía dormido y ocultarse así, pero no serviría de mucho. Antes o después tendría que abandonar la habitación. Era mejor seguir al pie de la letra el consejo de su madre. Se levantó intentando no meter ruido. Cogió el dinero que guardaba debajo del cajón de la mesilla, en un sobre pegado con cinta aislante; el cargador del móvil; la maquinilla de afeitar; dos jerséis, calcetines, mudas, el carné de identidad y un pijama, y lo metió todo en una mochila. Respiró hondo un par de veces, y salió. Dejó la mochila en la entrada.

—¡Vaya, te has levantado pronto! ¿Te encuentras mejor? —le gritó Joseba, desde la cocina.

Iñaki se acercó a la puerta. Su cuñado estaba de pie; un plato en una mano, la cuchara en la otra.

—Mejor. Estoy mejor, gracias. Son las malditas jaquecas. Demasiados días sin dormir. Tu sobrino no para de berrear. Estamos agotados...

Joseba sonrió. Pensó en jugar un rato con él, como el gato juega con el ratón antes de zampárselo, pero se lo pensó mejor. Era preferible zanjar el asunto cuanto antes.

—¿Y qué llevas en esa mochila que has dejado en la puerta? Parece pesada.

—Un par de jerséis y una muda. Tengo que marcharme un par de días. Tres a lo sumo. Se trata de mi madre: está enferma. Me llamó de madrugada y tuve que salir corriendo. Como sabes, no tiene a nadie más a quien acudir.

Joseba no replicó. Iñaki seguía sin mirarle a los ojos. Era obvio que mentía.

—No he tenido el placer de conocer a tu madre, colega, pero no importa. Una madre es una madre. No hay nada más importante en el mundo que la familia. Al menos, eso es lo que yo pienso. Y lo demuestro con los hechos: he dejado todo para venir aquí y vengar a mi hermano. —Suspiró un par de veces, y luego clavó los ojos en su interlocutor—. ¿Sabes? Mientras hablo contigo lo estoy pensando. Nosotros casi no conocimos a nuestra madre, pero, de vivir ella, te aseguro que no la pondría en peligro por nada del mundo. Por nada. Tú tampoco, ¿verdad? —Iñaki asintió con un gesto lento. Había algo extraño en el gesto del guipuzcoano—. Oye, tío, antes de que te vayas, hazme un favor. Ve al frigorífico y coge un paquete alargado que he envuelto en papel de plata. Es tuyo...

—¿Mío? De ser mío lo sabría.

—Es un regalo, una especie de seguro de vida para tu madre. No creas que no me preocupo por ella: tienes que presentármela. Anda, ve...

Iñaki sentía un molesto hormigueo rodeándole la nuca. El corazón se movía con los tumbos de un borracho. Abrió la nevera, un modelo antiguo pero de buen uso que habían adquirido en eBay, y en efecto vio una especie de tubo estrecho y largo cubierto por papel de aluminio. Lo cogió con aprensión. No era capaz de penetrar en su mente, pero sabía que, de su cuñado, podía esperarse cualquier cosa. Entre los hombres que había conocido a lo largo de su vida, había cabrones, violentos, borrachos y vagos, pero no había conocido a nadie tan malvado como el mayor de los Gortari. Pensó incluso en algún tipo de bomba, pero la superficie no era dura, sólo compacta. Lo llevó al salón, lo colocó sobre la mesa de cristal y lo abrió con el cuidado de quien desactiva un instrumento explosivo. Joseba le siguió con el plato ya casi vacío y lamiendo la cuchara, manchada con restos de conejo. Se colocó frente a él, sin perder detalle de la escena.

Ver el cabello confundió a Iñaki. Durante un instante, no supo cómo interpretar lo que veía. De pronto, sin saber cómo, cayó en la cuenta y se echó las manos a la cabeza. Se pasó un par de veces las manos por la nuca. Con una vez hubiera sido suficiente, pero necesitó repetir el gesto para creérselo. Aquel papel plateado contenía el cadáver de sus rastas. El mensaje no podía ser más nítido.

—Deberías llamar a tu madre, Iñaki. Se preocupará si no llegas cuando espera. Dile que esté tranquila, que saldrás unos días del país. Pero que será por un buen motivo: te vas de viaje de novios.

—¿Qué?

Joseba no replicó. Iñaki empezó a marearse. Vació el estómago en el suelo.

—Limpia eso antes de que venga Anne. Y arréglate un poco para darle la noticia. Dile que esas rastas son tus arras. Y otra cosa: me quedaré con tu móvil mientras

completamos la misión. Pero antes telefona a tu madre. La familia es lo más importante en la vida de un hombre. Lo único importante.



Huarte, Navarra. Noviembre

Después de que Iñaki perdiera sus rastas y se viera comprometido con Anne contra su voluntad, Joseba Gortari impuso una política de tierra quemada y tomó posesión de sus vidas. Desde aquel fatídico encuentro, los días se sucedieron silenciosos. Ellos cuidaban del pequeño y acudían a sus respectivos trabajos, mientras el guipuzcoano viajaba a la zona, seguía a su objetivo y dedicaba el tiempo a estudiar alternativas, perfilar detalles y pulir las aristas del plan. Solía decirles que el éxito de la misión correspondía, en más de un cincuenta por ciento, a la selección de un posible emplazamiento, un lugar donde encerrar a la víctima sin riesgo a ser localizado en el período de tiempo necesario; y el otro cincuenta por ciento a planificar un sistema simple de fuga. Al principio, muy al principio, Anne solicitaba detalles, preguntaba, cuestionaba... A resultas de un comentario de Joseba, muy poco tiempo después, dejó de hacerlo. «Si algo sale mal, es mejor que no sepáis gran cosa: así no os veréis obligados a mentir. No estáis acostumbrados y se os notará». A Anne no pareció importarle; a Iñaki sí. Sólo pensar en verse echando mano de mentiras imposibles, se le soltaban las tripas.

Un sábado viajaron a Oñate. Visitar la tumba de los Gortari justificaba el viaje, y así lo hicieron saber al pueblo hablando más alto de lo debido en uno de los bares de la plaza, mientras tomaban café. En realidad, el viaje tenía por finalidad acercarse a Zegama y recoger el bidón escondido. Sin abrirlo, lo introdujeron en el maletero de la furgoneta y regresaron a Huarte. Esperaron a que pasaran las doce, y los vecinos apagaran las luces, para subirlo desde el garaje. Con todas las persianas bajadas, Joseba comprobó de nuevo su contenido. Con regocijo, constató que lo que evocaba su memoria se correspondía con la realidad: entre la documentación, había papel en blanco con el emblema de la Organización. Los dos juegos de placas francesas dobladas, según rezaban las fichas plastificadas adheridas en la parte trasera, correspondían a un Citroën ZX de color verde y a un Renault Megane negro, ambos con bastantes años. Allí seguían las dos pistolas, una Smith & Wesson y una Sig Sauer, en perfecto estado, que ya conocía, los detonadores y los productos químicos.

Aquella noche, Iñaki tampoco durmió. Por momentos, conseguía convencerse de que aquello no era más que una pesadilla; que la quimera Gortari quedaría, finalmente, en agua de borrajas. La imagen de las armas, su peso, su tacto (le había tocado envolverlas en paños de cocina y subirlas al altillo del dormitorio) le hicieron volver a la realidad. Los Gortari iban en serio y él se hallaba en medio. Siguieron más días y más noches y muchos silencios espesos. Compartir cama con Anne; verse obligado a tragarse su olor, sus ronquidos, sus planes, sus comentarios le resultaba insufrible; observar cada mañana los planos de su cuñado en el salón, insoportable.

Su ánimo iba decayendo a marchas forzadas.

Un día de finales de noviembre, a la hora de la cena, una cena insulsa y en silencio, Joseba se puso en pie y les comunicó las nuevas.

—Creo que estamos preparados, pero no quiero dar por buena la última versión del plan sin tener vuestra aprobación.

A Iñaki le entraron ganas de echarse a reír. «¿Sin nuestra aprobación? Nunca nos has necesitado antes ni nos tendrás en cuenta después. No pasamos de ser tus peones», se dijo. Conocía a Joseba desde hacía suficiente tiempo como para saber que, detrás de esa expresión, se escondía algún intento de manipulación. En breve, cinco minutos a lo sumo, llegaría alguna sorpresa.

Anne escuchaba atenta. Había cogido su caja y zurría calcetines. A Iñaki le corroía la impaciencia. Aquella situación iba a acabar con él y con su estómago. Había empezado a adelgazar. Eran ya dos los agujeros que se había visto obligado a marcar en el cinturón: se le caían los pantalones. No retenía la comida, sólo el alcohol. Seguía estando bastante gordo, sólo se lo notaba la gente que veía a menudo. Y él mismo. Y su puñetero cuñado. «Voy a patentar este régimen. Pon un cuñado sin escrúpulos en tu vida y perderás kilos sin necesidad de pasar hambre».

De su madre no había tenido noticias, y eso le sumía en una inigualable melancolía. Le angustiaba pensar que, por su culpa, ella pudiera sufrir algún daño. Había pensado en todas las posibles aristas y, finalmente, había llegado a la conclusión de que, si bien desplegaba una notable actividad, Joseba no era un dios. No lo veía todo, ni tenía el don de la ubicuidad. Si estaba en Lyon y Anne trabajaba, podía escaparse a ver a su madre sin ponerla en riesgo y sin que quedara constancia de ello.

—Madre...

—¿Qué haces aquí? ¡Como te vea ese loco, te mata!

—Está de viaje. Y Anne ocupada, tranquila. Tenemos unos minutos. Necesitaba verte. Tengo que pedirte perdón: no sabes cómo siento todo esto. Lo siento muchísimo...

—No tienes la culpa —le interrumpió—. Es ese hijo de Satanás...

—Debes marcharte, madre. Ve con tu hermano o a hacer ese viaje para el que llevas ahorrando tanto tiempo. A donde quieras, pero vete antes de que sea peor. Semejante locura no puede acabar bien. En casa, ya tenemos dos pistolas escondidas. Y detonadores...

—No te dejaré.

—Lo harás. Si muero, quédate con el niño. No permitas que lo eduquen ellos. No lo parece, pero te aseguro que Anne es tan Gortari como su hermano. Me ha cortado el pelo, pero no le causaría gran horror seguir con el gaznate. Es más, estoy seguro de que lo haría sin pestañear.

Por fin, había logrado que abandonara el pueblo y se refugiara en algún lugar que ni él mismo conocía. Era más seguro.

La voz de su cuñado le hizo regresar.

—Iñaki, ¿estás escuchando?

—¿Tengo otra opción?

Joseba le dirigió una mirada mortal, similar a la de su hermana, pero no protestó.

—Presta atención: esto es importante. Pondremos en marcha la operación el 3 de diciembre. El día 2, os casaréis en el ayuntamiento o en la iglesia, donde preferáis, y pediréis en el trabajo las dos semanas de vacaciones que os corresponden, así no tendréis que explicar vuestra ausencia. Para pasar vuestra luna de miel, alquilaréis durante quince días una casa en un pueblecito a las afueras de Lyon. Ya he elegido una, apartada, no os preocupéis. Ese mismo día saldremos para París. Allí Anne depositará una carta en la Gare du Nord, con sello de urgencia, donde se detallan nuestras exigencias. El 4 de diciembre secuestraremos al inspector en un coche que tú, Iñaki, robarás en un lugar cercano. De entre los dos, creo que es mejor el Citroën...

—Pero es verde, hermano. El verde es un color poco común...

—Si no localizamos uno, tomaremos el siguiente. Pero prefiero que sea el verde. Deben saber que somos valientes... En fin, como os decía, con él dentro del maletero, conduciremos hasta la casa donde lo retendremos hasta que todo esto concluya. Les daremos de plazo hasta el 10 de diciembre para cumplir las condiciones. Para esa fecha, deberíamos haber identificado y sacrificado al traidor y haber desaparecido del mapa con el dinero. En cuanto el trabajo esté hecho, volveréis a vuestras ocupaciones y contaréis a todos lo mucho que habéis disfrutado en vuestra luna de miel en Francia.

Anne miró confusa a Iñaki; luego, a su hermano. Ninguno de ellos replicó. Pero, mientras Iñaki se incendiaba por dentro, a la mujer una sonrisa le conquistaba la cara.

Desde el momento en que tomó la decisión, los nervios de Joseba aumentaron. Había días de ferviente optimismo y días de pesadumbre, más o menos a partes iguales. En los primeros, bebía cerveza, reía y brindaba por el dulce sabor de la venganza. Se decía que era un plan soberbio, impecable y, aun sabiendo que nada hay infalible, aseguraba que el suyo rozaba la perfección. Una vez lanzado el sedal, el traidor picaría sin remedio. Caería en sus manos como las aceitunas en el entramado al golpear la vara el olivo. Y entonces él podría, por fin, ajustar las cuentas a ese cabrón.

En los días grises, pensaba en el riesgo, que no era pequeño; pensaba en su cuñado y en su débil hermana, pensaba en las cosas en que no había pensado; y, sobre todo, en las posibles consecuencias. Temía tanto más a los de dentro que a los de fuera. La Organización, de trama tupida, no permitía espontáneos, y ellos lo eran: eso podía costarles caro. En esas ocasiones, también bebía, pero lo hacía en silencio hasta caer dormido de puro miedo.

Iñaki, ausente, parecía haber perdido el habla. Estaba la mayor parte del tiempo fuera, haciendo turnos de noche y de día, y cuando llegaba alegaba que estaba

cansado y se iba a dormir temprano, con el bebé. La única que jamás perdía el ánimo era Anne.

Señora de Pérez Gortari... Sonaba bien.

Cierto era que, desde que se había quedado embarazada, lo había hablado con Iñaki en alguna ocasión, pero él siempre lo había tomado en broma. Una simple excusa para ahorrar. Sin embargo, al verlo cerca, se dio cuenta de que casarse le hacía muchísima ilusión. Hasta iba a comprarse un vestido. No uno blanco, por supuesto, ni tampoco tacones. Pero no iría con vaqueros ni con botas. Y adquiriría ropa interior insinuante. Aunque no sabía bien para qué: su pareja ya no se le acercaba.

Los días previos a la fecha fijada, se esforzaron en mantener las rutinas, y avisaron a vecinos y colegas del trabajo de que aprovecharían el acontecimiento para salir unos días de la ciudad. Y cuando todo estuvo dispuesto y esa extraña sensación, mezcla de excitación y miedo, se adueñó inexorablemente de sus vidas, Joseba decidió quemar definitivamente las naves y ponerse en marcha: el día D estaba a la vuelta de la esquina, y pillaría a Anne con una alianza en el dedo.

Hacía semanas que Joseba dormía en el sofá del minúsculo salón de la casa de su hermana y su pareja, lugar que habían convertido en su centro de operaciones. Aquella sería su última noche. Nervioso, apuraba las horas. No podía dormir. Repasaba una y otra vez el plan, que, por otra parte, se le antojaba espléndido. Por la mañana, muy temprano, se pondrían en marcha. Todo empezaría con la carta. Sí, una vez enviada, no habría marcha atrás.

Miró al techo, parcialmente iluminado por la farola de la calle.

«No cometeremos errores. Todo saldrá bien».

En realidad, cometieron tres. Dos fueron salvables; el último no.

Gare du Nord, París. Mañana del 3 de diciembre

Los nervios de Anne Gortari resultaban cada vez más hirientes. Se sentía como una olla a presión a punto de reventar. Por tres veces, se había plantado ante la majestuosa puerta que daba entrada a la estación y por tres veces había dado media vuelta. Trató de convencerse de que estaba siendo irracional. Se trataba pura y simplemente de depositar una carta en el buzón de correos. A aquellas horas, en la Gare du Nord, el tráfico de personas era inmenso. Resultaba difícil que alguien se fijara en ella. Sin embargo, le preocupaban las cámaras. Las cámaras complicaban las cosas. Lo complicaban todo.

Los carteristas habituales eran tan conocidos como las putas de Pigalle, pero recientemente se les había sumado una bandada de rateros procedentes del este. Todos niños. Los pequeños levantaban poco más de un metro del suelo; lucían sonrisas infantiles y gestos que invitaban a la compasión, pero contaban con dedos largos y ágiles. Quien más y quien menos los había sufrido. Por ello, las autoridades habían reforzado la seguridad e instalado un completo sistema de vigilancia. Cámaras de última generación oteaban los puntos clave de la estación y gendarmes de paisano pateaban los concurridos pasillos, las cafeterías y los andenes. Conocían los pormenores por el periódico, que había dado cuenta de los detalles, con una larga entrevista al alcalde de París.

Anne intentó tragar, pero ni la saliva le pasaba por la garganta.

Echó un nuevo vistazo a la esfera de su reloj de pulsera, un modelo de plástico de color negro. Las agujas confirmaron lo que ya sabía: su margen se consumía a pasos agigantados. Pasaban cincuenta y dos minutos de las nueve. Habían comprobado que la saca del correo se recogía invariablemente a las diez. Debía decidirse. Respiró hondo, y, con el estómago en la garganta y empujando el cochecito del bebé, flanqueó la puerta de doble hoja y avanzó con grandes zancadas hasta encontrarse en el gran vestíbulo de la estación.

Bajo el tieso cielo de hierro y cristal, se vio rodeada de aromas de cruasanes y *chocolatines*. Flotaba en el aire un ruido suave y blando, corriente, entreverado de retazos de historias ordinarias. El ambiente la tranquilizó. «Entrar y salir, entrar y salir», masculló, mientras se envolvía la boca en el fular. No estaba fichada. Nadie la conocía. Pero las cámaras podían captar su imagen. Para pasar lo más desapercibida posible, ocultaba la mirada tras unas enormes gafas oscuras y se había vestido de modo corriente: vaqueros, cazadora negra, botas de monte y un fular anodino al cuello. El aro de la nariz y el de la ceja, que podrían haber provocado alguna mirada indiscreta, habían quedado en la furgoneta.

Las pantallas luminosas cimbreaban como toldos en día de tormenta. Los

identificadores de los trenes sacudían durante un instante los paneles y enseguida se retiraban para dejar paso a los siguientes, y estos a otros nuevos. Se detuvo ante uno de ellos y fingió consultar el número de su andén. Luego, se inclinó hacia delante y comprobó el estado del bebé. Ajeno a los rumores que le rodeaban, dormía plácidamente. Hubiera preferido mantenerlo al margen, que se quedara en la furgoneta, pero Joseba había logrado convencerla de que se lo llevara. «No hay mejor camuflaje que un bebé, Nekane, nadie considera peligrosa a una madre. Las madres son madres y punto... Cinco minutos, cinco míseros minutos. El pequeño no se moverá».

Finalmente, giró sobre sí hasta dar con el buzón: lo localizó junto a una de las garitas de información y venta de billetes, aún cerrada. Se dirigió hacia él, mientras se repetía que nadie incurre en un delito por echar una carta al correo. Estaba en lo cierto, pero sólo en parte. Si bien se trataba de un sobre de un modelo corriente, y de un mensaje de apenas quince líneas, no era una misiva cualquiera. Tenía a la presidencia del Gobierno español como destinatario. Cuando se recibiera, y en la Moncloa se fijaran en el emblema, inequívoco, y en el contenido del mensaje, se prendería la mecha de un mecanismo que no se detendría hasta que el traidor, fuera quien fuese, pagara por su crimen.

En cuanto la carta fuera engullida por la boca del buzón, se iniciaría la cuenta atrás. Luego, llegarían días de acción y engaño, días de miedo y sangre que les servirían la venganza en bandeja de plata. El día D esperaba a la vuelta de la esquina. Podía sentirlo, casi podía olerlo... pero tenía que depositar la maldita carta en el buzón, y cuando lo hiciera el bienestar de su hijo estaría en el aire.

Nunca se había enfrentado a una situación similar, y, por descontado, sus manos jamás se habían teñido de sangre. Ese líquido le repugnaba. Se mareaba incluso cuando alguien padecía una hemorragia nasal; hasta las menstruaciones la incomodaban. Desde que comenzaron a planear la operación, se despertaba en plena noche imaginando el cuerpo de su enemigo en el suelo, a modo de trapo viejo e inútil, con un agujero oscuro en medio de la frente y el líquido rojo resbalando lentamente por la cara, desde el centro hacia los lados, como rayas de cebrá. Su hijo también aparecía, invariablemente, gateando al lado del cadáver.

Sí, tenía el corazón dividido. Durante aquellas semanas, su hermano le había hablado del odio que sentía y de la conveniencia de la venganza, absolutamente necesaria para vivir en paz. Ella le comprendía y sobre todo le quería, aunque no compartía la radicalidad de sus planteamientos. Sin embargo, poco a poco, día a día, conversación a conversación, siempre en susurros, siempre en euskera, había terminado por inocularle su odio. Él había sido un maestro paciente y ella una buena alumna. En aquel momento, se sentía Gortari, aunque débil.

Al llegar cerca del punto de entrega, abrió el bolso. Iba provista de guantes; aun así sacó el sobre sujetándolo por una esquina, como si estuviera plagado de virus contagiosos. Iba a recorrer el trozo restante cuando el plan saltó por los aires.

Todo acaeció muy deprisa. Casi no se dio cuenta... Media docena de jóvenes dormitaban en el suelo apoyados en las paredes del buzón. Sin duda, eran extranjeros; sin duda, ricos. Como si de un parapeto se tratara, sus enormes mochilas negras, todas iguales, todas perfectas, habían tomado el suelo de terrazo marrón. Se apilaban con despreocupación, apoyadas unas sobre otras, formando un semicírculo. Sobre ellas, destacaba una cámara de fotos en su funda. Anne, amante de la fotografía, se fijó en ella. A tenor de la marca, Pentax, y del tamaño de los objetivos, era de elevado precio. Su dueño, profundamente dormido, la sujetaba por la correa con la mano izquierda.

Aún estaba sopesando cómo pasar entre ellos para depositar la carta cuando apareció la niña. Surgió de la nada. Era bastante pequeña. Por la estatura, no superaría los cinco o seis años. Llevaba la cara tiznada y el cabello, medio rubio, sucio y enredado. Procedía del extremo opuesto y caminaba en línea recta hacia las mochilas. El trayecto era muy breve y lo recorrió decidida, como si se dirigiera al encuentro de algún familiar. Cuando se cruzó con Anne, le lanzó una mirada de sorpresa. Sus pupilas, profundamente negras, brillaron durante un instante. La olvidó de inmediato y llegó al bosque de mochilas, donde pareció tropezar. Cayó sobre una de las bolsas, justo al lado de la cámara, y empezó a sollozar con grandes aspavientos. Sus lamentos despertaron a los turistas, que se apresuraron a socorrerla. Cometieron el error de perder por un instante de vista sus propiedades. Dos jóvenes adolescentes, ambas vestidas con largas faldas y múltiples refajos, salidas de no se sabía dónde, se abalanzaron sobre la niña y la levantaron mientras soltaban insultos a los turistas, que se disculpaban en un francés medio inventado. Anne volvió los ojos hacia la cámara: había desaparecido como por ensalmo.

Anne no dudó. Empujó la silla del bebé y avanzó: era un momento perfecto para depositar la carta en el buzón. Pero lo que ocurrió a continuación la detuvo: dos hombres, con aspecto de ejecutivos cansados, y dos mujeres, con uniformes de limpieza, se arrojaron sobre las dos jóvenes y sobre la niña. A todos, de pronto, les había nacido una placa en el pecho. La pequeña se resistió de lo lindo. El cuarto de los hombres recibió un puntapié en la rabadilla y un mordisco en el brazo, que no lograron su propósito.

Unos minutos después, la cámara, dos móviles, una cartera y una tableta retornaron a sus legítimos dueños, tan fascinados por la destreza de las pequeñas rateras como por la profesionalidad de la policía francesa. Una anécdota más de la que presumir a su regreso, convenientemente adornada.

Ver a los policías en acción produjo en Anne una terrible conmoción. Se quedó varada, petrificada. El reloj avanzaba tozudo pero ella continuó inmóvil; los ojos abatidos, los hombros fruncidos, el estómago encogido y unas inmensas ganas de vomitar. Su móvil vibró por enésima vez; de nuevo, lo ignoró. Lo último que necesitaba en aquel momento era escuchar la voz chillona de su hermano urgiéndola. No. No iba a contestar. Necesitaba paz para calibrar la magnitud de la catástrofe y

decidir si abortar o continuar con la misión.

Cuatro minutos para las diez.

Movía rítmicamente el carrito, aunque el pequeño dormía. La costumbre. De recién nacido, no lograban que conciliara el sueño si no se le mecía. Ella e Iñaki lo hacían por turnos, durante horas. Con el paso de las semanas, el problema cesó, no así el hábito. Si sujetaba un carrito de bebé, de modo inconsciente lo mecía. En aquel momento, sin embargo, lo hacía de manera cansina, como si su peso fuera imposible para sus débiles fuerzas. En realidad, lo que sentía era la áspera y violenta caricia del pánico. Respiraba entrecortadamente, con grandes bocanadas, como si el aire de la estación estuviera tasado y tuviera miedo de ahogarse.

Lo que más le fastidiaba era que todo se estaba desarrollando según el plan. El problema no era el plan. El problema era ella, que no estaba a la altura. Lo había sabido al ver actuar a la pasma. Estaban por todas partes. No estaba a la altura. E Iñaki tampoco.

«¡Mierda, no estamos preparados! ¡Mierda, mierda, mierda!», repitió para sí.

«¡De acuerdo, Anne, no tenemos experiencia, pero tenemos huevos! Hay veces que un par de huevos suplen cualquier entrenamiento», había sentenciado Joseba convencido, cuando se lo había comentado. Y ella, que no lo estaba, se había limitado a sonreír a su hermano y a dejarlo correr. Pero había llegado el momento. Y ella sentía que entre los tres no reunían el suficiente valor para llevar adelante la misión. Misión. Joseba lo llamaba siempre así. Ella no sabía cómo llamarlo. Porque el chavalillo lo había cambiado todo. Ahora era una madre. Y una mujer casada. Y el pasado le importaba menos que el futuro. Quería vivir feliz, prosperar... Naturalmente, deseaba vengar a su hermano. Pero el bebé..., el bebé había variado su escala de prioridades. Aunque, claro, ella siempre sería una Gortari. Y su hijo también.

Un Gortari importante, por fin.

De pronto, alguien tocó su hombro. Se dio la vuelta asustada.

—Esa carta, ¿es para enviar? Lo digo porque voy a proceder a retirar la saca del día. Y al verte con ella en la mano y con el sello de urgente... —escuchó en francés.

Durante una fracción de segundo, por entre las gafas oscuras que ocultaban sus ojos, a Anne se le escapó el miedo. Tragó saliva. Se fijó en su interlocutor. Iba de uniforme. Le pareció muy joven. Tenía cara de pastel de nata, ancha, blanca, suave. El color castaño del cabello parecía una cobertura de yema tostada. Repitió la pregunta. Fue entonces cuando Anne reparó en que, en efecto, seguía con la carta en la mano. Se relajó y se la entregó. Logró pronunciar un *merci*.

A las diez y dos minutos abandonó la estación.

Ya en el exterior, aceptó la llamada.

—¿Por qué no coges el móvil? ¡Llevo una hora llamándote! —protestó el hombre.

—Hecho —respondió.



Le siguió un aullido de triunfo.

—¡Bien! ¡Ya no hay marcha atrás, Anne! ¡Nos vengaremos de esos cabrones!

Su voz denotaba convencimiento. Y odio, un odio oscuro y denso. La mujer se soltó la coleta y volvió a recogerse el pelo mientras su interlocutor continuaba.

—Tuercas ya está en el pueblo. Nos espera en la casa. Date prisa.

—No me gusta que le llames Tuercas. Tiene nombre: se llama Iñaki.

—Como quieras, pero no tardes. Estoy en el aparcamiento. Tenemos que recorrer cuatrocientos kilómetros.

Joseba no descendió de la furgoneta azul, de cristales tintados. Fue ella la que colocó al pequeño en su silla, dobló el carrito y lo introdujo en el capó. Y no sin dificultad. El fuerte viento había arrastrado por dos veces el cochecito vacío. Cuando concluyó, se subió al asiento delantero. Le temblaba todo el cuerpo.

Región de Lyon Ródano-Alpes, Francia. 3 de diciembre

El día pintaba gris. Amenazaba lluvia, pero sin duda lo peor era el viento, frío y severo. Por momentos, soplaba huracanado y resultaba difícil avanzar en línea recta. A Iñaki, una de las rachas le había pillado desprevenido. Había perdido el equilibrio y chocado contra el lateral de uno de los vehículos aparcados en batería. Había adelgazado, pero seguía teniendo un buen flotador alrededor de la cintura; aun así, al clavarse el espejo retrovisor en las costillas se hizo daño. Le molestaba: le saldría un buen moretón. Sin embargo, la descarga de adrenalina era lo suficientemente fuerte para compensar el dolor. Recordaba aquella sensación de sus épocas oscuras. Pero ya no era agradable.

Misión: así lo llamaba el pesado de su cuñado. A él, ese término le ponía nervioso. El mismo Joseba le ponía nervioso. Todo lo que rodeaba aquel asunto le ponía nervioso. De joven, como todos los de su barrio, había hecho alguna cosilla para la Organización: entregar un paquete, seguir a alguien, recabar información discretamente, avivar una manifestación... Nada serio. De hecho, nunca había recibido entrenamiento alguno. Sabía preparar un cóctel, pero no una bomba casera, y se consideraba incapaz de resistir el interrogatorio de un policía experto. Bueno, ni siquiera el de un madero aficionado. Estaba seguro de que se desmoronaría a la primera, si se daba el caso. Tragó saliva e intentó dejar de pensar en ello. Se ocuparía del tema si llegaba y cuando llegara. De momento, tenía que robar un coche. Y eso no era ningún problema para él. Conocía casi todos sus secretos, incluso la forma de robarlos. Además, se trataba de un Citroën, no de un Porsche. En aquella fatídica ocasión, se impuso a sí mismo no hacerlo nunca más, pero no tenía opción: debía romper su promesa.

Al pensar en ello, instintivamente la mano se le fue a la cabeza, al lugar donde sus largas rastas habían tenido asiento. Tras perderlas, buscó una peluquería y se rapó. Fue su forma de protestar; una manera estúpida, sin duda. Sin pelo sobre la cara, la mancha del ojo resultaba más evidente. Parecía una pancarta de las que había dibujado de crío. Pero ya no pedía a la policía que se fuera, sino a los Gortari que salieran de su vida y le dejaran en paz. No quería secuestrar a nadie, ni matar a nadie. No quería verse involucrado en nada que tuviera que ver con la Organización. No quería estar casado, ni tener que ver con esos malditos genes Gortari. Con su protesta, sólo consiguió estar lo más feo posible en una boda que no quería celebrar. Anne se había comprado un vestido y un sujetador con relleno. Estaba espantosa con las piernas flacas y nervudas al aire y ese apósito de goma en el pecho. Él se negó a comprarse ropa nueva. Vistió sus viejos vaqueros y su zamarra de siempre, pero exigió que su madre acudiera como madrina. Joseba le permitió usar el móvil para

llamarla y luego lo recuperó, lo suficientemente rápido para que no pudiera memorizar el número. Pero no pudo evitar que le escribiera una larga carta en un descanso, durante el trabajo. Se la entregó el día de la boda, tras la ceremonia civil, introduciéndosela en el escote durante uno de los abrazos.

A partir de ese momento, todas las pelotas estaban en su tejado. Era una mujer valiente y con arrestos. Aunque contaba con pocos medios, confiaba en ella. Carecer de recursos no es óbice para una madre brava. Además, ya le había sacado de otras. Recordaba aquella última vez, ¿cómo no iba a recordarlo? Operación Le Mans. Desde entonces, cada vez que veía un Ferrari pensaba en ella. No quería que volviera a ocurrir. Lo que desafortunadamente Iñaki desconocía era que, la noche previa a su viaje, su madre había recibido una visita inesperada. Joseba Gortari había acudido a su casa para explicarle qué les ocurría a quienes no respetaban las reglas.

Eran las siete menos cuarto de la mañana. Según el calendario que había consultado, en esa zona no amanecía hasta las siete y nueve minutos, pero el horizonte ya empezaba a amarillear. Eso le facilitaba la tarea, pero, al mismo tiempo, le exponía a ser visto. Debía darse prisa. Había dado bastantes vueltas por la zona y finalmente había localizado lo que buscaba. En el aparcamiento abierto en la trasera de la catedral, había localizado dos vehículos fáciles de abordar que correspondían a los de la lista de matrículas encontradas en el bidón enterrado en Zegama. El Megane era de color negro, mucho más frecuente y discreto, pero Joseba había optado por un Citroën ZX verde del año 1995. Se lo comentó, pero este le recordó quién daba las órdenes, y no protestó más. Su cuñado le provocaba escalofríos. Pese a que le sacaba veinte kilos, estaba seguro de que se lo zamparía sin pestañear y de un solo bocado en cuanto no sirviera a sus propósitos. En una ocasión, había visto pasar a un gato callejero con una pieza en la boca. La caza era reciente porque la delgada cola blancuzca que asomaba por entre sus dientes aún cimbrecaba. Cuando miraba a su cuñado, siempre recordaba aquella escena.

Siguió avanzando hacia el Citroën. Estaba en una esquina del aparcamiento, un lugar mucho más visible. Pero a aquellas horas intempestivas, y con el viento que corría, no había nadie por la zona. Esperaba que ningún madrugador le sorprendiera; aun así, se aproximó zigzagueando, dando tumbos como si hubiera pillado una buena cogorza. La verdad era que había bebido un poco. Más que nada, para sacudirse los nervios, pero también como estrategia. Estaba en Francia, siendo español, e iba a robar un coche. Si todo salía mal y le pillaban, olería a coñac. Y podría decir que no sabía lo que hacía.

Llegó hasta su destino. Se aproximó al coche y se apoyó en él con las manos a la espalda. Se llevó una grata sorpresa: estaba abierto. Se coló dentro...

«¡La leche!», exclamó. Hubiera dado saltos de alegría de haber estado en un lugar abierto. ¡Las llaves estaban en el contacto! «Estos franceses están locos», masculló.

Arrancó y salió del pueblo, en dirección a la casa que habían alquilado, distante apenas veinte minutos conduciendo a la velocidad indicada por las ordenanzas. Allí le

esperaban Joseba, su mujer y el pequeño. Antes, se detuvo en el bosque y recogió la bicicleta con la que se había acercado al pueblo.

Al introducirla en el maletero, el anillo de casado brilló en su dedo. Soltó un par de palabrotas. No le había hecho ninguna gracia casarse, pero a quien maldijo fue a su puñetero cuñado. «Si hay una posibilidad de que Anne se quede viuda, mejor que sea una viuda legal», le había dicho. El muy cabrón.

Dejó de pensar en ello y se concentró en la puñetera «misión».

Cuando escuchó a su cuñado detallar la procedencia del objetivo seleccionado, pensó que se había vuelto loco. Efectuar un secuestro en territorio francés era en sí una idea descabellada, pero arriesgarse a secuestrar a un inspector al servicio de la Interpol denotaba una completa chifladura. De poder elegir, siempre es preferible no salirse de las fronteras, delinquir en tu país, optar por alguien nacional e insignificante. Alguien español, pequeño, de alguna aldea de la zona de Vitoria o Navarra.

Estaba pensando en ello cuando el nombre le llegó a los oídos. Fue cuando la sangre se le heló en las venas. ¡Iturri, por todos los demonios, no podía ser!

Joseba había estado una semana en Lyon, siguiendo al inspector, analizando sus costumbres y tratando de localizar sus puntos débiles. Al parecer, el tío tenía tablas. Era precavido y cuidadoso. Casi no mantenía rutinas, ni dejaba ver sus flancos. Sin embargo, la suerte le sonrió y terminó por descubrir dónde le apretaba el zapato: fumaba en pipa. Averiguó dónde estaba el establecimiento al que acudía a comprar el tabaco, siempre los jueves. Estaba en el bote.

Si aquel dichoso viento no terminaba por transformarse en un huracán y lo fastidiaba todo, un día después, aquel coche verde se merendaría al inspector, como un lagarto a una mosca de mierda. Y entonces él estaría jodido para siempre.

### III

## LA PRESA

Lyon, Francia. Tarde del 4 de diciembre

Como la mayoría de sus colegas, agentes al servicio de la Interpol, Juan Iturri poseía múltiples nombres. Algunos le conocían como «el Verde»; otros como «Merlín». Para la mayoría era simplemente García. Ese era el apodo que más le gustaba. Le halagaba. Pasar por un tipo corriente, insignificante, deliberadamente anodino, es todo un arte, en el que, con el tiempo, se sabía rozando el virtuosismo. A los ojos del mundo, casi había logrado parecer un ordinario emigrante español, otro espécimen sin mística ni ritos; un García, en el mejor de los sentidos.

Vestía mate, calzaba corbata de lana y un minúsculo apartamento de un decoroso barrio de clase media le servía de nido. A todas luces, su vida reflejaba la grisura propia de un aspirante a francés: nada estridente, nada demasiado venturoso ni especialmente dinámico. Nada blanco, nada negro y, por descontado, nada rojo. Por mantener las formas, amén de por otras razones obvias, de vez en cuando, salía con alguna mujer (en raras ocasiones dos veces con la misma; jamás tres), compartía una jarra de cerveza con algún conocido y celebraba en la taberna los goles del Barça o del Olympique. Como cualquier ciudadano, en pulcro mimetismo, cada noche sacaba la basura, separada en tres bolsas distintas, y cada mañana bajaba a la *boulangerie* dispuesto a adquirir su pequeña *baguette*.

En suma, no era sino otro inmigrante corriente. De hecho, lo único que le diferenciaba de sus homólogos García era que, como un prestidigitador, en un mísero instante podía desvanecerse sin que nadie se diera cuenta... o casi.

Los colegas más jóvenes de la oficina le habían bautizado con el apodo de «el Pipas». Cuando oía ese sobrenombre, la sangre le hervía en las venas. No era que lo empleasen sin respeto o con un punto de insolencia: con el tiempo se había labrado una intachable reputación en la lucha antiterrorista. Era la mordida del orgullo lo que sentía. Fumaba en pipa, y no podía ni quería dejarlo, aspecto que provocaba un roto no pequeño en su cuidado disfraz. Si sus jóvenes discípulos habían sido capaces de captar esa peculiaridad, en el bando de los diabólicos extremistas, cualquiera podía hacerlo también. Y, sin embargo, no podía evitarlo: era un fumador empedernido. Fumar no era para él una afición, ni una manía, ni siquiera un hábito: era una tórrida y ciega pasión. Llevaba amarrado a la nicotina desde los doce años. La necesitaba como el diabético la insulina o el mafioso el poder. Tras un primer romance con los cigarrillos sin filtro y alguna corta aventura con los puros, terminó por prendarse de la pipa. Y le seguía siendo fiel.

Con el paso del tiempo, el ya de por sí pequeño club de las cachimbas se iba reduciendo a pasos agigantados, de modo que cada vez resultaba más complicado hacerse con tabaco fresco. Además, Iturri no se conformaba con cualquier marca.

Salvo emergencias (cuando no tenía tabaco era capaz de quemar casi cualquier cosa), fumaba St. Bruno Ready Rubbed, una mezcla de Virginia y Kentucky, de sugestivo aroma y quema lenta y fresca. No era una marca exclusiva, ni especialmente cara, pero procediendo del extranjero, resultaba aún más difícil de localizar. Por eso, cuando dio con el pequeño y coqueto establecimiento de la afectuosa *madame* Blanchard, su felicidad se tornó completa.

El local, situado en la calle Émile Zola, en el corazón del viejo Lyon, le pillaba a trasmano y le obligaba a atravesar la ciudad de punta a punta; sin embargo, recibía género fresco todos los jueves a mediodía. Pese a que no ignoraba el riesgo que rutinas y repeticiones provocan en la vida de un agente, acudía invariable ese día, al caer la tarde, al establecimiento. Su relación con *madame* Blanchard era tan estrecha que, de faltar a la cita, avisaba a la dama con antelación, porque ella, fiel a sus clientes, no cerraba hasta que retirara su paquete.

—*Bonjour, monsieur* García. —Nunca le había confesado su verdadero nombre, aunque no había podido sustraerse a su acento—. Aquí tiene su tabaco; fresquísimo, como siempre.

—No esperaba menos de usted, querida señora. Está verdaderamente guapa hoy. ¿Cuándo va a acceder a cenar conmigo?

—¡Ah, cómo es! ¿Qué diría *monsieur* Blanchard si le oyera?

Tomar el metro hasta el centro, coquetear inocentemente con la adorable mujer, recoger el tabaco y luego quedarse a cenar en alguno de los *bouchons* de los alrededores: esa era su rutina del jueves. De todos los jueves de todas las semanas de todos los meses.

Sabía que era una debilidad, pero nunca pensó que habría de costarle tan cara. Lo desconocía cuando salió de casa aquella mañana, temprano, pero aquel iba a ser su último jueves de García.

La ciudad se había levantado en estado de alerta. El frío era el de la estación; el viento, no. Abrió los noticiarios. Inusitado, incluso para la ventosa Lyon, la fuerza de la ciclogénesis explosiva removió árboles centenarios, retorció persianas, volcó contenedores, dobló señales de tráfico y asoló sin piedad el jardín botánico, una de las glorias de la ciudad, desgracia que los versados no dudaron en calificar de irreparable. Bandadas de hojas muertas, campando a sus anchas, vaciaron las calles con la eficacia de un toque de queda. Algunos colegios cancelaron sus clases, la orquesta sinfónica suspendió el concierto previsto y muchos organismos públicos colocaron el cartel de cerrado hasta nuevo aviso. Los sufridos comerciantes de la zona centro, que ordeñaban en los primeros días de diciembre más de la mitad del espíritu navideño, hubieron de rendirse a la evidencia: Santa Claus tendría que esperar.

Juan Iturri no prestó atención a ninguno de los avisos, tozudamente difundidos por las autoridades locales. Como siempre, fue a trabajar. No iba a dejar que una colección de timoratos burócratas decidiese su destino. Tenía previsto peinar una lista

de nombres de sospechosos yihadistas franceses, que habían renovado recientemente pasaporte y se disponían a salir hacia Irak. El trabajo no podía esperar.

El autobús se retrasó más de media hora y en el tramo posterior, que hacía caminando, empleó cerca del doble del tiempo previsto. Pero eso no le hizo desistir. Cuando llegó, el edificio estaba cerrado y la garita del portero de guardia vacía, pero tenía las claves de acceso; no era excepcional verle entrar a altas horas de la madrugada. Y, como era jueves, cuando terminó de pulir su informe y lo envió por *email* a sus superiores, se apresuró a acercarse a la calle Émile Zola. Antes, eso sí, armado de paciencia, telefoneó a *madame* Blanchard, que obviamente no tenía intención de salir a la calle con una ciclogénesis suelta, y que alegaba que ese día no había recibido paquete alguno. Empleó un buen rato en convencerla. Tras esa larga y amable conversación, en la que los años de fiel feligrés salieron a colación, logró que abriese para él. Estaba sin tabaco: podía arreglarse con cualquier marca, pero necesitaba provisiones hasta que escampara. La mujer, que iba cumpliendo años, terminó por acceder con la condición de que *monsieur* García la recogiese en el portal de su casa, colindante con la tienda, y luego la acompañase de vuelta. No quería romperse otra vez la cadera.

Juan Iturri aceptó la propuesta de buena gana. Por su tabaco, hasta le habría llevado en brazos a *Giorgo*, el grueso felino de angora que le hacía las delicias. Además, ¡por todos los santos!, no era un huracán, ni un ciclón: sólo un ventarrón con malas pulgas y nombre pomposo.

A diferencia de su estanquera, el inspector sentía fascinación por el viento, especialmente cuando se mostraba rabioso. Lejos de verlo como un mal presagio, por alguna extraña razón, notar su avieso aliento en el rostro le producía un placer casi romántico. Las ráfagas le olían a destino, a soledad compartida. El temblor de las plantas, el eco de las ramas, el vuelo de las hojas le hacían retornar a su niñez: evocaba la sutileza de los perfumes de su tierra navarra, recordaba a su madre, extrañaba a sus amigos... y añoraba a su querida Lola MacHor. La única mujer a la que había amado. Y la única a la que nunca tendría entre sus brazos.

Y, no obstante, aquel jueves esas ráfagas entonaban estrofas oscuras. Sí, le rondaba un mal presentimiento. Cuando salió de casa tras el desayuno, con la bufanda bien anudada al cuello, se detuvo, se volvió y levantó la vista. Y al contemplar el balcón de su apartamento alquilado hubo de sujetarse el corazón, que se le escapaba. Porque en ese instante tuvo la íntima convicción de que no regresaría. No podría explicar lo que ocurrió pero supo con esa certeza que superaba toda duda que, tomara una dirección u otra, fuera a derecha o a izquierda, al norte o al sur, al final le esperaba un agujero negro.

Intentó pensar en otra cosa. Luego, intentó dejar de pensar. Lo logró metiendo la cabeza en el trabajo, pero cuando tomó el metro para ir a la estación de Vieux Lyon en busca de su tabaco, la vaga sensación de peligro inminente con la que se había levantado se hizo firme a su lado.



Se sentó en el vagón, en el sitio de siempre, al fondo, junto a la ventana, y respiró hondo. Tiritaba. Y no por el frío. Temblaba porque olía a rata; era un olor tan nítido como el del gas y tan denso que se gritó a sí mismo que debía excusarse con *madame* Blanchard, dar marcha atrás y perderse en la nada para siempre. Pero no lo hizo. Había una razón de peso: necesitaba el tabaco. Y otra aún más evidente: según los datos que obraban en su poder, sus temores eran infundados.

Había convivido dos largas décadas con el terrorismo vasco; sabía bien de lo que las ratas eran capaces, pero tenía la certeza de que las circunstancias habían cambiado radicalmente. Con una tregua vigente, que parecía seria y definitiva, debería poder estar tranquilo. Debería poder ir a por su tabaco sin mirarse los zancajos. Debería, y, sin embargo, no era así. Su olfato los detectaba: tenía el convencimiento de que le estaban siguiendo.

Cerró los ojos y respiró hondo varias veces. Las imágenes se le agolpaban en la cabeza.

«Hay síntomas claros de que esta ocasión es la definitiva. El presidente ya ha dado pistas y realizado los gestos oportunos en la ONU. El siguiente paso lo darán ellos». Esa era la idea que le habían transmitido sus jefes y que llevaba en la cabeza cuando tomó el tren que le llevó a París y el taxi para ir al aeropuerto. Era un 2 de noviembre. Esa misma noche retomarían las negociaciones.

El vuelo de SAS aterrizó a las dos y media de la tarde. Llovía, estaba oscuro, ya noche cerrada, y las calles tenían una fina capa de nieve en las aceras. El coche que le esperaba le condujo hasta un hotel perdido en medio de un lago. Le habían dicho que el proceso sería corto, un par de días a lo sumo.

Le sorprendió el lugar. Solían emplear sitios discretos, pero aquel se hallaba completamente aislado. No había nada por los alrededores. Estaba acostumbrado a negociar. Compartir mantel no le preocupaba, pero hubiera preferido que, tras las reuniones, cada mochuelo volviera a su olivo. Allí no era posible: se los encontraba en la planta que les tenían reservada, pero también en el bufé del desayuno, y en el gimnasio, y en el bosque por donde salía a correr. No le preocupaba la seguridad, la policía del país estaba por todas partes; pero le agobiaba la sensación de enclaustramiento. Al final, las negociaciones se habían extendido seis largos días. Hubo malentendidos y suspicacias, idas y venidas, demasiados parones y acelerones, y al final fruto. Recordaba nítidamente el último paseo por el bosque y la contundente afirmación de su acompañante: «No atentaremos contra personas, viviendas, bienes, edificios o símbolos. No haremos extorsión. No adquiriremos armas ni organizaremos revueltas callejeras». ¿Qué había cambiado desde aquello, qué se había perdido? ¿Por qué? ¿Y por qué él?

No le encontraba el sentido.

Una vez en la estación, esperó a que los otros dos pasajeros abandonaran el vagón, y luego descendió él. Miró a derecha e izquierda, dio varias vueltas por entre los andenes desiertos, y finalmente dejó atrás la estación. Yerma, con el viento

aventando la hojarasca, al caer la tarde, la larga avenida presentaba un aspecto fantasmal. Al caminar, las hojas crujían como si pisara escarabajos muertos. El sonido le arrancó un nuevo escalofrío. Se subió los cuellos de la zamarra, se desabrochó la cremallera y protegió la cachimba con la tela. Necesitó tres intentos para que el humo le ciñera los pulmones. Luego, continuó su camino, sin perder detalle de lo que le rodeaba. Estaba entrenado para ello.

Con desagrado, notó que le temblaban las manos. Era un temblor imperceptible incluso para un ojo experto, pero no para él. Tenía miedo. Defensivamente, el miedo es un mecanismo útil, si se sabe controlarlo. En otro caso, se convierte en un estigma, en un barro pesado pegado a la piel. Cómo respondería en aquella situación era una incógnita, lo único que tenía por cierto era que estaba jodido: ellos estaban allí y él no quería tener miedo.

No pudo precisar dónde los avistó por primera vez. Rememorando los hechos, cree que fue durante el fin de semana, en el mercadillo de la Saône. Lo visitaba con cierta frecuencia, aunque nunca todas las semanas. Le gustaba levantarse temprano y acercarse hasta allí para comprar verduras y frutas, y de paso ver qué quesos llevaba *monsieur* Tourain. El quesero, un tipo enorme, bonachón, natural de Pau y enamorado de su artesana profesión, disfrutaba haciendo degustar su mercancía a todo el que se aproximaba a su puesto, que su mujer adornaba con unos impolutos paños de cuadros rojos y blancos. Sin embargo, el último domingo ocurrió algo extraño: aquel hombre pequeño y enjuto, con los ojos cubiertos por unas anticuadas gafas de sol tintadas de verde, al ver acercarse el enorme cuchillo que sujetaba una migaja de queso de cabra especiado, se azoró y, sin tocarlo siquiera, abandonó el puesto a la carrera. Fue un comportamiento tan inusual en el mercadillo de un día feriado que Iturri se fijó en su rostro: no lo había visto antes, pero resultaba evidente que no estaba allí para hacer sus compras semanales.

Más tarde, por dos veces, creyó ver el arete negro de su oreja en el barrio: una vez junto a la panadería; otra, frente al portal. Lo dejó correr. Era ya buen sabueso cuando trabajaba para la policía española. Con el tiempo, lejos de perder facultades, había ido mejorando. No fue el olfato lo que le falló: fue la cabeza. Fue la puta racionalidad la que le jugó esa mala pasada, porque era cierto que los datos que obraban en su poder decían simplemente que era imposible que las ratas hubieran vuelto.

Pero olía como nunca a cloaca...

Se detuvo ante el escaparate iluminado de una librería. Le gustaba leer, pero en aquel momento tenía la cabeza en otro sitio. Fingió mirar los títulos expuestos, aspiró por última vez el humo dulzón de la cachimba y golpeó despacio la cazoleta contra el muro de ladrillo de la derecha, a fin de desembarazarla de las hebras de tabaco rubio. Maldijo en voz alta, como si no lograra su propósito, y empezó a hurgarse en los bolsillos hasta dar con un retacador. Esos instantes le permitieron echar un nuevo vistazo a los coches aparcados en la acera de enfrente. Dos personas deambulaban en ese momento por la calle, luchando contra el viento. Cada uno a lo suyo. Cortés,

francés. Por lo demás, no percibió nada sospechoso. Aun así, continuó con la farsa: hizo como si buscara el tabaco y, en el proceso, guardó la pipa y extrajo el móvil de su funda, que llevaba colgada en el cinturón. Lo introdujo en la faltriquera de la zamarra, al alcance de los dedos. Bajó la vista, y conservando las manos en los bolsillos, continuó caminando. Definitivamente, hacía frío, un frío húmedo: la lluvia se percibía en el vendaval; el olor a rata en el aire.

Asió el móvil. Al acariciar la frialdad metálica de la carcasa, la imaginación le devolvió el tacto de su arma. La echaba de menos. Hacía tiempo que no iba armado: el traslado a la Interpol, una unidad de información, había modificado paulatinamente la esencia de su trabajo. Haciendo labores de despacho y con la pantalla del ordenador como herramienta fundamental, no lo necesitaba. Por otro lado, Lyon era una plaza tranquila... Sin embargo, en aquel momento se hubiera sentido mucho mejor empuñando una Glock. Siempre es preferible morir matando, en combate, y no como una oveja estúpida en manos de un matarife cruel.

Atravesó la pasarela del Palacio de Justicia dando tumbos, zarandeado por el viento. Debía girar a la derecha para tomar Quai des Célestins, pero la zanja abierta en la calzada le obligó a rodear la desvencijada acera. Allí fue donde sus sospechas se transformaron en certeza.

Hasta ese momento lo intuía. Entonces, lo vio.

La tarde era oscura además de fría. Pero la luz amarillenta de las farolas, encendidas desde hacía horas, y el gajo de luz que aún asomaba en el horizonte, le permitieron captar el golpe del guardabarros. No había duda. Era el viejo Citroën ZX verde que había visto aparcado frente a su casa; el mismo con el que se había cruzado aquella mañana, al salir hacia el trabajo.

Aguzó la vista. En la distancia, alcanzó a vislumbrar el interior del vehículo. Dos hombres ocupaban los asientos delanteros. Ambos fumaban. Se les notaba nerviosos. «Chupan las colillas como las tetas de sus putas camaradas. ¡Ellas sí huelen a rata!; un olor pestilente el de las ratas en celo, alcantarillas llenas de mierda. Sí, las hembras son las peores —pensó para sí—. Mejor que sean hombres».

En un *flash*, el apergaminado rostro de la dulce *madame* Blanchard le vino a la cabeza. Y mientras le pedía disculpas por hacerla esperar en balde, llegó a la conclusión de que ocurriría lo peor. Mas ¿qué era lo peor? Apenas un par de años antes, hubiera apostado por un tiro en la frente y otro, mal llamado de gracia, en la sien. Pero, con la tregua, todo había cambiado. Esa, y no otra, era la pregunta que le martilleaba el cerebro, porque, si no iban a matarle, ¿de qué podía servirles un inspector de la Interpol, reciclado para la lucha contra el terrorismo islámico?

En ese instante, el conductor del Citroën mamó de nuevo de su cigarrillo y Juan Iturri pudo vislumbrar los perfiles de su rostro. Era un buen fisonomista y creyó reconocer a uno de ellos, el más grueso. Permaneció inmóvil un instante, y lo confirmó. Sin duda, era su marca. Resultaba inconfundible. No lo podía creer.

«¿Salamandra? ¿Es él? ¡No es posible! Sí, sin duda lo es. Joder, ¿qué hace aquí?

¿Por qué me sigue? ¡Maldita rata, debí acabar contigo cuando tuve ocasión!», masculló.

Con la esperanza de que no le hubieran visto, giró hacia la izquierda pegado al muro y se encaminó hacia la zona más turística de la ciudad: allí, al menos, contaría con alguna oportunidad. Pero la suerte no tenía intención de comportarse. De entre la hilera de vehículos estacionados, surgió el Citroën verdoso del guardabarros abollado. Llevaba las luces apagadas y avanzaba muy despacio, casi planeando sobre la calle. Iturri echó a correr. Era un buen atleta, corredor aficionado. Media maratón. Estaba algo desentrenado pero desde luego podía recorrer una buena distancia sin despeinarse. Pero no se trataba de una carrera, sino de arañar tiempo al tiempo. Dobló la esquina hacia la izquierda. La plazuela vertía sobre una calle estrecha y corta, desierta. Sabía que se estaba poniendo a su merced, pero la maniobra le regalaría el tiempo que necesitaba. Se detuvo, sacó el móvil del bolsillo y se concentró en las teclas.

Redactó el corto mensaje y apretó la tecla de enviar. La cobertura era escasa en aquella zona. El teléfono renqueaba. Volvió a enviarlo. Repitió una tercera vez la operación.

Enviando...

El pitido metálico le avisó de que la operación había concluido con éxito cuando le dieron caza. El Citroën derrapó a sus pies. Sus dos ocupantes descendieron dejando el motor del vehículo en marcha. Lucían modales broncos y pistolas de nueve milímetros. En cuanto a él, iba desnudo. ¿A qué otra cosa podía asemejarse ir desarmado? No era capaz de decir si el miedo se le había filtrado a la cara, pero no pudo desprenderse de la sorpresa que le embargaba. Cuando le amordazaron y le metieron en el maletero, aún no daba crédito a lo que estaba sucediendo.

Por lo demás, su vista había resultado certera. Conocía al más grueso. Salvo porque se había rapado el pelo al cero y echado unos kilos de peso, Salamandra no había cambiado demasiado. Lo tenía a su derecha. Le contemplaba con la sonrisa miedosa que recordaba de antaño. El otro le resultaba desconocido, pero percibió enseguida la abierta arrogancia de su gesto. Él era quien llevaba la voz cantante. Se deshizo de las gafas oscuras. Estaba mejor con ellas puestas. Era un hombre de desagradable aspecto. Definitivamente, era el tipo del pendiente negro que había visto en el mercadillo. Su mirada era oscura pero confusa. Esto le hizo concluir que no las tenía todas consigo. Parecía alterado. «Mal asunto —reflexionó—. Siempre, en cualquier situación, incluida esta, es preferible un profesional».

No pudo pensar más. De un revés, el segundo tipo le arrancó el móvil de entre las manos. Era un hombre menudo, pero sus brazos eran fuertes y sus puños parecían entrenados. El aparato cayó al suelo sin remedio. Su asaltante se acercó y, muy despacio, como regodeándose, lo aplastó con la suela de sus botas de monte. El inspector Iturri era un enamorado de la tecnología. El suyo era un iPhone de última generación. Su raptor intentó en tres ocasiones, todas sin éxito, usar las botas para

destruirlo. Salamandra permanecía quieto, en un discreto segundo plano. Sólo se movió cuando su compañero pidió su ayuda. Unos segundos después, el móvil quedó destrozado en la acera.

La víctima no trató de defenderse, no hubiera servido de nada, pero en todo momento, incluso cuando sintió la presión de la culata en las cervicales, se mantuvo erguido. Tenía la boca seca y el corazón arrugado como la piel de *madame* Blanchard, pero no suplicó. Rogar por su vida era lo último que hubiera hecho en aquellas circunstancias. No se tenía por valiente, sólo por perro viejo. Sabía distinguir la paja del trigo y las ratas jóvenes de las viejas. Aquellas eran del todo inexpertas. Y con los novatos siempre resultaba contraproducente dejar entrever el miedo. Además, de querer matarle, ya lo habrían hecho.

—Tienes la fuerza de una niña —le espetó.

Los ojos del hombre adquirieron una textura pétreo, su mandíbula pareció alargarse hasta competir con su nariz. Se acercó a su víctima y le susurró al oído:

—Veo que conservas el buen humor, inspector. Me alegro. A ver cómo te ríes cuando expire el plazo y tenga que ejecutarte. A ver si entonces el valiente Iturri sigue con ganas de burlarse.

Un puñetazo selló su amenaza.

Iturri notaba el sabor de la sangre en el paladar y un intenso dolor en el ojo, cuando el gordo, a una orden de su compañero, le sujetó por la espalda.

—¡Salamandra, piensa bien lo que haces! En esta ocasión no te librarás —le soltó.

El hombre se apresuró a colocarle el trapo sobre la boca y la nariz. Se trataba de algún tipo de narcótico, que Iturri no supo identificar. No era cloroformo, porque conocía el olor. Debía de tratarse de alguna otra droga más suave. De pronto, le pesaron los hombros y las piernas se le doblaron. Entre los irreales vapores percibió que le ataban los pies y las manos y le pegaban un plástico en la boca; notó que le alzaban y luego, como un fardo, le dejaban caer dentro del maletero, frío y húmedo, del Citroën verde.

Pero entre nieblas escuchó una conversación que le devolvió la esperanza.

—¿Salamandra, por qué te ha llamado Salamandra? —preguntaba el tipo desconocido.

—¡Y yo qué sé, tío! Me habrá confundido con otro. Es la primera vez que lo veo —mintió.

—Es muy posible que tengas razón. No sabe quiénes somos... Y, pese a todo, lo de Salamandra me gusta. Es un apodo simpático. Me gusta...

Cerraron el maletero del vehículo con un golpe seco. A los ojos del inspector Iturri, la tarde fue perdiendo el color y se volvió ocre; luego, gris. Finalmente, se borró. Enseguida, el vehículo se puso en movimiento. Iturri trató de concentrarse. Sus capacidades se hallaban muy mermadas: aun así le pareció que cogían rumbo norte. Entonces, fue cuando se percató de que seguía vivo. Y de que desconocía el motivo

de su secuestro.

«¡Lola, por favor, lee el mensaje!», suplicó entre aquellos sueños espectrales.

«¡No lo entenderá!», replicó su mente atribulada.

De inmediato, la contradijo.

«Ella sí, ella lo entenderá. Y me buscará».

Antes de perder el conocimiento, se dio cuenta de que todavía era jueves. ¡Pobre *madame* Blanchard!

IV

LA BATIDA

Tribunal Supremo, Madrid. Tarde del 4 de diciembre

Las expectativas de la juez MacHor para aquella tarde de diciembre estaban a la altura de sus zapatos. Los había estrenado por la mañana y, aunque conseguían elevarla diez centímetros sobre el suelo, eran grises desde la punta hasta el tacón, y le estaban machacando el juanete. Quizá sería más preciso decir que sus perspectivas se hallaban a la altura de su toga, negra como el betún; o del tiempo atmosférico: en todos los telediarios avisaban de la aparición de un extraño fenómeno llamado ciclogénesis explosiva. Su ánimo cabizbajo no procedía de la perspectiva de pasarse una tarde más presidiendo la sala penal del Tribunal Supremo, como de un enrevesado caso con el que llevaban toda la semana.

Frente a ella se sentaban ocho hombres. Todos menos uno vestían trajes oscuros y corbatas de seda bajo sus togas. Todos eran abogados o fiscales. Todos menos el acusado. No hacía falta más que un vistazo para distinguir a este último. Era un tipo desagradable. Por descontado que de los malos malísimos no cabe esperar un comportamiento recatado, pero aquel tenía un aspecto completamente innoble. Vestía un traje de rayas blancas (teniendo en cuenta su anchura, más parecían rayas en un traje que un traje de rayas), zapatos de piel de cocodrilo con punta dorada, peinado de mohicano y tatuajes, sobre todo tatuajes. Le quedaba poco territorio virgen. Los dibujos se le escapaban desde la camisa hacia las manos, llegando a colonizar los dedos. Ocupaban el cuello y la nuca, y repoblaban la parte rapada de su cabeza.

Había nacido en Crimea, pero tenía pasaporte ruso. Según se había podido constatar, estaba en nómina de un empresario multimillonario residente en San Petersburgo, pero con casa en Marbella, lugar donde se había cometido el crimen. En otras palabras, era un excomandante del ejército de la Unión Soviética, a las órdenes de un mafioso sin escrúpulos. Un jurado popular lo había encontrado unánimemente culpable de asesinato, con todo tipo de agravantes, incluido el ensañamiento. Había quitado la vida a una joven de nacionalidad letona asestándole treinta y tres puñaladas. Antes de sacar la navaja, se había divertido un poco con ella, lo suficiente para que su novio recibiera el mensaje. Si quería seguir vivo, debía hacer lo que se le pedía. Como era obvio, el joven se había apresurado a vender la concesión que el mafioso deseaba comprar.

Si bien el delito había sido probado y el jurado lo había considerado criminalmente responsable del asesinato, sus caros abogados habían planteado un recurso negando la presencia de ensañamiento.

La sesión estaba siendo movida.

El fiscal, en pie, hacía uso de la palabra.

—Mire, letrado, si quiere usted escucharse, grabe un disco. Aquí debemos



atenernos a los hechos, y estos son nítidos, claros, transparentes...

La defensa contraatacó de inmediato.

—Señoría, diga lo que diga el Ministerio Fiscal, es obvio que a mi cliente no se le puede añadir circunstancia de ensañamiento alguna...

—El abogado defensor debería echar un vistazo a las pruebas periciales forenses. Con el informe de la autopsia basta. Si se tomase la molestia de leerlo con detenimiento... —Se detuvo un instante—. Rectifico: ni siquiera el detenimiento es necesario. Incluso si lo lee superficialmente, verá que allí se asegura que la víctima recibió puñaladas en cara, cuello, extremidades, estómago, torso y un largo etcétera hasta un total de treinta y tres. Tres de ellas afectaron a órganos vitales y fueron mortales por necesidad; no obstante, el acusado siguió acuchillándola con gran violencia una y otra vez. Es obvio que con la única intención de causarle mayor sufrimiento.

—La sala sabe que no negamos ese extremo. Mi cliente ha aceptado los hechos. Sin embargo, lo que aquí se dilucida es el ensañamiento, y en ese extremo hay que decir que el número no es importante. Que las veces que le hirió con arma blanca son elevadas no hay duda, pero lo hizo porque tenía la clara intención de acabar con su vida, nada más. La reiteración no implica necesariamente ensañamiento. No se puede colegir de un número que tuviera el propósito deliberado e inhumano de causarle un mayor dolor del que era necesario para matarla, que es como define nuestro Código Penal ensañamiento. Lo que nosotros concluimos, más bien, es que la mujer intentó repeler la agresión y se resistió, con lo que mi cliente debió incrementar la intensidad de su ataque. Los navajazos no mortales no se realizaron para elevar el dolor de la víctima. Mi cliente no podía saber cuáles de esas cuchilladas eran mortales y cuáles no. Pero sí quería asegurarse de cumplir con lo que había ido a hacer: acabar con su vida.

—Y lo hizo, sin duda. Pero su cliente eligió un método cruel de matar. Cuando fue detenido iba armado. Llevaba una pistola cargada. Si deseaba asegurarse de que su víctima moría, debería haberle pegado un tiro. En vez de eso, le propinó treinta y tres puñaladas... ¿Ha leído el informe de la autopsia? Los forenses hablan de «conducta depredadora». No puede inferirse otra cosa que ensañamiento. ¡Por todos los santos, le arrancó tres dientes! ¿Y qué me dice del mordisco en el lóbulo de la oreja derecha? Por cierto, que el trozo que falta no fue hallado en la escena del crimen. Incluso podría inferirse que se lo comió. ¿No es eso ensañamiento?

El joven abogado se quedó sin palabras. No había dado importancia a la presencia del arma. Ni siquiera sabía lo del lóbulo de la oreja. Miró a la presidencia. La juez MacHor le observaba seria y mayestática.

Entonces, un zumbido corto, que se repitió tres veces separadas por escasos instantes, la distrajo. Sin duda, eran mensajes. Procedían de su móvil, oculto bajo la espesura de la montaña de expedientes, desplegados sobre la historiada mesa de la sala. Como participaba en el juicio, lo había programado en modo silencio. Pese a ese

detalle, y al jaleo de la sala, la juez percibió el sonido con nitidez. De hecho, llamar a esa opción «silencio» resulta una absoluta exageración; digan lo que digan los fabricantes, los aparatos se hacen sentir. La alternativa mitiga el tono, sin duda; lo dulcifica, casi lo afemina, pero no lo anula, por no hablar de la vibración, que llegó a remover la carátula del expediente contiguo.

Exageración o no, ella lo oyó. Y no fue la única. Como si se tratara de un virus extremadamente contagioso, el eco provocó una curiosa reacción en la sala: de inmediato, todos y cada uno de los asistentes al juicio dejaron las discusiones y se arrojaron sobre sus aparatos, a fin de comprobar si sus pantallas habían parido algún mensaje nuevo. Lejos de imitar su gesto, la juez MacHor mantuvo la espalda recta y el gesto mayestático, como si nada estuviera ocurriendo. Miró furtivamente, eso sí, la zona de donde procedía el zumbo para comprobar el nombre que la pantalla vomitaba. Cubierto por el primer volumen del sumario, el móvil le devolvió de forma parcial la imagen del inspector Juan Iturri, con rostro grave y mirada esquiva.

Amagó una sonrisa. El inspector seguía siendo un tipo bien plantado. Sus cabellos, aún abundantes, se habían ido encaneciendo, pero en vez de estropear su *sex appeal* lo habían aumentado; sus ojos verdes, hoscos, inquietantes, continuaban atrapando sin remedio. Lola MacHor no alcanzó a saber del mensaje más que era escueto. Y que se repetía hasta tres veces. No supo bien por qué, pero aquellos sonidos le pusieron la carne de gallina. Le sonaron a gritos lejanos, agudos. Pensó, sin razón alguna, que habría de recordar ese sonido difuminado artificialmente durante mucho tiempo, y le entraron unas irrefrenables ganas de lanzarse sobre el teléfono y leer el contenido de la misiva. Pero reprimió su instinto. Presidía la sala, ese hecho provocó que se doblara a la solemnidad del rito y, ajustándose a las buenas formas, esperara al receso.

Una vez que las réplicas cesaron, los abogados y fiscales volvieron sobre sus pasos y se concentraron en el juicio. Ella no fue capaz. El corazón estaba empeñado en escapársele del pecho. No le sorprendió recibir noticias suyas. Iturri escribía de tarde en tarde; mensajes escuetos con excusas distintas: saludos, avisos, comentarios sobre casos que Lola juzgaba y de los que tenía noticia por los periódicos o conocía por su trabajo. También pasaba por Madrid una o dos veces al año. Tomaban un café, o almorzaban juntos, según la ocasión. A veces se sumaba Jaime, el marido de Lola, aunque ella prefería que no lo hiciera. No sabía bien por qué, o quizá lo sabía demasiado bien, resultaba incómodo para los tres.

No obstante, cuando aquella tarde oyó el triple zumbido y vio reflejada su imagen en la pantalla, palideció. Una punzada le sacudió el estómago y le hizo encogerse: un bofetón no le hubiera causado mayor efecto. El sonido se le antojó una ráfaga y, por un instante, la imagen de un arma vestida con silenciador se materializó ante sus ojos. Y, sin solución de continuidad, su mente dibujó al inspector Iturri suplicando su ayuda. No percibió ningún tipo de detalles, ni una situación concreta, pero sí vislumbró su angustia, una zozobra tan densa que se podía cortar. Aquel sonido no

era sino un grito de socorro. A pesar de que se conocían desde hacía años, sería el primero que oíría salir de la garganta del inspector Iturri.

Era el turno del fiscal, pero MacHor no le escuchaba. Seguía intentando atar cabos. El mensaje había entrado tres veces consecutivas, separadas por apenas medio segundo. Claro que podría tratarse de un único mensaje partido en tres, pero conociendo a Iturri esa hipótesis resultaba improbable. Mucho más verosímil era que Iturri tuviera el dedo en la tecla, y lo hubiera usado a modo de percutor, para asegurarse de que llegaba. Eso es lo que hace un policía cuando la amenaza se abalanza sobre él. En esos casos, nunca hay un solo disparo: nunca.

El reloj de la sala seguía soltando minutos. Era un aparato barroco de fabricación francesa, colocado al fondo, en la pared izquierda. Por momentos, Lola creyó que se había parado. Pero sólo era la propia flema del tiempo, la variable de la que ella carecía porque su móvil, ya inmóvil, seguía gesticulando, rogándole atención desde su escondite. De haber sido un perro, Lola habría corrido a olfatearlo. Sin embargo, vestía toga. Estaba debatiéndose en un mar de dudas cuando le asaltó la razón. «¡Dichosos genes irlandeses, siempre a la caza de conspiraciones! —pensó, y enseguida—: Pero ¿y si tengo razón? ¿Y si Iturri necesita mi ayuda?».

Sin pensarlo dos veces, echó mano del mazo de madera. La misma toga que le impedía alargar la mano y consultar el móvil le otorgaba la discrecionalidad para emplearlo. Como presidenta del tribunal tenía la facultad de ordenar un receso, y eso fue exactamente lo que hizo. De hecho, era lo más conveniente. Llevaban cuatro horas en la sala, y el clima que flotaba sobre el ambiente era desagradable, de tensión contenida. A todos les iría bien descansar un rato. Y, de paso, ventilar la sala. Pese a los trajes de dos mil euros, olía a tigre con colonia.

El abogado defensor que ejercía de primer espada hizo ademán de protestar, pero no se le dio pie. Era joven. Demasiado joven para el Tribunal Supremo. Demasiado para el boato del bufete al que representaba. Demasiado para aquel caso. Estaba allí por su apellido. Era el abogado Sonsata júnior. En realidad, júnior júnior, ya que el despacho lo había fundado su abuelo, un catedrático de Derecho Penal, cuando esa disciplina merecía tal nombre. Júnior Júnior se hallaba sumido en una nube algodonosa, a medio camino entre el orgullo y la felicidad. Su padre había sufrido un ictus la semana anterior, a consecuencia del cual había perdido el habla y visto mermadas algunas otras facultades, entre ellas, la de protestar. MacHor no conoció al abuelo Sonsata, de quien se decía era tan listo como sinuoso, pero al primer júnior lo conocía bien. Y daba por hecho que, de ser por él, su hijo Júnior Júnior, un mocoso resabiado y mal criado, jamás habría ocupado esa silla. Así parecía opinar también su cliente ruso, quien, aun sin comprender lo que pasaba, era lo bastante avisado para darse cuenta de que, profesionalmente hablando, aquel chaval repeinado tenía tomates tan grandes en los calcetines que le asomaban por los zancajos. Los colegas del abogado ocultaban su nerviosismo con los ojos bajos y expresiones mayestáticas. Su cliente ruso no lo hacía: salió de la sala rojo como un cangrejo cocido en vodka,

farfullando frases ininteligibles para los ciudadanos locales.

Con el móvil en la mano, la juez MacHor emprendió una rápida huida hacia su despacho. En cuanto llegara, marcaría el número de Iturri y saldría de dudas. Apretó el paso; aun así, le dieron caza.

—Hoy hay partido del Barça, Lola, y está en juego el paso a Champions —le susurró uno de sus colegas de la fiscalía. La estela de pesimismo de su voz anunciaba lo que todos conocían, que aquel día no llegarían pronto a casa.

—Muy cierto, Juanjo, pero ya sabes cómo son estas cosas —replicó, para de inmediato añadir, con una sonrisa en los labios—: ¡Si al menos jugaran contra el Athletic!

—¡Eso no vale!

—Ya sabes que los de Bilbao nacemos donde queremos. ¿A qué hora es el partido?

—A las nueve menos cuarto. Y ya ves que Júnior Júnior no tiene ni medio pase. Va de retirada...

Torció el gesto. Su juicio resultaba prematuro.

—¡Al menos el segundo tiempo, mujer!

—Lo intentaré, Juanjo: es todo lo que puedo prometer.

Lo bueno de esta profesión, pensó, es que no sólo dictas sentencias y acusaciones, también, aunque más rezagadas, siembras amistades, las riegas, y dan frutos tan carnosos como Juanjo, el muy querido Juanjo. Su mujer estaba enferma, cáncer de hígado; no tenían hijos. Ella era su vida, a la que se aferraba como el hombre que salta de un avión a su paracaídas. Siempre que le era posible, estaba a su lado. Días y noches. Nunca le había oído una protesta, aunque sí le había visto alguna lágrima.

—¿Cómo va Conchita?

—¡Oh, guapísima! Empieza a recuperar el pelo. Todavía parece un erizo, pero te aseguro que esto promete.

—Dale un abrazo fuerte.

—Lo haré, se alegrará de saber de ti. Por cierto, tienes mala cara. ¿Todo va bien?

En ese momento, se aferró al móvil.

—Todo bien, gracias. Es este maldito y eterno caso. Me recuperaré en cuanto acabe.

—Segundo tiempo, entonces, Lola...

—Segundo tiempo, Juanjo.

En medio del pasillo, unos metros antes de salvar la puerta de su despacho, no pudo aguantar más y consultó el mensaje. Se quedó atónita. Tenía el móvil en la mano, las gafas en el tabique de la nariz y todos los sentidos abiertos; sin embargo, por más vueltas que le daba, no lograba comprender su contenido. Entró. Ya en el interior y con la puerta cerrada, le devolvió la llamada.

«*This number...*».

El teléfono estaba apagado o sin cobertura.

—¡Mierda, Iturri, no me hagas esto!

Encendió la luz del flexo. La tarde había cedido terreno. La oscuridad y un viento impetuoso campaban a sus anchas. Sólo las farolas y las hojas pintaban las calles. Se notaba el mal tiempo. Y el partido: la Champions siempre vacía las calles. Volvió a marcar. Recibió la misma contestación.

Rebuscó en el cajón lateral de la mesa y extrajo su listín telefónico. Pasó páginas hasta dar con el número de las oficinas centrales de la Interpol, sitas en la ciudad de Lyon. Iturri trabajaba allí desde hacía varios años. Inicialmente, había colaborado en inteligencia en temas de pederastia; luego, terrorismo ibérico, para al final, tras declararse una tregua de apariencia indefinida, ser desviado a fanatismo islámico. Tenía su extensión y se conectó automáticamente. Lo único que obtuvo fue un aviso de «Deje su mensaje después de la señal». Aquello no tenía sentido alguno, pero fuera como fuese, no podía detenerse más. Tenía que regresar. Echó mano del bolso, sacó la barra oscura y el espejo y se pintó cuidadosamente los labios. Siempre lo hacía. No sabía por qué pero el gesto le hacía sentirse más fuerte.

Pasaban algunos minutos de las siete cuando entró en la sala. El grupo de los abogados defensores ya estaba allí. Las puñetas de la toga de Júnior Júnior eran tan exquisitas como el lustrado de sus zapatos o la seda de su corbata. Pero sudaba abundantemente. A Lola no le había pasado desapercibida su curiosa manera de separarse el flequillo de la cara. El gesto comenzaba con el brazo estirado y daba media vuelta a la cabeza. Notó que lo hacía a menudo y deprisa, a modo de tic. Le produjo una extraña sensación, la misma que escuchar sus palabras: había empleado el receso para profundizar en su estrategia.

—Como quedó señalado en el juicio, el día de autos, mi cliente tenía afectada la capacidad de conocimiento y voluntad, elementos básicos del juicio de imputabilidad. Como certificó su médico, un prestigioso especialista suizo, mi cliente tomaba una medicación muy fuerte. Desconocía que no debía mezclarla con alcohol. Ese fue el error que cometió. Ese y no otro. La combinación del fármaco y el *whisky* resultó explosiva y anuló en parte su capacidad de juicio. No sabe qué ocurrió. No recuerda nada...

El fiscal soltó una carcajada y se puso de pie. Lo hizo con una agilidad tan rauda que MacHor, que ya lo conocía, se dio cuenta de que, por fin, había llegado su momento. En esas circunstancias, la presencia de ensañamiento resulta imposible.

—Señoría, el abogado defensor nos está explicando que la medicación que ingería su cliente, en su interacción con el alcohol, produce efectos nocivos para la voluntad. Que la bloquea. Dice que lleva meses tomándola, por su problema de hipertrofia prostática. Las enfermedades no las buscamos, eso es cierto. He leído el prospecto del citado fármaco. Curiosamente, señala que en cerca del setenta por ciento de los hombres que recibieron este tratamiento apareció impotencia. ¿Es su cliente impotente? Lo digo porque supongo que, en el estado en que se encontraba y con ese problema de impotencia, necesitaría algo de ayuda para violar a la chica...

Me gustaría saber cómo logró que su semen apareciera en la vagina de la chica. ¿Se lo extrajo previamente con una jeringa?

—Señoría, protesto...

El ciudadano ruso recibía la traducción con unos segundos de retraso. Se hallaba sentado mientras su abogado elevaba su protesta. Pero cuando oyó que le llamaban impotente, se puso en pie de un salto y empezó a chillar, en su idioma, que retaba a cualquiera a demostrar su hombría. Nadie en la sala entendió sus palabras, pero los golpes en el pecho, una burda imitación de un orangután, y, sobre todo, la sujeción de los testículos con la mano derecha fueron suficientemente expresivos...

MacHor se colocó el auricular, al igual que el fiscal.

—¿Impotente yo? ¡Soy muy macho, cualquiera de las muchas mujeres con las que me he acostado lo puede certificar!

El fiscal entró a matar.

—No niego que en el pasado ocurriera así, pero ahora toma medicación. Si le preguntáramos a la chica muerta, ¿qué diría? ¿Que le pegó porque se sentía impotente? ¿Que no tenía voluntad ni fuerza para violarla y golpearla hasta matarla? ¿Que un hombre mermado sexualmente y debilitado por la enfermedad no es capaz de ensañarse? Ese problema de próstata...

Júnior Júnior se esforzó todo lo que pudo para evitar que respondiera, pero la mano derecha de su cliente, de nuevo rojo como un cangrejo, abandonó los testículos para propinarle un contundente puñetazo.

—¡Gritó como una puta, en todo momento! Y como ella todas las tías a las que me he tirado. Y para que lo sepa, a esa putita traidora no la penetré una vez, sino tres, para que no lo olvidara...

Lo sucedido a partir de entonces no merece ser narrado. Fue, simplemente, bochornoso. Ante el triste espectáculo de contemplar a los alguaciles acudir a la carrera en defensa del fiscal, que trataba de zafarse del ruso, que lo tenía sujeto por el cuello y amenazaba con estrangularlo y le gritaba que iba a sacarle las tripas, la juez decidió que el partido de fútbol era una buena opción para todos. Suspendió la vista hasta el día siguiente a las nueve. Antes de salir, percibió con nitidez el gesto de triunfo de Juanjo.

Maletero del Citroën ZX, proximidades de Lyon, Francia. Tarde del 4 de diciembre

El aire resultaba pesado y maloliente en el maletero. Hacía frío y había humedad. Le habían atado de pies y manos, y tapado la boca con cinta aislante. Estaba colocado de mala manera y era incapaz de moverse. Algo puntiagudo y metálico se le estaba clavando en las costillas. No podía abrir el ojo derecho, inflamado por el puñetazo recibido, y le sangraba la nariz. Sin embargo, no sentía dolor alguno. El monótono goteo de los kilómetros y lo que fuera que impregnara el pañuelo con que lo habían embozado habían logrado aislarle del entorno. Tenía la boca seca, pero se sentía ligero, extraño. Fuera de sí.

Le llegaba el rumor del tráfico y los silbidos del viento, aunque aparecían en segundo plano, como a contraluz. Lo mismo que el olor, de un perfil sugerente, como a colonia fuerte.

Sin saber cómo, una figura se materializó a su lado. Una mujer. Pese a tener la mente turbia, plagada de vapores grises, el inspector Iturri sabía que aquello no era posible. No podía estar ocurriendo. Sin embargo, parecía tan real como su arma, encerrada en la caja fuerte de su apartamento. De pronto, la mujer tomó la palabra y en su voz reconoció a aquella amante francesa de labios carnosos y tetas grandes. ¿Cómo decía llamarse? ¿Christine, Françoise? No lograba retener ese detalle. Recordaba, eso sí, sus largas y delgadas piernas, sus cabellos largos y rizados, su preferencia por el coñac y su agresividad en la cama. Y, naturalmente, que era una cría de rata: trabajaba para el enemigo en cuerpo y alma.

Se la conocía como «la Leona». Nunca fue ni remotamente una mujer; tampoco un hombre: les sobrepasaba con creces en fortaleza y crueldad. Simplemente era una secuaz, con sueldo de sangre; un brazo armado con un corazón negro como el betún de lustrar zapatos. Se le suponía, aunque no había llegado a probarse, la autoría de dos explosiones con coche bomba con resultado de doce víctimas, y dos asesinatos en persona, sus preferidos. Residía en Francia. Sólo cruzaba la frontera para hacer lo que más le gustaba. Estaba loca. Disfrutaba jugando con el arma mientras devoraba a sus amantes. Le habría pegado un tiro en la habitación, en ropa interior, si alguien así se lo hubiera ordenado. O quizá sin esperar la orden. Ciertamente, él tampoco hubiera dudado en hacerlo. Era un hombre endurecido por los años y los acontecimientos. Había visto demasiado. Había hecho demasiado, siempre desde la soledad y esa tristeza crónica que le embargaba. Así eran las cosas. Se utilizaban mutuamente, simples flujos de información entre fluidos, tanto que no lograba recordar su nombre, al menos el que había utilizado para presentarse. El único nombre de mujer que flotaba por sus sueños químicos era el de Lola MacHor.

—Bueno, ¿qué opinas, querido amigo?

—¿Qué quieres que te diga, Leona? Me ha parecido chapucero, la verdad. ¿Un trapo con anestésico, un par de puñetazos y al maletero? Os tenía por mejores planificadores.

Esperó la respuesta pero no la obtuvo.

—¿Qué? ¿No me contestas?

—Estás hablando solo, Iturri. Yo estoy en tu imaginación. Contesto cuando tú quieres y lo que tú quieres. Es lo que hacen estas drogas.

—Lo sé, pero ¡me cuesta tanto comprender lo que está ocurriendo!

—Pues es fácil: acaban de secuestrarte.

—Has dicho «acaban». ¿Acaso no estáis vosotros detrás?

—No es más que una forma de hablar, Iturri, pero, de un modo u otro, todos somos lo mismo. ¿Acaso lo dudas?

—Lo cierto es que no, pero sigo sin comprender a qué viene esto. ¿Por qué yo, por qué ahora? Carece de sentido.

Una sombra de miedo le envolvió. Se agitó antes de preguntar.

—Dime, Leona, ¿qué pasa con la tregua?

La mujer se encogió de hombros.

—En eso no puedo ayudarte. Tú no lo sabes y, por tanto, yo tampoco lo sé. Pero, por alguna razón que no alcanzo a explicar, eres una pieza valiosa para ese amigo tuyo.

—Te refieres a Salamandra...

—Si quieres llamarlo así...

Suspiró.

—Ese era su apodo cuando le conocí. Entonces, tenía el pelo distinto, largo... Dime, ¿Salamandra tiene mucho predicamento en la Organización? Su nombre nunca había aparecido en los papeles incautados. Y no da el perfil. No, en absoluto.

—¿Predicamento?: a favor y en contra a partes iguales, qué sé yo. Recuerda que sólo soy una sombra en tu imaginación.

—Una sombra maligna.

—Ciertamente. Aunque si fuera tú, no me preocuparía por ese Salamandra, sino por el otro tipo, el flaco. Se le escapa la maldad a borbotones.

—Sí, también me he dado cuenta.

Un bache hizo saltar al vehículo y removi6 el maletero. La presión sobre las costillas disminuy6. Estaba de suerte.

—Tío...

—Déjame. No existes. De no estar obnubilado, preferiría estar hablando con otra persona.

—Preferirías a esa tía, a la del mensaje. La que tienes en la cabeza, esa tal Lola...

—Sin duda.

—Sin embargo, ella acabará contigo. Sí, acabará contigo, Iturri —reiter6.

—Tiene unos ojos preciosos —replic6.



—¡Como si a ti te importaran sus ojos!

—¡Qué sabrás tú! Una mujer que jode por encargo no puede juzgar a otra.

—Tú también jodes por encargo, tío. Pero, claro, eres hombre. De todos modos, no es difícil juzgar. Sé lo que cualquier mujer sabe: que los hombres anhelan lo que no alcanzan. Pero debo decirte que eres un estúpido. ¿Por qué te metes en ese lío? Ella está colada por su marido, no tienes nada que hacer. Además, es jueza. ¡Deberías haberla olvidado hace años!

Iturri sabía que era su subconsciente el que hablaba, pero estaba en lo cierto. Si el tabaco de pipa era su primera debilidad, Lola MacHor era la segunda, y tampoco en este caso estaba especialmente orgulloso de ello. Porque, en efecto, Lola era su obsesión, su meta: la pieza que le faltaba; una curiosa relación.

—¡Qué sabrás tú! —dijo al fin.

—Nada, Iturri, nada. Yo no sé nada, ni siquiera existo. Pero vas para viejo. Ya no eres aquel vigoroso policía de provincias que te dejaba sentada de dos guantazos. Vas perdiendo la gracia. Ni siquiera llevas pistola. Pronto empezarás a echar barriga. Deberías buscarte una francesita pechugona, casarte y hacerle un par de críos..., bueno, si es que sales de esta... Y, para ser sincera, no lo estás haciendo demasiado bien. ¡Mira que remitirle a ella ese mensaje! ¡Ha sido como enviar señales de humo en un día de lluvia! MacHor no te ayudará: está ocupada con las cosas de Madrid. Es demasiado importante para preocuparse de alguien como tú. Siento decirte esto, pero me temo que con esa elección has firmado tu sentencia de muerte. Deberías haber escrito a algún madero de gatillo fácil... si es que hay alguno que no lo sea.

Las palabras cayeron sobre su ánimo como un alud de piedras.

«Demasiado importante para preocuparse de alguien como tú»...

Otra oleada de temblores. Lágrimas. Y finalmente una brisa fresca.

—No, Leona. Estás equivocada. Entre tanta gente importante, entre tantos casos y actos oficiales, entre tantas cuestiones familiares, ella sabrá captar mi angustia y acudir en mi ayuda. Lo hará, ella me buscará —insistió, aunque quería morderse la lengua—. Christine, Françoise o como demonios te llames, debes saber que MacHor es un buen sabueso, uno de los mejores que conozco. Calza tacones, pero está educada para la caza, la caza del hombre. Lo sé porque he hecho la guerra con ella.

—La guerra pero no el amor —le corrigió.

De nuevo, era cierto. Lo más cerca que había estado de verla desnuda había sido aquel día ya lejano en que disfrazada de camandulera le acompañó al tugurio de Málaga frecuentado por la población gay. Perseguían a un asesino empeñado en llenarse las manos de sangre eclesiástica. Lola vestía camiseta ceñida y pantalones de licra de dos tallas menos de lo que necesitaba. Se le pegaban al cuerpo como si fueran otra piel. Decir que tenía las piernas rechonchas y el culo generoso era, desde luego, quedarse corto. De aquella guisa, parecía una latina pelirroja buscando a su chulo. En un descuido, Iturri le acarició los pechos, pero estaba tan colgado que ni él mismo llegó a darse cuenta. Ella sí. Sin pensarlo dos veces, le dio con la puerta en las

narices.

No, Lola no era su mujer, ni siquiera su chica y quizá no lo fuera nunca, pero, de algún modo, era suya, una forma de propiedad aún no recogida por el Código Mercantil. Sabía que ella difícilmente se metería en su cama. Pero también sabía que moriría por él.

—Si alguien puede sacarme de este embrollo, esa es Lola MacHor.

—¡Y una mierda! Estás jodido, cabrón. Tan jodido como si yo hubiera puesto tu nombre en la lista.

—¡De modo que hay una lista!

—¡Pero mira que eres tonto, estás hablando solo! Que yo esté aquí no es más que uno de los efectos de estas drogas, producen alucinaciones.

—Lo sé, pero, si voy a morir, me gustaría comprender qué enfermedad va a llevarme a la tumba. Porque esa etapa se acabó. Se acabaron los tiros, las bombas, los secuestros... Si alguien se empeña en arrancarme la vida fuera de contexto, me gustaría saber por qué. ¿Se trata de algo personal? Lo digo por Salamandra. O por ese otro tipo.

—¡Ay, Iturri, mira que eres tonto! Estás hecho un sentimental. Con los años que llevas con el dedo en el gatillo, acostándote con tías como yo, sigues confiando en la gente. Gran error. Escúchame, porque esto es importante: convéncete; nadie te ayudará. Tu recuerdo desaparecerá por completo. En un par de días, todos te habrán olvidado porque, en realidad, no le importas a nadie. ¿Sabes qué te digo, Iturri? Que, definitivamente, estás jodido. Si yo estuviera en tu lugar, me pondría pronto a bien con Dios, si es que crees en él. No tardes, el tiempo avanza deprisa. Tic-tac, tic-tac...

—¡No le hagas caso, Lola! ¡Sé que te importo, sé que no me olvidarás! ¡Lee el mensaje, por favor, y recuerda nuestra época juntos! Por cierto, creo que vamos en dirección norte...

Despacho de la juez MacHor, Tribunal Supremo, Madrid. Tarde del 4 de diciembre

Antes de llamar de nuevo por teléfono, la juez MacHor se separó de forma instintiva de la ventana, como si los árboles plantados cinco o seis metros más abajo pudieran escuchar la conversación. Físicamente, resultaba imposible. Además, el frío y el viento huracanado habían terminado de vaciar las calles. Pero el hombre es un animal que acaba siendo esclavo de sus propias rutinas, por no decir de sus manías: si había algo que MacHor odiaba más que hablar por teléfono, era que los de alrededor ladearan las cabezas para seguir sus conversaciones.

—¿Padilla?

—¡Querida jueza, qué alegría! Cuánto tiempo sin saber de usted. ¿Qué tal le trata el Tribunal Supremo?

—Pues como estaba previsto: poco sueldo y muchos expedientes, demasiados.

—¡No será para tanto, Lola! A usted lo que le ocurre es que es adicta al trabajo. Por eso todavía le agradezco más que encuentre un rato para felicitarme la Navidad. Es la primera felicitación que recibo este año, se lo aseguro.

—Padilla, aún no ha pasado la Inmaculada...

—Por eso lo digo, se ha anticipado mucho este año. —El veterano policía emitió un extraño chasquido con la lengua y preguntó, con esa voz entre mordaz y socarrona que le caracterizaba—: Porque me llama para felicitarme la Navidad, ¿no?

Padilla poseía la habilidad de sacar de quicio a quienes no lo conocían bien. No era el caso de Lola MacHor, ni el de sus jefes, que no paraban de ascenderle, pese a que no siempre cerraba la boca a tiempo. En aquel momento, según había logrado saber la juez, ocupaba un puesto importante (nunca había llegado a saber exactamente cuál, algo que lo situaba bastante más arriba de lo esperado) en la jefatura central de Operaciones. Cuando coincidieron en la Audiencia Nacional, era uno de los policías asignados a esa comisaría especial, sin duda el más eficiente. Quizá porque Lola había nacido con el sentido del humor obturado y continuaba bajo mínimos, quizá simplemente por afinidad personal, apreció siempre su forma de hablar y su modo de ver la vida. Algo difícil de explicar, ya que el término que mejor le definía era «inclasificable».

—Pues no, Padilla. La Navidad te la felicitaré en su momento, con el turrón y el pavo. Hoy te llamo por otra cosa. ¿Te pillo ocupado?

—Pues en este instante estamos finiquitando el casamiento de mi cuñada, la hermana pequeña de mi mujer. Tiene treinta y seis años, y vive con nosotros desde hace lo menos cinco. Yo, como puede imaginar, me siento muy apenado porque quiera volar por su cuenta y nos abandone...

—Me lo imagino...

No le dejó acabar la frase.

—Desde el día que se instaló en casa, ya sabe, para un fin de semana, deseo colocarla. Le he presentado a todos los guardias solteros y policías viudos de la zona. ¡Hasta he recurrido a la Ertzaintza, fíjese cómo de desesperado estaba! Sin resultado. Pero no cejamos, no señor. Y después de procurarlo hasta el agotamiento, por fin hemos logrado emparejarla con alguien que medianamente se sostiene en pie, un cartero sobrado de kilos y escaso de pelo, aunque, claro, yo de esto último no tengo nada que decir. Solidaridad entre calvos.

—¡Ah, pues me alegro mucho! Siento haberte molestado en un momento tan especial. Te vuelvo a llamar mañana y...

—¡Ni hablar, no sabe la alegría que me produce su llamada! Tener una excusa para salir de aquí es un placer de dioses. Y no lo digo por el fútbol, que hay que tener narices para casarse un día como hoy. Verá, es que esta buena mujer ha organizado una boda ibicenca para celebrar el milagro. Ya ve, en Getafe, en diciembre, y todos vestidos de blanco. Han puesto unas palmeras artificiales y un vídeo de surf. ¡De película de Almodóvar, vamos! ¡Si viera al novio con su túnica angelical cubriéndole los ciento ocho kilos y calzando zapatos negros de tafilete, le da un mal! A ver si me explico, es como un iluminado predicador gordo, pero sin predicador. ¿Se acuerda usted de un cantante que se llamaba Demis Roussos, o algo parecido? Pues igualito, pero con pelo corto y acento de Vallecas. ¡Ah, y camiseta térmica en el interior! De modo que un placer que me moleste. Dígame, ¿en qué lío se ha metido esta vez?

—Ya no me meto en líos, Padilla. Soy una señora decente, trabajo en el Supremo...

—Entiendo. ¿Se ha teñido el pelo?

—Sólo las canas...

—Pues si sigue siendo pelirroja, entonces nada que hacer. Cuénteme...

A Lola le vino a la memoria una escena de la película *La momia*, esa en la que el chavalillo aseguraba a sus progenitores: «¡Mamá, papá, aunque no os lo creáis, no he sido yo!», y replicó decidida:

—Esta vez no he sido yo, Padilla, te lo aseguro. Se trata de Iturri. No me coge el teléfono...

—Entiendo...

Lola creyó ver el gesto cínico de Padilla y añadió:

—No, no lo entiendes. En absoluto. Me envió un mensaje extraño. Lo repitió tres veces seguidas. ¡Pam, pam, pam, como tres disparos! Y cuando he ido a llamarle sale esa vocecita asquerosa que dice que el aparato está apagado o fuera de cobertura. Lo he intentado en su despacho, y tampoco contesta. En fin, que creo que le ocurre algo... No, no lo creo: estoy segura de que le ocurre algo, algo terrible...

—¿Y cuál fue el mensaje, si puede saberse?

—Ese es uno de los problemas, el mensaje. Es muy raro...

—Iturri es raro, jefa, para qué vamos a engañarnos.

Padilla hablaba con conocimiento de causa. Había calado bien a Iturri. Los años le habían ido volviendo aún más hermético y más proclive a encerrarse en sus cuatro paredes. Sin embargo, el trabajo en la Interpol, que incluía una cierta carga de relaciones públicas y políticas, le había exigido no sólo llevar corbata, sino también sonreír, cooperar y hasta fraternizar con jefes y colegas. Dos fuerzas opuestas que le habían obligado a cambiar su fachada. Había estado a la altura, pero la cabra siempre tira al monte. Tras esa fachada, seguía siendo un tipo hosco, huraño, y muy muy especial.

—No empecemos, Padilla. Lo que quiero decir es que me ha sorprendido el contenido del mensaje. Nunca ha escrito nada semejante. Sé que Iturri no es un hombre corriente, pero esto es extraño incluso para Iturri. No es que sepa todo sobre él, le envuelve un silencio tan denso que casi chillaba, pero algo le conozco y sé que no habría escrito esas tres palabras si no tuviera una buena razón.

—¿Y cuáles son esas palabras, si puede saberse?

—«Le Mans Salamandra», ese es el mensaje. No tengo ni idea de qué puede significar. ¿Y tú? —MacHor respiró hondo, y luego continuó arrastrando la voz. Estaba cansada. Aquel largo caso le estaba minando las fuerzas. Quería irse a casa, pero antes necesitaba comprobar que su amigo Iturri estaba bien—. Lo que más me sorprende es que escriba Salamandra con mayúscula. —Hizo una pausa para tomar aire, y añadió—: Tuvo que apretar expresamente la tecla de la mayúscula. No cuadra... salvo que el dedo le temblara en la tecla. Sí, es posible que se trate de un error de escritura...

Padilla escuchó pacientemente el discurso de la juez. Cuando terminó, permaneció en silencio. Nerviosa por no recibir réplica, la juez se paseó por la habitación. Sus nada modestos tacones resonaron sobre las viejas tablas de madera. Le pareció ver la carnosidad de la nariz de Padilla (ancha, afebrada) resoplando, y sus manos frotándose la calva: no era precisamente un bellezón.

—Le voy a ser sincero, Lola. Es más, le voy a hablar desde la experiencia de quien ha bebido mucho y bien a lo largo de su vida: ese mensaje suena a cogorza. Su amigo Iturri le habrá dado al *drinking* y se ha dejado el móvil olvidado en vaya usted a saber dónde... Supongo que es consciente de que el inspector Iturri se toma una copita de cuando en cuando...

—Me consta que Iturri no es una hermanita de la caridad, Padilla. Y que le gusta empinar el codo más de la cuenta. Pero yo también te voy a ser sincera y a hablar desde la experiencia: si hubiera escrito algo más..., a ver cómo lo digo..., algo más personal, más... lacrimógeno, te daría la razón, pero con ese mensaje... No sé si sabes a qué me refiero. Le suele dar llorona.

—Sé a qué se refiere. Pero déjeme que le haga una pregunta: ¿usted bebe, señorita?

La juez se echó a reír. A un amigo suyo, catedrático de Derecho Civil en Galicia, su mujer lo mandó al psiquiatra porque le veía muy bajo de ánimo. Al entrar en la

consulta, lo primero que el médico le preguntó era si bebía. Todavía se carcajeaba al acordarse de cómo se lo explicaba. «Verás, Lola, pensé en responder que no, porque yo beber, lo que se dice beber, no bebo. Pero enseguida lo sopesé. Porque, si el médico replicaba: “Entonces, ¿no se toma usted una cervecita de cuando en cuando?, ¿no bebe vino en las comidas, o un *gin tonic* alguna noche después de cenar?”, me vería obligado a admitir que sí, que lo hago, y entonces me diría: “¡Lo ve, acabo de pillarle, es usted un bebedor empedernido que no admite su adicción!”. Pero si le decía que sí, que bebo, pensaría que soy un borracho, de modo que le respondí con total sinceridad: “Doctor, no tengo ni la menor idea”. Y la fastidié: pensó que era un tipo agresivo y antisocial, y me zumbó dos cajas de pastillas».

—Pues no sé, Padilla, no tengo ni la menor idea...

—Pues se lo explico: no todo depende del tipo de persona, sino del tipo de cogerza. No es lo mismo cogérsela con coñac que con un blanco cabezón o con un ron barato. Usted y yo sabemos que con el primero Iturri se vuelve lábil, pero no tenemos ni idea de cómo reacciona ante otras mezclas. Hay veces que a uno le da por cosas muy muy extrañas. Sin ir más lejos, cuando bebe, mi cuñada, a la que por fin acabamos de casar, le da por los desnudos... No se lo aconsejo ni a los más necesitados...

—Que no, Padilla, que no, que me lo dice el instinto. Ya me conoces. Cuando digo que hay balas silbando por algún lado, suelo acertar...

—¡No miente la bicha, jefa, que es usted más peligrosa que un nublado! Si me va a salir con esas, me pongo.

—Te lo agradecería mucho, Padilla. De verdad.

—No hay de qué. Si no quiere nada más...

Hubo un silencio incómodo. Demasiado largo. Tanto que Padilla la interpeló:

—A ver, jefa, ¿qué es lo que pasa?

—Padilla, tú sabes que soy una mujer curiosa.

—Si lo quiere expresar así. Sé de alguien que lo diría de otra manera.

—Si prefieres metomentodo, lo acepto, pero el caso es que me gustaría saber qué vas a hacer...

Se oyó un suspiro.

—Bueno, empezaré por el principio. Llamaré a algún colega de la Interpol, para hacer un seguimiento de su teléfono. Puede haberlo perdido o pueden habérselo robado y que el mensaje lo haya escrito el ladrón. Pudo agotársele la batería. O quizá, y para mí esta es una opción tan plausible como la de la cogerza, simplemente se equivocó de destinatario y el mensaje no iba dirigido a usted sino a alguno de sus contactos, a un informante o a algún compañero de oficina... ¿Qué sé yo? Hay miles de explicaciones.

—No quiero meterte más los perros en danza, pero...

—¡Jueza, está usted peor que nunca, no me deja ni terminar!

—Toda la razón, lo siento. Son los nervios. ¿Qué decías?

—Que mientras mis amigos hacen esas averiguaciones, yo entraré en la base de datos y comprobaré ese nombre: Salamandra. Podría ser el apodo de un terrorista o de un confidente. Miraré en los archivos, no vaya a ser que alguien le haya puesto en fuga. Y comprobaré si algún contacto tiene algo que ver con el mundo del motor, al fin y al cabo, Le Mans es una carrera de coches. ¿Satisfecha?

—De tu ayuda, mucho, Padilla. De lo demás, no lo estaré hasta saber dónde anda. Bueno, ni siquiera eso me hace falta: sólo necesito saber que está bien. Lo de Le Mans me suena, pero no por las carreras, sino por algún caso antiguo, aunque no logro acordarme...

—Haré un par de llamadas y aprovecharé la excusa para ver un rato el partido. ¿Estará localizable?

—Para ti, siempre, Padilla.

—Eso se lo dirá a todos, señorita. Lo dicho, me pongo... ¡Ah, y feliz Navidad!

—Gracias, Padilla... Por cierto, ¿tú también vistes de blanco ibicenco? Porque tienes que estar de lo más mono. Con este viento, las fotografías pueden ser espectaculares.

Hubo un instante de silencio, y una respuesta evasiva.

—¿Usted qué cree, señorita?

—Conozco a tu mujer. No me hace falta creer. ¡Mándame una foto, por favor! Me lo estoy imaginando.

—¡Pero vaya bruja que se está usted volviendo, jefa, debería hacérselo mirar!

Era posible que Padilla tuviera razón y fuera necesario que consultara a un especialista, pero ¿qué podría recetarle? Los genes no tienen cura. Ellos la habían hecho pelirroja y un poco bruja. Porque esto que le ocurría, y que desde luego no comprendía, esa especie de intuición, llevaba consigo desde siempre. No era algo sencillo de explicar, pero tampoco complicado, nada místico, sólo misterioso. Hacía tiempo que acató los hechos y dejó de ignorarlos. No le ocurría siempre ni con todo el mundo, pero cuando una de esas intuiciones la asaltaba, era preferible hacerle caso. En el pasado, Padilla había tenido ocasión de comprobarlo.

Iba a marcar de nuevo el teléfono de Iturri cuando entró un SMS. Se lanzó sobre el móvil como una posesa. Pero no era Iturri, sino una alerta de E-park, una aplicación informática que permitía gestionar el estacionamiento desde el móvil, sin necesidad de buscar monedas por los bolsos ni localizar los parquímetros. El invento le había parecido tan útil que lo había gestionado desde su cuenta bancaria tanto para ella como para su marido. Lo malo era que, como lo había asociado a su cuenta, le llegaban a ella las alertas de los dos. Se quedó pensativa. El SMS correspondía a la matrícula del coche de su marido. Le avisaba de que el tiempo de estacionamiento en la zona azul había concluido y le habían puesto una multa en el área de Velázquez. Era extraño, pues, al despedirse aquella mañana, Jaime le había contado que viajaría a Valencia para impartir una conferencia y que regresaría en el tren de las diez. No entendía qué ocurría. ¿Acaso había adelantado el viaje? Seguro que era eso. Era una

suerte, quería contarle lo que pasaba. Tenía a su marido por un hombre perspicaz, le ayudaría a descifrar el mensaje.

Volvió a marcar el número de Iturri. Seguía muerto.



Maletero del Citroën ZX, proximidades de Lyon, Francia. Tarde del 4 de diciembre

La Leona se había esfumado hacía tiempo y la mente del inspector Iturri iba despejándose con dolorosa y desesperante lentitud. Sin embargo, no requería de claridad de ideas para saber que, definitivamente, se hallaba ante el más oscuro y dramático caso de su carrera. Las pruebas y análisis forenses, las pesquisas y datos recogidos ya no pendían del peso de la cotidianidad, sino que resultaban únicos. No era otro caso, ni otro secuestro: era su secuestro.

Todo tipo de ideas sobrevolaron su cabeza doliente. Sintió tal angustia que, en un ingenuo impulso de liberación, cerró el ojo hábil y esperó que aquella pesadilla desapareciera. Cuando, casi sin respirar, volvió a abrirlo, no halló cama o almohada, sino la cruda realidad: el papel que le había tocado en suerte era aterrador, pero más lo era no contar con ningún conejo en la chistera. No tenía nada. Ni datos, ni pruebas, ni armas. Por no tener, hasta la esperanza le faltaba. Conocía el funcionamiento de aquel negociado: los empresarios pagaban; los policías simplemente morían, porque con los terroristas los Estados nunca pactan. Si se persigue un fin económico, si lo que se pretende es amedrentar a los empresarios o a las familias pudientes de la zona, que no se avienen a pagar, los secuestros no son tan terribles. Pese a la tortura de tener que aguantar la música machacona, las amenazas y los insultos, la propaganda y las soflamas, las víctimas recibían tres comidas al día, cómics para leer, agua para lavarse y cigarrillos. Eso y la creencia en que todo pasaría pronto y saldría bien hacían más llevadero el suplicio.

Algunos secuestrados, sin hacer ejercicio durante semanas, y con dietas basadas en féculas y pan, hasta ganaron peso. Pero él no era un empresario. No era ni carne ni pescado, sólo una maldita ensalada sin ilustrar. Sólo de la Interpol. Ellos tampoco pagaban a terroristas.

Admitido que no había medio claro en aquel infierno, que en su existencia inmediata no se filtraría ni un mísero rayo de luz, se preguntó si habría algún antídoto. Se mirara por donde se mirase, ante sus ojos se abría un panorama desolador; estaba definitivamente solo, atado y amordazado, dejado de la mano de Dios, pero a su alrededor volaba un regusto extraño. Algo que no lograba captar, pero que no era corriente. Algo que, de acertar con su esencia, podría proporcionarle una oportunidad.

Era un policía en casi todos los sentidos. La dosis de olfato con que la naturaleza le había obsequiado, y a la que había alimentado convenientemente con muchos años de práctica ininterrumpida, fue a converger en un solo punto: la elección. Ni por carácter, ni por la importancia del puesto ocupado, ni por su apertura al mundo, era alguien que se hiciese notar. El mero hecho de haber sido elegido le despistaba. Por

mucho que lo pensara, seguía sin comprender por qué estaba siendo protagonista de aquella historia. «¿Por qué yo?, ¿por qué ahora? ¡Carece de lógica! —volvió a repetirse—. ¿Y de dónde sale la Salamandra?, ¿por qué aparece él, procedente de un pasado remoto tan distinto?, ¿qué quiere de mí, qué buscan?».

No podía responder a esas preguntas, pero de existir un antídoto para aquel virus letal, de contar con una llave que abriera sus esposas, de disponer de un salvoconducto, no le cabía duda de que encontraría esa respuesta.

Un intenso escozor le abstraía de sus reflexiones. El primer efecto de volver en sí estaba siendo el dolor. Le molestaban las muñecas. Arremetida tras arremetida, se había entregado de un modo febril a la tarea de soltarse las manos, pero no había conseguido más que erosionarse la piel. En aquel momento, las tiras de plástico no sólo le cortaban la circulación, también le generaban un dolor agudo, punzante. Una especie de telaraña ardiente le envolvía la frente, el ojo y la boca. Fueron precisamente estos dolores los que acabaron por convencerle de la veracidad de su situación. No era víctima de ninguna ensoñación. No iba a despertarse y a reírse de su subconsciente. En realidad, no iba a reírse más: era el prisionero de unos cabrones hijos de rata. Estaba a su merced, como lo está el hámster en el laboratorio del investigador, o la vaca en el matadero. No tenía réplica. Ninguna. Estaba del todo seguro de ello.

Aunque resultaba difícil juzgar a las personas por las apariencias, penetrar en su interior por su exterior, diría que Salamandra seguía siendo el tipo pacífico que recordaba. El hombre enjuto, por el contrario, era harina de otro costal. Se notaba que no era buena gente, y mucho menos bondadoso, y que no podía sustraerse a su odio. Y luego estaba su físico: cenceño, pequeño, gris; manifiestamente feo, sin que su fealdad pudiera asignarse a un defecto concreto. No era un narizota, no era bizco ni ciego, no era cojo ni tenía el cráneo en forma de huevo, pero su presencia resultaba muy desagradable. Incluso con el poco tiempo que había tenido para mirarlo, a Iturri no se le había escapado el detalle. Desconfiaba de los hombres con naturalezas caprichosas: ocultaban mil y un complejos.

Por esa extraña simbiosis con el mal que le había tocado vivir, Juan Iturri siempre juzgaba los sucesos poniéndose en el contexto más negativo. Su juicio no era más correcto ni más realista que el de los ciudadanos que, por vivir cómoda y felizmente alejados de la oscuridad del mundo, tendían a ver el lado bueno de las cosas. Sólo era distinto. Como si, al vivir rodeado de mierda, los intereses, los afanes, la textura de lo ordinario cambiaran. En una ocasión, Iturri se había liado con una chica a la que conoció en un bar. No podía evocar su nombre, de hecho, ni siquiera sabía si llegó a preguntárselo: ambos llevaban bastante alcohol encima. Lo que sí recordaba era que, al despedirse, ella le preguntó si trabajaba para la policía. No iba armado, y sus cicatrices no resultaban tan evidentes, de modo que indagó el porqué de su pregunta con un gesto de extrañeza. «El sexo es distinto. Como si sospecharais que podría ser vuestra última vez», respondió.

El comentario le despejó por completo. Regresó a casa pensando en ella, y llegó a la conclusión de que se equivocaba. Vivía de otra forma, seguro; veía la vida de modo diferente, pero no porque pensara que, en cualquier momento, un malnacido podría quitarle de en medio. Eso le puede pasar a cualquiera que atraviese un paso de cebra. Era algo muy distinto. Él conocía el secreto más recóndito del lado oscuro, la sinrazón del mal. Sabía, porque lo había experimentado una y otra y otra vez, que existen individuos que no sufren remordimiento alguno cuando obran el mal. Sabía, un conocimiento del todo aterrador, que hay gente que carece de freno; es más, que tiene incentivos de todo tipo para no frenarse. Nunca se arrepentirán. Seguirán insistiendo una y otra vez en su actitud. Dañarán a todo el que puedan sin razón, sin motivo, sin justificación. Simplemente, porque el mal no les quema en las manos. Existe el mal. Y los malos en bruto. Él había visto su rostro negro y arrugado, inmovible, imperturbable, tenaz en más de una ocasión. Ese tipo de rostro resultaba imposible de olvidar. Esa visión cambiaba las cosas, lo cambiaba todo. Cambiaba el instante, porque el tipo de aspecto desagradable que acababa de secuestrarle tenía ese rostro.

Despacho de la juez MacHor, Tribunal Supremo, Madrid. Tarde del 4 de diciembre

Cerró el ordenador, se abotonó el abrigo y, con la abultada cartera en la mano, la juez MacHor se fue directa a casa. La tarde había caído en picado y el viento soplaba huracanado. Las nubes oscuras, que un rato antes paseaban por el cielo, habían estallado al unísono; llovía a cántaros. El agua y el partido de fútbol habían despejado completamente las calles, con la excepción de los perros y sus dueños, que no tenían alternativa.

«Maldita sea», pensó la juez, mientras volvía la vista hacia sus zapatos grises de ante. Los estrenaba aquel día. Había consultado la previsión meteorológica antes de salir de casa. La probabilidad de que ocurriera lo que estaba ocurriendo superaba el ochenta por ciento. Aun así, se puso los zapatos. «¡No tengo remedio!», se recriminó. Era cierto: no podía evitarlo. Desde que tenía uso de razón, le encantaba estrenar. Las novedades parecían desafiarle desde el armario y casi siempre vencían.

El coche esperaba en el garaje. No se mojaría demasiado, aunque no podría zafarse de la humedad. Esta era de por sí una mala noticia: le rizaba de tal modo el cabello que terminaba pareciendo un ovillo de lana virgen. Había probado todo tipo de remedios, tradicionales y profesionales, caros y baratos, sencillos y complejos, sin obtener en ningún caso un resultado duradero. Parecía como si la naturaleza le gritara que, hiciera lo que hiciese, no podría ganarle la batalla. Siendo así, abusaba de las planchas y evitaba el contacto con el agua. Cuando era posible.

Bajó al garaje.

En el año 2012, a los magistrados de la Audiencia y del Tribunal Supremo les retiraron la escolta policial. Semanas después, fue el coche oficial el cancelado. Cuestión presupuestaria en ambos casos, según se explicó, a la que había que sumar la reducción del riesgo de agresión terrorista. Algunos se quejaron: decían que era un poco pronto, que entre una declaración de intenciones, por muy florida que fuera, y la entrega de las armas pasarían meses o incluso años, momentos en los que los jueces y magistrados serían especialmente vulnerables. Lola MacHor se alegró de lo primero. Aunque derrochase amabilidad, silencio, sigilo o discreción, y los suyos siempre lo habían hecho, para Lola un escolta era una especie de suegra instalada en casa, una sombra sigilosa que acecha tras la puerta. No se trata de una abuelita de adorable cabellera blanca y cardada, sino de una suegra estirada (no lleva ni un paquete), juzgona (se requiere su permiso para un montón de cosas), omnipresente, omnisciente y de pensamiento inexpugnable. Un escolta lo sabe todo de ti. No aprueba ni desaprueba, pero observa como si todo lo que su protegido comiera engordara, y lo que bebiera llevara alcohol. Es tal la presión que el defendido termina prefiriendo quedarse en casa, hurtándose de la vista de la suegra, que salir a la calle, a tomar el

sol.

Respecto al coche oficial, Lola pensaba de otra manera: un vehículo con conductor te evita las interminables vueltas a la manzana y el consiguiente cabreo; te permite sortear esos aparcamientos diseñados para que el conductor cambie frecuentemente de coche o tenga un taller de chapa y pintura de cabecera y un seguro a todo riesgo. El coche oficial hace que llegues a tiempo; y puedes trabajar o leer el periódico en los desplazamientos.

Pese a la norma, en su caso, el Boletín Oficial aseguró que, por ocupar la presidencia de la sala, y sólo mientras ese hecho ocurriera, le cederían un vehículo del parque móvil del Estado. Miel sobre hojuelas.

Se acomodó en el asiento de cuero, con el sabor de la inquietud aún en el paladar. La temperatura en el interior del vehículo era agradable.

—¿A casa, señoría?

—¡Por supuesto! No sabes las ganas que tengo.

El coche cruzó la ciudad a ritmo cansino, como si no hubiera partido de la Champions. Pero lo había. Por ello, la circulación era mucho más fluida que otras tardes. A medida que avanzaban y dejaban el distrito Centro atrás, el tráfico pasó a ser imperceptible, como si una gripe virulenta hubiera atacado a vehículos y pilotos. El conductor era nuevo. Y joven. César estaba de baja por paternidad: había tenido un precioso hijo varón al que habían bautizado nada menos que Napoleón de la Cruz. Como ocurre con los nuevos y jóvenes, el chófer se sintió en la obligación de darle conversación. El estado del tiempo le ofrecía la oportunidad perfecta. Sin embargo, la juez no estaba en situación de responder. No quería ser maleducada y contestar con monosílabos, pero tampoco enzarzarse en un debate sobre las gotas frías, las ciclogénesis explosivas y el cambio climático, de modo que optó por una política de tierra quemada.

—¿Le gusta el fútbol?

—Mucho, señoría.

—¡Ah, qué bien! Yo también soy futbolera. No demasiado, pero la Champions es la Champions. ¿Qué tal si ponemos la radio?

Fue suficiente.

Cogieron la desviación y entraron en la urbanización, donde tomaron el sendero hacia su casa. El viento había callado a los pájaros, pero no a las ramas de los árboles. Lola acercó la cara a la ventana. El agua de lluvia resbalaba por los cristales. Definitivamente, era una noche de perros. El chófer lanzó un gruñido de protesta cuando bajó a abrir la puerta y Lola ya había salido. Le gustaba que la llevaran, pero odiaba lo que ella entendía como servilismo.

—¡No se moleste, tengo paraguas! —acertó a gritar.

Atravesó a toda prisa el pequeño jardín delantero y entró en su casa con la esperanza de coincidir con su marido y poder comentar con él su preocupación. Las luces del salón estaban encendidas, lo que no significaba gran cosa: estaban

programadas para prenderse automáticamente a las ocho de la tarde, con el fin de dar la sensación de que la casa estaba habitada y desanimar a los ladrones. Sus esperanzas se desvanecieron nada más entrar. La corbata de Jaime no estaba doblada sobre la mesita de la entrada, ni su maletín colocado en la puerta del estudio: no había llegado. Había salido muy temprano, a eso de las seis, no sin antes prometer que volvería de Valencia con tiempo para que pudieran cenar juntos y ver una película, o la segunda mitad del partido de fútbol. Sin embargo, al recibir la alerta de E-park, pensó que habría anticipado su vuelta. Siempre es agradable que el grito «¡Ya estoy en casa!» reciba respuesta, pero hay días en que resulta más necesario que otros. Aquel era uno de ellos, pero no pudo ser.

Respiró hondo. ¡Dios, qué bien huele la casa de uno! Es un olor poco preciso, sin matices ni toques caramelizados; ordinario, pero único. Se dirigió a la ducha, aunque antes pasó por el frigorífico y se comió dos yogures desnatados. Con la misma hambre que llevaba se dirigió a su habitación. Cuando, tras disfrutar de una larga y ardiente ducha, vio la cama grande, blanca, algodonosa, se lanzó sobre ella.

—Iturri, ¿dónde estás, qué te ocurre? —murmuró, ya con los ojos cerrados—. ¿Es que nunca podremos tener una relación normal tú y yo? Ya sabes, como dos buenos amigos... ¡Por favor, ten cuidado, no sabría qué hacer si te pasara algo!

Iturri...

Había períodos en los que podía pasarse semanas sin que el nombre del inspector Iturri se presentara en su cabeza. Y si por cualquier motivo lo evocaba y el recuerdo interfería en su trabajo, lo barría de inmediato diciéndole entre dientes: «Ahora no, Iturri. Estoy ocupada, tengo cosas importantes que hacer». Y entonces pensaba, entre aliviada y triste, que al fin había llegado el momento de recuperar su antigua independencia, de cortar esa especie de cordón umbilical que, sin quererlo ni buscarlo, la mantenía irremediadamente unida a la figura de Juan Iturri. Eran períodos de mucho trabajo, de largos y complejos casos cerrados, de expedientes archivados con éxito, de viajes o conciertos, de conferencias y planes, de cenas familiares y de sábanas limpias y recién planchadas. Eran momentos en los que se sentía cómoda, erguida sobre sus altos tacones de aguja, y en los que pensaba que aquella carrera, siempre a la velocidad de un Ferrari, duraría hasta la eternidad o, al menos, hasta el mes siguiente, que era lo que realmente importaba.

Cuando la adrenalina bajaba y las sábanas arrugadas giraban en el tambor de la lavadora, cuando aparecía otro caso feo y aún más complejo en el que el fiscal torcía el gesto, cuando Jaime parecía olvidarse de que tenía domicilio propio, cuando llegaba el invierno y las ramas de los árboles cantaban sones amenazadores a media noche, cuando el óxido hacía su aparición y trepaba por la pintura, de pronto, sin venir a cuento, sin motivo aparente, experimentaba la urgente necesidad de saber de Iturri. No buscaba nada especial, sólo oír su voz, tener la certeza de que, pasara lo que pasase, él seguía allí, como un pilar en donde anclarse.

En muchas ocasiones, Iturri ni siquiera descolgaba el teléfono. En otras,

respondía de forma tan lacónica o brusca que más parecía un rebuzno que una respuesta. Pero le bastaba con oír saltar el contestador o escucharle refunfuñar para empezar a sentirse mejor. Su voz hacía desaparecer esa desazón que le sobrevenía. Siempre estaba allí, latente, medio oculta, pero cuando la vida no le hacía correr, emergía como la niebla y, como ella, lo envolvía todo. Y entonces Lola atracaba el frigorífico o se marchaba a la peluquería o se compraba otra blusa o trabajaba treinta horas seguidas. O, al calor de su estado de ánimo, llamaba a Iturri, bajo la secreta convicción de que él podría salvarla de terminar despanzurrada a manos de quién sabía qué enemigo ignoto.

No alcanzaba a entender por qué le ocurría aquello con Iturri y con nadie más que Iturri. Pero la verdad era que cuando él estaba cerca se sentía segura, en casa. No en el chalecito de las afueras que ocupaba con Jaime y en cuya gigante cama se hallaba en aquel momento, sino en su casa de infancia, en Getxo, junto al árbol al que tantas veces había trepado y del que tantas veces se había caído. Bueno, eso no era del todo cierto. Sólo una parte de ella se sentía segura. La otra le aseguraba que aquel árbol ya no existía y el de Iturri no era más que una ficción. Sabía, era muy cierto, que era el último árbol al que debía subirse, pero no podía evitarlo.

Había intentado hablar de ello con su marido, sin mencionar directamente a Iturri, pero Jaime era médico. Siempre pretendía pasar visita y ofrecerle un remedio químico o una explicación fisiológica: vitaminas, hierro, algo más de descanso, las malditas hormonas... Aunque, era evidente, él no tenía la culpa: era ella, y su particular caos, ese agujero profundo, negro, al que se acercaba de cuando en cuando para ser inmediatamente engullida. Nunca supo bien cómo ni quién le había inoculado aquel virus letal. El virus del miedo al futuro. No era un miedo concreto, sólo era miedo.

Antes de aquello, controlaba las situaciones. Se sentía con fuerza para cualquier lucha. Era bilbaína en cada una de las células de su piel. A veces vencía, a veces era vencida, pero segura de sí misma siempre llevaba la espalda erguida, mirando la vida de frente. Hasta que apareció la dura realidad. Había quien podía destrozar toda su vida, todas sus seguridades, por el solo placer de hacer algo diferente aquel día. Alguien podía llegar y barrerla del mapa sin mirarle a los ojos. Contra eso, contra la misma vida, no había defensa. Entonces, llamaba a Iturri, su Lancelot... y luego se arrepentía de haberlo hecho y volvía a su vida de siempre. Normal, ordinaria pero bilbaína, togada.

Desde el exterior, no se apreciaba o, al menos, eso era lo que ella creía. Pilotaba con destreza su vida, cada vez más tozuda, más dura, más loca y más inquieta. Pero no pilotaba esa parte de su corazón, partido en dos. Alguna vez sopesó consultar a un psiquiatra. No para que la tratara, simplemente para entender de qué iba todo aquello. Pero nunca se decidió a coger el teléfono. Sólo podía decir que, a veces, mal que le pesara, sentía una dependencia casi física de aquel apuesto, arrogante y malhumorado agente de la Interpol, sin poder hacer nada para evitarlo.

En aquel momento, sin embargo, no era ella la que necesitaba de Iturri; era el inspector quien precisaba su ayuda. Y estaba dispuesta a mover Roma con Santiago para prestársela.

Se quedó dormida pensando en ello. El sonido de su móvil le rompió el sueño a las diez y media.

Padilla.



Maletero del Citroën XX, carretera D517 Lyon-Bron, Francia. Tarde del 4 de diciembre

En la tercera planta, sección norte, de la sede central de la Interpol, donde Juan Iturri tenía su despacho, habían colocado una estantería metálica que, como una enredadera, había terminado por tapizar la pared izquierda, de suelo a techo. Todos sus estantes estaban ocupados por carpetas de cartón forradas de poliuretano, de cuatro anillas, tamaño A4. Contenían documentación, fotocopias de declaraciones, fotografías, DVD y otros indicios de los distintos asuntos en los que el inspector había trabajado en los últimos diez años. En el lomo de cada una de esas carpetas, destacaba una etiqueta blanca escrita a mano con tinta negra. Contenía un código de identificación compuesto por un número y dos nombres, separados por una barra lateral. El número correspondía al año de inicio del caso. El primer nombre, siempre de mujer, hacía referencia a la denominación de la carpeta de Dropbox donde Iturri almacenaba aquella información; el segundo, al país donde los hechos habían tenido lugar. De haber varios, el inspector colocaba junto al mismo una estrella azul si el ámbito era europeo y una roja si era americano. Las estrellas verdes, minoritarias, correspondían al mundo árabe. Todas las carpetas, en distinto estado de conservación, eran iguales.

Con una única excepción, todas eran de color azul.

La carpeta de color rojo tenía el lomo virgen porque no correspondía a ningún caso concreto. Contenía declaraciones de secuestrados y de sus familias, o de ambos, tras concluir el secuestro, bien con la liberación (con o sin pago de rescate) bien con un doloroso entierro. Incluía también el original con anotaciones del informe final que Iturri había redactado a petición de sus superiores de la Interpol. Resumía los puntos esenciales del comportamiento de víctimas y verdugos en un secuestro de corta, media o larga duración, o un secuestro exprés. La carpeta roja estaba llena.

Iturri le había dedicado muchas horas a aquel encargo. No hacía falta que nadie le explicara los estragos físicos y psicológicos que causaba la privación de libertad y el miedo: se los sabía de memoria, lo mismo que la metamorfosis sufrida por una persona encerrada en una habitación de dos por tres, con un camastro, una bombilla y un retrete químico por únicos compañeros. Conocía al dedillo la vida de ultratumba y la antesala del infierno, agravadas por la debilidad y el agotamiento. Sabía cuán difícil resultaba ocupar el tiempo y la mente; cuán difícil era llenar de nuevas rutinas aquel espacio diminuto y evitar que el dolor se desbordara hasta matar la esperanza. Conocía el *modus operandi* de los carceleros, y su falta absoluta de escrúpulos. Era consciente de que le reducirían a un animal enjaulado y que recibiría trato de bestia, sin límite alguno, sin humanidad, ni compasión. Hambre, sed, dolor, frío o calor, luz

permanente u oscuridad absoluta, torturas. Tenía noticia de todas esas cosas. Y no estaba seguro de poder soportarlo.

Los ruidos del viento empezaron a sonar espeluznantes. El temporal no tenía visos de remitir, lo que en nada le favorecía. La gente se encierra en sus casas cuando el mal tiempo amenaza. Y se encontraba en Francia. De estar en España, habría alguien en la calle que habría visto algo.

El exiguo lugar le provocaba claustrofobia. Se sentía como un feto en un oscuro y maloliente vientre. En vez de líquido amniótico, este chorreaba gasolina y olor a abono. Sintió nuevamente ganas de vomitar. Intentó controlarse, pero las arcadas acudían cada vez más a menudo. De todos modos daba lo mismo: la cinta adhesiva le impedía sacarlo. Lo tragaba y vomitaba de nuevo: un círculo vicioso.

¿Cuánto tiempo habría transcurrido, veinte, treinta minutos? A aquella velocidad, no habían podido recorrer más de cuarenta kilómetros. No se percibía mucha circulación. Se reafirmó en la hipótesis de que viajaba rumbo norte.

¡Ah, cuánto daría por poder restregarse los ojos y rascarse la frente! Le picaba como si le hubieran regado las heridas con agua salada. «Parezco... Soy como uno de esos trapos viejos y sucios que te encuentras en los talleres mecánicos. Se les abandona en cualquier esquina, la gente los pisa al pasar, los arrastran de un lugar a otro y a nadie importan. ¿A quién importo yo ahora?», pensó. Y la imagen de Lola MacHor le dio la respuesta.

Domicilio de la juez Lola MacHor, proximidades de Madrid. Noche del 4 de diciembre

—¡Padilla, qué rapidez! —tartajeó MacHor. Todavía no había logrado despertarse del todo.

—Pues tiene toda la razón, para qué lo voy a negar, ¡ni Messi! Que, por cierto, hoy está desaparecido. No se le ha visto en toda la segunda parte...

La juez tardó unos segundos en averiguar de qué hablaba. Con la cabezadita, había olvidado el partido de la Champions.

—¡Ah, sí, Messi! A veces desaparece, es cierto, pero cuando despierta siempre la lía. Pero no me llamabas por eso, ¿verdad?

—¡Muy lista, jefa! Muy sutil. Si ya lo decía yo, desde el mismo día en que la conocí, hace ya un porrón de años, lo supe: ¡esta mujer es un lince! —Suspiró—. Es cierto, no llamo por el fútbol. En realidad, llamo para desearle unas felices fiestas navideñas. ¡Ah, y un próspero año nuevo!

Lola no pudo menos que echarse a reír.

—Pues lo mismo digo, Padilla. ¿Cómo va la boda?

—El novio asustado, la novia feliz, mi mujer nerviosa y yo como unas castañuelas. ¡Por fin solos! Esta noche... Bueno, creo que eso no le incumbe... Veamos, jefa, he hecho algunas llamadas. En efecto, el móvil del inspector Iturri está muerto. Su señal se perdió en una plaza céntrica de la ciudad de Lyon, donde tiene fichada su residencia. Exactamente, en el casco antiguo, donde hoy no parece haber muchos turistas debido al mal tiempo. Están en estado de alerta por los fuertes vientos. Me han pasado el listado de llamadas enviadas y recibidas desde su número. En el día de hoy...

Lola le interrumpió.

—Un momento, Padilla. Dices que tienes el listado de sus llamadas. ¿Cómo has conseguido la orden judicial? Habrá hecho falta...

Padilla chasqueó dos veces la lengua.

—¡Jefa, jefa, nuestro hombre está en Francia! Los franchutes hablan mucho de derechos y libertades y todas esas cosas, pero son muy liberales. Mucho *allons enfants de la patrie* y frases por el estilo, pero los de su gremio ni las huelen. Sólo llaman a la caballería cuando está todo hecho. En fin, que mis amigos no han cometido ilegalidad alguna.

—Me alegra saberlo. Disculpa, me hablabas del listado.

—Sí. Le decía que a Iturri sólo le han entrado dos llamadas, y él efectuó otra, larga, a un número local. No recibió mensajes, ni envió más que los que la tenían a usted como destinataria.

—Iturri no es de los que se prodigan, eso es cierto. Y ese número local, ¿sabemos quién es el titular?

—Lo sabemos. Pertenece a una tal *madame* Blanchard.

A Lola, por un instante, se le frunció el ceño.

—¿Alguna noticia sobre ella?

Padilla suspiró al reconocer el brote de celos en la voz de la juez. Lo había intentado velar, pero no había logrado hacerlo del todo. No podía comprender cómo una juez del Tribunal Supremo, lista y reputada como Lola MacHor, casada con una eminencia de la medicina, bebía los vientos por un hombre como Iturri. Según decían las mujeres, era un hombre apuesto, y suficientemente despectivo con ellas como para que conquistarlo fuera un succulento reto. Había sido condecorado en varias ocasiones y era muy bueno en su trabajo, pero era introvertido, seco y maleducado. Las más de las veces, hasta inaguantable. ¿Era bueno en la cama? Posiblemente, pero no era nada más que un policía. Había hablado de ello con otros compañeros. Y todos habían llegado a idéntica conclusión: la única explicación posible era Estocolmo.

—Pues al parecer se trata de una señora de cierta edad que regenta una tienda de tabaco. Es de suponer que Iturri fuera su cliente. La van a llamar para comprobarlo.

Lola asintió, aunque Padilla no pudo verla.

—Y hablando de otra cosa, he estado dando vueltas a lo de la cogorza... Sí, lo sé, pienso con efecto retardado, pero eso en este momento no es importante. Lo que importa es la hora. Fíjate, Padilla, cuándo se enviaron los mensajes. Era demasiado temprano para que Iturri se hubiera pasado tres pueblos con el alcohol, ¿no crees?

—En eso lleva razón, Lola. En fin, tengo que regresar a la fiesta. Mañana hablamos. Intentaré averiguar algo más. Le llamo con lo que averigüe. Buenas noches.

—Buenas noches, Padilla. Y gracias.

Acababa de colgar cuando el teléfono volvió a sonar.

—*Sorry*, jefa, se me ha olvidado comentarle un tema. Hemos peinado las bases de datos en busca de alguien al que se le conozca con el apodo de Salamandra y el ordenador ha escupido una coincidencia.

—¡Bien! Por fin un hilo del que tirar —exclamó MacHor con un grito agudo.

—No se me emocione, Lola. Ya sabe cómo son estas cosas. Como digo, hay un delincuente que recibe ese apodo, que está recluido en Sevilla I. Esa ubicación complica las cosas. De todos modos, he buscado su expediente. Lo trincaron tras varias idas y venidas. Se dedicaba al comercio de falsificaciones y al menudeo de hachís. Es posible que me equivoque, pero, por la localización y el tipo de delito que Iturri investiga, yo diría que no tiene relación alguna con nuestro caso.

—Muy cierto, amigo. No cuadra. ¿Y algún confidente con un apodo parecido?

—Ninguno, de momento. Ni Salamandra ni Le Mans. Pero no se me desanime. Recuerde que es de Bilbao. Y haga memoria, a ver de qué le suena esa carrera.

Maletero del Citroën ZX, carretera D517 Lyon-Bron, Francia. Noche del 4 de diciembre

Otra tiritona. Juan Iturri se había mojado los pantalones, no había podido evitarlo, y el frío estaba lamiéndole las piernas. Y notaba miedo. Un miedo cerval, mayor cuando iba desperezándose. Nunca pensó que terminaría así. Un tiro, sí, pero en acción, combatiendo. Sin embargo, un secuestro nunca había entrado en su ecuación. No estaba seguro de poder aguantarlo.

«Esta gente siempre te las hace pasar putas. Siempre. ¡Dios santo, estoy jodido! Lola, ¡sácame de aquí! ¡Por Dios, Lola, lee mi mensaje!».

Ya vuelto en sí, comenzaba a dudar. Empezaba a pensar que ese conspicuo deseo era como un brindis al sol. De haberse cumplido, él mismo se hubiera visto dominado por el asombro.

«¿Por qué, teniendo una única baza, se lo envié a ella y no a alguien que me hubiera asegurado una mayor probabilidad de éxito? —se preguntó—. Dadas las circunstancias, hubiera sido más lógico. Pero en momentos de extrema tensión, ni siquiera en alguien entrenado como yo, la mente piensa con cordura. Si Lola no ha perdido el móvil, si lee el mensaje, si recuerda el caso Le Mans e investiga, no parará hasta entenderlo... Demasiados condicionales en una misma frase. ¡Dios, van a matarme!».

Se le entrecortó la respiración y se odió por ello. Si pudiera volver atrás, no hubiera dejado que le cogieran... Si pudiera...

«¡Dios, soy joven para morir! ¡No debería morir, morir antes de los cincuenta es un despilfarro! De acuerdo, soy policía y para un policía cualquier edad es buena para morir. Eso es lo que nos dicen, lo que nosotros mismos sostenemos cuando vamos a beber con los amigos. Pero no es cierto, no queremos a la muerte por novia. Ni siquiera por ligue... Todos nosotros deberíamos estar acostumbrados a la idea de tener una bala con nuestro nombre paseando por la puerta de nuestra casa y apuntando directamente al cerebro. Pero ¿quién se acostumbra a algo así? Ni siquiera los enfermos crónicos lo hacen, ¿y qué es un policía sino un enfermo crónico? ¡Oh, Dios, no quiero morir! Me importa una mierda la edad media, lo que les pase a mis colegas o lo que digan los periódicos. No quiero una medalla en el ataúd, ¡quiero vivir! Soy demasiado joven... demasiado».

De pronto, notó cómo la velocidad disminuía y la carretera empezaba a llenarse de baches. Debían de haber abandonado la autovía. Subían. Estaban llegando a su destino, fuera cual fuese.

Palacio de la Moncloa. Presidencia del Gobierno, Madrid. Noche del 4 de diciembre

Como todas las tardes, una valija atestada de cartas, paquetes, sobres y documentos llegados durante las últimas horas fue depositada en la sala de correspondencia del Palacio de la Moncloa, junto a los escáneres, a la espera de que los servicios de seguridad procesaran su contenido. En dicha valija, se hallaba un sobre de apariencia corriente. Llevaba estampado un matasellos de París y, como otros tantos sobres, tenía como destinatario a la Presidencia del Gobierno. Habitualmente, toda misiva recibida a partir de media tarde era procesada por los oficiales en el primer turno, el de las siete de la mañana. Sin embargo, contradiciendo por una vez la costumbre establecida, uno de los escáneres se puso en funcionamiento de madrugada. Todo se debió al problema de Roberto Armijo con el tequila. O, mejor dicho, con las mezclas.

Habiendo tenido turno de mañana, tras echarse una larga siesta, Armijo había salido a tomar unas cervezas con un par de colegas. En uno de los bares de Chueca, habían conocido a un grupo de chicas con ganas de marcha. A él le había tocado en suerte una enfermera morena, algo mayor para sus gustos, pero con unas curvas que quitaban el hipo. Ella le confesó que acababa de divorciarse. No hubiera hecho falta: esa suerte de desesperación corriendo por las venas resulta tan evidente como el perfume barato.

A decir verdad, el oficial Armijo —metro noventa, noventa y un kilos y veinte años de experiencia en bares y tabernas— tenía bastante aguante, pero nunca mezclaba bebidas. Sabía que le sentaba mal. Sin embargo, la noche prometía, de modo que, cuando la enfermera se empeñó en que tomaran tequila, no le llevó la contraria. Cuando empezaba a arrepentirse del error, sonó su teléfono. Le llamaban de la Moncloa. La mujer de uno de sus compañeros se había puesto de parto, y le pedían que lo reemplazara hasta el cambio de turno. No pudo negarse.

Dejó a la morena con las ganas y el número falso de móvil, y condujo hasta la Moncloa con las ventanillas abiertas, pese a los cero grados de temperatura. Tenía que despejarse a toda velocidad. Al detenerse en la barrera para mostrar su documentación, miró de soslayo el reloj y comprobó con sorpresa que las agujas temblaban como si se tratara de una brújula. Maldijo a la enfermera morena, al tequila y a la esposa de su colega, que elegía horas tan intempestivas para traer hijos al mundo, y se dirigió a la zona de taquillas. Allí guardaba una camisa, un uniforme limpio y un cepillo de dientes. En la zona reservada al personal, tomó una larga ducha fría y un café caliente con sal. Vomitó. Ingirió dos aspirinas y se sintió mejor. Al volver a contemplar la esfera de su reloj de pulsera, las agujas habían dejado de zarandearse. Eran las tres de la madrugada. Se preparó otro café muy cargado, esta vez con azúcar. Tenía que aguantar cuatro horas. No era para tanto.

Sin embargo, cuando sólo llevaba diez minutos sentado ante las pantallas de vigilancia, sus párpados empezaron a claudicar. Los abrió de inmediato. Si no se movía, se quedaría dormido y todos se enterarían de que estaba borracho. Había sido ya apercebido una vez. Si se enteraban de lo ocurrido, y de que había acudido borracho al volante de su propio coche, acabaría en un calabozo. El miedo le espabiló. Se levantó y se puso a pasear por la zona. Recaló en la sala de correspondencia.

Para procesar el correo, se empleaban dos máquinas de rayos X con cinta transportadora. La primera, de tamaño mediano, era capaz de revelar la presencia de armas, explosivos o drogas escondidos en paquetes de un tamaño no superior al de una mochila. La segunda máquina, más pequeña, podía escanear con rapidez bolsas de correo enteras. Era esta la que más usaban. Su capacidad de detección rayaba el ciento por ciento, y el porcentaje de falsas alarmas, incluso en envases cerrados, resultaba insignificante.

Se sentó ante la pantalla y se entretuvo pasando cartas por el escáner pequeño. Hasta que, en un momento dado, un pitido continuo le asustó. Observó despectivo el sobre. Era un modelo ordinario, de color blanco. Ni siquiera estaba protegido por algún tipo de envoltorio de plástico de burbujas. Aún sin comprender lo que ocurría, acercó los ojos a la pantalla. La imagen le devolvió la silueta de dos pequeños cables en el interior. Ni ellos ni la carta misma parecían peligrosos: el sobre era lo suficientemente plano como para no poder albergar un sistema de ignición o un solo gramo de explosivos, de modo que lo sujetó con la mano y le dio la vuelta para observarlo por el lado opuesto. Se le antojó uno de esos imposibles falsos positivos, aunque cables, desde luego, había.

No sabía qué debía hacer. Todas las opciones le parecían una fuente de problemas. Ni siquiera se había enfundado unos guantes. Finalmente, decidió que sería mejor pasarse por exceso que por defecto y dio la voz de alarma, hecho que desató tal incesante actividad a su alrededor que tuvo que tomarse la tercera aspirina. La cabeza le estaba matando.

La seguridad del complejo contaba con un equipo de expertos en desactivación de explosivos, que llegaron casi antes que el alivio de su dolor. Les proporcionó la información de la manera más escueta posible. Farfullaba y le costaba organizar bien las frases, de modo que procuró responder con monosílabos: cuanto más hablase, más se le notaría la tasa de alcohol en sangre.

Tras analizar las imágenes que devolvía el escáner y auscultar el sobre, los técnicos no consideraron necesario evacuar el edificio, pero les hicieron salir de la zona y concentrarse en el patio, a la intemperie, mientras procedían a la apertura de la carta.

La alerta no fue a mayores. Los artificieros ni siquiera se enfundaron el traje completo. La fotografía ampliada del interior del sobre permitió constatar que los cables, uno de color rojo, otro de color verde, estaban separados entre sí y no se unían

a mecanismo alguno. Con toda probabilidad, habían sido incluidos a modo de broma de mal gusto o para llamar la atención. Si esta última era su intención, desde luego, lo habían conseguido. La carta fue despreciativamente cedida para su análisis a los miembros de la unidad de información, que se habían personado en el lugar de los hechos. De inmediato, se pusieron manos a la obra para dar con alguna pista de su autoría. En cuanto el jefe de la unidad desdobló el folio, perdió el color. El emblema que encabezaba la carta, la presencia de polvo de aluminio, si bien en escaso porcentaje, y el mensaje mismo volvieron a convertir al Ministerio en un hervidero de rumores.

A las cinco menos veinticinco, para alivio del personal, que se hallaba aterido de frío, les permitieron regresar al interior. Armijo no lo hizo. La borrachera había cedido, pero, desde el exterior, se percibía el principio del caos, los gritos y las carreras, y su cabeza retumbaba como un bombo. Por eso decidió permanecer fuera, retirado del jaleo, aun a riesgo de congelación.

Unos minutos después, notó que alguien salía. Desde su escondite no pudo ver más que sus zapatos, brillantes como medallas al valor, pero entre las nubes dolorosas que le martilleaban el cerebro oyó una voz conocida. Pertenecía al director de seguridad de la Moncloa. El guardia civil telefoneó a la vicepresidenta.

—Señora, siento molestarla a estas horas, pero, en ausencia del presidente, usted está al mando. Estamos ante una situación de clara emergencia. Debo informarle de la recepción de una carta potencialmente peligrosa. Contiene el anagrama de la banda terrorista y reivindica el secuestro de un policía de nacionalidad española. Aún no podemos asegurar su autenticidad... ¿El secretario de Estado de Seguridad? No, va en el séquito del presidente, junto con el ministro de Interior... Naturalmente, esperamos órdenes... ¿En tres cuartos de hora? Por supuesto, estaremos preparados. ¿Avisará usted al presidente?... Sí. En Perú son las doce, más o menos... ¿Un SMS? Claro, muy conveniente. Gracias, señora.

Colgó. Iba a entrar de nuevo cuando su móvil volvió a sonar.

—¡A sus órdenes, señora! ¿El responsable del servicio de información de la Guardia Civil? Naturalmente. Enviaré a buscar al general Cerdón... Como quiera, esperaremos a que usted le informe.

—¡Oh, gracias a Dios! Ya puedo entrar. Me estoy quedando helado —murmuró Roberto Armijo al incorporarse. Había empezado a amanecer. En breve, llegaría el relevo y podría irse a casa.



Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. Noche del 4 de diciembre

La desagradable inquietud que le ocasionó notar que el vehículo se detenía, lo que significaba, casi con toda probabilidad, que habían llegado a su destino, no fue nada comparada con la sacudida que le produjo oír que las puertas del vehículo se abrían y cerraban de golpe. Estaba muerto de miedo. No pudo evitarlo: se cagó encima.

El maletero se abrió. Se había arruinado ya el día. Todo eran tinieblas. Dos pares de manos le sujetaron por la zamarra, lo arrancaron de aquella fosa y lo lanzaron contra el suelo húmedo. Cayó de rodillas y se llenó de barro. De inmediato, trató de protegerse. Pero, con las manos atadas, apenas atinó a cubrirse la cabeza con los brazos. Permaneció quieto, a la espera de acontecimientos. El ojo bueno le permitió captar una luz en lontananza. Debía de ser la casa donde iban a retenerle. Levantó la cabeza de un modo apenas perceptible.

—¡Qué miras! —oyó. Y luego sintió la patada. El corte de la ceja, consecuencia del puñetazo propinado durante la captura, se abrió y de nuevo la sangre empezó a correr por su ojo derecho, completamente cerrado. La sangre y la inflamación le dejaron ciego. Y todo se volvió negro rabioso, como la noche, como su captor.

Le arrancaron la cinta aislante que le cubría la boca. Otra patada. Se inclinó hasta meter la cabeza entre los hombros. En esa posición, el estado de sus pantalones, quizá el hedor que desprendían, llamó la atención de sus captores. Lo ocurrido resultaba tan evidente que hubiera sido inútil negarlo. Oyó la cínica risa del hombre enjuto:

—¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? ¡Un madero que necesita pañales!

Iturri trató de incorporarse, pero se le resbalaron los brazos. Lo intentó de nuevo, pero dos nuevas patadas volvieron a tumbarle. Esta vez no logró protegerse. Adoptó una posición fetal. El viento le abofeteó las mejillas mientras aquel bestia le molía las costillas. No había parte del cuerpo que no se quejase. Le dolían hasta los pensamientos.

—¡Déjalo ya, lo vas a matar! —oyó a su espalda. Quien hablaba, casi con seguridad Salamandra, lo hacía con timidez, como pidiendo perdón por la intromisión.

—¡Mira, esa es una buena idea!

El inspector sintió el calzado de su captor sobre su cara. Quizá a propósito, quizá fortuitamente, la suela le rozó el ojo herido. Dejó escapar un grito agudo.

—Nuestro madero se queja. ¡Pobrecillo! ¿Te duele?

El hombre desplazó el zapato hasta colocarlo justo sobre el ojo. Iturri sintió ampliarse la presión. Esta vez no se quejó.

—No soporto la peste de los cerdos, menos aún si es mierda de madero. ¿Y tú,

Iñaki?

Salamandra corrió hasta él con cara de incredulidad, y le habló con voz queda.

—¿Estás loco? ¡Nada de nombres!

—Es cierto, habíamos quedado en no emplear nuestros nombres, pero este tío es carne de cementerio. Morirá en breve. Y los muertos no hablan. Y ahora que lo pienso, si vamos a matarle de todos modos, ¿por qué no lo hacemos ahora y nos evitamos tener que aguantar su peste y darle de comer? Aunque podemos no alimentarle; total, para que acabe comido por los gusanos...

Iñaki, aterrado, incapaz de tener una muerte colgando perpetuamente de su conciencia, respondió con aire conciliador:

—Pero ¿qué dices, te has vuelto loco? Hay que seguir el plan y mantenerle con vida y en buen estado. Puede que luego nos haga falta...

—¿Falta, para qué? ¡Ellos no pueden saber si está vivo o muerto!

El silencio era combatido por el viento atronador. Joseba hablaba lo suficientemente alto para que Iturri pudiera oírle. Su voz resultaba tan lacerante como sus acciones. Cuando sacó la pistola que llevaba oculta en el pantalón, se preocupó de que Iturri oyera cómo la amartillaba. Al sufrir los primeros alardes de su enemigo, un escalofrío sacudió la espalda de Iturri, que apretó los dientes para no llorar. Sin embargo, la rabia suplantó al miedo. Se sobrepuso.

—¡Conozco a los tipos como tú desde el origen de los tiempos! Déjate de leches, sabes que no eres capaz. No pasas de alimaña asustada. ¿Sabes esto los de arriba? Porque van a crucificarte, incluso antes de que lo hagan los míos. Y tú, Salamandra sarnosa, ¿qué dices?

Las patadas regresaron. No pudo protegerse el ojo dañado.

—¡Ya basta, Joseba, ya basta! —volvió a oír.

—Sí, es suficiente. Tenemos que acabar ya.

Iturri sintió la presión del arma en su nuca. Cerró fuertemente los ojos, mientras se arrancaba con la primera oración que le vino a la mente.

—¡Bye, bye, hijo de puta! —respondió Joseba antes de apretar el gatillo.

De inmediato, oyó el clic.

Domicilio de la vicepresidenta del Gobierno, Madrid. Madrugada del 5 de diciembre

El jefe de gabinete pasó a la vicepresidenta por *email* una copia de la carta recibida. Y se mantuvo a la espera, con el teléfono abierto, mientras ella la imprimía y la leía. Empleó cuarenta segundos en escudriñar su contenido. Realizó dos lecturas. La primera, rápida, ávida, le permitió constatar el anuncio del secuestro de un policía de nacionalidad española destinado en la Interpol y la exigencia de un rescate: dinero, acercamiento de presos y la emisión de un extraño comunicado. Su segunda lectura fue más pausada. Se detuvo en los detalles, en el terrorífico emblema de la Organización, en la habitual firma, y especialmente en la exigencia de una prueba de aceptación. No necesitó una tercera lectura.

Con el folio en una mano y el teléfono en la otra, comenzó su batería de preguntas. Su jefe de gabinete pudo comprobar que su tono de voz mostraba un notable enfado. De haber podido verle los ojos se hubiera dado cuenta de que ardían.

—¿Dónde ha ocurrido el hecho?

—Por la última localización conocida del móvil del inspector Iturri, el secuestro ha tenido lugar en Francia. En la ciudad de Lyon.

—¿Y qué dicen nuestros vecinos franceses? ¿Han recibido la misma carta?

—Creemos que no. Es más, creemos que no están al tanto. De momento.

—Curioso —contestó la mujer—. ¿Y la Interpol?

—Entendemos que tampoco.

Se mantuvo callada unos instantes, que Beltrán, su jefe de gabinete, respetó no sin esfuerzo.

—De acuerdo; monta, por favor, un gabinete de crisis. Teniendo en cuenta que en el séquito del presidente va el ministro del Interior y el secretario de Defensa, echaremos mano del general Cerdón. Supongo que en estos momentos ya estará al tanto. De todos modos, llámale. Que se ponga a trabajar, que recabe toda la información pertinente. Y que no lo pregone a los cuatro vientos: ya sabes cómo se las gasta.

—Me pongo. ¿A quién más quiere en ese gabinete?

—A Lorenzo Montalvo, director del CNI.

—Ahora le llamo.

—No, lo haré yo. Convoca mañana una reunión en mi despacho. Y mantenme al tanto. Llámame con cualquier novedad.

—¿Convoco a las diez? Tiene un desayuno con empresarios...

—Mi intención es mantener la agenda como está prevista. Convoca un poco más tarde, por favor.

En cuanto colgó, se dirigió a la cocina. De camino, pasó por el cuarto de sus

hijos. Los gemelos dormían apaciblemente. Se había prometido a sí misma que crecerían en un país en paz. En aquel momento, dudaba de si aquello sería posible. Salió sin meter ruido. Se abotonó la chaqueta que se había echado sobre el pijama y se fue a la cocina. Encendió la cafetera y llamó al director del Centro Nacional de Inteligencia. El olor a café empezó a llenar la estancia. Oprimió el botón del altavoz para poder contar con ambas manos.

Lorenzo Montalvo contestó al segundo tono: estaba despierto. Era un mal durmiente. La llamada le pilló sobre la máquina elíptica, con el televisor encendido: CNN. Apagó ambas cosas de inmediato.

Sin dilación, la vicepresidenta le leyó de corrido el texto de la carta, mientras se servía una taza de café negro. Al concluir, le pidió su opinión.

—¿Y dice que están seguros de que es el logotipo de la organización terrorista?

—Lo están. Dicen que prácticamente al ciento por ciento.

—Entonces, tenemos un problema... O más de uno.

—Explícate, Lorenzo, por favor.

—Verá, señora, si bien es cierto que una carta como esta no augura nada bueno, en función de quién se esconda tras ella, resulta más peligrosa o menos. Puede acabar con una guerra o puede desinflarse como un globo pinchado. Con los datos que me facilita, no podemos saberlo.

Montalvo hablaba con voz tranquila, mecánica, como si expusiera un informe rutinario. La vicepresidenta depositó la taza de café en el friegaplatos, abrió el primer cajón de la cómoda y buscó un paquete de cigarrillos. No era una fumadora al uso. Podían pasar semanas sin que echara en falta la nicotina, pero ante situaciones de estrés siempre recurría a ella. Entregada a la tarea de encender un pitillo, no respondió de inmediato. Su interlocutor carraspeó.

—Entiendo lo que dices, Lorenzo, pero me gustaría que fueras más preciso.

El director vaciló. Lo que dijera afectaría mucho al juicio que la vicepresidenta se formara; sin embargo, no tenía datos en que basarse.

—Como en todos los juegos, antes de situarse ante el tablero, hay que conocer las reglas y a los contrincantes: con qué bazas cuentan, en qué se apoyarán para ganar, cuál es el premio que buscan... Por lo que entiendo, en este caso, el problema estriba en que no tenemos la certeza de con quién jugamos y, por tanto, desconocemos las reglas, las metas y los sentimientos por los que acuden al terreno de juego. Si se confirmara que la firma pertenece a la organización terrorista, sería un desastre para el país, pero, desde el punto de vista de mi trabajo, el juego sería mucho más sencillo. Les conocemos bien, sabemos de ellos y de su juego. Siempre juegan los mismos y de la misma forma. Como su poder está concentrado en la cúspide y no se filtra hacia la base, los comandos se erigen en simples ejecutores de las órdenes de otros. Nunca osarían hacer nada sin el beneplácito de sus superiores. Si se tratara de ellos, sus objetivos estarían bien definidos y podríamos ir dos pasos por delante. De no ser así... bueno, habría que empezar de cero.

—¿Y por qué piensas que no son ellos?

—Porque no tenemos nada sobre la mesa. Dirijo el CNI. No somos el mejor servicio de información del mundo, pero tampoco somos malos. Concretamente, en este terreno, pisamos fuerte. Y, sin embargo, ninguno de nuestros contactos nos ha avisado de un movimiento. Nuestros infiltrados tampoco nos han pasado alerta alguna. Y eso es raro. Un secuestro no se planifica de un día para otro. Hace falta dinero, seguimientos, preparar un escondite, ocultar las huellas...

—Quizá lo hayan llevado en estricto secreto.

—Es improbable, muy improbable, pero podría ocurrir. Por eso, mientras no salgamos de dudas, deberíamos trabajar de forma simultánea con ambas hipótesis.

—¿En paralelo?

—En paralelo, sí. De todos modos, me pongo en marcha. Suelo ser más sutil, pero dadas las circunstancias, mandaré a uno de mis hombres a Bilbao. Contactaremos con los nacionalistas vascos, para que, a su vez, ellos pregunten directamente a la Organización. Así podremos reducir las incertidumbres.

—Me parece bien. Gracias, Lorenzo. No dudes en llamarme si lo crees necesario.

—¡Animo, señora! Confiemos en que se trate de fuego de artificio.

Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. Madrugada del 5 de diciembre

Inmóvil, con el rostro sobre el suelo embarrado, Juan Iturri aguardaba expectante el fogonazo que supondría la confirmación de su muerte, algún tipo de desconexión penetrante, cuando unas risas de hiena le trajeron de nuevo a la Tierra. Abrió los ojos y se topó con unos terrones oscuros. En la boca tenía sabor a sangre. En su cabeza se agolparon mil y un sentimientos. Los dolores, disipados durante un instante, retornaron en tropel. Y también el juicio. Fue como un brusco renacer. Permaneció inmóvil, respirando lo justo. El tal Joseba seguía riéndose. Su jocosidad contrastaba con las airadas, casi desesperadas, protestas de Salamandra. Sonrió para sus adentros y volvió a cerrar el ojo. Quizá le creyeran muerto y pudiera escapar.

El sonido de un arma, finalmente descargada, le hizo comprender que no tendría esa suerte. Todo había sido una pantomima, una broma cruel. El gesto cayó sobre su ánimo como una losa cuyo peso se sumaba a los sentimientos de impotencia y miedo cosechados anteriormente. Tirado en el suelo, rodeado de sus propios excrementos, rompió a llorar. Ya no intentó mostrar desenvoltura. Ya no le importó que aquel malvado le viera desmoronarse.

Salamandra avanzó hasta él. De reojo, vio el brillo de una navaja, pero no hizo ademán de protegerse. Le daba lo mismo. Prefería terminar. El hombre se agachó y le cortó las ligaduras. Pese a la oscuridad, pese a que estaba casi ciego, no le pasó desapercibido su semblante contrito. Le acometió un acceso de tos y vomitó sobre sus manos. Salamandra no protestó. Le colocó una bolsa de plástico en la cabeza, lo sujetó por los hombros y lo arrastró por un camino de piedras hasta llegar a una casa.

—¡Ponte en pie!

Salamandra sacudió la cabeza.

—No puede, te has pasado con la paliza.

—¡Pues ayúdale, hermanita de la caridad, pero que suba ya! Y tú, madero, recuerda que el arma sigue en mi poder. Y la próxima vez no seré tan magnánimo — escuchó.

Domicilio de la juez MacHor, proximidades de Madrid. Mañana del 5 de diciembre

—¿Qué está pasando, Jaime?

Hablaban en la cocina, sentados, ambos con la vista fija en el horizonte oscuro, casi gris, por el que empezaba a adivinarse el cambio. Amanecía.

Su marido se volvió y con mal disimulada irritación replicó:

—¿Acaso está pasando algo, Lola?

—Pero ¿es que nunca me escuchas? Te lo he contado ya tres veces: Iturri no aparece. Padilla dice que su teléfono ha dejado de emitir. No es normal.

El doctor Garache volvió a su mayestática posición original. Con la barbilla levantada, parecía querer captar el radical fenómeno. Aún pequeña como una alubia, la rodaja de luz en el horizonte resultaba espléndida. Por más veces que lo viera, no lograría acostumbrarse a su belleza.

—Sí y sí. Siempre te escucho. Y sí, es completamente normal: con Iturri nada es lo que parece. Tiene esa virtud.

Lola movió con decisión la cabeza a ambos lados.

—Piensa, Jaime, y cíñete a los hechos. Nadie lo encuentra y su teléfono lleva demasiadas horas muerto. Un agente de la Interpol no puede permitirse un lujo como ese. Por no hablar del mensaje, extraño hasta para Iturri.

—¿A qué te refieres? Tu amigo rompe todos los límites de la definición de extraño.

La juez dejó la taza de café sobre la mesa y respiró hondo. Con Iturri, Jaime se comportaba de modo visceral. Y, mientras las vísceras actúan, impiden pensar. Tras expulsar el aire, volvió la mirada hacia su marido y le interpeló.

—¡Suéltalo de una vez!

—De acuerdo, ahí va. No sé dónde estará tu amigo, y sabe Dios en qué lío se habrá metido esta vez. Pero si quieres conocer mi opinión, te diré que estoy seguro de que este es otro de sus dardos. Sabes que los emplea para llamar tu atención, para tenerte sujeta. ¿No hace siempre lo mismo? Tres o cuatro meses sin tener noticias de él y reaparece con alguna historia a cuál más estrambótica. ¡Te lo repito, eres tú la que tiene la manía de buscar misterios donde no los hay!

—¿Y cómo sabes que no los hay?

—No me hagas hablar, Lola.

—Pues sí, mira, quiero que hables.

—De acuerdo, hablemos de ese mensaje. ¿Lo escribió correctamente? Me refiero a sin faltas de ortografía...

La voz de Lola se volvió pétrea. Estaba enfadada.

—Te estás pasando, Jaime. No es ningún iletrado...

—No me malinterpretes. Si está mal escrito, podría evidenciar lo que es obvio para todos menos para ti...

—¡Ya volvió la burra al trigo!

—¿Y cómo no habría de volver? Lo reconozcas o no, Iturri bebe como un cosaco borracho, y ese mensaje es otra prueba evidente de su problema...

No hubo ocasión para la réplica. Antes de darle turno, con un impaciente saltito, Jaime se puso en pie, arrastró la silla hacia atrás y se apoderó del último trozo de cruasán.

—¡Menos veinticinco! Ha llegado el momento de que la gente seria se ponga en marcha. Lo siento, debo marcharme.

Lola aún estaba sin arreglar; él llevaba corbata. A la juez le gustaba desayunar en pijama. En realidad, lo que más le gustaba era empezar el día con el olor del café en la nariz. Luego, llegaría todo lo demás. A él no. Jaime bajaba oliendo a colonia y perfectamente engominado. De todo ha de haber en la viña del Señor.

—Es temprano, ¿qué tienes hoy?

—Subo a Barcelona. Tres horas y pico de AVE para media hora de reunión. Como si estuviéramos en el Pleistoceno... Hay gente que piensa que TIC son las siglas de algún tipo de enfermedad olvidada, presente en algún altiplano sudamericano.

—Has dicho menos veinticinco, pero no la hora. Eso quiere decir que te has aburrido de la conversación y me vas a dejar con la palabra en la boca. ¿Cuándo coges el AVE?

Se acercó y volvió a sentarse. Su voz se suavizó.

—¡No te preocupes, ¿vale?! No será nada. Llámale otra vez. En esta ocasión, te responderá.

Negó con contundentes movimientos de cabeza.

—No y no.

—¿Cómo dices?

—Pues que no me escuchas y que no puedo llamarle. Si me escucharas, sabrías que el teléfono dejó de emitir señal hace horas.

Pensativo, volvió a levantarse. Y tratando, sin lograrlo, de parecer sincero, añadió:

—¡Pues eso es raro en un policía! Nacen como los niños, con los dedos encolados a las teclas del móvil. De todos modos, cualquier cosa es posible en Iturri. Lolilla, ahora sí que tengo que marcharme. Cojo el de las siete y media. Te veo esta noche...

Se acercó a ella, le dio un beso en la frente y con el dedo índice le abrió la chaqueta del pijama, un modelo de seda *beige* bordeado en rosa.

—Te pones guapísima cuando te enfadas, Lolilla. ¡Pena de reunión!

Ella se echó a reír. Se levantó, le pasó los dedos por la cara, siguiendo su contorno anguloso, y le despidió con una palmada en el trasero.

—¡Tú te lo pierdes!



Se alejaba cuando recordó el mensaje de E-park.

—Por cierto, Jaime, ¿no me dijiste que ayer estabas en Valencia?

—Y estuve. Llegamos a las mil. Por eso no vine a cenar.

—¿Y dónde dejaste el coche?

—Donde siempre, en el aparcamiento de la estación de Atocha. ¡Adiós!

Oyó el ruido de la puerta al cerrarse mientras sopesaba lo dicho. No cuadraba. ¿Se trataría de algún fallo informático? A ella, sin ir más lejos, su ordenador se le había desmandado hacía tiempo. Ya ni siquiera lo entendía. Un mensaje automático le había solicitado autorización para actualizar una aplicación. Ni siquiera sabía para qué servía. Había apretado la tecla de aceptar. Desde entonces, el ordenador ya no era el mismo. Ya no hacía las mismas cosas, no obedecía. Ya ni siquiera le entendía. Menos mal que no tenía el número de su tarjeta de crédito.

Bilbao. Mañana del 5 de diciembre

Los turistas prefieren Bilbao en otoño. En invierno, el tiempo se torna desapacible y la luz rigurosamente gris. A Ignaci Ostoiza le ocurría lo contrario. De todo el año, era justo esa época cenicienta, de sabores plomizos y suave chirimiri, la que más le gustaba. Pero, claro, él no era un turista. Había nacido en Bilbao; no en la misma capital, sino a unos kilómetros, en la montaña, en los límites de Gorbea. Su madre, nonagenaria, aún vivía en el caserío familiar, una preciosa casa del siglo XVII, construida con estructura de madera y pilares y muros de piedra, que habían remodelado para dotarla de todas las comodidades sin perder la esencia original. Él iba todos los fines de semana, y siempre que podía escaparse. Se sentía bien allí. Hasta las ratas que subían del arroyo cercano rumbo al establo, a la caza de un bocado, le apasionaban. Los gatos y los perros se daban buenos festines con ellas. Él no se llenaba el buche, pero aquel olor le esponjaba el alma.

Otros preferían fiestas, bullicio, copas y mujeres hermosas. Ignaci nunca se había casado, bebía lo justo y le molestaba el ruido. Pero no era un hombre huraño, ni solitario. Tenía buenos amigos, que le respetaban, un trabajo que le gustaba, un partido al que servía con orgullo y raíces en la montaña donde se podía ver crecer el tiempo. Era, en suma, un hombre moderadamente feliz, un poco más desde que había llegado a una entente con Dios.

Ignaci era católico desde la cuna. Un ferviente católico, para ser exactos, pero, tras reñir con el nuevo cura de su parroquia de Santiago Apóstol, había dejado de asistir a misa los domingos. No tenía nada contra los domingos, salvo que ese día iba todo el mundo. Le desagradaba que le vieran y lo incluyeran dentro de la «oficialidad» que tanto predicaba el nuevo cura. Dejó por tanto de ir, pero no de creer. Y, tras mucho cavilar, llegó a la conclusión de que Dios bien podía admitir una política de convalidaciones. Por su trabajo, estaba acostumbrado a negociar en circunstancias difíciles. Pero Dios era padre, y resultó sencillo: empezó a acudir a misa los viernes, puntualmente, sin faltar ni uno. Iba a la iglesia bilbaína de San José de la Montaña, de los padres agustinos, situada casi enfrente del palacio Chávarri. Su fachada neoclásica y su torre campanario terminada en aguja no eran gran cosa, pero allí se sentía a gusto. Iba temprano, a la misa de las ocho, junto a la pequeña colección de viejas y oficinistas fervorosos que se distribuían de forma aleatoria por la nave central. Él no era viejo, aunque acababa de dejar atrás los sesenta, ni tampoco era exactamente un oficinista, pero podía pasar por cualquiera de los dos sin llamar la atención. Al terminar, y con la misma puntualidad, se iba a desayunar a la cafetería del Domine, un hotel cinco estrellas levantado frente al museo Guggenheim. Habían

situado la cafetería, acristalada, en la azotea, lo que, en días claros, permitía contemplar toda la margen izquierda de la ría. La vista era magnífica. Él todavía recordaba aquella zona antes de la remodelación.

Como siempre, *in situ*, el cocinero le preparó una tortilla de claras, que acompañó con un trozo de queso, dos lonchas de jamón serrano y una de salmón ahumado. Era el único día que comía aquellos manjares. El resto de la semana se alimentaba de ensaladas y verduras. Pidió café. Se preparó dos tostadas con mermelada de naranja, y miró a través del cristal.

Los efectos del viento eran evidentes. Tendrían que cambiar la mayoría de las flores que vestían a *Puppy*, el perro del Guggenheim, y talar algunos árboles, cuyas ramas habían cedido ante la potencia del vendaval. A uno de los edificios de la Universidad de Deusto se le había volado parte del tejado. Imaginó las goteras y suspiró: era antiguo alumno.

Pese a todo, desde la azotea, a resguardo, la vista resultaba única. De hecho, si desayunaba en ese hotel era por ese motivo. Le enorgullecía contemplar cómo había cambiado la fisonomía de la zona y lo que él había tenido que ver en ello. En su día, rondaba 1991, la Administración vasca le encargó ponerse en contacto con la Solomon R. Guggenheim Foundation. Era uno de los abogados del partido, un hombre de toda confianza, experto en negociaciones, y hablaba bien en inglés. Tras meses de arduos tiras y aflojas, idas y venidas, lograron firmar un acuerdo para levantar lo que tenía delante: el museo Guggenheim Bilbao. Fue él quien sugirió el solar y quien logró, entre bambalinas, el acuerdo definitivo. Su nombre no apareció nunca en documento alguno, pero tenía al museo como suyo, y disfrutaba contemplándolo en lontananza.

Pidió otro expreso. Pero lo que llegó no fue una taza de porcelana fina, sino un caballero simpático, de gran envergadura, vestido de modo informal y con aspecto de turista, que le pidió permiso para sentarse a su mesa. Se extrañó. La sala era pequeña, pero estaba casi vacía. Sin embargo, en el mismo instante en que le vio los ojos, vivos, casi incandescentes, brillando con luz propia tras sus gafas sin montura, supo que tenía que trabajar.

Le invitó a sentarse. No quiso tomar nada. Dijo ser amigo de unos amigos. Conocía a quienes mencionó, bilbaínos domiciliados en Madrid, de modo que le escuchó con la misma atención que hubiera prestado a alguien que conociera.

—¿Se le ha enfriado el café? —preguntó el visitante, cortésmente.

—No, está perfecto. ¿En qué puedo serle de utilidad?

—¡Espero que en mucho! Verá, un amigo nuestro ha desaparecido. ¡Puf!, de repente, como por arte de magia. Como si se lo hubiera tragado la tierra. En épocas pasadas, pensaríamos en algo desagradable, ya sabe. Pero ahora corren nuevos vientos. Otros tiempos, ¿no cree?

—Sí, gracias a Dios. Nuevos tiempos —repitió. Y siguió a la escucha.

—El caso es que esta persona no aparece y, dadas las circunstancias, mis amigos,

que a su vez son amigos suyos, están inquietos. Les preocupa que alguien haya vuelto a las andadas. Ya sabe, algún verso suelto, un último coletazo. Aunque, claro, en ese caso, lo que cabría esperar sería una llamada a ese periódico suyo reivindicando lo que sea que haya pasado. Y eso, al parecer, no ha ocurrido. El caso es que mis amigos necesitan salir de dudas, saber por dónde van los tiros.

Se llevó la taza a la boca, pero no bebió. En efecto, el café se había quedado frío.

—Comprendo. ¿Acudirá usted aquí mañana? —alcanzó a susurrar Ignaci.

—Creo que me acercaré esta tarde a la Bilbaína. Iré hacia las cinco, y me quedaré hasta la hora de la cena si hace falta. Sería un placer invitarle a un buen bacalao. Desafortunadamente, ahora tengo que marcharme.

—Hasta la tarde, pues.

—Sí, hasta luego. Y muchas gracias.

Una vez que su interlocutor se hubo marchado, Ignaci llamó cortésmente al camarero. Ordenó que retiraran el café que estaba sobre la mesa y que le sirvieran otro expreso, descafeinado. Salvo un punto vacilante en su voz, su rostro no mostró reacción alguna ante lo sucedido. Sin embargo, se le había destemplado el ánimo. No era la primera, ni la segunda, ni la tercera vez que le pedían realizar una gestión de ese tipo. Pero, siempre que se encontraba en esa naturaleza de situaciones, le ocurría lo mismo. Conocía bien los cauces, que se mantenían siempre abiertos por si aparecían casos como el presente. Pero prefería no usarlos.

Por la avenida de Mazarredo, desde el Guggenheim hasta la sede de su partido, donde tenía su despacho, tardaba trece minutos a paso tranquilo, y diez a paso ligero. Aquel día empleó veinte: necesitaba pensar. Luego, en vez de entrar en el edificio, se fue al barbero, aunque, en realidad, no lo necesitaba, pues se había cortado el pelo la semana anterior.

El peluquero se extrañó al verle, pero se mostró dispuesto a hacerle ese pequeño favor y llamó por teléfono a un amigo. Este llamó a un tercero, que telefoneó al móvil de Ignaci una hora y media más tarde, desde un teléfono prepago. Ignaci le explicó en euskera, su lengua natal, lo que a él le habían transmitido en castellano. Su interlocutor prometió hacer las averiguaciones oportunas. Pasadas las cinco de la tarde, en un tiempo que tuvo por récord, volvieron a llamarle. Le aseguraron que habían hecho averiguaciones suficientes (mencionaron que incluso habían contactado con la *erakundea*), sin obtener dato alguno. Nadie sabía nada de una desaparición. Después de todo, nadie quería estropear la situación, que empezaba a resultar cómoda. Antes de colgar, le pidieron que les hiciera llegar todos los datos que lograra recabar. Estaban verdaderamente interesados.

Aquella tarde, Ignaci acudió a la Bilbaína. Entró en la biblioteca y cogió un libro al azar. Cuando el simpático turista se sentó a su lado, le ofreció los detalles que había recabado. Después, salió. Se subió a su coche y se fue a ver a su madre. Por primera vez en su vida, se sentía viejo.

Hotel Miguel Ángel, barrio de Salamanca, Madrid. Mañana del 5 de diciembre

Aquella mañana, la vicepresidenta del Gobierno intervenía en un foro económico. La economía no era lo que más le gustaba, aunque conocía suficientemente bien la política para otorgarle la importancia que se merecía. Gracias al cielo, se trataba de un desayuno. No debía ofrecer un discurso, sólo unas palabras de clausura. Y escuchar. Había cámaras y fotógrafos, y las elecciones estaban a la vuelta de la esquina. Sus dos frases serían escrutadas, diseccionadas y comprobadas como pruebas de ADN. Se proponía exaltar los logros de su gobierno en pro de la economía española, un caballero andante que había sido capaz de zafarse de mil y un amenazantes molinos. Se hallaba sentada a una mesa redonda, rodeada de empresarios, cruasanes y zumos de naranja. Pese a las fechas, funcionaba el aire acondicionado y se estaba quedando fría. No podía permitirse una afección de garganta, pronto empezarían los mítines. Lo había hecho notar, pero no había solución fácil.

Miraba al ponente fijamente; incluso, de cuando en cuando, en especial si el término «empleo» salía de sus labios, asentía con la cabeza, pero sus pensamientos estaban muy lejos de allí. Tenía el cuerpo en el desayuno y la mente en las elecciones y en cómo influiría la nueva amenaza, si se confirmaba. Le preocupaban los rivales, todas las encuestas señalaban su avance, pero sobre todo le preocupaban los colegas. Sí. Pensaba en el fuego amigo cuando oyó en su hombro izquierdo un susurro que interrumpió sus cábalas.

—Señora, hay novedades importantes respecto a la autenticidad de la carta de la organización terrorista...

La vicepresidenta no pudo evitar un gesto de desagrado. El rumor de las risas provocadas por un chiste viejo pronunciado por el ponente turbaron el silencio. Lo aprovechó para preguntar.

—¿Credibilidad?

—Dicen que sigue siendo prematuro opinar. Pero se decantan por la verosimilitud. Si se confirman los primeros datos, nueve sobre diez.

Sólo llevaba veinte minutos en el acto, pero no dudó al contestar.

—Gracias. Voy enseguida.

Sujetó el brazo de su acompañante y anfitrión, un banquero catalán. Sus ojos se encontraron un instante, pero fue suficiente. Era inteligente, pero sobre todo era perro viejo, como ella, aunque les separaban treinta años.

—Querido amigo, un asunto inesperado. Ya sabes cómo son estas cosas. ¿Te parece bien que adelantemos mi intervención? Podría hablar ahora, a continuación.

Su voz sonó serena, profesional y al mismo tiempo femenina, cálida. Parecía una

sugerencia, sonaba como una petición y como una excusa, aunque ambos sabían que era lo más parecido a una orden. Sin embargo, ella hacía que no importara obedecer. Era una de sus mejores armas. No la mejor, desde luego. Ni la única. Nada superaba su capacidad para llegar a acuerdos. Se había ganado una buena fama en ese sentido. Era la que la había encumbrado a aquella posición, y en la que pensaba apoyarse para convertirse en la nueva presidenta, la primera mujer presidenta de la democracia española.

—Naturalmente, ahora mismo lo arreglo. Déjame un segundo para llamar a las cámaras —contestó su interlocutor.

Muy acertado: sus palabras se escucharían en el telediario de las tres.

Mientras el organizador avisaba a su ayudante del cambio de horario, ella permaneció pensativa. Creía que aquella batalla estaba librada y ganada desde hacía meses. Aún restaban algunos flecos, pero eran menores. ¿A qué venía un secuestro? Si la amenaza se confirmaba, el panorama se transformaría completamente. Todo lo demás se oscurecería hasta lograr absorber la poca luz que habían sido capaces de crear. El edificio sangraría por los cimientos. Sería el prólogo de una debacle, la peor noticia que podría recibir en aquel momento.

Oyó pronunciar su nombre, luego los aplausos. Alguien le ayudó a retirar la silla. Se dispararon los *flashes*, las cámaras la enfocaron. Se puso en pie y se dirigió al atril. No llevaba notas. No las necesitaba. Poseía una memoria prodigiosa, de opositora. Agradeció la invitación. La cortesía y la amabilidad eran un bien tan precioso como gratuito que muchos hombres desconocían. Ella, por supuesto, no.

—En los viejos tiempos, cuando el cepo colgaba de nuestros cuellos, apretamos los dientes y nos esforzamos. Gracias al esfuerzo de muchos, especialmente a los arrestos de tantos pequeños empresarios que han apostado hasta sus propios patrimonios, hemos logrado que esas cadenas cayeran. Ahora podemos recuperarnos, generar de nuevo el empleo perdido, volver a la senda del crecimiento. Gracias por vuestra ayuda.

Ya en el coche, de regreso al Ministerio, su voz volvió a sonar tensa y su rostro dejó traslucir su preocupación.

—Ponme al día.

Desvió la mirada hacia el exterior mientras escuchaba a su asistente, quien, de modo preciso y sucinto, le informaba de que habían hallado una huella parcial en la carta que podría corresponder a una terrorista condenada por asesinato. El viento soplaba con una potencia extraordinaria. Aunque estaba a cubierto, se sujetó al asiento. Y sintió el cansancio. Apenas había dormido la noche anterior.

—No lo comprendo —confesó—. No lo comprendo en absoluto. ¿Te has fijado en las condiciones? Piden dinero; no es de extrañar, de una u otra forma, siempre lo piden: les quedan pocas formas de financiar sus actividades. Exigen el acercamiento de sus presos, lo cual tampoco nos sorprende. Pero el resto... «El valor de la libertad», ¿a qué viene esto?

—Sólo piden que lo incluya en su discurso del día de la Constitución a modo de acuse de recibo.

—Lo sé, Beltrán, he leído el comunicado lo menos veinte veces. Pero sigo sin comprenderlo.

—Lo comprendamos o no, parece ser cierto.

—Dime una cosa: ¿cuántas copias se han hecho del comunicado?

El jefe de gabinete bajó la vista.

—Lo desconozco, lo siento.

—Pues no lo sientas: averígualo y hazte con todas ellas. Las quiero en mi despacho y controladas. ¿Qué más?

—Además de esa huella, el tipo de papel y el anagrama parecen confirmar su autenticidad. ¿Ha hablado con el presidente, señora?, ¿piensa modificar de algún modo su agenda?

—Lo he hecho, sí. Me ha pedido que le mantenga puntualmente informado, como no podía ser de otra manera. Respecto a su agenda, como es obvio, no se moverá un milímetro. Si dejamos que esos malnacidos alteren nuestros planes, estamos muertos... Y volviendo a lo nuestro, ¿están ya mis invitados en el Ministerio?

—La esperan el general Cordón y el director del CNI. Aquel ha mandado llamar a uno de sus hombres de París, un tal teniente coronel Villegas, que, al parecer, es uno de los que más conoce las tripas de este mundo. Llegará a lo largo de la mañana.

La vicepresidenta le detuvo.

—Beltrán, antes de continuar, quiero que recuerdes mi orden: silencio absoluto. No quiero ni media filtración. Ni media. Te responsabilizaré a ti si ocurre —advirtió.

—Entendido.

—Si corre la voz... No hace falta que te diga lo que ocurrirá si corre la voz...

—Lo sé. Haré todo lo que esté en mi mano.

—Eso no es suficiente. Si tenemos que declarar una cuarentena, lo haremos. Nadie implicado llamará a su mujer, marido, madre, padre, hijos o amantes, ni volverá a su casa para ver el partido. Estaremos confinados el tiempo que haga falta. En especial, el general Cordón.

Durante unos instantes, reinó el silencio. La mente de la vicepresidenta funcionaba a velocidad de vértigo. Un suspiro. Una nueva pausa.

Mientras el asesor hacía sus llamadas, ella telefoneó a su casa. Había dejado a uno de los gemelos con fiebre.

Abrieron la puerta antes de que el vehículo se hubiera detenido completamente en la entrada del palacio. Cobijada por un enorme paraguas, la vicepresidenta descendió y avanzó a paso ligero hasta el interior del edificio.

Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. 5 de diciembre

Con una bolsa de plástico con el logo de un supermercado vasco cubriéndole la cabeza, a Juan Iturri le habían hecho subir a trompicones los tres tramos de una escalera estrecha, forrada con una moqueta gastada de color azul y dibujos de flores. Eso fue lo único que alcanzó a ver, sumado a un aroma inespecífico, que le hizo recordar algún guiso con patatas.

Necesitó ayuda. Tenía las piernas entumecidas, y la ropa llena de barro pegajoso. Resoplaba. La sangre corría por su cara hasta el punto de salpicar la alfombra. Cuando se dieron cuenta de que iba dejando un reguero a su paso, maldijeron en voz alta, y le obligaron a detenerse. Le quitaron la bolsa y le colocaron un pañuelo sucio cubriéndole los ojos.

«No son patatas, es arroz», se había corregido. Desde entonces, la imagen de un plato de arroz blanco, sin más aditamento que un ajo en láminas, llenaba su mente. Eso y un vaso de agua fresca. Tenía el estómago vacío y la lengua pegada al paladar.

No le habían alimentado ni hidratado, pero seguía vivo. Sentía enormes dolores, pero su cabeza seguía funcionando. Pensaba en lo que ocurría. Y en las posibilidades que le quedaban, que eran más bien pocas.

Tras el amago de ejecución, la cabeza del inspector había empezado a recuperar su capacidad de análisis. En atención a lo observado, había colegido que se hallaba en un domicilio particular. Quizá el tal Joseba fuera un miembro legal, no fichado. Había repasado mentalmente la lista de secuaces que la Organización tenía en aquella zona, sin llegar a ningún nombre. No era muy extensa y los que la formaban más parecían simpatizantes de boquilla que de valor, aunque siempre resulta difícil saber qué argumentos esconde un corazón. Hasta que llega un momento en el que hay que decidir de una vez para siempre si traspasar o no la línea de las palabras, no se conoce a una persona. En todo caso, si se hubiera tratado de un miembro legal con domicilio en la zona de Lyon, debería haber contado con acento francés, mientras que Joseba hablaba con un deje británico.

Todo le resultaba lo suficientemente extraño para dudar de lo que veía. Incluso, en un momento preciso, había creído oír a un bebé llorando, algo imposible, otra locura de su imaginación.

Terminada la ascensión, le habían ordenado detenerse. Oyó entonces a su izquierda el sonido de una puerta que se abría. Sin duda, sus goznes necesitaban ser engrasados. Le despojaron del pañuelo, le hundieron la cabeza, le obligaron a doblar la espalda y, con un fuerte empujón, le arrojaron dentro de un oscuro cubículo. El primer desgarró lo ocasionó el golpe. Su frente chocó contra una de las vigas del techo y él cayó al suelo, donde vio las estrellas. La segunda bofetada la provocó el



frío, impenitente, y los efluvios que emanaban del suelo y las paredes. En aquel lugar no flotaban olores de arroz o patatas guisadas. No olía a vida corriente. Se respiraba humedad, moho y abandono.

Sus secuestradores no habían encendido la luz; de hecho, en aquel exiguo habitáculo, que recorrió cuidadosamente, palmo por palmo, no había instalación eléctrica, pero se filtraba suficiente claridad por debajo de la puerta para acertar a ver dónde se encontraba. En cuanto fue consciente, comprendió que su vida, al menos lo que podría llamarse vida humana, había terminado.

Del mismo modo que las casas de putas se huelen de lejos, todos los zulos se parecen. Hay muchos tipos de prostíbulos, pero ninguno carece de chulos, borrachos, clientes y mujeres marchitas. En un zulo nunca falta la sensación de claustrofobia, la opresión de las paredes, el polvo, la oscuridad y el miedo. Iturri había visto muchas fotografías y visitado en persona algunos lugares de reclusión. Pero aquel era, con diferencia, el peor.

Se trataba de un diminuto armario en la parte lateral de una buhardilla, una especie de trastero con el techo bruscamente inclinado y capacidad para algunas maletas: cuatro, cinco a lo sumo. Era pequeño incluso para ser una celda. Calculó al verlo que mediría dos metros por uno y pico. Y hacía tiempo que no se usaba, a tenor del polvo acumulado y el olor a cerrado. Carecía de ventilación. Iturri, que no alcanzaba el metro noventa, no había podido permanecer en pie. Ni siquiera conseguía caminar bajando la cabeza. Tenía que doblar pronunciadamente la cintura o avanzar a cuatro patas.

Pasado el primer momento de sorpresa, había caído en la cuenta de que, en el interior del armario, no había nada en absoluto. Eso le había cargado de esperanza. Su secuestrador y su compinche debían de ser novatos (de hecho, que lo fueran le cuadraba a la perfección) y no habían pensado en que, tarde o temprano, necesitaría orinar. Si se veían obligados a sacarle de allí de vez en cuando, tendría ante sí alguna posibilidad de escapar. Enseguida, una nueva hipótesis, mucho menos agradable, había brotado en su mente, transformando su sonrisa en un rictus amargo. Era posible que no fueran tan novatos. Cabía la posibilidad de que lo hubieran sopesado y ni siquiera pensarán darle tiempo para usar un baño. Porque tampoco había una botella de agua o una escudilla. La puerta no contaba con una abertura por donde pasarle la comida. ¿Sería posible que pretendieran matarle de hambre? O abandonarle allí a su suerte, encerrado. Pasarían semanas o meses antes de que alguien localizara su cuerpo, por el hedor de la descomposición. Desearía haberse decantado por la primera hipótesis, pero no podía zafarse del recuerdo de aquel largo secuestro.

¿Cuánto tiempo había pasado, quince años? Quizá veinte, o puede que más. No lo recordaba con exactitud, pero desde luego no podía olvidar el parte pericial: al practicar la autopsia, el forense encontró que el cadáver tenía las paredes del intestino pegadas de pura inanición. Dentro del estómago, se hallaron restos de pasto. Se había comido las malas hierbas que crecían en el patio al que le sacaron en una ocasión.

Gran parte del cautiverio lo pasó metido en un saco.

Había permanecido inmóvil, sentado con los ojos cerrados y los brazos rodeando las piernas. Sus únicos movimientos habían sido espasmódicos, mezcla de miedo y frío, y sólo había conseguido hacerse daño. Debía serenarse. Escuchó durante unos segundos. No se oía ni un solo ruido por los alrededores. Quizá se debiera a la hora, tardía incluso para España. Sí, en una vivienda como aquella, resultaba muy probable que por la mañana apareciera el camión de la basura y oyera su estruendo; o los ladridos del perro del vecino, feliz por poder moverse libremente, o la furgoneta de la compra y el vozarrón del repartidor. A lo mejor, algún chavalillo en bicicleta repartía periódicos por la zona al son de un timbre desafinado. Aunque, con aquel viento, parecía improbable. Sí, en una buhardilla, incluso en una como aquella, tenía muchas más posibilidades de sobrevivir que en un zulo bajo tierra. Pasaría frío, pero la falta de aislamiento exponía su voz al exterior. Respiró profundamente y, pese al gélido ambiente y al pútrido olor, pese a los múltiples golpes y la suciedad de su cuerpo, se sintió mejor.

—¡Lola, estoy aquí! Estoy seguro de que puedes percibir mi dolor. ¡Ayúdame, por favor! —pronunció en voz alta.

No había seguido hablando porque oyó un sonido: alguien que ascendía por la escalera y se acercaba a la puerta de su celda. «Se habrán dado cuenta del error, y vendrán con una botella de agua y un plato de arroz», había cavilado contento. Se hallaba muerto de sed. Pero lo que llegó fue un golpe mucho más duro y doloroso que el rechazo que le había reventado la ceja, más que la burda representación de su ejecución. Tras la madera de pino de la puerta, había sonado apagada, pero no había duda de que era la voz de su captor, el tal Joseba. No podía verle la cara, pero supo que, al recitar lentamente aquellos versos, disfrutaba.

—«Por mí se va a la ciudad del llanto / por mí se va al eterno dolor / por mí se llega al lugar en donde moran los que no tienen salvación». Disfruta de la noche, Iturri. Mañana hablaremos. Y nos pondremos de acuerdo.

Los pasos se habían alejado dejando al inspector solo. Ya no sonreía. Conocía bien el pasaje declamado. Lo habían memorizado en el colegio, a base de repetición y collejas. Eran los versos que Dante labraba sobre la losa de la entrada del mismísimo infierno. Lo que más le inquietó fue que sabía cómo acababa: «¡Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!».

—¡Pero qué es lo que quieres! —chilló.

No recibió más respuesta que la de su estómago. Había almorzado un sándwich de salmón y varios (demasiados) cafés. Vomitó la bilis que le quedaba en el estómago. El aire del zulo se volvió aún más irrespirable. Apoyó la cabeza en la pared opuesta y se dijo a sí mismo que nunca más volvería a comer salmón. Se echó a llorar de nuevo.

Pasados unos momentos, se abrió la camisa y se aferró a la placa de plata que colgaba de su cuello. Indicaba que era alérgico a los macrólidos, un tipo específico de

antibióticos. Era un objeto preciado para él. Su valor procedía de que podía librarle de una gravísima situación, pero sobre todo de que se lo había regalado Lola MacHor, tras un susto que casi le cuesta la vida.

Había pedido la referencia, comprado la placa y mandado grabarla con la información. Luego, se la había hecho llegar por correo, junto con una nota escueta: «¡Que al menos no te maten los bichos! No podría soportarlo. Bss, Lola».

Lola, su sola familia; la mujer que había prometido enterrarle, si era el caso; la única que le lloraría de veras y la única que podría sacarle de allí. De haber contado con algún amigo que le echara en falta, hubiera dado la voz de alarma al ver que pasaban días sin acudir a la oficina. Pero no tenía ninguno. Y en la Interpol estaban acostumbrados a sus ausencias.

«¡Lola, sólo quedas tú!».

«¡Y tú!», pareció que le replicaba.

Era cierto, tenía que pensar. En aquel secuestro había algo raro.

Aeropuerto Adolfo Suárez-Barajas, Madrid. Mañana del 5 de diciembre

El vuelo de Iberia 3421 procedente de París aterrizó en la terminal 4 del aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid a las diez y cincuenta y cinco minutos. Aunque la tripulación intentó ganar tiempo durante las dos horas que duró el vuelo, tomaron tierra con un retraso de cuarenta minutos. El amable y compungido piloto lamentó la demora, que achacó a un problema en la asignación de la pista de despegue. En realidad, el vuelo, uno de los trayectos más puntuales de la aerolínea, hubiera podido salir a tiempo. Sin embargo, recibieron la orden de no despegar hasta que el pasajero del 9B ocupara su asiento.

El vuelo tenía hora de despegue a las ocho y cuarto. A Ildefonso Villegas García le asignaron el asiento 9B una hora antes, cuando estaba desayunando en su guarida. Como tenía por costumbre, había llegado unos minutos después de las seis, encendido la cafetera y dispuesto tres pequeñas rebanadas de pan en la tostadora. Guardaba su botellita de aceite de oliva en el armario y el jamón serrano en el frigorífico. Llevaba quince años viviendo en París, pero jamás había perdido sus orígenes. No se lo pensó dos veces: en cuanto le notificaron las órdenes, dio un último mordisco a su tostada, dejó una nota al equipo y salió zumbando hacia el aeropuerto.

Villegas disponía de un soleado y agradablemente decorado despacho en el ala norte de la embajada española, que visitaba religiosamente una o dos veces por semana, casi siempre lunes y viernes. Se dejaba caer por allí a media mañana, y se marchaba a la hora del almuerzo. En ese rato, no más allá de un par de horas, echaba un vistazo al correo, saludaba a los colegas y escuchaba los últimos chismorreos. Iba, sencillamente, de visita, porque donde él y su equipo desarrollaban su trabajo era en la guarida, un piso pequeño y mucho menos glamuroso, distante media hora de coche de la embajada.

En la nota para su equipo no pudo decir más que les llamaría en cuanto tuviera ocasión. La Chata nunca llegaba antes de las nueve, porque, de camino, dejaba a su hija pequeña en la guardería. Matías era una incógnita: en ocasiones, cuando entraba en el piso, él ya estaba allí, rodeado por el humo de al menos diez cigarrillos. Otras veces, cuando pasaban de las once y no había aparecido, telefoneaban a su casa para despertarlo. Eran muy distintos, pero se compenetraban como una buena pareja. Villegas había entrenado personalmente a la Chata. Matías y él eran compañeros de la academia. Ambos eran los mejores en lo suyo.

Antes de abandonar el piso de la calle Trébois, Villegas dedicó unos instantes a observar su escritorio, repleto de papeles ordenados en montañas, perfectamente alineadas. Dudó pero al final no se llevó nada. No le habían explicado el motivo de

tan inesperada convocatoria, aunque, tratándose del general Cordón, debía de ser importante. De camino al aeropuerto, pasó mentalmente revista a los grandes temas que llenaban el largo tablero de madera. Ninguno era demasiado urgente. Villegas dirigía la unidad central de información antiterrorista española en territorio francés. No eran espías. Lo suyo era recabar datos y analizarlos, separar la paja del trigo, olfatear, afinar hasta conseguir que la información fuera directamente operativa y sirviera para llevar a cabo acciones eficientes y, en la medida de lo posible, exentas de riesgo. Trabajaban codo con codo con sus homólogos franceses, con los que se entendían a la perfección. Durante quince largos años, juntos habían reunido tantos datos que hasta el MI6 había llegado a tenerles un poco de envidia. Sólo una pizca. No había secuestro que no hubieran investigado, ni atentado cuya autoría no hubieran procesado.

El asiento 9B estaba en medio de la fila. Sentirse aprisionado, no tener una salida expedita, le causaba un nerviosismo visceral y rogó a la azafata que le cambiaran de asiento. Pero la veterana sobrecargo sabía su condición de causante de la tardanza y le aseguró que no había ningún sitio disponible. Pagó un capuchino, que aprovechó para pasar medio Valium. Diez minutos después, ya estaba adormilado. Cuando el tren de aterrizaje tomó bruscamente contacto con la pista, se despertó.

La azafata advirtió al pasaje que mantuvieran sus teléfonos apagados hasta que el avión se hubiera detenido. Villegas fue uno de los pocos que le hizo caso. Era un hombre pacífico, pero sobre todo era un militar acostumbrado a recibir y cumplir órdenes. La mayoría de los pasajeros acarreaban bolsas, maletas de mano, mochilas o portadocumentos. Villegas no llevaba nada y permaneció sentado mientras los demás recuperaban sus bártulos, dispersos por los compartimentos superiores. Por fin, se abrió la puerta y les permitieron bajar.

Evitó la fila de los pasaportes. Fuera, le estaban esperando. Le condujeron directamente al Ministerio y le introdujeron en un pequeño despacho, provisto de una mesa, un sillón giratorio y dos sillas oscuras. Sobre la mesa, descansaba una carpeta «top secret» y un teléfono. Permaneció en pie sin tocar ninguno de los dos objetos.

Pocos instantes después, entró un civil, un caballero de cabello engominado y tez bronceada que, antes de presentarse, le lanzó una mirada curiosa. Quizá esperase otra cosa. Villegas, que no aguardaba aquella convocatoria, vestía pantalón de pana *beige*, jersey de pico verde, camisa de rayas y una zamarra bastante vieja. Tras el examen, el hombre se presentó como el asesor personal de la vicepresidenta. Dijo llamarse Beltrán. No le hizo partícipe de su apellido pero le ofreció una sucinta explicación del motivo de su visita.

—La misiva llegó ayer por la tarde. Los datos han sido cotejados dos veces, por dos departamentos diferentes. Ambos coinciden al afirmar que es muy posible que la amenaza sea real. El sobre fue depositado en un buzón de la Gare du Nord, en París, hace dos días. No hace falta que le diga que, desde esa estación, circulan trenes hacia la periferia norte, pero también los TGV hacia Bruselas, Ámsterdam o Colonia y el

Eurostar hacia Londres. Quien haya entregado allí esa incendiaria misiva puede proceder de cualquier parte. Hemos seguido estrictamente el protocolo. Se ha creado un comité de emergencias, que ya se ha puesto a trabajar. En esa carpeta tiene toda la documentación recabada y copia de la carta. Necesitamos una respuesta a la mayor brevedad. Y por brevedad entiendo un par de horas a lo sumo. Como comprenderá, el tiempo se nos echa encima.

Sin darle posibilidad de réplica, Beltrán abrió la puerta y salió de la habitación. Villegas le siguió.

—Disculpe...

—¿Alguna duda, teniente coronel? ¿Hay algo que no esté claro?

—Me temo que sí, señor. Usted quiere una respuesta, pero ¿cuál es exactamente la pregunta?

El político suspiró.

—Está todo en esos papeles, estúdielos. Aun así, no me importa aclarárselo. Necesitamos saber si, en su opinión, se trata de un verdadero secuestro. Si lo es, queremos saber si debe atribuirse a la organización terrorista como tal, lo que significaría el final del proceso de paz o, si es el caso, si está protagonizado por una facción disidente o por algún imitador.

—Eso son tres preguntas. No podré responderlas en el plazo indicado. Es imposible.

—¿Imposible? Esa palabra no forma parte de mi vocabulario. Acabo de poner la vida de un hombre y el futuro de un pueblo en sus manos: no me diga que es imposible. Deje cualquier otra cosa, y céntrese en esto. El tiempo se agota.

—Sólo le prometo que haré todo lo que pueda. Y para eso, necesitaré medios. Para empezar, un teléfono seguro...

—Ese lo es, pero no puede comentar esto con nadie ajeno —dijo mientras señalaba el que descansaba sobre la mesa—. Monte su equipo, el que quiera, pero que sea estanco. No puede escapar ni la más mínima brizna de información. ¿Entendido? Es muy importante.

—Soy guardia civil y llevo dos largos decenios luchando contra esta plaga. No precisa repetirme las cosas. Y respecto al equipo, no necesito montar ninguno, dispongo del mío. ¿Cuándo voy a poder hablar con mis superiores?

—El general Cerdón está reunido, vendrá en cuanto le sea posible.

Villegas regresó preocupado a la pequeña sala que le habían asignado. Los políticos comprendían poco la naturaleza de su trabajo. Las más de las veces, se componía de mucha paciencia, algo de intuición y un poco de suerte, elementos que rara vez caracterizaban a un político y que se oponían a las prisas y a las improvisaciones.

Se sentó en la silla giratoria, y, en medio del silencio espeso de la sala, comenzó a leer el dossier. Cuando acudieron a instalarle el segundo teléfono interior, pidió una jarra de café con leche, tostadas, jamón serrano y aceite de oliva. El ujier puso cara de

extrañeza, pero no rechistó.

Cuando, media hora, un café y una tostada después, concluyó la lectura, mil sentimientos bullían en su interior. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde su último secuestro? ¿Siete, ocho años? Respiró hondo y llamó a la guarida.

Sede de la Dirección General de Seguridad Interior francesa, París. 5 de diciembre

Como cada mañana, el comandante Auguste Claudel llegó a la Dirección Central de Seguridad Interior a las nueve, sentado en el asiento del copiloto del coche de su mujer. Le dio un beso de despedida, vio cómo giraba para entrar en el aparcamiento y sacó su pase azul. Acercó su tarjeta al lector y esperó a que los cristales se abrieran y le dejaran entrar. Saludó a los conserjes con un gesto y se dirigió al ascensor. Apretó la tecla señalada con el número cuatro. Su esposa trabajaba como fiscal en el mismo edificio. Su unidad se hallaba en la planta octava. Esos cuatro pisos marcaban la distancia de un océano. Por ello, en casa, nunca hablaban del trabajo.

Cuando accedió a su despacho, encontró un expediente sobre la mesa. Lo abrió y se topó con la imagen de un coche abrasado. Dio un grito. Su joven ayudante tardó sólo unos segundos en presentarse ante él.

—Buenos días, señor. ¿Ha pasado una buena noche?

—¿Qué es esto, François? —le espetó. Carecía de paciencia.

—Un informe que ha llegado esta mañana. En realidad, entró ayer por la noche pero...

Le cortó levantando la mano.

—No me importa cuándo llegó, sino por qué está sobre mi mesa. ¿Qué es esto? —dijo. Su dedo señalaba la fotografía que acababa de ver.

—Se trata de un vehículo que ha aparecido calcinado en Chemin du Pacalon, en Marennes, región de Ródano-Alpes. Se trata de una zona boscosa, poco transitada. Como verá, no ha quedado gran cosa. Sabemos que en sus buenos tiempos fue un Citroën ZX de color verde. Por el número de bastidor corresponde a un vehículo cuya desaparición fue denunciada en la localidad de Bron, una ciudad dormitorio a unos treinta kilómetros de Lyon...

—Sé dónde está Bron, lo que no sé es por qué está este informe sobre mi mesa.

El joven agente carraspeó.

—Saltaron las alarmas. Las placas de matrícula no corresponden al número de bastidor. Son falsas. Han sido duplicadas... ¿No es una táctica empleada por la organización terrorista española?

El comisario se puso en pie.

—¡Joder! Buen trabajo, François —dijo—. Dime una cosa, ¿a ti a qué te huele?

El joven se puso firme y respondió con voz airada.

—Alguien ha cagado fuera del tiesto, si me permite decirlo así. Huele a mierda, aunque no sepamos a quién pertenece.

—¿Ha habido algún robo en la zona, una sucursal bancaria, una joyería o algo por el estilo que justifique ese modo de deshacerse del vehículo?



—Nada que nos conste, señor. El aviso llegó anoche y no ha habido mucho tiempo. Pero, por lo que hemos podido averiguar, se descartan robos de armas, dinero o explosivos. Los ladrones comunes, al menos los que tenemos por aquí, no se molestan en cambiar las placas.

—Muy cierto, François.

—¿Cree usted que los hijos de puta españoles vuelven a las andadas, señor? Hace meses que en los seguimientos de correos electrónicos y teléfonos no aparece ninguna de las palabras clave.

Auguste se encogió de hombros.

—Sinceramente, no lo creo. La cosa está muy tranquila. Todo el mundo parece estar cómodo con la nueva situación. En todo caso, quien sea que haya hecho esto debe de tener un motivo. Nadie roba un vehículo, le cambia las placas y luego lo quema por diversión.

—¿Y entonces?

Auguste se cruzó de brazos.

—¿Tú qué opinas, François?

—No soy quién para opinar, pero ya que me lo pregunta le diré que, en mi opinión, un secuestro es lo que más cuadra en esta situación.

—Estoy de acuerdo. Voy a hablar con el equipo de la UCLAT.

—¡Ah, nuestros colegas españoles de la unidad antiterrorista de información! ¿Cómo está su amigo Villegas? Y esa chica, ¿cómo la llamaban?

—La Chata.

—¡Exactamente, la Chata! Toda una leyenda.

Se hartó de la intrascendente charla.

—Bien, mantenme informado si hay novedad, por favor.

Tercera planta del 22 de la calle Trébois, París. 5 de diciembre

—Chata.

—¿Qué pasa, jefe? ¿Dónde andas?

—Fuera. Ajusta el chisme —pidió.

Oyó un sonido metálico.

—Adelante. Llamada segura. Pongo en manos libres. Matías está a mi lado.

—Villegas...

No se anduvo con rodeos. Fue directo al grano. Empleó escasamente cinco minutos en diseccionar el asunto.

—En la Moncloa se ha recibido una carta supuestamente firmada por la Organización reivindicando el secuestro del inspector Juan Iturri de la Interpol. Los secuestradores exigen dos millones de euros y el acercamiento de tres presos. Conceden de plazo hasta el día 10. Si no se han cumplido sus exigencias, lo ejecutarán. Entregarán una prueba de vida si la vicepresidenta hace unas declaraciones en las que mencione «el valor de la libertad».

—¡No me jodas, puta mierda! ¿Y creen que es auténtica?

—Cada vez hablas peor, Chata. ¿Así quieres educar a tus hijos? —le recriminó. De los tres, era la que más bebía y peor hablaba, y la única que fumaba maría—. Os remito copia escaneada de la carta. La misiva parece auténtica. El papel, la tinta... Hasta la pequeña esquirla de la esquina izquierda, fruto de aquel defecto en la multicopista que detectamos. Todo coincide. Pero aún hay más... —Se detuvo unos instantes y se frotó las sienes. Le dolía la cabeza—. En el posterior análisis de las huellas, ha aparecido algo. No es concluyente, pero una de ellas, parcial, pertenece supuestamente a una vieja conocida nuestra: Melenas. Eso es lo que ha hecho que la información ascienda en la escala jerárquica y se enciendan todas las alarmas.

En París, los dos agentes se sorprendieron. En otros tiempos, no lo hubieran hecho: la historia se había repetido más de una vez. Pero la situación había cambiado y nadie quería volver atrás. La pregunta que traspasaba la frontera era si, después de aquella carta, deberían poner el término «nadie» en cuarentena.

Mientras hablaban, la Chata había conectado con la base de datos y leyó el historial en voz alta.

—Eduarne García Contreras, alias «Melenas», fue detenida, procesada, juzgada y declarada culpable de pertenencia a banda armada y homicidio en grado de tentativa en 2000. Pasó nueve años en prisión, y luego fue puesta en libertad. Cuando salió, estaba enferma y amargada. La Organización no la ayudó económicamente y se fugó a Venezuela, donde regenta un pequeño bar. Tiene un hijo de un año, de padre desconocido. Según estos datos, actualizados hace seis meses, sigue allí. Puedo hacer

algunas llamadas y comprobarlo. De todos modos, no parece el prototipo de persona que planifica y ejecuta un secuestro, aunque, si aparece su huella, es obvio que tiene alguna relación con esa carta.

—De acuerdo, Chata, comprueba sus movimientos.

—Y del desaparecido, ¿sabemos algo? —preguntó.

Mientras lo hacía, miró a Matías, que no paraba de moverse. Notó que se sacudía la ropa con grandes aspavientos. Del cigarrillo que fumaba se había desprendido una hebra aún roja que le estaba quemando el pantalón.

—He incluido su historial en la carpeta que acabo de abrir y de compartir con vosotros. Saber, sabemos poco, aparte de que no se le localiza. Su teléfono dejó de emitir ayer por la tarde. El último repetidor al que se conectó está en Lyon.

—¿Y qué dicen los colegas de la Interpol?

—Pues, al parecer, no dicen nada. Están al margen. Puede que en las próximas horas llegue alguna alerta suya. De momento, nada.

—¿La Organización secuestra a un agente de la Interpol en territorio francés y pide un rescate al Gobierno español? ¡Eso suena la mar de raro! —continuó la Chata—. A mí me huele más a una venganza personal. ¿El tío este tenía enemigos?

—Un inspector con veinte años de servicio siempre tiene enemigos. Pero la Organización suele mantener la cabeza fría. En todo caso, tienes mucha razón. Es raro. Y muy peligroso. Por eso solicitan nuestra ayuda. Necesitan saber quiénes son. Necesitan una confirmación, o un desmentido.

De nuevo, volvió el silencio.

—¿Qué pasa, Matías? Estás muy callado.

—No me ocurre nada. Estoy esperando a que termines.

—Ya he terminado. Eso es todo lo que hay.

—¿Todo?

—Si esperas que te lea el comunicado enviado por la Organización a su periódico, siento decirte que no hay tal. Es un secuestro atípico, por eso hay que andar con pies de plomo. En fin, trabajad un poco. Os llamo en una hora. Y no hace falta que os diga que el punto en boca es obligado. Oye, Chata, me temo que esta semana no pisarás mucho tu casa.

—Vale, hablaré con mi suegra.

La mujer se frotó la nariz. El apelativo le iba que ni pintado. Poseía unas inmensas nupias ganchudas, envidia de cualquier águila.

—¿En qué orden quieres que actuemos, jefe?

—Chata, tú ponte con lo de Venezuela. Asegúrate de que Melenas no haya abandonado el país. Y luego, bucea un poco en el expediente del inspector Iturri. Anota cualquiera cosa que te parezca sospechosa. Se dedicaba a delitos muy diferentes, pero nunca se sabe. ¿A quién tenemos en la Interpol?

—A Pierre, ¿quieres que le pregunte?

—Sí, pero asegúrate de que lo tome como algo personal. Ya sabes, es un cabrón

mujeriego y está saliendo con tu prima o algo por el estilo. Te recuerdo que ellos no saben nada. Ni media pista.

—Descuida, en eso soy muy hábil. Es una pena que esté casada. De estar soltera, no necesitaría inventarme una prima. ¿Él es soltero o casado?

—Soltero. Está en el expediente. Léelo y no des más la coña... Pese a todo, trabajaremos como si el secuestro tuviera los autores que tememos. Hay demasiados datos que apuntan en esa dirección como para dejarlos pasar. Si, desafortunadamente, estoy en lo cierto, no tendremos mucho margen. De modo que iremos por las bravas. Matías, en la carpeta he adjuntado la dirección del repetidor de Lyon. Busca cámaras en esa zona. Y localiza todas las denuncias de coches robados en un radio de ochenta kilómetros alrededor del punto cero. Rectifico, cien kilómetros desde el lugar donde el teléfono dejó de emitir. Y recaba datos sobre vehículos que hayan aparecido quemados en los alrededores de Lyon, también unos cien kilómetros. Lo mejor sería que te desplazaras hasta allí y entrevistaras a los vecinos, por si alguien ha visto algo. Será difícil porque ese día estaban en alerta por fuertes vientos. Pero seguro que hay alguna mujer curiosa que miraba por la ventana, tras los visillos.

—¿Y por qué debería tratarse de una mujer? —protestó la Chata.

—Porque los hombres nos dedicamos a actividades más intelectuales, como beber cerveza y ver partidos de fútbol.

—Nos ponemos, jefe. ¿Cuándo regresas?

—Mañana, espero. ¿Qué tal si cenamos con Auguste? Chata tiene razón. Si el supuesto secuestro ha tenido lugar en suelo francés, y ellos aún no saben nada, es lo menos que podemos hacer. Aunque hemos de esperar a que el Gobierno haga primero sus contactos. Nuestro presidente está en un viaje oficial. Se encarga la vicepresidenta. Pero nosotros a lo nuestro...

—Pues ahora que lo dices, Auguste ha dejado un recado en el contestador. Pide que le llames a toda leche. Me da que ya saben algo...

—¿Lo ha dicho así, a toda leche?

—No, eso es de mi cosecha, jefe.

—Pues recuerda que eres madre y sujeta la lengua. En cuanto cuelgue, me pasas con él al móvil, por favor. De momento, vosotros chitón. Llame quien llame, embajada incluida. ¿Entendido?

—Entendido —repetieron ambos.

—Por cierto, ¿quién se ha comido mis tostadas y mi jamoncito?

Cortó la llamada escuchando las risas. Pero a él no le hacía ninguna gracia. Su familia política le mandaba el jamón desde Guijuelo.

Domicilio de la juez MacHor, proximidades de Madrid. 5 de diciembre

En cuanto su marido salió por la puerta, el primer impulso de la juez fue acercarse al teléfono y llamar a la unidad de la policía científica. Estaba dispuesta a poner toda la carne en el asador para averiguar lo que fuese que estuviese pasando. Dijera lo que dijese Jaime, la situación distaba de ser normal. Sin embargo, no telefoneó. Era temprano, demasiado para Padilla. Lo presumible era que la boda de su cuñada hubiera concluido de madrugada. Le vino a la mente la imagen de su amigo vestido con una túnica blanca y calcetines y zapatos negros, y se le escapó una sonrisa. Le daría unos minutos más.

Subió al dormitorio. El teléfono sonó cuando estaba en la ducha. Ni siquiera se hizo con una toalla. Aun así, no llegó a tiempo. En cuanto descolgó, dejó de sonar. No había corrido demasiada agua caliente y el espejo, sólo parcialmente empañado, le devolvió su verdadera silueta. Desnuda, su imagen resultaba aún más lamentable. El dichoso periodista iba a hacerle justicia...

A los miembros de la sala penal del Tribunal Supremo, el caricaturista de un diario de tirada nacional les había hecho el dudoso honor de inmortalizarlos para disfrute de la posteridad. Ni que decir tiene que su veta satírica era tan grande como su ego. Si a su melena pelirroja pintada al viento y a sus vastísimas caderas le hubiera añadido una verruga en la nariz, su señoría se hubiera convertido en la bruja MacHor.

Por un instante, Lola olvidó a Iturri, a Jaime y a Padilla, abrió el armario y sacó la bolsa de plástico de El Corte Inglés que celosamente había ocultado tras las cajas de zapatos y extrajo su contenido. Con ella en la mano, se sintió mejor. Se había comprado una faja. Había ido a ese establecimiento porque así podía coger la prenda por su cuenta, sin dar explicaciones. La pieza no lograría convertirla en un espárrago, pero evitaría que la dibujaran como una pera limonera.

Su móvil volvió a sonar: Padilla.

—¡Buenos días, jefa! ¿Ha dormido bien?

—No demasiado, la verdad. Y tú, ¿terminasteis muy tarde?

—Lo normal. Pero ya se acabó. Les hemos mandado a Malta de viaje de novios. Y ya estamos solos. No se imagina lo triste que estoy. Ya la echo de menos...

Lola no se anduvo por las ramas.

—¿Alguna novedad sobre el paradero de nuestro amigo?

—Pues lo cierto es que no; sobre el paradero nada de nada. Pero sí sobre otras cosas. Hace un ratito he logrado hablar con *madame* Blanchard, la persona con la que Iturri mantuvo ayer una larga conversación. Me confirmó que le suministra tabaco todos los jueves, una marca concreta cuyo nombre no llegué a apuntar.

—Iturri fuma St Bruno.

—Exactamente, buena memoria, jefa. Ayer en Lyon estaban en alerta por grandes vientos y la dama no pensaba abrir su establecimiento, pero Iturri la convenció para que lo hiciera. Quedó en ir a recogerla y acompañarla hasta la tienda. Es mayor, y le daba miedo caerse. Pero ¿sabe qué? Pues que después de emplear más de veinte minutos en hacerla cambiar de opinión, no se presentó a recogerla. Y no la avisó, como hace cuando no puede acudir o va a llegar más tarde... En fin, jefa, que va a tener usted razón. Algo le ha ocurrido.

—En este caso, no me alegra tener razón. Además, ese dato no nos ayuda a localizarle. ¿No has oído nada más, Padilla, algo que nos pueda ser de utilidad?

—Nadie sabe nada. Y lo más curioso es que a nadie parece interesarle lo más mínimo. Verá, jefa, esta mañana temprano he telefoneado a un colega guardia, un coronel, al que conozco desde hace tiempo. Es uno de esos jefazos invisibles, ya me entiende. Me debe varios favores. Me ha dicho tan rápidamente que no sabía de qué le estaba hablando que me ha dado mala espina. He esperado unos minutos y he llamado a otra persona, más o menos del mismo perfil. La respuesta ha sido la misma: que no conoce al inspector Iturri, que además trabaja para la Interpol, lo que queda fuera de su ámbito de competencia. Lo curioso del caso es que yo no había hecho alusión alguna a la Interpol... De modo que volví a llamar al primero y le pedí explicaciones...

—¿Y qué le contestó?

—¡Que no sabía nada de nada! —Padilla se detuvo un instante—. Mentía. Le aseguro, Lola, que mentía...

—No me lo asegures, te creo. ¿Y qué podemos hacer?

—Me temo que poca cosa, Lola. Al menos, en mi terreno. Pero quizá usted pueda hacer algo. Si en mi departamento todo el mundo está *off*, sin duda el asunto discurre en el ámbito político...

—Entiendo. Gracias, Padilla. Te lo agradezco mucho.

—Siento no haber podido hacer más.

—Ya has hecho bastante.

—No debe preocuparse más de la cuenta, jefa. Seguro que hay una explicación razonable, aunque no nos la puedan contar —añadió.

Si trataba de quitar importancia al hecho, no lo logró. Aun así susurró:

—Dios te oiga...

—Jueza...

—Dime, Padilla.

—Dadas las circunstancias, utilizar este teléfono puede no ser una buena idea...

Lola permaneció pensativa. El comentario era procedente. Y muy preocupante.

—Gracias, amigo.

Iba a colgar cuando se acordó de la aplicación del móvil.

—Otra cosilla, Padilla, una tontería. ¿Has oído hablar de una aplicación que te permite pagar la zona azul sin necesidad de meter dinero en el parquímetro? Se llama

E-park.

—Naturalmente. Yo la tengo.

—Si te diera una matrícula y un momento determinado, pagado con esa aplicación, ¿podrías decirme dónde estaba aparcado el coche? Es un asunto familiar. La aplicación está suscrita a mi nombre, de modo que no es más que una cuestión interna...

Padilla permaneció unos instantes en silencio.

—Jefa, no parece usted. A ver si me explico. Vamos, que, conociéndola, diría que persigue usted a uno de sus hijos... O a su marido...

—Dejémoslo en un familiar.

Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. 5 de diciembre

Rodeado de aquella oscuridad tan densa como fría, Juan Iturri lamentó no haber tenido ocasión de saborear un último rayo de sol antes de ser encerrado. La oscuridad era una de sus más arraigadas fobias. Y, por los mismos motivos, profesaba un fervor casi reverencial por la luz, esa misteriosa, pujante y suave expresión de vida. Comprendía por qué muchos pueblos primitivos y aún hoy algunas tribus indígenas idolatraban al sol, como dios de la luz. Sin luz, el hombre sólo es medio hombre, y no por la posibilidad, casi cierta, de morir de frío, cuanto porque lo haría de tedio.

Sólo quienes lo han padecido en sus propias carnes son capaces de calibrar el tormento que supone vivir encerrado y sin luz. Iturri conocía el dato porque aparecía como una constante en los relatos de los secuestrados a los que había tenido ocasión de interrogar: todos, sin excepción, certificaban que la ausencia de luz solar y la imposición de permanecer ciegos a todo, a las cosas, al calor y, especialmente, al devenir, les resultaba un suplicio. En la vida del ser humano, todo discurre, avanza como un río, acontece y fluye. Para ser hombre necesitas sentir la luz del tiempo, ver pasar la vida. A oscuras resulta imposible. Las guías se pierden. El reloj muere. El calendario desaparece. Ya no hay días ni noches, ni domingos, ni sábados. Ya no hay coordenadas ni contrastes.

Iturri atinaba a comprenderlo, porque lo había experimentado en carne propia. De crío, mientras jugaba con unos amigos en un bosque cercano, se precipitó en un viejo pozo seco, oculto bajo varias capas de ramas y hojas muertas. Se fracturó la tibia derecha y una vértebra. Pasó un mes completo postrado en una cama de hospital. No guardaba especial recuerdo del dolor, que no había sido pequeño, pero podía evocar sin esfuerzo la densidad de aquella oscuridad envolviéndole, ahogándole, matándole. La angustia de pensar que no le encontrarían y moriría allí solo, como una rata comida por otras ratas, duró apenas tres horas, el tiempo que emplearon en localizarle, pero al inspector se le antojaron años. Desde entonces, odiaba los lugares pequeños, le repugnaban los ascensores y sobre todo huía de la oscuridad y su ceguedad.

Temió en aquel momento que la noche a la que le sometieran Salamandra y su compañero le hiciera desfallecer. Porque, tras el simulacro de ejecución, estaba convencido de que en el agujero infesto en el que le habían enclaustrado no sólo pretendían encerrar su libertad y sus fuerzas; secuestrarían sus referencias, la certeza de pertenecer al mundo de los vivos. Se esforzarían en arrebatarse la dignidad.

Aquel hombre enjuto parecía poseer el gen...

Hay personas que poseen dotes especiales. No han hecho nada para merecerlos. Simplemente, han nacido con una espontánea capacidad que les permite dibujar,



cantar, bailar, imaginar, idear o escribir de modo extraordinario. Gente que nace con una gracia particular. Gente con duende. Gente con genio. La mayor parte de los psiquiatras, empeñados en colgar sambenitos a factores medioambientales, culturales o a cualquier otro elemento ajeno a la voluntad del autor de los hechos, porfían contra la hipótesis de que algunos hombres nazcan dotados de un talento natural para el mal. Iturri carecía de dudas en ese sentido. En sus años de ejercicio, había acumulado casos para llenar un grueso volumen.

Era aquel un talento muy especial, que invariablemente comenzaba a mostrarse a edades tempranas. Niños que disfrutaban cortando las alas a las moscas o los rabos a las lagartijas; chavales que gozan pisando al débil, apedreando al tímido, machacando al que destaca por su inteligencia o su bondad. En muchos de los casos, se trata de pobres desgraciados que reafirman, mediante esas estúpidas chulerías, su insegura personalidad. Pero, entre ellos, hay un pequeño y selecto grupo que posee motivaciones distintas. Son los que observan a los bravucones y, tras dar con su punto débil, los convierten en su brazo ejecutor. Son los que incitan, los que motivan, los que manipulan a los tontos sin que ellos siquiera se den cuenta. Son los que empujan y luego contemplan desde la distancia, con esa ironía sardónica que se mofa de toda bondad, cómo sus secuaces se lanzan contra la yugular que ellos mismos han escogido y señalado. Son los que instruyen en la maldad; los que pervierten a otros y disfrutaban ayudándoles a mejorar sus atrocidades.

Todo el mundo distingue a los malotes, esas impertinentes pero rudimentarias criaturas, encerradas en cuerpos que gestan virilidad, que viven de sus alardeos de gallo. Se les reconoce por el llamativo modo de vestir o de cortarse el pelo, por su elevado tono de voz, que busca hacerse notar, por la camarilla y su eco, por su ruindad para con los frágiles. Siempre enredados en disputa estúpida. Siempre pugnando, forcejeando en público por el modo en que les han mirado, servido la cerveza o separado la silla. Son simplemente estúpidos, y a los estúpidos se les percibe a la legua.

Los verdaderos cabrones, por el contrario, son difíciles de reconocer. A simple vista, nadie los tiene por figuras prometedoras. Pasan desapercibidos. Rebotan las miradas. Son demasiado insignificantes, demasiado flacos, demasiado mediocres para que se les tome en serio o se les perciba como una amenaza. A veces, parecen tan estúpidos que dan pena.

En los preludios, el papel cuesta. Duele. Pero la racionalidad se impone. Y logran asimilar la rentabilidad de su invisibilidad. Aprenden a ocultarse, a camuflarse, disfrutaban con el cambio de color, mientras sus vidas toman derroteros que, de seguirlos, les llevan a las crueldades más extremas. El hombre que acababa de secuestrarle parecía de ese tipo.

Domicilio de la juez MacHor, proximidades de Madrid. 5 de diciembre

Ya era pleno día. Lola miró por la ventana. El tiempo continuaba frío y desapacible. El viento batía las ramas con extraordinaria fuerza. Quedaban muchas manchas de escarcha en el jardín imperfecto. Echó de menos algún balón abandonado en el césped. Pero ya no había niños a su alrededor. Se estaba haciendo vieja.

Se maquilló, se peinó y abrió el armario para decidir qué traje se pondría aquel día. Eligió un vestido de manga larga y falda *evasé* de color verde manzana. Lo adornó con un pañuelo con motivos ecuestres y zapatos negros. La bolsa con la faja estaba sobre la cama. La volvió a colocar en su sitio, oculta tras las cajas de zapatos.

—Te reservo para mañana. Sí, mañana tienes que comportarte y hacerme parecer una sílfide.

Se acercó a la habitación que tenía habilitada como despacho. La sonrisa le llenaba la cara. Al día siguiente se celebraba el aniversario de la Constitución y estaba invitada a la recepción en el Congreso. ¿Hacían falta contactos políticos? Pues allí estarían todos. Llamó a la peluquería, su peluquería de siempre, y preguntó si Álex estaba disponible para ir a su casa a última hora de la tarde. Álex era un amable y puntual caballero de mediana edad, de acento irreconocible, capaz de hacer presentable su mata de pelo rizado. Aparte de sus hábiles manos, Álex tenía una virtud que Lola valoraba tanto como el oro: no acompañaba su trabajo con palabrería inútil, sólo con sonrisas. Jamás le había hecho una pregunta sobre su vida privada, su trabajo o su estado de ánimo. Cuando llegaba, Lola ya tenía el pelo lavado, y preparados los cepillos, peines, plancha y secador. Tenía los suyos propios, así era más fácil y más higiénico. En tres cuartos de hora, estaba solucionado.

Terminada la gestión, se apoyó en la mesa y se quedó unos minutos contemplando su Miró. Se lo habían comprado para celebrar sus treinta años de matrimonio. No habían previsto regalarse nada. Se trató de una casualidad, y de un amor a primera vista. Casi por obligación, acudieron a una exposición organizada por un amigo de un amigo, al que no le habían ido demasiado bien las cosas y se había visto forzado a poner en venta su pinacoteca. Su intención era salir con las manos vacías y una sonrisa compasiva, pero el pequeño Miró con su ajustado precio les cautivó de tal modo que se dejaron llevar por el corazón.

En aquel momento, y tras saber por Padilla que Iturri no había acudido a recoger su tabaco, Lola ya no dudaba al seguir los dictados de su corazón. Aun sabiendo el peligro que entrañaba dar rienda suelta a su naturaleza pelirroja.

De haber nacido morena, es más que probable que el devenir de los acontecimientos hubiera sido otro. Pero Lola MacHor había nacido imprudente y curiosa, y esos rasgos no habían mejorado con la edad. Uno no escoge dónde nace, ni

cuándo, ni siquiera cómo. En el caso de la juez, sus genes irlandeses, los mismos que tiñeron de color rojo sus cabellos y de impulsivas sus acciones, latían en sus venas de modo tan tozudo como incorregible.

De haber sido morena, fingiría mejor. Con el paso del tiempo, vistiendo toga con puñetas de encaje y frecuentando «buenas» compañías, había logrado mantener su carácter a raya, medir las palabras y aparentar un grado de sensatez del que carecía. En realidad, sólo la mayor parte de las veces. En ocasiones, cuando algo le encendía el ánimo, sus muchos esfuerzos por parecer morena se deshacían como un castillo de arena ante la pleamar.

Se puso en pie, se acercó al cuadro y lo descolgó, dejando al descubierto una caja de caudales, un armatoste antiguo, incrustado en la pared y oculto tras el cuadro. Estaba segura de que sería tan fácil de abrir como una botella de vino, como estaba igualmente convencida de que, si alguien quisiese hacerse con su contenido, ninguna caja fuerte del mercado se lo habría impedido. Antes de introducir la combinación, volvió a dudar unos instantes, escasos. Luego, la abrió. Dentro del habitáculo guardaba algunas joyas, documentos de propiedad, duplicados de llaves y tres teléfonos.

Cogió uno de ellos, un Nokia anticuado, gris perla, que carecía de cualquier extra: ni acceso a internet, ni cámara de fotos, ni mensajes. Un simple teléfono prepago. Lo había comprado de segunda mano en un videoclub en Mánchester, le había costado quince libras. En otro establecimiento, regentado por unos ciudadanos indios, había comprado una tarjeta, que le había costado otra libra. Finalmente, lo había cargado en un supermercado.

Con su suave advertencia, Padilla le había recordado que su móvil oficial estaba intervenido, como el de todos y cada uno de sus colegas magistrados, desde el mismo día en que fue nombrada, quizá desde el día en que su nombre sonó para ese cargo. Por ese motivo, mantenía pocas, escuetas y siempre inocentes conversaciones cuando hacía uso de él. No estaba muy segura del nombre del organismo encargado de realizar el seguimiento de sus dimes y diretes, si es que se trataba de un organismo oficial, pero de lo que estaba segura era de que el sueldo del responsable del atropello salía de las arcas públicas. Por eso, amén de hablar lo menos posible por teléfono, y de no comentar por esa vía información sensible, disponía de otros medios imposibles de rastrear (al menos, así lo esperaba). Marcó un número. Tras el primer tono, escuchó el pitido de un contestador, y dejó un mensaje.

—Voy a tomarme un *tataki* de atún, a eso de las dos. Puede que me tome dos. Hace tiempo que no lo pruebo, y es uno de los mejores.

Pocos minutos después, el teléfono inglés sonó. Una voz masculina que hablaba también en inglés replicó:

—Lo siento, se ha confundido de número, pero debe saber que la comida japonesa mancha una barbaridad.

Inmediatamente, el caballero colgó. Lola se echó a reír. Estaba deseando hablar

con él.

A diferencia de lo que ocurría con Padilla, la juez MacHor y James Moloney (el hombre al que había llamado) se tuteaban. Siempre había sido así. En realidad, ni siquiera recordaba cómo o dónde lo había conocido. Sólo podía evocar el marco de una recepción, pero los detalles permanecían enterrados en los oscuros, y cada vez más atestados, sótanos de su memoria. Lola era incapaz de recordar el contexto, pero sí que se trataba de un acto oficial porque su atuendo iba en consonancia. Aquel día estrenaba una blusa de seda, una preciosa pieza de pronunciado *ma non troppo* escote en pico en tono *beige*, sobre cuyo hombro izquierdo cayó algún tipo de líquido oscuro. Ni la tintorería ni ella misma habían sido capaces de eliminar la mancha, y desde entonces tenía que cubrir la blusa con un chal o una chaqueta, lo que le ponía de un humor de perros. Era una blusa preciosa. Había tardado en dar con ella. Tenía el escote ideal: ni cerrado como el de una monja ni demasiado abierto para estar fuera de lugar. Sólo era femenino, una *miajilla* insinuante.

Aparte de la desgracia, que para Lola lo era y mucho, lo único inusual en aquel acto (visto con perspectiva, todas las recepciones tienen algo de clónicas) fue la aparición de aquel hombre de modales y acento británicos que dijo llamarse James. En la cabeza de MacHor, que acababa de detectar el estropicio y hacía ímprobos esfuerzos para no salir corriendo y tirarse a la yugular de la tonta (en sentido literal) camarera contratada para la ocasión, ambos acontecimientos se fusionaban, de modo que, cuando evocaba a aquel curioso espía de nombre tan falso como los bolsos de marca que se venden en las cercanías de los metros, la imagen de la maldita mancha le venía a la cabeza.

Estaban en un corro varias personas, la mayoría procedentes del mundo judicial. Él se sumó a la conversación con naturalidad, riendo una de las gracias del fiscal superior de la región, un hombre tan aficionado a los chistes como poco agraciado en el arte de la comedia. A los tres minutos, había desarmado cualquier reticencia. A los seis, su simpatía, nada condescendiente, le había conferido el título de miembro de pleno derecho. Cuando se despidió, había recolectado datos suficientes sobre cada uno de los magistrados y fiscales presentes como para redactar una crónica detallada, mientras que ellos no tenían más información sobre él que su nombre y su preferencia por el gran Shakespeare, a quien citaba con conocimiento y desparpajo. De todos menos de Lola, que, taciturna, seguía pensando en su blusa, que le había costado una (quizá sólo media) pequeña fortuna.

En un determinado momento, el tal James dejó su copa de vino en una de las altas mesas cubiertas con manteles negros desperdigadas por la sala, buscó en el bolsillo un pañuelo blanco, impoluto, y alargó su mano de dedos largos, de pianista, hasta el hombro de Lola para intentar borrar aquella huella. Pronto comprobó que resultaba imposible y comentó:

—La mancha de tu blusa es imposible, querida; una pena porque me parece una preciosidad.

Lola asintió de modo enérgico, pero no pronunció palabra. Estaba demasiado enfadada.

—¿Disgustada? Es natural. No parece precisamente de las oportunidades de H&M —añadió.

Lola le miró boquiabierta. No era el tipo de conversación que podía esperar mantener con un hombre y menos con un desconocido, salvo que se dedicase al mundo de la moda o fuera declaradamente gay. Procedió a estudiarle. El mentón sobresaliente; los pómulos algo prominentes; el pelo, rubio y liso, muy corto en la zona de la nuca y más largo en la zona superior, con el flequillo cayendo de forma descuidada por la frente; la barba dura, la nuez... Todo le confería un aspecto típicamente masculino. Sus formas tampoco eran, en modo alguno, afectadas. Calculó que rondaría los cincuenta, y vestía como se espera a esa edad.

—No es precisamente de H&M —confirmó Lola. Pese al escrutinio, seguía sin lograr encasillar a su interlocutor. La suya fue una respuesta sencilla, inocente. No pensaba añadir nada más, pero, nunca supo cómo, a los pocos minutos le había hablado del conveniente escote y del nada conveniente precio; había mencionado el nombre de su marido y el de una de sus hijas, y el cargo que ocupaba en el tribunal.

Y es que no había forma de sustraerse al encanto de aquel hombre. Era un placer gozar de su compañía, aunque esta no fuera gratuita. Porque James, o como demonios se llamara, tenía una habilidad especial para hacer decir a su acompañante lo que nunca hubiera querido. Sí, lo suyo era sonsacar. Y en eso era un maestro. Su presa no sabía cómo, pero, en esa mezcla de una gran variedad de temas por los que cruzaba a la velocidad de un galgo, de sitio en sitio, de detalle en detalle, de cita en cita, la persona bajaba la guardia y terminaba por confesar hasta sus pecados más privados. Cuando desaparecía, como por ensalmo, quedaba sólo el recuerdo de un hombre agradable y culto, comprensivo y muy británico, y un cierto regusto extraño: la vaga idea de haber hablado de más, aunque sin saber exactamente de qué.

Antes de despedirse de Lola, James le entregó su tarjeta. Era un modelo básico, que contenía el nombre de una compañía y un número de teléfono. Y le pidió que le llamara si alguna vez tenía «otra mancha difícil de quitar». A Lola no le pasó desapercibido que aquella era la única tarjeta entregada, y no pudo por menos que extrañarse del súbito interés por su persona. Recordó sus palabras: «mancha difícil de quitar», y tras cavilar unos instantes, llegó a la única conclusión posible: que todo aquello estaba relacionado con su blusa.

—Disculpa, James, pero no llego a comprender por qué tendría que llamarte si no logro quitarme esta mancha. ¿Acaso te dedicas al mundo de las tintorerías? Porque si es así, no dudes de que te llamaré.

Incrédulo, el hombre enarcó primero las cejas y finalmente se echó a reír.

—Querida Lola, eres exactamente como te habían descrito...

La juez le miró atónita.

—¿Quién me había descrito? ¿Cómo? Perdona, ¿qué me he perdido?

Él seguía riendo.

—Si alguna vez necesitas algo y nadie más puede ayudarte, llama a este número. Saldrá un buzón. Deja un mensaje y yo te llamaré.

Lola se cruzó de brazos.

—La primera norma de cualquier servidor público es no deber nada a nadie. Y menos a un desconocido.

—Cierto, pero hay manchas que ninguna tintorería oficial es capaz de quitar. Cuando ocurre algo así, se llama a un amigo. O a un amigo de un amigo, o sea a alguien como yo. Tú lo desconoces, pero tenemos algunas amistades comunes.

—O sea, que no te llamas James.

Levantó los brazos con expresión de suplicar paciencia a los cielos, y citó con cierta sorna:

—«¡Anunciad con cien lenguas el mensaje agradable; pero dejad que las malas noticias se revelen por sí solas!».

Lola, con gesto teatral, hizo como si se tomara la chanza como una afrenta personal y agregó:

—Debe saber, caballero, que esto no es de Shakespeare, pero bien podría serlo: «¡Nunca des tu teléfono privado a una pelirroja que atrae manchas sobre su camisa de seda!».

En cuanto MacHor salió de la recepción y llegó a casa, llamó al teléfono que el tal James le había facilitado. Como había anunciado, respondió un contestador, donde dejó un recado.

—Tengo una mancha en una blusa de seda, ¿pueden ayudarme, por favor?

Él le devolvió la llamada en poco más de cinco minutos, muerto de risa.

—¡Querida Lola! Razón va a tener el buen Shakespeare... ¿A qué debo el honor?

—En realidad, sólo quería saber si el teléfono que me habías dado era de verdad. Veo que sí, de modo que voy a guardar la tarjeta, por si acaso me tiro algo encima. Por cierto, le daré recuerdos a Juan Iturri de tu parte...

Desde entonces, había necesitado «sus servicios de limpieza» en dos ocasiones, una más importante que la otra, pero ambas de poca monta. Solían reunirse en un pequeño restaurante japonés situado en una callecilla estrecha en una de las traseras de la Gran Vía, a la altura del edificio de Telefónica. Aquella ocasión era diferente, pero escogieron el mismo sitio.

Se subió al coche y pidió al conductor que la llevara al tribunal. Intentó pensar en Júnior Júnior, o más bien en su padre, quien, según había conocido aquella mañana por medio de un mensaje de texto, había fallecido horas antes. Suponía que, al llegar al despacho, le esperaría una petición de aplazamiento, que naturalmente concedería. Además, era la víspera del largo puente de la Constitución. Todo el mundo quería descansar y abandonar Madrid a la carrera. Ella también, pero por motivos muy diferentes.

Antes de recibir al equipo del abogado, se pintó ostensiblemente los labios con la

barra oscura. Y les hizo esperar.

Algunos de sus colegas solían comportarse de modo especialmente cordial, casi afectado, con los imputados de copete: banqueros corruptos, narcotraficantes, mafiosos de cuello blanco, o, por expresarse con propiedad, con sus afamados abogados. Todo un mundo este, el de los bufetes de renombre, que no toleran una arruga en la camisa o una ordinariez, pero son capaces de desayunarse un sórdido camello pasado por el agujero de una aguja hipodérmica facturada por horas. A MacHor, quizá por esa manía suya de llevar la contraria al mundo, le ocurría exactamente lo contrario.

—Típico de la clase media —le recriminó un compañero MTV<sup>[1]</sup>, golfista avezado casado con la hija de un presidente del IBEX.

Quizá estuviera en lo cierto; quizá no. Pero de un modo u otro, el hecho era que, con el tiempo, había arraigado en ella una aristocrática tendencia a la hora de juzgar a los bufetes penalistas. Como los Borbones, se mostraba amable y hasta abierta con el pueblo llano (pequeños abogados que sudaban la gota gorda, se curraban personalmente la jurisprudencia y portaban sus propios maletines), mientras que era implacable con marqueses, condes y duques (letrados que se sentían no sólo superiores a sus colegas en cuanto al sistema mismo), a quienes no perdonaba una sola reverencia.

Cuando terminó con ellos y con el papeleo pendiente, miró el reloj. Eran ya las doce. Había dicho a James que iría a las dos, pero que pediría dos platos. Es decir, que adelantaba dos horas esa cita. Avisó que tenía que salir un momento. Tomó un taxi en una parada cercana.

Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. Noche del 5 de diciembre

Le habían despojado del calzado. Iturri no comprendía por qué, ya que carecía de cordones. Sentía la humedad metiéndose por sus huesos. Y el tiempo. Los segundos parecían caer sobre él como el agua de una gotera sutil, poco a poco; a veces, nada. Le exasperaba esa lentitud. Los músculos se le estaban agarrotando. Intentaba moverse, pero la falta de espacio y el dolor se lo impedían. Eso y el ánimo, que lo tenía por los suelos. Porque era de noche (lo sabía porque entraba una pequeña ración de luz artificial por debajo de la puerta) y no había ocurrido nada. No le habían llevado agua, ni tampoco una manta. No le habían traído cena. No le habían fotografiado con algún periódico del día anterior como prueba de vida. Ni siquiera le habían facilitado un baño químico. Se hallaba totalmente a su merced, eso lo sabía, pero no entendía qué estaba ocurriendo. No hacía más que pensar en qué momento le señalaron como objetivo. Cuánto tiempo llevaban siguiéndole. Un secuestro no se planifica en un par de días. Ni siquiera en un par de semanas. Deberían haberse dado cuenta. En inteligencia, deberían haber recibido algún aviso. Las fuentes son muchas, distintas y variadas, para que algo así pueda escapar de las redes.

«Quizá no sea más que un secuestro exprés y que vengan ahora mismo a liberarme. De no ser así, en estas condiciones no aguantaré mucho. Será un asesinato a cámara lenta», se dijo.

Un ruido. No alcanzó a escucharlo, pero lo oyó. Pasos sobre la alfombra de la escalera. Alguien se acercaba.

—¡Por favor, necesito un poco de agua!

—¡Cállate! Guarda silencio. Sepárate de la puerta.

Hizo lo que le decían. La puerta se movió unos centímetros. Lo justo para que por la abertura entrase un botellín de agua mineral y un chorro de luz. Luego, llegaron unas galletas colgadas de una mano enorme. Iba a sujetarse a ella cuando la puerta volvió a su origen.

Por entre los tablones se coló una voz, en la que pudo reconocer a uno de sus captores.

—No temas, tío. En cuanto sepa cómo, te saco. Tú aguanta...

—Salamandra, eres tú, ¿verdad?

—Sí. Ha pasado mucho tiempo, me sorprende que me recuerdes.

—Te he reconocido por...

—Por la mancha, sí. Siempre he renegado del destino por marcarme la cara, pero, mira, ahora me ha venido bien.

—¿Por qué haces esto, por qué me retenéis?



—Es una larga historia. Yo estoy tan prisionero como tú, aunque pueda moverme. ¡Te juro, tío, que no quiero estar aquí! No quiero estar haciendo lo que hago, pero mi vida y la de mi familia corren peligro. Tú eres el policía. Dime qué puedo hacer.

—Abre la puerta y déjame salir. Huiremos juntos.

—No. En tu estado no llegarías muy lejos. Estamos apartados del pueblo y Joseba se ha llevado el coche. Además, abajo está mi mujer...

—Si ella es el problema, nos la llevaremos también.

—Tú no lo entiendes, ella es una Gortari.

—¿Gortari? No me suena. Hubo un chaval en la banda con ese apellido. Pero lo trincamos...

—Es su hermano. Lo era. Se suicidó en la cárcel. O más bien se lo cargaron en la cárcel.

—¿Se lo cargaron? No es posible. Digáis lo que digáis, la policía no hace esas cosas.

—No fue la policía, sino su propia gente... Y Joseba quiere vengarse de ellos.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—¡Silencio!

Iturri sujetó unos instantes la respiración.

—Salamandra...

—¡Calla, me buscan! Tengo que marcharme. Piensa cómo puedo sacarte, a quién puedo avisar sin que mi familia corra peligro...

—¡Te daré un número de móvil!

—No tengo móvil. Joseba lo ha confiscado.

—¿Y ordenador?

—Tampoco. Lo tiene él guardado. ¡Corre, bébete el agua y dame la botella vacía! Si Joseba la encuentra, nos mata a los dos.

Palacio de la Moncloa, Madrid. 5 de diciembre

El teniente coronel Villegas aguardó de pie, junto a la ventana, su comunicación segura con el hombre de la inteligencia francesa. Tenía el móvil en la mano. Jugaba con él haciéndolo girar sobre sí mismo. La imagen de su colega galo le vino a la memoria cuando el aparato sonó. Él y Auguste se conocían bien. Llevaban catorce años trabajando juntos, período en el que habían compartido muchos más entierros que éxitos, aunque algunos había habido. El dolor y la rabia son como una cola de contacto instantánea, pegan las almas de modo indeleble. Los éxitos también, pero no del mismo modo ni con tanta fuerza. La simbiosis definitiva había tenido lugar durante la investigación de un desafortunado famoso secuestro. Habían seguido la pista codo con codo y personalmente durante cinco largas semanas. Cuando se hizo efectiva la segunda parte del rescate, millón y medio de euros, el secuestrado ya estaba muerto, pero ellos desconocían ese extremo. La entrega y recepción del dinero les desorientó. Les distrajo. Creyeron que disponían de más tiempo, pero no era así. Llegaron tarde. Encontraron el agujero pero no a su objetivo: había intentado fugarse hiriéndose gravemente. Sus secuestradores habían optado por rematarlo. No estaban preparados para cuidar de un enfermo. Fue un duro golpe buscar el cadáver en vez de a la persona.

—Auguste, ¡qué alegría oírte! ¿Cómo estás?

—Pues, si te soy sincero, *mon ami*, en este momento, estoy algo cabreado con vosotros.

Villegas estiró maquinalmente la espalda.

—¡Ah, eso no lo esperaba! ¿Puedo saber por qué?

—Unas feas fotografías tapizan mi mesa: un vehículo calcinado. Deberías haberme dicho algo, ¿no crees?

—¡Un momento, un momento! ¿De qué marca es ese vehículo?

—¡Dímelo tú! Creo que sabes más que yo.

—Me parece, Auguste, que ambos tenemos piezas de un mismo puzzle desconocido sin saberlo. ¿Es un Citroën ZX de color verde?

—En efecto.

—Mira, Auguste, estoy en Madrid. Acabo de llegar. He aterrizado hace apenas dos horas, momento en el que me han informado de un suceso que involucra a un coche como el que describes, pero no teníamos noticia de que hubiera aparecido, y menos quemado. Dame más datos, por favor.

—Ha sido hallado en Chemin du Pacalon, en Marennes, Ródano-Alpes, una zona boscosa con muy poco tránsito. No queda mucho de él, la verdad. Ni tampoco de los árboles cercanos.

—¿Por dónde está eso?

—La capital más cercana es Lyon. Está a unos treinta o cuarenta kilómetros. ¿Cuadra con tus datos?

—Se ajusta como un guante de látex. Lo que no acaba de cuadrarme es que me llames. ¿Te pasan las imágenes de un coche incendiado y piensas en mí? ¡Anda, sé bueno y no me hagas esperar, cuéntame el resto!

—*Ah, vieux renard!* Tienes razón. No ha sido el coche sino las placas lo que me han llevado hasta ti. Se había denunciado la desaparición del vehículo el día anterior. El número de bastidor concuerda, pero no las placas de matrícula. Son falsas.

Hubo un momento de silencio, que Auguste rompió.

—¿Hueles lo mismo que yo, Villegas?

—Desgraciadamente, sí. —Otro corto silencio—. Auguste, tengo que dejarte: voy a atar algunos cabos antes de regresar. ¿Cenamos mañana en Au petit Sud-Ouest? Me temo que tendrá que ser un poco tarde. Debo coger el último vuelo.

—¡Claro! Allí estaré. Me haré con toda la información que pueda, pero debes decirme algo antes...

Villegas le cortó.

—Si ibas a preguntarme si el afectado es francés, la respuesta es negativa. Es ciudadano español. Y otra cosa, compañero. Necesito que no compartas esto con nadie, por ahora. Hemos de esperar a que mis jefes llamen a los tuyos. Ya sabes...

—¿Tan grave es?

—Podría serlo, sí.

—¡Cuenta con ello!

Palacio de la Moncloa, Madrid. 5 de diciembre

—Bien, concluyamos. ¿Cuáles son sus recomendaciones?

Con voz calmada y suave, pero cargada de la autoridad que confiere el mando, la vicepresidenta se dirigió a las cuatro personas que se hallaban reunidas en la sala contigua a su despacho. Ocupaban una alargada mesa de sobre de cristal. De la pared, colgaba una fotografía reciente del jefe del Estado, engalanado con uniforme militar.

Tres de las cuatro personas, pertenecientes a los cuerpos de seguridad del Estado, mantenían sus asientos ligeramente alejados de la mesa, la espalda recta y los brazos pegados al cuerpo. Sus respectivas botellas de agua permanecían intactas. El cuarto había abierto su botellín y desplegado sus papeles a su alrededor. No se miraban entre sí, pero, como si existiera un orden no escrito, cada uno esperó su turno.

—Señora, España nunca ha negociado con terroristas. No deseará, creo, que su Gobierno pase a la historia por ser el primero en hacerlo. Mi recomendación es lanzar una operación de búsqueda con los medios que sean necesarios, y pedir la colaboración de nuestros aliados, si es menester, que, según entiendo, lo es. Al menos, de los franceses. Sé que pelagra la vida de un español, pero hay mucho más que una vida en juego. El inspector Iturri es un policía. El riesgo teje su uniforme.

La vicepresidenta escuchó atentamente lo que el general Cordón exponía. Tenía la costumbre de mover los labios mientras su interlocutor hablaba. Resultaba hilarante, aunque nadie se rio. Se mantuvo unos instantes en silencio, y luego añadió:

—Gracias, general. Su postura está muy clara. ¿Lorenzo?

El director del Centro Nacional de Inteligencia carraspeó. Se le veía notablemente nervioso. No se sentía cómodo en ese tipo de reuniones. Lo suyo era el vis a vis. Uno a uno, con un montón de información en su disco duro, no tenía precio. Pero los militares le acobardaban. Como el nudo en la garganta no se desataba, se hizo con la botella de agua, llenó el vaso y bebió un largo trago. Sólo entonces, respondió:

—Los argumentos del general son correctos, más si pensamos en que la identidad de los secuestradores permanece velada. Aún no sabemos con quién estamos tratando. Creemos que el secuestro del inspector Iturri fue perpetrado con un vehículo robado horas antes, y que han encontrado calcinado en un bosque en las afueras de Lyon. Nuestro hombre en París asegura que las placas de ese vehículo, falsas, figuran en una de las listas incautadas a la Organización. Todo esto y la huella parcial detectada en la carta indican una clara autoría. Sin embargo, nuestros confidentes y varias otras fuentes aseguran que la Organización nada tiene que ver con el secuestro. Estamos esperando la confirmación de este extremo, pero creemos que estamos en lo cierto. Si no es la Organización pero se le parece mucho, quizá se trate de una escisión; de un grupo aislado que va por libre. En ese sentido, podrían ser tres

personas o treinta, contar con fondos o carecer de infraestructura. Nada sabemos. Pero algo es evidente: si no podemos ni debemos dar alas a la Organización, mucho menos debemos hacerlo con una fracción disidente, si es que se trata de eso.

Montalvo tomó un segundo botellín de agua y vació casi por entero su contenido. Durante esos instantes, el general le dirigió una mirada de desprecio. Ajeno a ello, el director continuó.

—Y, no obstante lo dicho, mi opinión, señora, es que incluya las palabras exigidas en la rueda de prensa posterior a la recepción. Libertad es un término común, un concepto con tantas aristas que resulta completamente neutro, y mucho más en una situación como la presente. Lo mismo podemos decir de la expresión completa. Una frase como «El Congreso conoce y aprecia el valor de la libertad de la que es garante», por poner un ejemplo, resulta un mensaje completamente inocente, neutro y oportuno. Aun cuando la prensa tratase de sacarle punta, no podría dañarnos.

El general Cordón se apresuró a atajar al díscolo civil.

—Usted y yo sabemos que mencionar ese término ante las cámaras equivale a obedecer el mandato de un terrorista. Le damos carta de naturaleza y lo peor es que ese terrorista lo sabe.

Lorenzo no se dejó amilantar. Su tono sonó casi desafiante.

—Disculpe, general, no sé cuáles son las ilusiones que ese terrorista pueda hacerse y no me importa lo más mínimo. De ilusiones no se come. Para mí, incluir esa frase supone simplemente una dosis extra de tiempo. Ganar tiempo no significa ceder ante una petición definitiva. Ganar tiempo permitirá ampliar las probabilidades de mantener con vida al inspector Iturri y averiguar de quién y de dónde procede la amenaza. Usted mismo lo mencionaba hace un momento: el dato de si es una fracción disidente o una ruptura de la tregua resulta esencial. Utilicemos este tiempo añadido para averiguarlo.

—Si esta carta llega a oídos de la prensa, o de otros terroristas, será nuestra perdición.

—General, también su gente tiene infiltrados, y eso no significa que acatemos sus principios. Se trata de una simple estrategia, con más ventajas que inconvenientes. Ganemos tiempo para saber si es la organización terrorista la que reivindica el secuestro o se trata de unos simples malhechores. Y hagamos si cabe más hermético el círculo.

Esta vez fue la vicepresidenta la que vació su botella de agua mineral. Cruzando las dos manos por delante del cuerpo, se mantuvo un rato pensativa.

—General, ¿cuándo cree que podremos tener una contestación a la pregunta sobre la autoría?

—Nuestros mejores hombres están trabajando en ello. He hecho venir de París al teniente coronel Villegas. Es el jefe de nuestra unidad de información en Francia. Trabaja codo con codo con sus homólogos franceses desde hace veinte años. Lo sabe todo acerca de la Organización. Conoce a todos sus comandos. Está al tanto de sus

tácticas...

—¿Cuánto tiempo, general?

A Cordón le molestó que la vicepresidenta le interrumpiera. No se llevaban del todo bien. Ella era su superior en la cadena de mando, y sabía aceptar la autoridad, pero no le gustaba que una mujer llevara la batuta. Ni que mandara tanto como aquella.

—Calculo que mañana a estas horas podremos saber algo.

La vicepresidenta jugó un instante con su pluma, luego levantó la cabeza y dijo con voz suave pero contundente:

—Mañana es demasiado tarde. Quiero una hipótesis esta noche. Gracias a todos.

Beltrán de Cabeza, asistente personal de la vicepresidenta, se puso en pie, y todos le imitaron. Reiteró el agradecimiento y les acompañó hasta el vestíbulo. Allí les dejó en manos de la secretaria y regresó al despacho, no sin antes advertirles que mantuvieran sus móviles activos y cargados. Los necesitaba permanentemente localizados.

La vicepresidenta estaba en pie ante la ventana cuando llegó. Ni siquiera volvió la cabeza.

—Tráeme al teniente coronel Villegas, por favor. Que venga solo. Me gustaría conocerle.

Calle de la Salud, 19, proximidades de Gran Vía, Madrid. 5 de diciembre

Decir que James Moloney trabajaba para el MI6 sería impreciso. A lo que hacen los agentes del mejor servicio secreto del mundo, con permiso de los judíos, se le puede llamar de cualquier modo menos trabajo. Un trabajo es, en la mayor parte de los casos, una tarea segura que entraña una cierta dosis de rutina, una actividad que cuenta con un horario y una responsabilidad definidas, que se ejecuta en un territorio de referencia y se asocia a un espacio físico, y cuyos estipendios se fijan en un contrato más o menos estable. Nada de eso parecía responder al perfil de la labor de Moloney, quien oficialmente dirigía una compañía de importación-exportación de licores espumosos. La empresa, con sede en Madrid y oficinas en San Francisco, Londres y París, era de su propiedad en un cincuenta y uno por ciento. Por su modo de vida, debía de tener bastante éxito. Respecto a sus otras actividades... Bueno, eran de veinticuatro horas, sin definiciones ni contratos, y con el mundo por montera, aunque siempre con base en Madrid.

El local japonés, de decoración minimalista, contaba con reducidas dimensiones: a lo sumo una docena de pequeñas mesitas cuadradas. Con paredes y suelos forrados con madera oscura y luz exclusivamente ambiental de pantallas rojas, pedía hablar en susurros y comer con palillos. James ya estaba allí cuando MacHor llegó. Se hallaba sentado, como siempre, al fondo, en la esquina derecha, mirando hacia la entrada, de modo que nadie que accediera al restaurante escapara de su mirada escrutadora.

Se levantó nada más verla, la ayudó a desembarazarse del abrigo, que depositó en el asiento contiguo, junto al bolso y los guantes de la juez, y retiró la silla para que se sentara con más comodidad, mientras decía en voz inusualmente elevada:

—¡Qué placer verte, Lola! Y almorzar a una hora decente. A vosotros los españoles, si os dejaran, empalmaríais la comida con la cena.

Apenas acababan de intercambiar el saludo cuando James se agachó y le susurró al oído con voz fría:

—¿Te han seguido, Lola?

Instintivamente, la juez trató de girar la cabeza, pero la presencia de James a su espalda se lo impidió.

—¿Seguirme, por qué habrían de seguirme? ¿Quién? —Se detuvo un instante y con tono compungido confesó—: Lo siento, no tengo ni idea. He cogido un taxi y... quizá debería haberme dado cuenta...

El hombre la interrumpió.

—¡De acuerdo, no te preocupes! Ahora me acercaré un poco más e intercambiaremos unos arrumacos comprometidos, así parecerá que somos amantes. Eso anulará la suspicacia de los camareros. Hay uno que nos está mirando fijamente.

Lola empujó la silla hacia atrás.

—¡Y un jamón! Como se te ocurra hacer algo similar, saco la rodilla y se entera tu entrepierna.

James reía a carcajadas cuando volvió a su asiento; Lola no. En cuanto sintió la respiración de James junto a su oreja, la imagen de su marido se materializó en su cerebro. Nunca le hablaba de «sus amigos», era preferible. Pero si alguien la viera de esa guisa y se lo contara, tendría algunos problemas para explicarse. Él no alcanzaba a comprender por qué una magistrada del solemne y reputado Tribunal Supremo seguía empeñada en codearse con los bajos fondos, o, al menos, con los agentes que se desenvolvían en esos terrenos.

—¡Te estaba tomando el pelo, Lola! ¡Eres única! Por todos los santos, ¡qué imaginación! Si alguien te estuviera siguiendo, ni te enterarías.

La juez le recriminó su broma con cara de pocos amigos.

—¡Mira que eres mala persona, James!

—¡No tanto, querida mía! —Luego, miró el reloj y con tono socarrón, comentó —: Bueno, las doce y cinco minutos, ¿qué quieres almorzar a estas horas?, ¿paella?

Sentada frente a él, Lola se puso muy seria.

—Yo no voy a almorzar, pero veré cómo lo haces tú.

—Eso no estaría bien. Parecería lo que no es. Será mejor que compartamos algún plato y un poco de sake.

—¿Sake?

—Es una bebida muy digestiva, querida jueza.

Una camarera de escasa estatura (todo allí era minúsculo) y de rasgos sudamericanos se acercó con su libretilla y su bolígrafo Bic y dejó sobre la mesa un pequeño cuenco con salsa de soja. James ordenó un par de platos, sake para él y Coca-Cola Zero para Lola. Una vez se alejó, la interpeló:

—Venga, señorita, suéltalo ya. Te veo muy nerviosa, ¿qué ocurre?

—Se trata de nuestro amigo común Iturri. Ha desaparecido.

James se mantuvo un instante en silencio. Un silencio tenso, durante el cual no movió ni un músculo. Parecía una calculadora procesando datos. Finalmente, despertó.

—Eso no parece muy probable. Juan no desaparecería así por así...

—Pues lo ha hecho. —Sin perder tiempo, Lola se lanzó a explicar la historia—: Me envió un mensaje muy extraño, y luego su teléfono dejó de emitir señal. Llamé a Padilla, un amigo de la unidad de información...

—Sé quién es, Lola. Continúa, por favor...

—De acuerdo. Hablé con él y, tras algunas llamadas, me confirmó...

James levantó ambas manos en demanda de una tregua.

—¡Un momento, no te aceleres! Vayamos por partes. Cuéntame qué ha ocurrido paso a paso sin dejarte nada en el tintero, ¿de acuerdo? Tómate el tiempo que necesites, yo no tengo ninguna prisa, pero no olvides nada. En este tipo de asuntos, en



realidad, en todos, los detalles son lo más importante...

Lola respiró hondo y fue poco a poco desgranando la secuencia de los hechos, desde el instante en que recibió por triplicado el mensaje del inspector Iturri, hasta la llamada de Padilla de aquella misma mañana.

—De modo que Padilla te ha confirmado que el teléfono está fuera de juego y que los únicos mensajes que envió son los que tú recibiste.

—Eso es, sólo me escribió a mí. ¿No te parece extraño?

James asintió.

—Y dices que a Padilla le han ordenado que se mantenga al margen...

—Más o menos, sí. Bueno, en realidad, no le han dicho nada. Pero es perro viejo. Dice que el asunto está en manos de algún mando militar directamente al servicio del Gobierno. Estado Mayor o similar. —Lola suspiró—. Estoy superpreocupada, James. ¡Tengo el convencimiento de que le ha ocurrido algo horrible! Aunque no sé bien de qué puede tratarse. ¿Y tú, tienes alguna idea?

—No *really*. —Se frenó un instante, y luego preguntó—: Por cierto, Lola, ¿tu reloj adelanta?

La juez le dirigió una mirada jocosa.

—¿Es algún tipo de acertijo? ¿Una de esas cosas de espías?

—¿De espías? —Soltó una carcajada—. ¡Por todos los demonios, eres única! No, nada de eso. Es que el reloj de ahí enfrente marca diez minutos menos que el tuyo. Por cierto, una preciosidad.

Lola bajó la vista y se lo recolocó en la muñeca.

—Fue un regalo de Jaime. Por mi cumpleaños. Cuando cumplí... Veintitrés. Más o menos. Me gusta. Pero no me cambies de tema. Hablábamos de Iturri. Sé que va a sonar paranoico, pero te aseguro que está en un apuro. Soy buena leyendo entre líneas. Viendo las cosas que se esconden tras los hechos, como los niños que juegan al escondite. Cuando era niña y jugábamos a ese juego, yo era siempre la que contaba. Prefería descubrir a ocultarme. Y casi siempre ganaba. Hoy me sigue ocurriendo lo mismo. Hay mucha gente que miente y otra mucha que no está acostumbrada a decir la verdad. No saben contar lo que les ocurre de una forma llana, franca. Y envuelven sus palabras en papel de celofán. Con Iturri es muy distinto. Él no es lineal, tampoco habla mucho, sin embargo, creo saber lo que pasa por su cabeza. Al menos cuando algo va mal. Y en esta ocasión algo va mal. ¿Te resulta difícil de aceptar? Estas poniendo una cara muy rara.

—En absoluto. A veces, se llega a un punto en que el conocimiento mutuo es puramente intuitivo. —Sopló la vela que descansaba sobre la mesa. Le molestaba el olor—. De acuerdo. No pinta bien... Déjame que te pregunte algo: ¿has hablado con alguien más, aparte de Padilla, o has hecho alguna averiguación además de lo que me acabas de contar?

Por un momento, Lola enrojeció. James se puso inmediatamente en guardia. Si hubiera nacido sabueso, tendría la cola en punta.

—No he hablado con nadie más, pero he cogido hora para Álex y me he probado una faja —confesó en voz queda.

—¿Que has hecho qué?

La juez levantó los brazos.

—¡Vale, sé que es absurdo, pero ya está hecho! Me he comprado una faja, ¿pasa algo?

—Supongo que no, querida mía, aunque debo confesarte que no sé de qué me hablas. ¿Y quién es ese tal Álex?

—Mi peluquero. Mira, no es importante. Lo que cuenta es que mañana acudo a una recepción en el Congreso de los Diputados, al que con seguridad asistirá la plana mayor del Estado Mayor, valga la redundancia. Y voy a ponerme un vestido ceñido y a ir a por un general calvo, el que cuenta con más galones. Y voy a salir de allí con una explicación.

Moloney miró divertido a Lola a la cara.

—Te has puesto colorada.

—¿Cómo lo sabes? Con esta luz, casi no me veo las manos.

—Te has puesto colorada —insistió.

—Vale. Lo reconozco: sin faja creo que no funcionaría ni con un calvo. He engordado un poco...

—¿Calvo, por qué un general calvo?

—¡Buena pregunta! Pues la verdad es que no lo sé. Supongo que mi subconsciente los considera más susceptibles a los encantos femeninos de las señoras de mediana edad...

—¿Te refieres a las que llevan faja, como las damas victorianas?

Lola se encogió de hombros.

—Así es la vida, compañero. Y tú, James, ¿puedes hacer algo? No sé, lo que sea que hagas en estos casos... La faja no te quedaría bien.

—Yo dirijo una compañía de licores, Lola. Por lo demás, sólo escucho. Pero, en cuanto salga, preguntaré por ahí, a ver si alguien ha oído o visto algo. Por cierto, yo también asisto a esa recepción. Nos vemos allí. Si hay algo antes, te doy un telefonazo...

—¿Asistes, cómo que asistes? ¡Sólo acuden autoridades y gente guay!

—Gajes del oficio, querida. Además, yo no soy calvo... ¿Te parece si pedimos un *take away*?

Lola estuvo de acuerdo.

Palacio de la Moncloa, despacho de la vicepresidenta del Gobierno. 5 de diciembre

Le hicieron pasar, le comunicaron que la vicepresidenta acudiría en unos minutos y le invitaron a tomar asiento en una de las sillas tapizadas en piel que rodeaban una mesa redonda de madera oscura, y de costosa apariencia. Villegas agradeció el ofrecimiento, pero permaneció de pie, junto a la ventana. El lugar parecía un monasterio benedictino: el único sonido procedía de los pájaros que anidaban en los jardines del palacio.

El teniente coronel estaba acostumbrado a presentar informes orales a ministros, secretarios de Estado y generales; en una ocasión, incluso a un presidente. No era la parte de su trabajo que más le gustaba, pero tampoco le desagradaba. Sabía cómo debía comportarse. Tras veinte años en el puesto, había llegado a convencerse de que a los políticos, fuera cual fuese su rango, les interesaban únicamente dos cosas: los resultados y los detalles fantásticos o lacrimógenos. Necesitaban los primeros para mantener el puesto; los segundos constituían el perfecto ingrediente para las largas sobremesas de los almuerzos con empresarios, dignatarios extranjeros, gente guapa y visitas femeninas. A veces escabrosos, a veces sangrientos, siempre lo suficientemente impactantes, los narraban con displicencia, sin darse importancia, como si fueran una ínfima muestra de un cajón rebosante de historias. Historias de espías, mujeres policías amantes de terroristas o mafiosos, atentados frustrados, traidores... Creían que aumentaba su caché. Les hacía parecer hombres importantes, curtidos. Cuanto más peliagudas fueran las historias, mejor.

Sin embargo, nunca se había encontrado con un político al que le preocupasen los procedimientos que empleaban, salvo que fueran ilegales y alguien se enterara. Su trabajo era, fundamentalmente, una tarea tesonera, minuciosa, rutinaria y repetitiva. Liberar a un secuestrado, identificar a un asesino antes de que perpetrase alguna fechoría irremediable y evitar un atentado requerían, por encima de cualquier otra cosa, tiempo, tesón y método. Pero a los políticos no les impresionaba cómo empleaban sus horas. Por eso, cuando, como en aquella ocasión, le llamaban para pedir información, se ceñía única y exclusivamente a lo que deseaban oír.

Llevaba demasiado tiempo en París, desconectado de los centros de poder, y no tenía información de primera mano. Últimamente, sólo había tenido trato con el Ministerio del Interior. Sin embargo, dio por sentado que la vicepresidenta del Gobierno estaría cortada por el mismo patrón que sus homólogos varones. Cierto era que alguna de las pocas mujeres con las que le había tocado tratar le había sorprendido de forma grata, pero no pensaba que aquella lo hiciera: en París se la conocía como «la pequeña generala», una dama que compensaba su escasa estatura con sus acendradas dotes de mando. No la conocía personalmente. Había tenido

ocasión de verla de cerca en un par de desfiles, pero nunca se habían saludado ni conversado en privado. Había recibido, eso sí, una carta suya, firmada de puño y letra, en la que le felicitaba por el éxito logrado en una misión. Sin embargo, estaba seguro de que ni siquiera se había enterado de que la firmaba. En todo caso, Villegas sentía curiosidad. No tardó mucho en satisfacerla. Casi de inmediato, la estancia se llenó de un perfume dulzón y una mano tendida.

—Teniente coronel, es un placer conocerle. He oído hablar mucho de usted. Gracias por su ayuda —dijo mientras le estrechaba la mano.

Villegas tuvo la sensación de que sus ojos le traspasaban el cráneo y exploraban sus pensamientos. Lo primero que hizo fue excusarse por su atuendo informal. Un pantalón de pana no era una buena tarjeta de presentación en aquel entorno. Con la urgencia, no había tenido ocasión de coger su uniforme.

—No se excuse. Sé que le hemos hecho venir con prisa. Siéntese, por favor.

—Cualquier pretexto para regresar a casa es de agradecer.

—¿Es usted madrileño?

—Burgalés, pero toda mi familia vive aquí.

Villegas se detuvo. Corrió la silla para que la vicepresidenta se sentara y luego lo hizo él. Era consciente de que la palabrería había concluido.

—Gracias, teniente coronel. Antes de nada, decirle que me alegra poder felicitarle en persona. En aquella operación, su unidad estuvo fantástica. Sin sus datos, hubiera sido imposible localizar el zulo.

Villegas se sintió agradablemente sorprendido. Se limitó a sonreír. Su sonrisa era franca, con un toque socarrón. Era su carácter el que la producía, pero también era una estrategia. Por experiencia sabía que, en aquel tipo de situaciones, solían darse momentos incómodos, silencios difíciles de llenar, que su sonrisa hacía más llevaderos. En aquella ocasión, no hubiera sido necesaria. Se entendieron desde el primer instante.

—Teniente coronel Villegas, me dicen que está usted al mando del equipo que investiga el presunto secuestro del inspector Iturri.

—Así es, señora. Desde esta misma mañana.

—No es la primera vez que investiga un secuestro, ¿verdad? ¿Cuántos han sido: diez, doce?

—Dieciséis.

—¿Cuándo fue el último?

—Hace cinco años, señora.

—¡Ah, cuánto ha llovido desde entonces! El mundo ha cambiado mucho.

—No en el modo de investigar, señora. Las nuevas tecnologías nos facilitan las cosas, aceleran la búsqueda de pruebas, pero las pautas son las mismas. Peinamos el pajar cuadrícula por cuadrícula, hasta dar con la aguja.

La vicepresidenta suspiró.

—¿Así ve la situación, una aguja en un pajar?

—En mayor o menor medida, todas las situaciones cuadran en ese perfil.

La mujer, cuyos brazos ya descansaban sobre la mesa, volcó su cuerpo hacia delante, como queriendo transmitir la importancia de sus palabras.

—Teniente coronel, me gustaría conocer su opinión profesional sobre dos cuestiones. De entre nosotros, quizá sea usted la persona más idónea para responderlas. No quiero palabrería, ni paños calientes, quiero su opinión, me guste o no. Primera: ¿qué cree usted que pasa?, ¿son ellos? Segunda: ¿qué cree que debemos hacer?

Villegas, que estaba tieso como un sable, dobló la espalda y volvió a sonreír.

—Me pone en un compromiso, señora. Para empezar, ha planteado tres preguntas, no dos. Además, sólo hace unas horas que he conocido los pormenores de este caso. No me gusta formular hipótesis si no puedo apoyarlas en hechos comprobados.

—No tenemos tiempo de comprobaciones, teniente coronel. Por eso, debemos especular. Le ruego que, sobre la base de su experiencia, me dé su parecer.

—De acuerdo. Veamos. Respecto a la primera pregunta, tengo por seguro que Juan Iturri ha sido secuestrado. No podemos ponerlo en duda con las imágenes que captaron las cámaras de seguridad de la zona cero.

Le interrumpió.

—¿La zona cero?

—Llamamos así al punto en el que creemos que se realizó el secuestro. Lo hacemos coincidir con la última posición conocida del teléfono móvil de la víctima. Lo primero que hace un secuestrador es arrebatarlo y extraerle la batería, así no pueden localizarle. En esta ocasión, la zona cero se encuentra en el casco histórico de Lyon, ciudad donde trabaja el inspector. Se trata de una plaza acotada, vialmente de dirección única. Se le ve entrar a pie desde el norte, pero no se le ve salir. De hecho, no se le vuelve a ver, como si se lo hubiese tragado la tierra. Sin lugar a dudas, iba en el maletero del coche verde que captan las cámaras, el único que transita por la zona en ese momento y sale minutos después por el sur. El día del secuestro, el viento era impenitente en Lyon. Y, por cierto, el hecho de que el repetidor al que se enganchó su teléfono por última vez esté en Lyon tampoco es despreciable. Se trata de un secuestro en suelo francés, aunque la policía del país ni siquiera lo haya oído. Eso hace de este un caso especial, pero no sólo por eso. Respecto a la segunda pregunta, muchos pequeños detalles (y otros no tan pequeños) apuntan a su autoría y nos hacen pensar que, sin duda, han sido ellos. Sin embargo, enseguida surgen las dudas. Porque no todo está tan claro.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Para empezar a la reivindicación del hecho. Este grupo terrorista publicita sus acciones casi antes de llevarlas a cabo. Lo suyo es hacer ruido, provocar alarma social. Sin embargo, en este caso no ha sido así. Es cierto que en una ocasión, lejana en el tiempo, tardaron hasta diecisiete días en declarar la autoría, pero en los últimos tiempos no ha sido así.

—Lo han reivindicado por carta —le contradijo la vicepresidenta.

—Esa carta confirma que están en ello, pero una reivindicación es otra cosa: significa hacerlo público. Que la sociedad lo conozca, que aparezca en los telediarios y llene portadas. Prácticamente, implica que llamen a su periódico o que metan en el ajo a sus abogados. Si nadie se entera, ¿para qué sirve un secuestro?

Los dedos de la vicepresidenta tamborilearon en la tapa de la mesa.

—Le recuerdo, teniente coronel, que exigen dos millones de euros, y ofrecen instrucciones precisas para su entrega.

Villegas negó con la cabeza. Tenía ya los brazos sobre la mesa.

—Lo sé, he leído esa carta. Perdóneme que se lo diga, pero nada cuadra. El mismo texto resulta motivo de distonía. No suelen pedir el dinero de esa forma. Las cantidades se negocian después, por otros cauces. No es propio de ellos. Sería la primera vez...

—¿Está asegurando que no son ellos?

Villegas meditó despacio su respuesta.

—Es difícil contestar esa cuestión. Si de nuevo me pide que especule, le diré que estoy bastante seguro de que el secuestro procede de ese entorno. Digamos, entre un setenta y un ochenta por ciento. No sé si la han informado de los detalles, o si no necesita saberlos...

—¿Se refiere al emblema de la Organización?

—A eso también, por supuesto, pero sobre todo a las placas de matrícula que llevaba el coche que han encontrado calcinado a unos kilómetros de Lyon, el mismo Citroën de color verde del que le hablaba anteriormente.

—Algo me han contado, pero prefiero que me lo explique usted, por favor.

Villegas suspiró. Aquella mujer mostraba una curiosidad superior a la media.

—Verá, señora, la Organización suele enviar a algunos de sus corderos a distintas partes de Francia para tomar nota de números de matrícula y de los tipos de vehículos a los que pertenecen, con el fin de duplicar las placas. Hacen juegos de placas con esos números y van cambiando las placas del vehículo que conducen conforme cambian de zona; así, si la gendarmería les toma la matrícula, todo parece en regla. La Organización guarda esa lista de vehículos y matrículas como oro en paño, pero hace un par de años nos hicimos con una copia. El modo no viene al caso, pero sí el hecho de que la matrícula que llevaba ese coche calcinado se encuentra en un listado incautado a la Organización. Que tiene que ver con ellos, por tanto, resulta indiscutible.

—¿Y todavía duda de que sean ellos?

Asintió varias veces.

—Nadie de dentro parece saber nada. Ninguno de nuestros confidentes ha oído nada. Tampoco los contactos franceses. Eso implica que se ha mantenido en secreto, es decir, que la decisión se ha tomado fuera de la cúpula. Lejos de ella.

—¿Algún exaltado, un alma libre?

—No, imposible. O, al menos, improbable. Funcionan como una organización militar. Los de arriba dan las órdenes y los de abajo las ejecutan. Se trata, a mi entender, de una fracción disidente... Y supongo que ahora me preguntará cuán seguro estoy. Le ahorro la pregunta: verás, podrían haber quitado las placas antes de quemar el coche, pero no lo han hecho. Quizá tenían prisa. O quizá querían que la Organización lo supiera. Que conociera su existencia.

—¿Esa es su hipótesis?

—Es mi hipótesis de partida, sí. Por eso, presenta similitudes y diferencias con el modo habitual. Y por eso resulta mucho más peligrosa. No sabemos cómo actuarán ni por qué están haciendo lo que hacen.

—¿Y cuál es su propuesta?

Villegas se encogió de hombros. Se hallaba ya completamente relajado.

—Sólo hay una vía, señora: hacer lo que sabemos hacer. Lo que hemos hecho siempre. Lo que llevamos años haciendo: indagar, investigar, mirar, escuchar. Y sacar conclusiones.

—¿Cuánto tiempo necesita? Hoy es día 5, y el plazo concluye el 10.

—Sin duda, no es suficiente. No podemos correr, no podemos acelerar, sólo trabajar duro. Pero...

Villegas se detuvo. Había estado a punto de dar un consejo no solicitado. Sabía que era una línea que no debía cruzar.

—Pero ¿qué, teniente coronel?

—No tiene importancia, señora.

—La tiene. Termine la frase, por favor.

La terminó, pero no del modo en que había sopesado hacerlo. La vicepresidenta inspiraba confianza, creaba un clima que hacía a la gente bajar la guardia. Pero seguía siendo un animal político. No habría llegado hasta donde estaba cantando *Kumbayá*...

—Respecto a la frase que le exigen incluir en uno de sus discursos...

—¿Cree que debo hacerlo?

Se esmeró en no responder de inmediato, aunque tenía una respuesta.

—No puedo juzgar el acierto político de esa decisión, pero, desde mi lado del camino, la respuesta debe ser afirmativa. Incluir esas palabras en su discurso nos dará un poco de margen. Y, sobre todo, hará que se relajen. La gente relajada comete más errores.

La vicepresidenta se puso de pie. Villegas la imitó.

—Gracias, teniente coronel. Su visita ha sido de mucha utilidad. No haría falta, porque estoy segura de que lo sabe, pero se lo diré de todos modos: siempre tendrá en mí a una aliada. Cuente conmigo para todo lo que necesite. Cualquier cosa. Llámeme si alguien o algo dificulta su tarea o le pone trabas. —Se detuvo un instante. Volvió a clavar los ojos en Villegas, como había hecho al saludarle, y añadió—: Dejémoslo claro, teniente coronel: no pretendo inmiscuirme en sus planes, usted tiene la

autoridad. Lleve el asunto como estime oportuno. Confío en usted. Me gustaría, eso sí, que me informara personalmente. En primer lugar. —Se detuvo de nuevo. En la críptica alusión a la posibilidad de palos en las ruedas, Villegas creyó percibir un punto de desconfianza hacia su superior, el general Cerdón. Bien estaba saberlo—. ¿Qué necesita?

—La independencia que acaba de facilitarme, y que agradezco, poder contar con mi equipo, un poco de suerte y que me autorice a trabajar con los franceses.

—Concedido. Hablaré de inmediato con mi homólogo galo. ¿La Interpol?

—Yo diría que no, señora. Sería imposible mantener el hermetismo. Si están ellos, mañana lo leeremos en la red.

—De acuerdo, adelante. Y no deje de llamarme ante cualquier novedad que le parezca importante.

Se habían despedido con un efusivo apretón de manos. Villegas estaba esperando que saliera para abandonar la estancia cuando la mujer se dio la vuelta:

—De esos dieciséis secuestros, Villegas, ¿cuántos se resolvieron bien?

—Catorce, señora.

Suspiró.

—Catorce. Es una buena proporción, pero, en este caso, necesitamos un éxito. Las consecuencias de un fracaso serían terribles, no sólo para el inspector Iturri.

—Como le decía, contamos con poco tiempo, y no tenemos claro el perfil. Si no han recibido instrucciones de la banda, será más complicado. Pero haremos todo lo que podamos.

—Gracias, teniente coronel. Le enviarán un mensaje con el número en el que puede localizarme. Día y noche.



Aparcamiento público de la plaza del Carmen, Madrid. 5 de diciembre

James Moloney había aparcado su coche en un garaje cercano al restaurante, en la misma Gran Vía. Cuando abandonaron el local, esperó a que Lola detuviera un taxi para volver al tribunal y se dirigió a recoger su BMW. Sin embargo, no arrancó de inmediato. Muy al contrario, permaneció un largo rato sentado en el asiento de cuero negro, sin moverse, fumando cigarrillos y pensando. Naturalmente, su tique caducó y hubo de acercarse a buscar otro.

Lo primero que hizo, tras despedir a Lola, fue llamar a Iturri. Como la juez le había avanzado, su teléfono estaba fuera de servicio. Probó con la segunda línea, una que ella desconocía: tampoco obtuvo resultado. Era extraño. Sin embargo, debido a la procedencia del aviso, sopesó el siguiente paso. Quería estar seguro. Y tenía serios motivos para dudar.

En realidad, James Moloney, nacido Harry Teague, no era un hombre de negocios, aunque en ese mundo, especialmente en el área financiera, se desenvolvía como pez en el agua. De hecho, había ganado una pequeña fortuna invirtiendo en bolsa desde que comenzara la crisis de las hipotecas *subprime*, como en su momento aprovechó la burbuja de las telecomunicaciones. Pero su formación era otra muy diferente. Cuando terminó la escuela secundaria y hubo de escoger, no tuvo dudas al decantarse por la psicología y pedir un crédito bancario para poder pagar su entrada en Oxford. Lo consiguió sin que nadie lo avalara. No tenía quién. Sus padres habían muerto, y vivía con una tía abuela anciana y pobre en el área más oscura de West Croydon, de población mayoritariamente de color.

Desde que tenía memoria, le habían fascinado el poder que encerraba la persuasión y todos esos sutiles modos de manipular a la gente, tanto de forma individual como en masa. Le llamaba poderosamente la atención esa capacidad que poseían algunas personas para convencer a otras de que hicieran o dijeran cosas que voluntariamente nunca hubieran hecho o dicho, yendo incluso en contra de sus propios intereses. Lo había observado en el patio del colegio con niños pequeños y grandes, en los púlpitos de las iglesias de su barrio, en la calle, entre sus amigos... Por eso, cuando pensó en una carrera, no vio mejor opción, especialmente en Oxford, donde se hacía buena neurociencia aplicada.

La carrera le fascinó y decidió reengancharse. Desarrollaba su tesis sobre comportamientos compulsivos en el consumo cuando su tutor le presentó a un amigo de un amigo. Dos tés después, este le había convencido de que sus naturales habilidades, bien dirigidas, podían ser de mucha más utilidad para su país y para sí mismo. Desarrollar modelos que permitieran predecir el patrón de compra de las mujeres resultaba interesante, pero si lo que se anticipaba era un atentado terrorista

contra el Reino Unido, el valor de su talento subía muchos enteros. Moloney no necesitó una segunda conversación. Cuando terminó de hablar con aquel caballero, y dejó claro que había estudiado con un crédito que debía ser devuelto, trabajaba para el MI6. La British Neuroscience Association, conocida por sus generosas contribuciones a los estudiantes, resolvió el primer escollo.

Hablaba cinco idiomas, pero siempre le había llamado la atención el apasionamiento del carácter español. Por eso, cuando le plantearon dos destinos, no dudó en elegir Madrid. Desde allí, elaboraba informes sobre México, Colombia, Perú y Chile. Pero sobre todo desplegaba su actividad en España.

Una de las funciones de James Moloney era dibujar y mantener activos los perfiles psicológicos de personas clave de la política, la judicatura, la empresa o la ciencia del país. Cuando Lola MacHor sorprendentemente fue elevada a la categoría de magistrada del Tribunal Supremo, y después a la presidencia de su sala penal, el MI6 ordenó abrir un expediente. De darse una instrucción y enjuiciamiento contra personas que ostentaran cargos relevantes en España (desde el presidente del Gobierno hasta el fiscal general del Estado, pasando por presidentes de Congreso y Senado, diputados, senadores y un largo etcétera), estos pasarían por su sala. Era lógico que se la marcara de cerca.

El expediente de la juez MacHor contenía sus datos y andanzas más relevantes. Nada anormal: procedencia, aficiones, tendencias políticas, carácter, manías, pecadillos, amistades... Buscaba datos sobre ella cuando averiguó que Lola MacHor era amiga del peculiar inspector Juan Iturri, quien también contaba con un expediente vivo. Y no dudó en explorar esa conexión. E hizo bien. Lo que halló le dejó perplejo.

«Anclaje emocional», esa fue la denominación que empleó para describir la relación MacHor-Iturri. Inicialmente, pensó en lo más lógico, la ley de Ockham tiene su fundamento, pero por más que indagó no logró constatar que entre ellos hubiera habido o existieran historias de amor o sexo. A Iturri se le conocía una buena colección de relaciones, todas de corta duración, por no decir esporádicas, y siempre con el mismo tipo de mujer: delgada, morena, alta y con ojos claros, lo opuesto a Lola MacHor, que era pelirroja, tenía curvas y los ojos marrones. La juez permanecía junto a su marido, con el que llevaba decenios de relación, sin que se conociesen infidelidades por parte de ninguno de ellos.

No hallar una causa clara para ese anclaje hizo del asunto un bocado todavía más exquisito para Moloney, que decidió conocer personalmente a la juez. Aquellos que ocupan cargos como el suyo están obligados a acudir a mil y un actos. No tuvo demasiadas dificultades en ser invitado a uno de ellos. Y, ya allí, en hacerse pasar por lo que era: un espía. Sabía por el expediente que Lola MacHor sentía especial atracción por las puertas cerradas, las historias ocultas y los lugares recónditos. Como era natural, cayó en su regazo como fruta madura. De hecho, resultó un poco más fácil de lo previsto y, al mismo tiempo, un poco más complejo. ¡Aquella mujer era simultáneamente un libro abierto y un pozo inagotable!

Le hizo algunos favores, datos sencillos que la juez, como siempre, magnificó, y que le permitieron disfrutar de un largo rato con ella a solas, con la adrenalina disparada. No hizo falta más que tirarle un poco de la lengua y ella lo vomitó todo.

«Ha pasado mucho tiempo, Moloney, pero aún hoy, en plena noche, me despierto una y otra vez reviviendo el momento. ¿Te parece normal? Sin duda, aquel fue el verano de mi vida: me acusaron de un crimen y me dio un infarto, todo en un solo acto. De aquello recuerdo el tacto de las esposas de metal en mis muñecas y la luz fría de la UCI del hospital. Puedo evocar en la lejanía las miradas de desprecio de la gente y la inmensa soledad, pero lo que aparece en mis sueños recurrentemente es la maldita bacinilla de acero inoxidable. Sé que no tiene mayor importancia, que, dentro del contexto de una acusación por asesinato, es como un pequeño grano de arena en una playa inmensa, pero eso es lo que siento. Verás, tenía que hacer pis. Me habían dado algún diurético y mi vejiga estaba a punto de estallar, pero, como estaba esposada a la cama del hospital, lo único que me ofrecían era aquel cuenco con forma alienígena. Si estás en una habitación, aún es aceptable, pero la unidad coronaria del hospital tenía colocadas las camas en forma circular, alrededor del control de enfermería. Todo el mundo podía escucharme, mirarme y hasta olerme. Era incapaz de usar aquella cosa. Entonces, llegó Iturri con esos ojos verdes, inquisidores, duros, empeñados en taladrarte el alma. Curiosamente, era el policía encargado del caso, el que me había atrapado y colocado en aquella posición tan incómoda; pero, cuando le expliqué lo que ocurría, ordenó que me soltaran y que me permitieran ir a un baño de verdad, ya sabes: puerta con candado, inodoro, intimidad, y agua para lavarse las manos. ¡Una maravilla! Nunca dejaré de estarle agradecida. Cuando regresé esperaba encontrarme a un hombre conciliador, dispuesto a escuchar mis alegatos. Pero me topé con un tipo que bordeaba la mala educación y cuyas palabras cortaban. Eso me puso muy nerviosa. Cuanto más proclamaba mi inocencia, más culpable parecía. Fue un verdadero suplicio. Dos días después, Iturri había encontrado al verdadero culpable. Ese es Iturri. Hay días en los que me gustaría matarle. Y otros en los que... Otros no... ¿Cómo es posible apreciar a alguien tanto como yo aprecio al inspector Iturri y, al mismo tiempo, desear que desaparezca para siempre de mi vida, o mejor, del mapa? Es como una extraña nostalgia dolorosa, ¿sabes a qué me refiero?».

Tras aquella larga conversación, Moloney incluyó en su informe la hipótesis de que la juez MacHor sufría un peculiar síndrome de Estocolmo con quien por primera y única vez la había metido entre rejas. Juan Iturri había sido el causante de su detención, pero también el de su liberación. Su argumento explicaba que ese sentimiento de gratitud le hiciera justificar moralmente las actuaciones del inspector, aunque estas fueran del todo inconvenientes.

Lo que también revelaba, aunque no podía justificarlo, era que, por algún extraño fenómeno, la dependencia se desarrollaba en ambos sentidos. Iturri estaba tan unido a Lola como Lola a Iturri.

Eso podía explicar por qué le había escrito ese mensaje sobre Salamandra, fuera

quien fuese, a ella y sólo a ella. Pero no aclaraba si era un mensaje de socorro o de cualquier otra cosa. Debía decidir si la alarma por la desaparición de Iturri procedía de ese síndrome y, por tanto, de la mente de Lola, o de una causa justificada, ya que, por otro lado, la intuición de la juez resultaba notoria.

—Suenan tan raro, tan Lola, que creo que voy a darle la razón —se dijo a sí mismo antes de salir del coche e ir a contarle su vida al aburrido empleado del aparcamiento: su tique había caducado media hora antes.

Domicilio de la juez MacHor, proximidades de Madrid. Noche del 5 de diciembre

Lola MacHor regresó pronto a casa, estaba exhausta. Una dosis demasiado extrema de realidad. Humo, gritos, dos calles cortadas, basura, expedientes interminables, rusos de cara colorada, aforados, asesinos recalcitrantes, conductor nuevo, Sonsata en el tanatorio, y mucha gente corriente que no pone cuernos a su mujer casi más por pereza que por amor. Sí, venía pensando en ello. Había recibido un nuevo aviso de E-park que indicaba que el coche de su marido no estaba precisamente en Barcelona.

Se esforzaba por ser práctica y pensar con la cabeza y no con el corazón. Porque una aventura es muchas cosas pero, sobre todo, un lío. Para empezar, se necesita tiempo. No tanto como para jugar al golf, pero sí creciente. Y tienes que poner otra muesca en tu agenda, ya repleta, para encubrir la pista. Es como blanquear dinero y pensar que nadie va a enterarse: hay muy pocos que lo consiguen; en el largo plazo, nadie. «Jaime tiene demasiado trabajo para meterse en un lío de faldas», se dijo. Y enseguida se recordó que era tonta. Porque cuando alguien siente alguna pasión saca tiempo de debajo de las piedras. Que se lo digan a los golfistas. Y a los golfos... «No, no y no, no me cuadra», insistió. Pero la duda le roía de tal modo que tuvo que buscar una salida.

—¡Es una estupidez, una estupidez supina! —dijo en voz alta, al llegar a casa, vacía a aquellas horas.

Pero estupidez o no, el frigorífico no fue lo primero que visitó. Se dirigió al armario de Jaime.

Como muchas mujeres, y también algunos hombres, Lola había fantaseado con esa pesadilla decenas de veces. Un mensaje olvidado en la americana, que aparece al vaciar los bolsillos; una llamada a deshora; el olor a perfume en la ropa; la nota de un restaurante ignoto, convenientemente guardada por la amable señorita de la tintorería; un cargo extraño en la tarjeta de crédito..., detalles, algunos, que no se pueden dejar pasar; pistas que parecen manchas de sangre en el escenario de un crimen; gritos imposibles de ahogar. Pero, aun soñado de forma reiterada, nunca creyó del todo ese sueño. No era más que una de esas pesadillas, una vaina que se repite de tiempo en tiempo y con las que los psiquiatras tanto disfrutaban.

Pero Jaime no. Aquella era una pesadilla que nunca llegaría a producirse, y no porque fuera improbable, inaudita, absurda, inconcebible o intolerable, sino porque era, simplemente, imposible. Jaime no.

Se acercó con sigilo, como si fuera una ladrona. Movi6 las puertas correderas hacia los lados y comprob6 una a una las prendas que pendían de las perchas. Todo estaba impoluto: Jaime era muy ordenado. Se llev6 camisas y americanas a la nariz y revis6 uno por uno los bolsillos de pantalones y chaquetas y camisas. Por descontado,

no olvidó el cajón de la ropa interior. Cuando se inicia un lío, es lo primero que se cambia. Se busca algo más sexi, más provocador. Pero tampoco allí encontró nada evidente. Si había una rival, estaba muy bien escondida. En lo referente al olor, las dudas le jugaron una mala pasada y sintió un vacío en el estómago, una extraña frustración. Entonces, se dio cuenta de que se estaba comportando como una mujer celosa y tonta, como una vieja pesada a quien merece la pena abandonar.

—¡Que no, Lola, que no cuadra! —tartajeó. Y, esta vez sí, bajó al frigorífico.

La casa estaba tan silenciosa que la densidad del aire se le hizo insoportable. Conectó la radio de la cocina. Las tertulias le resultaban entretenidas, pero no por las doctas conversaciones cuanto por el ruido de fondo. Para Lola, hacían la función de la música, y le permitían desconectar.

En su pesadilla repetida, Lola finalmente hallaba la prueba definitiva. Respondía primero con aspavientos y lloros, y luego pasaba a la acción. Siempre le había parecido un poco brusco para una mujer, que además era juez. Pero ¿quién controla los sueños? En el suyo, Lola mataba a su marido infiel. Una muerte profesional, digna de una juez de instrucción experimentada, amiga de forenses y policías judiciales. Un crimen pasional sigiloso por completo, tranquilo. Veneno. Una cena multitudinaria y dos muertos. Jaime y una joven que se encuentra sentada al otro lado del comedor. Delgada, morena, de piel muy blanca y cuello de cisne. Como las mujeres que le gustan a Iturri.

Cuando la gente empieza a hacerse cargo de las muertes, ella se levanta y se entrega teatralmente, a lo bilbaíno: bebiendo un trago del tercer vaso de vino envenenado.

Le pareció oír unos pasos en la entrada. Era Jaime. Respiró hondo. «Soy capaz de mantener con él una conversación civilizada, moderna», se dijo, aunque era una falacia. Conociéndose, sabía que se lanzaría en plancha. Le preguntaría directamente, sin tacto alguno, y de inmediato clavaría los ojos en él para ver su reacción.

—Lolilla, ¿estás en casa?

—En la cocina.

—¿Y ese ruido?

—La radio. Había demasiado silencio.

—¡Adoro el silencio!

—De acuerdo, la apago.

—¿Ha aparecido tu amigo Iturri?

Lola endureció el tono.

—Te expliqué ayer lo que pasaba. Nadie conoce su paradero. Todos estamos muy preocupados.

Cuando entró en la cocina, se había quitado la corbata pero no la americana. Lola le tendió una cerveza recién sacada del frigorífico. Él cogió una jarra de cristal del armario.

—¿Todos? Querrás decir tú.

—¿Y a qué viene esa estupidez?

—La gente usa la cabeza. Creo que a ti te hacen fantasear los parches...

La puerta de la cocina estuvo a punto de salirse de su quicio, de la fuerza con que la cerró.

—¡Lolilla, no te enfades! Es pura fisiología. Se llama menopausia. ¿Qué mosca te ha picado hoy?

—¿Mosca? ¡Mira, vete a diseccionar algún bicho de los tuyos!

—Yo ya no disecciono...

—Puede que sea un buen momento para hacerlo. Y también para decir la verdad. Por ejemplo, no decir que viajas a Barcelona cuando estás en Madrid.

—Pero ¿de qué hablas, qué insinúas?

—No insinúo nada. Se trata de hechos. De pruebas...

Jaime se dio la vuelta.

—Estoy agotado, no tengo ganas de discutir. Me voy a la cama. Háztelo mirar, Lola. Estás inaguantable.

Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. 5 de diciembre

—Hay una razón para todo esto, sin duda, la hay —masculló.

Se hallaba tendido en el suelo, colocado de cualquier manera, como un saldo de última rebaja. Estaba muerto de frío y de sueño; había sido golpeado, insultado, privado de agua y de alimentos, como un *homeless* contagiado de sida. Se hallaba rebozado en sus propios excrementos, arrojado incluso fuera de la papelera, como una piel de plátano putrefacta. Y, no obstante, los pensamientos de Juan Iturri no se dirigían a su dignidad menguada y a cómo aquel cabrón trataba de arrebatársela definitivamente. La mente del inspector estaba centrada en los dislocados perfiles de aquella situación. Había una razón para su secuestro. Sin duda, la había, pero él la desconocía. Y, sin esa pieza, le resultaba difícil completar el puzle. Y pensar en una estrategia de fuga.

Lo sospechó con la primera paliza, pero fue el amago de ajusticiamiento lo que confirmó sus sospechas. Joseba Gortari pretendía mostrar una cólera asesina, que a duras penas contenía. Una enorme sed de venganza. Una represalia visceral a la par que personal. Y no obstante, reviviendo sus gestos, su comportamiento o el modo en que su altanera expresión se desinflaba en ciertos momentos, había llegado a la conclusión de que fingía, de que interpretaba un papel. O de que, al menos, había algo más. Entre los miembros de la Organización, nunca había conocido a un buen actor. Y aquel lo era.

Todas las preguntas que se había formulado habían obtenido la misma respuesta: negativo.

«¿Será el retorno de la banda? Negativo. De ser así, me hubieran pegado un tiro y colgado una instantánea de mi cadáver en la red. ¿Buscan fondos para llenar sus maltrechas arcas? Negativo. En ese caso, hubieran tomado a un empresario vasco; la lista es larga, tienen dónde escoger. ¿Quieren forzar la negociación y me utilizan como medida de presión? Como hipótesis es factible. Pero si ese fuera el caso, ni me interrogarían ni me golpearían. Y hubieran escogido a un miembro de un cuerpo de seguridad español, no a uno que trabaja para un organismo extranjero. ¡Dios, no entiendo nada! ¿Por qué, entre los miles de policías, guardias civiles, políticos y militares, Joseba Gortari ha ido a por mí? ¡Resulta tan extraño que lo haga de esta manera, tan forzado, con tantos recovecos!». Cada segundo que transcurría estaba más convencido de que pasaba algo, de que había sido elegido adrede, había sido seleccionado. Y eso le aterrorizaba casi tanto como ser consciente del olor que su cuerpo desprendía. Olía a infierno.

Un infierno desconocido.

La mente de Iturri refrescó mentalmente las notas básicas que recogía su manual.



Porque todo secuestro comienza con la selección de un objetivo. Sí, seleccionar el objetivo es esencial. A veces, se trata de una persona concreta, con nombre y apellidos, que ocupa un cargo en la política o la cultura o la judicatura, cuya personalidad va a producir un determinado impacto; o un montante económico, si se secuestra a un empresario miembro de una compañía mercantil. En ambos casos, se requieren seguimientos exhaustivos y, si el secuestrado dispone de servicios de protección, oportunidades para lograr zafarse de ellos sin ser apresados. En otras ocasiones, se trata de escoger a un miembro cualquiera que pertenezca a alguno de los cuerpos de seguridad del Estado. En tal caso, se valora la oportunidad y la facilidad. Sirve cualquiera, con tal de que esté levemente relacionado con quienes se consideran los enemigos.

Él no era un cualquiera: había sido seleccionado con nombre y apellido. Pero su elección carecía de sentido. ¿Qué habían visto en él?

En el caso de la delincuencia común, el método tiene como base el sigilo y la distracción. Hay que perpetrarlo rápido, sin dejar huella, y si es posible con pistas que desvinculen al grupo de la autoría de los hechos. Los malhechores suelen recabar la información justa y no piensan en todos los imprevistos que pueden surgir y de hecho surgen. Disponen de los materiales justos, normalmente cortos. Y si sorprenden a sus víctimas es porque ellos están despistados.

En el caso del terrorismo, los miembros están entrenados (el grado de entrenamiento depende de la fortaleza de la organización), disponen de métodos probados, planificación exhaustiva, medios suficientes y el deseo de ser identificados. Salir en las noticias y apropiarse del horror producido es parte esencial de la operación. La información recolectada es amplia, y está basada en el conocimiento de los riesgos acumulados por la propia organización.

Un miembro entrenado sabe usar un arma, preparar o emplear explosivos, evitar seguimientos, o camuflar sus pistas. Un miembro entrenado sabe tener paciencia, seguir a su objetivo el tiempo que sea necesario, hasta llevar un listado pormenorizado de sus idas y venidas, y encontrar el momento y el lugar idóneos para su aprehensión. Un miembro entrenado logra ocultarse de tal modo que ejecuta sus acciones sorprendiendo a su víctima. Pero un miembro entrenado es mucho más que eso. Es, ante todo, una persona psicológicamente preparada para ejecutar de forma satisfactoria la operación pase lo que pase y sean cuales sean las decisiones que deban tomarse, incluso si hay que llegar a la sangre. Y es una persona dispuesta a seguir las reglas.

Joseba era capaz, pero no estaba siguiendo las reglas. Ni lo estaba contando. En ese caso, hubieran necesitado una prueba de vida.

Pensando en ello se quedó dormido.

Domicilio de la juez MacHor, proximidades de Madrid. Mañana del 6 de diciembre

—¡Lola, estás arrebatadora! —se dijo. Se hallaba ante el espejo de cuerpo entero que colgaba de la pared de su habitación, el mismo que cubría con un enorme fular cuando engordaba, el mismo que llevaba un mes tapado—. No puedes respirar, y cuando vayas a desprenderte de ella, necesitarás una máquina-herramienta, pero te hace tipo de modelo. Bueno de modelo no, pero casi...

Jaime apareció a su espalda, ya vestido. Estaba invitado al mismo acto. Si recordaba el episodio del día anterior, no lo evidenció.

—¡Estoy de acuerdo, Lola! ¿Has adelgazado?

—Algo así...

Se acercó al espejo y se arregló el nudo de la corbata. En lo referente a corbatas, era extremadamente clásico. En aquella ocasión, había escogido una Loewe de color azulón, con una pequeña flor blanca como motivo.

—Nunca había oído esa expresión. La gente adelgaza, engorda o se queda como está, pero «algo así»... ¿Qué significa?

Lola se cruzó de brazos.

—¡Vale, lo confieso, me he comprado una faja! Si sigo así, será portada de *El País*.

—¿Una faja? ¿Una faja, faja, como las de mi abuela?

—Dejemos a las abuelas en paz, *please*. Además, yo confío profundamente en la sabiduría de nuestros mayores.

—O sea, que te has comprado un corsé como el de mi abuela. ¡Estás loca! ¿De dónde has sacado esa idea tan peregrina?

—Las venden en El Corte inglés, no son tan raras... Y no, no estoy loca, estoy arrebatadora.

—En eso tienes razón. Creo que hoy causaremos sensación entre tanta gente importante... Oye, Lola, con lo poco que te gustan a ti este tipo de cosas, ¿por qué te estás tomando tanto interés?

Lola no respondió. Se dio la vuelta, hizo como si buscara algo en su bolso, y se dirigió al cuarto de baño. Su marido la siguió. Conocía demasiado bien a su mujer.

—¡Ah, Lolilla, qué miedo me das! Dime qué ocurre...

Olvidó el paseo y se dio la vuelta.

—Vale, parece que en esta casa no se pueden tener secretos. Es por Iturri...

Jaime asintió muy despacio.

—Iturri, ya... Supongo que hará una de sus entradas estelares y también acudirá a la recepción.

Lola se cruzó de brazos enfadada.

—Pero ¿es que nunca me escuchas? ¡No sé el número de veces que te lo he repetido: ha desaparecido!

—Supongo que querrás decir que aún no ha aparecido. De acuerdo, eso lo entiendo. Lo que no entiendo es qué tiene que ver su desaparición con que tú imites a mi abuela y te pongas una faja...

Lola entró en el baño. No quería dar más explicaciones.

—Cosas mías, Jaime.

—No, cariño, ¡cosas nuestras! ¿Qué pretendes hacer en esa recepción, a quién quieres impresionar? Te recuerdo que tienes un nombre y un cargo. Y, de paso, que yo también tengo una reputación que cuidar.

Lola empezó a enfadarse.

—Sé que la reputación es importante, Jaime. Me cuido bien de la mía y tú haces muy bien en preocuparte de la tuya. Pero cuando hay una causa de fuerza mayor, la fama, la reputación, el honor y todas esas cosas pasan a un segundo plano.

—E Iturri es un motivo de fuerza mayor...

—No, Jaime. Iturri, no, su desaparición.

Se dio por vencido.

—De acuerdo, Lola, ¿a quién pretendes asaltar cuando lleguemos?

—A un general...

Jaime levantó los brazos.

—Muy bien, allá tú. Yo no quiero saber más.

—¡No te pongas así, tengo que hacer algo!

—¡Pues esta vez no cuentas conmigo!

Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. Mañana del 6 de diciembre

Aquella mañana, Joseba hizo honor a su condición de Gortari y se dispuso a desplegar la última parte de su venganza. Se había levantado muy temprano, cuando aún no había amanecido. Las tinieblas y el viento competían por tomar las calles. Se abrigó. Se caló el gorro de lana y los guantes y salió a pasear. El invierno era duro por aquellas tierras, pero no más que en Belfast. Estaba acostumbrado al frío cuchillero y a la maldita humedad. El paseo le sirvió para despejarse. Y para pensar. El plan parecía funcionar según lo previsto, pero no estaba tranquilo. A simple vista, Iñaki había entrado en razón. No era un Gortari ni lo sería nunca, pero para sus fines, no necesitaba un patriota, sino mano de obra obediente. Eso creía haberlo conseguido. Aunque el modo de hacerlo le obligara a tentarse la ropa a menudo.

Anne siempre había hablado poco, pero no dudaba de ella. Incluso le había sorprendido. En ningún momento se había comportado como la mujer que era. La noche anterior, había dispuesto cuatro platos de arroz, tres para ellos y uno para la buhardilla. Cuando Joseba colocó tres sobre la mesa, junto a los cubiertos, y vació el cuarto en la cazuela, con el único comentario de «Este no va a ser necesario», Anne ni siquiera protestó. Se limitó a colocar la loza en el fregadero y a añadir agua a la pila.

Ese era un síntoma de su ánimo, pero lo que llegaría después sería un salto de calidad. ¿Cómo reaccionaría cuando pegara un tiro al inspector?, ¿seguiría sus pasos cuando se hubiera convertido en un asesino? Porque resultaba obvio que si querían salir indemnes de aquella, no debían dejar testigos. E Iñaki, ¿se rebelaría? Estaba seguro de que no. El gordo de su cuñado amaba demasiado su vida para protestar, pero quizá tuviera que tomar medidas más drásticas. Esperaba que no fuera necesario mostrarse demasiado radical. Los tipos torpes y duros como Iñaki responden bien a las amenazas, pero si tensas la cuerda más de la cuenta, pueden comportarse irracionalmente y amargarte la vida.

Al regresar del paseo, con el ánimo renovado, encontró la casa en marcha. Olía a tostadas y a beicon frito. Iñaki acercaba la cafetera al fuego; Anne amamantaba al crío sentada en una de las sillas de la cocina. Se sirvió una taza de café y la sujetó con ambas manos. El calor que desprendía le supo a gloria.

Iñaki tomó asiento y él le imitó. Ya todos reunidos, les hizo partícipe de los planes.

—Todo va sobre ruedas, hermanos. Os lo había advertido...

Anne le detuvo y corrigió:

—Iñaki no es nuestro hermano; sólo mi marido.

Este no supo interpretar su tono, que no parecía favorecerle. El uso del adverbio resultaba del todo ilustrativo. Era cierto, no era más que su marido. Ser un Gortari era mucho más importante que un compromiso ante un cura. Lo cierto era que, desde que aquella locura comenzara, no hablaban mucho. De hecho, procuraba no estar a solas con su mujer si podía evitarlo. Si alguna vez existió algún tipo de afecto, había desaparecido por completo. Lo sorprendente era que su animadversión se había extendido a su hijo. Intentaba tratarle con cariño, mostrarle afecto, pero no lo lograba naturalmente, tenía que esforzarse por fingir en cada momento.

Joseba negó con la cabeza.

—Cierto, no es nuestro hermano, pero es tu marido, eso significa que forma parte de la familia. Con eso basta. La familia es lo más importante; lo único importante, ¿verdad, Iñaki?

El hombre asintió. Iñaki era observador y había advertido el cambio en el comportamiento de su cuñado. Las semanas anteriores, se llevaba a su hermana aparte y hablaban a solas. A veces, una simple frase. En otras ocasiones, largas parrafadas. Siempre susurrando, cuchicheando. Pero desde que se habían instalado en Lyon, había dejado de hacerlo. Era extraño, tanto que Iñaki empezó a especular con la posibilidad de que hubiera algo oculto tras del escenario, un plan furtivo que él no alcanzaba a comprender. Y probablemente, su esposa tampoco.

—Como os decía, todo está saliendo a pedir de boca. Pero hay que seguir avanzando...

Por un instante, Anne dejó de mirar al niño, como siempre en su regazo, y preguntó con voz dolida:

—¿Y qué vamos a hacer ahora? Porque ese pobre hombre encerrado arriba no va a aguantar mucho tiempo en esas condiciones. Estamos bajo cero y no le has proporcionado ni una mísera manta.

—Créeme, sé lo que hago, Anne. Deja que continúe con mi plan.

La mujer se puso en pie. Alzó al niño, se lo apoyó en el hombro y comenzó a golpear suavemente su espalda.

—«Mi plan». Sí, eso es lo que parece, que sea tu plan. Pero te recuerdo que mi hijo, mi marido y yo también formamos parte de él. Me aseguraste que no correríamos ningún riesgo, pero me engañaste: estamos metidos hasta las cejas. Y ni siquiera nos has pedido la opinión.

—¿Opinión? ¡Estamos siguiendo el plan que habíamos acordado!

Anne movió la cabeza a ambos lados.

—El tío de ahí arriba, el inspector, no ha matado a nuestro hermano, pero tú lo tratas como si fuera un perro callejero: lo tienes muerto de frío y de miedo, no lo alimentas... ¿Por qué no le has subido agua o ropa para que se cambie? No habíamos acordado darle ese trato. Si Xabier estuviera aquí, estaría de acuerdo conmigo. Un Gortari no actúa de esta manera...

Joseba levantó el brazo e hizo ademán de abofetear a su hermana, pero no llegó a

tocarla. A medio camino, Iñaki le sujetó el brazo. Apretó con tanta fuerza que, por un momento, Joseba perdió el color. Iñaki y su esposa cruzaron una mirada en silencio; ella le dedicó una sonrisa agradecida que animó a su marido. Si pudieran estar de acuerdo, sería más fácil.

Al guipuzcoano, la sorpresa le dejó petrificado sólo un par de segundos. Se levantó y se sirvió más café. Al regresar con la taza en la mano, había cambiado de actitud. Sonrió y recondujo la conversación.

—No nos pongamos nerviosos. Tienes razón, Anne, tendríamos que haberlo discutido más. Y claro que vamos a dar de beber al inspector. Y también comerá. Y lo sacaremos de ahí. Pero si no somos capaces de asustarle, no hablará. Es un madero experimentado. Y sin esa información, nuestra operación se irá al garete y todos nuestros esfuerzos y los riesgos asumidos habrán sido en vano. El reloj avanza deprisa. De momento, tenemos la ventaja de la sorpresa. Él todavía no sabe qué hace aquí; no ha descubierto la razón de nuestras acciones. Eso le estará matando, mucho más que la sed. Su miedo nos beneficia. Pensar que pertenecemos a la Organización le ha hecho cagarse de miedo. Tú misma lo has visto y lo has oído. Lo aprovecharemos.

—Si alguien me agarra en medio de la calle, me mete en el maletero de un coche, me saca a golpes, finge mi ejecución y luego me encierra en un armario, sin darme de comer ni de beber, no me importaría lo más mínimo que fuera la Organización o cualquier otro quien me hubiera apresado. Me habría cagado igualmente —intervino Iñaki.

—Sea como sea, eso ya no tiene importancia. Hemos hecho un buen trabajo hasta ahora y vamos a terminarlo bien.

Iñaki miró de reojo a su mujer y percibió que volvía a hacer carantoñas al niño, que ya había eructado y reía sus gracias. Su proceder era señal inequívoca de que no iba a protestar más. Regresaba a su caparazón. Volvía a ser una Gortari. Y él alguien prescindible.

—¿De acuerdo, entonces? Bien. Haremos lo siguiente. Nosotros subiremos ahora a interrogarle. Y tú te quedas aquí con el bebé. Iñaki, coge una de esas sillas con brazos que hay en el comedor y súbela hasta el descansillo. Coge también cintas. Lo ataremos. Lleva una botella de agua, pero no le des de beber. Sólo se la enseñaremos. Jugaremos a poli bueno y poli malo. Obviamente, tú serás el bueno...

—¿Y si no quiere hablar? —inquirió Iñaki.

—Si no nos proporciona la información que necesitamos, seguirá pasando sed, hambre y frío. Y volveremos a meterle en el armario con un poco más de miedo que antes.

Anne irguió la cabeza. Esta vez sus ojos mostraban conformidad.

—Ten cuidado, Joseba. No te pases: sabes que esas armas las carga el diablo. Si muere, no tendremos nada.

Iñaki se quedó petrificado. Su mujer parecía una mosquita muerta, pero era tan

salvaje como su hermano.

—¿Por qué no le damos un poco de agua? No mucha, la suficiente para mantenerlo hidratado, pero conservando la sed. Y le damos ropa para que se cambie. Con este frío, se va a poner enfermo. Y como enferme la habremos cagado.

—Lo del poli bueno era para después —puntualizó Joseba.

—Pues yo creo que Iñaki tiene razón. Creo que es una buena idea —terció la mujer.

El guipuzcoano lo pensó unos segundos. Finalmente aceptó.

—Como quieras. Pero no toques mi ropa, coge de la tuya. Y no os preocupéis. Seguirá con vida, hasta que sea necesario.

—¿Qué quieres decir? —indagó Iñaki, que cada vez se hallaba más espantado.

—Haz lo que te han dicho y sube la silla —le ordenó Anne.

Acto seguido, cambió de idioma. Iñaki no hablaba euskera. Apenas unas palabras. Los hermanos Gortari lo empleaban cuando querían comunicarse sin que él les entendiese. Estaba seguro de que hablaban de él. Y de Iturri.

Empezaron a temblarle las manos, pero tuvo la sangre fría de coger una tostada, doblarla por la mitad y atrapar en su interior un par de lonchas de beicon. Luego, sujetó una de las sillas con la mano derecha, se colocó una botella de agua bajo el brazo y subió mientras hacía ver que se zampaba el bocadillo.

Carretera de circunvalación M30, Madrid. Mañana del 6 de diciembre

Los Garache-MacHor hicieron la primera parte del trayecto callados, con la radio del coche encendida. Jaime, que había sintonizado Radio Nacional para seguir las novedades de los dos nuevos casos de ébola, tratados con un fármaco experimental, iba concentrado en la voz del periodista y, de cuando en cuando, comentaba alguna de sus afirmaciones, más para sí mismo que con el ánimo de recibir respuesta. Lola se sentaba muy recta para evitar que la faja se le clavara en la cintura, aunque hubiera preferido levantar las piernas y colocarse hecha un ovillo. Ella no escuchaba la radio, miraba por la ventana. Las calles parecían tan marchitas como su ánimo. El viento, frío y rabioso, armaba hordas de hojas amarillentas y papeles olvidados y los lanzaba contra las aceras vacías. La gente se había quedado en casa, disfrutando del día festivo, protegida de aquella furia. No llovía, pero las nubes que cruzaban sin cesar el cielo asemejaban un rebaño de negros pensamientos. Las desnudas ramas de los árboles podados parecían tiritar.

—¿Te has dado cuenta? No hay una sola paloma revoloteando por las plazas o posadas sobre el alféizar de alguna ventana. Me pregunto dónde se meterán cuando hay huracanes como este.

—La naturaleza es muy sabia. Supongo que lo tendrán todo estudiado. No se ven muchos cadáveres de palomas por la calle tras las tormentas.

La mención a los cadáveres provocó en Lola un escalofrío.

—¿Tienes frío?

La juez cruzó los brazos y susurró:

—No. Lo que tengo es miedo, Jaime.

Su marido bajó el volumen de la radio.

—Disculpa, no te he oído.

—Digo que tengo miedo.

—¿Miedo, de qué?

Lola meditó un instante.

—No sé. Miedo. A vivir, a morir, a que les ocurra algo a los chicos o a ti, a no volver a ver a Iturri, a implosionar dentro de la faja... No sé, miedo. —Iba a mencionar el abandono, pero se contuvo.

Jaime soltó la mano derecha del volante y buscó la de su mujer.

—Tienes que ir a la peluquería y teñirte las canas. Se te está yendo el color.

—Acabo de ir, ¿no te has fijado?

En realidad, no lo había hecho, pero no estaba dispuesto a admitirlo. Cuando Lola se ponía melancólica era mejor no dar pie a una discusión sobre lo que el cariño era o no capaz de detectar, versión femenina.



—No lo digo por eso, sino porque las pelirrojas como tú nunca tienen miedo a nada ni a nadie. ¿Miedo? ¡Por Dios, eres bilbaína! Eres, no sé..., eres mi Lola, mi Lolilla, la mujer más valiente y echada *pa'lante* que conozco. Quien debería tener miedo es ese general lleno de medallas al que vas a atracar...

Lola volvió a pensar en que, si tenía una aventura, disimulaba como un artista consagrado.

—No creas. Lo del uniforme impone, produce cierto respeto, distancia. ¿Sabes que lleva tirantes? Como los de la City pero sin saber de finanzas. Y, para más señas, también lleva pulseras...

—¿Que lleva qué?

—Pulseras. De esas gordas, de eslabones de plata, que cuelgan de la muñeca, junto al reloj. Y para más fastidio, lleva el reloj en la mano derecha...

—Yo también lo llevo en la mano derecha.

—Lo sé, eres un pijo. Un pijo famoso, o un famoso pijo, como prefieras. Pero no eres militar. Y él no parece pijo. Vamos, que los pijos no llevan pulseras de plata, salvo las que te protegen de no sé qué artritis. Como la de Aznar. Que, por cierto, también llevaba el reloj en la mano derecha...

—Y pulseras...

—No, él no. También era pijo, pero de Ávila.

Jaime soltó una carcajada. No lograba seguir los razonamientos de su mujer. Cuando argumentaba, pasaba con tanta rapidez de un asunto a otro, sin que entre ellos hubiera conexión aparente, que resultaba imposible llevarle la contraria. Lo curioso era que, en última instancia, no dejaba de tener razón.

—¿Y cómo sabes que lleva el reloj en la mano derecha? No le habrás espiado, ¿verdad? ¡Eres capaz!

—Le he espiado, lo admito, pero legalmente. Por internet, vamos. Google imágenes, que da mucho de sí. Uno debe conocer al enemigo...

—No son más que imágenes. Y él no es tu enemigo. A lo mejor el tipo es zurdo y ese es el motivo por el que lleva el reloj en la muñeca derecha. Y las pulseras pueden ser herencia de su difunta madre, o un regalo de su esposa, diseñadora de joyas de plata... En fin, hay mil y un motivos.

Lola se volvió hacia su marido.

—Mira, cuando alguna mujer de la recepción se fije en mi bolso, podrá pensar dos cosas bien distintas. Si es superficial, supondrá que desconozco que a una recepción como la que vamos deben llevarse bolsos de cóctel, de pequeño tamaño. Si es un poco más lista, pensará que conozco el tamaño correcto, y que llevo este por alguna razón...

Jaime se había vuelto a perder.

—¿Y por qué llevas ese bolso si, al parecer, no es el correcto?

Lola levantó los brazos.

—¡Por Dios, Jaime, no te enteras de nada! Si no supiera que eres un hombre

intelligentísimo, pensaría que eres tonto...

—Vale, supongamos (una suposición completamente fallida) que soy un poco tonto. ¿Por qué llevas ese bolso, no tenías otro?

—¡Por la faja, hombre, por la faja!

—Por la faja —repitió. Estaba perdido.

—A ver, ya te he dicho que casi no puedo respirar. En cuanto hable con el general, me la quito. ¿Y qué voy a hacer con ella? No puedo llevarla como si tal cosa. «Disculpa que no te dé la mano, ministro, te presento a mi faja, la de El Corte Inglés». Pues la meto en el bolso, y santas pascuas. Pero en un bolso pequeñito, tipo cóctel, no cabe. Esa es la cuestión... Y como el general está casado en terceras nupcias...

—Sabe lo de los bolsos...

—¡Pero qué espeso estás hoy! Si se ha casado tres veces, es que se fija en las mujeres, por eso me hace falta la faja...

—¡Ahora sí, todo claro! Salvo qué información esperas obtener de él.

Lola suspiró.

—¡Esa sí que es una pregunta propia de alguien que luce el reloj en la mano derecha! Lo cierto es que no lo sé. Pero si a mi amigo Padilla, que es quien ha indagado en este asunto, le han dicho que se quite del medio, es porque lo coge alguien de arriba. Él está arriba...

—Él y otros tantos generales...

—Ya, pero quien mejor se lleva con el poder es él. Si hubiera un problema, si Iturri hubiera desaparecido, yo le llamaría, pese a sus pulseras, sus tirantes, sus tres matrimonios y su reloj invertido... Bueno, ya me entiendes.

—Te entiendo. Ahora déjame escuchar las noticias, ¿vale, pelirroja con faja?

Sin embargo, Jaime no fue capaz de prestar atención. En realidad, él estaba mucho más preocupado por su mujer que por el pesado de Iturri, que iba convirtiéndose en una pesada losa colocada sobre los hombros de su familia. Pero era complicado deshacerse de él. Lola nunca lo permitiría.

Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. 6 de diciembre

La madera de la escalera crujió bajo su peso atribulado, pese a que encaró la subida intentando por todos los medios que su actitud pareciera normal. Andaba despacio, sin salirse del camino marcado por la moqueta azul, para evitar que se le cayese alguna de las cosas que llevaba. La lana era gruesa pero resultaba difícil evadirse de un cuerpo tan orondo como el suyo, y la música continuó. Resoplaba cuando llegó arriba. Miró hacia atrás para comprobar que no le habían seguido y se acuclilló delante de la puerta. Desde el interior, Iturri alcanzó a percibir su olor: restos de tabaco y grasa de beicon o jamón. El tabaco era uno de los goces que más echaba de menos. Acercar el mechero curvo a la cazoleta, aspirar el humo que ascendía por la boquilla de la pipa, notar el calor entrando por sus pulmones y el humo grisáceo saliendo por la nariz. Pero hay pocas cosas esenciales cuando uno está encerrado y pendiente de la sentencia, y el tabaco no es una de ellas.

Iturri puso todos sus sentidos en alerta. Todavía no podía abrir el ojo. Le dolía extraordinariamente, por lo que intuía que el corte se había infectado.

—¿Qué tal estás, tío? No te me hundas, que todo se arreglará.

La voz de Iñaki era casi un suspiro. Iturri reprimió un asomo de llanto. Tenía que ser fuerte. Pero se le atragantaban las palabras en la boca.

—¿Y qué vas a hacer, Salamandra?

—No lo sé. Como te dije, es peligroso sacarte de aquí. Habría que sortear dos puertas, esquivar a mi mujer, andar un trecho y robar el coche. El problema es que si alguno de los dos nos ve salir, si nos descubren, y ya ves cómo rechina la escalera, si ven que vas conmigo, somos hombres muertos. Antes de que pisemos la calle, nos matarían. Tenemos que idear un plan, pero a mí no se me dan bien esas cosas. Yo sólo soy un mecánico. Entiendo de coches, eso es todo. Sé por qué aceita una bujía y qué ocurre cuando la inyección falla, pero nada más. Lo único que puedo decirte es que mi cuñado odia a los débiles. Aunque sea duro, debes resistir el interrogatorio...

—¿Interrogatorio?

—Sí, ahora va a subir a preguntarte por los que mataron a su hermano. Quiere nombres, apellidos, lugares donde localizarlos. Todo.

—Pero ¿cómo voy a saber yo quiénes son o dónde viven? ¿Está loco? ¡Yo no pertenezco a la Organización!

—Lo sé, y él también. Pero dice que el que dio la orden de que lo mataran estuvo negociando contigo el cese de la violencia. No sé cuántos eran, pero el que busca está entre ellos.

En ese instante, Iturri lo comprendió todo. Y entendió por qué su subconsciente, nada más ser secuestrado, le había devuelto la imagen de aquella chica, la que la

Organización enviaba a sacarle información durante las negociaciones. Iñaki seguía susurrando junto a la puerta.

—Te he traído un trozo de bocadillo. Beicon. Supongo que no te apetecerá mucho después de tantas horas sin comer, pero es lo único que he podido conseguir. Guárdalo para después del interrogatorio, o te pillaré el olor. He logrado que me permitan cambiarte de ropa. Bebe agua, que ahora, al bajar, rellenaré la botella en el baño. Pero no demasiada, tienes que parecer deshidratado.

Iturri sonrió. No tenía que fingir. Acusaba graves síntomas de deshidratación. La sed le mordía. Tenía la lengua gruesa y le costaba articular las palabras. Enfocar la vista con su único ojo hábil no le resultó sencillo. Aun así, captó de inmediato la presencia de una botella de agua mineral de litro y medio. Dio dos tragos y se la devolvió. Luego, tuvo un acceso de tos. Sonaba muy mal.

—¿Estás enfermo?

—Creo que tengo fiebre, pero aguanto.

—¡No! Sé valiente, pero no dejes de mostrar que estás enfermo. Y piensa algo rápido.

—De acuerdo —respondió.

Se daba cuenta de que iba a poner su vida en las manos de una persona a la que casi no conocía. Ni siquiera recordaba su nombre, sólo su apodo, Salamandra, y la enorme mancha de donde procedía. Iñaki se puso en pie. Comprobó que la silla, un modelo simple, pero robusto, de madera de pino, estuviera suficientemente lejos de la madriguera para que la puerta, al abrirse, no pegara con ella. Y contó los lazos de plástico. Seis. Eran suficientes.

—¡Todo preparado, Joseba! Voy a cambiarle de ropa y...

—Estoy aquí —oyó a su lado.

—¡Dios, me has dado un susto de muerte! Eres como una maldita alimaña sigilosa —respondió, y rezó para que acabara de llegar. No le había dado tiempo a bajar a rellenar la botella. Recordó cómo había descendido el nivel de agua y, sin pensarlo dos veces, se agachó, la abrió y se bebió la mayor parte del contenido.

»El beicon estaba demasiado salado —se excusó.

—¡Casi la has vaciado! Eres un capullo...

—¡Vaya, perdona! No me he dado cuenta.

—Olvídalo. Nuestro amigo te dará las gracias por su sed. ¡Sácalo de una jodida vez!

Obedientemente, Iñaki giró la llave, movió la puerta, metió medio cuerpo en el agujero, atrapó a Iturri y lo arrastró hasta el descansillo, donde lo dejó en el suelo. Sin explicaciones, sin mostrar compasión alguna, le cortó la ropa con unas tijeras dejándole completamente desnudo. Contraído, casi en posición fetal, Iturri comenzó a temblar. Desprendía un olor inmundoso. Iñaki le colocó una sudadera gruesa con capucha, calcetines de deporte y un par de pantalones, sin ropa interior. Las prendas le quedaban enormes, pero estaban secas y limpias.

Iturri tosió. Su pecho sonó como un motor roto. Iñaki miró a Joseba, que no se molestó en devolverle el gesto.

Una vez estuvo vestido, sujeto por los sobacos, Iñaki lo levantó. En el contacto, sintió cómo latía su corazón atribulado. Por un momento, dudó si decirle alguna palabra amable. Pero finalmente decidió no hacerlo. Su cuñado tenía oído de lince. Se limitó a sentarlo en la silla y a anudar sus brazos y sus pies con las cuerdas que había llevado. No hubiera hecho falta, Iturri no tenía fuerzas para nada. Mantuvo la cabeza volcada sobre el pecho.

Joseba comenzó con su disertación, moviéndose alrededor de la silla.

—Buenos días, inspector Iturri. Es un placer tenerte entre nosotros. Creo que, si lo hacemos bien, nuestra relación será mutuamente beneficiosa. Yo tendré lo que deseo y tú volverás a tu vida normal. Antes de que digas nada, quiero que sepas que no voy a engañarte con sentimentalismos: no tienes escapatoria y tu posición es más bien delicada. Estamos aislados en medio de la nada. Grita si es lo que quieres, nadie te oirá. Y dicho lo cual, debes saber que podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Es tu elección. Como verás, te he llamado inspector. Conozco lo que significa llevar una placa. Es difícil sustraerse a ella y es posible que, por ella, te sientas en la obligación de resistir. Pero es un error. Eres policía y siempre lo serás; eso lo entiendo, pero hasta la policía puede comportarse de un modo sensato. Yo no disfruto haciendo esto. Cuanto más fácil me lo pongas, menos sufrirás, menos sufriremos todos. No tengo intención de hacerte daño salvo que tú me obligues.

Joseba continuó un par de minutos más explicando la historia a su manera. Curiosamente, olvidó mencionar el detalle de la muerte de su hermano.

—Es muy importante que entiendas exactamente lo que necesitamos y por qué te pedimos esa información. Y, para que estés tranquilo, te diré que no somos unos asesinos. No queremos volver a las armas, aunque tampoco estamos dispuestos a dejarlas a cualquier precio. Ellos no nos representan.

A Iturri apenas le había dado tiempo a acostumbrarse a la luz. Durante unos instantes, incluso estuvo ciego. No quería mostrar debilidad pero, aunque intentó levantar la cabeza, no lo consiguió y se vio obligado a mantenerla clavada en el pecho. Su primera frase fue un corto farfallo: la lengua no le respondía. En el segundo intento, consiguió mejorar. Al escucharse, su voz le sonó extraña, lejana, pero le tranquilizó darse cuenta de que se le entendía.

—No sé quién eres, pero no he nacido ayer. No intentes engañarme, no perteneces a la Organización. Si fueras uno de ellos, yo lo sabría.

Aquella no era la respuesta que el guipuzcoano esperaba. Contrariado, estuvo a punto de descargar su furia sobre aquel cuerpo rendido. Sin embargo, pugnó consigo mismo por mantenerse tranquilo, y todo quedó en un mohín de disgusto, que, sin embargo, se evidenció en su voz.

—Verás, inspector, esta es nuestra visión. Nuestros jefes, a los que obedecemos ciegamente, levantaron un castillo de naipes, asegurándonos que era sólido como una

roca. La realidad, sin embargo, muestra que se ha ido desmoronando poco a poco y que ahora no es más que una ruina. No somos uno ni dos, somos muchos los que nos sentimos traicionados. Nos preguntamos de qué han servido nuestros sacrificios y privaciones. Estamos asqueados. Lejos de liberar a nuestro pueblo, algunos de nuestros jefes han acabado encadenándolo al árbol de Guernica. Todo el pueblo encadenado menos ellos, que ahora pretenden hacerse con el control político alegando que su visión de futuro es la correcta. Nosotros opinamos que el futuro ya no es lo que era. Y, por supuesto, no es cosa suya. Vamos a tomar el poder. Y a acabar con las traiciones. Hemos hecho un juramento: el edificio volverá a levantarse y ya no volverá a caer.

—¿A quiénes habéis hecho un juramento? —indagó Iturri, que comenzaba a ver el juego.

—A nosotros mismos, a la memoria de nuestros padres y hermanos, a la memoria de mis compañeros...

Pese a su debilidad, Iturri logró levantar el rostro y clavar su mirada desafiante en el guipuzcoano. Se dio cuenta de que su interlocutor tenía los ojos inflamados pero no enrojecidos. Era obvio que la turgencia procedía del odio. Y decidió aprovecharlo.

Volvió a inclinar la cabeza y añadió:

—Te repito que los conozco bien. Te presentas como el líder de una fracción disidente, pero nunca has sido ni serás uno de ellos. Tu discurso te delata. Si fueras de los suyos, conocerías las reglas de un secuestro. Y está claro que no es así. De todos modos, si lo que quieres es quitarles el poder, ¿por qué me aprehendes a mí?

—Porque necesito información. Busco a alguien concreto, a un topo. Por eso estás aquí: para que me instruyas. Tú debes de saber quién es.

Iturri ensayó una risa irónica.

—¿Y por eso me muelas a palos, me secuestras y me maltratas? No eres mejor que ellos.

Joseba se agachó, sujetó por el pelo a su presa y le levantó la cabeza para obligarle a mirarle.

—Mira, Iturri, te repito que pretendo hacer esto por las buenas, pero si optas por el mal camino, las cosas no van a ser fáciles. Incluso pueden ponerse mucho peor de lo que están. No te haces cargo de la gravedad de tu situación...

Iturri decidió tomar la delantera.

—Ni tú tampoco, jodido cabrón. No eres más que un delincuente común que ha aprehendido a un policía en Francia. Y recuerda que trabajo para la Interpol. En este momento, medio mundo estará buscándome. Mal asunto. Estás completamente jodido. Pase lo que pase conmigo, te trincarán. Y cuando te echen mano, no te gustará haber nacido...

Joseba soltó la cabeza con desprecio y ordenó a su cuñado que lo volviera a meter en el agujero. Cuando Iñaki miró a su cuñado, percibió un extraño rictus en su cara, una mezcla de sorpresa y pánico. Quizá pensaba que sería más fácil; que, estando

débil y bajo presión, Iturri vomitaría de inmediato los nombres que necesitaba. Quizá no esperaba su cerril pero razonada negativa. En todo caso, el giro de los acontecimientos le descolocó. Esperó acontecimientos. Gracias al cielo, Joseba no había subido la pistola.

—Quiero saber quiénes son. Necesito nombres, apellidos, apodos y lugares donde localizar a las personas que se sentaron a la mesa de negociación con los Gobiernos francés y español en Zúrich y en Oslo. Sé que tú fuiste uno de ellos, de modo que no te esfuerces en negarlo. No tengo prisa, pero debes ser consciente de que el tiempo corre a mi favor. Estás hecho unos zorros. No aguantarás mucho más. Iñaki, bébete tú el agua. Él no la necesita. Dejemos que lo piense. Tienes dos horas, Iturri. Pasado ese tiempo, no mostraré piedad.

A continuación, les dio la espalda y descendió la escalera. Pasados unos segundos, oyeron cerrarse la puerta de la entrada de un golpe seco.

—¡Ánimo, tío! Lo has hecho bien. Pero hay que pensar algo rápido. Cuando vuelva, te va a machacar.

Las dudas acudieron en tropel a la mente de Iturri. ¿Qué actitud debía tomar?, ¿debería hacerle creer que iba a cooperar o, por el contrario, incrementar la chulería? ¿Cómo utilizar a Salamandra? «¡Oh, Dios, Lola! ¿Por qué no has venido en mi ayuda?».

—¡Lola, claro! —susurró.

—¿Quién es Lola?

—Eso no importa ahora. Escucha, has de convencerle de que no me acuerdo de esos nombres porque están en clave y conseguir que te envíen a mi casa. Una vez allí, localiza tu expediente. Está bajo llave, con el resto. La carpeta se llama Le Mans. Búscalos. Figura tu apodo, Salamandra, y tu verdadero nombre. Déjalo a la vista. Ella lo encontrará.

Proximidades del Congreso de los Diputados, Madrid. 6 de diciembre

El semáforo cambió de color. Jaime detuvo el coche y clavó los ojos en el círculo rojo. El rojo, bien se exhibiera en un semáforo, en una señal de advertencia, en una corbata o en un cuadro, atrapaba siempre su atención. Pero el mayor efecto lo causaba su mujer, y no sólo por el color de su pelo. Toda Lola era roja, todo en ella era pasión, dolor, sangre o labios carmesí. A excepción del contenido del frigorífico, de los yogures, la leche, el azúcar, el queso, los cereales, la mermelada o el chocolate, no había nada *light* que rodeara a su mujer. Tomaba el café hirviendo y el agua helada. Le encantaba el guacamole excesivamente picante y la fruta exageradamente madura. Todo en ella era extremado. Y eso, a veces, le hacía tener el corazón partido.

Giró la cabeza hacia la derecha. Lola le sonrió y él le devolvió el gesto de forma mecánica. Sí, con Lola todo era contradictorio. Suspiró. Por un lado, no podía dejar de quererla. Le divertían sus salidas de pata de banco y su peculiar modo de pensar; admiraba su carácter, su caos interior, su tenacidad, su tozudez: eran un buen equipo, con más de treinta años de convivencia. Por otro lado, en ocasiones, como en pequeñas ráfagas, le venían a la memoria las protestas de su madre y alcanzaba, aunque sólo de modo superficial, a entenderla.

El apellido del doctor Garache se incluía dentro de esa categoría que, en las comunidades pequeñas, suele denominarse «gente de buena familia», especímenes de reconocido pedigrí dentro la reducida y cerrada tierra navarra. La mención del apellido Garache traía reminiscencias de alcaldías, judicaturas, asientos de barrera y reclinatorios con nombre grabado en la iglesia de San Nicolás. Hasta contaban con un arzobispo en el árbol genealógico. Estudiante aventajado, convertido en médico, inteligente y apuesto, con una prometedora carrera y una formación exquisita, Jaime decidió ampliar estudios en Estados Unidos. «Listo, médico, guapo y habla idiomas», solía presumir su madre, que tenía a su primogénito por un excelente partido para cualquier familia con un reclinatorio en la catedral con tanta solera como el suyo. Ella barajaba una lista de nombres de posibles candidatas, todas ellas *summum* de compostura, serenidad y tradición. «Sin duda —solía decirle, completamente en serio—, acabarás viviendo en la capital, pero debes prometerme que regresarás por Navidad y todos los puentes que puedas. Así podré lucir las beldades de tus retoños por la avenida Carlos III».

Sin embargo, Jaime, que, en efecto, terminó viviendo en Madrid, fue a enamorarse de una magnética pelirroja bilbaína de origen irlandés, de familia medio republicana y algo descreída, que lejos de presentar rectilíneas y escrupulosas maneras burguesas, y un árbol genealógico impecable, daba la impresión de haber recibido más carácter del necesario.



—Al menos es católica, mamá —repetía, medio en broma medio en serio.

—Católica o no, es poco para ti, Jaime. Puedes aspirar a más, a muchísimo más.

—¡Pero es que yo no quiero más, la quiero a ella! Y como te oiga lo que estás diciendo te odiará para siempre, y con razón.

Su madre le recolocó el flequillo, como hacía cuando era pequeño, le sujetó del brazo y le habló con voz melosa:

—¡Pero vamos, hijo, mírala bien! No tiene nada especial: ojos pequeños, orejas un poco separadas, nariz respingona, pecas... Y las caderas, sí, sus caderas apuntan maneras. Es... No sé cómo decirlo, poco fina, poco armoniosa. Y como dice tu tía Rita, tiene andares de republicana. Por no mencionar su pelo. ¡Por Dios, bien podría teñírselo o alisárselo, o ambas cosas! Compárala con la pequeña Bea (supongo que te acordarás de Bea), o con Natalia, la pequeña de los Ebirico, o con la misma Elena, que habla perfectamente francés... Y, por si fuera poco, esa chica es vasca. Seguro que es partidaria de que su gente se anexe Navarra, ¡llevan años intentándolo!

Jaime quería mucho a su madre, a la que procuraba no llevar nunca la contraria, pero, en aquella ocasión, no pudo dejarlo pasar.

—¿Andares republicanos?, ¿cómo son los andares republicanos?

—¡Pues vaya pregunta! No sabría decirte, pero a esa chica se le nota. Como se nota la educación. Y, por cierto, no es sólo cosa mía, tu padre opina lo mismo. Y tus tíos.

—Esa chica tiene nombre, se llama Lola. Es abogada y doctora en Derecho, y también habla idiomas. Su padre era un reputado médico de Bilbao. Y te recuerdo que Bilbao es mucho más grande, histórico e industrial que Pamplona... Mamá, no son unos iletrados, ni unos terroristas, ni unos traidores. Lo que ocurre pura y simplemente es que no les conoces. Además, puesto que voy a casarme con ella y no con Bea, Natalia, Lucía, Ana, Elena ni ningún otro retoño de la gran sociedad navarra, bien haríais en ser prácticos. O no tendréis nietos a los que pasear por la avenida.

—Pues si ese es tu deseo, si quieres hijos pelirrojos y con pecas, ya puedes hacerte un buen seguro médico. Porque esa chica no va a dejar de darte quebraderos de cabeza.

La mayoría de sus hijos habían salido a él. Sólo el pequeño compartía los rasgos de su madre. Sin embargo, en aquel momento le dolía la cabeza. A veces Lola era demasiado Lola. Y eso le abrumaba. Como le abrumaban las dos referencias a sus viajes inexistentes. No iba a admitirlo de ninguna forma. Al menos, por ahora. Lola estaba mejor sin saberlo.

—Jaime, el semáforo ya se ha puesto verde.

—Es cierto, perdona. Estaba despistado. Pensaba en mi madre...

—¡Que Dios la tenga en su gloria eternamente! —respondió Lola. Enseguida se dio cuenta de que el tono había transparentado el alivio que sentía, y añadió—: Hubiera disfrutado viéndote ahora, en el CSIC. Toda Pamplona sabría de tus

andanzas.

—También le hubiera gustado verte a ti togada y en el Supremo...

—Es posible —dijo. Aunque en realidad hubiera querido negarlo—. Por cierto, Jaime, te quiero. Por ti iría al Polo Norte en camiseta de deporte —recitó, como solían decirles los niños—. Mejor, por ti iría con faja todo el día. Bueno, todo el día y toda la noche...

—¡Estás loca, rojilla mía, estás loca!

—Un pelín, sólo lo justo...

Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. 6 de diciembre

Joseba Gortari estaba de pie en la entrada de la casa alquilada, intentando contener la rabia que se embolsaba en sus tripas y le subía rápidamente hasta el cerebro. Era la rabia y no el impenitente frío lo que le hacía temblar. Le temblaban las manos y las piernas. Evocar la conversación con Iturri le estaba exasperando. Lo que más le sulfuraba era no haberle convencido de que pertenecía a la Organización. De no lograrlo con Iturri, tampoco sería capaz de hacerlo con los demás, y eso era fundamental para sus propósitos. Estaba seguro de que, tarde o temprano, incluso si él no conseguía ser suficientemente hábil, Iturri claudicaría. Todo el mundo tiene un límite, basta con traspasarlo. Pero ¿qué había querido decir con que no actuaba como los miembros de la Organización? Creía que les había imitado bien.

Debía averiguarlo.

Joseba era consciente de que su hermana le observaba desde el interior de la casa, probablemente con el niño en brazos. El puñetero niño. Lo estaba malcriando. Sólo dejaba de llorar cuando lo levantaban de la cuna o cuando dormía, pero no había sido posible deshacerse de él. Podría haberse quedado con su abuela, pero, desde la amarga conversación con la madre de Iñaki, había desechado esa posibilidad. No quería otorgarle ninguna baza.

Era conocedor de que no había respondido a su pregunta al bajar del interrogatorio, pese a que había prometido tenerla al tanto. Se había limitado a coger el abrigo y a salir de la vivienda. Y a dejar que su marido le pusiese al día. Si es que lo hacía.

Desde que él llegara de Belfast, Anne e Iñaki casi no se rozaban. Al principio, pensó que su presencia era la causa. El piso era muy pequeño y él siempre estaba en medio. Luego, se dio cuenta de que la situación escondía algo más profundo: aquellos dos no se querían. Sólo tenían en común al niño.

Anne surgió de la nada. Se colocó detrás de su hermano y le rodeó el cuello con el brazo. En la mano llevaba una humeante taza de café negro endulzado con cuatro cucharadas de azúcar.

—Gracias —musitó. Tomó la taza. Anne mantuvo la posición a su espalda.

—No sé por qué estás aquí fuera, con el frío que hace.

—Quería pensar.

—¿En lo que ha ocurrido? No sé; a mí me parecía previsible. No es más que el primer asalto. Además, hay opciones alternativas.

—¿Tú crees?

—Como nuestro tío, el inspector tiene que llevar un registro de nombres. Podemos intentar que nos lo entregue.

—Te refieres a una agenda...

—Exactamente, una agenda. ¿Le habéis registrado?

Joseba asintió.

—Lo hicimos: no llevaba nada.

—Pues hay que conseguir esa agenda cuanto antes. Estoy segura de que, si lo hacemos bien, nos la entregará. Permite que lo intente yo.

Negó con la cabeza.

—Ese es el último recurso. No quiero que te vea, bajo ninguna circunstancia.

—Si tú lo dices...

—Sí, yo lo digo. He quedado en protegerte a ti y a tu hijo, y eso haré.

Anne bajó el brazo hasta la cintura y apoyó la mejilla en el hombro de su hermano.

—Creo, Joseba, que nunca has terminado de conocerme...

—Seguramente, tienes razón. —Le acarició la mejilla—. Deberíamos entrar. La vicepresidenta dará su discurso en breve.

—Cierto.

Permanecieron unos instantes quietos, viendo pasar el frío y evaporarse la rabia. Luego, regresaron a la vivienda. Y encendieron el televisor. Habían sintonizado una cadena española.

*Acto conmemorativo del aniversario de la Constitución española,  
Congreso de los Diputados, Madrid. 6 de diciembre*

—Habrá mucha gente guapa —argumentó Jaime en voz baja, mientras subían la escalera del Congreso de los Diputados.

—Como estrellas en el cielo. Más o menos como la Vía Láctea. La diosa Hera debió de derramar un poco de leche por aquí...

Jaime sonrió. La metáfora resultaba perfecta. El salón estaba lleno de estrellas y estrellitas, de soles y de materia oscura que creía seguir viva.

—¿Dónde estará tu general?

—No me cabe duda, junto a la Osa Mayor. O, en su defecto, junto a la Menor... Pero antes demos una vuelta y saludemos a la gente.

—Tú mandas. ¿Sigues respirando?

—A duras penas...

—Si te hace falta un boca a boca, me ofrezco voluntario.

—¡Hecho!

Lola se encontró con el fiscal general, y Jaime, discretamente, se alejó. No estuvo mucho tiempo solo. Tras charlar con un par de personas, se acercó en busca de una copa de vino. Alguien le tocó en el hombro.

—Doctor Garache, un placer saludarte. —Se dio la vuelta y se topó con un hombre apuesto, delgado, más o menos de su estatura, que le tendía la mano. Su sonrisa era franca, y sus ojos azules vivos, pero confiables. Se fijó en su pajarita, tan discreta como su corbata, y en el tic de retirarse frecuentemente el flequillo que le caía sobre la cara—. No nos han presentado, pero para mí eres como de la familia. Conozco tus investigaciones y tus logros, porque la fama te precede. Pero, sobre todo, porque la juez MacHor me ha hablado en muchas ocasiones de su inteligente marido. Soy James Moloney.

Jaime le devolvió el apretón de manos, pero se quedó un momento pensativo.

—Disculpa, mi memoria flaquea cuando avanza la semana, y es sábado —confesó—. Es muy posible que mi mujer me haya hablado de ti y no lo recuerde. ¿Pertenece también al ámbito judicial?

James sonrió con malicia.

—¡En absoluto! Presido una compañía de importación-exportación, nada demasiado glamuroso, créeme. Lola, por el contrario, sí es digna de admiración. Una mujer persistente la tuya...

Jaime asintió. Le había caído bien aquel tipo. Vestía con elegancia. Y su acento era netamente británico, carácter que admiraba. No llevaba anillo. De todos modos, preguntó:

—¿Estás casado, James?

La imagen de Suzanne cruzó fugaz por la mente del inglés. Ejercía de profesora de matemáticas en una pequeña escuela de primaria en el sur de Londres cuando una furgoneta de Marks & Spencer le segó la vida. El conductor tenía prisa. Desde entonces, había cerrado las puertas de su corazón a cualquier otra persona y se había concentrado en su trabajo. Soltó la frase confeccionada para la ocasión:

—Lo estuve, pero, para mi desgracia, no funcionó.

—Eso no importa; si has estado casado, entenderás que yo me pueda permitir palabras más precisas que las tuyas: mi mujer es estupenda, pero terca como una mula. Cuando se le mete una cosa en la cabeza es imposible de convencer. No merece la pena entablar batalla alguna, la tienes perdida de antemano. —Giró el cuerpo hacia la izquierda, a fin de dejar su copa vacía en la bandeja del camarero que, en aquel momento, pasaba a su lado, y aprovechó para coger un canapé. El cóctel era austero pero digno, como cabía esperar. Aquellos emparedados eran de salmón y, salvo lo correoso del pan, estaban bastante buenos. Añadió—: Para que te hagas una idea, en este momento está convencida de que un amigo suyo, un tipo peculiar donde los haya, ha desaparecido. Y todo porque le ha mandado un mensaje que no entiende, y que ella interpreta como una petición de ayuda. Yo intento convencerla de que no tiene sentido. Pero... Disculpa, nada de esto viene al caso...

Su interlocutor le contradijo moviendo varias veces la cabeza hacia los lados. Esta vez fue él quien detuvo al camarero para coger dos copas de vino tinto. Entregó una a Jaime, que ya había dado cuenta del canapé. Y mojó levemente los labios en la suya. Era un vino joven, pero con cuerpo. Mejor no tomar demasiado.

—Es posible que sí que venga al caso, Jaime. Sé lo que Lola teme y lo que está haciendo porque acaba de contármelo. Se da la circunstancia de que conozco a Juan Iturri desde hace años. Y, aunque me pese decirlo, debo reconocer que comparto la preocupación de tu esposa. Lo que está ocurriendo no es propio del inspector. No es normal. —Se detuvo un instante y volvió a acercar la copa a su boca, pero antes de degustar el vino, continuó—: En todo caso, en mi modesta opinión, y en un sitio como este, Lola haría bien no siendo demasiado... Lola, ¿me comprendes? A mi entender, tienes una esposa muy inteligente, aguda, y con montones de recursos. Pero cuando entra en juego nuestro amigo común el inspector Iturri pierde la ecuanimidad y roza la imprudencia. Le convendría tener a alguien a su lado en este momento. Un marido sería una buena opción...

A Jaime, desconcertado, se le borró la sonrisa. Se había confundido por completo con aquel tipo de maneras tan británicas. Definitivamente, no era un empresario. Debía de ser otro de esos curiosos especímenes del gran saco, cada vez más lleno, que Lola llamaba sus «amigos»: policías, agentes de todo tipo, espías, políticos retirados convertidos en extrañas figuras fronterizas. Sin embargo, su argumento no dejaba de tener razón. Con voz cautelosa, preguntó:

—¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Compartimos nombre, Jaime, me llamo James...

—¿Y hace cuánto que conoces a mi mujer?

Tras la sorpresa, Jaime se había terminado la copa de vino. Hizo un gesto a uno de los camareros para que le llevase otra. No tenía por costumbre beber en ese tipo de actos. Una copa de vino; dos a lo sumo, sin olvidar picar algo para no recibir el alcohol con el estómago vacío. No obstante, en aquella ocasión estaba nervioso y enfadado. Cada vez le costaba más soportar las historias oblicuas de su esposa, especialmente cuando Iturri andaba por medio. Dio otro largo sorbo al vino, que entraba bien, mientras miraba fijamente a su interlocutor y esperaba su contestación.

—El tiempo es una variable difícil de cuantificar tratándose de Lola, querido amigo. Si tuviera que precisar, diría que la conozco desde siempre...

—No es que sea un término muy preciso, que digamos. En todo caso, es lo suficientemente amplio para que hayas percibido que mi mujer mantiene una particular relación con Iturri... En el mejor de los sentidos, claro.

—Particular relación con Iturri, sí, es una buena forma de expresarlo... A veces, cuando se viven episodios de extrema tensión, esas cosas ocurren.

James había repetido, como tenía costumbre, la frase inacabada para dar pie a su interlocutor a que soltara lo que no se había atrevido a decir. Tenía una habilidad especial para ese tipo de cosas.

—Verás, James, los que nos dedicamos al campo de la medicina, solemos distinguir entre enfermedades y síndromes —le explicó el marido de la juez—. De las primeras, sabemos mucho, incluyendo su etiología, y eso nos permite comprenderlas y tratarlas. De los síndromes, no tenemos más noticia que una colección de síntomas y signos, que aparecen en algunas ocasiones y en otras no, sin que sepamos de dónde vienen ni por qué. Y por ello nos resultan extremadamente difíciles de tratar. Respecto a Lola, y aunque ella nunca lo aceptaría, diría que padece un peculiar síndrome que podríamos denominar «síndrome Iturri». Como bien has dicho, uno de sus síntomas es que cuando su nombre entra en juego, pierde la ecuanimidad. De modo que seguiré tu consejo, e iré en su busca. Un placer saludarte, tocayo. Por cierto, bonita pajarita.

Cuando James le vio alejarse, se quedó pensativo. Había sentido cierta lástima por aquel hombre. Su posición no era nada sencilla. Y, sin embargo, alguien debía hacer algo. Había comenzado su propia investigación. A Iturri se lo había tragado la tierra; salvo por el mensaje a la juez no había habido noticia alguna. Pero las idas y venidas del general García-Pérez al Ministerio en los dos últimos días eran significativas. Lola estaba en aquel momento a su vera, esperando la ocasión. Estaba seguro de que le sacaría alguna información, y luego él se la sacaría a ella. Y aportaría su granito de arena. Con el permiso de su marido, claro.

*Acto conmemorativo del aniversario de la Constitución española,  
Congreso de los Diputados, Madrid. 6 de diciembre*

Mientras, tiesa como si se hubiera tragado un palo de escoba, y sonriendo a diestro y siniestro, se paseaba por los salones buscando a su presa, MacHor se reafirmó en las razones por las que el mundo de la política le resultaba tan ajeno.

Le ocurría siempre. Se le agitaba la respiración y se ponía a la defensiva cada vez que se le acercaba un político. No le hacían falta más que unos minutos de conversación para identificarlos, poco importaba que llevaran uniforme o vistieran de paisano, que fueran hombres o mujeres, que tuvieran cargos o los desearan. Entre ellos, se sentía como una extranjera en un zoco, un enorme mercado de intangibles, donde todo era negociable, donde no comprabas si no vendías, y de donde siempre salías con la sensación de que te habían tomado el pelo y encima les habías dado las gracias.

Habitualmente, no teniendo nada que perder ni nada que ganar, Lola disfrutaba a su modo de las conversaciones. Bastaba con salirse del guion. Y a la juez MacHor le encantaba salirse del guion. Como los políticos acostumbran a negociar con políticos, y todos conocen y acatan las reglas del arte de lo posible, quien se halla fuera de la política y no está sujeto a sus reglas puede divertirse con sólo llevar la contraria a la gente, cambiar rápidamente de tercio, o poner sobre la mesa la información que todos callan o nadie osa pronunciar. MacHor, para horror de su marido, era aficionada a incomodar a políticos mediocres o novatos. No se atrevía con los veteranos, en especial con los listos y ágiles, pero sí con el resto.

Sin embargo, aquel día MacHor necesitaba comprar información, y debía ajustarse al sistema. En cuanto lo pensó, notó que el aire se volvía más denso. La situación empeoró cuando localizó a su general.

La juez apoyó la barbilla en la palma de la mano y, desde el lugar donde se encontraba, semioculta por una columna, lo observó detenidamente. Desde luego, era el que buscaba, el mismo cuya imagen cariacontecida aparecía en la web, con unos cuantos años menos y algo más ligero de equipaje. En persona, el general García-Pérez era bastante más calvo de lo que figuraba en las fotografías. No lo suficiente para que su coronilla luciera un lustroso brillo, pero sí para que se le pudiera contemplar la procedencia de sus pensamientos. Que era un general importante lo proclamaban las insignias de su uniforme, impecablemente planchado, y su amplia colección de medallas. Por lo que atañía al cuerpo, redondeado y poco enérgico, más parecía un granjero norteño que un héroe. Contaba con facciones delicadas, no femeninas pero sí aniñadas, a lo que contribuía el natural tono rosado de su piel. En lo referente a las pulseras, las imágenes consultadas en Google eran certeras.



En un momento, García-Pérez desvió la mirada hacia la dirección en la que la juez se encontraba. Lola se irguió dispuesta a entrar a matar. Pero si el general la vio, no pareció interesarse en ella lo más mínimo. Lola se puso furiosa. Tenía la cintura a un telediario de la rebelión, y aquel tipo ni la miraba. Pero no se amilanó. Había ido con un propósito, y quisiera o no el general, él iba a ayudarla.

Respiró todo lo hondo que le permitió el corsé, se reajustó el bolso y avanzó decidida. No había avanzado dos pasos cuando alguien la detuvo, sujetándola por el brazo. Se dio la vuelta entre asustada y sorprendida, pero no había nada que temer: era Jaime.

—¡Cuánto tiempo sin verla, señorita! ¿Está usted sola?

Se asió a su brazo.

—¡Qué susto me has dado, Jaime! Iba a lanzarme sobre el general...

—Lo sé, he captado tus intenciones. Por eso vengo, será mejor que le saludemos juntos, no vaya a pensar que quieres ligar y nos metamos en un lío.

—Ya sabes que, en esos terrenos, no permito que nadie se confunda.

Jaime se detuvo en seco e hizo frenar a Lola, que empezaba a acelerar.

—¡Te has puesto una faja, por algo será!

—Vale, en eso tienes razón. Pero no era más que para llamar su atención. Luego, ya me preocupo yo de que sepa que estoy felizmente casada, o algo por el estilo... —añadió con malicia.

—Algo por el estilo, ya... Bueno, ahí lo tenemos. A la de una, a la de dos y a la de...

—¡General, qué alegría saludarle! Soy el doctor Garache, Centro Superior de Investigaciones Científicas. Quizá ya conozca a mi esposa, la juez MacHor, Tribunal Supremo...

El general les estrechó la mano con firmeza, pero no derramó ni media sonrisa. A Lola le vino a la cabeza la imagen del estirado mister Darcy en *Orgullo y prejuicio*.

—Pero en feo, y con pulseras... —murmuró entre dientes.

Jaime sacó a colación su preocupación por la propagación del virus del ébola por Europa, y el general aprovechó que tenía un médico delante para consultar una dolencia de su nueva esposa, que, pese a su juventud, no gozaba de buena salud. Lola intentó por todos los medios desviar la conversación hacia temas que le permitieran preguntar por Iturri, pero todos sus intentos resultaron baldíos. Una y otra vez se daba contra un muro. Y se le agotó la paciencia.

—Por cierto, general, ahora que estoy ante una persona tan experta, ¿me permite aprovechar para consultarle algo?

—Naturalmente, Lola, será un placer.

Y sin más, se lo soltó. Sin anestesia. Sin adornos. Sin más preámbulos.

—A un amigo nuestro, inspector de la Interpol, ampliamente condecorado, se lo ha tragado la tierra. Nadie sabe nada de él. Estoy preocupada. Me pregunto si su gente podría echarnos una mano para localizarle.

El general se quedó unos instantes sin palabras. Con la mano derecha se frotó un par de veces la frente, dejando ver sus joyas de plata, y de pronto se le iluminó la cara. Sacó el móvil del bolsillo interior de la guerrera y actuó como si tuviera una llamada urgente. Se despidió del matrimonio con un gesto de la mano y una excusa sin palabras y se alejó.

—¡Está en el ajo! —comentó triunfante la juez.

—¿En qué ajo, Lola?

—Pues no sé, en el que sea, pero un ajo hay...

—Lo que tienes tú es una imaginación calenturienta.

—Pero ¿no has visto su reacción? ¡Estaba ocultando algo!

—Algo de razón debo concederte, cierto.

—Mira, voy a buscar un cuarto de baño para quitarme la faja y lo hablamos, ¿de acuerdo?

Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. 6 de diciembre

Joseba Gortari tenía delante un ordenador portátil; la tapa abierta y encendido. Sin embargo, no se decidía. Anne tenía razón: debían averiguar si alguien había echado de menos a Iturri y, si ese era el caso, qué medios estaban desplegando. Sin embargo, se resistía.

En una ocasión, un chaval de unos catorce o quince años se despistó del grupo con el que realizaba la excursión por los murales de Belfast y, mientras los demás descendían, él permaneció en el autobús donde Joseba trabajaba aquel día. En realidad, se había quedado profundamente dormido, tumbado en los asientos corridos del fondo. Gortari recordaba que, cuando la visita concluyó, hubo de zarandearle más de una vez para lograr que despertara. Era un mocoso flacucho, de tez pálida y aspecto desgarrado. Vestía unos pantalones anchos, en los que hubiera sido posible encerrar a dos como él, sujetos por un cinturón con tachuelas del que colgaba una larga cadena, que, sin duda, pesaba más que su dueño. Telefonaron a los padres, y se lo llevó a la oficina hasta que lo fueran a recoger. Le dejó allí unos minutos para ir en busca de un refresco. Cuando regresó, se lo encontró delante de su ordenador.

—Pero ¿qué coño haces?

—Te lo estoy actualizando, tío. Lo tienes completamente desfasado. Y te he eliminado dos troyanos. Eres un manta, tío. He estado a punto de vaciarte la cuenta del banco para darte un susto. Debes ser más cuidadoso —eructó.

Joseba no supo qué decir. Tenía instaladas tres contraseñas: una de acceso a su dominio, otra para su correo y una tercera para las webs importantes, incluida la de su banco.

—Pero ¿cómo...?

—¿Que cómo he entrado? Es fácil. Sólo hace falta un poco de práctica.

—Y, por lo que veo, tú la tienes.

La tenía, sin duda. Antes de que llegaran sus padres, el chaval le explicó, en un lenguaje que para el guipuzcoano resultó prácticamente ininteligible, lo fácil que resultaba seguir las huellas de una persona entrando en su ordenador. «Las teclas son como restos de ADN», dijo, mientras comparaba lo que hacía con el trabajo de los forenses de *CSI*, una serie que, al parecer, le encantaba. Cuando hubo dado cuenta del refresco, le confesó que, en lo suyo, era uno de los mejores. Tanto que la policía le llamaba cuando tenía casos difíciles.

—¿Te llama la policía? ¡Más bien tienes pinta de que te persigan!

—Lo hicieron. Pero soy menor. No podían echarme el guante. Finalmente, entraron en razón. Yo me gano unos cientos de euros, y me dejan en paz. La pasma siempre está quejándose y protestando porque, con el presupuesto que les dan, no

pueden perseguir a los malos. Son unos petardos. A todas horas hablando de aparatos, dinero y de leches de esas. Pero lo que les falta no es dinero, sino talento. Por eso, ahora, cuando trincan a un colega con las manos en el código, no le corren a leches, le ponen a espiar para ellos. No te puedes hacer una idea, tío, de los colegas que curramos con ellos. ¡Y chitón! ¡Que mis viejos no saben nada!

Los padres del chaval, un matrimonio de clase media de aspecto más bien tradicional, llegaron compungidos y sudorosos. Debían de estar acostumbrados porque pidieron todo tipo de disculpas antes incluso de abrir la puerta. Les tranquilizó. Sólo había sido un pequeño descuido y habían mantenido una conversación muy agradable. Le dieron una propina exagerada y se evaporaron. Pero Joseba nunca olvidó la lección. Nada de ADN informático.

Desde entonces, Joseba Gortari cuidaba mucho lo que escribía en sus *emails*, y las compras que realizaba a través de la web. Y, desde que aquella operación comenzara, se preocupaba muy especialmente por su ADN. Por ello, aunque la casa contaba con una red wifi, orgullo de la propietaria, que se lo había recalcado en varias ocasiones cuando firmaban el contrato, había prohibido utilizarlo. «Bajo ninguna excusa, Anne», le había advertido. A Iñaki le había confiscado el móvil cuando lo vio recular, aun así se lo repitió con voz despótica: «Nada de internet, Google, WhatsApp. Nada que tenga que ver con la red: todo eso puede rastrearse».

En aquel momento, sin embargo, estaba dispuesto a violar su propia norma. Anne tenía razón. Antes de avanzar, debían cerciorarse de que nadie buscaba a Iturri. Si la Interpol les había puesto en busca y captura, debían darse mucha prisa. O abortar la operación, algo que le disgustaba especialmente.

Se acercó a la esquina del salón donde se hallaba situado el *router*, y volvió a conectarlo. Luego, cogió su ordenador. Tecleó las claves, pero antes de ejecutar la orden, posó los ojos en el teclado y se lo pensó de nuevo. Tenía la sensación de que aquello era un error. Pero no podía evitarlo.

Se conectó al buscador.

*Acto conmemorativo del aniversario de la Constitución española,  
Congreso de los Diputados, Madrid. 6 de diciembre*

No localizó el aseo de señoras, pero sí dos de caballeros. Se dijo que, al tercero, fuera del género que fuese, entraría. Aquel armatoste de abuela le estaba machacando la cintura y los muslos, por no hablar de la respiración. Se conformaba con que los daños no fueran permanentes.

Era de caballeros. Esperó unos segundos en la puerta. No entró ni salió nadie, de modo que con disimulo se coló dentro. Sintió un hormigueo en las manos. Se echó a reír. Cuando eran universitarios, iban a esquiar al Pirineo. Cogían un autobús muy temprano y regresaban bien entrada la tarde. A eso de las ocho y media de la mañana, había una parada para desayunar, comprar el pan de los bocadillos y hacer pis. En el cuarto de baño de las chicas, se formaban largas colas, mientras que las visitas al de los chicos fluían sin dificultad. A veces, se les agotaba la paciencia. Una de las amigas hacía guardia, mientras que las demás entraban en el servicio de los chicos. Así conoció Lola a su marido. Nadie la avisó.

La faja, que había subido con dificultad, una vez en su sitio, se negó a abandonar sus fueros. Además, el habitáculo era tan pequeño que tuvo que hacer ejercicios malabares para no golpearse los codos. Lo estaba consiguiendo cuando oyó el golpe de la puerta al cerrarse. Alguien tenía prisa o estaba enfadado. Y ese alguien, sin duda, vestía pantalones.

«Tienes ideas de bombero, Lola —se dijo—. ¡Como me pillen...! ¡Oh, Dios, como me pillen mañana soy *trending topic* en Twitter!». Lola era una gran aficionada al cine. No necesitó pensar demasiado. Con el corazón en un puño, se sentó en la taza del váter y colocó las piernas en alto. La faja estaba a medio camino y le impidió hacer lo que tenía en mente: ponerse en cuclillas.

Eran dos hombres, y cerraron con llave por dentro.

«Por Dios, que no sea lo que estoy pensando. ¡Oh, no, eso no!». Dejó de especular cuando oyó la voz del general García-Pérez. Hablaba con otro militar del mismo rango. Sin embargo, por la forma de tratarle, debía de ser su superior.

—¡Jodida jueza! ¿Cómo ha podido enterarse? No lo comprendo. ¿Dónde está la fuga? No más de media docena de personas conocen la existencia de esa carta. Ni el presidente, ni la vicepresidenta, ni el ministro del Interior han dicho una sola palabra. Y el director del CNI es como una tumba.

—A lo mejor no lo sabe, y sólo especula. Dicen que ella e Iturri son amigos personales...

—¡Amigos, ya! ¿Ahora lo llaman así? De todas formas, eso no es relevante. Lo que me preocupa es que esa puñetera jueza es vasca. Y, por cierto, más pesada que

una vaca en brazos. Mal asunto.

Lola dio un respingo. ¡Llevaba horas sin respirar y la llamaban vaca! ¡Vaca vasca! Estuvo a punto de hacer una aparición estelar, pero la faja a media pierna y el lugar la contuvieron. Era mejor escuchar y actuar *a posteriori*.

—Sea como sea, algo habrá que hacer. Porque no tiene pinta de cejar. Quizá si habláramos con el marido. Parece más razonable...

—¿El marido? Un calzonazos. Ni siquiera se entera de los líos de su mujer. Cordón, deberías hablar con la señora y que la ponga firme. Ella se encargará. De mujer a mujer, ya sabes. Se le dan bien esas cosas...

«¡Calzonazos! Pero ¿qué te has creído, que por llevar medallas y andar entre políticos puedes insultar a mi marido? Ahora porque estoy imposibilitada, pero en cuanto salga de aquí te enteras de lo que es una pelirroja vasca. Y la señora esa, ¿a quién se referirán?», masculló MacHor.

El hombre telefoneó desde el cuarto de baño a la tal «señora». Lola no acertó a oír su voz, aunque sus especulaciones producían únicamente dos nombres.

En cuanto el general y su acompañante se marcharon, terminó de desprenderse de la coraza, la guardó en el bolso grande, más grande de lo debido para la ocasión, movió levemente la puerta y, tras comprobar que no había nadie en los alrededores, salió a toda prisa y buscó a su marido.

—¡Vámonos, Jaime! Cuando te cuente lo que me ha pasado no vas a creértelo.

—¿No había toallas en el baño?

Lola no solía captar las ironías de su marido, y le respondió conforme a la literalidad de la pregunta:

—¿Toallas? Pues no tengo ni idea. No me he fijado, ni siquiera me he lavado las manos. Pero verás, como no encontraba el baño de señoras, y ya no aguantaba más, me he metido en el de caballeros. Como en los viejos tiempos...

Jaime se detuvo.

—¡No me lo cuentes, Lola, por lo que más quieras! Necesito un poco de paz. ¡Hoy es sábado!

Lola sujetó su brazo.

—El general me ha llamado vaca...

—¿Estaba el general en el baño?

—Cuando yo entré, no. Llegó después.

—¡Por todos los santos, Lola, no dejas de meterte en líos! ¿Te ha visto?

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me has tomado? Veo películas...

—Te has subido a la tapa del váter...

MacHor asintió. Jaime no sabía si echarse a reír o a llorar.

—Y créeme que no ha sido nada fácil con la maldita faja a media pierna.

—No me cuentes más detalles. ¿Qué has oído dentro?

Lola dejó lo mejor para el final. Quería que Jaime la apoyara, de modo que le susurró al oído:

—El general te ha llamado calzonazos...

—¿Por el reloj en la derecha o por no llevar pulseras?

—¡Vete a saber! Pero lo importante es que pasa algo con Iturri, algo serio de lo que no quieren que nadie se entere. Estoy convencida de que lo han secuestrado.

—¡Maldita la madre que te parió!... ¿Secuestro? ¿Han empleado esa palabra, textualmente?

—Textualmente, no, pero es lo que se entreveía.

—O sea que son elucubraciones tuyas. Veamos, ¿qué vas a hacer? Porque seguro que tienes algo entre ceja y ceja.

—No lo sé... Bueno, sí lo sé. Creo que hablaré con James, un amigo británico. No creo haberte hablado de él...

—Lo acabo de conocer. Muy... *british* y muy tuyo. ¿De dónde los sacas? ¡Por favor, es que no puedes parar! Mira, está ahí, esperándote.

Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. 6 de diciembre

—¿Preparado? —preguntó Joseba, dirigiéndose a su cuñado.

—No lo sé. Me gustaría saber qué va a ocurrir antes de subir.

—Vamos a terminar lo que hemos comenzado hace un rato. Le dimos dos horas y ya se han agotado. Está cansado. Está sediento. Tiene miedo, todo encaja. Hablará.

—Según lo fuerte que sea, según cuánto esté acostumbrado a soportar, según cómo le afecte la sed o el miedo volverá a negarse. ¿No deberíamos contar con un plan B?

Anne asintió.

—¿Y qué sugieres?

—No estoy muy seguro. Quizá tenga una memoria de elefante, o quizá no. ¿Quién sabe? Pero a la mayoría de los policías les gusta hacer listas. Debe de tener el listado que buscas en algún sitio. En su oficina, o en su casa, o en su ordenador...

Iñaki advirtió que Joseba le escuchaba y que Anne dejaba de pelar patatas para seguir la conversación. La idea debía de ser valiosa si le prestaban tanta atención: Iturri había dado en el clavo. Aunque era posible que su gesto indicara que le habían descubierto. Comenzó a sudar. Se pasó la manga por la frente.

—¡Aquí hace demasiado calor, Anne!

—No. Si bajo la calefacción, el niño se cogerá un catarro.

Joseba se sujetó a la barandilla de la escalera y clavó la mirada en su cuñado.

—Seguiremos el plan original. Si no logramos nada, pondremos en marcha el tuyo. Por cierto, ¿por qué no coges a tu hijo y vas a comprar el periódico, Iñaki?

—¿El periódico? Estamos en Francia. Y no hablamos francés.

—Eso no es importante. No vamos a leer las noticias, sólo a hacer una foto al inspector con ese periódico. Es la prueba que necesitamos.

—¿Que necesitamos para qué?

—Para que Iturri crea que somos lo que decimos ser. Anda, ve.

A Iñaki aquello le sonó muy extraño y empezó a buscar excusas.

—De acuerdo, lo haré. Pero no subas sin mí. Deberíamos estar dos personas durante el interrogatorio. Puede ocurrir cualquier cosa.

Anne, que había vuelto a la tarea de pelar patatas, dejó de hacerlo. Ni la idea ni la actitud de Iñaki queriendo presenciar el interrogatorio le habían parecido propias de él. Estaba preocupada. «Últimamente, siempre estoy preocupada», se dijo. Debería estar contenta. La vicepresidenta del Gobierno español, a las puertas de la recepción del día de la Constitución, en el Congreso de los Diputados, había hablado del «alto valor de la libertad».

Volvió a lo suyo.



*Acto conmemorativo del aniversario, de la Constitución española  
Congreso de los Diputados, Madrid. 6 de diciembre*

Los invitados abandonaban el edificio del Congreso de los Diputados en hordas de seda y carmín. Como soldados de la elegancia, casi en formación. Moloney, ubicado en una de las esquinas, esperaba pacientemente la salida de la juez MacHor y su marido, mientras observaba los ropajes. Desde aquella estratégica posición, nadie escapaba a su control, aunque le hacía quedar expuesto. De hecho, una vieja gloria le había pillado por banda y contado por enésima vez su paso por la embajada de Berlín. No había podido escabullirse a tiempo.

«Más difícil para una mujer que para un hombre la asignatura de la elegancia», pensó al contemplar el minúsculo vestido de color cereza de una de las congresistas. No estaba especialmente delgada, pero sí muy bien dotada, algo que, por lo visto, deseaba que todo el mundo supiera. «Sólo le falta una pamea; podría servir de ejemplo de incorrección», pensó, y lo olvidó de inmediato. Lola y Jaime se acercaban.

Instintivamente, al ver aparecer a la juez, se alisó el pelo con ambas manos. Se fijó en el vestido de Lola y en su trasero y masculló mientras dibujaba una sonrisa: «Querida Lola, la faja no sirve para mucho». No iba exagerada para los cánones de belleza clásicos, pero sí para lo que era su costumbre. Notó también que el rubor le subía por las mejillas y continuó con regocijo. «¡O quizá, sí, tiene aspecto de que el general haya caído rendido a sus pies. Bendita seas!».

Fue a su encuentro, mientras comprobaba su reloj. Disponía del tiempo justo. En una hora, cogía un vuelo a Londres, donde tenía una conversación pendiente.

—¿Has conquistado al general, querida Lola? —le preguntó nada más verla, mientras besaba su mano.

—Como si fuera su suegra, James... —respondió su marido.

Lola ni siquiera escuchó el comentario. Se ató al brazo del inglés y le susurró:

—Necesitamos tu ayuda. Creo que han secuestrado a Iturri. Ellos no van a soltar prenda, por eso quieren quitarme de en medio. ¡Tenemos que hacer algo!

Moloney no mentó palabra. Dio un beso a Lola, estrechó la mano de Jaime y se marchó dejando a la juez con la palabra en la boca y una cuartilla en la mano. Lola se apresuró a desdoblar la nota. Había escrito «Le Mans» en letra capital. Le seguía una larga parrafada que no pudo descifrar. La letra del inglés era pequeña y apelotonada y ella no llevaba las gafas de leer consigo.

Levantó la vista y vio alejarse a Moloney, levantando la mano a diestro y siniestro en señal de despedida.

—¿Has traído las gafas, Jaime?

—Tengo unas en el coche.

Hicieron el viaje de vuelta en silencio. Lola no entendía nada.

Domicilio de la juez MacHor, proximidades de Madrid. 6 de diciembre

A eso de las tres de la tarde, mientras ponían la mesa e introducían el pollo asado sobrante del día anterior en el horno microondas, sonó el timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien, Lola?

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

—Pregunta quién es por el interfono antes de abrir.

Lola obedeció.

—¿Señora MacHor?

—¿Quién pregunta por ella? —replicó aprensiva.

—Presidencia del Gobierno. A la vicepresidenta le gustaría hablar con usted unos minutos. Me envían a recogerla.

Desconcertada, la juez no supo qué responder. Permaneció muda unos instantes, con el dedo presionando la clavija del interfono. Se hallaba inmersa en un torbellino de preguntas.

—Señora, ¿sigue ahí?

—Sí, lo siento. Un momento.

Apretó el botón que soltó la clavija que mantenía asegurada la verja de la entrada. El hombre vestía traje negro y camisa blanca, con corbata oscura. Y llevaba uno de esos auriculares de cable retorcido transparente en el oído.

—¿Necesita coger algo, el abrigo quizá?

Lola respiró hondo antes de hablar. Se había recogido el pelo en una cola de caballo. Calzaba zapatillas de borreguillo, y vestía un pantalón gris de deporte con una marca marrón con la forma de una plancha, un descuido antiguo, y una camiseta no muy ortodoxa que le encantaba. Mostraba los cuartos traseros de un galgo visto desde un metro de distancia, junto al nombre de la empresa publicitaria y un eslogan que rezaba: «Esto es lo único que verá nuestra competencia». El mensaje tenía su miga, pero no era eso lo que le gustaba, sino el trasero: delgado, terso, magro, sin un gramo de grasa. Cuando se ponía esa camiseta, se sentía más ligera, una especie de cirugía estética imaginaria. Nunca se lo había contado a nadie. Le darían antidepresivos. A su marido, le espantaba. «¡Por Dios, Lola, qué mal gusto! ¿Cómo se te ocurre ponerte una cosa así?». «¿Y eso me lo dice un tipo que se ha comprado una camiseta de Spiderman?». «Me la han regalado tus hijos». «Ya».

Lola se cambiaba de ropa en cuanto entraba en casa. Le dolía el corazón el precio del tinte. En un primer momento, al ver cómo le miraba el agente, se sintió abochornada. Lucía una pinta innoble. De inmediato, pensó que no era ella la que estaba fuera de lugar, sino aquel caballero tan serio que le estaba haciendo sentirse

estúpida en su propia casa. El pensamiento la envalentonó. Cruzó los brazos en el pecho y respondió:

—Ponerme en esta situación en un día festivo, en mi casa, y sin aviso previo, no es usual ni elegante, caballero. Creo que sería más procedente...

—No es momento para filosofar, señora. Un coche nos espera. Será cosa de una hora, a lo sumo. La vicepresidenta aguarda.

En ese momento, llegó su marido. Jaime no era tan maniático como ella. Se deshacía siempre de la corbata y de la americana, pero la mayor parte de las veces seguía con el pantalón del traje, la camisa y los gemelos. En aquella ocasión, sin embargo, llevaba su camiseta preferida. Al imperturbable agente se le escapó una sonrisa. Él tenía el traje completo, mallas y capucha incluidas. Lo usaba en situaciones especiales, y siempre a media luz. A su mujer le encantaba.

—¿Qué ocurre, Lola?

Se lo explicó, aún perpleja.

—No quiero ir —le susurró, e interpeló al hombre que esperaba en la entrada—: ¿Sabe usted qué ocurre?

—Me temo que no.

—Entonces, creo que declinaré ir. Dígales que mi teléfono está operativo. Si necesitan hablar conmigo, que me llamen. Les atenderé.

Sin moverse del sitio, el hombre se llevó la mano a la oreja adornada con el auricular, se volvió hacia atrás y masculló algo que el matrimonio Garache no pudo escuchar. Poco más de unos segundos después, sonó el móvil de Lola. Lo había dejado en la cocina. Fue a buscarlo mientras Jaime vigilaba a aquel tipo. Parecía del Gobierno, pero ese papel es bastante sencillo de representar, basta con un traje oscuro, pinganillo en la oreja y cara avinagrada. Además, hay mucha gente que parece lo que no es.

—Jueza MacHor...

El que llamó se llamaba Beltrán y poseía un apellido rimbombante, que la juez no retuvo, aunque sí recordaba que le había resultado gracioso. No preguntó de nuevo. Decidió llamarle Beltrán.

—¿Nos conocemos? No recuerdo su nombre. Ni su apellido. De haberlo oído antes, sin duda lo recordaría.

—No en persona, Lola, pero...

—¿Y por qué tiene usted mi número?

No respondió a esa pregunta directamente, pero era obvio que en este mundillo no había secretos.

—Soy asesor personal de la vicepresidenta del Gobierno. Necesitamos hablar contigo unos minutos. Es importante. Hemos enviado un coche.

—Su hombre está en la puerta, sí. Pero antes de acompañarle me gustaría saber de qué asunto o asuntos hablaremos.

Carraspeó.

—Querida Lola, créeme, es mejor que hablemos en persona. No tardaremos mucho.

Finalmente, la juez cedió.

—Deme unos minutos para cambiarme, por favor.

El agente asintió.

Cuando bajó, vestía un discreto traje de chaqueta gris marengo y una camisa rosa palo. Abrió la puerta del armario del pasillo de la entrada y cogió el abrigo.

—Tengo que acompañarle, Jaime. Ve comiendo.

Se acercó a darle un beso en la mejilla y de paso le preguntó en susurros:

—¿Crees que tendría que ponerme la faja?

Su marido soltó una carcajada.

—Lleva el móvil a mano —le dijo.

Proximidades del Palacio de la Moncloa, Madrid. 6 de diciembre

El conductor no mentó palabra durante el corto trayecto. Se detuvieron unos breves instantes en dos barreras, y luego definitivamente ante el edificio principal. Lo conocía. Había estado allí en más de una ocasión. En la escalera, aguardaba un joven. Este no llevaba auricular. Imaginó que era el asistente del ayudante del subsecretario, o similar. Era atento, con modales marcadamente afectados. Vestía chaqueta de *tweed*, pantalones grises de franela y corbata chillona.

—Gracias por venir, señorita. ¿Me acompaña, por favor?

Lola le siguió. Subieron al primer piso.

MacHor era adicta a los tacones. No sabía bien el motivo, pero los zapatos planos le hacían sentirse pequeña, de cuerpo y de ánimo. Los calzaba exclusivamente en fin de semana y siempre que no tuviera que trabajar. Por eso, estaba acostumbrada a caminar al modo de un flamenco; sin embargo, aquella escalera le costó lo suyo. Le temblaban las piernas. Se sentía como si pisara arenas movedizas. El joven la condujo por entre los largos pasillos del edificio desierto hasta dar con una sala de espera. Abrió la puerta y con un gesto de la mano, una extraña larga cambiada, la invitó a entrar. Una vez dentro, le preguntó si deseaba tomar alguna cosa: un café, un poco de agua, té, una Coca-Cola. Cuando mencionó esta última bebida, se rio entre dientes. MacHor lo meditó un instante. Era la primera vez que le ofrecían algún producto mencionando el nombre comercial en un organismo público. Era del todo inusual. Lo correcto en estos casos es agradecer el ofrecimiento y rechazarlo cortésmente. Pero, en aquellos momentos, la corrección no le pareció importante.

—Aceptaré la Coca-Cola, gracias.

El joven, que no ocultó su disgusto, enarcó las cejas y salió de inmediato tras lo que cerró la puerta. Regresó al cabo de un rato con una botella de agua, un vaso de cristal y un posavasos de papel con blondas. Y sin mediar palabra, se retiró. Lola no volvió a verlo. Debió de considerar que ya había hecho suficiente por ella, teniendo en cuenta que era día festivo. Quizá en esa ala del Ministerio tenían algún problema con la Coca-Cola. O quizá se tratara de una cuestión ideológica. Aunque resultaba difícil de creer: en aquel Gobierno, lo yanqui estaba bien visto.

Agradeció que el ayudante de corbata chillona se fuera. No lo echaría de menos. Un jovencuelo con aspiraciones intentando ofrecer una conversación marcadamente inteligente es peor que un día de campo en una zona de mosquitos, peor que una depilación de axilas, peor que un pleito entre parientes. Hizo mutis por el foro y no volvió a verlo.

Una vez sola, Lola se concentró en la estancia. No era demasiado grande. Dotada de techos altos y molduras historiadas, algún decorador ciego le había hecho el flaco

favor de vestirla con muebles modernos, a cuál más psicodélico. Así fue, al menos, como juzgó el entorno. MacHor sostenía que para mezclar lo moderno y lo clásico había que ser un gran artista. Y el que había cometido aquel pecado no lo era. En ambos lados de la habitación se situaban dos radiadores antiguos, de hierro, altos, tan historiados como el techo, que hacían de la sala un lugar próximo a un horno. Para compensar, había un aparato de aire acondicionado que mecía los ligeros cortinajes.

Se desprendió del abrigo. Luego, se lo pensó mejor y se deshizo también de la americana. Ya cómoda, procedió a calibrar uno a uno los cuatro sillones de piel blanca y nervios de acero inoxidable que rodeaban la mesita baja de cristal, antediluviana más que fea, sobre la que dormitaban varios folletos meticulosamente ordenados. Todos pomposos, todos caros, todos inútiles.

Los asientos eran los habituales en las salas de espera de los grandes despachos de abogados, auditores y gentes con posibles: bajos, anchos, profundos y envolventes. Probó todos y cada uno de ellos para concluir que los cuatro estaban trucados: eran de «esos». Tenía la teoría, que estaba dispuesta a defender ante cualquiera, de que los diseñaban de ese modo con la finalidad de hacer la puñeta al invitado y dejarlo en evidencia. Resultaban agradables a la vista y abrazaban con amabilidad, para luego, poco a poco, ir absorbiendo a su morador como si en arenas movedizas estuviera. Y cuando acudían a buscarlo, este no tenía forma de levantarse con dignidad. Quisiera o no quisiera, hacía el ridículo sin remedio.

Los sillones que tenía delante no eran una excepción. Se sentó en el que quedaba más oculto. Así, cuando acudieran a recogerla, tendría tiempo de reaccionar y evitaría que se le viera lo que no quería.

Suspiró antes de beberse el agua. Lo de la Coca-Cola había sido una pena, la cafeína le habría ido bien. Era su hora. Bordeaban peligrosamente las cuatro de la tarde, momento en el cual su organismo desconectaba. Por algún extraño desfase químico, a esa hora la densidad de sus párpados cambiaba. Se volvían pesados, incapaces de soportar su propio peso, y poco a poco iban cediendo, desplomándose, como lo hacen las persianas cuando sueltas sus cuerdas. A los párpados le seguían la cabeza, que iba dando tumbos incontrolables, y las piernas, que se estiraban y sufrían calambres y alguna que otra sacudida. Entonces, despegaba sin remedio. El proceso era corto, no solía extenderse más allá de quince o veinte minutos, pero su aparición resultaba inevitable.

En su domicilio disponía de un cómodo sofá y un televisor que proporcionaba el ruido de fondo necesario; en el despacho, de un sillón de modestas proporciones que había colocado estratégicamente detrás de la zona de apertura de la puerta, de manera que cuando alguien desde fuera se asomaba, creía que estaba ausente. Allí, como si fuera el móvil y cargara las baterías, se aislaba a diario sin dar explicaciones. Cuando volvía a erguirse era como si hubiera cambiado de piel. En aquella sala de espera no era lo mismo. No estaba en casa y el sillón no se prestaba, pero a su cuerpo le dio lo mismo. Desconectó. Y, naturalmente, ocurrió lo que nunca debió ocurrir.

—Disculpe, señoría...

En realidad, lo oyó, pero no en la capa del conocimiento consciente. Fue como un suspiro, como una frase arrastrada por una brisa veraniega.

—Señoría...

Dio un respingo. Había olvidado dónde estaba. Levantarse fue toda una odisea. Se puso colorada como un tomate, mientras se estiraba la falda. La tonalidad de sus mejillas sólo fue el principio del calvario.



Palacio de la Moncloa, Madrid. 6 de diciembre

Cuando volvió a recuperar la compostura, se percató de que había tres personas en la habitación, todos varones. El último cerró la puerta tras de sí. El primero era el asesor que la había telefoneado: Beltrán. Parecía un político, olía a político, se comportaba como un político. No era un secretario de Estado o un jefe de gabinete, sino uno de esos asesores de confianza a quienes los poderosos encargan sus trapos sucios, con la seguridad de que saben lavar, planchar y hasta almidonar si es menester.

Si bien, a juzgar por su aspecto, parecía frisar los treinta, sus ojos destilaban mucha vida, demasiada para esa edad. No era una beldad, pero tenía su atractivo. Piel blanca, pelo oscuro ondulado en la nuca, barba corta, manos finas de dedos largos, nariz aguileña y ojos grises.

Se acercó a la juez con la mano tendida. Vestía traje gris de espiguilla fina y camisa azulona de cuello blanco. La corbata no hacía juego con el pañuelo, pero ambos eran de seda granate. Sonrió mientras le decía que era un placer recibirla en la Moncloa. Su sonrisa no engañó a la juez ni por un momento. La observaba con la frialdad típica de quien desprecia a los demás y con la fijeza perturbadora de un detective. Con todo, también ella sonrió. Pero después del ridículo que había hecho, le pareció que lo mejor era tomar las riendas de la conversación.

—Buenas tardes, caballeros. Soy la juez MacHor, Tribunal Supremo.

El político se echó a reír.

—¡Sabemos quién eres, Lola!

—¿Ah, sí? Estaba convencida de que me habían tomado por otra persona, algún político. Yo, si no me queda más remedio, me entrevisto con abogados; lo hago en mi despacho y siempre acompañada del secretario judicial. Con mis amigos, me reúno en casa o en lugares públicos. Pero este lugar en festivo es nuevo para mí. Preferiría estar en casa. Y la persona que me ha convocado no está aquí.

Beltrán adoptó una posición extraña, como si la exasperación que le provocaba la juez fuera insufrible. Exactamente lo que pretendía. Sin embargo, tenía tablas y enseguida se repuso. Se retocó el nudo de la corbata. Ese simple gesto, de dos escasos segundos, bastó para que emergiera otra persona, ya no altiva, sino conciliadora.

—¿Por qué no nos sentamos y nos tranquilizamos, señorita?

—Yo estoy muy tranquila. Y algo hambrienta, la verdad. Si sé que van a secuestrarme a la hora de la comida, hubiera probado algún pinchito en la recepción del Congreso.

—¡Tienes toda la razón, Lola, y lo lamento! Es una hora fatal. Pero hay veces en que las circunstancias aconsejan atropellar las buenas formas. Incluso hasta invitar, que no secuestrar, a un ilustre miembro de la judicatura a visitar el Palacio de la

Moncloa en horas intempestivas.

—¿Y cuáles son esas circunstancias, si puede saberse? Porque deben de ser graves para atraparme en mi casa y meterme en un coche oficial sin dar explicaciones —arguyó, al tiempo que aceptaba su ofrecimiento y tomaba asiento. Aquella vez no le importó: a todos les costaría levantarse. Ella, por si acaso, se cuidó de quedarse en la esquina del sillón, en equilibrio inestable.

El político se detuvo un instante, consciente del impacto que lo que dijera iba a tener en ella.

—Esas circunstancias se llaman Juan Iturri, Lola.

La juez se llevó las manos a la boca.

—¡Lo sabía, sabía que le ocurría algo! ¿Tienen alguna noticia?

—La tenemos. Por eso te hemos hecho venir. Te presento al teniente coronel Villegas, guardia civil, con destino en nuestra embajada de París. Él nos pondrá al día.

Lola le tendió la mano.

El teniente coronel Villegas se había sentado en el sillón de la izquierda, con el cuerpo levemente inclinado hacia delante y las manos apoyadas en los muslos. Tenía la planta de un corredor de maratón, sorprendentemente nervudo. La camisa le quedaba grande. La mantenía dentro de los pantalones mediante un cinturón de hebilla gruesa. Llevaba el cabello castaño claro y con profundas entradas, muy corto en la nuca. Probablemente de forma inconsciente, se balanceaba hacia delante. Era un movimiento reflejo, casi imperceptible, del que Lola había tomado nota, lo mismo que del resto de sus gestos. Hasta que el asesor le dio entrada, no había mentado palabra, pero no había dejado de clavarle los ojos. Tenía una mirada fría, aséptica, que no reflejaba sentimiento alguno. Aquellas dos bolas negras más que iris parecían barreras de contención. Podría estar mirándola con odio o curiosidad. Podría verla como una presa a la que zamparse o como un cervatillo herido al que ayudar; como a una fuente de información o como a una espía. Cualquiera de esas opciones, o cualquier otra, eran factibles.

El apretón de manos tuvo su fuerza y luego ambos volvieron a sentarse.

Casi todos los guardias civiles que Lola conocía no lo parecían. Vestidos de paisano, unos semejaban oficinistas, otros quinquis, otros banqueros. Lola pensaba que la opinión, muy extendida, de que se les notaba, era completamente falsa. El teniente coronel Villegas podría dedicarse al cultivo del champiñón en La Rioja, o a la ingeniería química en Tarragona. Lo único que se le transparentaba era el acento de Vallecas, ese deje ahuecado y nasal, una pizca gangoso y que marcaba mucho las eses.

—Buenos día, señora. Si le parece bien, voy a ponerle al corriente de los acontecimientos, hasta donde hemos logrado averiguar. —A Lola empezó a tronarle el corazón—. Hace dos días, se recibió en la Moncloa una carta dirigida al presidente del Gobierno. En ella, se informaba del secuestro del inspector Iturri, y se listaban las

condiciones requeridas para su liberación: dos millones de euros y el acercamiento de tres presos de la Organización, distribuidos en sendas cárceles en Andalucía. Si bien los especialistas certificaron la autenticidad del papel y hallaron una huella parcial que situaba el envío en el entorno de la Organización, no hay certeza de que sea lo que parece.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Se lo explico con mucho gusto. Para empezar, estamos en una situación de tregua indefinida. Este bien podría ser el acto que la rompiera; sin embargo, creemos que no es el caso. Por ello...

—Disculpe, teniente coronel...

—Villegas es suficiente, señorita.

—De acuerdo, *quid pro quo*: yo le llamo Villegas y usted a mí Lola. ¿Le parece bien?

Aceptó con un gesto.

—Antes de convocarme, doy por sentado que me habrán investigado.

Otro gesto minúsculo.

—Lo imaginaba. Entonces, le constará que durante años ejercí como juez de primera instancia en Pamplona. Allí se decía de mí que era tan pesada como una mosca veraniega. En realidad, la expresión utilizada era otra, pero eso no viene al caso. Sepa que considero el juicio completamente exagerado, pero debo confesar que en algo tienen razón: cuando no entiendo lo que me explican, no puedo seguir.

—Me consta, sí.

—Pues sea bueno y explíquese para que yo le entienda, ¿quiere?

—De acuerdo. Verá, no sabemos a quién culpar porque este caso difiere de la forma típica con la que la Organización reivindica públicamente sus actos. Siempre que llevan a cabo un secuestro, un atentado, un robo o un hecho similar, informan mediante una llamada anónima a un diario sito en el País Vasco, o emplean como difusores a los abogados relacionados con la causa. En este caso, ninguna de esas cosas se ha producido. Si se tratara de romper la tregua, estamos seguros de que lo habrían comunicado por ese sistema.

—De modo que creen que no ha sido secuestrado.

Negó con la cabeza.

—No. Creemos que ha sido secuestrado, pero no por la vía reglamentaria. Quizá se le pueda atribuir a un comando independiente, lo que no deja de ser raro: se trata de una estructura jerárquica, militar. Cualquier miembro de la Organización sabe lo que significa mear fuera del tiesto. Mejor sería meter la mano en un nido de víboras. En fin, no se mezclan con nadie, no se dignan a mirar a los que están fuera... Y si te sales del guion, te cortan los...

—Le cortan el pelo, lo entiendo, teniente coronel. Pero, si esas son las reglas, ¿cómo están seguros de que es un secuestro?

—Verá, Lola, cuando se recibió esa carta en el Ministerio, rastreamos el teléfono

del inspector Iturri...

Escuchó el relato en estricto silencio. Cuando concluyeron, sólo fue capaz de asentir. La angustia iba colonizándole la garganta.

—Comprendo. Pero entonces, ¿creen que lo ha secuestrado la Organización o no?

El tercer hombre, que iba vestido con una antiestética pajarita y una americana de lino *beige*, era tartamudo, pero eso no le frenó. Avanzó hasta situarse en el extremo del asiento, y se sumó a la conversación.

—Soy Lorenzo Montalvo, director del CNI. Permíteme que complete el informe del teniente coronel. Verás, ante las dudas de procedimiento y ante la situación de tregua, decidimos recabar más datos. Nuestros expertos han detectado ciertas desavenencias internas en la Organización. No muchas y, sobre todo, no graves, de gallitos jóvenes con poco peso. No suficientemente serias para romper la tregua, y menos por un secuestro... En todo caso, se contrastó esa percepción con otras fuentes. El teniente coronel Villegas con sus fuentes y nosotros con las nuestras. Ningún confidente tiene noticias de un secuestro u otras operaciones similares. Dadas las circunstancias, decidimos preguntar abiertamente. Lo hicimos a través de los partidos vascos, como es habitual. Aseguran no saber nada, y nosotros les creemos.

—¿Y entonces?

—Puede tratarse de unos espontáneos, de una facción radical o de algo que aún no comprendemos. No tenemos demasiadas pistas, pero vamos a seguirlas.

Beltrán se puso en pie. Los demás lo imitaron. Por último, Lola también se levantó.

—Y esa es la razón por la que estás aquí, Lola —apostilló el político—. Necesitamos mantener la máxima discreción; es más, se requiere un auténtico secretismo en este asunto. Cualquier otra situación pondría en riesgo la vida del secuestrado. Por eso, necesitamos que dejes de preguntar a unos y otros. Te pedimos que te mantengas al margen y dejes trabajar a los profesionales. Sabemos que conoces personalmente al inspector Iturri —dijo «personalmente» de una forma extraña, y se detuvo más de la cuenta, pero en aquellos momentos a Lola su honra le daba lo mismo—. Pero no le harás ningún bien inmiscuyéndote.

El pulso de la juez se disparó. Por un momento, fue incapaz de articular palabra. Se sentía en un callejón sin salida, y, sin embargo, su corazón le decía que no podía abandonar tan pronto. Aquella gente no conocía a Iturri como ella. Beltrán interpretó de forma errónea su silencio y añadió:

—No te reprochamos tu actitud, Lola. Tratar de velar por tu amigo te honra. Sólo decimos que no lo estás haciendo bien, que dejes trabajar a los profesionales. Prometo que te informaremos en la medida de nuestras posibilidades.

—¿Y eso es todo? ¿Un poco de información y a casa? Si piensa así, es que no me conoce. Esta es mi contraoferta: trabajaré con usted, teniente coronel Villegas. Tengo experiencia y le daré la cobertura legal que necesita...

Beltrán negó con la cabeza.

—No, Lola, de ninguna manera. Lo que planteas es imposible. El secuestro se desarrolló en Francia. No podemos enviar allí a una jueza española. Lo tomarían como una injerencia en asuntos internos, y tendrían toda la razón.

—No tengo que ir como juez.

El político volvió a reír.

—Entonces, como qué, ¿como su amante?

Esta vez no le costó responder. La rabia es la más poderosa de las fuerzas.

—No soy su amante ni lo he sido nunca. Pero tengo información sobre este secuestro que el teniente coronel no tiene. Y no la compartiré a menos que me deje participar. Conozco a Iturri como a un hermano. Repito, como a un hermano. Sé cómo piensa. Sé lo que piensa. Me necesitan. —La jueza suspiró un par de veces—. Quiero que sepan que no me he colado. Inadvertidamente, me he visto metida en esto. Y ahora estoy dentro.

—No puede ser —reiteró el dichoso moscardón.

—De acuerdo, hablaré con la vicepresidenta en persona. Basta con una llamada al ministro de Interior francés...

El político montó en cólera.

—¡He dicho que no! Esto no es un juzgado con bonitas togas y lenguaje decimonónico, es un mundo siniestro, hay que tomárselo en serio. ¿Qué esperas, señora jueza del Tribunal Supremo, que te extendamos una orden de alejamiento? ¡Tu deber es quitarte de en medio! ¿Quieres que te lo diga con más sutileza, a ver si lo entiendes?

La jueza se esforzaba en no perder la compostura, en mantener el equilibrio, pero cada vez le resultaba más difícil. Antes de que pudiera protestar, Villegas entró en la conversación. Tenía carácter, sin duda.

—Dice que ha sido metida en este asunto inopinadamente. ¿A qué se refiere, señorita?

—Lo único que voy a decirle es que Iturri me escribió poco antes de desaparecer en la nada.

—Lo sabemos, tres mensajes cortos...

—En realidad, un mensaje repetido tres veces.

—Tenemos ese dato. Pero hemos supuesto que se trata de algo personal, algo entre ustedes, nada que nos ofrezca alguna pista sobre su paradero. Le Mans. Salamandra. ¿Usted lo entiende?

—Tengo que reconocer que inicialmente el mensaje me resultó incomprendible. Pero acabo de recibir un dato que me ha abierto los ojos...

Villegas clavó de nuevo los ojos en la jueza.

—¿Y podemos saber de qué dato se trata?

—Me temo que no va a ser posible. Nuestro amigo Beltrán acaba de firmar mi orden de alejamiento.

—Yo no me llamo Beltrán...

—Lo sé, teniente coronel. Y quiero que sepa que si Iturri envió ese mensaje fue por algo. Esas dos palabras y ninguna otra. De los que estamos aquí, la única que conoce al inspector Iturri soy yo. La única que puede descifrar ese mensaje soy yo. Por eso, no voy a permitir que me quiten de en medio por las buenas.

Hubo un silencio. Los tres se miraron. Finalmente, Beltrán, con un gesto, animó a Villegas a hablar.

—Verá, señoría. Francia da mucha más competencia a sus cuerpos de seguridad que España. Los de su gremio sólo entran después. No van a entenderlo.

—Yo se lo explicaré.

—No lo entiende, señoría. No podrá estar en el ajo, nunca le darán un pase a un juez.

—De acuerdo, me instalaré en un hotel y esperaré. Cuando me necesiten, estaré allí. Tiene mucho sentido.

—¿Sentido? ¡Está traído por los pelos!

—No voy a cejar. Seguiré dando la lata hasta que me incluyan en la operación. Veamos, usted dirigirá el equipo. ¿Guardia Civil en exclusiva o también Policía Nacional?

No respondió.

—Comprendo. Guardia civil de su confianza. Una pareja, hombre y mujer, ambos jóvenes, y alguien de la Interpol... No. Nadie de la Interpol, de momento. Pero sí algún francés. ¿Me equivoco? En total, cuatro personas. Yo seré la quinta. Créame, no deseo arruinarle sus planes, ni obligarle a hacer nada que no quiera. Sé estar callada y quieta...

Beltrán se echó a reír.

—¿Quieta, callada? ¡Será un chiste!

A Lola se le agotó la paciencia. Y decidió tutearle.

—Insúltame si eso te hace sentir mejor. Nada de lo que digas me rebajará. Ya sabes, no ofende quien quiere, sino quien puede. ¿Qué dice, Villegas?

El teniente coronel suspiró. Sopesó la situación unos instantes. Mientras tanto, sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la camisa y encendió un cigarrillo ceremoniosamente. Beltrán le miró. La juez sonrió sin decir nada.

—Nada me complacería más que llevarla conmigo; me vendría bien una mujer de su intuición, pero en mi equipo yo doy las órdenes. De seguir las depende la vida del secuestrado y la integridad de todos nosotros. No quiero ofenderla, Lola, pero leo en sus ojos que obedecer no forma parte de su carácter. Además, nosotros somos simple y llanamente los que rastreamos. No es un camino fácil ni glamuroso. Es como buscar piojos en un pelo afro.

La juez sonrió. Sabía que había abierto una brecha. Y eso significaba una victoria por goleada.

—¡Ah, pues en piojos soy especialista! Se los he quitado a todos mis hijos. Supongo que eso suscitará su aprobación definitiva.

—¿Cómo era eso, una mosca cojonera, señoría?

—Veraniega, teniente coronel. Veraniega... Por cierto, si voy a formar parte de su equipo, debería llamarme Lola, ¿no cree?

Beltrán interrumpió las negociaciones.

—¡Un momento, un momento! ¿Está diciendo que acepta, teniente coronel? ¿A qué se debe este cambio de actitud? La vicepresidenta no va a estar de acuerdo en modo alguno...

—La señora lo que quiere son resultados. Cómo los consiga es cosa mía. Así me lo ha hecho saber. Siempre que me mantenga dentro de la legalidad, ¿verdad, Lola?

—¡Ha perdido el juicio!

—Lo que estamos es perdiendo el tiempo, hay que ponerse en marcha. ¿Puede recoger sus cosas en menos de una hora, señoría? Cogemos un avión en...

—Con media hora tengo suficiente. Dígame una cosa, teniente coronel: ¿de alguna manera voy a tener un encargo oficial?

—¿Oficial? Yo diría que no.

—Entonces será mejor que compre personalmente un pasaje y lo pague de mi bolsillo. No deseo verme en los periódicos. Dígame en qué hotel nos quedaremos y...

Villegas sonrió.

Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. 6 de diciembre

Una vez concluido el segundo interrogatorio, Joseba abandonó la vivienda sin mediar palabra. Había probado con el palo y con la zanahoria. Le habían golpeado hasta dejarle hecho un guiñapo y, luego, Iñaki le había ofrecido agua y descanso. Pero no había soltado prenda. Por el contrario, cada golpe había incrementado su altanería. Incluso, había llegado a despreciar el agua que se le ofrecía. Al parecer, estaban perdiendo el tiempo.

—Puede que termine por hablar, pero no será pronto —apreció Iñaki. Estaba sentado en la cocina. Sudaba de tanto meterle y sacarle del agujero. Y de pegarle. Procuraba no hacerle demasiado daño, pero no siempre podía evitarlo.

Al escucharle, Anne dejó lo que estaba haciendo, se echó el abrigo sobre los hombros y, sin apenas mirar a su marido, salió. Su rostro mostraba evidentes signos de turbación. Iñaki les oyó gritar en euskera. Se enzarzarían en una interminable discusión que le otorgaría el tiempo que necesitaba. Con indecible placer, Salamandra cogió una botella de agua y unas galletas y subió los escalones de dos en dos. Vio a Iturri muy pálido. Pero le animó con sus palabras y sus provisiones.

—¡De cine, tío! Lo estás bordando. Pero creo que ha llegado el momento de confesar. Dile dónde tienes los informes, y cuál es la combinación de la caja fuerte. Me encargaré de que el expediente Le Mans quede fuera.

—¿Y cómo sé que no me pegará un tiro cuando se lo diga?

Iñaki lo sopesó unos segundos.

—No podemos saberlo, pero me extrañaría: ocultar el cuerpo sería un trabajo adicional y una enorme complicación y él lo sabe. Además, yo me encargaré de que no ocurra.

—¿Y qué podrías hacer tú, Salamandra?

—Eso es cierto. Pues no sé, dales algo, pero no todo... Algo como Salamandra, que no termine de entender quién es... ¡Joder, vuelven, me van a pillar!

—¡Espera! Cuando encuentres tu expediente, ocúltalo bajo mi almohada. Ella lo encontrará.

Iñaki bajó hasta su habitación de la primera planta, cogió al niño, que estaba dormido en la cuna, y se tumbó con él en la cama. Se hizo el dormido. Su cuñado le zarandeó.

—Deja al niño en la cuna y baja. Tenemos que hablar.



Hotel St Pancras, nordeste de Londres, Reino Unido. 6 de diciembre

Si bien posee cinco estrellas, una fachada victoriana propia de un cuento de hadas y un espectacular edificio, deliciosamente remodelado, St Pancras Renaissance, perteneciente a la cadena Marriott, no es el hotel más lujoso de Londres.

La fachada de ladrillo rojo del hotel Mandarin Oriental, antaño palatino club de caballeros, en Knightsbridge, o The Langham, en Regent Street, que dispone incluso de su propia oficina de correos, sin duda le aventajan. Los suelos del St Pancras no están cubiertos con alfombras gemelas a las de los salones del Palacio de Versalles, como ocurre en The Goring, en Westminster, alabado por la mismísima reina de Inglaterra, ni en su restaurante pueden degustarse los exquisitos y prohibitivos raviolis de langosta, salmón o caviar salidos de los fogones de Steve Allen. Para eso hay que acudir al restaurante del hotel Claridge's, en Mayfair. Al St Pancras no le alcanzan los rumores de la guardia real, y, aunque el Museo Británico queda a un tiro de piedra, desde sus habitaciones no se divisan las agujas del Parlamento o las cápsulas acristaladas del London Eye. Pero el St Pancras tiene algo que los demás hoteles londinenses no pueden superar: un acceso directo, privado y, si es necesario, absolutamente confidencial, desde las *chambers* hasta la estación internacional, donde concluye viaje el Eurostar, tren de alta velocidad que une el Reino Unido con el continente por medio de un túnel subacuático que atraviesa el Canal de la Mancha.

Si alguien desea mantener un encuentro íntimo, una reunión confidencial o una negociación difícil, la Suite Royal del St Pancras resulta una opción interesante. El capricho no resulta barato, ciertamente, pero no alcanza las dieciocho mil libras por noche de la Infinity Suite del hotel Langham. Por la mitad, en St Pancras se puede disfrutar de la *suite* real, un espacio de doscientos cincuenta metros, con tres dormitorios, cocina propia y un amplio salón presidido por un retrato de Su Majestad, donde los mayordomos más cumplidos pueden atender una cena absolutamente privada para un máximo de veintidós personas.

De la Suite Royal, a James Moloney le encantaba todo. Las paredes teñidas de púrpura enmarcando la chimenea, el piano de media cola, la difusa iluminación, los pesados cortinajes *beige*, la mezcla de elementos clásicos con las líneas puras del mobiliario contemporáneo, los sofás de chenilla y cuero, el capitoné y las sillas de respaldo alto. Y, en especial, el extraño retrato de Su Majestad Isabel II con su collar de perlas de doble vuelta, su nívea cabellera cardada y su sonrisa militar. Su esposa siempre le advertía que eran sus genes judíos los que hablaban, y quizá tuviera razón. Fuera como fuese, allí se sentía total y absolutamente británico. Con lo que ese término significaba.

Moloney no había accedido al hotel por la estación. Había aterrizado en Londres

esa misma tarde procedente de Madrid. A aquella hora vespertina, había bastante tráfico, de modo que compró un billete para el tren Heathrow Express y, arrastrando su pequeña maleta de diligentes ruedas, se apeó en la estación de Paddington, donde tomó la línea Hammersmith & City hasta King Cross. Le gustaba el metro. Y también el tren. El único medio de transporte que le resultaba repulsivo era el autobús. No lo tomaba bajo ningún concepto.

Era un viejo conocido. Accedió a la zona de *chambers*, donde le entregaron una tarjeta electrónica. Esta le dio acceso a un pasillo privado que, a su vez, le permitió entrar en la *suite*. Dejó las habitaciones a los lados y se dirigió directamente al salón. Si bien flanqueó la entrada con diez minutos de anticipación, su mentor ya se hallaba allí degustando una copa de vino. Le acompañaba otro caballero de aspecto descuidado. No le conocía, pero sin duda también trabajaba para el MI6.

Sin preludeos, se sentaron a la mesa. Servían dos personas. Ninguna de ellas hablaba inglés: llevaban poco más de dos semanas en el país. El mayordomo, de absoluta confianza, les hablaba en un idioma desconocido, que sonaba a polaco o quizá ucraniano.

Mientras degustaban el primer plato, hablaron de rugby y de la tradicional carrera por las heladas aguas del lago Serpentine de Hyde Park que llevaban a cabo por esas fechas los aguerridos miembros de un club de natación. Cuando el servicio se hubo retirado, comenzó la reunión.

—Señores, haré las presentaciones. James Moloney, uno de nuestros hombres en Madrid, es quien nos convoca. *Mr. O'Shee* acaba de llegar de Belfast, ¿no es así, querido Peter?

—En efecto, *sir Wallon*. Un cómodo viaje en avión, hasta Gatwick, me temo —respondió O'Shee, y volvió a sumirse en el mutismo más absoluto.

Moloney trató de evitar un gesto de desagrado, pero sólo lo consiguió a medias. Antaño se había visto obligado a visitar esa ciudad con asiduidad. En los últimos tiempos, iba cada vez con menor frecuencia. Belfast le desagradaba profundamente, y no sólo por los exaltados católicos, con una mano en el rosario y otra en la metralleta. Se le antojaba una ciudad sucia, antiestética, vieja y proletaria. Sin la menor clase, y con muchos más genes irlandeses que ingleses. Recordaba bien el cementerio, lugar de muchos encuentros, y la fábrica, y sobre todo el precario confesionario de la iglesia catedral, donde contaban con algunos contactos. Sonreía al recordarlo.

El MI6 no es famoso por disponer de oficiales 00, tipo James Bond, cuanto por su red de agentes infiltrados, extensa como un arte de pesca, pero mucho más tupida. No había un sitio del mundo, desde las más recónditas sectas sicilianas hasta las más radicales organizaciones islámicas, donde no hubiera alguna persona integrada en el terreno desde hacía décadas, que servía a la noble causa de Su Majestad.

—Muy bien, caballeros, nos encontramos aquí por una posible amenaza contra la seguridad en España, que podría repercutir en nuestro país, por un efecto de rebote o incluso por un efecto de cooperación. Querría comentarlo con ustedes. James, ¿es tan

amable de hacer los honores?

Moloney expuso su informe de la manera más clara posible, pues, aunque sus interlocutores eran conocedores del terreno que pisaban, era posible que no dispusiesen de los detalles.

—Desde la Transición, los distintos Gobiernos españoles han mantenido discretos contactos y negociaciones, más o menos formales, con la organización terrorista en un claro y loado intento de instaurar la paz. Desafortunadamente, todos fracasaron. El primer intento se remonta a 1976, y fue llevado a cabo por el recién estrenado primer Gobierno democrático presidido por Adolfo Suárez, siendo liderado por el comandante Ugarte. Desde entonces, ha habido innumerables tentativas en distintas partes del mundo: Zúrich, Argel, Ginebra, País Vasco, sur de Francia, Oslo, etcétera, conducidas por una amplia variedad de perfiles, desde obispos hasta representantes de partidos políticos. En todo ese tiempo, se han sucedido atentados y treguas, rupturas de acuerdos y propuestas. Y, en medio, como bien sabemos porque en el Reino Unido hemos vivido situaciones paralelas, mucho dolor. Sin embargo, la sociedad no estaba preparada para la paz. Ninguna de las partes lo estaba. Quizá el punto de inflexión se inició en 2006, tercera tregua de envergadura. El anuncio suscitó una gran euforia en todas las partes implicadas. España llevaba tres años sin muertos sobre la mesa, lo que consolidaba la voluntad de la Organización de lograr algún tipo de acuerdo, algo que resultaba más sencillo con un partido laborista en el poder...

—Socialista —corrigió Wallon.

—Socialista, gracias, señor. Por otro lado, el rechazo general de la violencia se había extendido desde la sociedad española hasta la vasca, casi sin excepciones. Coincidió, además, que habiendo desaparecido formalmente el Ejército Republicano Irlandés, en Europa sólo subsistían dos grupos que practicaban el terrorismo: ellos y Al Qaeda. Era algo insostenible. El proceso de paz, sin embargo, saltó por los aires con un atentado en el aeropuerto de Barajas, en Madrid. Pero nunca murió del todo. Los contactos continuaron hasta una nueva declaración de «cese definitivo de su actividad armada» en 2011 y un amago más bien folclórico de escena de entrega de armas en 2015. En la escenificación de ese nuevo camino, aparecieron dos viejos conocidos en esta mesa: Gerry Adams y el exjefe de gabinete de Tony Blair, Jonathan Powell. Como saben, el MI6 contaba con otros oídos en esas sesiones de San Sebastián...

—Muy cierto —señaló O'Shee.

—Esa fuente siempre sostuvo y sigue sosteniendo que esta ocasión es la definitiva, aunque advirtió y sigue advirtiendo, como en el caso del IRA, de la presencia de pequeños corpúsculos descolocados, dispuestos a dar la lata y a hacer todo lo posible para dinamitar el proceso. Como bien saben, nuestra gente de Belfast y Escocia colabora con los gobernantes de la zona en la detección, seguimiento y contención de los grupos. Nos consta que España hace lo mismo, y que nosotros les

apoyamos cuando somos requeridos y, a veces, también cuando no lo somos.

—¡En ocasiones, no hay quien contenga a un exprimer ministro aburrido! — bromeó Wallon.

—En el pasado reciente, las escaramuzas en Irlanda del Norte fueron poco a poco perdiendo intensidad. La gente volvió a la normalidad, a acostumbrarse a vivir en paz. Eso ha durado hasta hace pocos meses. Como saben, dos exmiembros del IRA, Kevin McGuigan y Jock Davison, fueron tiroteados en plena calle en la primavera pasada, haciendo de este otoño el más caliente desde la paz. Los sucesos no se han aclarado del todo, pero la hipótesis más factible es que se trate de movimientos internos cercanos al Sinn Fein llamados a evitar que alguien vuelva a la carga e intente resucitar la lucha armada. En este momento, nos hallamos en una especie de fase transitoria. Esperamos y contenemos la respiración. Hemos llegado a un difícil equilibrio con esa gente, a la que hemos indultado, arreglado sus viviendas y dado trabajo, y no queremos que unos exaltados lo quiebren con un bombazo o un asesinato. Nosotros y ellos estamos al tanto, y en contacto, con ese mismo fin. Bien, es en ese contexto donde ha surgido una complicación, o más bien dos, que hoy nos reúnen aquí.

Moloney se levantó y cruzó la estancia dirigiendo la vista hacia ambos lados, hasta dar con su cartera. Extrajo una carpeta y regresó a su sitio, desde donde repartió una copia de la carta dirigida a la presidencia del Gobierno español.

—La primera noticia llegó apenas hace tres días. En su momento, no le prestamos demasiada atención. Que la fuente, de alto rango, fuera digna de total confianza aumentó nuestro interés. Pero que se tratara de una mujer sentimentalmente implicada en el proceso hizo que pusiéramos su testimonio en cuarentena. Los hechos posteriores le han dado la razón. Nos equivocábamos: sus observaciones eran inteligentes.

—¿Qué pretendía esa mujer a cambio de nuestra colaboración?

—Es largo de explicar. Pero, en suma, buscaba lo mismo que nosotros: información. Su ayuda ha sido de utilidad. Por ella, podemos leer hoy este documento.

—¿Nos lo ha entregado ella?

—No, exactamente. Aunque sin ella no lo tendríamos. En todo caso, esta carta nos plantea un nuevo problema de considerables proporciones —sentenció y esperó a que sus colegas leyesen el texto de la carta llegada a la Moncloa. Mientras, se entretuvo pasando su dedo índice por la imagen de la serpiente enroscada en el hacha. Cuando estimó que habían tenido tiempo suficiente, continuó.

—Bien, acaban de leer esa carta.

O'Shee intervino.

—Es una locura que no esperaba y creo que los españoles tampoco. Perdón por la insistencia, *sir* Richard, pero me gustaría confirmar que tenemos certeza de la fuente.

—James asegura que sería una locura por nuestra parte no prestarle atención. O’Shee, ¿quiere hacer los honores?

El irlandés se puso en pie. Pese al descuido de sus vestimentas, sus gestos resultaban marcadamente educados.

—Naturalmente, *sir* Richard. Lo que nos convoca aquí es que podría ser posible que la amenaza de la que nos habla *Mr.* Moloney se hubiera fraguado en Belfast y que sus grumos, como él los ha denominado, y los nuestros estuvieran de algún modo enlazados. Hace apenas dos meses, comenzamos a recibir datos; primero difusos, luego más fluidos, procedentes de uno de nuestros informadores en Belfast, un tipo muy bien relacionado asentado en St Peter’s, la catedral católica de la ciudad. Nos advertía de un movimiento sospechoso de lo que él llamaba «búsqueda de traidores» que afectaba tanto a españoles como a gente del Úlster. Entendimos que se trataba de ese grupo surgido de las propias filas del IRA que trataba de desestabilizar el Gobierno de Su Majestad en Irlanda del Norte. Entendimos también que era el propio Sinn Fein quien nos pasaba la información, porque estaban preocupados con la muerte de los dos terroristas antes mencionados. De pronto, esas informaciones cesaron como por ensalmo. Evitamos morder el anzuelo y lo dejamos estar. Sin embargo, cuando *Mr.* Moloney nos ha pasado la noticia de este secuestro supuestamente llevado a cabo en Francia por la Organización, se han vuelto a encender todas las alarmas.

—Disculpe, señor, pero sigo sin entender por qué relaciona al IRA con la organización española.

—Estaba a punto de explicarlo. Verá, en las fotografías de las personas que han acudido a la sede del Sinn Fein en Belfast en los últimos meses ha aparecido una antigua militante vasca, conocida como la Leona, que mantuvo relaciones sentimentales con Dennilson, otro veterano del IRA. Permaneció en esa ciudad apenas una semana, para luego tomar rumbo a Sudamérica, creemos que a Venezuela. Se la fotografió en la puerta de esa sede, y luego entrando y saliendo de una vivienda con un hombre enjuto y de escasa estatura de quien no se disponía de ficha ni de alertas. Hemos averiguado que es español, de origen vasco, que su familia estaba relacionada con la Organización y que trabajaba en Belfast como guía turístico. Sin embargo, esta misma mañana, cuando se ha tratado de abrir un expediente, no se le ha encontrado. Ha desaparecido. Ha vendido su coche, cerrado su cuenta bancaria y abandonado su trabajo. Y le hemos perdido la pista.

Había té y pequeñas almendras bañadas en chocolate sobre la mesa. Los tres permanecieron en silencio. Moloney atrapó sin vacilar uno de los dulces y se lo metió en la boca. Luego, levantó la vista, justo por encima de la cabeza de su mentor, sentado enfrente, y la posó en la estantería de paños amplios, apenas vacía, que cubría la pared.

—¿Qué opina, James? —dijo.

—Una golondrina no hace verano —pronunció con claridad, mientras recuperaba

la vista y la devolvía a la mesa—. Aristóteles.

—Muy cierto. No se trata más que de una sospecha, no corroborada por otras fuentes, y, además, de unos hechos terriblemente confusos, incluso para proceder de españoles. No obstante, no puede quedar en nuestra conciencia no haber tirado del hilo. Por si nos topamos con algo que no nos gusta. De acuerdo, caballeros, eso es todo. Ha sido un placer compartir con ustedes esta velada. ¿Informes diarios? Muchas gracias.

Tanto Moloney como O'Shee apartaron las sillas y caminaron ágilmente hacia la salida de la habitación. *Sir* Richard Wallon también se puso en pie, pero no se desplazó. Se atusó el cabello, espeso y repleto de canas, y luego posó las manos sobre el respaldo de la silla en la que se había sentado.

—James, ¿puede quedarse un momento más?

—Por supuesto, señor.

Esperó a que el otro se hubiera ausentado.

Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. 7 de diciembre

—¡Sácalo de nuevo! —ordenó Joseba, que de inmediato se incorporó.

Los tres estaban ante la chimenea, encendida. Fuera, el frío y la humedad habían vuelto desagradable el día, de por sí gris. Anne detuvo a su hermano, agarrándole de la manga del jersey.

—No lo hará hasta que dejes la pistola —replicó ella.

Al guipuzcoano le sorprendió su tono de voz. Su hermana se mostraba cada vez más fuerte. Aquella era una Anne que él no conocía, aunque lo cierto era que habían convivido muy poco. Sonrió.

—Serás una buena lugarteniente cuando llegue el momento, *ahizpatxo*<sup>[2]</sup> —le dijo, atrayéndola hacia sí. Ella, que tenía al pequeño en brazos, se zafó del abrazo pero también esbozó una sonrisa.

Iñaki se puso en guardia de inmediato.

—Lugarteniente, ¿de qué? ¿Y de qué momento hablas?

—Son cosas de familia que no te conciernen. Tú sube y sácalo. Dejaré aquí el arma.

Movió bruscamente la cabeza. La mancha que cubría su cara comenzó a enrojecer.

—¡Claro que me conciernen! ¡Me conciernen un huevo! Si sigues machacando a ese tío, lo matarás y nosotros seremos cómplices de un asesinato. Además, ¿sabes qué te digo? Que serás muy listo, pero no estás consiguiendo nada. Estamos muchísimo peor de como estábamos hace un mes. No tienes nombres, no tienes plan y te has comido todos nuestros ahorros. Podrías haber buscado el nombre por tu cuenta y, cuando lo tuvieras, localizar al tío y pegarle un tiro. ¿Por qué nos has liado de esta manera? ¡Eres un hijo de puta!

Anne tiró de nuevo de la manga del jersey de su marido y le instó a que se sentara.

—Vamos a tranquilizarnos, ¿vale? Y a ser prácticos. Iñaki tiene parte de razón: machacar a ese tío no funciona. ¿Por qué no dejas que suba él solo? Que le dé de beber. Que le lleve una manta. Prepararé una tortilla francesa, que se la coma. Y que luego le pregunte.

Joseba se puso en pie. Y de espaldas a la chimenea, con las manos hacia el fuego, sopesó su respuesta.

—De acuerdo, como queráis. Dame al pequeño, y prepara los huevos. Pero te voy a decir una cosa, cuñado, para que te quede claro: si intentas jugármela, te corto el cuello. Y lo digo en sentido literal, ¿lo entiendes? —Iñaki no replicó—. Espera a que

Anne termine, y haz lo que ella dice. Sincronizaré el reloj: si en quince minutos no has bajado con un nombre, subiré yo. Y me llevaré la pistola.



Hotel St Pancras, nordeste de Londres, Reino Unido. 6 de diciembre

Regresó a la mesa. Su mentor había vuelto a sentarse. Él lo imitó. Levantó su taza de té y tomó un sorbito. Se había quedado frío. La depositó de nuevo sobre el plato. *Sir Wallon* apretó el botón que tenía sobre la mesa y, de inmediato, de la zona de cocinas, surgió un mayordomo.

—Despejen la mesa, por favor. Tomaremos té en la zona de estar. Y traiga unos sándwiches.

Al ver la vacía sonrisa del caballero, recordó que no conocía su idioma, e hizo un gesto con la mano indicando que se llevaran la vajilla.

El ritual les llevó apenas tres minutos. Con el mínimo ruido de loza que podría suponerse para esa tarea, la habitación volvió a estar impoluta. En dos minutos, sin necesidad de más mensaje, tenían té humeante y sándwiches variados sobre la mesa cuadrada que se encontraba en medio de los sofás. Ni *Moloney* ni *Wallon* mentaron palabra. El primero notó que al segundo le vibraba el móvil, y que este leía el mensaje recibido.

—*Moloney*...

—*Sir Richard*...

—Querría pedirle un favor personal. Soy consciente de lo importante que es para nosotros salvaguardar la privacidad y el anonimato de sus fuentes de la mirada de curiosos, sean estos quienes sean. No obstante, en este caso, creo que es necesario que hablemos de *Guggenheim*.

—Señor, *Guggenheim* no es una fuente, como tal. Ni siquiera es consciente de serlo.

—Lo sé. Y no me extrañan sus reticencias, pero créame que, de no ser indispensable, no se lo pediría. Debe hablarle de esa mujer de origen irlandés...

—Señor, su origen irlandés se remonta al siglo *xvi* o al *xvii*. Su familia era católica, por eso huyeron a España. No creo que ese pasado lejano tenga nada que ver hoy...

—Bueno, usted debe de saberlo, es su fuente. Pero comprenda que, tal y como están las cosas, debemos tener en cuenta todos los factores.

*Moloney* lo sopesó unos instantes, y no cambió ni un ápice su percepción.

—*Sir Richard*, confíe en mí, conozco muy bien a esta juez. Es de fiar.

El hombre se puso en pie y se acercó a la preciosa chimenea.

—¿Cómo de bien la conoce, *James*?

A *Moloney* le extrañó mucho la pregunta y replicó con cautela:

—Creo que lo suficiente, señor...

—Y a su marido, ¿conoce usted a su marido? Creo que es médico, un científico ilustre. Experimentos novedosos y cosas por el estilo...

—El doctor Garache, sí. Le he visto esta misma mañana. Un buen médico, con un puesto de relevancia en la investigación internacional.

—¿Nada más?

—¿Se refiere al inspector Iturri?

—¡No, no! Conocemos lo vulnerables que pueden llegar a ser las mujeres. Más las irlandesas pelirrojas. Me refiero al doctor Garache.

Moloney miró con extrañeza a su interlocutor, que le tendió unas fotografías.

—Ese hombre que se ve de espaldas es el doctor Garache, marido de la jueza MacHor. No hace falta que le diga qué hay en ese edificio, ¿verdad?

—No, señor. Pero tiene que ser un error. Debe de haber una explicación razonable para ello. Se me ocurren cientos de respuestas.

Seis fotografías más cayeron sobre la mesa.

—En estas fotografías, tomadas en distintas fechas recientes, el protagonista es el mismo y el edificio también. Seguro que hay una explicación razonable, pero la desconocemos. Y eso...

—Lo sé, señor. Eso nos pone muy nerviosos...

—Me ha entendido perfectamente.

Algún lugar en las proximidades de Bron, sudeste de Lyon, Francia. 7 de diciembre

—¿Has tenido éxito como hermanita de la caridad? —indagó Gortari.

Iñaki dejó la botella de agua vacía sobre la mesa, pero no contestó. Tenía ganas de vomitar. Si aquello no salía bien, su cuñado lo mataría.

—¿Y bien, cariño? —reiteró Anne—. ¿Has tenido éxito?

Iñaki se volvió para mirarla. Desde que llegara su hermano, no había vuelto a llamarle «cariño». Le dio muy mala espina. Empezó a sudar.

—¿Quieres contestar de una vez, tío? Me estás poniendo nervioso.

—¡Vale, voy! No conoce los detalles, pero sabe quién es...

—¿Y eso qué significa?

—Que sabe cómo le llaman, pero no quién es.

—¡Y una mierda! ¿No es de inteligencia?

—Dice que, en todo momento, fueron con la cara cubierta, de modo que no podría reconocerle. Sabe su apodo, eso sí. Y en su casa tiene su número de teléfono; al menos, el que utilizaba entonces.

Los dos hermanos se miraron.

—¿Nos está tomando el pelo?! —bramó Joseba, que hizo ademán de sacar la pistola. La llevaba ya siempre encima, pese a que Anne le regañaba asegurándole que podría haber un accidente, y que el pequeño estaba de por medio.

Anne se incorporó de inmediato y sujetó a su hermano.

—¡Un momento, un momento! Pensémoslo bien... Iñaki, ¿cuál es ese apodo?

El hombre bajó la vista. No quería que el enrojecimiento de su angioma le delatara.

—Ha dicho que le llamaban Korki... Sí, creo que ha sido eso lo que ha dicho: Korki.

La memoria del guipuzcoano emprendió una rápida búsqueda. Había oído ese nombre, pero no recordaba dónde.

—¿Dónde he oído ese apodo, dónde? —masculló.

—Yo lo he leído en uno de los papeles que Xabi tenía en su celda...

—¡Cierto, mencionaba a un tal Korki! —De pronto, su memoria recuperó la escena. La Leona estaba en la puerta de su casa, con el petate al hombro: «Por cierto, Gortari. Korki dice que la carta de tu hermano no aparece por ninguna parte. Que ya te puedes ir olvidando. Déjame que te diga una cosa. Conozco bien a Korki: nunca habla en broma y nunca avisa dos veces. Hazle caso, tío: pareces buena gente. Hazle caso, sé lo que me digo».

—¿Y dices que tiene su teléfono?

—Sí, y una dirección de un bar de Bayona.

Joseba le palmeó en la espalda.

—¡Muy bien, Iñaki! Lo has hecho muy bien. Pongámonos en marcha. Iremos a su casa.

—Aquí están las llaves —expuso Iñaki, que trató de evitar su contento, con cara de desagrado.

V

## EL RESCATE

Algún lugar cerca de Bron, Francia. 10 de diciembre

Cuando el coche del comisario Mathieu se detiene, me despierto bruscamente. No sé dónde estoy. Desconozco quiénes son los tipos que me rodean, por qué me hallo en ese coche y adónde me dirijo. Miro por la ventana y veo una estrecha callejuela de un pueblo pintoresco. Parezco haber retrocedido en el tiempo, al menos hasta la Edad Media. Delante de nosotros hay una casona de piedra de dos alturas. Por la fachada trepa una enredadera. Es muy posible que en verano esté preciosa, cuajada de flores y hojas brillantes; ahora presenta un aspecto deslustrado, marrón, medio podrido. La puerta tiene un grueso dintel de piedra; los balcones, antiguas contraventanas de madera oscura. Un farol de hierro negro sobresale en el lado izquierdo. «L'AUBERGE DU COQ», reza un cartel colgado sobre la puerta.

Poco a poco las ideas retornan. Estoy en Francia. Aquellos tres pertenecen a la gendarmería y me han invitado a comer para sacarme información sobre Iturri. El pensamiento me hace saltar el corazón.

—¿Alguna novedad sobre el estado del inspector Iturri?

—Me temo que no, querida jueza. Pero en estos casos la falta de noticias es buena noticia. Tranquila.

El forense desciende y me abre la puerta con gesto ampuloso, pero me resisto a salir. En cuanto lo haga, estaré ensartada entre la espada y la pared. He toreado bien a los jóvenes agentes: eran torpes e inexpertos. Pero se me ha acabado la suerte. Mathieu, Noël y Pierre forman un trío peligroso. Suave pero peligroso: no va a ser fácil engañarles.

El suelo está helado y resbala. Pierre supone que ese es el motivo que me disuade de descender del vehículo, y me ofrece de nuevo su brazo.

—Tranquila, señoría, yo le ayudo.

Me veo obligada a entrar en el local sujeta a su brazo. Me llama la atención lo descarnado que está. Consumido más que delgado. Y ese color... Empiezo a temer que el peluquín no sea fruto de la coquetería cuanto de un tratamiento de quimioterapia. Aunque el bigote parece auténtico. Y también las cejas, ambos negros como el betún. No sé. En todo caso, Pierre huele a colonia y a ducha reciente. Daría cualquier cosa por una ducha caliente y una cama doble para mí sola... En realidad, no me vendrían nada mal unos brazos fuertes alrededor de mi cintura y una voz amiga susurrándome al oído que no me preocupe porque él está a mi lado. Y no puedo dejar de pensar en que Jaime no me ha telefoneado. Quizá esté de viaje, quizá en casa. O quizá en casa ajena. Lo que es seguro es que está enfadado. Yo también lo estoy. Pero me tragué el orgullo y, mientras me hallaba en aquella casa velando la

respiración entrecortada del pobre Iturri, le envié un escueto mensaje. *I miss you*. Así, en inglés. A los científicos, todo lo que esté en inglés les suena más en serio. No me ha respondido. Esperaba más de él.

«Pocas ideas madre para no tener un lío padre», suele decirme. Le encantan esas frases lapidarias. Alude a mi corazón, que, según él, se halla afectado por el virus del caos recursivo. ¿Sabes qué te digo, Jaime?: que no hay idea madre mayor que la lealtad. Estar al lado de tu pareja cuando lo necesita. No darle la espalda incluso cuando a ciencia cierta sabes que se equivoca y todo el mundo va a hacérselo notar. Y hacerlo por la sencilla razón de que es tu pareja, sin nada que ganar o que perder. Sin lealtad, Jaime, un matrimonio tiene un lío padre. Tan grande que yo estoy aquí sola y tú estás solo allí donde estés.

El restaurante del primo del fiscal Noël es un establecimiento estrecho y profundo, sembrado de pequeñas mesitas cuadradas muy pegadas unas a otras. A ojo de buen cubero, diría que hay unas quince o veinte. Todo está muy limpio, y los olores que flotan en el aire son deliciosos. Está concurrido para ser día de diario y padecer una ciclogénesis tamaño XL.

—Turistas —me aclara Noël. Este tipo o es hijo de una bruja con escoba o posee habilidades preternaturales: no hace más que leerme la mente.

Nos dan una copa de tinto mientras nos preparan la mesa. Einstein no está. Ha salido en busca de algún ingrediente secreto. Dicen que volverá enseguida. No pruebo el vino. Con el estómago vacío sería un suicidio.

—¿De qué parte de España procede usted, señorita? —me pregunta el médico forense, supongo que para romper el hielo.

—Soy bilbaína. Nací en el mismo corazón de Bilbao, pero ahora vivo en Madrid —respondo muy sonriente.

Me guardo la sonrisa al constatar que a aquel tipo mi contundente declaración no le dice absolutamente nada. ¡Franceses! En los pueblos orientales, la adhesión al lugar de origen es tenaz. En Occidente, no lo es tanto, salvo en los de Bilbao. Somos gente de mundo. Europeos, españoles, vascos... pero de Bilbao.

Para mí, haber nacido en Bilbao no es despreciable. Es más, es de suma importancia. La ría imprime carácter. Estoy orgullosa de serlo, aunque estoy segura de que me habría ido mejor en la vida de haber nacido en Madrid... o en Málaga, por mencionar otra capital que comparte letra capital. Mejor en Málaga. Me gusta el carácter de los andaluces. Los admiro: se toman la vida con una suerte de filosofía ingenua, infantil, como si siempre esperaran tiempos mejores, como si el mismo cielo pudiera esperar. Me vendría bien medio kilo (*light*) de ese modo de ser. Pero yo soy del norte. Me tomo las cosas a pecho, a las bravas. Para una pelirroja como yo, un hecho, cualquier hecho, es ardiente o gélido, no existe término medio. Y claro, o me quemo o me congelo.

Aunque podemos con todo. Menos con el Barça y el Madrid, algunas veces.

Reconozco que, pese al orgullo, ser así es, en parte, una desgracia. Resulta

agotador permanecer siempre dispuesta a levantar piedras mayores. Siempre en forma. Siempre mirando al mar y esperando galerna. Siempre tras los malos. Sin embargo, este modo de ser también posee un lado blanco, positivo. Quizá el guiso resulte demasiado fuerte, contundente, vasco, pero desde luego nunca es insulso... Disfruto del agua helada y del café ardiente. Disfruto sabiendo que tengo sangre en las venas...

Mientras nos duran las olivas y las patatillas fritas, mi resolución (cerrar la boca, apretar los dientes y hablar de banalidades, cualquier tema salvo algo relacionado con el secuestro) se mantiene firme. Obtengo un éxito rotundo: saboreo las mieles del silencio con gran orgullo. Para apoyar la jugada, empleo dos armas infalibles cuando se trata de hombres. La primera es el fútbol.

No entiendo mucho de ese deporte. Sé cuándo gana o pierde el Atlético de Bilbao porque, de no ser así, me sentiría una bilbaína superficial. Sé algunas cosas del Barça y del Real Madrid porque disfruto viendo los partidos, cuando les da la gana de jugar bien. Pero mi cultura futbolística acaba ahí. Por suerte, me gusta el cine. Recuerdo que el equipo de Lyon es el Olympic por aquella deliciosa película de *La cena de los idiotas*. Naturalmente, en cuanto menciono el nombre, pican.

Estoy tan satisfecha con el resultado que hasta pruebo el vino. Villegas va a estar orgulloso de mí. Cuando la conversación declina, tengo ya el cartucho en la recámara: Noël tiene un móvil de última generación, un iPhone 6s. Los otros dos continúan con sus antiguos móviles. Sacar el tema de la obsolescencia de la tecnología y de cómo nos obligan las compañías a cambiar mucho antes de lo que debiéramos me concede otros diez minutos. Vacío mi copa contenta como unas castañuelas.

Entonces, llega Einstein.

Einstein, maldito Einstein. El premiado maestro coctelero acaba haciendo bueno el dicho de Villegas: rara la mujer que guarda un secreto. No soy la excepción. Es más, no sé si aquel día quedó algo sin confesar. ¡Hasta de la faja les hablé! Estarán en este momento juzgando mi comportamiento. No deberían hacerlo sin haber conocido a Einstein. No me adjetiven antes de hacerlo. De haber estado bajo su influjo, habrían sido inmediatamente determinados por él, por el olor de su local, por su amabilidad, por el ambiente. Y por sus cócteles.

Einstein no se parece a Einstein, salvo por la cara de buena gente. Tiene mucho más en común con Obélix. El primo del fiscal responde fielmente al prototipo de posadero de película. Gerard Depardieu en persona. Contorno ovalado, altura notable, volumen imponente, una cuchara en la mano, dispuesto a degustar sus platos antes de decidirse a servirlos, y bigote... ¡Sí, otro bigote! Este es más corriente, poblado, castaño y sin piccitas blancas paseando por los bordes. Einstein mide lo menos metro noventa, altura que se incrementa con un impoluto gorro blanco alto. De la chaquetilla blanca, bordada en la parte superior izquierda con la palabra «chef», sale una protuberancia digna de una mujer a punto de parir.



Se desprende del tocado cuando se sienta a nuestro lado: tiene poco pelo, pelirrojo y cardado, que lleva peinado hacia atrás con generosos rizos en la nuca.

Me habían contado de dónde provenía su apodo Einstein y puedo certificar (aunque entre nubes algodonosas) que se lo ha ganado a pulso. No sabe una palabra del principio de la relatividad, no entiende de física cuántica ni de ecuaciones en diferencias finitas, pero en lo suyo, en los cócteles, es un genio. Los inventa, los prueba, y los presenta a concursos. Había quedado en segunda posición en un certamen de ámbito nacional dos años seguidos, lo que le ha convertido en una celebridad en el pueblo. Cada uno de sus platos va acompañado de su propia bebida.

—Vais a degustar mi nueva creación. Yo lo llamo Cassis-Lyon. Se trata de una variedad creativa del Kir Royal, pero he sustituido el champán por otro ingrediente; en realidad, por una mezcla de mi cosecha.

—¿Y nos vas a decir de qué se compone, querido primo? —pregunta el fiscal.

—Ni hablar.

—¿Ni siquiera a mí, con lo buen anfitrión que es usted? —insisto.

—¡Oh, *madame!* Un artista nunca comparte sus secretos. Sólo pruébelo: su color rojo profundo, su sabor afrutado, la suavidad en el paladar, le enamorarán. Créame.

Nos lo sirve en una copa de tallo alto, de fino cristal. En efecto, su color y su aroma incitan los sentidos. Todos se animan a tomar la segunda copa. Yo también sucumbo.

Gran error.

El ingrediente secreto es pisco. Cuarenta y cinco grados.

Ese es el principio del fin. Empieza el desfile de platos. Especialidades regionales. A cada una, le asiste su cóctel o su vino. Dulces, secos, afrutados, amargos... Recuerdo la ensalada de *foie*, los caracoles y las ancas de rana porque no me gustan. Me limito a mover los alimentos en el plato y a beberme el acompañamiento. Tras el Dragón Verdinegro (sake, zumo de papaya, tabasco verde jalapeño y un toque de pimenta negra), empiezo a sentir un extraño calor. Me brota de detrás de las orejas, me rodea, me sube hasta los ojos y me hace ver raro. El bigote lacado y bien comido del comisario empieza a elevar sus puntas, como si fuera el capitán Hook.

Cuando regrese Villegas me va a colgar de los pulgares: me oigo hablar y no me lo creo. Estoy cantando *La traviata* en tres actos. ¡Si Verdi levantara la cabeza, si la levantara Dumas! Sólo me queda el consuelo de saber que, si yo veo borroso, mis compañeros de mesa, que han repetido en casi todas las ocasiones, verán doble o triple. Me fijo en el fiscal Noël. Tras dos Besos de Adán (vi mezclar generosamente en la coctelera calvados, ron blanco, champán, Grand Marnier y naranja, y adornar con guindas de colores, aunque no sé si soy de fiar a estas alturas), se le ha puesto la cara roja como la cabeza del cangrejo de río que adorna el pollo que acaban de servirnos. Él también sonrío. El único que está serio es el forense. De hecho, parece que se vaya a echar a llorar. De los postres no me acuerdo en absoluto. Ni casi del

queso. Una mierda. ¡Engordar sin siquiera acordarse!

—¡Cuenta, cuenta, Lola! —me impele Pierre. El «señoría» desapareció con el primer Einstein Sidecar: *brandy*, Cointreau y zumo de limón. Nos tuteamos desde el Einstein 75: al menos, ginebra, champán, azúcar y zumo de pomelo.

—¿Qué quieres que te cuente, querido forense?

—Todo...

—Todo es demasiado, querido amigo. Las mujeres, mejor con un poco de ropa que desnudas, ¿no crees?

—En eso te doy la razón. Mucho más insinuantes. Pero en esta ocasión no te me vas a escapar. ¿Por qué no nos cuentas, Lola, tú que eres tan lista, cómo suicidarte cinco veces seguidas sin que se note? Le pasaré tu receta al presidente de la República, a ver si la aplica en su propia persona.

—Sin olvidar el autorrelleno con los propios calcetines —añade Noël.

Reímos hasta las lágrimas, lo cual no es muy difícil dado nuestro estado. Tengo una cogorza de órdago a lo grande. Bueno, a lo grande, a lo chico y a los pares. Treinta y una, real.

Villegas me mata. Y luego me despelleja.

Domicilio de la juez Lola MacHor, Madrid. 10 de diciembre

—El mismo chófer que me había trasladado hasta el Palacio de la Moncloa me acercó a casa, donde preparé una maletita... Miento. Mi maleta de fin de semana terminó llena hasta los topes. Hube de sentarme encima para poder echar el cierre.

—¡No me digas más: «por si acaso»! Mi mujer hace lo mismo. A pesar de que insisto en que allí adonde vamos también hay tiendas y hoteles que disponen de prácticamente todo lo que uno necesita, sigo picando una y otra vez.

Me sonrío.

—Pues así fue: el «por si acaso» llenó mi maleta hasta terminar pesando como un mal matrimonio, de modo que sudé para colocarla en el compartimento superior del avión.

»Pagué un capuchino y luego me dormí hasta el aterrizaje en París, tan brusco que me despertó.

»Bajé mi «maletita» del compartimento superior con la ayuda del caballero de mediana edad que estaba sentado a mi lado. De entrada, no hizo ademán de arrimar el hombro. Luego, creo que coincidiendo con el temor de que la dejara caer sobre su cabeza, se mostró más colaborador. Descendimos del avión como borregos hacia el inexorable embudo del control de pasaportes. La fila, tortuosa como una serpiente, se me antojó larga como la eternidad. Me sumé a ella. Villegas se me acercó por detrás y me sugirió al oído que le siguiera: su placa nos facilitaba un acceso exprés. Me negué.

Rotundamente.

—¿Y eso por qué?

—Pura estética, querido amigo. He visto demasiados casos, menudencias inocentes, que terminan amargándote la vida. Por eso, hace tiempo que tomé la decisión de no saltarme ni siquiera un pelín el protocolo. Huyo de los recovecos, los atajos y los recorridos no ordinarios como de la peste.

—Un poco exagerada, ¿no?

—¿Exagerada? Supongamos que en esa cola hay alguien que me conoce y me toma una fotografía saltándome el control. Se conecta a Twitter con intenciones más o menos espurias y escribe algo sobre una juez española de vacaciones haciendo uso indebido de los favores de la policía de fronteras. ¿Qué conseguiría? Que todo el mundo se enterase de que estoy en Francia, y que se abriera una investigación. De modo que le dije: «Por nada del mundo, Villegas. Si voy de paisano, voy de paisano. Esperaré mi turno como cualquier ciudadano de a pie».

—El tal Villegas estará contento contigo, Lola. Eres como una adolescente tocapelotas.

—Muy contento no estaba, pero así son las cosas. El que con pelirrojas se acuesta...

Es Pierre el que me interrumpe. El médico forense también me tutea. Ha sido el último en caer.

Tengo malas noticias sobre Pierre. Su aspecto ofrecía pistas que la conversación no hizo más que confirmar. Con el quinto o el sexto plato, nos sirvieron un Einstein-Bronx. Desconozco los ingredientes que contenía, pero sé que, en su inocente apariencia, resultaba una bomba de relojería. No lo probé: cuando lo pusieron sobre la mesa capté el aroma de ginebra y desistí. Pierre se tomó el suyo y, al ver el mío en barbecho, dio cuenta también. Mathieu le llamó la atención.

—No deberías beber tanto. —La voz de Mathieu languideció al añadir—: Y menos ginebra, ya sabes que te sienta mal.

—No me seas condescendiente, comisario. Ya estoy muerto. La ginebra no puede hacer nada peor que matarme. Y, además, si así fuera, ¡bienvenida sea! —Se hizo un incómodo silencio que concluyó cuando giró la cabeza y me dijo—: Tengo cáncer, Lola. De pulmón, un carcinoma de células pequeñas. Muy mal pronóstico. —Se quitó el oscuro peluquín, humilló el gesto y me enseñó su cabeza redonda. Le está naciendo el pelo como brota el césped en el jardín cuando lo replantamos: poco y aorros. Se puso de nuevo el postizo y con ambas manos lo colocó en una posición más o menos correcta—. Es un mal bicho, Lola, un cáncer tan rápido como Fittipaldi. Te acabas de enterar de que lo tienes, y ya está por todas partes. Es una variedad más frecuente en varones y en casi la mayoría de los casos se asocia con el tabaquismo. ¡El puñetero tabaco!

No sé qué responder.

El forense continúa.

—El tipo resucitado al que acabo de abrir en canal fumaba. Fumaba mucho. ¿Sabes por qué lo sé?

Lo imagino pero, como no puedo articular palabra, niego con la cabeza.

—Los pulmones de una persona no fumadora ni expuesta a ambientes contaminados son de un tono rosa claro. De lo contrario, son oscuros y moteados. A simple vista, a nivel macroscópico, quiero decir, se observa una especie de lunares pequeños que corresponden a acúmulos negruzcos de alquitrán. Con más detenimiento se ve el engrosamiento de las paredes alveolares con fibrosis, los infiltrados inflamatorios de células mononucleares... Un largo etcétera. ¿Sabes cuántas sustancias químicas contiene una hoja de tabaco y el humo de su combustión?

Vuelvo a negar con la cabeza.

—Alrededor de cuatro mil.

—¡Qué barbaridad! —exclamo.

—Lo es, una barbaridad. Desde esta mañana, me pregunto qué me encontrarán cuando muera, me abran la cavidad torácica, seccionen el hilio y me saquen los

pulmones (eso se aborda siempre por detrás). Porque la vida es tan cínica, tan hija de puta, que me estoy muriendo de un cáncer de fumadores sin haberme acercado a un puñetero cigarrillo. ¿Tendré los pulmones rosas o negros?

—¿Y qué más te da el color que tengan tus pulmones, Pierre? —responde Mathieu.

—Además, no te harán autopsia. La ley no lo prescribe y no lo permitiremos —apunta Noël.

—¿Y tú qué crees, Lola?

Trago saliva y pregunto:

—¿Has puesto en orden tus asuntos?

—Todos, menos al suicida que hoy nos convoca.

—Pues en ese caso, creo que debes tomarte otro Einstein-Bronx. Brindaremos por ti, porque eres un hombre valiente.

Nos traen una ronda extra. Yo casi no puedo catarlo. Es fortísimo.

—Tienes razón. Fui valiente casándome con mi mujer, cuando todos decían que estaba loca. Y lo estaba: loca de atar, pero para bien. Fui valiente haciéndome forense y yendo a la guerra con la legión. Y lo fui cuando ella murió y yo tiré al río mi arma, porque en lo único que pensaba era en usarla. Quería mucho a mi loca mujer, que nunca me dio hijos, ni fortuna, ni fama, ni era gran cocinera, pero que me hizo feliz. En seis meses, más o menos, me enterrarán con ella. Pero antes quiero saber qué cabrón ha rellenado a mi muerto de pulmones oscuros con unos calcetines que no son de su talla, Lola. ¿Vas a seguir, o vas a esperar a que me muera?

Doy un sorbito imperceptible al vaso de agua, y continúo como si nada hubiera pasado.

—Los trámites de la frontera me ocuparon cerca de veinte minutos, tiempo que aproveché para consultar mi móvil. Alguien persistente había telefoneado media docena de veces. Naturalmente, me picó la curiosidad, pero la vencí y borré el número de la lista. El mundo está lleno de chalados, curiosos, periodistas y aprovechados que pueden llegar a hacerte la vida imposible. Sólo respondo a las personas que conozco y jamás contesto a números ocultos. Intenté cargar el WhatsApp pero me resultó imposible. De la parte de atrás de la fila, me llegaron los lamentos de una señora debidos a la mala cobertura del aeropuerto de Orly, y, a continuación, las recriminaciones de una funcionaria que le recordó que estaba prohibido emplear dispositivos móviles en esa zona. Guardé el mío, pero no antes de comprobar que mi marido no había escrito...

—Tu marido se disgustó cuando viniste, supongo. Es lógico. ¿Qué querías? Vienes por un hombre. Y no uno cualquiera: este lleva pistola.

—Vine por un amigo. ¿Y qué más da que lleve o no lleve pistola?

—¡Ah, pues importa mucho! Las armas siempre atraen a las mujeres. Bueno, todas no. Sólo las pistolas... Con las de caza no pasa. Además, la amistad entre hombres y mujeres es imposible. Mucho más probable es encontrar una cortesana

virgen —sentencia Pierre.

—No estoy de acuerdo, pero no voy a discutir eso con vosotros tres, que además sois hombres.

—Cierto —tercia Noël—. Si continuamos interrumpiéndola, vendrán a buscarla o estaremos tan borrachos que nos quedaremos sin saber la historia.

Todos prometen, promesas de borrachos, dejarme continuar sin más paradas.

—Al flanquear la puerta de salida, me topé con Villegas. Estaba acompañado por dos personas, un hombre y una mujer. Lo siento, Pierre, pero los tres fumaban. Los tres tiraron el cigarrillo al verme y, como si formaran parte de alguna compañía de danza, los pisaron y trituraron al unísono.

Me tengo por una psicóloga mediocre, por no decir pésima, pero por aquello de que la primera impresión es la que cuenta, mi mente se afanó por capturar la imagen de las dos personas que no conocía.

La mujer era joven, comparada conmigo, al menos. Rondaría la treintena; treinta y cinco, a lo sumo. Vestía vaqueros ajustados, botines oscuros de medio tacón y un plumífero amplio de color negro. Lo llevaba abierto, dejando a la vista un jersey de cuello vuelto marrón ceñido, que permitía adivinar unos generosos y firmes pechos. Se movía, ¿cómo expresarlo?... De forma zalamera. Sí, algo así. Y, para qué negarlo, contaba con un buen cuerpo. Lo demás era harina de otro costal. Morena, de piel aceitunada y ojos oscuros, chisposos, poseía una nariz digna de un águila del período del Pleistoceno. Una mujer a una nariz pegada, vamos. Se llama Rosa, pero cuando su colega me la presentó como «la Chata», no pude evitar que se me escapara una sonrisa cómplice.

Como Villegas, pertenecía a la Guardia Civil, pero no alcancé a entender su rango. Supuse que un escalón o dos por debajo de su jefe.

El caballero era muy distinto. Presentaba un aire pacífico, triste, de gesto serio. Respondía al prototipo de oficinista de posguerra: pantalón gris, camisa *beige* que dejaba traslucir una camiseta blanca de tirantes, zapatos de tafilete y calcetín de canalé negro. Una franja de pelo oscuro, ya entrecano, le bordeaba el cuello; y algún kilo de más la cintura. Se subía instintiva e insistentemente las gafas de montura dorada, que tendían a deslizarse por su nariz, pequeña y recta. Mientras me estrechaba la mano, sin mentar vocablo, la primera palabra que me vino a la mente fue «abanderado». No obstante, capté al vuelo la profundidad de su silencio. «Un tipo del que fiarse», me dije.

—¿Abanderado? No entiendo, ¿de qué bandera? —comenta Noël.

Asiento divertida.

—No se trata de ningún símbolo nacional. En realidad, es una marca de ropa

interior...

—¿Te enseñó la ropa interior? —indaga el comisario Mathieu con un gesto de extrañeza. La lengua comienza a patinarle.

Niego con la cabeza.

—¡No, no! Es una forma de hablar. A un tipo con un aro de vaca en la nariz lo consideramos moderno; a uno que viste Abanderado, más bien clásico... O sin más bien.

—¿Tú llevas camiseta de tirantes bajo la camisa, Pierre?

—Yo no, ¿y tú?

—¡Por supuesto que sí! En la gendarmería se pasa frío. Y también llevo calzoncillos largos.

—¿También los usas los fines de semana?

—También. Me gusta tener bien envueltos los riñones, ya sabes...

—A mí también me gusta esa sensación. Bien envueltos. No entiendo a quienes los llevan sueltos...

Gracias al cielo, Noël pone un punto de sensatez en aquella extraña conversación entre forense y comisario sobre ropa interior y vergüenzas masculinas.

—¡Caballeros, dejemos que la jueza siga con su historia! Nos estaba contando su encuentro con los dos guardias civiles...

—Gracias, querido fiscal. Sí, en efecto, el teniente coronel Villegas se adelantó e hizo las presentaciones.

—Lola, este es mi equipo. La Chata y Matías. Supongo que sabrá identificar quién es quién. Los tres llevamos más de cinco años trabajando codo con codo. El comandante y yo mucho más de un decenio.

Ambos me estrecharon la mano. Ella con desgana; él con fuerza. Matías se limitó a sonreír. La joven añadió un «señoría» en tono tan socarrón que, de no tener certeza del cuerpo al que pertenecía, la hubiera confundido con una delincuente deslenguada. Hasta era posible que lo fuera en sus ratos libres.

—Lola, por favor —añadí cándidamente.

—Vale... ¿Lo de la cremallera es moda en Madrid?

La miré tan extrañada como expectante, y como no respondió, añadí:

—¿Cremallera?

—La de los pantalones...

Miré hacia abajo. Y comprobé que, en efecto, la tenía bajada. No se veía gran cosa, pero me apresuré a cerrarla en su sitio.

—¡Lo siento! —exclamé.

Es sorprendente el efecto que puede tener una simple frase, apenas un puñado de palabras, en la autoestima de una persona. Las palabras no tienen filo, carecen de balas en la recámara, o de fulminante. Pero pueden causar los efectos de una bomba

de racimo. Borran tu pose como una goma Milán la errata de una cuenta de multiplicar. Me sentí como una imbécil. Y no por haber mostrado un ángulo de mi ropa interior, normalita, del montón, cuanto por haberme excusado. ¿Por qué debía disculparme por algo así y ante una mujer como aquella? Porque era evidente que no iba a ponérmelo fácil. Cuando doblé el brazo a Beltrán, digno perrito faldero de la vicepresidenta, y logré convencer a Villegas, pensaba que había recorrido la parte más difícil del camino. Era evidente que me esperaban sendas aún más escarpadas.

Nos dirigimos al aparcamiento.

Como aficionada al cine americano, suponía que las unidades de información antiterrorista, o los grupos de inteligencia de los países, dispondrían de medios, no ilimitados, pero sí suficientes. Quizá influida por esas películas, durante el vuelo, había imaginado que un tipo con pinganillo en la oreja nos abriría la puerta de un coche grande y oscuro, con las lunas tintadas, y que nos conduciría a un edificio donde una llave maestra (código de seguridad alfa-charly-alfa, o similar) nos permitiría acceder a unas instalaciones sofisticadas, llenas de aparatos electrónicos y de pantallas de seguimiento por satélite. Pero ya saben las malas pasadas que juega la imaginación, al menos la alimentada en el cine de Estados Unidos. En el aparcamiento del aeropuerto habían dejado estacionado su «coche fantástico»: un Peugeot gris perla, de tamaño mediano y con bastantes kilómetros. No puedo precisar el modelo; no me fijé, pero puedo decirles que, en lugar de finas láminas oscuras cubriendo los cristales, había dos enormes parasoles con la imagen de Rayo McQueen adheridas a las ventanas por medio de unas ventosas. La Chata se colocó al volante, lo que demostraba que el vehículo era de su propiedad. Ningún hombre cede el uso y disfrute de su vehículo a una mujer, pudiendo conducirlo él mismo. Dentro, un ambientador que desprendía olor a lavanda, una pelota, dos cochecitos de metal y los restos de un bocadillo envuelto en papel de plata, sobre el que me senté. Con cierto sobresalto. Una vez rescatado y comprobado que no me había manchado, pensé en aprovechar la coyuntura para congraciarme con la conductora. Ya saben, de madre a madre. Me lancé de inmediato y sin paracaídas.

—¿Cuántos hijos tienes? —le pregunté.

—Dos, pero abultan como doscientos.

—¡No será para tanto! —protesté—. Los niños que se comportan como estatuas de mármol me resultan completamente inhumanos.

Matías abrió por fin la boca. Su voz era profunda pero monocorde.

—Por una vez, dice la verdad. Fíjese que en vez de pediatra tienen veterinario... Su casa es como la escena de un crimen. Y la víctima, su marido. Santo varón...

—No le hagas caso, Lola. Simplemente, tiene un buen horario. Trabaja en una compañía de seguros: cinco días por semana, de nueve a dos. Es lógico que esté mucho con los niños. Además, le gusta guisar. Lo del veterinario es cierto, pero se da la circunstancia de que es mi suegro. ¿Para qué pagar a un médico?

Sonreí sin saber qué decir.



En cuanto arrancó y nos pusimos en marcha, la náusea empezó a coquetear con mi estómago. En otra vida, la Chata debía de haber encarnado el espíritu de Fernando Alonso. Cambiaba de carril en sólo dos tiempos. En el primero, sujetaba con fuerza el volante; en el segundo, giraba sin contemplaciones. Bajé un poco la ventanilla. El frío de la tarde entraba pujante. Me reajusté el cinturón. Era la única que lo llevaba atado. La Chata no parecía conocer el significado de las señales de tráfico. Con toda seguridad, la redonda de bordes rojos, que marca el límite de velocidad, le resultaba completamente desconocida.

Como nadie hablaba y yo empezaba a ponerme nerviosa, decidí insistir.

—No conozco vuestro protocolo, aunque doy por supuesto que lo tenéis.

—Acierta —respondió Matías, que lo acompañó con un sonido gutural. Con el tiempo, llegué a comprobar que era algo así como el punto final de sus frases.

Esperaba que alguno de los tres me lo explicara, pero todos permanecieron mudos.

—Como decía, no tengo experiencia alguna en secuestros, pero me gustaría aprender —insistí.

—Pues aprenda, jueza, nosotros encantados —replicó la mujer, cortante.

—Te estás pasando, Chata —la riñó Villegas.

—¡Es que no sé qué hace aquí, jefe! Estamos ocupados para tener que enseñar al que no sabe.

—Conoce bien al secuestrado. Puede sernos de utilidad.

—¿Cuántos secuestros hemos investigado, jefe, doce, trece? En ninguno de ellos hemos necesitado la ayuda de la familia, por muy dispuesta a aprender que estuviera. Sólo nos hará perder el tiempo.

Yo no dije ni pío. La conversación me paralizó. Ni respiré. Sé mucho (quizá sea una exageración, digamos que bastante) del poder y las tensiones que genera, por decirlo de modo elegante, aunque si nos atenemos a los hechos, lo que debería decir es que el poder comporta indefectiblemente una división forense: puñaladas traperas, conspiraciones de todo pelaje, robos y un largo etcétera. La diferencia estriba en que en mi mundo te matan con todo menos con la boca, mientras que aquellos tres me estaban poniendo a caldo conmigo de cuerpo presente.

Villegas salió de nuevo en mi defensa.

—Dejemos clara una cosa. Lola está aquí porque yo lo digo y soy el que dicta las normas, ¿estamos? Desde ahora, comerá con nosotros, dormirá con nosotros y meará con nosotros. Y no digo que joderá con nosotros porque los cuatro estamos casados y no estaría bien... ¿Todos de acuerdo?

La Chata tardó unos segundos en responder, pero lo hizo como se esperaba. Eso sí, antes le apuñaló con una de sus miradas penetrantes.

—A sus órdenes, teniente coronel. Pero que quede claro que yo no soy su niñera. Si se cae y se hace pupa, es problema suyo.

—¿Y tú qué dices, Matías?

—Que hace un frío de cojones, jefe.

Villegas se dio por satisfecho. Apretó el botón del CD. Una música en euskera llenó el pequeño habitáculo. El idioma me sorprendió.

—¿Guipuzcoana? —pregunté a Rosa «la Chata». Me salió sin más. Y sin menos. Estaba segura de que, con ese perfil tan... bueno, con ese perfil, no podía ser vizcaína.

—De Cáceres.

—Entiendo —dije, sin saber qué decir.

—¿Algo que alegar?

Me apresuré a salir del atolladero.

—¡En absoluto! Es una ciudad preciosa. Su casco antiguo...

—No puedo juzgar, nunca he estado allí. Yo soy más bien de pueblo. Ya sabe: borricos, eras, moscas y hambre.

Como comprenderán, no volví a abrir la boca.

El silencio flotó en la cabina durante los siguientes minutos. Cuando estábamos a un tiro de piedra de la ciudad, aproveché para recordarles que necesitaría un sitio donde dormir. Un hotelito limpio y apañado, en la zona que a ellos les resultara más cómoda. A mí me daba lo mismo.

Sin embargo, se nos había echado el tiempo encima. Decidimos (decidieron) que era preferible cenar primero y luego buscar un lugar para dormir alrededor de su base de operaciones, una pequeña oficina en la parte sur del distrito siete. Famélica, me pareció que era una sabia decisión.

Empleamos todavía media hora más en entrar en la ciudad y alcanzar dicho distrito, una zona muy tranquila, que parecían conocer a la perfección, y casi otros diez minutos en plantarnos en la puerta del 46 de la avenida de Bourdonnais, donde se hallaba Au petit Sud-Ouest, el lugar que, según pensé, habría de acallar los ruidos de mi estómago.

Rosa no encontró aparcamiento en la primera pasada, ni tampoco en la segunda, lo que provocó ciertos eructos verbales, del tipo que mis hijos pequeños habrían calificado de gordos, gordísimos. De pronto dio un frenazo y, al grito de «¡Te pillé!», metió la marcha atrás y aparcó en una plaza de minusválido.

—No puedes dejarlo aquí —le avisé.

Se volvió, estiró los brazos, juntó las muñecas y me respondió con voz de niña pija:

—¡Ah, deténgame, señora jueza, he sido traviesa, y merezco un castigo!

—No empieces de nuevo, Chata —le regañó Matías—. Digamos, jueza, que aquí nos conocen, ¿de acuerdo? No pagamos las multas.

Descendí de un humor de perros. El viento había amainado, pero seguía haciendo frío. Mucho frío. Mi estómago lo agradeció, aunque yo anhelé mis guantes de lana. Con las prisas, no los había cogido: el «por si acaso» no funcionó esta vez.

—El pequeño restaurante estaba bien, aunque, por descontado, era mucho peor que este, querido Einstein.

En realidad, no sólo me dirijo al dueño del restaurante, que se ha sumado a la comida, aunque no sabe de qué hablamos. También a Noël, a Mathieu y a Pierre, que empiezan a mostrar síntomas de sueño. Es una forma educada de decirlo. Einstein dormita sobre la mesa, apoyando la cabeza en sus brazos cruzados. El bigote del comisario está tieso como un becario a fin de mes; su cabeza, inclinada hacia atrás sobre el respaldo. Una buena noticia para Villegas.

—¿Por qué dices que no era como este?

—Bueno, para empezar porque el de Einstein es mucho más bonito. Y luego está lo demás. Déjame, Pierre, que te ofrezca una inspección ocular del restaurante. No llevaba guantes de látex, pero tampoco me hacían falta. Un fuerte olor a espía pendía de sus paredes. Estoy segura de que pasaban entre el detector de micrófonos cada media hora.

—¿Eso cómo lo sabes, señorita?

—Cuando te pones delante un cadáver, ¿no sacas una conclusión a primera vista?

—Yo no, pero estoy borracho —contestó Pierre.

Au petit Sud-Ouest era un restaurante-*boutique* apañado, estrecho y largo, con enormes ventanales volcados sobre la calle y perfilados por pequeños quinqués dorados de luz cálida como fachada. La sección más próxima a la calle la ocupaba la tienda de *delicatessen*, donde se vendía una gran variedad de quesos, *foie gras* y vinos...

La referencia despertó a Mathieu, pero sólo durante un segundo.

—¿Vino, qué vino? —dice, antes de caer fulminado.

—No saben beber, Lola. Tú sigue, que yo te escucho.

—Pues casi preferiría que no lo hicieras.

—Lo importante no es si te escucho. Lo importante es si me acuerdo de lo que has dicho. Como te prometí, esto quedará entre nosotros. Y para que estés contenta, beberé hasta olvidar —me asegura el fiscal, mientras llena de nuevo su copa, e ingiere un largo trago.

—De acuerdo, allá voy. Estaba hablando del restaurante... Al fondo, se situaban apenas una docena de pequeñas mesas cuadradas cubiertas con manteles de color fresa. Desde fuera, producía la sensación de un elegante vagón de tren anterior a la guerra mundial, donde un caballero con traje y chaleco almorzaba en una mesa con un mantel impoluto; la pared del fondo, cruzando todo el local, cubierta de ladrillo oscuro; en los laterales, paneles de piedra envejecida artificialmente.

El ambiente resultaba tan sugerente como el olor. Me sentí reconfortada. Una tal *madame* Chantal salió a recibirnos. Era una mujer de pelo castaño, de unos equilibrados sesenta y cinco años, oronda y de franca sonrisa. Al cuello, llevaba una joya de un tamaño demasiado grande: lejos de disimular su papada, le hacía parecer más gruesa. Conocía a Villegas y a su equipo, hasta el punto de saber cuál era su mesa preferida, la primera por la izquierda, la única que quedaba fuera de la hilera, a caballo entre la zona de restaurante y la tienda.

Dejé la maleta pegada a la pared, con el bolso y el abrigo encima, y me senté en la silla que me señalaron.

Sobre cada plato descansaba una servilleta con la silueta de dos ocas y una carta tan estrecha como el local. En el centro de la mesa, una carta de vinos. Escamada al ver el emblema, me levanté y busqué las gafas en el bolso con el fin de consultar lo que el menú nos ofrecía. Los demás no lo hicieron. «¡Allá ellos!», pensé, para inmediatamente emitir un interior grito de júbilo. Acababa de constatar la existencia de una sección dedicada a las ensaladas. No había gran variedad, en realidad sólo dos, pero encontrar algo verde en una carta casi en exclusiva dedicada al *foie gras* resultó un consuelo. Tenía decidida la mía cuando apareció el parsimonioso camarero con su delantal blanco y su libreta de notas.

—Tiempo sin verles, ¿todo bien? —saludó, y sin esperar respuesta añadió—: ¿Ponemos lo de siempre?

Todos estuvieron de acuerdo. A mí me costaba seguirle, porque hablaba un francés con un acento muy extraño.

—¿Vino? ¿Qué tal un Château? ¿Dos botellas para empezar?

Que allí tenían buenos caldos lo aseguraba su amplia carta, y una de las paredes de la *boutique*, cubierta de suelo a techo con estuches de madera clara con capacidad para al menos doce botellas. Todos volvieron a asentir y el camarero se retiró.

—Venimos bastante por aquí —me explicó Villegas—. Nos conocen. Siempre pedimos lo mismo.

—Estupendo —respondí como la educación manda, y recé para que dentro del menú habitual se encontrase la ensalada de la casa. Aunque, mirando a aquellos tres, lo dudaba: tenían pinta de solomillo sangriento a lo vampiro.

Durante unos minutos, mientras dábamos cuenta de la primera copa de vino, el silencio se adueñó de la mesa. Aproveché para mirarles con más atención. Villegas tenía aspecto cansado, supongo que más o menos el mismo que yo. Los aviones viajan deprisa, pero los kilómetros recorridos siguen siendo los mismos. Comprendo que lo que digo no tiene un pase (seguro que circunstancias como los cambios de presión o las esperas afectan mucho más), pero yo soy de letras. Cuando veo películas de ciencia ficción y observo que los hombres procedentes del futuro, tras zamparse cincuenta o cien años, aparecen frescos como lechugas me parece una completa falta de realismo. A diferencia de nosotros dos, la Chata parecía una hortensia que acabara de recibir una dosis extra de agua de lluvia. Lozana, de una viveza irascible, se me antojó un animal con los sentidos alerta, siempre dispuesta a capturar una nueva presa.

Matías... Matías parecía Matías. Un espécimen fuera del tiempo y casi del espacio, alguien por encima del bien y del mal. Ni blanco ni negro, ni gris. Sólo Matías: camiseta de tirantes bajo la camisa, y sobre ella una pistola. Una rosquilla de cabello oscuro alrededor de una pacífica cabeza intachablemente redonda e indudablemente hábil.

Los tres bebían y charlaban de forma amigable, como si no recordaran el motivo que nos convocaba allí. No pude contenerme.

—Estoy preocupadísima —confesé—, hecha un lío. Desde que he leído el texto de la carta recibida en la presidencia del Gobierno, no puedo dejar de pensar en ello. ¡Es tan absurdo! Si saben que nunca cederán, si están al corriente de que es imposible, ¿qué es lo que pretenden?, ¿una excusa para pegarle un tiro? Sin embargo, no necesitan una excusa para eso. ¿Quieren publicidad? Si se trata de eso, ¿por qué no hemos visto el secuestro en el telediario? No sé qué impulsará a esa gente a retener a Iturri y a imponer condiciones imposibles. No entender me atormenta. Ellos, quienesquiera que sean, saben que sus demandas son un imposible. El Gobierno español no pagará, ni tampoco acercará a esos presos. Mucho menos ambas cosas.

Quedan tres días para que se cumpla el plazo establecido. No sé si es mucho o poco, o una simple excusa. ¡Dios, qué angustia!

—En eso llevas razón. El tiempo siempre es corto. Pero eso no es importante. Lo esencial es que se acaba y hay que aprovecharlo —comentó Villegas.

Me hubiera gustado recibir un pequeño alivio, algún consuelo, una muestra de solidaridad, una respuesta más próxima, aunque no fuera del todo cierta o incluso se tratara de una completa mentira. Algo así como: «No desesperes, le encontraremos. Resolveremos este galimatías y lo liberaremos antes de que se cumpla el plazo». En vez de eso, recibí una ducha de silencio y ruido de cubiertos, puro realismo policial.

—Ponernos nerviosos o, lo que es peor, melosos no va a servir de nada.

Esa fue la perla que soltó la Chata, que, si bien estaba cargada de razón, no dejaba de fastidiar. Me mantuve en silencio. Pero no aguanté demasiado tiempo. Sabía fehacientemente que no debía hacerlo, que no me conducía a ningún sitio, que incluso podía ser perjudicial, pero lo pregunté.

—¿Qué probabilidades tenemos de encontrarle?

—¿Vivo? —preguntó la mujer.

Creo que perdí el color. Villegas habló por primera vez.

—Lo encontraremos. Y basta ya de palabrería. Todo el mundo a comer.

—Aún no tenemos nada que echarnos al buche, jefe.

—Pues entonces, bebe y no seas pesada, Chata.

En un primer momento, me mordí la lengua. Siento vergüenza al confesarlo, pero al escucharle, su orden me pareció completamente razonable. Comer parecía una cuestión de vida o muerte. Sentía un hambre canina. Sentada a la mesa, la imagen de Iturri iba desdibujándose, perdiéndose en un segundo plano, para dar paso a la silueta del pollo asado que había dejado en el microondas, con sus patatitas grasientas y su limón de relleno. Desde el desayuno, y uno de régimen (dos kiwis y una taza de café con leche desnatada y sacarina), y el capuchino del avión, no había probado bocado. Necesitaba algo sólido con que consolar a mi estómago. Algún alimento que calmara la huelga activa de mis tripas, que estaban empezando a traspasar el límite de su tolerancia, a tenor de los quejidos que proferían. Sin embargo, pronto se impuso la sensatez.

—Yo también estoy hambrienta, pero pensar en ello me avergüenza. Nosotros estamos tranquilamente sentados, con una copa de vino en la mano, calentitos, con esta agradable música de fondo. Él estará muerto de frío, asustado, abatido, rodeado de un silencio sepulcral y probablemente mucho más hambriento y sediento que nosotros. ¿Cómo puedo pensar en comer con Iturri retenido en vaya usted a saber qué agujero?

—Un investigador hambriento es un investigador ciego, Lola —indicó Matías.

—Y uno sediento es un investigador muerto —añadió la Chata, con acidez.

—Debemos comer, Lola. No es que no tengamos alma. Es que la tenemos y por eso necesitamos sujetarnos a una rutina. Llevar una vida más o menos normal. Y

esperar acontecimientos. En otro caso, terminaríamos desquiciados.

Esperar acontecimientos. No entendí lo que quiso decir hasta más tarde. Pero no volví a protestar. Por fin, pasadas las once de la noche, con el local ya vacío, el camarero regresó. Dejó primero sobre nuestra mesa una pequeña tostadora, unas pinzas y una cesta rebosante de rebanadas de pan. Luego, los dos primeros platos para compartir.

Casi me echo a llorar...

Hay dos alimentos que no tolero. Me resultan simplemente insufribles. Uno de ellos es el hígado. Poco me importa si es de ternera, de cordero o de pato, como allí. Su sola visión me cierra el estómago. Me dediqué a las tostadas viudas. ¡Si al menos nos hubiesen puesto una botellita de aceite de oliva, habría engordado con fundamento! Cuando dieron cuenta de las dos variedades de *foie*, el camarero me dio una gran alegría trayendo un *confit*.

Los cuatro atacamos en silencio. Yo procuré mostrarme educada, casi displicente, y no dejar entrever avidez o ansia, pero debo reconocer que, en cuanto veía por el rabillo del ojo que la Chata, que come como una lima, meneaba su tenedor, me ardía el ánimo. Con todo y con eso, logré pinchar unos trocitos, y una porción de la *quiche* de verduras que lo acompañaba. Maté el resto del hambre con el pan. Y, entonces, aparecieron los quesos. ¡Oh, qué maravilla! Seis variedades en una tabla de madera rústica, sin barnizar, con forma ovalada. ¡Benditos quesos, el mejor suplemento de una comida mediocre! Experimenté un aldabonazo de alegría: iba a resarcirme de tanto *foie*. La pequeña tostadora seguía sobre la mesa, y las rebanadas de pan aguardaban a ser doradas y engullidas. Ellos ya habían zampado lo suficiente: era mi turno. Sin embargo, hay días en que es preferible quedarse en la cama...

Estaba metiendo el diente a una tostada cubierta con queso de cabra especiado cuando el sonido de la campanilla de la puerta me distrajo e hizo salir a *madame Chantal* de la zona de cocinas. Entró un hombre. De mediana edad y cabello semilargo, ejemplarmente descuidado, contaba con el displicente aspecto de un arquitecto progre. O de un profesor de Ciencia Política de Oxford, pese a que le faltaban un par de libros viejos bajo el brazo. Vestía un chino de color *beige* y una americana de algodón arrugada; anudado al cuello, un fular en tonos naranja. No alcancé a ver sus zapatos, lo que me habría permitido concluir mi análisis (lo del calzado es esencial para enjuiciar a un hombre), pero sí a comprobar que sujetaba una fina carpeta de cartón con la mano izquierda. Al constatar la identidad del visitante, la dueña saludó con un gesto de la mano y regresó al interior. Al parecer, se conocían.

El hombre avanzó por el local. Por la determinación y la velocidad (y porque no había nadie más dentro), me resultó evidente que venía hacia nosotros. «El acontecimiento que esperan», me dije. Iba hablando por teléfono. Sería más correcto decir que llevaba el teléfono pegado a la oreja, porque hablar no hablaba, ni tampoco gesticulaba. Cuando alcanzó nuestra mesa, concluyó la llamada con unas rápidas frases en francés que no comprendí. Luego, tomó una silla de una de las mesas cercanas, la acercó y se sentó.

—¡Ah, Auguste, qué alegría verte! ¿Has cenado? —preguntó Villegas. Empleó el español.

—Sí, pero os quitaré un poco de *fromage* —respondió el tal Auguste, que hablaba un fluido español.

Estuve tentada a sujetar la tabla de quesos con ambas manos y colocarla a mi vera. Al menos, el de cabra era mío. Le sirvieron una copa de vino. Levantó el vaso, giró varias veces el líquido en la copa y observó la lágrima. Luego, lo probó.

—¡Excelente! Como siempre. Esta señora es... —indagó sin mirarme.

—Tienes razón, perdona. Lola MacHor, Auguste Claudel.

Esbozó una leve sonrisa y me tendió una mano de piel suave, nutrida recientemente con crema hidratante. «Oxford, sin duda», me dije, al captar esa mezcla de suficiencia y un ligero, ligerísimo, toque de humildad, apenas suficiente para bajar al terreno de los mortales y captar algún infrecuente pero posible pensamiento afortunado de uno de sus, por definición, estúpidos estudiantes.

—¿Y esa carpeta? —husmeó Rosa.

La colocó sobre la mesa. Yo aproveché para atrapar otra de las tostadas y cubrirla de queso, estaba vez un azul de Auvernia, verdaderamente delicioso. Luego de tenerla en la mano, me entró cargo de conciencia y le tendí el deleitable bocado. Me lo agradeció con otra leve sonrisa. Me preparé otra tostada para mí. (No os lo vais a creer, pero le puse tapa, en plan bocata).

—¿La carpeta? Ah, pues mi aportación a la causa.



Con la boca llena, dirigí la mirada hacia Villegas y enarqué las cejas. Era una educada manera de preguntarle quién era ese tío. Pero no me prestó atención. Quiero decir que indiscutiblemente notó el gesto pero decidió ignorarme. En vez de eso, preguntó al recién llegado:

—¿Ya estáis al tanto de manera oficial?

—Vuestra vicepresidenta ha llamado a nuestro ministro, sí. La Interpol, sin embargo, permanece de momento al margen. Así pues, podremos trabajar juntos.

—Íbamos a hacerlo de todos modos —sentenció Matías.

—Muy cierto, pero ahora lo haremos sin tener que ofrecer molestas explicaciones. Mucho mejor.

—¿Y qué dice vuestro ministro de nuestra jueza? —indagó Rosa.

Levantó los hombros.

—¡Está bueno este queso! Pásame otra tostada, por favor.

—¿Y esa carpeta? ¿Qué pasa, no quieres hablar con ella delante? —insistió la Chata.

¡Aquella maldita mujer iba a terminar sacándome de mis casillas! Parecía un sabueso, pesado como todos los sabuesos, y yo la pieza que cobrarse.

De nuevo, el francés se encogió de hombros. Era obvio que yo debía decir algo o me dejarían para siempre al margen.

—¿Su comportamiento responde a que no hemos sido debidamente presentados o a mi condición de juez?

Su respuesta coincidió con un largo mordisco a la tostada.

—A ambos.

De forma instintiva, me llevé los dedos al cabello y traté de alisarlo. Desde mi llegada a París, había empezado a desmandarse. Para mi espanto, lo encontré bastante rizado.

—Mire, señoría, acabo de cumplir cuarenta y cinco años. He dedicado más de la mitad de mi vida a este trabajo. Un sinfín de expedientes han pasado por mi mesa, y lo único que tengo claro es que la incertidumbre es un puñetero y poderosísimo enemigo. Es como una novia absorbente: arruina hasta los mejores planes —me aclaró.

—No le sigo —comenté. Era la pura verdad.

Por un instante, sus mejillas se pintaron de rosa. Enseguida perdieron el color.

—Lo que quiero decir es que el azar tiene la mala costumbre de trabar las ruedas. Con el azar no se puede negociar. Viene y punto. Por eso es importante controlar todo lo demás. Eso incluye no añadir más complejidad de la necesaria.

Villegas salió en mi defensa.

—Si te pones así, el azar también brinda nuevas oportunidades.

Se volvió y me miró fijamente a los ojos.

—Ni hablar. La vida tiene ya bastantes incertidumbres para añadir una más. Villegas tiene que aguantarla, señoría, porque no le queda otro remedio, pero yo no.

Llevo demasiado tiempo invertido en esto para que una imberbe con toga que no está...

Se detuvo.

—¿Que no está qué? ¿Iba a decir que no estoy capacitada?

—No, iba a decir que no conoce los protocolos. Vamos contrarreloj y usted puede ralentizarnos. La vida de una persona, que además es amigo suyo, pende de un hilo. Por el bien de todos, quédese al margen, por favor. Le prometo que la iremos informando de los progresos en la medida que podamos.

Negué vivamente con la cabeza.

—Puedo asegurarle que no les ralentizaré. Usted no lo sabe, pero yo también he hecho trabajo de campo junto con Iturri, el ciudadano secuestrado. Y si me permite, le diré que su análisis es simplista, pobre y petulante, propio de alguien que se escuda en su pistola a falta de algo mejor —expuse dolida—. Si cree que con esa verborrea estudiada y ese pañuelo pijo puede dejarme en cueros y decidir si soy suficientemente atractiva para mi edad y toga, se equivoca... Y puestos a desnudarse, déjeme que haga yo lo mismo con usted, *monsieur* Claudel... Es usted inteligente, se sabe inteligente y eso, lejos de beneficiarle, le perjudica porque se fía demasiado de sí mismo. No ha nacido en el campo, sin duda. Apostaría por una ciudad mediana. En su familia, nadie esperaba que se dedicara a esto: podría haber sido médico o abogado, como su padre o su abuelo. Sin embargo, no consiguieron hacerle cambiar de opinión. Fue algo casual. ¿Se topó con un suceso que le marcó y su mente no pudo desprenderse de esas imágenes? Si tuviera que apostar, diría que no gusta coleccionar medallas, aunque espera una del presidente de la República; ni que está en primera fila por odio. No ha sufrido usted los zarpazos de la Organización en su propia carne, ni en familiares cercanos. Es otra cosa... Algo que le obliga a ir vestido como si fuera un abogado o un médico sin serlo...

Me interrumpió levantando ambas manos. Lucía en el dedo anular izquierdo un anillo grueso de plata, cuyo signo no alcancé a ver.

—¿Estudió psicología, señoría?

—Criminalística, con uno de los mejores: el secuestrado. Él me enseñó a mirar a la gente. Y usted canta de lo lindo.

Hubo un largo silencio. Respiré profundamente, con un gesto de impaciencia.

—Agradecería, si es posible, zanjar, de una vez por todas, este asunto. Si está de acuerdo bien, si no...

—Si no, ¿qué hará, señoría?

—Puedo llamar a la vicepresidenta de mi Gobierno para que llame a su ministro y le obligue a hacer lo que no quiere hacer...

—¿Lo haría?

—Preferiría que me admitiese en su equipo por su propio interés. Le aseguro que no le defraudaré.

Los reiterados golpes de los dientes del tenedor de Rosa sobre la mesa empezaron

a taladrarme el oído y a ponerme nerviosa. Quizá sólo fueran las circunstancias. Sea como fuere, me harté.

—¿Puedes estarte quieta de una pu..., de una vez?

Soltó el tenedor pero no dijo nada.

—Verá, Auguste, puede someterme a un cuestionario o hacerme pasar la prueba del polígrafo. Puede leer una vez más el dossier sobre mi persona que, tengo por seguro, descansa en la mesa de su escritorio, esté donde esté. Nada de eso arrancará definitivamente sus dudas. Sin embargo, ambos debemos ser prácticos. Como hemos de colaborar porque mi vicepresidenta y su ministro han intercambiado unas cuantas frases, hagámoslo en beneficio de todos, sobre todo del inspector Iturri. A mi juicio, lo único que debe importar en este momento es que no soy una agente infiltrada ni del enemigo ni de mi país. Ni mi Gobierno ni la Organización me quieren demasiado, la verdad. Pero conozco de cerca al secuestrado y puedo ser de utilidad... Como ha leído el dossier, se estará preguntando si soy la amante de Juan Iturri. Le respondo con la verdad: rotundamente no, pero le conozco mejor que si lo fuera. Y soy una excelente investigadora. Salvando las distancias, digamos que soy Castle y usted Beckett.

Claudiel se limpió la comisura de los labios con la servilleta, después de dar cuenta de la segunda copa de vino. Durante un instante, pensé que iba a negarse, pero recapacité y me llené de esperanza: parecía lo bastante hábil como para saber que ponerse en contra de los jefes nunca sale a cuenta.

—¿Está dispuesta a saltarse la ley?

—¿Y usted?

—Yo estoy situado al margen, en el borde de la ley, por expresarlo de alguna manera. En Francia, los de mi gremio tenemos un enorme grado de libertad.

—Luego usted, técnicamente, no viola la ley.

—Si lo quiere ver así...

—Para mí es suficiente. Además, yo soy ciudadana española. Mi título de juez del Tribunal Supremo, vitalicio en mi país, carece de validez aquí. Mi ética, desafortunadamente, no se desactiva con tanta facilidad. No me apartaré de ella ni un ápice. Si hay algo que me parezca inmoral, no dude en que se lo haré saber. Con fuerza. ¿Cree que tiene bastante para llegar a un acuerdo? Diga lo que le parezca, pero decídase ya.

Después de unos segundos, depositó la servilleta sobre la mesa.

—De acuerdo, pero, en la próxima cena, la bandeja de quesos estará a mi lado.

Me eché a reír.

—¿Podemos tutearnos, entonces?

—Podemos.

—Yo soy Lola, y ahora, si eres tan amable, mientras me zampo este último trozo de camembert, ten la gentileza de decirme quién eres tú. Para que cuando fiche tu móvil, sepa en qué carpeta debo archivarlo: espías, servicios secretos, quinquis...

—¿Quinqui? No conozco esa expresión...

—No tiene importancia...

—De acuerdo, Lola... A ver cómo se lo explico para que me entienda...

—Todo recto, Auguste, ¿no ves que es jueza? Dale siglas, eso les encanta — recomendó la Chata. No digo que no tuviera razón, pero, desde luego, la perdía con esas formas.

—Vale. Allá voy. En este país, la dirección general de la policía se divide en dos organismos independientes. El primero, al que llamamos SDAT, algo así como la subdirección antiterrorista, es el que tiene competencias judiciales. Ya sabe: huellas, ADN, registros, comisiones rogatorias... De él depende la policía judicial. En esa sección, todo es formal, ordenado, legal, ya me entiende...

—Entiendo, sí.

—Me alegro de que le quede claro, porque yo no pertenezco a ese mundo.

Negué con la cabeza, como una idiota. Aquel tipo ejercía una extraña influencia sobre mí.

—No, yo no soy de esos, pertenezco a la otra sección: la DCSI, Dirección Central de Seguridad Interior. Somos algo así como una unidad de información e inteligencia. Extrajudicial, a ver si me comprende. Nosotros trabajamos, vamos, venimos, entramos, salimos... Y cuando la cosa está hecha, avisamos a la SDAT para que ellos se personen, se apunten el tanto y se cuelguen las medallas. Nosotros no queremos medallas. Nosotros sólo buscamos resultados, ¿verdad, Villegas?

—Verdad, Auguste.

—Nuestro equipo lleva veinticinco años trabajando con el equipo de Villegas y los que le antecedieron en todo lo referente al terrorismo que compartimos. Y debo decir que con alta eficacia y camaradería, digan lo que digan los periódicos. ¿Y sabe por qué?

De nuevo negué con la cabeza.

—Pues por el simple hecho de que ninguno de nosotros es político ni funcionario ni amante de la publicidad. Es cierto que al frente de nuestra unidad hay un comisario, que suele cambiar cada cuatro o cinco años. Su labor es, más o menos, evitar que nos excedamos, y dejarnos hacer. Saben que si interfieren, la fastidian. Por eso, nos dejan en paz. En el mando efectivo, hay un comandante, en este caso yo, con distintos oficiales a su cargo. El teniente coronel Villegas y yo...

Rosa se arrancó a aplaudir con desgana.

—Y tras esta magnífica explicación sobre la estructura antiterrorista del Estado francés, ¿podemos saber ya qué hay en esa jodida carpeta? ¡Ya es hora de trabajar, os recuerdo que esos cabrones, sean quienes sean, tienen a un colega encerrado!

—¡Mira que eres pesada, Chata! ¡Toma, es el informe final del coche calcinado!

La Chata lo sujetó sin abrirlo, mientras protestaba con un sonido gutural.

—Ese informe es más viejo que el adulterio. Sabemos desde hace horas que habéis encontrado el vehículo y también que tenía las placas de matrícula doblada.

Espero que tengas algo más interesante que ofrecer, o te haremos pagar el queso que te has comido. Bueno, el que ella te ha dejado comer, que ha sido más bien poco...

Se inclinó hacia delante hasta quedar a la altura de los ojos de la Chata. La joven había colocado los codos sobre la mesa, y apoyaba la cabeza sobre las manos. Auguste se sacó unas minúsculas gafas del bolsillo interior de la americana y se las colocó en el tabique nasal.

—No pagaré ni un céntimo de euro. Me he ganado el queso, el vino y el pan, y si no fuera porque es tarde, pediría a *madame* Chantal que me sirviera un *canard* entero... Abre esa carpeta.

—¡Venga, Rosa, abre esa carpeta de una vez! En el interior, efectivamente encontrarás las imágenes de cómo quedó el Citroën empleado en el secuestro. Como expliqué ayer por teléfono a Villegas, se localizó en Chemin du Pacalon, en Marennès, Ródano-Alpes, una zona boscosa de difícil acceso. Pues bien, el camino que conduce hacia ese lugar sólo tiene dos salidas. De la que discurre hacia el sur, no disponemos de dato alguno. La que sube hacia el norte desemboca en la D150. En esa confluencia, a la altura de Simandres, hay una gasolinera. Es un lugar insalubre, sucio como el pecado, del que no esperábamos obtener gran cosa. Pero hace dos meses, les atracaron unos yonquis. Agredieron a la hija del dueño, dejándola inconsciente en el suelo, momento que aprovecharon para robarles el dinero de la caja, unos bidones de gasolina y el televisor. La hija se negó a volver a la tienda, de modo que el dueño, y padre de la víctima, instaló cámaras en el lugar. No son de última generación, por no decir que son antediluvianas, y las han colocado torcidas. Las imágenes que captan aparecen borrosas y de ellas sólo se obtienen visiones parciales de los vehículos que salen del camino, pero algo es algo. Es obvio que, si los secuestradores quemaron el coche, debían de tener otro esperándoles para abandonar el lugar. Si tomaron dirección norte, las cámaras de la gasolinera tuvieron que grabarles.

—¿Y si fueron hacia el sur?

—Mala suerte. En el sur no contamos con pista alguna...

—¿Y qué probabilidades tenemos de que tomaran dirección norte? —pregunté.

—En mi opinión, muchas. Iturri fue secuestrado en Lyon, que está al norte de Chemin du Pacalon. Por motivo de seguridad, su guarida no puede estar muy alejada de esa zona. Ir con un hombre en el maletero es peligroso: una rueda pinchada, un control de alcoholemia, un accidente. Calculo que no más de veinte o treinta kilómetros; cuarenta a lo sumo. Tampoco pueden esconderse muy lejos de la zona donde quemaron el vehículo, no sea que alguien identifique el coche al pasar. Deben de haber supuesto que ya se ha cursado la denuncia por robo. Teniendo en cuenta todo esto, hemos trazado una cuadrícula... Es ese mapa, Chata. Como veis, hemos marcado las localidades que pueden responder al perfil: del vehículo quemado, Simandres está a cuatro kilómetros y Corbas a ocho; Feyzin y Saint-Priest a menos de quince; Chassieu a veinte; Bron a veinticinco; Villeurbanne a casi treinta. A excepción de Simandres, que tiene mil y pico habitantes, demasiado pequeña para pasar desapercibidos, y Villeurbanne, que tiene casi ciento cincuenta mil, demasiado grande para minimizar riesgos, las demás son candidatas aptas. A mi juicio, andan entre los nueve mil de Feyzin y los cuarenta mil habitantes de Bron y Saint-Priest. Cualquiera de ellas es idónea para albergar esa guarida. Yo empezaría por las más cercanas a Lyon.

Comencé a animarme. Estaba claro que los miembros de aquel curioso equipo disponían de método y experiencia. «¡Ánimo, Iturri, ya vamos!». Auguste

continuaba.

—Mediante una imagen del satélite, hemos podido centrar en un período de dos horas y media el momento en que quemaron el Citroën y salieron corriendo. Durante ese tiempo, las cámaras de la gasolinera captan imágenes del paso de doce vehículos. Si van hacia el norte, los secuestradores deben de ir en uno de ellos. Si localizamos el vehículo, los encontraremos, y daremos con Iturri.

—¡Ah, pero eso es estupendo! Bastará con comprobar las matrículas...

—No es tan sencillo —explicó la Chata, que había abierto la carpeta y analizaba el material que contenía.

—Como dice el amigo Auguste, la cámara es una jodida mierda, sólo deja ver trozos de matrícula, algunos números o letras, si es que las placas son las auténticas. La buena noticia es que, en casi todas las fotografías, se aprecia la marca, el modelo y el color del vehículo.

Matías levantó los hombros.

—Sin duda, en otras ocasiones, hemos trabajado con mucho menos. Sin embargo, doce son demasiados, no tenemos tiempo para rastrear tantos vehículos. Es imposible.

Auguste negó vivamente con la cabeza.

—En realidad, no son doce. De entrada, hemos sido capaces de eliminar cuatro. Dos de esos vehículos pertenecen a gente conocida de pueblos limítrofes. Otro pertenece a la hija del dueño de la gasolinera. Y el cuarto... Bueno, creemos que corresponde a un furtivo. Durante el registro del claro del bosque, uno de los perros olfateó algo. Le dejamos ir. Poco más o menos a trescientos metros del lugar, nos topamos con otro claro, también con signos de haber albergado una hoguera o similar. Se tomaron muestras, que confirmaron la presencia de sangre...

Di un respingo y se me escapó un gemido.

—¿Humana? —preguntó Villegas. Su rostro denotaba preocupación, lo mismo que el mío.

—Según el primer análisis, está casi confirmado que pertenece a algún animal. Han aparecido rastros de piel, fibras y pelo por el suelo. Creemos que lo han despellejado y que han quemado las evidencias.

—¿Qué tipo de animales hay en esa zona?

—No gran cosa, la verdad. Pero algún jabalí aparece de cuando en cuando.

—De modo que nos quedan ocho vehículos —terció Villegas mientras se hacía con la lupa que el comandante francés había dejado sobre la mesa y miraba las fotografías.

—Exactamente, siete turismos y una furgoneta. Seis oscuros, negros o azules; uno blanco y otro rojo. Sólo uno de alta gama. Y sólo uno, la furgoneta, con matrícula española.

Me incorporé. Me había ido arrellanando poco a poco en la silla.

—¿Puedo ver las fotografías?

La Chata era la que tenía la carpeta en la mano. Lejos de pasármela, se entretuvo con los documentos. Torció el gesto y pasó el dossier a Villegas, que se sentaba a mi lado. Movi6 la silla para acercarse a mi posición y pudimos verlas juntos.

Las primeras fotografías correspondían al cadáver del Citroën verde, antes de que se lo llevara la grúa. Me habían dicho que había aparecido quemado, y eso era exactamente lo que aquellas imágenes mostraban: un vehículo del todo abrasado. Parecía Irak.

Ninguno de los presentes le había otorgado demasiada importancia. A mí, sin embargo, los ojos se me quedaron enganchados en aquel claro del bosque. A mano izquierda del vehículo, aparecía el esqueleto de dos árboles. Si bien permanecían en pie, estaban negros como tizones. Cualquier resto de verdor había huido de ellos, lo mismo que sus ramas pequeñas. También los matorrales de los alrededores estaban calcinados. En los días previos había llovido a mares; en los anteriores, nevado. Todo el bosque estaba húmedo. En esas condiciones, no resultaba fácil provocar aquellos destrozos. Una de dos: o se habían pasado con el material inflamable o se habían excedido con el acelerante.

—¿Puedo preguntar algo? —dije con humildad.

Villegas me dio paso con un gesto, pero sin levantar los ojos de las fotografías.

—¿Habitualmente los terroristas queman los coches de esta manera? En algún expediente que he tenido ocasión de ojear, los vehículos parecían más... enteros.

—Explícate —me instó la Chata, con su tono más reconcentrado.

—Bueno, el olor a quemado permanece en el aire cierto tiempo, como incitando a descubrirlo. El viento lo arrastra, y puede olerse a distancia. Pero lo que una persona hace ante él es olisquearlo, y si es pasajero, si no producen otros síntomas, olvidarlo. Con eso juega quien trata de anular las pruebas de un delito sin que lo pillen. Sin embargo, un fuego con llamaradas, un incendio... es algo distinto. Cuando alguien se enfrenta al fuego, reacciona de modo diferente. Busca ayuda, telefonea a los bomberos, da aviso a las autoridades. Por los árboles quemados y el estado en el que, según estas fotografías, quedó el vehículo, esta gente tuvo que pasar un mal rato. Una visión perturbadora ver ascender las llamas. Todos sabemos que cuando un fuego coge cuerpo no hay quien lo detenga.

—Muy perspicaz, Lola. Lo habíamos notado. Puede tratarse de un error de cálculo, un accidente fruto del intenso viento, por ejemplo. O, como apuntas, puede tratarse de una chapuza —señaló Auguste.

—¿Y eso cambia nuestros planteamientos? —preguntó Matías.

—Nuestra hipótesis de partida es la original: son ellos, aunque parezcan principiantes o lo sean. Veremos pronto si hay que cambiarla. De momento, sólo podemos decir que son algo chapuceros.

Levanté la mano, como en el colegio. En realidad, así era como me sentía.

—Siento interrumpir de nuevo. Pero si ha habido tantas llamas, y las ha habido a juzgar por cómo han quedado los alrededores, es posible que ellos mismos hayan



sufrido alguna quemadura...

—¡Me está empezando a caer bien vuestra jueza! —exclamó el francés—. De nuevo tienes razón. Hemos indagado en los hospitales cercanos por si hubiera acudido alguien con quemaduras. También en las farmacias de guardia. No hemos obtenido nada. Pero, desde luego, era una buena idea.

Me sentía ancha como un pavo real mientras examinábamos en silencio las fotografías. Lo hicimos durante los siguientes minutos. Finalmente, Matías se inclinó hacia atrás, y colocó las manos bajo la nuca.

—Ocho siguen siendo demasiados. Hay que apostar...

—Perdón, me he vuelto a perder. ¿Por qué hay que apostar?, ¿acaso no hay ordenadores suficientemente potentes para localizar ocho vehículos?

—¿Ordenadores, qué ordenadores? No tenemos matrículas completas, si es que son auténticas, ni huellas, ni nombres. Sólo imágenes. Tenemos que trabajar *in situ*. Ir a la zona, dividir el territorio en cuadrículas, repartirnos los pueblos y pateárnoslos. Con un poco de suerte, los secuestradores no tendrán garaje, y podremos identificar sus vehículos en la calle. O cuando salgan a comprar comida...

—¡Un momento, un momento! ¿Dividir el territorio en cuadrículas? ¿De qué extensión estamos hablando?

La Chata se echó a reír.

—¡La jueza va catando el juego! Eso está bien. ¿Extensión? Ya lo explicaba Auguste anteriormente: los secuestradores no suelen alejarse mucho de sus guaridas, no ocurra algo inesperado que les impida volver. Digamos que, desde el lugar donde quemaron el Citroën, indagaremos en un radio de unos cuarenta kilómetros.

—¿Un radio de cuarenta kilómetros?, ¿cuánto se tarda en peinar una zona como esa? ¡Es imposible llegar a tiempo, quedan menos de cuatro días!

No pude evitar que los ojos se me humedecieran. Villegas abandonó por fin la lupa y se incorporó.

—No es un radio tan amplio, Lola. No todo ese territorio está habitado. Y, de la zona habitada, podemos descartar las partes más pobladas. Esta gente necesita un lugar con cierta privacidad, y una casa con peculiares características. Un zulo no se improvisa. Aun así, tienes razón, es demasiado. En mi opinión, debemos eliminar de la lista al menos la mitad de esos vehículos. Y, en ese sentido, tengo algunas sugerencias. Para empezar, despreciaría el monovolumen; este, el Volkswagen Touran.

—¿Lo dices porque tiene matrícula española?

—Ese es el primer motivo, sin duda. Si vas a secuestrar a alguien, lo último que buscas es que te identifiquen como extranjero. Pero hay más. —Arrebató la lupa a la Chata, que se había hecho con ella, y la aproximó a la fotografía—. Fijaos bien: ¿qué veis en el asiento trasero?

Todos acercamos la cabeza.

—¡Es cierto, es una silla de bebé! ¡Muy bien, jefe! Nadie emplea un vehículo así

en un secuestro. Hay que concentrarse en los siete restantes.

—Seis —terció Villegas—. Mirad este otro vehículo: un BMW familiar. Es un modelo nuevo, sin alerones.

—¿Y?

—¡Qué impaciente eres, Chata! Fíjate bien en la zona del copiloto. Se ve parcialmente. Mira esto, esa parte blancuzca...

La Chata se aproximó.

—No veo un pijo. ¿Qué es?

—Yo diría que el hombro de una mujer. Una parte, al menos. ¿Ves esa mancha negra? Es un tatuaje con forma de araña y se echa en falta algo...

—¿Qué? ¡Me tienes en ascuas!

—Tirantes, tía, tirantes. Estamos en invierno, la temperatura es gélida y tenemos a una chica medio desnuda a la que no se le ven ni siquiera los tirantes del sujetador. Desde mi punto de vista, es lo que parece: un revolcón. Un tipo casado que lleva a su secretaria, tonta donde las haya, a un bosque para meterle mano... Estoy seguro de que si investigamos por la zona daremos con un ejecutivo de medio pelo que tiene un modelo de coche como ese...

—¿Por qué casado? Quizá sea un soltero o un divorciado —le interrumpí.

—Lo digo por el coche. Se trata de un modelo familiar sin alerones: condición humana. Condición humana...

—De modo que también lo descartamos. Nos quedan seis. Cuatro oscuros, uno blanco y uno rojo. Apostaría por los oscuros.

Villegas se puso en pie. Todos le imitamos.

—Mañana nos vamos a Lyon. Tres grupos de dos. Dividiré el terreno y la tarea —informó.

—Siento ser aguafiestas, pero todavía no he buscado alojamiento. Estoy un poco cansada. Necesito un hotel con un buen edredón y una ducha muy caliente. Si me indicáis uno cercano, puedo ir andando. O coger un taxi.

Auguste miró su reloj. Yo hice lo mismo: pasaban de las dos de la madrugada.

—Me temo que eso no va a ser factible, Lola. Trabajamos contrarreloj. Disponemos de tres o cuatro horas a lo sumo para descansar. Y es tarde para presentarse en un hotel sin reserva. Villegas, ¿puede quedarse en ese cuchitril vuestro? El sofá es cómodo. La última vez que reñí con mi mujer, lo usé durante tres noches y guardo buen recuerdo.

Villegas se apresuró a aceptar. A mí nadie me pidió la opinión.

—Por supuesto. A tu disposición, Lola. ¿Tienes ya la lista de arrendamientos, Auguste? —El francés asintió—. La Chata y yo la cotejaremos. Matías y Lola podéis encargarnos del seguimiento de las cámaras. Auguste os mandará un plano con las localidades elegidas. Saldremos a las seis, cada uno por su cuenta. Nos vemos en Lyon a la hora del almuerzo. Donde siempre. Y llevad los móviles cargados.

La reunión se disolvió y nos encaminamos a la salida. Nada más abandonar el

restaurante, apagaron las lámparas desde el interior. Sólo quedaron los ecos de una luz de emergencia. En la calle, reinaba una suave penumbra. No era absoluta porque las farolas matizaban el negro, pero sobre todo porque por entre las nubes conseguían filtrarse algunos rayos de luna. Sorprendí a la Chata observándome con descaro. Fue la gota que colmó el vaso. Me acerqué a ella. Empleé un tono apenas audible. No quería que los demás lo oyeran. De mujer a mujer.

—Rosa, desde que he aparecido, no has dejado de dirigirte a mí con desdén. Me interrumpes con brusquedad, empleas siempre un tono de reproche, me tratas como si estuviera estorbando o fuera una apestada. Resulta un poco incómodo. Creo que sería preferible apelar a la eficiencia y al sentido común que mantener las espadas en alto. No tenemos por qué gustarnos, no vamos a casarnos, ni a convivir ni a mantener una aventura. Consiste en no perder energías en esta estúpida lucha y concentrarnos en lo que nos obliga a estar juntas: el secuestro de Juan Iturri, mi amigo y tu objetivo. Como te decía, resulta embarazoso, pero quiero dejarte algo claro: que, aunque me escupieras, me mesaras el cabello o sacaras el arma que escondes en el sobaco, no retrocedería ni un milímetro. Como enemiga, puedo ser bastante cargante si me lo propongo. Quería que lo supieras.

Mantuvo fija la mirada en mis ojos por espacio de unos segundos, que me parecieron siglos. Luego, con parsimonia, se abrió la zamarra, se llevó la mano al sobaco, extrajo el arma de su funda y me la enseñó.

—Siempre la llevo cargada. La limpio y repaso cada noche. No salgo sin ella, aunque rara vez la utilizo.

Supuse que aquello era una respuesta, pero desconocía el significado. Su tono, eso sí, se me antojó más blando, más... femenino. Pero era mejor asegurarse que arriesgar malentendidos.

Le tendí la mano y pregunté de forma inequívoca:

—¿Colaboramos o seguirás jodiéndome?

—¡Jueza, qué mal hablada! Como te oigan en Madrid, te quitan la toga.

—Palabras más gruesas habrán salido de mi boca. Y otra cosa quiero decirte: jamás he fallado a uno de mis amigos. Ni a ninguno de mis colaboradores. No sé qué experiencia habrás tenido con mis colegas jueces, pero debes saber que lo soy por vocación. En mí siempre tendrás una aliada.

Me apretó la mano.

—El lado derecho del sofá es más cómodo para apoyar la cabeza. Al izquierdo se le sale un muelle. Que duermas bien.

Lo tomé como una buena noticia.

Respiré profundamente. Ya no había marcha atrás. El aliento aún humeaba, pero la temperatura había mejorado desde nuestra llegada. El viento se había calmado y ya no llovía. Saqué la barra de cacao del bolso y me puse un poco en los labios: los tenía cortados.

Antes de subir al coche de Rosa, volví a insistir en que buscar un hotel podía ser una buena idea y ellos volvieron a quitármelo de la cabeza. Debería haberme puesto más seria, pero estaba demasiado cansada para protestar y terminé accediendo. Y así, en poco más de diez minutos, me encontré metida en un minúsculo ascensor de un edificio de oficinas, forrado con los cartones de una mudanza en curso, con mi equipaje lleno de «por si acaso» y Matías, que apretó con desgana el botón del tercer piso. El edificio había vivido momentos de cierto glamur, pero, desde luego, estos habían quedado atrás hacía mucho tiempo. Mi ánimo estaba por los suelos. Dormir en un sofá me importaba poco; el tema del baño, algo más. En ese tipo de cuestiones soy un poco asquerosilla. Hubiera preferido no tener que compartir ducha con aquellos caballeros. Ni con Rosa.

Matías sacó una manta azul y una toalla blanca de un armario y se marchó, dejándonos a mi maleta y a mí en aquel inhóspito piso parisino, plagado de expedientes, aparatos electrónicos y toda una suerte de cosas extrañas entre sí (un balón de baloncesto, dos patinetes, una plancha de vapor, un montón de perchas, tres alfombras enrolladas...). El sofá no estaba mal. El baño era minúsculo y necesitaba una limpieza profunda. Me recordó a los de las estaciones. Tenía dos opciones: taparme la nariz y usar a toda prisa el cepillo de dientes, o ejercer. No lo dudé demasiado. Busqué en la cocina un par de guantes, un estropajo y jabón e hice lo que deberían haber hecho aquellos tres tiempo atrás. Cuando finalmente me lavé los dientes, relucía como una sonrisa Profident. Y olía a limón. Me puse el pijama (camiseta azul y pantalones de corazones azules, no había pensado que nadie me lo viera) y me tumbé. Me sentía frustrada, cansada, hambrienta y estúpida. Estar allí ya no me parecía tan buena idea. No estaba segura de poder mantener el tipo entre aquella gente, en aquel lugar. Lo mirara por donde lo mirase, la situación me venía grande. Empecé a dudar de mi instinto. Y de poder aportar algo a la liberación de Iturri. Y luego estaba aquella maldita chica. Era impertinente, antipática y tenía mala uva. Y lo peor, disfrutaba con ello. Esperaba que nuestra charla produjera fruto; en otro caso, me haría la vida imposible.

Tratando de buscar alivio, volví a consultar el móvil. Seguía mudo. La bronca con Jaime apenas había durado un par de minutos, pero había sido seria. Soy consciente de que se trata de una generalización peligrosa, pero tengo para mí que, *grosso modo*, las disputas matrimoniales pueden dividirse en dos simples tipos. Primero están las tremendas, que lo parecen por los decibelios, las caras de arrebató y las expresiones subidas de tono. Luego están las silenciosas. Las primeras no dejan de ser fuegos de artificio, gas que se evapora, una salida ansiosa e impaciente de presiones acumuladas. Ese tipo de conjura se soluciona con el mismo ímpetu en sentido contrario: paces sabrosas, pasionales, deliciosas que logran borrar la colección de tonterías que, en aquel momento de calor, se dijeron. Las segundas son muy

diferentes. No parecen existir porque van por dentro, y te consumen. Me recuerdan a esos asesinos en serie tan comedidos, tan educados. Recuerdo a uno que viajaba con un completo kit de limpieza: incluso desinfectaba sus instrumentos de tortura antes de guardarlos, de modo que, en la siguiente ocasión, estuvieran para pase de revista. Su manía nos permitió dar con él.

Nuestra bronca había sido de este segundo tipo. Apenas nos habíamos lanzado media docena de frases, finas como dardos emponzoñados, e inmediatamente habíamos procedido a enrocarnos en nuestras respectivas posturas. Educadamente, preparé la maleta y me fui sin despedirme. Él, que se había encerrado en su despacho, no se molestó en salir para decirme adiós. No puedo decir que no adiviné el dolor de mi marido, su perplejidad: resulta difícil comprender mi relación con Iturri. Difícil, pero no imposible, y, sin embargo, no hace ni el más mínimo esfuerzo, no pone nada de su parte. Pero, por encima de todo eso, estaba ese maldito SMS de E-park. Era un minúsculo hecho, que, sin embargo, ha sembrado una duda. Una duda razonable. Y contra una duda, sólo se puede luchar con el alivio de la verdad.

Tras recibir aquel SMS, con la agenda abierta, consulté por internet el listado de fechas y pagos y pude comprobar que no se trataba de un hecho aislado. Constaté otras dos ocasiones recientes en que mi marido aseguró estar de viaje fuera de Madrid, pero aparcó en zona azul. Como creo haber dicho, pedí a Padilla que efectuara con discreción las averiguaciones pertinentes. Al consultar, ya en París, mi *email*, encontré un mensaje suyo en la carpeta de entrada. Tenía un encabezamiento curioso. «¿Está segura de que quiere leer esto?».

En realidad, no lo sabía. Por un lado, necesitaba matar la duda que me reconcomía. Por otro, prefería mirar hacia otro lado: a veces, es mejor no ver. Aunque, para el corazón, las dudas son tan dañinas como los hechos. Finalmente, no lo abrí. Cerré el móvil y apagué la luz. Y me dije a mí misma que una bilbaína puede con todo.

O con casi todo.

«¡Iturri, por lo que más quieras, imagina que eres bilbaíno y aguanta!».

El sofá, ancho y largo, estaba forrado de un cuero marrón bastante cuarteado. Era un modelo antiguo, pero los muelles, al menos en la posición que me recomendaron, se mantenían impecables. Resultaba bastante cómodo. De la manta, no podría decir lo mismo. Poniéndome en posición fetal, conseguía cubrirme todo el cuerpo, pero, en cuanto me movía, las piernas se salían del cobijo y los pies se me quedaban helados. Un rayo de luz difuso procedente de una farola cercana entraba por la rendija de la persiana e impactaba en la pared. Me levanté para bajarla de nuevo, pero no calculé bien y me golpeé en la espinilla con algún bulto. Como digo, el suelo estaba atestado de cajas apiladas en distintas partes de la habitación. Decidí mantenerme quieta. Y por fin logré dormirme.

Si tomé posesión del sofá a eso de las tres de la madrugada, a las cinco, aún embutida en la oscuridad, ya tenía una taza de café en la nariz. Hice oídos sordos al reclamo y continué con lo mío. Estaba soñando con algo agradable, no recuerdo qué, y traté de aferrarme a aquel estado semiinconsciente abrazándome fuertemente a la almohada. En realidad, no caí en la cuenta de dónde estaba. Me hacía en casa. No en mi cama, claro, sabía que aquello era un sofá, pero pensé que era mi sofá, el sofá de mi despacho, el que uso cuando riño con Jaime. Y por eso me hice la remolona. Pero ahí estaba Matías con su taza de café y su exquisita educación. De un golpe seco, me arrancó la manta azul, y de otro la almohada, mientras me aseguraba muy serio que si no me levantaba, me quedaba en tierra.

—¡Conchos, Matías, vaya unas formas! —protesté, sentándome en el sofá.

—Tenemos trabajo. Hay cosas que no pueden esperar. He comprado bocadillos de paté. —Casi me echo a llorar—. Y cruasanes —añadió—. Por cierto, bonito pijama, muy judicial...

Con el sueño aún pegado a las orejas, logré abrir los ojos y dirigirle una sonrisa.

—¿Cómo sabías lo del paté? Ayer disimulé bastante bien.

—Trabajo en información, señorita, y soy uno de los mejores —me respondió.

Mientras me tomaba el café, me fijé en él, que andaba enredando entre una pila de papeles almacenados en carpetas, más o menos, tan gruesas como nuestros expedientes judiciales. Reparé en su indumentaria. Salvo por un ligerísimo olor a colonia a granel, vestía exactamente igual que el día anterior. La camisa aún no se había arrugado, pero era del mismo color. Y llevaba los mismos zapatos, los mismos pantalones, la misma camiseta interior y exhibía el mismo aspecto, la misma apariencia. «Neutro», me dije. Sí, esa era una buena descripción de su estilo. No pareció reparar en mi examen, o quizá lo hizo y no le importó.

Prescindí de la ducha (el desagüe estaba taponado) y me vestí a toda prisa. La idea de estar desnuda ante aquel tipo que parecía tener ojos en el cogote me ponía nerviosa. Seguro que habían colocado un micrófono direccional y habían grabado mis ronquidos, para después reírse de mí. Ahogué un suspiro con el último sorbo de

esperanza y me lavé los dientes. Puedo perdonar lo de la ducha, pero llevar la boca sucia me desagrada profundamente. Al ver mi rostro reflejado en el espejo, en un movimiento instintivo me pasé varias veces los dedos por el cabello, rizado hasta para una escarola. Traté de domesticarlo sin éxito y terminé por darme por vencida. Permanecí unos segundos en esa posición, repitiéndome que era una estúpida metomentodo, y salí.

Mientras lavaba la taza de café, recogía las pequeñas migas que habían caído del cruasán (minúsculas: seguía hambrienta) y consultaba los mensajes del móvil (había varios pero ninguno era el que esperaba), fui yo la observada por Matías.

—¿Vas siempre tan endomingada? —preguntó.

Me di la vuelta. El ligero parpadeo del día anterior se había convertido en un marcado tic. El ojo izquierdo se contraía rítmica y ostensiblemente. Me había vestido con pantalón gris de franela, americana roja y camisa *beige* y adornado el conjunto con un pañuelo multicolor. No era ropa de domingo para mí, aunque quizá sí lo fuera para él. O puede que se tratara de un simple comentario, una forma masculina de echarme un cumplido.

—Lo menos que puedo hacer ante tan grata compañía —respondí.

Eso fue todo. Matías dobló la manta y recogió la almohada y el lugar volvió a ser el de antaño, una ratonera medio acogedora. Imaginé que me echaría una mano, pero no fue así, de modo que sujeté la maleta con la mano derecha y el bolso con la izquierda y le seguí hasta el ascensor.

—Es curioso que sea usted jueza...

—¿Curioso, por qué curioso?

—No sé, parece vulnerable.

—¿No querrás decir pelirroja?

—No, quiero decir vulnerable, sentimental. Dígame, ¿es usted capaz de meter a un tipo veinte años en la cárcel sin pestañear?

—Si se lo merece... —Traté de imprimir a mi voz esa impronta fría y aséptica, severa, que suelo emplear en el tribunal y añadí—: Las apariencias engañan casi siempre, Matías.

—Yo diría que casi nunca, Lola. Pero como quieras... Vayamos a por el coche.

Matías no estaba de buen humor aquella mañana; y yo tampoco. Apenas habían transcurrido tres horas desde que me presentara a su sofá. Pero a ambos las circunstancias nos pedían disciplina y paciencia. De modo que caminamos a buen paso por la calle desierta, regada aún por la tibia luz de las farolas, hasta alcanzar su coche, un Ford Mondeo azul marino, de un modelo antiguo. No intercambiamos palabra pero tampoco puedo decir que anduviéramos en silencio. Sustraerse al sonido del roce de las ruedas de mi maleta sobre el asfalto resulta imposible. Pedí mentalmente disculpas a los vecinos, pero estaba tan cargada que resultaba imposible llevarla al peso. Por otro lado, como decía, Matías no se comportó precisamente como un caballero a la antigua usanza. En ningún momento hizo ademán de echarme

una mano. Torcí el gesto al llegar al lugar: el coche estaba muy limpio y aparcado casi con tiralíneas en una plaza legal.

—¡Por Dios, pareces un ciudadano decente! Si te ve tu querida colega, te arranca un par de galones.

No replicó. Introdujo la llave en la cerradura y abrió las puertas. Con notables esfuerzos, metí la maleta en el maletero para sentarme luego junto a Matías. El interior del habitáculo también estaba limpio; la tapicería y las alfombrillas eran veteranas, pero no decrépitas. Naturalmente, ambas estaban confeccionadas en tela gris. Era obvio que el comandante cuidaba bien su coche. Rastreé algún atisbo de humanidad en el interior: señales en el salpicadero, CD peculiares, un ambientador de pino... «¿Por qué de pino?», dirán. No tengo ni idea, necesitaríamos a Freud o a alguno de sus doctos (y quizá cuerdos) colegas para obtener una explicación plausible. Sea como sea, eso fue lo que busqué. Y en balde: no había nada, ni ambientador, ni una figurita que se moviese con la marcha, ni una cinta en el espejo, ni una pareja de esos guantes de dedos recortados que se colocan algunos hombres junto al gesto de velocidad. ¿Esperaba ese tipo de guantes? Lo cierto es que sí. Eso y un volante pequeño de cuero. No sé, a Matías le pegaba algo así. Pero me equivoqué de pleno. Me abroché el cinturón, maldiciendo mi estúpida tendencia a psicoanalizar a todo el mundo, y esperé a que arrancara. El silencio lo dominó todo.



Lyon dista unos cuatrocientos sesenta kilómetros de París. El lugar al que nos dirigíamos, los pueblos cercanos al bosque donde había aparecido el vehículo presuntamente empleado en el secuestro, se halla a unos treinta kilómetros al norte de esa ciudad. En suma, que teníamos por delante, al menos, cuatro horas y media de viaje. La ventaja era el tipo de vía, autopista en su mayor parte. La desventaja era el carácter de mi acompañante. Matías era un hombre educado. Socarrón pero, a diferencia de su compañera, capaz de guardar las formas. En ese sentido, había tenido suerte con el emparejamiento. No obstante, Matías no parecía hombre de trato cercano, por no decir que resultaba reacio al contacto. Y, pese a no manifestarlo, estaba de acuerdo con Rosa en que yo estorbaba más que ayudar. Por ello, cuando me senté en el asiento del copiloto y me até el cinturón de seguridad, tenía por cierto que serían cuatro largas horas de incómodo silencio.

Salimos de la ciudad siguiendo los carteles que indicaban el aeropuerto de Orly, pero antes de llegar, tomamos la A6/E15 en dirección a Ginebra-Lyon. Matías conducía como un autómata. Tras cincuenta kilómetros de notorio mutismo, le invadió una inmovilidad casi absoluta. Ni las pestañas batía. Por momentos, pensé que el comandante había dejado de respirar. Pasados unos minutos, retiró la presión del acelerador y su conducción se volvió lenta, excesivamente conservadora. Ochenta kilómetros por hora para una vía de ciento veinte. En un momento determinado, se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en el volante. Encontré tantas analogías entre el guardia civil y un perezoso abrazado a la rama de su árbol que empecé a preocuparme: se estaba quedando dormido. Sentí el impulso de decirle algo, pero no lo hice. No había pasado un segundo cuando habló él:

—¿Podrías conducir un rato, Lola?

Dio en hueso.

—No me gusta conducir, Matías...

—Ni a mí madrugar. ¿Sabes o no sabes conducir?

—Saber, sé. Quiero decir que tengo carné y también coche, pero no me gusta, sobre todo en lugares que no conozco. Podríamos parar a tomar un café en la siguiente zona de descanso, y así te despejas.

—Si tomamos un café, ¿conducirás?

—Estamos en Francia —objeté como último recurso.

—El volante está al mismo lado y el coche es automático, ¿qué problema hay?

No repliqué, ¿qué podría decir?

—¿Vamos a seguir jugando durante mucho tiempo al ratón y al gato? Lo digo porque me estoy quedando dormido, y cuando me duermo soy peligroso al volante.

—Paremos a tomar un café —insistí.

—De acuerdo, y luego me sustituyes. De veras lo necesito. He tenido una noche movida...

Bajé la vista y, algo avergonzada, confesé:

—No tienes navegador, Matías. Y yo... en fin, soy de las que suelen perderse; de las que no entienden los mapas.

—Yo tampoco entiendo a las mujeres, estamos en paz.

—Bueno, lo tuyo es normal...

—No empieces con absurdas divagaciones, Lola.

—No son absurdas, es la verdad.

—¿Sabes ir en línea recta? ¿Sí? Pues es suficiente. En treinta kilómetros hay una bifurcación a la izquierda que señala la A6. Sólo tienes que seguirla. ¿De acuerdo?

Asentí muy a mi pesar.

—Manos a la obra —musitó.

No buscó un área de descanso. Se detuvo en el arcén, línea continua, y cambiamos de posición.

—Despiértame dentro de media hora o tres cuartos, ¿vale? Quedan treinta kilómetros para la desviación y otros cuarenta y tantos por la A6. Con ese sueñecito tengo suficiente.

—Lo haré, pero antes de que te duermas me gustaría preguntarte algo. Sé que vas a pensar que...

—¿Que eres una chismosa?

—Chismosa es una palabra ofensiva, Matías. Iba a decir curiosa.

—Para el caso es lo mismo —replicó.

Su deje sarcástico me irritó. Llovía sobre mojado. Anteriormente, sus formas bruscas y su mirada punzante ya me habían molestado. Además, no perdía ocasión de meterme el dedo en el ojo. Sin embargo, antes de saltar, dejé hablar a la razón y evité exteriorizar mi desagrado. Mi cabeza, como una lluvia de realismo, me aseguró, con gran sabiduría, que no tenía motivo para alterarme. Resultaba evidente que a Matías le mataba la falta de sueño. Y que sólo estaba retándome. Probaba mi capacidad de aguante. Y tenía que dar la talla. Me limité a sonreír con un rictus amargo y a insistir:

—¿Puedo preguntarte algo o no?

—O no.

—Vale, lo haré de todas maneras. ¿Qué ha ocurrido en estas tres horas para que te hayas pasado al otro bando?, ¿qué te he hecho? Soy una mujer suficientemente lista como para tragarme el orgullo cuando hace falta, pero tus comentarios, como los de tu compañera, rozan la chulería. Soy una juez española, con un cargo importante. Sé que no te meterías conmigo sin una razón. Explícamela, dime dónde he metido la pata e intentaré no volver a hacerlo. ¿Es porque he limpiado el baño? Es cierto, no era mi casa, pero, conchos, estaba asqueroso...

Respiró hondo, bajó el cristal un par de centímetros y dijo:

—La Chata no tiene nada contra ti, Lola. Ella es así. Son sus cicatrices. Respecto a mí, me da igual lo importante que seas. Ella es mi compañera, y te daría cien vueltas si os comparásemos. Ayer tuviste la osadía de amenazarla.

—¿Amenazarla? ¡No hice nada de eso!

—La vi sacar el arma.

—¡Sólo me la mostraba! No se trató de ninguna amenaza. Sólo aclaramos las cosas. No me conoces, pero no soy como piensas. Estoy aquí porque mi amigo está en un apuro. ¿Crees que habría dormido en ese sofá de ser una juez estirada que amenaza a su gente?

—Si es así, lo siento. Pero yo también debo cuidar a mi gente. Y la Chata...

Un nuevo silencio.

—Has mencionado que tenía cicatrices. ¿Sufrió algún atentado?

Negó con la cabeza.

—Peor.

—¿Un secuestro?

Lo pensó un instante.

—Se podría decir así, sí.

—¿Un secuestro largo?

—Bastante. Un año y pico. Casi dos.

—¿La secuestraron durante dos años? No sabía que hubieran secuestrado a una mujer, ni que la hubieran retenido durante tanto tiempo...

—Fue un secuestro singular.

—A ver, Matías. ¿Fue un secuestro o no? Estás empezando a desbarrar.

Había inclinado ya la cabeza en el asiento, y se había colocado de lado, en posición semifetal. Respiró hondo un par de veces y dijo:

—La Chata es una de esas guardias...

Giré la cabeza y le miré extrañada. Él simplemente confirmó con un movimiento de cabeza.

—¡Por todos los santos, Matías! Pero ¿no te das cuenta de que no te sigo?

Suspiró. Cerró los ojos y relató con su misma voz monocorde:

—Déjame que te cuente una historia, Lola. Imagínate un hogar modesto pero alegre. Madre ama de casa; padre guardia civil; una sola hija. Imagínate a esa jovencita. Once años: coletas y calcetines blancos, una muñeca, peluches sobre su almohada y un disfraz de princesa en el armario. El rosa como color preferido. Ser médico como ilusión. Un día alguien pone los ojos en ese guardia. O más bien en los bajos del coche que conduce. Y le hace saltar por los aires. Hay que recomponer su cuerpo para poder enterrarlo. La caja es oscura, como el vestido de la viuda. La niña no tiene nada negro. Le han puesto un vestido blanco bajo un abrigo de paño marrón. Lluve por fuera, pero sobre todo por dentro. Regresan del cementerio con los zapatos embarrados, y el alma agonizante.

»Un nutrido grupo de personas, la mayoría pertenecientes al cuerpo o cercanas, amén de algún miembro del Gobierno y políticos del mismo partido, acuden al camposanto a enterrar a aquel padre malogrado. Todos los telediarios proyectan imágenes del suceso, de la desconsolada viuda, y de la sorprendentemente calmada

niña. «En estado de *shock*», comenta un experto consultado. Muchos periodistas se dan cita allí. Sin embargo, escaseaban los curiosos, esos que acuden a los tanatorios a pasar la tarde. Curiosear resultaba peligroso. Alguien podía confundirte con «uno de ellos» y ponerte en la lista de potenciales objetivos. Porque a nadie le cabe duda de que, entre los asistentes, hay algún observador. Sí, así los llaman, con suave eufemismo: observadores. En realidad, son espías camuflados; alguno, incluso, viste uniforme.

—Una lista de potenciales objetivos que se nutre en los funerales... ¡Qué historia más triste! —repliqué con acidez.

—Ciertamente.

—¿Estabas tú en esa lista?

—Yo. Y tú. Potencialmente, cada uno de nosotros.

—Cierto, muy cierto.

Permanecí unos instantes pensativa. Él continuó:

—Como se hace en los pequeños municipios del norte de España, se le enterró sobre la tierra. Sólo treinta y cuatro años separaban las dos fechas claves de su vida, esculpidas en la sencilla lápida. A simple vista, se descubría el dolor, pero sobre todo la indignación. Con voz entrecortada, el capellán castrense intentó hablar de paz y de perdón. Pero su homilía fue breve. Nadie deseaba escucharle. Nadie quería mostrar la otra mejilla, o retirar el cabello para dejar a la vista la sien. Era la época en la que la sangre fluía como si el País Vasco fuera una arteria picada. Los que asisten a sepelios día sí y día también quieren hacer algo. Combatir. Cada uno a su modo. La niña también.

»No llora, pero tras dejar a su madre acostada (le inyectan algo y se queda dormida enseguida) busca una bolsa de basura, se acerca a su cuarto y la llena hasta los bordes. Cuando acaba, en la habitación no quedan peluches, ni disfraces, ni muñecas ni nada de color rosa. Unos años más tarde, se hace guardia. Y, antes, voluntaria.

—Voluntaria, ¿para qué? —indagué.

Matías respiró hondo.

—Agente infiltrada. Durante dos largos años, fue pareja de un histórico de la banda, uno de los más sanguinarios. Directamente, en la boca del lobo. Hasta que se logró desarticular la cúpula, permaneció allí. Compartiendo cama y mantel. Y pistolas. Y macerando su odio y su asco... Y bastante más.

—¡No!

—Sí...

—Pues ahora tendréis que protegerla mucho. Con esa nariz, es fácilmente identificable...

—¿La nariz? No es suya, por supuesto. Ni tampoco los ojos. Antes los tenía achinados.

—Pero, entonces...

—No vas a callarte hasta que te lo cuente todo, ¿verdad?

Asentí. Él suspiró, pero continuó hablando. Y a mí la piel se me puso de gallina.

—Se hacía llamar Naiara. Tras muchos años de aprendizaje, dominaba el euskera mejor que ellos. Hablaba poco, sólo cuando era necesario. Pero siempre tarareaba canciones tradicionales vascas. Comenzó frecuentando la taberna, y terminó trabajando en ella como camarera. Seis meses después tenía llaves del local, que cerraba cada noche. Conocía a todo el mundo y todo el mundo la conocía. Pasados dos meses más, un operativo de la Guardia Civil asaltó sin previo aviso la taberna, y detuvo a varios terroristas y simpatizantes de la banda que se encontraban allí. Sin embargo, no lograron atrapar al que teóricamente buscaban: un liberado de la Organización, responsable de la compra de armas en el mercado negro y de quien se decía que formaba parte de la cúpula de la Organización. Naiara lo había sacado por la parte trasera, vestido de mujer. Aquello le dio credibilidad, pero mucho más mantenerlo oculto en su casa varias semanas, hasta que la llamada de un confidente doble les avisó de que los habían localizado. Huyeron a Francia.

»Los recogieron en Bayona, en una plaza céntrica. Cambiaron de coche tres veces; hasta les transportaron ocultos en un camión de alfalfa seca. Pau, Orleans, Tours y por último París. Se instalaron en Bidart. Él había perdido visión y no podía conducir. Ella comenzó a acompañarle a todas partes, sobre todo a Alemania. Los Balcanes eran una buena fuente para el aprovisionamiento de armas. Aparentemente, nunca se involucraba en nada, si bien, cuando podía, marcaba las armas con pequeñas balizas, que los suyos lograban detectar. No preguntaba: se limitaba a conducir, a cocinar y a cuidar a su nuevo hombre. Quizá no lo sepas, Lola, pero calculamos que cerca del cuarenta por ciento de las mujeres activas de la Organización recalaron allí siguiendo a sus novios o maridos. Naiara empleó ese argumento. Cuando huyeron a Francia, ella ya estaba embarazada. Esa semana había cumplido diecinueve. Un médico de Pau le practicó su primer aborto. Lo hicieron en la granja donde vivían, y por la que se movían libremente. El embarazo la impactó tanto como que su pareja la obligara a abortar, por el bien de la causa. Para ninguna de esas dos cosas estaba preparada.

»Ni para otras muchas.

»No era guardia civil *de facto* cuando aceptó el puesto de camarera. Sólo contaba con diecisiete años. La ley no lo permitía. Pero llevaba desde los catorce formándose para ello. La Organización cada vez estaba más prevenida contra los infiltrados. Por ello, prefería criar a sus propias polladas. Captaba miembros cada vez más jóvenes para asegurarse de que no trabajaban para cuerpos de seguridad del Estado. Naiara estaba en el límite de edad. Y no carecía de encantos femeninos. González, compañero de su padre, a quien la Organización se había llevado por delante la vida de su hijo pequeño, al ver la dureza de su carácter y su determinación, la preparó a conciencia. Su madre nunca lo supo.

»Sin embargo, nadie está lo bastante preparado para dormir con su enemigo. Que

se trate de asesinos, que se hayan llevado por delante a tus familiares y amigos, no exime de que el roce diario, el trato y la confianza acaben produciendo relaciones afectivas. Nada te permite aislarte plenamente de la amistad y hasta de la camaradería y, por tanto, se entabla una lucha interna, psicológica, contra uno mismo. Una permanente tensión: no soñar por si hablas en sueños; no recordar; no hablar; evitar gestos de repulsa; que tu papel sea tan logrado que no te cacen o tu destino será la muerte; sumarte a la alegría de la muerte de un conocido, colaborar en ella... Si esa relación se adentra en el terreno de los afectos, la dureza del choque se incrementa.

»Naiara luchaba contra ellos con tanta fuerza como contra sí misma. Porque mantener mucho tiempo una farsa acaba por hacer confundir la ficción con la realidad. Vivían en París, en el distrito XV, cuando se enteró de que de nuevo estaba embarazada. Esta vez, decidieron tenerlo. El niño se llamó como su padre. ¡Qué ironía, el hijo de un terrorista con nombre de guardia civil!

»El niño empezó a acompañarles en los viajes. Él negociaba las compras y ella paseaba al niño mientras vigilaba la zona. El niño. El hijo de su objetivo, de la bestia que amaba y odiaba a un mismo tiempo. El desánimo creció, a la par que las dudas sobre la causa, y que el miedo. Porque cuando se acostaba con él no fingía. No durante tanto tiempo. Ya no.

»Aquella semana viajaron a España. Hubo un tiroteo con la Guardia Civil que ella misma había provocado y que hirió a su hombre. Lloró de rabia. Se maldijo. Lo cuidó con el mimo de una esposa. Estuvo a punto de sucumbir y confesar. El niño ya gateaba. Entonces, algo le desembotó la cabeza. Hubo un segundo ataque. En aquella ocasión, ella tenía un arma en la mano. Disparó. Falló: sólo hirió al guardia en el hombro. Era de los buenos, se estaba jugando la vida por ella, como su padre, y, no obstante, tuvo que hacer el esfuerzo de no apuntar a un centro vital. No se trataba del dolor por un daño colateral. Se trataba de su integridad: la estaba perdiendo. Otro guardia murió aquel día a quinientos kilómetros de allí. Era González y llevaba una foto de Naiara en la cartera. Él vestía uniforme. La mujer estaba mucho más joven, pero se la reconocía perfectamente.

»Naiara desconocía ese extremo, pero cuando fue a la tienda con el niño a comprar pan, la metieron en un coche y se la llevaron. La semana siguiente su foto salió en un periódico afín a la Organización. No lo escribieron pero la orden era disparar a matar. Desde entonces, lleva nariz aguileña, ha engordado diez kilos y sus ojos son muy distintos.

—¿Ha tenido que someterse a una operación de cirugía estética?

—En efecto. Como su hijo...

—¡Su hijo es...! ¡Santo Dios!

—Una putada, sí.

Lo pensé durante un instante.

—Creo que nunca sería capaz de hacer algo así. Ni siquiera para lograr una venganza. ¿Y tú?

Matías no respondió mi pregunta. Tenía los ojos cerrados. Intuí que dormía, pero no era así. Sin cambiar de postura, me espetó:

—Y ahora, jueza, *quid pro quo*. Cuéntame qué lío tienes con ese policía secuestrado.

Suspiré.

—No tengo ningún lío.

—Vale, llámalo como quieras. Cuéntame de qué le conoces, por qué y desde cuándo. Así evitarás que pierda el tiempo averiguándolo.

Un nuevo suspiro.

—De acuerdo. Te lo contaré con la condición de que no vuelvas a preguntar.

—¡Trato hecho, jueza!

No me costó mucho hablar de ello. De hecho, creo que lo agradecí.

—Me gustaría decir que lo nuestro fue amor a primera vista, pero mentiría.

—Amor a primera vista...

—Es una forma de hablar, Matías. Hablo de amistad, *feeling*...

—Ya. Continúa.

—En fin, nuestro encuentro no fue precisamente amigable. Iturri me metió entre rejas, acusada de asesinato con todo tipo de agravantes. Fue un 9 de julio, en plenas fiestas de San Fermín, en Pamplona. Un pequeño grupo de profesores de universidad asistíamos al encierro. Ante nuestros ojos, un miura se llevó por delante a uno de nuestros colegas que había decidido rejuvenecer corriendo. Lo corneó, lo volteó y lo arrastró hasta la plaza. No hubo nada que hacer. Falleció en el traslado al hospital. Y vestidos de blanco y rojo terminamos en la sala de espera (¿dónde si no?) de la morgue aguardando que se realizara la preceptiva autopsia. Entonces, le vi por primera vez. Todo Pamplona llevaba un pañuelo rojo al cuello y cierto nivel de alcohol en sangre. Pero Iturri nunca hace nada como los demás. Me llamó la atención su expresión agria y su mirada furtiva. Y sus andares, mezcla de desaliño y pedantería. Algo extraño, muy Iturri.

»La autopsia evidenció lo evidente, que mi amigo estaba completamente muerto, y lo no evidente: que el miura no había hecho más que entrar a matar, pero con la faena terciada. Mi compañero había sido envenenado. Mientras el cadáver daba tumbos de un sitio para otro, el tipo de la mirada furtiva me echó el guante. Es largo de contar, pero curiosamente, todas las pistas apuntaban hacia mí.

—¡De modo que fue el que te encerró!

—En efecto. Y en parte se lo agradezco, porque aquel encierro me cambió la vida.

—¡Ah, el amor!

—¡Pero qué pesado! Lo que cambié fue de profesión. Por aquel entonces, ya sabía que la vida no es justa. Mi padre murió joven y se llevó tanto nuestro cariño como la fortuna y la posición social. Un duro golpe. Pero en Pamplona fue mi corazón el que se dio de bruces con la injusticia con mayúsculas.

»Han pasado cerca de veinte años, pero aún puedo precisar la textura, los perfiles, el sabor agrio de aquella angustia. Recuerdo la vergüenza, y la rabia y los piojos que pillé no sé dónde... Y sobre todo que, cuanto más afirmaba mi inocencia, más culpable parecía. Sí. Aquella fue una injusticia con mayúsculas. Yo no había cometido ese crimen, no había hecho nada, pero el fiscal aseguraba que era culpable. No era un curioso, o una maledicente vecina, o un enemigo, era un tipo con toga, pero tenía ganas de quitarse el asunto de en medio cuanto antes. Estaban en fiestas y no iba a permitir que una persona estúpida como yo le fastidiara el momento.

»Sí, de ese viaje volví dispuesta a cambiar de profesión. Volví con toga. Cambié las aulas por las comisarías y los juzgados. Cambié de profesión y cambié de vida.

—E Iturri se quedó —añadió Matías.

—Así es. El mismo tipo estafalario que me metió entre rejas fue lo suficientemente valiente para tirar del pequeño hilo que quedaba suelto y demostrar mi inocencia. Él fue el único que creyó en mí. Mi marido lo tenía claro, pero no pudo hacer nada. Fue Iturri quien me devolvió la libertad. Y me dio su amistad. Y de aquellos barros, estos lodos. Él sí puede comprenderme. Es como yo. De beber, como una cuba. Hasta la última gota. Salvo que él no tiene que guardar las apariencias ante los colegas, la familia, los amigos, los políticos, la prensa... ¡Ah, resulta agotador parecer normal! Al menos, sin serlo, como es mi caso.

Estaba terminando la frase, cuando oí su ronquido. Se había dormido.

Dejé de hablar, pero no pude arrancar a Iturri de mi mente. ¡Qué relación más curiosa la nuestra! No me extraña que despiste a los demás. ¡Hasta a mí me ocurre! A veces, siento el deseo de lanzarme en sus brazos, de besarle hasta desgastarle. Otras, me lo comería a mordiscos. Lo mataría y lanzaría su cadáver a las hienas. Supongo que a él le ocurrirá algo similar. Es lo que tiene ser tan parecidos. Amor-odio. Odio-amor. En todo caso, no podía ser. No debía ser. Y alcanzamos cierto ten con ten. Una amistad rara, peculiar, única. Una conexión casi espectral.

Tampoco es que Iturri sea un tipo fácil. Es una especie de verso suelto, una extraña mezcla de policía y ladrón de fascinantes ojos verdes. No puedo negar su belleza. No «a su modo», como se suele decir de quienes son más bien normalillos. Iturri es guapo en valor absoluto. Alto, moreno, bien plantado, y esos ojos... En sus ojos te puedes bañar como si fueras una sirena. Pensándolo bien, creo que también se atiene a la verdad decir que es guapo «a su modo». Porque Iturri posee algo distintivo, una especie de denominación de origen. Para mí resulta evidente. Aunque puede que sólo lo vea yo. Sí, es posible que juzgando a Iturri no sea ecuánime. Me consta que quienes le conocen gracias a su trabajo lo tienen por un gran profesional. Alaban su tenacidad (jamás le he visto dar una pieza por perdida, aunque alguna le ha llevado años atraparla), resaltan su intuición, pero ninguno deja de mencionar su mal carácter. Es crudo, contundente, impenitente, solitario, feroz. Ni un rastro de humanidad. Ni un asomo. Quienes lo conocen de puertas afuera del trabajo (en este caso, lo de conocer es un eufemismo), me refiero a las mujeres con las que sale, todas



bonitas y delgadas, destacan su espíritu felino, su brío, como de potro sin domar, una especie de sed que nunca acaba de colmarse, y su total desconocimiento de términos como tacto, cariño, escucha o fidelidad. Yo me encuentro dentro de un tercer grupo, un subconjunto que, de momento, no tiene más que un elemento. Yo veo al impredecible, mordaz y maravilloso lobo solitario. Desde mi trinchera, le observo por el rabillo del ojo, como si observara un atardecer rojo, o una luna llena, como si oliera un pan recién horneado o la piel de un recién nacido. Sé que es proclive al mal humor, que es brusco y egoísta, que cuando bebe no hay quien lo aguante. Sé todo eso y mucho más. Pero cuando habla de otras mujeres siento un pequeño ramalazo de envidia. Le he visto llorar, algo mucho más íntimo que haberle visto desnudo.

¡Dios, recordar todo eso es como entrar en el túnel del tiempo! El nombre de Iturri me rejuvenece. Su estampa detiene en seco el reloj, que se apresura a ir marcha atrás. Tengo la extraña sensación de recuperar la juventud. Me vuelvo ligera, fresca como una fruta recién cortada... Delgada. Ahora me veo como un plátano dejado a la intemperie. Blanducho, amarillento con manchas marrones... Una mierda.

—¡Iturri, por favor, aguanta! —susurro.

Me aferré al volante, con la mirada sujeta en la carretera. A mí también se me cerraban los ojos. De vez en cuando, los dedos se me escapaban a la cabeza y constataba la evolución de mis rizos. No sé por qué los rizos me llevan siempre a Iturri. El recuerdo me encogió el estómago. Como la Chata, él había hecho muchas cosas por la causa. No me había ofrecido demasiados detalles, sólo pinceladas sueltas, pero lo poco que había narrado era suficientemente ilustrativo.

«He aprendido a dormir con los sentidos despiertos, Lola; tan agudos como en vigilia. A descansar con la pistola bajo la almohada y el dedo en el gatillo. A aprovechar diez minutos, si eso es lo que hay».

«Un día te dispararás en un pie sin darte cuenta», le repliqué.

«Mejor eso a que te liquide de dos tiros la mujer que yace a tu lado. Es una rata, hija de rata. Ella lo sabe; tú lo sabes. Ella te conoce; tú la conoces. Y sabes que duerme con los ojos abiertos, y la mano bajo su lado de la almohada, a la espera de una orden».

Traté de ponerme en la posición de la Chata; imaginar la velada en que tu pareja te hace partícipe del nombre del próximo objetivo. Cuando lo oyes, los latidos de tu corazón huyen. Es demasiado; sí, es insoportable. Le conoces. Sabes quién es; sabes que su mujer está embarazada, quizá haya tenido ya al niño. Sabes que es tan joven como tú, como lo era tu padre cuando le hicieron saltar por los aires...

No pude seguir pensando en ello. Traté de concentrarme en la carretera. El día se había abierto completamente, pero el sol, bajo todavía, no lograba traspasar la neblina que flotaba sobre el asfalto, más o menos tan densa como la que circundaba mi ánimo. Pensar que éramos la única oportunidad de Iturri me hacía sentir fatal. Pero dejar hervir ese sentimiento no iba a ayudarnos a rescatarle. Debía concentrarme en lo que tenía y soslayar aquella maldita sensación.

Me fijé en el cartel de una gasolinera. El depósito estaba casi vacío, pero en lo que pensé fue en el café que podría tomarme dentro. Ya podía olerlo. Giré la cabeza a la derecha. Matías roncaba. La carpeta que había traído dormía sobre sus piernas. Encendí el intermitente, tomé la salida y me detuve.

Frente a la gasolinera, situado a escasos metros, había un pequeño café del que emanaban aromas de canela y bollería recién horneada. Dejé al comandante en el quinto cielo, le arrebaté con sumo cuidado la carpeta de entre las piernas y me encaminé hacia la entrada. El tono aséptico del camarero contrastaba con la calidez de la decoración. Las paredes estaban llenas de fotografías de tartas, pasteles y *brioche*s. Fresa, manzana, chocolate, nueces; eran tan reales que casi podía apreciarse el vapor que desprendían. También había instantáneas de niños con ojos golosos y bocas teñidas de cacao. Curiosamente, siendo día de diario, el local estaba lleno. Había mucho ruido. No me importó. Pienso mucho mejor entre ruidos que entre silencios. Esperé mi turno, e hice mi pedido. Me lo dieron en una bandeja y fui a

sentarme a una de las mesitas de madera del fondo, dispuesta a echar un vistazo a los documentos de la carpeta de Matías.

El calor del café paseando por mi estómago me revivió. Bueno, eso, y la napolitana de crema que le acompañaba. Recuerdo que pensé que, a ese paso, ganaría en dos días los kilos que llevaba semanas perdiendo a base de comer lo que no me gustaba y de no comer nada más. Como digo, no sé si fue el dulce, el calor de la bebida, la cafeína, o todas esas cosas a la vez, pero, de pronto, volví a mi ser. Recuperé la fuerza que se había esfumado al tocar París. Pensé esperanzada en la liberación de mi amigo Iturri. Es curioso observar hasta qué punto cosas tan nimias pueden ofrecerte regalos tan valiosos.

Disimulé el placer que me produjo la napolitana de crema dejando el plato vacío en el carro de las bandejas y quedándome sólo con la taza de café. El armatoste estaba lleno y me vi obligada a apoyar mi plato sobre los restos de un bocadillo de queso brie, al que habían metido a lo sumo un par de veces el diente, algo que suscitó de inmediato mis desavenencias con su dueño, fuera quien fuese.

Uno de mis problemas con la comida es que soy incapaz de dejar nada en el plato. Ese despliegue de energía no siempre procede del hambre y mucho menos de la tacañería. La razón debe exhumarse en mi infancia, de hecho, es una especie de contraseña para regresar a mis años mozos. Pueden creer que se trata de una excusa manejada para comerme lo de los demás, pero se equivocan por completo.

De niña, en casa, me curaron de esa falsa tendencia al despilfarro que suele aquejar a los ricos. Eso, cuando éramos gente acomodada; luego, cuando mi padre falleció sorpresivamente y dejamos de serlo, lo practiqué con más razón.

«Todos los días, hay gente que se muere de hambre. Sírvete lo que quieras, pero, una vez en el plato, termínatelo. Sería un pecado capital tirar la comida», solía razonar mi padre, pensamiento al que mi madre indefectible apostillaba: «No creas que eso ocurre sólo en África, Lola, también aquí, en Bilbao, existe el hambre». Lo pronunciaba como si constituyera un completo escándalo; una blasfemia contra el Espíritu Santo, que creo que son las peores.

Siempre que voy a un restaurante y veo a esos niños abandonar con desidia media *pizza* de jamón y queso, cuando en los almuerzos de trabajo observo a mis colegas femeninas dejar el plato prácticamente sin tocar, me acuerdo de mi padre. Si pudiera contemplar esta degradación gradual de la especie, volvería a morir.

Es un bonito verbo este de apreciar, muy preciso, muy jurídico. Apreciar significa poner precio; pasar de la apariencia a la realidad a base de cifrar el valor en una cantidad determinada, objetiva. Para esos niños, como para sus padres, el precio de comer fuera debe de ser nulo. Lo hacen tan a menudo que ya no lo aprecian. Al menos, su precio es tan bajo que no merece ni el esfuerzo de cifrarlo.

Entiendo bien el sentido de las pequeñas cajitas que los japoneses, los chinos y, en general, los orientales te entregan a la salida con las sobras de la comida que acabas de pagar. Hoy existen muchos restaurantes occidentales que han imitado esa

sana costumbre. Yo los busco, de hecho, puedo darles una larga lista de ellos, al menos en la capital. Así evito tener que comer sin hambre que desalojar, por pura y simple obligación.

Hay gente que asegura que hay que bajarse del escenario de la infancia y hacerse rápidamente a los nuevos tiempos, que ya no son de hambre cuanto de Apple. Pero qué puedo decirles: hay ciertas cosas que el tiempo no atempera, ni mitiga, ni corrige. Muy al contrario. Cuando se han inscrito en la memoria de forma indeleble, ningún calendario los clausura.

Esta fue la primera desavenencia seria que tuve con mi suegra (después de pretender casarme con su hijo, que fue la original; los orígenes, como lo llamaría un director de Hollywood): la comida o, más bien, su despilfarro.

Mis suegros (Dios los tenga *eternamente* en su gloria) eran navarros de pura cepa, título que no es sencillo de adquirir. Para que te concedan esta distinción tienes que probar, al menos, que llevas suscrito desde su fundación, allá por el año 1903, a la edición matutina del *Diario de Navarra*; certificar que en tu árbol genealógico hay al menos un requeté y un par de monjas, curas o frailes, y que vives o deseas hacerlo en los alrededores de la plaza de Conde Rodezno. Pues bien, un navarro de pura cepa jamás aprobaría la vagancia ni justificaría la ira ni tendría por inicua la envidia. No obstante, para un navarro, que un invitado se levante de la mesa con hambre es una de las mayores vergüenzas que puede soportar. Una amante es una mala práctica relativamente corriente, pero dejar que alguien se vaya sin haber sido cebado es algo completamente intolerable. Insufrible.

¿Y si la mesa a la que te sientas es la de una boda? Pues en ese caso, pecado doble. O sobra la mitad de la comida, o ha sido una boda de compromiso: los novios no se querían, los padres estaban descontentos con el enlace, y la pareja tenía los días contados. ¿Bandejas vacías? Boda de penalti.

«¿Cómo que si damos aperitivo no damos primer plato?, pero ¿qué es eso, dónde se ha visto?». Sí, en la colección de pecados capitales, los navarros tienen uno menos que el resto de los mortales. Allí llaman educación al fomento de la gula. Se pueden imaginar la cara que puso mi suegra cuando sugerí que la gente eligiera un plato. «¿Carne o pescado? ¡Pues vaya una pregunta, los dos! No vamos a andar indagando. ¡Pensarán que estamos arruinados o que tú estás en estado!... ¡No! Si ya lo decía yo... ¡Jaime!».

Jaime tuvo que certificar ante su madre y el cura amigo de la familia que se casaba libre y voluntariamente, sin atisbo de necesidad. Y luego tuvo que convencerme a mí de que siguiera con aquel enlace con el único argumento válido posible: que uno puede divorciarse del jefe, de la pareja y hasta del equipo de fútbol, pero jamás de los padres. Pusimos carne y pescado, y entrantes y el puñetero sorbete de limón. Y, por expreso deseo de la novia, la comida sobrante alimentó a todos los conventos masculinos y femeninos de la zona, incluida La Rioja.

Salimos en el *Diario de Navarra* como está mandado. Mencionaron siete veces

que era bilbaína, para que nadie pensara que las excentricidades procedían de los Garache, navarros antiguos, de sangre limpia, sin rastro judío o árabe, y con escudo blasonado por cuatro curas en la familia, uno de ellos muerto en misiones... Podría alargar indefinidamente la discusión, pero no merece la pena. Es que cuando estoy nerviosa, me da por comer... O por hablar de comida, que fastidia mucho pero no engorda.

En fin, que con el estómago contento, abrí la carpeta dispuesta a procesar su contenido como si fuera la escena de un crimen. Resultó mucho menos glamuroso: se trataba de las fotografías de los vehículos que habíamos visto el día anterior y de unas largas listas de nombres.

—Desprecia ese también —oí a mi espalda.

Di un bote en la silla.

—¡Por Dios, Matías, qué susto me has dado!

El comandante llevaba en una mano un café y en la otra un plato con dos pequeñas magdalenas sembradas de pepitas de chocolate.

—Desprecia ese también —repitió, señalando con el dedo el coche blanco—. Pertenece a otro tipo del pueblo. Me ha llegado una alerta esta mañana. Nos quedan cinco.

Se sentó a mi lado.

—De acuerdo —acaté. Y coloqué esa fotografía junto al resto de las desechadas.

—Ya veo que no tienes paciencia, Lola. De acuerdo, no hace falta que esperemos a llegar a Lyon. Si quieres trabajar, hagámoslo ya.

—Por mí, adelante. No sé muy bien qué debemos hacer, pero estoy a tu disposición.

Eché el cuerpo hacia atrás y cruzó los dedos en la nuca.

—Nosotros somos gente de fe, Lola, creemos firmemente en el procedimiento. Las circunstancias que concurren en cada caso son dispares, pero el modo de procesarlas permanece. Lo hemos probado y funciona. Ese es nuestro soporte: emplear siempre la misma táctica nos impide ir a la deriva, dejar cabos sueltos y perder el tiempo, el más escaso de nuestros bienes.

Debió de percibir la mueca de extrañeza en mi boca, porque se aclaró la garganta y, con gesto satisfecho, siguió en su intento de convencerme.

—En este momento, los secuestradores han tomado conciencia de su fuerza. Iturri lleva casi tres días en su poder: creen que han conseguido lo que buscaban, que abordan terreno llano, que pisan la parte fácil. Piensan que sólo les resta aguantar y la fruta caerá madura en su regazo. Sin embargo, se equivocan. Lo más importante, lo más difícil empieza ahora. Tras el subidón, emergerán los efectos de la repentina bajada de estrés. Se relajarán. Gozarán de su posición. Y ese estado de alivio les hará bajar la guardia y cometer errores. Cuando metan la pata, y tienen casi todas las papeletas para hacerlo, estaremos allí.

—¿Allí?

—Los secuestradores buscarán insuflar apariencia de normalidad a sus vidas. No harán nada que despierte sospechas, nada agresivo, pero tendrán que comer y tirar la basura, se desplazarán en coche, comprarán cerveza... Y luego están los imponderables...

Durante un instante, su voz se vio fusionada con el ruido ambiental. Un grupo de jubilados, lo que parecía una excursión en autocar, entraba en la cafetería y quería recibir asistencia inmediata y visitar los aseos. Matías aguardó a que se dispersaran, para inmediatamente insistir, levantando la voz:

—Procedimiento, jueza, procedimiento.

Traté de sonreír, pero no pude evitar que se me notara el disgusto. Comprendía sus afirmaciones. La mayor parte del trabajo que se desarrolla en los juzgados es

procedimental. En realidad, nuestra labor consiste en encajar hechos concretos en contenedores de distinto tamaño, forma y color. Hay que lograr meterlos donde quepan y no salgan corriendo. Claro que esas cajitas no están fabricadas en madera o en plástico, sino con ideas descritas en leyes, pero no dejan de ser cajas. Hay un envase picudo donde cabe la apropiación indebida, y otro, más pequeño y oscuro, donde se puede encerrar el asesinato. A veces, los emparejamientos son sencillos; en ocasiones, verdaderamente complicados. Sin embargo, cuando he intervenido en las fases iniciales, en los períodos de instrucción donde ni siquiera los hechos tienen apodo o nacionalidad, donde no hay cajas a la vista, sólo salirme del camino me ha brindado la primacía. Instruir no es elaborar un informe pericial comentando el estado de un occiso bien quieto sobre tu mesa metálica. Se trata de encerrar en una caja un hecho que no para de moverse, que no coopera, que no quiere ser sometido. Porque los malos nunca respetan el expediente, para resolver un crimen siempre me he visto obligada a saltarme el procedimiento.

—¿Puedo decirte algo?

—Adelante.

Pero no me decidía.

—¡Venga, Lola, suéltalo!

—Verás, no quiero que pienses que me parezco a esos alumnos pitagorines que se creen capaces de enmendar la plana al profesor.

—Podré soportarlo, adelante.

—Creo que tienes razón, la condición humana se mantiene. No hay nada nuevo bajo el sol. Quiero decir que comprendo la importancia del procedimiento. Sin embargo, no deja de asomarse a mi memoria la imagen de ese claro del bosque...

—Noté que ayer, durante la cena, mirabas la fotografía con fruición, como si fueras un niño y ella un helado de limón.

—No me gusta el limón, prefiero la avellana o el chocolate, pero tienes razón. La escena del coche quemado me impactó...

—¿Qué has visto en ella que te ha afectado tanto?

Cerré los ojos y respiré un par de veces, dejando que el aire llenara mis pulmones.

—No sé, Matías... ¡Habéis insistido tanto en la planificación! Han robado un coche, han preparado placas falsas, han cambiado las matrículas, han cazado a Iturri, que es un policía experimentado, han buscado un sitio donde ocultarle... Todo eso refleja decisión, un plan específico, contar con una meta muy clara, con medios, con recursos e infraestructura. En una palabra: previsión... Y esa previsión me hace recordar una y otra vez el mensaje de Iturri. No hago más que volver a esas palabras: Le Mans, Salamandra. Estoy segura de que hay una conexión. ¡Tiene que existir!

—Sin duda, Lola. Sin duda...

—Y si estás tan convencido como yo, ¿no crees que será más eficiente para nuestros propósitos que lo investiguemos, aunque nos salgamos del procedimiento?

Negó varias veces con la cabeza. Iba a protestar, pero le detuve.

—Déjame que te explique cómo veo yo las cosas, comandante. Hay un secuestrado y unos secuestradores. Podemos enfocar el problema desde cualquiera de esas dos perspectivas y llegar a conclusiones distintas. Empecemos por el secuestrado: Juan Iturri, unos cincuenta años, agente al servicio de la Interpol, soltero, más de dos decenios de experiencia. No es un don nadie, pero tampoco es demasiado importante en ese organismo; de hecho, nadie le ha echado en falta. Con respecto a su trabajo, se ubica en la unidad de información antiterrorista, donde se ocupa de investigar interconexiones. Antaño, de ETA, GRAPO y otros grupos menores; hoy, conexiones islámicas. Se dice que sirvió de enlace en los contactos entre la banda terrorista y los Gobiernos español y francés en la capital suiza y en Oslo. Visto desde este prisma, la pregunta es por qué alguien querría secuestrar a este individuo. Le he dado vueltas al asunto muchas veces y sólo he logrado encontrar tres razones. La primera es que pertenece a la Interpol. Iturri bien podría ser el instrumento empleado para darle a ese organismo en las costillas. La segunda razón es sencilla: Iturri era un blanco fácil. Querían secuestrar a un mando perteneciente a un cuerpo policial y él estaba a tiro. Y la tercera razón, de algún modo que aún no comprendemos, Iturri está relacionado con sus secuestradores. ¿Estás de acuerdo con las razones, Matías?

—Estoy de acuerdo. Permíteme que continúe con tu razonamiento. Si el motivo de su elección estriba en su pertenencia a la Interpol, veríamos lógico el hecho de que el secuestro se efectuara en territorio francés; más exactamente en Lyon, donde se ubica su sede central. Sin embargo, la hipótesis no cuadra con el hecho de que las condiciones del rescate hayan sido enviadas al Gobierno español. Sólo un estúpido secuestraría a alguien que pertenece a la Interpol en Francia para posteriormente pedir el rescate a las autoridades españolas. De modo que, a mi entender, debemos eliminar esa hipótesis: no han secuestrado a Iturri por pertenecer a la Interpol. ¿De acuerdo?

—Totalmente.

—Vale, desechamos la Interpol. ¿Puede ser factible que buscaran apresar a un español perteneciente a un cuerpo de seguridad y escogieran Francia para hacerlo? Tampoco esto tiene mucho sentido. En Francia, territorio extranjero para ellos, que les suponemos españoles, si te pillan armado te meten en la cárcel sin contemplaciones. ¿Por qué asumir riesgos innecesarios?

—Eso es cierto: fuera o no blanco fácil, Francia no es una buena plaza para un secuestro.

Sonreí con maledicencia.

—De modo que estás conmigo. Sólo resta una razón: han buscado específicamente a Iturri.

—¿Estás sugiriendo que se trata de un asunto personal, Lola?

—No lo estoy afirmando, sólo digo que es probable. Y que, por ello, deberíamos prestar atención a su mensaje.



—El que te envió por triplicado.

—El que me envió por triplicado.

—¿Y por qué haría una cosa así?

—No lo sé. Supongo que podemos achacarlo a los nervios, o a la mala cobertura.

No sabría decirlo.

—¿Y por qué te escogió precisamente a ti? —me preguntó Matías.

Respiré hondo.

—Esa es una buena pregunta, para la que tampoco tengo respuesta. Sólo puedo decir que Juan no es un hombre muy sociable. No tiene demasiados amigos, y yo soy una de los pocos que le quedan.

Movió la cabeza en signo de negación.

—Perdona, Lola, pero eso no se sostiene. ¿Momentos antes de que unos tipos con pistolas le encierren en el maletero de un coche, piensa precisamente en ti, una amiga que vive a mil y pico kilómetros de distancia y a la que ve cada seis meses a lo sumo? No lo entiendo.

—Sé que parece extraño, pero eso fue lo que hizo.

—No sé qué opinarán mis colegas, Lola, pero yo no he nacido ayer.

Dejó la frase suspendida en el aire. Me apresuré a responder.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no podemos andarnos por las ramas. ¿Por qué no dices que es tu amante y nos dejamos de leches? No son momentos para remilgos morales.

Agaché la cabeza hasta casi ocultarla en el pecho. ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en ensuciar aquella amistad? Respiré un par de veces, y volví a levantarla.

—Si ese fuera el caso, lo diría, Matías. Si ese fuera el caso, pero da la casualidad de que no lo es. No soy su amante ni lo he sido nunca. Jamás, ¿lo entiendes? Jamás. Hemos trabajado juntos, eso es todo. Y nos queremos mucho, en eso te doy la razón.

—¿Trabajar juntos? Querrás decir que estaba a tu servicio.

—Quiero decir lo que he dicho: hemos formado equipo, quien daba las órdenes y quien las recibía carece de importancia.

No pareció convencerse pero, gracias al cielo, no indagó más.

—De acuerdo. Supongamos que tienes razón. Que han secuestrado a Iturri porque es Iturri, aunque no nos consta ninguna amenaza creíble en los últimos meses. ¿Qué propones?

—Investigar su mensaje. Averiguar qué significan esos dos términos.

—Llevo quince años en esto y es la primera vez que los oigo, juntos o por separado.

—Yo tampoco sé qué significan, pero conozco bien a Juan. Si los ha enviado, es porque tienen algún sentido.

—Al menos, lo tenían para él —replicó Matías con cierta ironía.

—¡No, no, no! No es eso lo que quiero decir. Si me lo ha enviado a mí y no a otra persona es porque cree que soy capaz de entenderlo. Esos dos términos deben de

contener información sobre sus secuestradores, una información que yo debería poder interpretar. Aunque, de momento, no he tenido demasiada suerte.

—¿No estás yendo demasiado lejos?

—Por supuesto que no. Nunca se terminan de desentrañar las claves del funcionamiento de la mente humana. Y, sin embargo, en los matrimonios largos, la pareja puede saber lo que el otro quiere sin necesidad de pedirlo. Algo así me ocurre a mí con el inspector Iturri. Estoy convencida, sé que esas dos palabras describen de algún modo a sus secuestradores, o a la forma de liberarlo. Por ello, mi propuesta es ir a su despacho, entrar en su ordenador y buscar esos términos hasta dar con una pista fiable.

Matías volvió a menear la cabeza.

—Eso nos obligaría a explicar a la Interpol lo ocurrido, algo que, francamente, no consideramos una buena opción.

—¡No me puedo creer que vuestros técnicos no sean capaces de acceder a su ordenador a distancia! ¿Acaso no tenéis en nómina a un *hacker*?

—¿Uno? ¡Tenemos una colección! Ese camino ya lo hemos recorrido, Lola. Por eso lo digo. Hemos revisado su ordenador y no hemos encontrado nada. Ningún fichero con esos nombres, ninguna coincidencia.

—Vale, habéis mirado en su ordenador, pero ¿en qué carpetas? —pregunté tras reflexionar unos segundos.

—En las que contienen los informes de su trabajo contraterrorista, ¿dónde si no? Por cierto, que todos tienen nombres de mujeres... Y hay una carpeta llamada Lola.

—¿La habéis revisado?

—Sí. Habla de dos asesinos en serie.

—Lo imagino. En todo caso, por la forma que habéis buscado, estáis dando por supuesto que su secuestrador pertenece a la Organización, o tiene directamente que ver con ella. Sin embargo, desconocemos a ciencia cierta la afiliación de sus secuestradores. No sabemos quién lo retiene, ¿verdad? Quizá esas palabras correspondan a cualquier otro caso. Muchas veces, cuando queremos señalar algo, no apelamos a lo que verdaderamente lo define, sino a aquello que lo distingue de otras cosas, aunque sean detalles estúpidos.

—¿Puedes hablar en cristiano, jueza?

Asentí.

—A veces, Cristina Pedraza es «la Paticorta». A veces, José Izquierdo es «el Rosa» porque en una ocasión le estalló un rotulador de ese color en las manos y las tuvo una semana teñidas. Salamandra no tiene por qué ser el mote de un terrorista o de un informador: puede ser el alias de alguien que lo parezca. Quizá sea un agente doble, que tiene la lengua muy larga como supongo que tienen esos bichos. Acaso sea un recuerdo de algún pasado lejano del que no tenemos constancia. Lo mismo que el término Le Mans puede corresponder al circuito o a un conductor muy rápido.

—Si aplicamos esa lógica, no llegaremos a ningún sitio, Lola. Cualquier cosa

puede corresponder a esas dos palabras. Y, sea como sea, te repito que no podemos presentarnos en su despacho de la Interpol y pedir que nos dejen revisar sus papeles. Más tarde o más temprano, alguien en su oficina lo echará de menos y atará cabos.

—Por lo que sabemos, en ocasiones pasa semanas fuera, siguiendo algún caso o alguna pista en el extranjero. Tardarán en echarlo en falta. ¡Hagamos un esfuerzo, por favor!

Matías se quitó las gafas y las limpió con una servilleta.

—¿Te importa que salgamos? Tengo que fumar. Y, por cierto, hablando de vicios, dicen que tu amigo no es precisamente abstemio. Que esas palabras podrían proceder de una borrachera...

Negué vivamente con la cabeza.

—Le conozco. Esas palabras esconden una clave, créeme. Estoy pensando que, quizá, no tenga los archivos en el ordenador, sino en papel.

—Es posible. En todo caso, los que han examinado los ordenadores de Iturri sólo han localizado archivos desde el año 2000. No hay nada anterior. Y ahora permíteme que te quite en parte la razón. Tú misma notaste ayer que, por el estado en que quedó el vehículo robado, los secuestradores se habían pasado con el combustible o el acelerador. Frente a lo que acabas de señalar, eso indica precipitación, una evidente falta de previsión. ¿Casa eso con que Iturri fuera el elegido? —Se encogió de hombros y añadió—: Un caso curioso este. El ritmo de esta película está lleno de saltos. Curioso.

—Para ti puede resultar curioso, un reto profesional. Para Iturri es cuestión de vida o muerte. Por eso sigo preguntándome qué significará Le Mans y por qué conjura a una salamandra. Desde que me llegó ese mensaje, pienso en ello, sin llegar a ninguna conclusión. Mi memoria enlazaba a Iturri y Le Mans en algún sitio, sin lograr evocar dónde, hasta que un amigo... Bueno, la forma no viene al caso. Lo importante es que logré recordar. Le Mans fue el nombre con que los investigadores bautizaron un caso que llevó el juzgado de Pamplona donde coincidí con Iturri. No se trataba de un asunto de terrorismo. Eran delincuentes comunes, la mayoría rumanos, que habían formado una red para sustraer coches de alta gama. Aprehendían los vehículos en el sur de España y los vendían en Europa del Este. Contaban con un par de talleres en Navarra, donde los tuneaban. Cambiaban el color, limaban el número de bastidor..., ese tipo de cosas. Se les detuvo. Desde entonces, han pasado lo menos quince o quizá dieciocho años. Puede que veinte, o más. No sé qué puede tener que ver ese caso con su secuestro, si es que ha sido cosa de la Organización, pero es un punto que nos une a Iturri y a mí con el mensaje. Lo malo es que en el expediente Le Mans nunca apareció nadie con el mote de Salamandra. He mirado en Wikipedia, por si las salamandras tenían alguna característica especial, algo que pudiera ofrecernos una pista. Pero no son más que bichos, anfibios bastante feos y llenos de manchas. Lo único especial es que acuden al agua para parir, y no todos. Creo que ese punto no estará relacionado con nuestro caso. En fin... —Terminé los restos del café, ya frío

—. ¿Has leído la novela de Thomas Harris titulada *El silencio de los corderos*, Matías?

—Me temo que no, pero en su día vi la película.

—Entonces recordarás el consejo que el terrible doctor Lecter ofrecía a Starling, la joven agente del FBI: «Vuelve al origen. Ve a donde todo empezó». Yo no hago más que pensar en ello: ¿por qué Iturri? ¿Fue minuciosamente seleccionado, como indicaría el envío de la carta a la presidencia del Gobierno, o fue seleccionado al azar, por pura conveniencia práctica, como señalaría la chapuza del coche quemado? Si optamos por la primera opción, que es la mía, deberíamos indagar qué relaciones pueden existir entre Iturri y Salamandra; entre Iturri y Le Mans, sean quienes sean.

—El caso del que hablas, el de la sustracción de vehículos, ¿de qué año es, de 1995 o 1996?

—Es muy posible que sea de esos años.

—Como te decía, siendo previo al año 2000, tendríamos que buscar manualmente, lo que implica personarse en su oficina y eso es imposible...

—Auguste puede hacerlo, ¿no?

—No sin dar explicaciones, algo que en este momento no nos conviene. —Tomó mis manos entre las suyas—. Lola, créeme, debemos atenernos al procedimiento. —Iba a protestar, pero no me lo permitió—: Antes de que digas nada, déjame que te cuente lo que vamos a hacer. Decías antes que esta ecuación tenía dos lados, el del secuestrado y el de los secuestradores. Si no sacamos nada en claro de Iturri, debemos mirar hacia los secuestradores.

Solté una carcajada.

—¡Obviamente! La pregunta del millón es quiénes son ellos.

—Exacto. Siempre hay que sospechar de los más próximos. No te odian quienes no te conocen. Te odian quienes te ven una y otra vez, gente con quien has vivido algo muy fuerte, personas a las que has metido en la cárcel. Tenemos a gente analizando antiguos casos, también sin hallazgos significativos. Y eso nos hace volver al...

Le corté.

—¡Espero que no menciones la palabra procedimiento!

—No queda más remedio. Verás que no está lejos de lo que tú propones.

—Te escucho.

—Tenemos los vehículos cuyas imágenes han captado las cámaras de la gasolinera de la carretera D517. En uno de ellos van nuestros hombres. Vamos a seguir su rastro. Tengas razón o no, el seguimiento de esos vehículos nos llevará al lugar que buscamos... o, al menos, nos permitirá descartar opciones.

—¡Tú mismo decías que eran demasiados! ¿Qué pueblos nos han correspondido?

Buscó en el móvil mientras afirmaba que necesitaba consultar la chuleta.

—Saint-Priest, Chassieu y Bron: cuarenta mil, diez mil y treinta mil habitantes respectivamente.

—Cuarenta y diez cincuenta, y treinta... noventa mil. ¡Es una barbaridad!

—Ochenta mil. Has sumado mal.

—Las matemáticas nunca han sido mi fuerte. En todo caso, poco importa. Supongamos que tienen un coche cada dos habitantes. Eso significa buscar cinco coches entre cuarenta mil. ¡Es literalmente imposible!

—Lo sé. Suena muy fuerte, pero podemos poner filtros. Primer filtro: la concentración. Descartaremos los centros de las ciudades, los edificios altos y los barrios densamente poblados. En esas zonas es prácticamente imposible ocultar a un secuestrado. Eso quita más de la mitad del territorio. Nos centraremos en las zonas alejadas, limítrofes, y en viviendas aisladas, donde pase lo que pase nadie se entera. Segundo filtro: los contratos de alquiler...

Al ver mi cara de extrañeza, dedicó un rato a explicarme la lógica de lo que él llamaba procedimiento.

—En un secuestro, lo más peliagudo es qué hacer con el secuestrado. Es preciso esconderlo durante un tiempo en un lugar lo suficientemente seguro como para tener la certeza de que no te pillarán por azar. Para ello, se necesita un sitio apartado sin vecinos o donde la vecindad no se entrometa ni te dé la lata. Un sitio que albergue una zona estanca, o, al menos bastante aislada, en la que ocultar al rehén sin que pueda fugarse ni se oigan sus gritos. Todo eso es difícil de conseguir. Una de dos, o te ayuda alguien del lugar permitiéndote que utilices su casa o su granja, o alquilas una casa apartada y la acondicionas tú mismo. Puede que un miembro legal de la Organización haya cedido su casa, pero Lyon no es una zona proclive a la mal llamada causa vasca, y los pocos seguidores con que cuenta están muy fichados. Además, hay una tregua vigente, de modo que lo más lógico es que hayan alquilado una casa para retenerlo.

—Y para eso necesitas firmar un contrato de alquiler.

—¡Eso es, buena chica! Aprendes deprisa. En esa carpeta, además de las fotografías, hay un listado. Lo han elaborado nuestros colegas franceses. Recogen las direcciones de las viviendas alquiladas en los últimos dos meses en los pueblos que nos han correspondido. Verás que también están señaladas en el mapa adjunto. Es muy posible que hayan suscrito los contratos con documentación falsa, pero eso no importa si tenemos la dirección del lugar y algún dato sobre los vehículos buscados. Podemos ir de alquiler en alquiler, y comprobar si alguno de los vehículos de esas fotografías está aparcado fuera. Empezaremos a buscar por esas zonas.

De pronto, me sentí mucho más animada.

—¡Eso es magnífico!

—Lo sería si tuviéramos un pequeño puñado de contratos. Han pulido la lista lo más que han podido, pero aún nos quedan ciento cuarenta y tres contratos de alquiler posibles.

—¡Ciento cuarenta y tres! Tardaremos años.

—Menos si empezamos cuanto antes y tenemos un poco de suerte...

Matías se puso en pie, cogió una servilleta de papel del dispensador y se secó con ella el sudor. Hacía frío, pero el comandante sudaba.

—¿Te encuentras bien?

—¡Claro! Vámonos. Necesito encender un pitillo. De las localidades que nos han correspondido, ¿tienes alguna preferencia?

—¿Preferencia? No, ninguna. ¿Debería tenerla?

—No necesariamente, entonces...

Le sujeté del brazo.

—Un instante. A ver si me he enterado. Vamos a ese pueblo y empezamos a recorrer las calles mirando a ver si localizamos esos vehículos y comprobando qué coches se han aparcado en las casas de cuyos contratos de alquiler tenemos noticia. ¿Es eso?

—Exactamente. Tenemos dos horas hasta el almuerzo. ¿Quieres que empecemos peinando el pueblo más pequeño?

—Lo que tú digas.

—Pues en ese caso, nos centraremos en los grandes. Si yo fuera ellos, no cogería un lugar tan chico como Chassieu. Esta vez conduciré yo, iremos despacio. Tú llevas las fotografías en la mano. Si ves alguno de los vehículos, me avisas.

—¿Así de fácil?

—Es fácil, Lola, pero es un coñazo. Ya me lo dirás dentro de unas horas.

Sentada en el asiento del copiloto, con los listados de propiedades alquiladas en las rodillas y las gafas en vacilante equilibrio sobre la punta de la nariz, oteaba las calles. Lo hacía como si fuera un sabueso, tanto que, medio en broma medio en serio, Matías me recomendó que metiera la lengua.

—¡Un momento! ¿No es ese un Ford Mondeo? Ve más despacio, por favor. Intentaré cotejar la matrícula.

—No tienes ni puñetera idea de coches, ¿verdad, Lola?

Suspiré decepcionada, pero sólo necesité un segundo para aceptar lo obvio.

—Aciertas. Te aviso cuando el vehículo que veo se asemeja al de la fotografía. Lo malo es que ahora todos los coches son muy parecidos, por no decir idénticos.

Matías sonrió al ver con qué interés me tomaba una actividad tan rutinaria. Aclarado el asunto «la Chata», había vuelto a ser el de antes: irónico, amable, mordaz y encantador.

—No te preocupes. Avísame cuando algún vehículo se parezca a alguno de los que buscamos. Ya lo descartaré yo.

Me froté la frente con ambas manos.

—Matías, esto es como buscar una aguja en un pajar. Ya sé que esa es vuestra especialidad, pero no la mía y empiezo a desesperarme.

—¿Quieres que descansemos un rato?

—No, no es eso. Pero me gustaría que avanzásemos más deprisa.

Matías lo pensó durante unos segundos.

—De acuerdo, cambiaremos la estrategia. Saltémonos la ruta. En vez de peinar el mapa calle por calle, iremos de más alejado a menos, a los lugares donde tenemos constancia de nuevos alquileres.

—¡Estupendo! Aunque estoy segura de que con un café en la mano y algo dulce, nos cundirá más. Mira, hay una pastelería. Tiene una bonita fachada, ¿no crees?

—Sobre ese tipo de cosas no puedo opinar, pero un café es un café. Y una magdalena es una magdalena. Eso es lo único importante.

—Eso es cierto, pero la belleza no hace daño a nadie. Paremos aquí.

Matías detuvo el vehículo en una zona reservada para carga y descarga, próxima al local. Ladeé la cabeza hacia la derecha y dirigí la vista hacia el cielo, a través de la ventanilla del coche. En aquel momento, no llovía. Descendí y a toda prisa desaparecí tras la elegante puerta acristalada.

Junto a nuestra plaza de aparcamiento, había otra vacía. Lo estuvo durante poco tiempo. Un automóvil oscuro aparcó en ella. Bajó un hombre grande, bien abrigado. Llevaba un gorro de lana y la capucha de la cazadora puesta. Abrió la puerta trasera, enredó unos segundos en el interior y se incorporó con un niño de pocos meses en la mano. Iba enfundado en un buzo acolchado, con gorro y guantes. A Matías le resultó gracioso verlo. El niño iba tan embutido en él que, de no ser por sus llantos, hubiera

podido confundirlo con un maniquí. Cuando el hombre con el niño entraban en la cafetería, salía yo. Llevaba ambas manos ocupadas por los cafés y la bolsa con las magdalenas, pero me las arreglé para abrirles la puerta y facilitarles el acceso.

Matías bajó para ayudarme con la bolsa, que amenazaba con caerse.

—El tuyo era solo, ¿no?

—No. El mío con magdalenas.

—Vale. Negro con magdalenas. Yo me quedaré con el proteico: leche desnatada y sacarina. Sin magdalenas.

Al cabo de un momento, mientras dábamos cuenta de los cafés y el dulce, el hombre del bebé regresó a la calle. Llevaba un ejemplar de *Le Monde* bajo el brazo. Volvió a colocar al niño en su silla y partió.

Acerqué los labios al café. Seguía ardiendo.

—Matías, ¿te has fijado? Es un Volkswagen y tiene matrícula española...

—Y un bebé y una silla. Eres una lince, Lola.

—¡Sigámoslo!

—Recuerda que lo habíamos descartado. Con el poco tiempo del que contamos, no es lo más sensato.

—Tienes toda la razón, pero esto parece una jugada del destino.

—¿Del destino?

—Digamos que es una corazonada. Sigámoslo unos minutos, hasta ver adónde va. Luego, volvemos a lo nuestro.

Hacía muchos años que Matías había aprendido el arte de seguir a un vehículo sin ser detectado. Pero, en aquella ocasión, pensó que no merecía la pena perder el tiempo con camuflajes innecesarios. El conductor llevaba a un niño, que no paraba de berrear. No iba a fijarse en nosotros.

Cruzamos media ciudad en dirección sur. Cuando abandonábamos la zona más poblada y nos dirigíamos al extrarradio, rompí el silencio para observar lo que, a aquellas alturas, resultaba obvio:

—No tiene sentido que recorra tanta distancia para comprar un diario que se vende en cualquier parte.

—Estaba pensando lo mismo —confirmó Matías.

El Volkswagen se desvió hacia la derecha y continuó por un camino sin asfaltar que conducía a una casona lejana. Nos detuvimos y observamos avanzar al vehículo mientras escuchábamos el crujir de gravilla. Matías cogió los prismáticos.

—Sin duda es el de la fotografía. Su matrícula tiene una efe y un ocho —observó. Recorrí con la vista y el dedo índice el listado de los alquileres.

—¿Cómo se llama este lugar?

—Calle de L'Humanité —leyó el comandante, en el cartel cercano.

—Pues confirmo que es una de las casas recién alquiladas. La tienen desde hace una semana y la han alquilado por dos más.

—El hombre saca al niño. Parece que se ha dormido.



Permanecí pensativa.

—Cuando nació mi hija mayor, no conciliaba el sueño con facilidad. Y lloraba hasta taladrarte los oídos. Lo único que la calmaba era el coche. La montábamos en la silla y hacíamos kilómetros y kilómetros. Me temo que a este padre le ocurre lo mismo. Tenías razón, hemos perdido el tiempo.

Matías asintió.

—¿Qué hora es?

—Faltan diez minutos para las dos. ¿La última pasada?

—Vale, la última. Según el GPS, a dos manzanas hay un supermercado objetivo. Hagamos una pequeña ronda. Luego, volveremos a Lyon. O entre Auguste y la Chata se comerán todo tu queso.

—¿Supermercado objetivo? ¿Y eso qué es?

—¿No te lo he explicado? —Negué con un gesto—. ¡Lo siento, se me ha olvidado! No suelo instruir a juezas pelirrojas y cojoneras...

—¡No te metas conmigo, que he pagado el café y las magdalenas! Cuéntame qué es eso del supermercado objetivo...

—Una de las cosas que más teme un terrorista, o cualquier otro delincuente, asesino, ladrón o violador es ser localizado y neutralizado antes de terminar su fechoría. Por ello, evitan frecuentar todos aquellos lugares donde alguien pueda identificarlos. Hoy en día, la videovigilancia se ha erigido en una de las formas más usuales de identificación. No se sabe con exactitud, pero en Londres, por ejemplo, entre privadas y públicas, se estima que hay más de dos millones de cámaras. A veces, no sirven de mucho. Otras veces, sí. Permitieron, por ejemplo, a los británicos, identificar a los responsables del atentado de julio de 2005; o a los americanos fichar a los sospechosos del atentado de la Maratón de Boston. Aquí en Francia, y en provincias, la práctica no está tan extendida, pero existen bastantes cámaras. La gente se siente más segura si hay vigilancia de ese tipo en su barrio, junto al cajero, en el aparcamiento. Y los comerciantes, en especial los supermercados, que sufren pérdidas millonarias por los robos, tres cuartos de lo mismo. De modo que instalan cámaras en puntos estratégicos. La Organización lo sabe y, por ello, forma a su gente en el camuflaje. Antes de elegir un territorio, identifican qué tiendas de alimentación no poseen cámaras en su interior o en los alrededores, lo que en la práctica implica no tener por vecinos a bancos, joyerías o cadenas de ropa, que siempre cuentan con vigilancia. Si esta gente pertenece a la Organización, comprará en un supermercado objetivo. Obviamente, nosotros tenemos la misma lista que ellos...

—¡Sois unos genios, Matías! A mí jamás se me hubiera ocurrido.

—Cierto. Tú tienes pinta de asesinar con veneno...

—¡Qué bien calas a la gente, amigo!

De pronto, empezó a llover a cántaros. Con diferencia, es la tromba más fuerte que recuerdo, y eso que soy del norte. No era una lluvia normal, ni siquiera un aguacero fuerte. Era como si el mar se hubiera inclinado noventa grados y nos hubiera cogido en medio. En instantes, la calle se convirtió en un arroyo improvisado: el agua discurría por el asfalto arrastrando hojas, papeles y colillas abandonadas. No se veía un alma...

—Los aguaceros son muy típicos aquí —interviene el comisario Mathieu. Ha seguido bebiendo, pero le noto más despejado.

—No son tan típicos... —replica el fiscal Noël.

—¿Quieres que miremos las estadísticas? —protesta el primero.

—No, suegro, no. Pero...

Les detengo.

—Un momento, querido fiscal; ¿eres el yerno del comisario?

—Sí. Y Pierre es tío de mi mujer y cuñado de mi suegro. En estas provincias, todo queda en casa. Ya te lo habíamos comentado.

—Pues no me acordaba.

—Anda, sigue...

—Vale. Estaba hablando de la tromba de agua. Era tan intensa que no puedo dejar de anotarlo. Estábamos aparcados ante el supermercado objetivo que el comandante había seleccionado.

—¿Crees, Matías, que alguien se animará a hacer la compra con este tiempo?

—Cuando hay hambre, no hay lluvia que valga. Además, son las dos. En Francia, a esta hora, todo el mundo está almorzando. Es la mejor hora para comprar si eres de los malos: la probabilidad de que alguien se fije en ti es pequeñísima.

—Eso es cierto. Me refiero a que todo el mundo en Francia está almorzando a esta hora. Todo el mundo, menos nosotros. Iturri tiene suerte de que haya gente como tú —le indiqué. No respondió.

Los cristales empañados impedían ver la calle. Había sacado un paquete de pañuelos y los empleaba para limpiar los cristales. O al menos eso era lo que pretendía. En realidad, lo más que conseguía era que la celulosa húmeda se adhiriera al cristal.

Estábamos tan absortos viendo llover y la visibilidad era tan escasa que no los vimos hasta que los tuvimos justo delante. Eran las dos y veinte. El hombre que estaba sentado en el asiento del copiloto descendió, mientras el conductor permanecía en el interior. No pudimos verle el rostro, llevaba la capucha puesta. Caminaba

encorvado y con grandes zancadas. Incluso después de que aparcaran en segunda fila ante la tienda de ultramarinos, no fuimos conscientes de que aquel modelo de vehículo estaba en nuestra lista. No es que seamos cortos de vista, que un poco lo somos, es que, a pesar de mantener la vaga esperanza de que alguien apareciera, dábamos por sentado que aquello no ocurriría.

—¿Alcanzas a ver la matrícula? —pregunté a Matías. Como digo, él es miope, pero lleva gafas, lo cual le daba una superioridad notable frente a mí, que no veo pero soy coqueta y no empleo las lentes casi nunca.

—No. ¡Con esta maldita lluvia no se ve un pimiento!

—Vale, bajaré, compraré alguna cosa y al pasar lo comprobaré. ¿Qué letras o números debería contener?

—La imagen muestra claramente un tres y puede que el segundo número sea un cinco. Lola...

—Dime.

—No hagas tonterías, ¿vale?

—Yo también me pondré la capucha, no te inquietes —pronuncié con ironía.

Esperé a que el hombre estuviera dentro y hubiera cerrado la puerta para descender de nuestro coche y cruzar. Recorrí el corto trayecto que nos separaba de la tienda con rapidez, lo que no evitó que me empapara. Los truenos habían cesado, pero el aguacero seguía arreciando. Permanecí unos instantes en la tienda, contemplando lo que me rodeaba. Había una persona tras el mostrador, una mujer de mediana edad. Le sonreí. Ella respondió a mi gesto bajando de nuevo la vista y pasando una hoja de la revista. Deambulé por los pasillos hasta dar con el hombre.

No se había desprendido de la capucha, como había hecho yo. Pese a ello, pude apreciar que tenía el cabello oscuro, rizado, y una barba poblada. Su ropa presentaba un aspecto descuidado. No pude precisar la edad, pero me pareció joven. Me acerqué a él, estaba en la sección del arroz. Revisé varios paquetes hasta colocarme apenas a dos pasos de su posición.

Ahora me doy cuenta de que, en circunstancias distintas, con más tiempo para pensar, me hubiera comportado de forma más sensata. Sé que es condición *sine qua non* de un investigador que sea invisible. Hacerse notar, intervenir en la escena, se tiene por pecado mortal. Sin embargo, yo no tengo madera de informador y tendría que volver a nacer. Me dirigí a él en francés, con toda la amabilidad de la que fui capaz.

—Disculpe, ¿sería tan amable de pasarme un paquete de esos? Está tan alto que no llego —le pedí, mientras señalaba con el dedo la parte más elevada de la estantería.

No me hizo caso. Pero yo soy..., en fin, creo que a ninguno de vosotros os extrañará que diga que insistí.

—A mí no —señala Pierre—. De todos modos, en insistir, hoy no nos gana nadie: estamos soplando como si mañana impusieran de nuevo la ley seca.

—¡Anda, calla, forense! Deja que siga, que está muy interesante.

—Vale, pues insistí.

—Perdone, ¿puede ayudarme? ¿Me alcanza ese paquete, *s'il vous plaît*? Es que soy algo bajita...

El hombre emitió un sonido gutural que revelaba su sensación de desagrado, pero se puso de puntillas, deslizó su mano desnuda, de piel aceitunada, por el estante, alcanzó un paquete y me lo entregó, siempre mirando hacia el suelo.

—Ah! *Vous êtes très aimable, merci.*

Me dirigí a la entrada, pagué y regresé al lado de Matías con el paquete de arroz salvaje de grano largo, pensando en que bien podría haber cogido unas galletitas o unas patatas fritas.

Al entrar en el coche, traté de sacudirme la humedad con las manos, hasta que me di cuenta de que resultaba inútil. Me desprendí del abrigo y lo coloqué en la parte de atrás. Cogí un pañuelo y me sequé las manos, que quedaron rebozadas con pequeños trocitos de celulosa. Con gesto de frustración, comenté a Matías:

—Ese tipo es extranjero, yo diría que árabe, a tenor del color de su piel y el cabello. Y lleva la barba sin recortar. Joven, no creo que llegue a los treinta, y no habla francés. Se comportaba como quien teme ser reconocido. No me extrañaría que, de pronto, sacara un arma y atracara la tienda.

—Pues creo que eso no va a pasar: acaba de salir.

Inmediatamente, sugerí a Matías que lo siguiéramos, y él estuvo de acuerdo. Los números de la matrícula coincidían.

Mientras Matías conducía, yo traté de tranquilizarme. Estaba como un flan. Si bien me disgusta reconocerlo, concedo que más que valiente soy temeraria. Actúo y luego, cuando las cosas se enfrían, cuando pasa el tiempo y pienso en lo ocurrido, pierdo el valor. Al menos, parte de él. Elevé el mentón y mantuve el rostro firme, fingiendo seguridad en mí misma. Eso lo hago muy bien. Me refiero a lo de simular firmeza cuando carezco de ella. En tantas ocasiones he aparentado fortaleza donde no había más que debilidad que voy cogiendo callo. Es lo que pasa siendo mujer en el masculino reino de la justicia, los hechos, los datos y la linealidad.

Pero Matías, tipo experimentado, al verme, arrugó la nariz, remontó las gafas y esbozó una sonrisa pícaro.

—¿Asustada?

—¡No!... Bueno, un poco, sí. Quizá nos hayamos confundido y no sea la Organización la que esté detrás de esto. Ahora que si los responsables pertenecen a una facción islámica... —Se me quebró la voz.

El comandante dejó escapar un suspiro.

—No adelantemos acontecimientos, ¿vale? Veamos adónde se dirige.

—Cierto. Es mejor no anticiparse —concedí, y volví la mirada hacia él. Noté que Matías había recuperado su desagradable tic, algo que me hizo sonreír. «Cuanto más débil, más fuerte», solía decir mi padre. Y tenía razón.

De pronto, dejó de llover. La lluvia se fugó ágil como una gacela; tan rápido como había venido, tan pronto como un amor de verano o como los ecos del éxito. Y con la misma celeridad, las aceras germinaron. El barrio, un suburbio de humildes y abigarrados edificios, empezó a llenarse. Vi un grupo de chicos con un balón en la mano. Y a un hombre que acarrea una bicicleta al hombro. Y chilabas. Y mujeres cubiertas. Y muchas barbas de todos los colores.

—Estamos entrando en el barrio musulmán —comenté en un susurro, aunque resultaba obvio.

—¿Tienes un pañuelo, o algo similar con el que puedas cubrirte el cabello? Vamos despacio y la gente nos contempla.

—¡Pues mira, sí! Da la casualidad de que llevo un pañuelo en el bolso. Lo guardé cuando bajé a la tienda, para que no se mojara. Es de seda.

Me agaché, lo saqué del bolso y me lo coloqué en la cabeza, intentando cubrir la mayor superficie posible. Mis rizos pelirrojos estaban completamente desmandados.

Continuamos nuestra marcha. El vehículo al que seguíamos giró a la derecha y se incorporó a una calle ancha. En ese momento, Matías se fijó en mí.

—¡Por Dios, Lola, quítatelo! ¡Quítatelo ya!

—Quitarme, ¿qué?

—El pañuelo.

—¡Pero si has sido tú quien me ha pedido que me cubriera!

—¡Sí, pero no con eso!

—Reconozco que los colores son muy vivos, pero...

—¡No, no es eso, está lleno de pájaros! Lo tienen prohibido.

—¿Qué, los pájaros? Pensé que no podían representar personas, pero ¿pájaros?

—Lo llaman aniconismo. Tienen prohibido representar imágenes, tanto de personas como de animales. Creen que así se previene la idolatría.

—¿Idolatría? ¡Por todos los santos, son pájaros!

—Lo sé. Pero esa es su tradición. Según el Corán, los hombres que reproducen la figura humana o de otros seres animados pretenden ser imitadores de Dios, único creador. Ese hecho es tenido por una blasfemia completamente punible. ¿No has leído cómo están destrozando templos milenarios? Se debe a que la prohibición se extiende a la destrucción del arte ya existente. «Los ángeles evitan las casas que contienen una imagen, una campanilla o un perro», dice el Profeta. En este barrio, me temo, será difícil que encuentres una alfombra, un vestido, una almohada, un cojín, una pared o una cortina que contenga el dibujo de un pájaro.

Me quité el pañuelo. El vehículo volvió a girar a la derecha. Esta vez entró en una calle más estrecha.

—¿Y qué hacemos? ¡Casi es peor ir sin él! ¿Quieres que me agache y me tape con la gabardina?

Matías volvió a mirarme.

—Pues si no te importa, estaría bien. Pero, antes, abre la guantera y busca un *tasbih*. Es una especie de rosario...

Lo busqué a toda prisa. La guantera estaba repleta de una variedad de objetos, a cuál más peculiar.

—Siempre hay que estar preparado —se excusó.

Desplacé el asiento hacia atrás todo lo que pude y me arrebujé en el suelo. Me coloqué el abrigo por encima. Matías se desprendió del suyo y también me cubrió con él. Se hizo la oscuridad, la incomodidad y la turbación.

—Esta gente me da miedo —confesé.

—Debe dártelo, Lola. Debe dártelo.

Pasaron unos minutos angustiosos, en los que el comandante no mentó palabra y mis músculos cantaron la marcha fúnebre: no podría ponerme derecha en semanas. De pronto, nuestro vehículo se detuvo, y oí la voz del comandante, de nuevo enérgica.

—¿Ves lo suficiente para comprobar la lista de coches y matrículas?

—Lo intentaré.

Empujé los dos abrigos hacia arriba y formé una especie de bóveda donde entraba la luz, escasa pero suficiente. Rebusqué hasta dar con mis gafas.

—Estoy. ¿Qué debo mirar?

—El Renault. Dime qué se ve en la fotografía.

—Una ge y una ese.

—¡Bingo! Dos de los coches que han captado esas cámaras están aquí. ¡Vamos a avisar a Villegas!

Montamos guardia en las cercanías del lugar donde entraron. El plural es un eufemismo; yo no salí de mi cueva, aunque, de cuando en cuando, asomaba la cabeza por la ventana. Hombres y mujeres iban y venían, los niños corrían. Era un barrio cualquiera. Quizá la diferencia estribaba en que en otros barrios próximos habían adornado las calles con luces y estrellas, mientras que en aquel consideraban la Navidad como la fiesta del enemigo. Y no se avenían a modificar el ritmo de las horas.

En una de mis incursiones visuales, acerté a ver unos gorriones. Quizá no fueran gorriones, no entiendo demasiado de flora o fauna, pero, desde luego, eran pájaros. Pájaros de ciudad, pequeños, simples, alegres, y no pude dejar de pensar en lo que Matías acababa de explicarme: ¡competidores de Dios!

Los minutos pasaban y Matías se mostraba cada vez más nervioso. Habló con Villegas lo menos cinco veces. Este no dejaba de decirle que el dispositivo estaba preparado y que llegarían enseguida. Pero no llegaban. O quizá estaban en ello. La definición de «enseguida» en situaciones de estrés como aquella es, más bien, incierta.

Una mujer vestida completamente de negro —vestido negro, velo negro, guantes negros, mascarilla negra— y con la cara cubierta, a excepción de los ojos, pasó a nuestro lado. Llevaba una gran bolsa de plástico colgada del brazo y otra más pequeña sujeta con la mano. A la altura de mi puerta, se le cayó esta última, y se agachó a recoger el contenido: algo de ropa. Me estremecí y contuve la respiración. Pero, para mi sorpresa, mi puerta se abrió apenas unos centímetros y me llegó una voz que decía en español, pero con profundo acento francés:

—¡Márchense ya! Nos ocupamos nosotros.

Matías lo oyó igual que yo y dio un respingo. Arrancó.

—¿Qué haces? ¡Acaso nos vamos a ir así por así! ¿Y si tienen a Iturri retenido ahí dentro?

—Iturri no está ahí, Lola. Esta gente no tiene anagramas de la Organización ni placas dobladas. Esta gente no manda cartas a los Gobiernos. Lo que hacen es planear atentados. Si tuvieran a Iturri, lo sabríamos. Lo mejor que podemos hacer es salir por piernas. Y rezar para que no armen mucho follón. O, si están cerca, los que de verdad retienen a Iturri se asustarán. No nos conviene nada que se asusten.

Ya sentada como una persona, y con mis rizos al aire, tomamos dirección a Lyon en profundo silencio, sólo roto de cuando en cuando por las voces de la brigada de asalto francesa. Antes de que llegáramos al restaurante, la SDAT había detenido a veinte personas y requisado armas y explosivos como para hacer bastante daño.

Ya en Lyon, Matías recibió una llamada de agradecimiento de alguien a quien yo no conocía. No compartió conmigo su nombre.



—El restaurante Tomas nos ofreció huevos pochados *à la crème* de chorizo y filete de ternera con zanahorias al vino tinto. Si bien nos acercábamos a las seis de la tarde, y ese menú del día sólo estaba vigente para el almuerzo, accedieron a servirnoslo.

—¿Y dónde dices que estaba ese restaurante?

—En Lyon.

—¿Y los *oeufs pochés* eran *à la crème* de chorizo? —indaga Mathieu. El comisario se ha despejado de pronto.

—Pues sí, como suena: chorizo. Al parecer, el abuelo del dueño era natural de Cáceres, aunque la familia residía en Francia desde los años noventa.

—¡Chorizo! Eso te agradecería, ¿no? —apunta Noël.

—Desafortunadamente, no.

Ni siquiera un plato de jamón de Jabugo hubiera sido capaz de levantar nuestro ánimo. Alrededor de la mesa, nos sentábamos los mismos que la noche anterior; sin embargo, las fuentes estaban como habían llegado: llenas. Ninguno de nosotros (incluida yo) tenía hambre. Sí había algunas botellas de vino vacías. Todos colaboraban, pero la Chata se llevaba la palma. Ya no adoptaba la actitud hostil que contra mí mostraba la noche anterior. En aquel momento, luchaba contra el mundo. Sus armas no eran ya mordaces palabras cuanto cadáveres de cristal con sabor a vino tinto.

Yo me encontraba cansada, pero si sentía unas irrefrenables ganas de llorar, era por las novedades. No había conseguido contactar con Jaime, cuyo teléfono, según afirmaba el mensaje grabado, estaba fuera de cobertura. Tampoco los datos de la investigación parecían esperanzadores. El equipo enviado por Auguste Claudel a Feyzin había localizado y retirado definitivamente de nuestra lista el vehículo rojo, lo que, sumado a los dos con que Matías y yo nos habíamos topado, arrojaba un resultado neto de sólo dos vehículos por localizar. Los alquileres estudiados hasta ese momento tampoco habían aportado datos sospechosos. Cuanto más les escuchaba, más tenía la sensación de que lo que buscábamos no era una aguja en un pajar, sino un alfiler en un bosque. Y no íbamos por buen camino.

El teniente coronel Villegas es una de esas personas perspicaces que descubren siempre el lado vulnerable de los demás. Llevaba un rato observándome. Lo había notado, pero no me sentía con fuerza de aguantar su mirada, de modo que agaché la cabeza y continué con mis cavilaciones, que él interrumpió bruscamente con su voz imperiosa:

—No debes pensar que ha sido un desperdicio, Lola. Ha sido una inversión. Información y paciencia van unidas. Estamos mucho mejor que ayer.

—Si tú lo dices...

—Lo digo. Descansaremos esta noche y mañana continuaremos la búsqueda.

—Calle tras calle, casa tras casa, supermercado objetivo tras supermercado objetivo...

—Exacto: calle tras calle, casa tras casa, supermercado objetivo tras supermercado objetivo...

Si mi tono sonó inconfundiblemente escéptico, el de Villegas fue simplemente duro. Matías terció:

—La jueza sostiene que deberíamos tomarnos más en serio los mensajes que envió el inspector...

—Ya hemos investigado su ordenador. No hemos obtenido nada.

—Pero sólo figuran documentos desde el año 2000...

Auguste nos interrumpió: acababa de llegarle vía *email* un documento a su iPad.

—Ha aparecido un testigo.

—¿Testigo? ¿De qué?

—Del secuestro. Una señora de ochenta y dos años, cuyo balcón se vuelca en la plaza donde hemos situado el punto cero, cree haber visto el secuestro, al menos parte de él.

—¿Y por qué no ha dicho nada hasta ahora?

—No es que no haya querido colaborar, es que estaba ausente de su domicilio. Por el miedo a la ciclogénesis, sus hijos se la llevaron a París. Ya ha vuelto a su casa y mi gente la ha entrevistado. Dice que, en efecto, vio un coche verde, del que bajaron dos hombres: uno era robusto, grueso y grande y el otro bajito y delgado.

—¿Eso es todo?

—Por desgracia, sí. No recuerda más. Sólo que el hombre grueso tenía algo raro en la cara.

—¿Raro, qué coño significa raro?

Obviamente, la pregunta pertenecía a la Chata.

—No ha sabido precisarlo. Mi gente volverá mañana a ver si logra perfilar mejor esa rareza con un retrato robot.

—Algo es algo. Deberíamos dormir un rato. Mañana temprano reanudaremos nuestras gestiones. Almuerzo a las dos. Teléfonos conectados.

—¿Y aquí también tenéis sofá para mí, o puedo buscar un hotel?

—Ya nos lo han buscado, Lola. Tú y yo somos turistas de visita en la zona y hemos alquilado una habitación en una pensión en Saint-Priest, el pueblo que nos toca explorar mañana —señaló Matías.

Gracias a Dios, eran dos habitaciones.

Dormimos poco, al menos yo, que no podía dejar de torturarme pensando en mi incapacidad para interpretar el mensaje de Iturri. La víspera había llamado a Pamplona, pero allí nadie recordaba el caso Le Mans, ni había oído mencionar el sobrenombre de Salamandra. Por no acordarse, ni siquiera me recordaban a mí. Los dos secretarios judiciales de mis años pamploneses se habían jubilado, y la secretaria era nueva. ¡Y yo que me creía tan importante: no somos nadie!

Nos levantamos temprano y buscamos una cafetería donde desayunar. El hostel disponía de ese servicio, pero tuvimos un pequeño altercado con la dueña y decidimos tomarlo fuera. Debo advertir que la culpa no fue suya. Las doce habitaciones con que contaba el hostel estaban reservadas para no fumadores. Había grandes carteles por todas las esquinas e incluso una advertencia plastificada, traducida a tres idiomas (inglés, alemán y español), pegada en la cara interior de la puerta de nuestras habitaciones, situadas en la planta baja, junto a la recepción. Me consta que Matías sabe leer. Sin embargo, misteriosamente, no cayó en la cuenta de la prohibición. Para una exfumadora, y la dueña lo era, los efluvios que alcanzaron el pasillo al abrir la puerta le resultaron inconfundibles. Armó una buena trifulca.

—Ha fumado usted en mi local, *monsieur*, y está rigurosamente prohibido.

—¿Ah, sí? ¿Dónde lo pone?

—¿Dónde? ¡Los carteles están por todas partes!

—No en mi habitación. Vaya a comprobarlo si quiere. En la habitación número tres no pone absolutamente nada.

—¡No habrá tenido la desfachatez de deshacerse del anuncio!

—¿Va a seguir con ese tono agresivo? Lo digo por llamar a mi abogado. Es un bufete caro, de los buenos. De París...

—¡Pero qué desfachatez! Es usted un zafio y un ineducado. Voy a...

—¿Poner una denuncia? Hágalo si eso es lo que desea, pero sabe usted tan bien como yo que lo más que va a conseguir es que me pongan una multa. Ande, no sea usted pesada, y cóbrenos de una vez... Añada la multa, si le place.

Siguiendo la sana costumbre de costearme los vicios (espero que Iturri no se enfade si se entera de que le he llamado así), yo pagué mi cuenta. Matías la suya, desde luego, más abultada.

Entre bollos y café *au lait*, ojeamos el periódico. A toda plana, la portada mostraba fotografías de la redada yihadista llevada a cabo el día anterior por la unidad especial antiterrorista de la gendarmería. El camarero, dicharachero, hablaba de ello con todos los clientes que entraban en su local, y nosotros no fuimos la excepción. Por él nos enteramos de que esa unidad llevaba semanas siguiendo a esa célula. «Los comandos antiterroristas tienen mucha paciencia, ¿saben?, mucha. A veces, esperan meses y hasta años a que llegue el momento preciso: entonces, la desarticulan», nos explicó. Matías y yo le sonreímos con simpatía. Así se escribe la

historia.

No era un bonito día ni un bonito sitio. El cielo estaba gris y había tanta humedad que, de estar aún entre los vivos, al ver mi peinado, la duquesa de Alba se habría muerto de envidia. Cuando salimos del hostel, el termómetro marcaba cero grados. Hacía un frío terrible. La buena noticia era que no llovía. Con un plano en la mano, como simples turistas despistados, dedicamos la primera parte de la mañana a patearnos las calles de Saint-Priest —cuarenta mil habitantes, tres mil hectáreas de superficie total y sólo una fachada interesante que visitar— a la caza de los dos vehículos que nos faltaban. Visitamos el pequeño castillo del siglo XVI, hacía poco remodelado y de propiedad municipal, y todas las tiendas de alimentación que encontramos. Hubo dos conatos de acierto, que resultaron fallidos, pero nos subieron el ánimo. Con las manos vacías, cogimos el coche e hicimos más o menos lo mismo, pero en las zonas menos pobladas. A la hora acordada, volvimos a Lyon. La Chata y Villegas ya estaban allí. Auguste no había llegado.

—Nada por nuestra parte —explicó Matías. Yo ni siquiera podía hablar. Tenía los labios amoratados por el frío y las manos, sin guantes, de color bermellón. Dentro del local hacía calor, y el contraste me produjo un intenso picor.

—Un acierto por la nuestra: el Renault Megane negro. Sin embargo, se trata de un ciudadano aparentemente decente, un profesor de informática, que va a esa zona con su telescopio para observar las estrellas. Las grabaciones de la cámara de la gasolinera lo muestran también allí la semana pasada. Creo que podemos descartarlo. A ver qué nos cuenta Auguste.

Apenas terminaba de hablar cuando se abrió la puerta. El francés entró decidido, como el primer día, se despojó del abrigo, la bufanda (verde esta vez) y los guantes, que dejó colgados en el respaldo de la silla, y se sentó.

—Bingo: hemos localizado el Audi A3 gris cobalto. El dueño, vendedor de repuestos para automóviles, no parece sospechoso de terrorismo, pero tampoco trigo limpio. Apostaría que se trata de una cuestión de drogas. Las drogas y la Organización nunca se han llevado bien, de modo que creo que debemos tacharlo de la lista. Hemos pasado los datos a los colegas de narcóticos. A este paso, vamos a resolver todos los delitos de la región, menos el nuestro...

Empecé a ponerme nerviosa. Estábamos perdiendo el tiempo, un tiempo del que carecíamos.

—Según lo que decís, por distintos motivos, hemos descartado todos los vehículos que aparecían en ese listado, formado bajo la hipótesis de que el coche tomó dirección norte. La pregunta es si no nos hemos equivocado y ellos bajaron hacia el sur —pregunté impaciente.

Todos negaron al unísono.

—El sur no es una opción válida, Lola, demasiado alejado de la zona cero y del lugar de la quema. Sigo apostando por el norte. Estoy seguro de que ese es el lugar —respondió Villegas arisco.

—Pero ¿entonces?

El teniente coronel levantó el brazo para llamar al camarero. Pidió dos tablas de queso, una ensalada de la casa y unos fiambres, mientras nos informaba de que no podíamos perder el tiempo pensando en qué queríamos almorzar. Luego, abrió su mochila negra y sacó la carpeta con las imágenes de los vehículos.

—Si se han dirigido hacia el norte, y tengo por cierto que ha sido así, los secuestradores van en uno de estos vehículos. Eso quiere decir que hemos efectuado, al menos, un descarte erróneo. Volveremos a empezar. No saldremos de aquí sin desandar uno a uno nuestros pasos. Y detectar los posibles errores.

Le observé en silencio. Aquella mañana, el cuello del teniente coronel bailaba más que otros días en el interior de su camisa. Bajo la luz de los focos del restaurante, su delgadez se hacía aún más evidente. Era un hombre acostumbrado a luchar para contener sus emociones. Y doy fe de que casi siempre salía vencedor. Sin embargo, en aquel preciso momento, se palpaba la tensión en sus hombros y en un pequeño rictus en su boca. Se mostró educado, pero en su voz se leía una dureza hasta ese momento ignota. Auguste, por su parte, se había puesto manos a la obra y movía los ojos de una fotografía a otra mientras se pasaba los dedos por la frente. En un momento dado, se levantó y se fue al baño, donde se quedó un largo rato. Dijo estar mareado. Algo sobre un medicamento que le provocaba bajadas de tensión. Le pidieron una Coca-Cola. Y yo aproveché para sumarme y pedir otra. Zero, en mi caso.

La más serena del grupo era, sin duda, la Chata. Cogió su vaso de vino, sólo medio lleno, y lo levantó. Mientras contemplaba cómo se adhería el líquido a las paredes al girarlo, comentó:

—Hemos hecho bien nuestro trabajo, jefe. Y lo sabes.

—Si lo hubiéramos hecho bien, en este momento estaríamos delante de una vivienda, observando a sus ocupantes, y no aquí comiendo esta mierda de queso. Algo se nos ha pasado por alto...

—De acuerdo, entonces necesitamos sugerencias, alguna pista, por pequeña que sea, de qué tenemos que buscar. Porque hemos trabajado como trabajamos siempre...

—Si supiera lo que tenemos que buscar, Chata, ya lo habríamos hecho. De modo que empezaremos de nuevo. Volveremos al grupo original, y no descartaremos a nadie hasta comprobar que no es el que buscamos.

Empezó a coger fotografías y a levantarlas.

—Los quiero a todos, ¿de acuerdo?, a todos. Al furtivo, al camello, al que jode con quien no debe, al del pueblo, a la hija del dueño de la gasolinera y al que lleva una silla de niño en el asiento trasero...

Cuando levantó la fotografía del Volkswagen de matrícula española, miré a Matías.

—A ese lo localizamos ayer la jueza y yo. Nos lo topamos por casualidad y lo seguimos hasta una casa en las afueras. Lo descartamos al ver que el conductor

llevaba a un niño pequeño en brazos. Un crío de meses.

—¿Y cómo era ese conductor? —preguntó la Chata.

—Metro ochenta y tantos, complexión gruesa. No le pudimos ver la cara porque llevaba la capucha puesta. Fue a comprar el periódico: *Le Monde*.

—¿Y por qué lo seguisteis? —nos interrogó Villegas.

Matías se encogió de hombros.

—Lola insistió.

Me expliqué al ver que me miraban.

—Cuando aparece una casualidad como esa, me refiero a toparte fortuitamente con uno de los coches de tu lista cuando paras a tomar un café, hay que seguirla, ¿no creéis? Además, me llamó la atención que el hombre se desplazara hasta allí para comprar un periódico que podía encontrar al lado de su casa, que, por cierto, está dentro de la lista de las recién alquiladas.

Matías le proporcionó la dirección. Yo no la recordaba. La Chata consultó el listado.

—En efecto, esa casa ha sido alquilada por un plazo de tres semanas por un tal Ignacio Pérez Cóndor, español residente en Huarte, Navarra. Según la descripción que figura en el contrato, la casa cuenta con tres dormitorios, dos baños, salón, cocina, terraza y amplio terreno en la parte trasera. Wifi, ropa de cama y toallas están incluidos en el precio. No tiene garaje. Ni tampoco sótano, lo cual es importante.

—¿Visteis con vuestros propios ojos al niño? —Tanto Matías como yo asentimos—. Entonces, dejémoslo correr.

—Pero, jefe, es el único vehículo que no hemos investigado. Deberíamos...

Villegas cortó la protesta de la Chata de raíz:

—Sería el primer caso en el mundo donde se implicara a un bebé de meses en un secuestro. Si te quedas más tranquila, comprueba si la documentación presentada por el inquilino es falsa y si el Volkswagen está a su nombre. De confirmarse, abandona. Tenemos otras cosas de que ocuparnos —ordenó.

El teniente coronel es un hombre educado, amable; cortés, en ocasiones. Pero metido en faena, adoptaba una pose tan seria y autoritaria que producía cierta turbación. Cuando la Chata se levantó, ya tenía el teléfono en la mano. Abandonó el local.

Mientras estaba fuera, nos trajeron la ensalada. Y pan, mucho pan.

Creo que nació a régimen. Cuando viene a este mundo, a la gente normal, les dotan de padres, ADN, una inscripción en el Registro Civil y algún que otro derecho. A mí, como premio de consolación, me dieron un régimen permanente. ¡Creo que mi madre me daba de mamar leche desnatada con sacarina y yo ganaba peso! Pues bien, por el régimen que teóricamente regía mi vida mientras estos hechos ocurrían tenía terminantemente prohibido comer pan, ver pan, oler pan. Ni siquiera mirar el pan. Nada de hogazas, lechuginos, molletes, barras, tostas o baguetes. Ni panecillos de ninguna clase. Salvo la media tostada integral con pavo del desayuno, ni verlo. Y, sin

embargo, desde que sacara los pies de España, me pasaba el tiempo tomando ese alimento. Bueno, pan y queso y cruasanes y un largo etcétera, todos productos infames, depravados, degenerados, malísimos, de lo peorcito: ¡ni un transgénico! Me dije a mí misma que debería buscar pronto una excusa creíble para saltarme la visita al nutricionista, que tocaba la semana siguiente. Según las previsiones, para entonces debería haber perdido dos kilos, lo que me hubiera permitido regalar la faja a alguna institución de caridad para gruesos y gruesas. Me dije de nuevo a mí misma que lo pensaría aquella misma noche y me preparé otra tostada de pan blanco con queso de cabra.

El almuerzo discurrió en silencio. Nadie levantaba la vista de la mesa. Nadie pronunciaba una sola palabra. Sólo se oían los ruidos de los cubiertos en contacto con los platos de loza. Y el sonido del vino al caer suavemente sobre las copas. Estábamos terminando cuando la Chata regresó.

—El carné es de ley. El tío parece legal. Trabaja en un taller de reparación de vehículos. Chapa, pintura, esas cosas... El coche es suyo y el niño también. Acaba de casarse y ha venido con su mujer en viaje de novios.

—¿De viaje de novios aquí? ¡Vaya mal gusto!

—Cada uno celebra sus alegrías como quiere, Matías —le recriminó la Chata.

—Eso es cierto. Jueza, estás muy callada.

—Estaba escuchándoos...

—¿Y?

—Pensaba en la testigo de la que nos habló Auguste. La señora de ochenta y tantos años que vio a los secuestradores. Dijo que uno de aquellos hombres era grande y grueso, como el que nosotros vimos subir a ese Volkswagen.

—La mitad de la población encaja en ese perfil, Lola.

Asentí con la cabeza.

—Cierto, muy cierto. ¿Habría alguna forma de averiguar si ese tal Ignacio Pérez habla francés?

—¿Y eso, qué más da?

—Me llama la atención que un mecánico de Huarte en su viaje de novios compre *Le Monde*, ¿a vosotros no?

Villegas, Matías y Auguste se miraron. El primero negó con la cabeza.

—No ha habido nada.

—¿Nada de qué? —indagué.

—No ha habido ningún comunicado. La Organización suele enviar, como prueba de vida, una fotografía del secuestrado sujetando un periódico del día, donde se pueda ver con claridad la fecha y confirmarla por la portada. Eso no ha ocurrido en este caso. Desde la famosa carta a la Moncloa no ha llegado nada más. Y dejémoslo ya, Lola. ¿Un niño de por medio, un secuestrador con papeles legales y vehículo propio? Lo siento, pero no cuadra.

—Tiene mucha razón, jefe. Hay algo que se nos escapa...

—Y algo serio. Hay demasiadas notas falsas en esta partitura. Este caso es muy diferente de los demás. Hay que empezar de nuevo, desde el principio. No te preocupes, Lola, daremos con ellos.

Detecté una pizca de tensión en su voz. Era un buen momento para mantenerme callada. Pero, obviamente, no pude.

—¿Cómo?

—¿Como qué?

—Pregunto cómo los atraparemos. ¿Qué deberíamos buscar?

—Disonancias, jueza. Tenemos que centrarnos en eso. Ver lo que hay que ver. No lo vemos porque estamos mirando en una dirección errónea. Ese es nuestro problema: conocemos demasiado bien nuestro trabajo. Nos hemos dado por satisfechos demasiado pronto. Puede que no sea la Organización, o al menos no exactamente la misma Organización que nosotros conocemos. Y os recuerdo una cosa, señoras y señores, vamos contrarreloj.

—Un niño es una disonancia —intervino Matías.

—¡Maldita sea, basta ya! Lo del niño es una estupidez. ¡Mierda, vamos a ponernos las pilas de verdad!

El puñetazo que Villegas dio en la mesa sobresaltó a otros clientes. Les pedimos disculpas de inmediato. Y abandonamos el local.

Por orden de Villegas, la Chata se vino con nosotros.



Llevábamos dos horas y cuarto mirando aquella fea construcción de ladrillo, dejada de la mano de Dios al menos desde el Diluvio. Ni una mano de pintura, tejas nuevas o un buen carpintero hubieran conseguido arrancarle la pátina del mal gusto. Parecía una fotografía conmemorativa de la Revolución industrial. Dondequiera que posaras la mirada, hallabas fealdad. La brecha que el descuidado jardín delantero —una colección de hierbajos oportunistas— abría con la ciudad y con nosotros, aparcados en las inmediaciones, parecía ahondarse por minutos.

El cansancio había dado paso al nerviosismo y este a la rabia. Fingía tranquilidad, pero a duras penas lograba mantener quietas las piernas. Aquel lugar olía a viejo, olía a sucio y a desidia. Pero no olía a secuestro. Al menos, para mí, que creo tener fino el olfato, hedía a delito ordinario. Apestaba a laboratorio ilegal, a falsificación de documentos, a todo menos a un secuestro. Y de haberlo sido, ¿por qué permanecíamos allí quietos, en vez de pegar una patada a la puerta, tan vieja que se abriría con un soplido, y mirar si Iturri estaba dentro, solo y sufriendo?

Moví la cabeza contrariada. La luz de aquel atardecer de nuevo lluvioso se veía turbia desde el interior del coche. Tanto Matías como la Chata fumaban y el ambiente estaba muy cargado. Para aquellos dos, el concepto de fumador pasivo no existía. Si bien las ventanillas parcialmente abiertas daban un cierto respiro, el humo no terminaba de dispersarse, lo que no nos impedía ver la entrada de la casa. No había salido ni entrado nadie en el tiempo que llevábamos allí, lo cual eliminaba la posibilidad de que se tratara de un camello de medio pelo. Un camello distribuye droga, por lo que tiene que moverse de modo continuo. Y el Audi seguía aparcado en la puerta de la casa.

Me pellizqué la pierna. Me dolió. Soy una mujer teatral, con gestos teatrales, absurdos. Sin embargo, necesitaba comprobar que aquello realmente estaba ocurriendo. Lo que veía tras el camino de arena y el jardín de maleza cada vez me parecía más irreal; se me antojaba un escenario de ficción, malvadamente volátil; el pequeño universo, frío y poco reconfortante, propio de una obra de ficción, de una película de misterio. Hojas muertas arrancadas del barro, volando a nuestro alrededor, el tintineo lejano de las campanillas colocadas en la entrada de la casa, la nieve que, a ratos, se hacía notar, el silencio...

Hay silencios vacíos. Y otros en los que el aire parece solidificarse y llenarlo todo. Aquel parecía de estos últimos. Notaba la presión de un recóndito zumbido en los tímpanos. No sé, me llenaba la sensación de que lo que me rodeaba iba a desvanecerse de pronto, lo que me permitiría responder a las preguntas que no hacía más que formularme: «¿Qué hago yo aquí?», «¿Qué está pasando?». «No, esto no puede estar pasando. Es imposible. Se trata de un espejismo. ¿Y lo de Jaime? Otro espejismo. No, definitivamente nada de esto está ocurriendo. No puede ser. Tengo que dejar el café. Y el dulce. Y el pan... Bien mirado, si se trata de un sueño, puedo

esperar a dejar las tostadas con queso, cualquier variedad sirve. ¡Por Dios, o me muevo o me muero!».

—¿A qué esperamos, Matías?

—Te lo he explicado ya cien veces, Lola.

—Pues no te he entendido. Para mí sigue siendo un interrogante.

—Simplemente, esperamos, jueza. No se trata de revelar enigmas, sino de seguir pistas.

Empecé a idear una maldad. Entre que aquellos dos se enojaran conmigo y enfadarme conmigo misma por haber dejado a Iturri en la estacada, prefería lo primero. Les diría que necesitaba hacer pis. La Chata había hecho lo propio en el bosquecillo situado a nuestra derecha. Con mi atuendo era un poco más difícil, pero eso no importaba. Se trataba de disimular. Bajaría, daría la vuelta y me acercaría a la casa. Mirando por las ventanas, sacaría conclusiones. Si me pillaban, diría que se me había pinchado una rueda y que necesitaba llamar por teléfono. Ya se me ocurriría algo.

—Tengo que...

—Ni se te ocurra, Lola.

—Es que necesito hacer pis...

—¡Jueza, que no hemos nacido ayer! Esperaremos. ¡Qué poca paciencia!

—¿Llamas poca paciencia a dos horas y media, sin otra cosa que hacer más que mirar la puerta de una casa de la que nadie sale o entra?

—¡Lo has entendido de puta madre!

—¡Chata, piensa en tus hijos y habla como una persona decente!

Me eché a reír.

—En una ocasión, mi marido adquirió un paquete de acciones de un banco. Había fallecido una tía segunda y le había dejado un dinerillo y había oído que era el lugar que más rentabilidad ofrecía. No era un gran capital: cuatro mil seiscientos dos acciones. Estaba encantado con su nueva profesión de entendidillo. Leía periódicos económicos, se conectaba a internet para seguir las valoraciones... Un día, me enseñó una web que mostraba la cotización de la acción a tiempo real, una columna con el mínimo, otra con el máximo y otras tres con las variaciones del momento: rojo si bajaban y verde si subían. Aquella cosa nunca estaba quieta. Rojo, verde, otra vez rojo. Verde, más verde... Se agitaba, subía, bajaba. No pude soportarlo. Me pasaba las horas mirando aquellos flujos. Llegué a casa y le pedí que las vendiera y comprara algo que se pudiera tocar. Estábamos en el año 2006. Me dijo que yo no entendía. Y era verdad. Pero en diciembre, quién sabe por qué, me hizo caso y las vendió, de modo que evitamos la órbita descendente, por no hablar de la caída libre posterior, y, sobre todo, que yo me volviera loca. Esa puerta de ahí delante me recuerda a esa página web. No ocurre nada, pero tengo la sensación de que pasa a toda velocidad del rojo al verde y viceversa.

—Estás un poco mal de la cabeza, ¿no? —preguntó la Chata.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, por todo. Piensas cosas raras, y las mezclas como si hicieras tartas. Aquí se trata de esperar...

Matías se incorporó de un bote.

—¡Silencio! Se abre la puerta...

Los tres contemplamos la escena en la distancia. Aunque estábamos ocultos tras los arbustos y no podían vernos, me agaché.

—¿Es cierto lo que veo? —preguntó la Chata. La guardia, lejos de agacharse, se había incorporado.

El comandante tenía los prismáticos en los ojos.

—¡Bingo!

—¿Qué pasa? —susurré.

—Lleva una bolsa de basura en la mano y las llaves en la otra. ¡Va a tirar la basura!

—Tiene un cubo en la entrada...

—Esa es la cuestión, Lola, no quiere que le identifiquen con lo que hay dentro. Pero para eso estamos aquí. Para ver dónde la deposita llevamos casi tres horas esperando...

—Entiendo —dije—. Si me lo hubierais explicado antes, la espera se me habría hecho más corta.

Mal está que lo diga, pero fue emocionante. Aquel seguimiento me tuvo más encandilada que la página web del IBEX 35 con sus lucecitas rojas y verdes. Me asombró la tranquilidad con que Matías y la Chata se tomaron la persecución. Yo estaba como un flan. Los nervios me punzaban todos los entresijos del cuerpo.

—Y ahora, ¿qué pasa?

—Le seguimos. Aguardaremos a que deposite la basura en un contenedor, o donde sea que vaya a hacerlo, y se retire. Luego, echamos un vistazo al contenido de esa bolsa. ¡Enséñame la basura de un hombre y te diré quién es!

—Lo sé. Los jueces tenemos bastantes problemas con eso. Precisamente porque habla de ti, en cierta medida se puede considerar propiedad privada, lo que la convierte en inalienable.

—Cuando mezclas tu mierda con la de los demás, ya no importa. Y aunque importara, vamos a ir a mirar qué contiene.

Era cierto, el comportamiento de aquel hombre resultaba sospechoso. Dio unas cuantas vueltas alrededor de un puesto de residuos hasta decidirse. Al final, se detuvo, sacó la bolsa del maletero y la depositó dentro. Antes, vació parte del contenido del contenedor y luego lo rellenó, de modo que su basura quedó sepultada por el resto.

Esperamos a que volviera a subirse al coche y se alejara. Pasado un corto margen de tiempo, descendimos. La Chata y Matías sacaron la bolsa, la metieron en nuestro maletero y nos dirigimos al hotel.

—Espero que no huela mal, o los hoteles de la zona no volverán a alojarnos.

—Tranquila. Hemos cambiado de hostel. En esta ocasión, hay habitaciones de fumadores.

Nos vino bien el humo del tabaco. Su olor acre, junto a mi colonia, nos permitieron difuminar los vapores que la bolsa expulsaba.

—¿A qué huele?

La Chata movió con un lápiz el contenido y sacó un envase.

—¡Queso azul, jueza! Lo bien que sabe y lo mal que huele el jodido. Deja atrás las deportivas de mis hijos.

—¿Y no hay nada más?

—¡Pues claro que hay más! Me has preguntado qué olía mal, y te he contestado. Pero si ha venido tan lejos a tirar su basura no ha sido por eso, sino por esto. — Extrajo lo que me parecieron cartuchos de tinta y varios botes de pegamento. Había también unos trapos manchados de tinta de color plata—. ¡Aquí estás, ven con mamá! Y sobre todo por esto, Lola.

Me enseñó una pequeña tira de papel.

—¿Sabes lo que es?

Me puse las gafas y lo miré unos segundos.

—Este papel con fibrillas integradas se parece al utilizado en la impresión de documentos oficiales. Pasaportes, sin duda. Y quizá visados.

Matías cogió la tira y la observó.

—¡Totalmente de acuerdo! Apuesto a que si entramos en esa casa no encontraremos telescopios, sino ordenadores, guillotinas, sellos y máquinas para grabar. Este tío no observa las estrellas: es un falsificador.

—Y entonces, ¿dónde está Iturri? —pregunté.

Estábamos comentando lo ocurrido cuando llamaron a la puerta. Entró Villegas. Sus ojos se posaron sobre la tabla corrida que hacía las veces de mesa, y que nosotros habíamos forrado con papel higiénico. Todo el contenido de la basura estaba sobre ella. Amén de nuestros hallazgos, podían verse algunas latas arrugadas de cerveza, un par de cartones de leche, un bote de mayonesa de cristal y envases de helados.

El rostro de Villegas presentaba un color macilento.

—¿Qué es todo eso?

—No vas a creerte lo que nos hemos encontrado, jefe. Si seguimos así, en un mes reduciremos la criminalidad en la zona a la mitad. Hemos dado con...

El teniente coronel no le permitió terminar.

—No habéis dado con Iturri, ¿verdad? Ese es nuestro objetivo, lo demás no nos concierne. Es más, nos importa una mierda.

Matías y la Chata se cruzaron una mirada. Villegas siempre se mostraba comedido y nunca decía palabrotas.

—¿Qué ocurre, jefe? Tienes mal aspecto.

Se frotó la frente.

—El maldito queso. Eso pasa por saltarse las normas. Siempre lo digo, hay que mantener las rutinas. Pase lo que pase, mantener el procedimiento. El queso me ha sentado mal. He vomitado ya tres veces. Espero que haya sido suficiente y el estómago se asiente de una vez.

—Perdona, pero nos conocemos demasiado bien. Hay algo más que el queso. Tengo la certeza de que ha acaecido algo importante.

Se sentó sobre la cama. Aproveché para esparcir un poco más de colonia por la habitación. Olía fatal.

—Aciertas, amiga. Como siempre. Acabo de mantener una larga conversación con la vicepresidenta del Gobierno español. Ha telefoneado ella.

Durante unos segundos, el silencio llenó la habitación. Ni siquiera yo me atreví a romperlo. Finalmente, Matías preguntó lo que todos deseábamos saber:

—Bueno, ¿y qué te ha dicho?

Inspiró hondo un par de veces. Le costaba soltar las palabras.

—¡Venga, jefe! Los problemas, mejor sin anestesia.

—Me ha dicho que está convencida de que podemos con este caso.

Esta vez no pude amordazar la lengua a tiempo:

—Y tú, ¿estás convencido? —pregunté. Me salió directamente del corazón.

No me respondió.

Un nuevo silencio; esta vez, más largo.

De nuevo, intervino Matías:

—¿Y qué más te ha dicho, Villegas?

—La señora me ha contado que esta mañana ha tenido dos visitas inesperadas.

Dos audiencias peculiares. Las dos personas procedían del País Vasco. Las dos muy distintas, un político y un cura, pero con un mismo fin.

—¿Han ido juntos o por separado? —preguntó la Chata—. Porque a los políticos, en general, les viene de perlas tener un cura al lado. Se ensucian mucho el alma.

Villegas frunció el entrecejo. Matías aprovechó para encender un cigarrillo y la Chata lo imitó.

—Este no era un cura cualquiera, Chata. Era un mensajero. Ambos lo eran. Y cualificados. Han acudido a la Moncloa con una única misión: confirmar la historia de que la Organización no tiene nada que ver con este secuestro. Dicen que no son ellos. Que no lo han llevado a cabo ni lo han alentado. Lo juran sobre la Biblia.

—¿Y nosotros tenemos que creerles? —preguntó la Chata. Como Villegas no le contestó, añadió—: ¡Pues estamos jodidos! Nos han pillado en cueros. Desnudos como putas y con la mente en blanco. Sin testigos ni hilos de los que tirar.

Matías meditó sus palabras antes de susurrar entre dientes:

—Nunca pensé que diría esto, pero me gustaría que fueran ellos. Sería bueno para Iturri. Nos ayudaría mucho que la vicepresidenta se equivocara. De ellos, sabemos cómo se las gastan. De unos desconocidos...

—Pues me temo, querido amigo, que existen muchas posibilidades de que no sean ellos. Los de Madrid sostienen que la Organización está fuera de toda sospecha. Y no sólo eso...

—¿Aún hay más? —pregunté. Me había sentado también sobre la cama, a cierta distancia de Villegas. No podía creerme lo que oía. Si no eran ellos, ¿cómo encontraríamos a Iturri?

—Me temo que sí. La banda se ofrece a enviar un hombre para ayudarnos en lo que pueda. Quiere hablar con nosotros. Aunque no hayan sido ellos, han...

Rosa le cortó de raíz.

—¡Y una mierda! Por encima de mi cadáver...

—Chata, por favor.

—¡Sobre mi cadáver, jefe! —reiteró—. Hablo en serio: si ellos vienen, yo me voy.

—No hablo de una opción, Chata. Esa persona, el enviado, ya está de camino. Al parecer, conoce a Iturri.

—De modo que ya ha trascendido...

—No, Matías. Me he explicado mal. Desconocen el nombre del secuestrado, pero, al parecer, es uno de los que han liderado la negociación con los Gobiernos, en la que también participaba Iturri.

—No cuentes conmigo, jefe. Y ni se te ocurra decirme que es una orden. Ya he dado suficiente por este país...

De nuevo, volvió el silencio y el humo de los cigarrillos. Y mi desazón fue creciendo hasta anudarme la garganta.

—Desde que he hablado con la vicepresidenta vengo pensando en ello, y he

llegado a una conclusión: me da lo mismo quiénes sean las personas que retienen al inspector, a nuestro colega. Sean quienes sean, nosotros no modificaremos nuestro modo de actuar. —Señaló las latas de cerveza—. Miramos la basura no porque pertenezcan a la Organización, sino porque los desperdicios de la gente nos dan muchas pistas. Buscamos los coches que aparecen en las cámaras o los supermercados remotos porque la lógica dice que debe ser así. Continuaremos haciendo lo que sabemos hacer.

Me puse de nuevo en pie.

—¿Por qué alguien se toma tantas molestias para parecer lo que no es? ¿Por qué fingien pertenecer a una Organización que los repudia? ¡No lo comprendo!

—No tengo respuesta para eso, Lola. Sólo un método y mucha paciencia.

—¿Y de qué servirá ahora el método, la paciencia y el consabido procedimiento? Este era el último vehículo de la lista. Ya no hay más automóviles que buscar. Ni alquileres. Sin embargo, dejadme que os recuerde que nos queda su mensaje. Dos indicios a los que no habéis prestado la debida atención...

—¡Los malditos mensajes! ¡No significan nada, Lola!

—No entendemos lo que significan, que no es lo mismo...

—Estás equivocada.

—Es posible, pero ¿y si el equivocado eres tú?

Volvieron a llamar a la puerta. Era Auguste. Dejé pasar unos segundos y volví a la carga.

—Villegas, no tenemos nada más y debemos buscar disonancias... ¿es así como lo has llamado? —El guardia civil asintió y yo aproveché para reiterar la petición hecha por Matías—. En ese caso, permítenos indagar más a fondo en el mensaje que nos envió: encontraremos esas disonancias. Estamos en Lyon. Podríamos acercarnos a su casa, me refiero a la casa del inspector, y...

Auguste negó con viveza. Su rostro también se había tornado grave.

—Mi gente entró discretamente en el apartamento del inspector Iturri cuando todo esto empezó. Lo registraron de cabo a rabo. No hallaron signos de lucha ni nada fuera de su sitio. Nada extraño.

—En alguna ocasión, el inspector me comentó que poseía una caja fuerte con documentación...

—En efecto, Iturri dispone de una caja de seguridad empotrada con sistema electrónico de apertura, que procedieron a abrir... Déjame que compruebe el informe. —Jugueteeó unos instantes con su iPad—. Aquí está. Sí, cierto. En el interior de la caja encontraron documentación, fotografías, un par de pistolas y algo de dinero. Los expedientes que revisamos trataban todos de casos antiguos, sin excepción, previos al año 2000. En suma, nada que nos ayude en nuestra...

Le interrumpí.

—¿Tu gente encontró algún expediente que respondiera a los códigos Le Mans o Salamandra? Porque cuando acudieron al domicilio de Iturri esos datos no estaban



sobre la mesa.

—Lo desconozco, tendría que comprobarlo.

—¿Y no podríamos comprobarlo nosotros mismos, Villegas? Me refiero a ir en persona. Podríamos hacerlo Matías y yo. No nos llevará mucho tiempo. Quizá yo vea algo que la gente de Auguste no vio...

El francés no disimuló su gesto de disgusto.

—Lo sé, Auguste, sé que tu gente es de primera y están bien entrenados; por lo menos, mucho mejor entrenados que yo, pero conozco al secuestrado. Y fui yo, y no alguien de un cuerpo de seguridad, quien recibió el mensaje. Además, ¿qué podemos perder? Si ya habéis entrado en su casa, no importará volver a hacerlo. Discretamente, también.

—Pues yo creo que debemos investigar a los del Volkswagen —insistió la Chata tozuda.

—De acuerdo. Si te vas a quedar más tranquila, hazlo. Pero con cuidado, que hay un niño por medio. Has dicho que esa casa cuenta con wifi, ¿no?

—Así es, jefe.

—Indaga un poco en esa conexión. Mira si hay búsquedas con palabras clave o puedes captar direcciones... ¿Le podéis echar una mano, Auguste?

—Naturalmente. ¿Nos ponemos tú y yo con el resto?

—¡Claro! Empezaremos a las siete. Ahora, descansaremos un rato.

—Te ayudaremos a recoger esto, Lola —dijo Matías.

—¡Ni hablar! Yo te ayudaré a recogerlo. Esta habitación te la quedas tú: no sólo huele a podrido, llevas dos horas llenándola de humo. Dame tu llave, me quedo con tu habitación.

Era noche cerrada. Había vuelto a nevar.

9 de diciembre

Desayunamos en la pensión.

—¿Pan? —me pregunta Pierre, el forense, divertido. El alcohol le ha desinhibido por completo.

—Tostadas con mantequilla y mermelada. Y puedo certificar que ninguno de los tres alimentos era *light*. Pero puse sacarina en el café, para compensar...

—¿Qué te dirá el dietista?

—Ochenta euros. Eso dirá. Me cobra más cuanto más engordo. Aun así, ha estado bien, lo he saboreado. A lo mejor, llego a los cien.

—¡Es divertido esto!

—¿Qué?

—Pagar por que te riñan. Pagar por los fracasos. ¿No sería más fácil cerrar la boca?

—¡Cómo se nota que estás delgado, Pierre! Los flacos no pueden comprenderlo —le recrimino.

—Lo comprendo perfectamente, se trata de voluntad. De cerrar la boca.

—¡Cerrar la boca, cerrar la boca! Siempre la misma recomendación. Yo como mucho menos que tú y, mírame, podría buscar trufas con los cerdos. Tú comes como una lima y bebes como una esponja. Me gustaría verte en mi posición, o en la de Lola. Si tuvieras tendencia a engordar, ya veríamos si cerrabas la boca —argumenta Noël.

—¡Ya estamos con las tendencias! Siempre echando balones fuera. Cuando yo veo un cadáver no veo tendencias, veo hechos: el tamaño del hígado, la obturación de la coronaria, las placas de ateroma... Un asesino no es un tío con una tendencia, es un tío con voluntad asesina. Un gordo no es una persona con tendencia a la obesidad, es alguien con nula voluntad para cerrar la boca. ¿Quieres adelgazar, Lola? ¿Quieres adelgazar, Noël? Dejad de comer.

El fiscal está rojo de enfadado y a punto de saltar. Yo no. No estoy de acuerdo con él, pero no quiero discutir.

—Iturri no fue secuestrado porque hiciera mal su trabajo, sino porque alguien lo decidió así. Y alguien decidió que Noël y yo engordemos mientras tú no lo haces comiendo los tres lo mismo.

—¿Y toda esta discusión a qué viene? —indaga el comisario Mathieu.

—A que Lola se comió una tostada con mantequilla y mermelada...

—Dos —susurro—. Ochenta euros. Camino de los cien. Entono el *mea culpa*.

—Vale, te perdonamos si sigues con la historia. ¡Einstein, despierta! ¿Por qué no nos preparas algún coctel bajo en calorías, *please*? A Lola se le está pasando la

cogorza. Cuando empiece a estar sobria, dejará de largar...

—Tienes razón. ¡Toda la razón! Villegas me va a matar.

—Bueno, eso vendrá luego, tú sigue.

Tras el desayuno, fuimos a buscar los coches, a resguardo en un aparcamiento cercano. En el trayecto, mi móvil pitó. Yo no lo oí. Mis relaciones con esos aparatos son de animadversión mutua: yo los extravía con facilidad y ellos se empeñan en jugarme malas pasadas. Recuerdo la ocasión en que escribí un inocente mensaje a uno de mis hijos, postrado en cama con fiebre, que se empeñaba en levantarse porque tenía que ir a un partido de baloncesto: «Cariño, sé bueno y espérame en la cama, no tardo». Por error (aún no sé cómo lo hice) lo envié a todos mis contactos. En aquella ocasión, tenía el móvil en el bolso. De todos modos, estaba tan excitada que no lo habría oído aunque lo hubiese tenido en la mano. Fue Matías quien me avisó. Inmediatamente, pensé en Jaime. Pero el mensaje no era suyo. El comandante notó mi cara de extrañeza.

—¿Malas noticias?

—¿Malas? No, sólo extrañas. Quizá...

—¿Iturri?

Volví a leerlo: «A Tintorería Manchas Difíciles le gusta Gortari».

—¿Y bien?

—Sé que te va a sonar a guasa, Matías, pero ¿tenéis alguna relación con el MI6?

—Naturalmente, ¿por qué?

—Porque creo que este mensaje procede de esa agencia.

Le pasé el móvil.

—¿Y por qué piensas eso?

—Es largo de explicar, Matías...

—Vale, lo entiendo. ¿Cómo de segura estás de la procedencia?

—Digamos que al noventa por ciento. ¿Te suena alguien apellidado Gortari?

El comandante lo sopesó mientras pisaba un cigarrillo y encendía el siguiente.

—Hay un miembro de la Organización con ese apellido en la cárcel... Rectifico: lo hubo. Se suicidó el otoño pasado.

—Pues entonces no sé qué significa —confesé.

Matías seguía callado. Finalmente, levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—Dime una cosa, jueza: ¿qué relación tienes tú con el MI6?

Puse cara de inocencia.

—Ninguna, pero mi tintorero sí la tiene.

—¿Es algún tipo de broma judicial?

—No, es la pura verdad. Pero larga y complicada de explicar...

—Como todo lo que tiene que ver con el MI6 y, al parecer, contigo. ¡Estás llena de recovecos!

De inmediato, el pan me vino a la cabeza. Identifiqué recovecos con michelines.  
¡Maldita obsesión, quién viviera en los tiempos de Rubens!

—Llamaremos a Villegas. Que vayan investigándolo mientras registramos la casa del inspector Iturri.

—¿Y cómo vamos a entrar?

—No te preocupes, Lola, técnicas policiales... —señaló con cierta conmiseración en la voz.

Dicen que la nieve templaba el ambiente. Recuerdo que un amigo de Jaime que se dedicaba a la meteorología me explicó en una ocasión que para que la lluvia se solidifique deben darse ciertas condiciones de temperatura, humedad, etcétera. Para ser sincera, no consigo evocar claramente aquella conversación. No recuerdo si, en efecto, había un etcétera, o la humedad formaba o no parte de la ecuación. Lo que no he olvidado es la afirmación de que la nieve suaviza el clima extremo, mitiga las bajas temperaturas, y que, por eso, se está mejor cuando nieva.

Nevaba, pero digan lo que digan los científicos, hacía muchísimo frío, un frío glacial, atroz. El día estaba oscuro y la luz, a aquella temprana hora, se repartía con cuentagotas. Gracias al cielo, no sufrimos los rigores más allá del primer golpe, ya que entre la casa de Iturri y el lugar donde encontramos una plaza de aparcamiento libre apenas había trescientos metros. Aun así, avanzamos deprisa. Más por los nervios que por el frío. O quizá por los dos. Creo que nunca había adelantado a paso tan firme con tacones como aquel día.

El inspector vive en un edificio antiguo, recientemente remodelado. Desaparecimos en el portal por la puerta, que encontramos abierta, y subimos al segundo piso por la escalera. Al alcanzar el último recodo, tuve una premonición y se me estremeció todo el cuerpo. Por un momento, temí encontrarlo allí, muerto. Es un pensamiento estúpido, propio de quien ha fumado algo mucho más fuerte que un Gauloises, lo sé. Pero todo estaba resultando tan irreal, tan extraño, que me sentía aturrida, sobrepasada por los acontecimientos. Tenía la impresión de que, al doblar la esquina, nos tropezaríamos con Iturri con la pipa colgada de los dientes, echando humo gris por la nariz. O colgado de la lámpara.

Un pequeño golpe y la puerta se abrió. Matías empleó apenas un par de minutos y dos ganzúas, una recta y otra con forma de L, en anular la seguridad de aquella puerta.

—¡Me encanta hacer esto! —confesó. Se había puesto de un humor excelente. Supuse que, perteneciendo al bando de los buenos, no tendría demasiadas oportunidades de practicar.

—Por lo que veo, se te da bastante bien. Me alegro —constaté de buen grado.

Entramos. Reinaba cierta oscuridad en la entrada del apartamento, que olía a limpio. Pensé encontrar un aire rancio, ese olor que de forma indisoluble se une al consumo exagerado de tabaco. Pese a ser Iturri un fumador empedernido, no fue así. Al fondo, por el balcón entornado, llegaba una luz mortecina procedente del exterior, pero era tan tenue que Matías tropezó con una butaca al pasar y se hizo daño. Tras unos instantes de frotarse la espinilla, maldijo en voz alta, bajó del todo las persianas y encendió la luz.

No me extrañó lo que vi: un espacio diáfano, escrupulosamente blanco, con pocas piezas muy bien escogidas.

—¡Vaya! Hubiera apostado por algo más funcional. Más práctico. No sé, lo propio de un hombre soltero. Parece la casa de un *yuppie* con servicio doméstico.

—Entiendo; teníamos que encontrar ropa por el suelo, suciedad, latas vacías de cerveza y mal gusto. ¡Cómo se nota que no conoces al inspector Iturri! Es maniáticamente ordenado. Le encanta la decoración y tiene las antigüedades como *hobby*. Su única afición.

—La fotografía, desde luego, no lo es. ¡Qué tío tan raro! ¿En qué casa no hay marcos de fotos?

Sonreí. Es que no le conoce.

Juan Iturri nunca habla de su vida privada, en parte porque es muy reservado, en parte porque no tiene. En sintonía, en su apartamento, no se exhiben marcos de fotos ni retratos familiares, ni momentos inmortalizados con instantáneas. Sólo una imagen de su madre, unos años antes de fallecer, tomada de mala manera y a destiempo. Y un recorte de periódico enmarcado. La protagonista soy yo, en el acto de toma de posesión de mi cargo de magistrada del Tribunal Supremo, con ojos serios y rubor en el rostro.

De pronto, Matías pareció perder interés en la casa y, dejándome con la palabra en la boca, se dirigió hacia el despacho, el lugar donde Iturri había situado la caja de seguridad. Yo me quedé rezagada. Iba fijándome en lo que me rodeaba. No recordaba haberle enviado aquella simpática felicitación de Navidad ni aquel cenicero de piedra volcánica que compré pensando en él cuando fuimos a Canarias. La figurita de plástico de Elvis, capaz de mover la cintura, era una auténtica horterada que me hizo evocar viejos tiempos y, a la par, sonreír y emocionarme. Estaba afectada, para qué voy a negarlo.

Cuando llegué, Matías tenía la caja abierta. En este caso, no era mérito suyo: Auguste le había proporcionado las claves. Como nos había contado el comandante francés, en el interior del habitáculo, encontramos una colección de expedientes antiguos, dentro de una carpeta negra, algo de dinero en metálico (dólares, euros, libras y soles peruanos), dos teléfonos móviles y dos pistolas.

—*Et voilà!* ¿Quieres echar un vistazo?

—¡Creí que nunca lo dirías! Por cierto, ¿por qué hablamos en voz baja si hemos encendido la luz?

—En eso tienes razón, démonos prisa. No querría tener que molestar a Auguste para que nos sacase de una celda acusados de allanamiento de morada.

Examinamos la carpeta, no demasiado gruesa. Casi todos los casos en ella guardados eran antiguos, de al menos veinte años atrás, y la mayoría incluían copias de partes forenses, declaraciones, fotografías y otras pruebas correspondientes a expedientes de poca monta. La lectura resultó frustrante: no hallamos ni una sola referencia a los términos que buscábamos. Ni Le Mans ni Salamandra aparecían por ningún sitio.

—Aquí no vamos a encontrar nada, Lola.

Asentí. Pero no me moví de la silla.

—Mientras miro estos informes me pregunto por qué Iturri los tiene bajo llave, en una caja de seguridad. Son casos del ámbito penal, pero de poca importancia. De algunos me acuerdo porque los he instruido yo; de otros no. Pero sea como sea, no entiendo por qué están aquí. La mayor parte de las esculturas de la casa valen más que todo esto junto.

—En eso no puedo ayudarte, jueza. Pero esa razón no va a ayudarnos a encontrar al dueño de la caja de seguridad. Deberíamos marcharnos...

—Tienes razón...

Volvimos a colocar el dinero, las armas y los expedientes en el interior del habitáculo, y lo cerramos.

—¿Y si echamos un vistazo al resto de la casa?

—Ya lo ha hecho el equipo de Auguste, pero si te empeñas...

Habíamos recalado en el dormitorio, sin duda, la habitación mayor de la casa. Normalmente, la gente corriente, con vidas y familias corrientes, entre las que me incluyo, destina la mayor cantidad del espacio de su vivienda al salón, el cuarto de estar, la cocina, o cualquier otra zona que se disfruta en común. Los dormitorios suelen llevarse la peor parte, por aquello de que, total, sólo son para dormir y los sueños no necesitan vistas. Iturri, sin embargo, no pertenece al común de los mortales. No posee una vida corriente ni una familia corriente. Vive solo y cuenta con pocos amigos, que además no visitamos su casa, por lo que el concepto de las zonas compartidas carece de sentido para él. Me había hablado de ello en algunas ocasiones, sacándome los colores. «Quizá no lo sepas, pero las camas sirven para otras cosas, amén del descanso, jueza. En mi casa, el mueble más caro es la cama, y, dentro de ella, el colchón. Me encantan las camas. Me gusta desayunar en la cama, trabajar en la cama, leer en la cama, ver la televisión tumbado entre almohadones, desplegar allí mis papeles. Te encantaría mi cama, Lola: te lo aseguro». Con el recuerdo en los labios, permanecí en la puerta, observando. La parte central de la habitación estaba ocupada por un magnífico colchón sin cabecero, cubierto por un edredón nórdico blanco. Al menos, contaba con una anchura de dos metros. Las plumas del edredón se apiñaban en algunas zonas ondulando la superficie, que por un momento me recordó a la capa de nubes que se ven desde la ventanilla del avión. A la derecha, una cómoda antigua y una pared cubierta por marcos antiguos, sin pintura. Las almohadas también eran blancas. A la izquierda, mirando hacia el balcón, había situado un banco de remo. El conjunto resultaba armonioso. Algunos de los marcos eran simplemente preciosos. Conocía la afición de Iturri por las antigüedades porque la compartíamos. El corazón me dio un vuelco y no logré avanzar.

—No tengo por costumbre fisgar en los dormitorios de los demás, pero ya que estamos aquí creo que merece la pena echar un vistazo. De no hacerlo, quizá luego nos arrepintamos. Yo, por ejemplo, tengo una caja de seguridad, pero guardo las joyas bajo la almohada cuando salgo un par de días. En fin, ¿te parece si tú...?

—¡De modo que es cierto que no te acuestas con él!

—¡Pero qué obsesivos sois los hombres, completamente lineales! Anda, mira, por favor.

—¿Debajo de la almohada?

Medio en broma medio en serio, metió la mano bajo la tela blanca e hizo como si encontrara algo.

—¡Venga, no me tomes el pelo! No estoy para bromas.

—No te tomo el pelo, Lola. Aquí hay una carpeta. ¿Alguna vez comentaste con el inspector el curioso modo de ocultar tus alhajas?

—Pues no lo recuerdo, es posible. Son tantos años, creo que le he contado hasta mi cate de matemáticas. Pero ¿qué más da? Déjame ver.

—Fíjate en el encabezamiento: Le Mans.



Los vahos del tiempo son tan densos como los de las duchas largas y ardientes, pero se disipan con sólo abrir las ventanas. Con las telarañas de la mente ocurre algo similar. Por más que me había esforzado en recordar Le Mans, no había logrado hacer emerger más que un caso relativo al robo de coches de alta gama. Sin embargo, al ver las transcripciones de las declaraciones, se me abrieron por completo las ventanas interiores.

Le Mans era el nombre en clave con que los investigadores de la Policía Nacional y la Guardia Civil bautizaron a la operación que les permitió desarticular a un grupo criminal dedicado a la sustracción de vehículos de lujo. Los coches eran transportados por carretera para ser posteriormente vendidos en Europa del Este y Rusia. El grupo estaba compuesto por cuatro hombres y una mujer, todos de nacionalidad rumana y de nombres difícilmente reproducibles, de entre veinte y cuarenta y un años. Los investigadores tenían constancia del robo de treinta y seis vehículos en las provincias de Málaga, Toledo, Cádiz y Madrid, aunque suponían que eran muchos más. Llevaban meses tras ellos. Por fin, localizaron su base en la localidad madrileña de Villamanrique de Tajo, a unos sesenta kilómetros de la capital. Allí disponían de dos naves industriales donde guardaban los vehículos y los maquillaban dotándoles de nuevos números de bastidor procedentes de coches siniestrados, placas de matrícula y documentación falsa. En la redada, los agentes se incautaron de siete vehículos sustraídos, y tres millones de pesetas y seiscientos mil dólares en metálico.

Las pesquisas que siguieron a las detenciones permitieron averiguar que el grupo contaba con una red de talleres satélites en provincias, donde les ayudaban a maquillar y a tunear los vehículos cuando tenían sobredemanda. Uno de esos talleres estaba en Navarra, por eso el caso llegó a mi mesa. Aquel día estaba de guardia. Y, por aquel entonces, Juan Iturri pertenecía a la policía judicial adjunta de los juzgados de Pamplona.

La carpeta no era muy gruesa, ni muy interesante, al menos para mí, que ni entiendo ni me gustan los coches. Matías, sin embargo, parecía más entretenido. Comentaba datos acerca de un Ferrari 360 Modena de color rojo... Un segundo. Puede que mi mente esté mezclando los nombres. Ahora que lo pienso, esa es la denominación de un vinagre; el vinagre que más me gusta, dicho sea de paso, aunque, para variar, mi dietista me lo tiene prohibido: sólo me permite tomar vinagre de manzana. Sea porque el nombre me recordara que mi médico me iba a poner verde, además de cobrarme, sea porque me estaba cansando de historias, perdí la paciencia y corté la verborrea de Matías.

—Robaron un Ferrari, de acuerdo. Desde entonces, han pasado veinte años. La cuestión no es esa, sino qué tendrá que ver ese Ferrari con el secuestro de Iturri. ¿Querría decirnos que sus secuestradores son rumanos y que no se trata de la

Organización? Y ahora que lo pienso, ¿cómo sabía que yo iba a venir aquí y a mirar bajo su almohada? ¿Acaso conocía las intenciones de sus secuestradores? ¡Por todos los santos, me estoy poniendo de un humor de perros!

—¿Por qué no dejas los peros para cuando acabemos? Aún te quedan papeles por leer, y tú eres la jueza. Si hay algo raro, tendrás que encontrarlo tú. ¿Ha aparecido alguna salamandra?

—Aún no.

—Pues entonces continúa. Voy a echar un vistazo en la basura.

—A tus órdenes, comandante.

Matías me entregó la carpeta. Comencé a pasar hojas. Los informes sobre el supuesto taller colaborador sito en la capital navarra ocupaban el resto del expediente. Por lo que allí certificaba, no se pudo probar que el propietario del citado establecimiento estuviera conscientemente implicado en el hecho. Estaba tan sorprendido como nosotros, aunque sacar ese hecho a la luz le había permitido descifrar el enigma de por qué algunos meses se consumía un treinta por ciento más de energía que otros. Miré la fotografía del dueño: parecía una buena persona. Y la del empleado huido y nunca encontrado, también de nacionalidad rumana, que, al parecer, permitía el uso nocturno y fraudulento del local. Sólo quedaba un sobre marrón al final del expediente. Lo abrí y extraje su contenido.

Se trataba de una confesión escrita de puño y letra por un tal Iñaki Pérez, de diecisiete años. Admitía haber cobrado ciertas cantidades, muy magras respecto al negocio, por haber ayudado a pintar y a reparar algunos vehículos a petición del empleado del taller y de uno de los rumanos implicados en Le Mans. De haber sido adulto, se le deberían haber imputado sendos delitos, al menos, el de receptación. Sin embargo, su nombre no aparecía en el sumario. De hecho, no apareció nunca. O me hubiera acordado. De los menores que acaban en los reformatorios siempre me acuerdo. Es un despilfarro que la sociedad no puede permitirse. ¿Por qué no figuraba en el expediente original, habiendo una confesión? Volví a mirar en el interior del sobre. Pegada a las paredes había una fotografía. Me costó extraerla, porque la tinta se había adherido al papel. Lo hice con mucho cuidado para no estropearla. Me ardían los dedos. Me subí las gafas y contemplé la imagen. Delante tenía a un chaval grueso, con mirada tímida. Iba peinado con rastas y llevaba las orejas agujeradas por múltiples pendientes. Pero lo que más destacaba en aquel rostro era la enorme mancha rojiza que le cubría el ojo derecho. En la parte inferior, con su inconfundible letra, Iturri había escrito a bolígrafo: «Salamandra».

—Matías, ¿te acuerdas cómo se llamaba el dueño del Volkswagen, el del niño pequeño?

—¿El que seguimos el otro día hasta esa casa alquilada?

—Ese, sí.

—Ignacio Pérez Cóndor, ¿por qué?

—Porque creo haber encontrado a Salamandra.

Vino corriendo.

—¿Cómo ha llegado esa carpeta hasta esa almohada? Mi equipo asegura que revisó el piso de cabo a rabo. Miraron por todas partes, incluso bajo las almohadas y las camas. Certifican que no estaba allí. Y yo, como es natural, les creo.

Con las nuevas en la mano, habíamos telefoneado a Villegas y a Auguste Claudel y nos habíamos vuelto a reunir, esta vez en un pequeño café cercano a la casa de Iturri. El teniente coronel permanecía callado, meditabundo; el comandante francés, ni callado ni sereno.

—No tenemos ni idea, querido amigo. Lo más probable es que lo dejaran después. De cualquier forma, nadie niega que tu gente sea excepcional, pero el caso es que tenemos una pista y debemos seguirla —terció Matías.

Pero Auguste no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Negativo. No estoy de acuerdo. Ni hablar. Estoy convencido de que alguien ha sembrado ese piso. Ha colocado la pista exprofeso. ¡Está tratando de despistarnos! ¡Nos está tomando el pelo! Hace dos días, esa carpeta no existía, y ahora de pronto aparece como por ensalmo. ¿Es que no lo veis?: ¡la han puesto ahí para que tú la encontraras! No resultaba difícil de adivinar que, tarde o temprano, irías a su casa, Lola.

—¿Y quién podría saber que miraríamos bajo la almohada?

—El mismo que te mandó ese mensaje, el de la tintorería. Por el motivo que sea, el MI6 quiere despistarnos.

Negué vivamente con la cabeza. En aquel momento era yo la que estaba enfadándose.

—¡Por favor, el MI6 es de los nuestros! Me refiero a que es de los buenos. Y mi amigo es completamente de fiar. Él fue el que me recordó que yo había instruido la pieza navarra del caso Le Mans.

—¡No te digo, ahí está! Ha sido él. ¿Sabes quién se apellida Gortari, Lola?: la puñetera esposa del puñetero Ignacio Pérez, el del Volkswagen, el del niño pequeño, al que dices que llaman Salamandra. ¿Acaso no han filtrado ese expediente para despistarnos? Mientras nosotros perseguimos a una pareja recién casada con un niño de meses, bajo la creencia de que hace veinte años el tipo delinquiró maquillando coches robados, el secuestrado se pudre en un zulo.

—¿Por qué? ¿Acaso no persiguen lo mismo que nosotros? ¿Acaso no desean que localicemos a Iturri? Lo que dices carece de la lógica más elemental.

Villegas se inclinó hacia delante y bajó la voz. Todos le imitamos.

—Puede que tenga cierta lógica, Lola...

Guardó silencio. Pero se me había agotado la paciencia.

—¿Y bien?

Suspiró.

—¡No me lo puedo creer! ¿Ahora te amilanas, ahora decides no confiar en mí?

—Lo que voy a explicarte es delicado y debe mantenerse en secreto, ¿de acuerdo?

—Sé lo que es el secreto profesional, teniente coronel.

—Muy bien. Supongo, Lola, que estarás al tanto de los problemas que el Ejército Republicano Irlandés causó en el Úlster en el último siglo, y el logro de una paz estable en 2006.

—Estoy al tanto. Por mis venas corre sangre irlandesa.

—Como en todo proceso de este tipo, tan incrustado en la urdimbre de la sociedad, en Irlanda del Norte aparecieron pequeños grupos, escisiones del IRA Auténtico y otros grupos, que se oponían al proceso y se negaban a entregar las armas. La policía los tenía bastante vigilados y la infiltración policial en ellos permitía controlar los riesgos de desestabilización. Además, los propios exterroristas convertidos a políticos empezaron a mostrar una actitud manifiestamente hostil ante ellos, lo que desanimó nuevos reclutamientos. En suma, que, si bien continuaba la monitorización y el seguimiento, todo parecía avanzar por el camino previsto. Sin embargo, en los últimos meses, han empezado a surgir informaciones, aún sin confirmar, que sostienen que una de esas facciones disidentes ha comenzado a rearmarse, siendo combatidos de forma activa por todos los que, desde el lado católico, no desean la vuelta atrás.

—¿Qué significa «de forma activa», Villegas?

—De momento, significa dos muertos en Belfast. Ambos son antiguos dirigentes de esa banda terrorista, uno de cada bando.

Asentí. Había seguido sus palabras pero estaba por completo perdida.

—Veamos. Supongamos que estáis en lo cierto. ¿Podéis explicarme qué tiene que ver Iturri con esos dos tipos asesinados, qué tiene que ver el secuestro de un español perteneciente a la Interpol con el IRA? Y Salamandra, ¿qué concordancias existen entre un mecánico navarro que supongo que no habrá salido nunca de España y los norirlandeses? Y la Organización, ¿qué pinta en todo esto?

—No lo sabemos, Lola. No tenemos respuesta para todas tus preguntas, pero no es descabellado pensar que dos facciones disidentes de dos bandas terroristas que se ayudaron entre sí en el pasado puedan retomar esos lazos en beneficio mutuo. Piénsalo despacio: las cosas cuadran. Siempre hemos cuestionado la pertenencia de los secuestradores a la Organización, ya que, concordando algunos datos, otros no lo hacían. Desde el principio, nos hemos extrañado de que cogieran precisamente a Iturri y de que lo hicieran en territorio francés, pero que enviaran una carta reivindicativa al Gobierno español...

Le interrumpí.

—¿Y eso qué significa? No logro ver la relación. ¿Estáis diciendo que los norirlandeses y los vascos se han puesto de acuerdo para involucrar simultáneamente a franceses, españoles y británicos, y que, por ello, el MI6 trata de confundirnos?

—Algo así...

—¡Ni *Misión imposible*! No me lo creo. Voto por llamar al MI6. Hablad con

vuestros contactos. Y yo hablaré con el mío. Mi amigo es también amigo de Iturri... Jamás le haría una cosa tan horrible.

—¡Eso no es posible! Mi Gobierno... —protestó Claudel.

El teniente coronel Villegas se llevó la mano a la espalda y sacó una pistola, que colocó sobre la mesa. Nunca he entendido bien el porqué. Es muy probable que para Auguste tuviera un sentido que para mí quedaba oculto.

—¿Por qué no, comandante? Recuerda que nosotros no hacemos política. Y recuerda también que el inspector Juan Iturri lleva cuatro largos días secuestrado... Es español. Y aunque fuera francés. No le dejaré morir si puedo evitarlo. Haremos esas llamadas.

—Mi teléfono está intervenido —informé—. ¿Puedo usar el tuyo, Matías?

—Adelante.

—Tengo una enorme mancha en el hombro...

Pronuncié la frase con tal claridad, vocalizando tanto, que sonó a chiste, aun cuando nadie se rio.

—¿Eso es todo? —me preguntó la Chata.

Nos habíamos separado. Matías y la Chata se habían venido conmigo. Villegas y Auguste se fueron por su parte: alta inteligencia. A falta de un sitio mejor, nos habíamos instalado en el coche de Matías. Él y la Chata estaban ahumándose. Fuera seguía nevando. Y haciendo un frío terrible.

—Él llamará.

Lo hizo dos minutos después. Puse el altavoz.

—¿A quién pertenece ese teléfono, Lola?

—Al comandante Matías. No sé su apellido. Dice que está limpio.

La Chata susurró algo que no entendí. Al parecer, James Moloney tiene buen oído.

—¿Y quién es la dama que os acompaña?

—¡Será cabrón! —chilló la Chata.

—Mira, James, estamos algo nerviosos, no echés más leña al fuego. Supongo que, a estas alturas, dispondrás de todos los detalles...

Oímos un suspiro. Me pareció que él tampoco estaba solo.

—Sé que, como advertiste, alguien ha secuestrado a nuestro común amigo. Y sé que no podréis encontrarlo.

No me anduve por las ramas. No tenía tiempo.

—Dime una cosa, y te pido que me digas la verdad, ¿tú sabes quién lo tiene?

—¡Por Dios, Lola! De haberlo sabido os lo habiéramos dicho de inmediato.

—De modo que no has sido tú quien ha sembrado el piso...

—¿Sembrar, pero de qué hablas?

—Dímelo tú, James.

Mi voz sonó cortante. Menos mal que no lo tenía delante.

—Supongo que cuando hablas de un piso, te refieres al piso de Iturri. Si quieres que confiese, lo haré: la última vez que nos vimos, te colocamos un localizador y te estamos siguiendo la pista por satélite. Pero con la misma sinceridad te digo que no sé nada de ninguna siembra. ¿Habéis encontrado alguna pista en ese piso? Creo que hace un par de días lo registraron los franceses, sin éxito.

Los tres nos miramos sin comprender.

Rosa empezó a soltar palabrotas.

—¡Chata, cállate! —le recriminó Matías.

—¿Chata, eres la Chata de la operación *Sortie de Accueil*?

—La misma.

Entonces, fue James el que soltó un silbido.

—¡Qué alegría! Me inclino a tus pies. Fue una auténtica machada, si me permites hablar en estos términos.

De nuevo los tres nos miramos y nos quedamos sin habla. La Chata sonreía.

—Lola, créeme, no hemos sido nosotros. Nosotros estamos a vuestra disposición en todo lo que podáis necesitar.

—Y entonces, ¿qué pasa con el rebrote del IRA?

—Estamos en ello. Y os seguimos por si ambas cosas pudieran estar relacionadas, aunque, sinceramente, yo no lo creo. A mi juicio, se trata de una lucha por el poder que nada tiene que ver con España.

—¿No sabes quién es Salamandra?

—Es obvio que no.

—Y, entonces, ¿por qué me envías un mensaje hablándome de su mujer?

—¿De su mujer? ¿Cómo voy a saber quién es su mujer?

Miré a Matías, que se llevó el dedo a los labios indicándome que me callara.

—¿Me aseguras que no sabes quién es Salamandra?

—No. ¿Y tú, Lola?

—Tengo que colgar, James. ¿Dónde me has puesto el localizador?

—¿Dónde crees? Mantén el teléfono cerca. Te tendré al tanto de cualquier novedad.

Colgué.

—Me ha caído bien tu amigo, Lola. Sabe apreciar el arte.

Matías encendió otro cigarrillo. Me bajé del coche. Mejor la nieve que el humo. Mejor el frío que la calentura.

«¿Dónde me habrá puesto el localizador?», pensé. Pero inmediatamente olvidé ese extremo para centrarme en lo importante: si James no sabía que Gortari era el apellido de la mujer de Salamandra, ¿de qué Gortari hablaba?



El último cóctel, un líquido verde clarito adornado con una guinda también verde y unas florecillas muy monas que no saben a nada, causa estragos. Desconozco los ingredientes, pero mi paladar cree reconocer algo que sabe a orujo de hierbas con un toque de pistacho y limón. Acierte o no, empiezo a notar un extraño calor subiéndome desde el cuello hasta la cara. Miro al bodegón colgado enfrente, una enorme tabla con marco dorado, y me da la impresión de que uno de los melocotones rueda lenta y sospechosamente por la mesa. Para mi desgracia, las perdices que reposan sobre la misma mesa tampoco parecen estar completamente muertas: a una se le mueve el ala. De todos modos, no soy la peor parada. Mathieu y su cuñado forense han caído fulminados y roncan a dúo. Einstein está recostado sobre la mesa de madera, dormido, pero él no ronca. Sólo Noël y yo nos mantenemos despiertos, que no sobrios. Debe de ser por el pan. Quiero decir que los dos tenemos buena masa corporal, por lo que nos hacen falta mayores dosis de alcohol. Sea como sea, estoy llegando al límite. Dejo de mirar al bodegón: tengo la sensación de que si lo hago las perdices echarán a volar.

Me siento cansada, pero la avidez del fiscal no tiene límites. Y sigue preguntando. No respondo. Mi cabeza demanda descanso. Y noticias del hospital.

—Creo que necesitas un café muy cargado, jueza —indica—. Los camareros ya se han ido y, como ves, Einstein no está para muchas, pero seguro que nos apañamos nosotros mismos. No creo que sea muy complicado...

—Si el botón de encendido está quieto...

—¿A ti también se te mueven los bichos del cuadro, Lola?

—También. Vamos a por ese café.

Al levantarme, tengo la sensación de que alguien ha ondulado el suelo que piso. O transportado el bonito edificio a una marisma en día de viento.

—¿A ti también se te mueve la tierra bajo los pies? —pregunto.

—El suelo, los muebles y las paredes. Estoy sufriendo un terremoto de escala seis.

—A mí sólo se me mueve el suelo.

Me siento en uno de los taburetes de la barra. Noël se ocupa de la cafetera.

—Creo que la última vez que me cogí una como esta fue cuando *Missouri*...

—El gato pardo de *madame* Rodain... —le interrumpo.

—En efecto, señorita, buena memoria. Mi última gran borrachera fue el día que encontré casualmente a *Missouri* cerca de la granja Milano. No estaba trabajando, buscaba trufas en un bosque próximo. *Missouri* llevaba ocho días desaparecido y mi suegro estaba desesperado porque *madame* Rodain le llamaba cada media hora. Fue una simple casualidad, una coincidencia. Cuando lo avisté, lo perseguí. Traté de cogerlo, pero salió corriendo y se adentró en esa granja, una pequeña explotación a medio camino entre Bron y Saint-Priest. Nunca había traspasado esa cadena de hierro

con un cartel de prohibido el paso, aunque tenía pinta de estar llena de setas, pero aquel día lo hice porque observé que *Missouri* se colaba en el granero. Me acerqué hasta la vivienda y llamé a la puerta. Salió a abrirme una mujer de aspecto descuidado y gesto extraño, una de esas personas que nada más verlas te resultan desagradables. Del interior llegaban olores de orines y vómitos antiguos: aquella casa era una pocilga. Le pedí excusas por entrar en su propiedad, le expliqué lo que pasaba y le rogué que me dejara entrar en el granero para atrapar a *Missouri*. Aunque no lo pareciera, aquello era un asunto policial. Con malos modos, me exigió que me fuera. Pero yo insistí tanto que ella misma entró en el granero y salió con *Missouri* sujeto por el pestorejo. Cuando me marchaba, me volví para darle de nuevo las gracias y vi que detrás de la puerta se asomaba una cara adulta, de aspecto aún más desagradable que la mujer. Regresé a casa, llamé a mi suegro y juntos nos acercamos al domicilio de *madame* Rodain para devolverle a *Missouri*.

»Aquella noche no logré pegar ojo. La cara de aquella persona oculta tras la puerta retornaba una y otra vez, como los inviernos. A la mañana siguiente fui a ver al juez. Ya sabía qué iba a decirme: sin evidencias de delito, no podíamos enviar a la policía a un domicilio particular de unos ciudadanos que estaban a bien con la sociedad y pagaban sus impuestos. Sus palabras, no obstante, me animaron. Salí de allí y llamé a un primo que trabaja en la oficina de recaudación fiscal. Me confirmó que esa gente llevaba años sin realizar las declaraciones pertinentes. Volví a ver al juez. De nuevo, me negó lo que le pedía: si no pagaban, que los de Hacienda abrieran un procedimiento administrativo. Lo dejé estar. Me convencí de que mi instinto no era tan bueno como pensaba y seguí buscando trufas. Pasados dos días, lo vi en las noticias...

—¿En las noticias?

—Según Pierre, los habían matado de un tajo en el cuello unos días antes. La fecha coincidía con el tiempo en que yo me personé en la propiedad. Eran dos niños y una niña, de entre diez y trece años. La autopsia encontró lo esperado: tejidos desgarrados, hemorragias anales y vaginales... Lo más curioso del caso es que nadie había denunciado sus desapariciones. Por los rasgos, procedían de Europa del Este. Los de París sospechan que simplemente los compraron. Localizaron sus caras en algunas películas pornográficas. Si yo hubiera sido más insistente, quizá lo habríamos evitado. O si no hubiera sido tan pesado y hubiera dejado que *Missouri* viviera a sus anchas, seguirían con vida. Maltratados, pero con vida. Llegué a casa y vacié la bodega. El dolor de cabeza me duró una semana... Ahora también me duele. Y oigo cosas extrañas. Como el sonido de un móvil: lleva rato retumbando en mi cabeza...

—Me parece que no es en tu cabeza, Noël. Yo también lo oigo. Debe de ser el de Mathieu.

Con las tazas de café en la mano, volvemos a la mesa y despertamos al comisario.

—¡Suegro, te llaman de la central! Debe de haber llegado la gente de París, o quizá sea el personal de la embajada española. Si alguien está buscando a Lola, se

estarán volviendo locos.

Mathieu se incorpora. Me arrebató la taza de las manos, se bebe mi café y contesta.

—Aquí el comisario Mathieu, ¿qué ocurre? [...] ¿Cómo?... ¡No puede ser! ¿Y dónde lo han encontrado? ¡Oh, *merde!* Vamos para allá. ¡Einstein, levanta! Prepara café: lo necesitamos por litros...

Pierre también se ha despejado. Todos permanecemos expectantes.

—Estaban terminando las indagaciones en la casa donde ha aparecido el cadáver y el inspector herido, y han hallado otro cuerpo. El tipo de París les estaba metiendo prisa, pero mi gente es muy concienzuda. Se trata de otro varón.

Pese a la dureza del momento, no puedo menos que dibujar una sonrisa. Otro varón.

—La parte trasera del jardín de la casa de la calle de L'Humanité da a un bosquecillo. Bajo uno de los árboles han encontrado el cadáver de un hombre adulto. Le han pegado dos tiros en la espalda, pero, esta vez, tiene los calcetines puestos.

—¿Saben quién es? —pregunto.

—No. No sé cómo puede ocurrir eso, pero dicen que no tiene huellas digitales. Aunque tiene una gran mancha rojiza alrededor del ojo. Supongo que con ese defecto no será tan difícil identificarle.

Me llevo las manos a la boca.

—¿Qué pasa, Lola?

—¡Una mancha en el ojo! ¡Sé quién es y vosotros también porque os acabo de hablar de él, lo llaman Salamandra! Iturri tenía razón. Cuando lo encontré tendido en el suelo, ya estaba muy mal, pero logró decirme que protegiera a Salamandra. No le presté demasiada atención...

—Esta borrachera te sirve, Lola —comenta Noël. Sólo yo lo entiendo.

Nos bebemos el café mientras llega nuestro transporte. Ninguno de nosotros está en condiciones de ponerse al volante.

Nos meten en dos coches. Me voy con Mathieu. Contaré con más probabilidades de enterarme de las novedades si estoy a su lado. En efecto, pronto tengo delante una colección de instantáneas.

Tras ingerir tres tazas de café negro, tan denso que incita el vómito, y lavarse la cara con agua fría, Pierre parece recuperar la compostura. Se sienta a mi lado. Tiene las instantáneas en la mano. Las mira y gruñe y luego suelta una retahíla de frases en francés que no comprendo. Para mí que se está acordando de la madre de alguien. Es lógico; en un pueblo tan tranquilo como Bron, dos autopsias en un mismo día son una completa exageración.

Me pasa las fotografías.

Lo que veo no deja lugar para las dudas. Se trata de una ejecución, con todas las letras: Ignacio Pérez, alias «Salamandra», yace tendido boca abajo sobre un lecho de hojarasca y barro, con una pierna doblada y la otra extendida, y los dedos como estacas clavadas al suelo. Parece haber intentado escapar de su asesino reptando y haber muerto en el intento. La mancha que le ha nutrido de apodo no se aprecia en la fotografía, pero sí los impactos de bala.

—Le atrapó a distancia. Le disparó desde lejos, de eso no hay duda. Los disparos debieron de derribarle, pero era un hombre fuerte y logró arrastrarse algunos metros antes de morir. ¿Lo ves? —me adelanta.

Lo veo. También veo a Mathieu. Sentado en el asiento del copiloto, no dice nada, pero parece confuso. Ha llamado a la oficina dos veces preguntando si «el hombre de París», el del suicidio asistido, se ha marchado ya. En ambos casos, la respuesta es negativa. Entre llamada y llamada no han mediado más de un par de minutos. Al volante va el agente que me cacheó y que no levanta los ojos de la carretera. Conduce muy despacio, en silencio, como si no tuviese prisa. O quizá teme que su jefe le llame la atención si acelera.

Cuando llegamos, reina una total confusión en la gendarmería. Un utilitario ocupa la plaza de aparcamiento reservada para el comisario, que se pone hecho un basilisco. Su voz se eleva como un grito agudo, una voz que suena más a miedo que a rabia. Aparcamos en la plaza contigua.

—¿Quién es el imbécil que ha usado mi sitio?! —brama.

—No lo sé, comisario, pero lo averiguo ahora mismo. Será alguien de fuera —tartamudea el agente.

Cuando nos quedamos solos, Mathieu me sujeta del brazo.

—No me he enterado de la mayor parte de lo que nos has contado, Lola, he bebido demasiado. Pero he sacado en claro una cosa: no estoy preparado para esto. Ni siquiera sé a quién informar. Ese hombre de París...

Su voz suena más fina que otras veces. Le sonrío a conciencia. Es un buen tipo.

—Querido comisario, yo no me preocuparía demasiado. Cuando esta gente quiere algo, lo consigue. Deja que hagan su trabajo, pero no permitas que te amilanen, tú eres el jefe aquí. Bron es tu tierra, no la de la gente de París. Y, por cierto, ¿qué ha pasado con el niño y la madre?

—No sé nada de eso. Ahora me enteraré. Gracias, Lola.

—Un placer, jefe.

Respira hondo. Y avanza hacia el interior del edificio.

—Yo también tengo que irme —se disculpa Pierre.

—A mí me gustaría, pero creo que no me van a dejar. Intentaré hablar con el hospital a ver si hay novedades sobre el estado del inspector.

—No te inquietes. El cuerpo humano es una máquina mucho más perfecta de lo que pensamos...

Se le quiebra la voz. Siento una intensa lástima.

—¿Quieres que te acompañe? Como ayudante de autopsias no sirvo, pero mi hombro pelirrojo es todo tuyo.

Sonríe. Una sonrisa cenicienta.

—Espero que el tal Salamandra no fuera fumador. Si veo otro pulmón con pintas negras, me derrumbaré. Con el anterior, fue como anticipar mi muerte; como traspasar esa maldita puerta.

Siento cómo se me encoge el corazón y desvío la vista hacia el suelo. Y mi boca, siempre tan activa, en esta ocasión no puede decir nada. Ni palabra. Para compensar mi silencio, le doy un abrazo fuerte. No sé si lo agradece o el gesto incrementa su dolor. Pero vuelve a su ser y añade:

—Por ahí viene Noël. Se quedará contigo. Es mejor compañía que yo.

—La mejor compañía es, sin duda, la de Einstein... —musito.

—Que te sea leve, tío...

La sonrisa de Noël es sincera, pero tan triste como la mía. Ambos permanecemos quietos viendo alejarse al forense. Cuando ha avanzado un trecho, nos damos la vuelta. El silencio dura un instante.

—¿Terminarás de contarme la historia, Lola?

—¡Por Dios, eres insaciable! Siento lástima por tu mujer...

Ni se inmuta por la pulla.

—¿Lo harás?

—Con dos condiciones. Me gustaría hablar con el hospital. Necesito saber de Iturri y no estoy segura de entenderme en francés con la enfermera. ¿Podrías hacerlo por mí?

—Por supuesto. ¿Y tu segunda condición?

—Necesito ir al baño. Preferiblemente, fuera de la comisaría.

Estábamos a día y medio de la finalización del plazo otorgado y seguíamos sin localizar a Iturri. En Madrid, no habían tenido más noticias de los secuestradores, pero sí habían continuado llegando comunicados procedentes de la izquierda abertzale vasca, que reafirmaban el discurso original: no era cosa suya. Se sentían preocupados tanto por la utilización fraudulenta de sus siglas como porque prendieran una mecha que podría explotarles en las manos. Del secuestrado, no decían nada. Sólo era política.

Como en la Moncloa, sin noticias de Villegas y Claudel, nosotros también seguíamos expectantes. Estábamos de nuevo en el hostel (el segundo hostel): allí permitían fumar y estábamos calentitos. Fuera de esas dos comodidades, cuanto más avanzaba el reloj, más se incrementaban mis nervios.

Acabábamos de dar cuenta de las hamburguesas y los refrescos que habíamos adquirido en un *burger* cercano. Por una vez en mi vida, de forma voluntaria no almorzaba: sólo una Coca-Cola Zero. Odio las hamburguesas prefabricadas. No he visto ningún vídeo de cómo se producen; desconozco la carne que emplean, los métodos con que las tratan, o la limpieza de las personas que las manipulan. Sólo sé que en una ocasión me comí una hamburguesa completa y me puse a morir. Entre los vómitos y la diarrea no salí del baño en dos días. Desde entonces, simplemente, no me acerco a nada que se venda en una cadena de comida basura.

El hambre aún elevaba más mi nerviosismo.

—¿Y estás seguro de que no hay nada más que podamos hacer, Matías? Supermercados objetivos, cámaras, basuras... profanaciones informáticas de esas que se ven en las películas. ¡Cualquier cosa me vale! Esta pasividad me supera — comenté.

Al escuchar mi observación, la Chata dio un brinco. Estaba sentada en la butaca de la habitación, con los pies sobre la cama, con el sempiterno cigarrillo en los labios. Bajó las botas y se puso en pie de un salto.

—¡Mierda, las profanaciones informáticas! Con el lío del MI6 había olvidado el informe. ¿Qué hora es? Quedé en llamar a primera hora de la mañana...

—¿Qué informe? —preguntó Matías, mirando, como yo, de reojo al reloj. Eran las tres y diez.

—El del Volkswagen de matrícula española...

Nos miramos sin comprender.

—¿No os acordáis? El jefe me permitió investigar el wifi de la casa que había alquilado el tío del Volkswagen, el del bebé. Pedí un estudio a la central. Y me pasaron un dato curioso: pese a tener wifi gratuito, desde que alquilaron la casa no ha habido más que una conexión de cuatro minutos y treinta segundos. Corresponde al día 6 de diciembre. El resto del tiempo nada. Me pareció raro. ¿Quién no se conecta hoy a internet para leer las noticias, ver un vídeo o enviar un *email*? Pedí que

averiguaran cuál o cuáles habían sido sus búsquedas. Prometieron tener el resultado esta mañana. Pero se me había olvidado.

—Pueden tener 3G... —replicó Matías.

Negué con la cabeza.

—Supongo que les pasará lo mismo que a mí: como su teléfono será español, no tendrán acceso. Yo me conecto por la noche al wifi del lugar donde estoy.

Matías también se puso en pie y se dirigió a su compañera.

—Llama cuanto antes: ese tipo del niño me da mala espina...

—A mí también, pero en otro sentido. ¿Me permitís que os diga algo que me inquieta? No sé, quizá no me haya enterado bien, pero es que no me cuadra.

—¡Dispara, Lola! —indicó la Chata, que ya tenía el teléfono en la mano.

—Es por el mensaje del MI6. Si lo recordáis, decía, algo así como: «A Tintorería Manchas Difíciles le gusta Gortari». En fin, que mi amigo Moloney señalaba a alguien de apellido Gortari...

—Cierto. Recuerdo que te expliqué que el Gortari que había pertenecido a la Organización se había suicidado en la cárcel...

—¡Exacto! Pero luego llegó Claudel y cambió el enfoque, al decirnos que la mujer de Ignacio Pérez, el del niño, se llamaba Gortari. Sin embargo...

La Chata lanzó el móvil sobre la cama:

—¡Ah, ya veo por dónde vas! Tu amigo Moloney no tenía ni zorra idea de quién era Salamandra y, por tanto, tampoco tiene ni puta idea de cómo se apellida su esposa. ¿De qué Gortari habla entonces? ¿Cuántos Gortari hay?

A Matías empezaron a brillarle los ojos.

—No lo sé, pero propongo averiguarlo. Quizá tenga algo que ver con el terrorista que se suicidó. Mirad, ahí están, tal vez Villegas lo sepa.

En efecto, acababan de llamar a la puerta.

—¿Novedades? —indagué, algo alterada.

—Los enviados de la Organización ya están aquí, en Lyon. Piden una cita —informó Claudel.

Villegas no dijo nada, pero se volvió para mirar a la Chata a los ojos. Ella tardó unos segundos en darse cuenta.

—¡Ah, no, ni hablar! No quiero ver a esa gente. No voy a hablar con ellos bajo ningún concepto. No. ¡Mierda, Villegas! ¿Cómo puedes pedirme esto? ¡No lo haré! Matías, ¿no vas a apoyarme?

—Sabes tan bien como yo que ni Matías ni yo podemos acudir a esa cita...

—¡No iré! Es más, no deberíamos ir ninguno de nosotros.

—Chata...

La miré a la cara. La expresión del rostro de la Chata me intrigó y me puso sobre aviso. Llevábamos varios días juntos, buscando a Iturri. Había pasado algún tiempo junto a la guardia civil. Muchas horas. Era lógico que me diera cuenta. Soy una mujer observadora, pero, de no haberlo sido, igualmente habría captado el cambio porque

era notable: su gesto de angustia resultaba tan lacerante que no pude menos que dar un paso al frente.

—Iré yo. Dime qué debo hacer, y lo haré.

Villegas y Claudel negaron al tiempo.

—¡Tú no les conoces, Lola!

—¿Y qué importancia tiene eso? Sólo quieren hablar, ¿no? Pretenden mostrar su buena fe, enterarse de todo lo que puedan y, quizá, ofrecernos alguna pista. Decidme qué información debo transmitir o averiguar y lo haré. Nos entenderemos. Soy de Bilbao. Soy de los suyos.

—Eres una jueza española.

—Al menos, no soy guardia civil ni policía. Eso ya es un punto, ¿no?

Villegas miró a la Chata: estaba sentada en el suelo, apoyada en la pared, con los brazos abrazando sus piernas y la cabeza gacha.

Matías susurró a su jefe:

—Chata no puede ir. No debe ir. Lo sabes, ¿verdad?

Se volvió hacia mí.

—Jueza, si sigue en pie, te tomo la palabra.

Asentí. Supongo, sin embargo, que mi cara debía de ser un poema, porque enseguida, con expresión de desilusión, añadió:

—No te preocupes, comprendemos a la perfección tus reticencias.

—¡Pero qué tonterías dices! Naturalmente que lo haré. Lo que ocurre es que necesito entender el sentido de esta reunión y que me instruyáis.

—La reunión la han pedido ellos. Quieren hacer ver que cooperan y así certificar que están al margen del problema. Por ello, pensamos que pueden traer algún as en la manga, algún dato que desconocemos...

—¿Sobre el paradero de Iturri?

Se encogió de hombros.

—Es posible. En todo caso, debes tener en cuenta que no son gente de garantía. Nunca lo han sido ni nunca lo serán.

Confirmé con un gesto.

—¿Sabéis quién acudirá?

—No, pero estamos seguros de que no corres ningún riesgo añadido...

—¿Y eso qué significa exactamente?

Inspiró, espiró, y luego me miró fijo a los ojos.

—Antes de que te metieran en este berenjenal, Lola, ya estabas fichada, como lo están todos tus colegas del Supremo, la Audiencia Nacional o el Tribunal Constitucional. En ese sentido, que te vean la cara no aumenta el riesgo...

—No preguntaba por el riesgo, Villegas, prefiero no pensar en ello. Me refería a tu expresión: «No exactamente». ¿Sabéis quién acudirá a la reunión o no? Espero no haber tenido nada que ver con él o ella en el pasado.

—No sabemos con certeza a quién enviarán, pero nos consta que viene o vienen



de la mano de Korki, el jefe del aparato político.

—El que manda, vamos. ¿Es un apodo?

—Sí. Desconocemos su verdadero nombre. Hemos localizado en la ciudad a un político radical vasco. Puede que sea él. O puede que no. Quizá hasta acuda el propio Korki. Os reuniréis en una cafetería. En este momento, Auguste está buscando un lugar adecuado. Han pedido que sea en Lyon. Puede que sepan que estamos aquí o puede que la información que poseen indique este punto. Eso estaría muy bien...

—De acuerdo. ¿Para cuándo está prevista esa reunión?

—Para dentro de una hora y media...

Me dio un vuelco al corazón.

—¿Te ocurre algo?

—No, no. Es que no pensaba que fuera tan inmediato...

—Vamos contrarreloj.

—Lo sé.

Me di la vuelta.

—Chata...

—Gracias, Lola.

—No hay de qué. Sólo quería saber si en una hora u hora y media te dará tiempo de hablar con esa gente, los del wifi. Por no irme con la duda Gortari en la cabeza. No sea que lo mencionen...

Villegas nos miró a las dos.

—¡La pelirroja y la Chata trabajando juntas, qué peligroso! ¿Qué líos os traéis entre manos?

—Se trata del apellido Gortari...

Fue Matías el que le puso al día.

—¿Y dices que el wifi ha estado desconectado hasta el día 6?

—Hasta y después del día 6. Salvo esos cuatro minutos y treinta segundos...

—¡Gran trabajo, Rosa! ¿Cuándo te darán el informe?... Un momento, este es Auguste.

Villegas respondió a la llamada.

—Ya tenemos el sitio, Lola. Tenemos que marcharnos...

—¡Envíame un mensaje, Chata! WhatsApp no, que no tengo wifi...

Comencé a notar el dolor sordo en la boca del estómago cuando me subí al coche de Auguste, un BMW de tamaño mediano, tirando a grande. Desconozco el modelo, pero no el color: gris perla. Tampoco el malestar me resultaba ajeno. Mi estómago no soporta el estrés. Sobrelleva con digna gravedad las puntas de trabajo, los agobios y hasta los reos rusos que se tiran al cuello de sus abogados con intenciones inconfesables. Pero no tolera otras incertidumbres.

Villegas, que iba sentado junto a Auguste, este con el cinturón puesto, aquel sin él, pasados unos metros, se dio la vuelta y dibujó una sonrisa.

—Todo saldrá bien, Lola.

—Espero que Dios te oiga. Sobre todo, por el bien de Iturri.

Auguste levantó la barbilla y me observó por el espejo retrovisor.

—Te será más fácil salir de esta bien si te alejas lo suficiente, Lola. No pienses en Iturri como tu amigo, es un policía que rescatar, punto. No pienses en lo que ha hecho la persona con la que te vas a entrevistar, es un negociador, punto. Actúa como si esto fuera tu trabajo, un caso difícil y laborioso, pero un caso al fin y al cabo. Tú no eres parte implicada, sino una funcionaria pública a la que le toca instruir un caso. Así serás mucho más eficiente. Si lo ves en términos personales, si piensas que el asesino que se sienta enfrente tiene en su mano la vida de tu amante, no sólo lo pasarás fatal, también serás vulnerable y estarás en desventaja.

No me molesté en rebatir sus palabras. Había aseverado por activa y por pasiva que Iturri no era mi amante, ni lo había sido nunca, pero cuando alguien no quiere creerte poco importa la solvencia de las pruebas que aportes.

—En tu trabajo en los juzgados supongo que estarás acostumbrada a toparte con personas mentirosas —indicó Villegas.

—Muy cierto.

—Pues entonces aprovecha esa experiencia. Esta gente no es de fiar. Ten en cuenta que, por instinto, mienten. Mienten aun cuando dicen la verdad. Ocurre con todos los que consideran que cualquier medio es lícito si les permite lograr su fin.

—Si matan, no les va a temblar la boca para mentir. Lo entiendo.

—No, no lo entiendes. Desconozco a quién envían, pero es muy probable que parezca gente normal, amable, sensata, sencilla, razonable. Incluso podrían enseñarte fotos de sus hijos. Lo que nunca te mostrarán son sus manos ensangrentadas ni sus cuernos de demonio...

—Me estás asustando, Villegas. ¿Crees que pueden secuestrarme a mí también?

Negó con la cabeza y de palabra.

—¡No, nada de eso! Sólo queremos advertirte de que pongas sus palabras en cuarentena hasta que tengas tiempo de comprobar que lo que dicen es cierto.

—Vale.

Seguimos un rato en silencio.

—¿Me vais a poner un micro o algo así?

Ambos se miraron y esbozaron una sonrisa.

—¿Micro? No nos hace falta un micrófono para seguir la conversación, Lola...  
Asentí.

—Tenéis razón, no me acordaba de que la técnica avanza una barbaridad...

—Bueno, ya estamos. Es ese café.

—¿Y cómo sabré...?

—Ellos te encontrarán. Tranquila, estaremos contigo. Muy cerca, aunque no  
puedas vernos.

—¿Me vais a dar una pistola? —pregunté.

—¿Una pistola? ¡No, ni hablar!

Ambos se habían dado la vuelta.

—¡Tranquilos, era broma!

Ninguno se rio.

No fui capaz. No pudo ser.

El tipo que apartó la silla y se sentó frente a mí, mientras se retiraba la capucha bordeada en piel sintética de una cazadora verde caqui, no era un desconocido. El hombre con el pelo rapado por los flancos y más largo por el centro, que me miraba con cinismo tras unas gafas de sol de marca, me conocía tan bien como yo le conocía a él. Muy probablemente no nos habíamos visto nunca en persona (yo a él desde luego; quizá él me hubiera seguido en alguna ocasión), pero ambos teníamos datos más que suficientes sobre el otro. Yo porque su foto cuelga de muchas si no de todas las comisarías españolas en la sección de los terroristas más buscados; él porque yo había intervenido en el procesamiento de su compañera sentimental. No recuerdo los años de condena, me suenan treinta y dos, pero sí la tipificación jurídica: terrorismo, asesinato frustrado y delitos y faltas de lesiones.

No pude sustraerme a su historial. Era un asesino, destrozaba vidas, familias y futuros, sin siquiera pestañear. Mataba, pero vivía cómodamente con la sangre en la mesilla. No estaba allí para pedir perdón a sus víctimas, ni para entregarse, ni para confesar algún delito. Estaba allí porque algún estúpido estaba poniendo en peligro su plan de pensiones. Su futuro político. Su reinserción. Estaba allí porque así lo pedía el interés de su Organización. De haber sido por él, es muy posible que Iturri ya estuviera muerto. Villegas tenía razón. No hallaría ni un resto de sinceridad en aquel hombre con el que me sentaba frente a frente.

Cuando se deshizo de los guantes y colocó las manos sobre la mesa, a menos de medio metro de distancia, retiré las mías colocándolas sobre mi regazo. Sólo con pensar que aquel hombre podría tocarme, mi estómago recordaba las hamburguesas precocinadas. Él sonrió. Se llevó las manos a los labios y sopló varias veces. Las tenía coloradas por el frío.

—No te esperaba, jueza.

—Yo a ti tampoco —respondí.

—Tendríamos que estrecharnos las manos. Habrá gente sacando fotos.

—Que hagan lo que quieran. Nosotros a lo nuestro. No tengo mucho tiempo.

—¡Vale, como quieras! Voy a pedir un café. ¿Tú quieres uno?

Iba a negarme. Pero lo pensé mejor. A mi estómago, encogido por aquella difícil reunión, le vendría bien.

—¿Sacarina, jueza? —preguntó mientras levantaba la mano para llamar a la camarera.

—Azúcar —dije. No sé por qué. Supongo que pensé que el sucedáneo me hacía parecer más débil. Aunque de inmediato me vino a la cabeza la eterna pregunta: ¿por qué ese asesino tenía el dato de que tomaba el café con sacarina?

La joven mesera acudió diligente.

—*Deux cafés au lait, s'il vous plaît.*

—Supongo que serás consciente de que lo vas a pagar tú. Esta reunión ha sido idea vuestra —le informé. Suelo pagar yo, prefiero pagar a que me inviten, así de chula soy. De Bilbao. Pero prefería no convidar a un terrorista.

Se echó a reír. Su risa parecía abierta y franca, pero me repetí a mí misma que aquel tío era un demonio de paisano. No era un simple matón, capaz de acercarse a alguien una pistola y apretar el gatillo. Ni siquiera se trataba de un ser dispuesto a rematar a un hombre herido, tendido en el suelo. Era mucho más que eso. Él no se manchaba los dedos de pólvora, ni se acercaba taimadamente a sus víctimas, para pillarlas por sorpresa y reducir el riesgo. Era un asesino premeditado, cualificado, paciente, que desde su refugio francés ordenaba peinar el mercado para elaborar una completa lista de potenciales víctimas entre jueces, cuerpos de seguridad y empresarios, para luego elegir personalmente quiénes merecían morir primero. Cuanta más sangre, mejor.

—¿Tienes algo para mí?

—Jueza, ¡qué agresiva!

—Es que tengo prisa. En veinte minutos, me marcho. Deberíamos aprovechar el tiempo.

—Esta vez, estamos en el mismo barco.

—*Astarrak umea egingo dik hi mugitzerako!* —solté. Creo que es el único refrán que conozco en euskera, pero venía al caso. «Por más que se disfrace de caballo, seguirá siendo un burro».

Volvió a reírse, esta vez con menor convencimiento.

—Es cierto, recuerdo que eras de Bilbao.

—Como tú. Adelante, qué quieres decirme. ¿Que no sois vosotros?

—No lo somos.

—¿Y por qué tendría que creerte?

Se llevó el café a la boca.

—No lo somos. Y para demostrarlo, estoy aquí. La gente del Estado francés o vosotros mismos podríais cazarme a la salida y meterme entre rejas. ¿Hace falta más prenda de buena voluntad?

—¿Y cómo sabes que no ocurrirá?

Se echó hacia atrás.

—No hemos dado esa orden. Nunca. No es cosa nuestra.

—Pero quien sea procede de vuestra camada, ¿no?

—Creemos que no.

—¿Creemos?

Asintió.

—¿Y entonces?

—¿Y por qué estáis tan empeñados en que somos nosotros?

—Porque lo muestran las pruebas. Lo que digáis de palabra no importa; sólo los hechos.

—¿Qué hechos?

Esta vez sonreí yo.

—Hechos. Datos. Pruebas que os comprometen. Todas sólidas. Todas comprobables. ¿Acaso tenéis huevos para machacar a un hombre pero no para reconocerlo?

—No somos nosotros.

No pude responder. Mi corazón volaba como vuela el dinero en vacaciones. Al verme tan cerrada, puso cara de extrañeza. Y se llevó la taza a los labios. Con tan mala suerte que se le atragantó el café. Algo muy humano, demasiado humano. Empezó a toser. Aparecieron las lágrimas. El café brotó de improviso por su nariz aguileña. Me apresuré a abrir el bolso y a sacar un paquete de pañuelos de papel, que le pasé por encima de la mesa. No me pareció suficiente. Si bien mi marido asegura que golpear la espalda de alguien que se atraganta carece de sentido, al ver lo mal que lo estaba pasando, sentí lástima. Me levanté, rodeé la mesa y me puse tras él. Sin embargo, cuando iba a palmearle la espalda, algo me detuvo. Fue como si mis manos se negaran a obedecerme. No quería entrar en contacto físico con él. Sólo pensarlo me causaba escalofríos. A quien tenía delante era a un asesino. Si de aquella se moría, mejor que mejor.

El hombre que trataba de no asfixiarse tosiendo de modo estentóreo y tomando grandes bocanadas de aire poseía un corazón de piedra. Sí, ese debía de ser el material original. Porque hasta el hierro, flemáticamente frío, se deshace ante temperaturas elevadas. La piedra para licuarse necesita lo menos un volcán.

Seguía tosiendo. Y yo continuaba en pie junto a él, sin hacer nada.

La camarera se acercó con un vaso de agua, que él rechazó con un gesto de las manos. Tenía los ojos rojos. De pronto, no sé cómo ni por qué, volví a la tierra. Y me di cuenta de que había permitido que la piedra de aquel corazón negro me contagiase. Yo misma estaba empedrando mi camino. La única noticia que debía importarme de aquel tipo era que seguía siendo hombre. Era suficiente.

Escarbé en mi propio corazón, que por momentos se volvía ferroso, y busqué allí la fuerza que necesitaba para restaurar mi naturaleza. Cuando la encontré, le palmeé la espalda.

En contacto con aquel cuerpo, experimenté una confusa mezcla de sentimientos, que no recordaba tener tan presentes: rabia, ira, miedo, nostalgia, amor, fracaso... Le ayudé, pese a que lo que me pedían las piernas era salir corriendo. Le palmeé la espalda mientras se me escapaban las lágrimas. No fue fácil. ¡Recordaba tantos funerales de amigos, de gente cercana, de desconocidos! Tuve que hacer un gran esfuerzo, pero el orgullo me ayudó. No fue simple resignación, fue orgullo. No estaba dispuesta a que un hombre, por el hecho de llevar pistola y tener la facultad de colocar mi nombre en una lista, por el hecho de tener su aliento tan cerca que hasta sabía que tomaba el café con sacarina, socavara los cimientos de mi vida. Yo no era como él. No quería serlo.

¿Que elegía ser un asesino? Era problema suyo. No estaba dispuesta a imitarle en nada, mucho menos en eso. En ese momento, caí en la cuenta de que, pese a las advertencias de Villegas, había dado una interpretación personal a aquella reunión. Estaba haciendo exactamente lo contrario de lo que me habían pedido que hiciera. Me había revestido con una toga llena de medallas, una por cada víctima, y colgado en el cinturón una pistola reglamentaria, la de mi condición de juez. Pero no había ido a juzgar, aunque aquel tipo a todas luces fuera culpable. Estaba siendo sorda a la petición de Villegas y dañando potencialmente el futuro del inspector Iturri. En ese momento, al ayudarle a sacar los pañuelos de la funda de plástico, tuve un fugaz momento de lucidez. No se trataba tanto de engañarme a mí misma como de hacer de tripas corazón. En medio de aquel café bullicioso, de mesas abigarradas, frente a aquel hombre montaraz y de malicia comprobada, me adelanté a sus intenciones y rompí la dura cáscara en la que se me estaba envolviendo el corazón, para hablar con el suyo, de piedra.

Volví a mi silla.

—¿Mejor?

Asintió.

—Hagas lo que hagas, yo siempre te ofreceré un pañuelo de papel.

Se quedó sin habla. Atónito. Y procurando que mis palabras sonaran con solemne autoridad, añadí:

—Pero sigues pagando tú.

Se echó a reír. Todavía con lágrimas en los ojos, todavía con restos de café con leche por su cara, todavía con la voz áspera y afectada por el atragantamiento, me respondió:

—Tengo un nombre para ti. Te lo cambio por tus pañuelos. El tipo que buscáis... creemos que se apellida Gortari.

Quizá vio mi cara de extrañeza y pensó que no le había oído bien, porque de inmediato repitió el apellido pronunciando muy despacio, casi letra por letra. Hizo bien, porque no salía de mi asombro. En ese momento, estaba acercándome la taza a los labios y también me atraganté. No fue tan serio como lo suyo, un par de tosecillas y un poco de agua. Pero quizá la debilidad mutua hizo más fácil aquel árido camino.

—¿Gortari, qué Gortari?

—Vivía en Belfast, pero, hace más o menos un mes, lo abandonó todo y se marchó. No sabemos dónde está. Pero anduvo metiendo las narices donde nadie lo llamaba. Su hermano militaba en nuestras filas. Pero se comportó como un *ustelari*. Siempre había sido un iluso. O un visionario, según como lo quieras mirar. En todo caso, un traidor a la causa. Se suicidó en la cárcel.

Bebí otro sorbito de agua.

—Perdona, ¿dices que se suicidó? Pues entonces no sé por qué hablamos de él ahora.

—No, no me has entendido. El de Belfast es Joseba Gortari y el suicida era

Xabier Gortari. Son dos hermanos. En realidad, son tres: también hay una chica. Los huérfanos Gortari de Oñate, toda una familia. No sabemos dónde está Joseba. Pero creemos que se encuentra aquí. De hecho, uno de mis compañeros, un miembro legal, ha ido a reunirse con él. Estamos convencidos, estamos seguros de que él está detrás de esto, anduvo metiendo las narices. Hasta se acercó a los colegas de Irlanda.

—¿Te refieres al IRA?

—Me refiero al Sinn Fein.

—¿Y sólo porque meneara la lengua dices que es él?

—No, lo digo por el material.

Sabía a qué se refería, pero con cara de tonta indagué:

—¿Qué material?

—No te hagas la tonta, jueza. Creo que es suficiente.

Se puso en pie. Yo permanecí sentada.

—No olvides pagar el café, Korki —advertí—. Porque tú eres Korki, ¿verdad?

Sonrió. Se colocó la capucha y me preguntó:

—¿Me esperan fuera?

—Deja una buena propina. Por las molestias...



Tardé un par de minutos en salir. Ni siquiera el hecho de contar, por fin, con una pista fiable lograba desentumecerme las piernas, fijas al suelo como estacas.

Por fin, reuní el valor. Respiré hondo, me puse en pie y me coloqué el abrigo. Estaba cerca de la puerta cuando la camarera que nos había servido vino hacia mí con cierta prisa y algo azorada.

—*Excusez-moi, madame, n'êtes-vous pas oublié quelque chose?*

Volví la vista hacia la mesa.

—Pues no. Creo que no he olvidado nada. Pero gracias.

—*Mais vous devez me payer les cafés.*

—¡Hijo de puta! —exclamé.

Me salió del alma. Espero que aquella chica no hablara español. Ya estaba mal que pensara que me marchaba sin pagar. Saqué la cartera, hecha un basilisco, y desembolsé los tres euros. Tuve que hacerlo con tarjeta. No llevaba metálico.

Una mierda.

La calle estaba ya en negro. Y vacía. Los franceses se retiran muy temprano. Miré a derecha e izquierda, pero no vi por ninguna parte el BMW de Auguste Claudel. Saqué el móvil y llamé a Villegas. Saltó el buzón. Esperé unos minutos y volví a intentarlo. De nuevo, la misma historia. Me estaba quedando helada, pero no podía volver a entrar en la cafetería. Y no por vergüenza, es que, cuando salí yo, pusieron el cartel de cerrado. Telefoneé a Matías. Él sí respondió.

—¡Jueza, gran actuación! Hubieras sido una guardia excelente. La Chata dice lo mismo, pero en su lenguaje. —En efecto, oí un «¡Cojonuda!» por detrás.

—Gracias. He estado a punto de cagar... de fastidiarla, pero, al final, ha salido bien. ¿Sabes quién era mi interlocutor?

—Perfectamente. He tenido casi que hacerme el harakiri para no ir con unas esposas y trincarlo allí mismo. Pero la pista es buena.

Me puse contentísima.

—Estoy en la puerta de la cafetería, esperando a Villegas. Pero no aparece.

—¡Joder, se habrán olvidado de ti! En cuanto han atado los dos cables, han salido pitando...

—¿Qué dos cables?

—El tuyo y el de la Chata. ¿Te acuerdas de su informe sobre el wifi de la casa del tipo del Volkswagen y el niño?

—Me acuerdo.

—Pues el informe decía que en el único momento en que esta gente se conectó desde esa casa, los cuatro minutos y pico del día 6 de diciembre, se accedió al buscador de Google. ¿Sabes cuál fue el término de búsqueda?

—¿Cuál?

—Juan Iturri. Blanco y en botella. Villegas y Auguste están poniendo en marcha

la operación.

—¡Qué bien! ¿Y qué se supone que tengo que hacer yo?

—Pues no lo sé. Estamos esperando instrucciones...

—¿Y no podéis venir a buscarme?

—Poder, podemos. Pero no estoy seguro de que quieran que estés allí. ¿Por qué no pillas un taxi y te vas a la pensión? Te avisamos en cuanto sepamos algo.

—¡No puedes hacerme esto, Matías! Chata, ¿lo vas a permitir? Además, no tengo dinero para el taxi...

—¡Vaya excusa más burda, jueza!

—No es ninguna excusa. He tenido que pagar los tres euros del café con tarjeta...

—¿Se ha ido sin pagar el muy cabrón?

—Lo que oyes.

—Vale. Lo intento. Pero tendrás que esperar un poco. ¿Por qué no buscas algún hotel o restaurante cercano donde puedas esperar? Te vas a quedar helada.

—Lo haré. Te llamo con las coordenadas.

Un McDonald's. Fue el único local abierto que encontré. No admitían tarjetas de crédito.

Revolví el bolso hasta dar con algunas monedas sueltas. Logré reunir un euro y noventa y siete céntimos. Puse todo mi capital sobre el mostrador.

—¿Y qué me puedes dar por esto? —pregunté en español al camarero, un ecuatoriano estudiante de intercambio. Me daba apuro sentarme, probablemente durante un rato largo, sin consumir nada.

—Pues le da justo para un McFlurry.

—¿Un qué?

—Un McFlurry, un helado de nata con pepitas de chocolate o Lacasitos. También le llega para una hamburguesa de un euro, o unas patatas fritas pequeñas, que están de oferta. O un café. Pero yo de usted no me lo tomaría, a mí me produce diarrea.

Confieso que lo sopesé. Lo del café. Las diarreas son buenas para los regímenes de adelgazamiento. Pero era un mal momento.

—Vale, patatas pequeñas. Con bastante sal.

Tardaron tres horas en volver. Puedo contarte toda la vida y milagros de Enrique Jesús Navarrete, nacido en Quito en 1995, estudiante de Humanidades; nos hicimos íntimos.

Cuando ya había perdido la esperanza, Matías entró en el local.

—Siento la espera, jueza. Ya podemos irnos.

Me despedí de Enrique Jesús con un par de besos y el deseo de una bella estancia en Europa, y le seguí. Fuimos directos a la casa que ambos habíamos avistado dos días antes. Con la perspectiva de la noche y los datos que obraban en nuestro poder, parecía mucho más siniestra.

Además del de Matías, había tres coches aparcados en la zona. De uno, con cristales tintados, se bajó Villegas y se acercó al nuestro. Abrió la puerta y se dejó caer sobre el asiento contiguo al mío.

—Gracias, Lola. No había tenido ocasión de dártelas. Os pongo al día. Los datos se confirman. El tal Joseba Gortari es hermano del terrorista suicida Xabier Gortari y de Anne Gortari, esposa de Ignacio Pérez, quien ha suscrito el contrato de alquiler de esta casa. No sabemos desde cuándo, pero lo podemos situar en este pueblo la semana pasada: las cámaras de seguridad de dos bancos cercanos lo atestiguan. Y lo que es más ilustrativo, lo captó una cámara situada enfrente de la casa de Iturri una semana antes del secuestro. Y aún hay más. Gortari telefoneó ayer a la Organización. Directamente al móvil de Korki...

—El que manda —maticé.

—El mismo. Nos lo ha confirmado un infiltrado. No sabemos cómo habrá conseguido ese número, pero...

—En la caja fuerte de la casa de Iturri —especulé.

Villegas lo sopesó un instante.

—Es muy posible. Sea como sea, se citaron en algún lugar próximo a esta zona. Les prometió información sobre «lo que estaban buscando». Esas fueron sus palabras.

—¿Y sabéis dónde están en este momento?

—Sólo sabemos que esta es la casa, su centro base. No tiene sótano, pero Iturri podría estar retenido en otra parte de la vivienda. Desde que estamos aquí no hemos detectado movimiento. Estamos esperando al informe de infrarrojos para entrar. Paciencia —me dijo, frotándome el brazo antes de salir del coche.

Miré el reloj: la una y media. Permaneceríamos en las mismas posiciones una hora más, dos horas más, tres horas más, cuatro horas más.

Fue en la zona entre soles, justo cuando el amanecer amaga, cuando enseña los dientes pero, como un estúpido caniche, no se atreve a morder. Los primeros rayos de sol mostraban tanta timidez, tal cobardía, que más que iluminar emborronaban el cielo. Hacía horas que estábamos allí. Teníamos las piernas entumecidas y el cansancio a flor de piel. La tela del asiento parecía haberse quedado pegada a la espalda, y eso que no era de ese plástico que con eufemístico humor llaman polipiel. Agradecí no haberme puesto la faja.

Nos mantuvimos despiertos, pero no totalmente. En la primera parte de la noche, conversamos sobre algunos temas banales: el café, la adolescencia, los niños, el tabaco... pero, como si hubiéramos agotado el filón, al final llegamos a un pacto de silencio. El mutismo, unido al calor de la calefacción, a la noche y al ambiente, tan cargado de humo que había que perforarlo para poder respirar, invitaba al descanso. El sueño acechaba. Habíamos echado alguna cabezadita. Condición humana. Sabes que a pocos metros está tu amigo, probablemente malherido, amenazado por hombres malvados cuyas armas pueden acabar en un instante con su vida, pero no puedes evitarlo. Y te dejas tomar por el sueño. No sé cuánto dormí. Creo que fue poco. Según mis cálculos, un par de cabezadas de un máximo de quince o veinte minutos. Pero no puedo asegurarlo. Quizá hasta ronqué. Eso lo hago muy bien.

Sobre el que el día anterior había sido el impoluto salpicadero del coche de Matías, reposaba una gran bolsa de papel en la que habíamos ido amasando los restos de nuestras compulsivas comidas. Envases acartonados para el café y el zumo. Servilletas usadas. Envoltorios de bollería variada, sobre todo magdalenas con pedacitos de chocolate negro, las preferidas por el comandante. Fuera, habían soltado el viento por sacos y la lluvia por cubos. Era un gélido día infernal.

Sonó el teléfono. Llevábamos una eternidad esperando que el silencio dejara de ser silencio y la tensa calma se convirtiera en acción, y, sin embargo, cuando lo esperado aconteció nos quedamos quietos, varados. Sólo fueron unos instantes de suspenso, que, tras dos hondos suspiros, Matías abortó al descolgar. Con los nervios, dejé caer mi bolso y todas mis vergüenzas llenaron el suelo del coche, faja incluida. Con una sonrisa amarga, empecé a recoger mis pertenencias mientras escuchaba la conversación. La Chata me echó una mano.

—¿No llevas preservativos? —me preguntó.

La pregunta me descolocó. Levanté la vista. No encontré cinismo ni descaro ni insolencia. Sólo curiosidad. Y un amago de tristeza.

—No los necesito —respondí.

—Tienes suerte —murmuró. No puedo asegurar que mi interpretación sea correcta, sólo la conozco superficialmente. Pero en su mirada creí entender su suplicio interior. Y traté de meterme en su piel. Dormir con el enemigo noche tras noche, siempre con sobredosis de preservativos y de píldoras y de cremas para no

engendrar otro felón, no debía de ser tan horrible como llegar a compartir deseos y satisfacciones; como temer quedarse enganchada al cariño que dan el roce, la piel y el cigarrillo a medias; como sentirse bajo el peligro de ser convencida, reclutada, abducida y perder de vista la senda recta.

—Una suerte, sí.

Matías continuaba al teléfono, recibiendo instrucciones. Escuchaba más que hablaba. Oteé, en lontananza, la entrada de la casa, de una quietud mineral. Y los coches contiguos en los que sí se percibía movimiento. Darían la orden de entrar en breve. Respiré hondo. Esperaba encontrar a Iturri tras esa puerta. Sabía que lloraría. Mi esperanza era que fuera de alegría.

El comandante colgó. La Chata se había puesto la cazadora y revisaba su arma. Yo, que ya llevaba el abrigo y no sabía qué hacer, me alisé sin éxito los rizos con los dedos.

—Tres minutos. —Hizo una pausa y añadió—: Lola, no puedes bajar. Debes esperar aquí.

—¿Qué? ¡Naturalmente que voy a bajar, lo saben hasta los chinos!

—No. Y espero que no hagas de esto un problema. Ahora tenemos otros mayores. El enfado me sobrevino tan de improviso como la vejez.

—¿No quieres que te dé problemas? Pues entonces os acompañaré. Si me dejas aquí, en el coche, mordiéndome las uñas, comandante, te juro que voy a ser para ti peor que un forúnculo en el culo. Por muy lúcidas que sean tus razones, voy a seguiros.

—Vas desarmada y...

—¡Desarmada y hasta desnuda os seguiré!

—Desnuda estaría bien —puntualizó la Chata.

La adrenalina había empezado a hacer efecto en ella. Parecía un león agazapado, con los músculos en tensión, a punto de saltar sobre su presa. Matías, por el contrario, seguía siendo Matías.

—Venga, Lola, no seas pesada, son los protocolos de seguridad. Eres una civil. Si te dejamos acompañarnos y ocurre algo, se me cae el pelo.

Tenía razón. Mal que me pesara, la tenía.

—De acuerdo, a ver qué te parece. Esperaré. Os daré algo de ventaja y luego os seguiré.

—Cinco minutos...

—¡La vida es eterna en cinco minutos! —canté. La Chata tarareó la melodía. Era curioso que la conociera. Demasiado joven.

—Cuatro...

—Tres y ni uno más, Matías.

—Pero tres minutos no es contar uno, dos, tres, ¿vale?

—Sincronicemos el reloj... —bromeé.

Sonó el pitido. Salieron. Ruidos de puertas abriéndose y cerrándose. Pisadas en la

grada y susurros que sonaban más que gritos. Y armas que se cargaban. Y gente que se enfundaba en chalecos antibalas.

Todo empezó.

Y yo me quedé donde estaba. Con un ojo en las manchas oscuras que avanzaban a la carrera por el oscuro camino y el otro en el reloj, un auténtico caracol.

Entraron y dejaron abierta la puerta de la vivienda, de modo que ante mí se dibujó un pequeño punto brillante. Todos mis sentidos estaban en tensión. Sobre todo el oído, pero no oí disparos, detonaciones o gritos. Sólo voces de aviso.

Luego de que se cumplieran los tres minutos, cogí el bolso y bajé del coche. Debo confesar que hubo dos intentos previos, que logré reprimir. Había dado mi palabra. Cogí las llaves y cerré. Otro de mis absurdos. El frío achicharraba las neuronas y la luz sucia el ánimo. Avancé de puntillas para evitar que los tacones se me clavaran en el suelo.

Se veía movimiento en la puerta. Desde lejos, se me antojó que todo estaba en su sitio. No había signos de lucha. Quizá nos hubiéramos confundido y aquel no era el sitio.

Si bien avanzaba decidida a abalanzarme sobre lo que quiera que hubiera dentro, al alcanzar la entrada me frené y asomé la cabeza. Eso fue todo.

La puerta estaba abierta.

Entré. En el interior la gente iba y venía.

Allí estaba el candidato.

Su cuerpo se hallaba junto a la chimenea, completamente solo. No me pareció Iturri, pero no vi ningún cuerpo más, de modo que corrí hasta él. Creo que ya sabes quién era y en qué situación se encontraba. Vomité. Y fue al levantar la cabeza cuando vi a Villegas inclinado sobre otro cuerpo. Andaba buscándole el pulso en la yugular. Sin preocuparme del hombre asesinado, completamente muerto, corrí hasta él.

Allí estaba Iturri.

El ronroneo del frigorífico próximo se me antojó impúdico.

Iturri no estaba muerto, aunque lo parecía. De hecho, escuché alguna exclamación en ese sentido. Pero no les creí. Tenía la íntima convicción de que vivía. Si hubiera ocurrido lo que todos temíamos, yo lo habría sabido.

Yacía en el suelo y presentaba un aspecto ruinoso. Vestía ropas extrañamente grandes, que le hacían parecer aún más pequeño e indefenso. Eso me impresionó tanto como los agujeros de bala, y como los golpes que saltaban a la vista, sobre todo el del ojo, inflamado y con restos de sangre coagulada. Físicamente, Iturri no es corpulento, pero tampoco enclenque y, desde luego, el inspector que yo había conocido era la antítesis de un ser desvalido. Sin embargo, en aquel momento, se me antojó un pobre desgraciado dejado de la mano de Dios. No se captaba ni un mísero signo de su antiguo orgullo, no había rastro de su hombría de donjuán, no quedaba un ápice de su natural desenvoltura o de su atrayente personalidad.

Villegas, que se encontraba arrodillado a su lado tomándole el pulso, acercó la oreja a su pecho y nos informó de lo que yo ya sabía: «¡Está vivo, llamad a una ambulancia!». Me situé a su lado. Y de pronto revivió. No abrió los ojos. Pero dedicó sus cortas energías a mencionar mi nombre. Arrastrando mucho las letras, logró decir: «Sabía que vendrías, Lola».

Villegas se sorprendió. Levantó la vista por encima de sus gafas de presbicia que veía por primera vez y me interrogó sin palabras.

—Es el olor. Siempre utilizo la misma colonia. Me identifica con ella. Es muy frecuente —le aclaré. Mi voz sonó temblona, pero no se derrumbó.

La consciencia de Iturri no duró mucho más. Su cabeza cayó hacia la izquierda.

Nos quedamos callados. Mirándole. Me senté en el suelo. Con cuidado le coloqué la cabeza en mi regazo y le acaricié la mejilla. Sentí la frialdad de su rostro y la barba de varios días. Me fijé en sus pómulos sobresalientes, en su cuello arrugado y en su cabello espeso, en aquel momento sucio y estropajoso. Me encontraba tranquila, con un sorprendente dominio de mí misma. A los demás les extrañó. Si esperaban alguna suerte de comportamiento histérico, una mirada enajenada o un llanto exagerado, se encontraron con una frialdad forense. La Chata me contempló con cierta admiración. No tenía por qué. Hasta las lagartijas como yo sabemos mantener el tipo cuando hace falta. He dado a luz a cinco hijos. En el momento en que las contracciones anunciaban el inminente crecimiento de la familia, me invadía una pasmosa tranquilidad, la misma sensación que me embarga cuando algo grave acontece. Es curioso: puedo mostrarme como un manojo de nervios ante los nimios problemas ordinarios de la vida, y asemejarme a san Lorenzo ante la hoguera en momentos de crisis graves. Como aquella.

—¡Dios mío, ¿qué te han hecho?! —susurré. La voz me traicionó. Se me cascó como la cáscara de un huevo barato, aunque no perdí la serenidad.

—No conviene que lo muevas, Lola. Si las balas están alojadas en el cerebro,



cualquier movimiento puede tener consecuencias fatales.

Asentí, pero dejé la mano posada en su mejilla, con la íntima convicción de que él podía percibir que no estaba solo. «Mientras yo viva, sean cientos o miles los kilómetros que nos separen, nunca estarás solo», pensé, sabiendo que mi mano le transmitía el mensaje.

Tras mi rifirrafe con el teniente coronel por mi empeño en quedarme a su lado, saldado con victoria, tras tunearme para parecer una amante o una idiota como explicó Villegas, finalmente nos dejaron solos. Era demasiado tarde, o demasiado temprano, según se mire, para que hubiera ruidos procedentes del exterior; del interior, llegaba el silbido del motor del frigorífico y el murmullo de la respiración de Iturri. Y mis lágrimas silenciosas. Tuve la sensación de que el mundo había menguado hasta hacerse tan pequeño que se encerraba en aquella esquina de aquella fría habitación. Juan empezó a temblar. Me desprendí del abrigo y le envolví con él. Al dejar de sentir mi mano en su cara, se agitó.

—Calma, ya estoy de vuelta.

Se tranquilizó. Entorné los ojos y comencé a cantar las canciones, poderosos emolientes, con que arrancaba el miedo a mis hijos pequeños cuando se despertaban en plena noche soñando con monstruos y fantasmas. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Todo va bien, Iturri. Descansa. Ya estás en casa...

Normalmente, a los amigos se les llama por su nombre, no por su apellido. Salvo las amistades que proceden del colegio, y que puedes emplazar por sus dos apellidos casi con el mismo deje con que el profesor les citaba al examen, se convoca a un amigo por el nombre que recibió en su nacimiento, el apodo cariñoso o el mote que le otorgan sus allegados, nunca el apellido. El apellido, si es el caso, se guarda para los compañeros o los aliados o los colegas o los aficionados a tu mismo deporte. A los amigos, el nombre. Y, sin embargo, para mí Iturri nunca fue Juan. Siempre me he preguntado el porqué. Me digo a mí misma que habrá mil razones, pero sospecho que es otra de esas pruebas inconscientes de cómo mi cabeza impugna a mi corazón, que está completamente encadenado a sus huesos.

Y por fin, querido Noël, llegasteis vosotros.

Los agentes me arrancaron de su lado con mucho menos cuidado que con el que los médicos exploraron a Iturri, le colocaron una máscara de oxígeno y lo trasladaron al hospital. Apenas me dio tiempo de plantar un suave beso en su frente (creo que es el primero que le doy conscientemente) y de decirle que fuera fuerte, que estaba con él. Luego vuestros agentes, querido fiscal, se me lanzaron encima.

Lo demás ya lo conoces. Sólo nos resta ver el modo en que el teniente coronel Villegas me linchará cuando sepa lo que he hecho.

—¿Quién es ese tal Villegas, querida Lola? Yo no le conozco. Quizá sea otro yihadista.

## EPÍLOGO

¿Por qué tomarse la molestia de descalzar a un cadáver y rellenarle el ano con unos calcetines de rayas? ¿Cinco balas y una bolsa de plástico no son suficientes? Si bien el tiempo suele poner las cosas en su sitio y descifrar todos los enigmas, supuse que, en este caso, la razón permanecería velada para mí.

Como tantas y tantas veces, me equivocaba.

Había llegado a un entente conmigo misma y había dejado de pensar en ello. Esa había sido la voluntad de Iturri. Cuando por fin despertó se lo consulté. Con un hilillo de voz, me respondió: «Se acabó», y yo respeté su palabra. Además, está Jaime. ¡Dios, en qué lío estamos metidos! Les juro que, en este caso, la culpa no es mía. Ni siquiera lateralmente. «¡Suegra, me lo enviaste con bicho! Deberías haberte muerto un poco más tarde y haber sufrido esto con nosotros. Tanta educación, tanto reclinatorio en la iglesia, ¡y mira por dónde!». Ella está muerta y a mí, como consorte, me toca aguantar. Al menos sé que no hay otra pechugona metiéndose en mi cama... Aunque estoy pensando que... ¡No, qué tontería! Eso sería muchísimo peor que lo que tenemos encima.

¿Recuerdan los mensajes de E-park y las multas? Siempre en la misma zona, frente a una embajada peligrosa. Hemos recurrido a James. Dice que puede ayudarnos. Dice que quiere ayudarnos. Pero trabaja para quien trabaja. No sé, ya veremos.

Quizá nos ocurra como con los calcetines. Aunque en este caso, he logrado comprenderlo.

La respuesta llamó a la puerta de mi despacho en la persona de una abogada procedente de Vitoria. Era de las que me gustan: poca floritura y mucha sustancia. Vino sola, sin ayudantes ni becarios. Sonreía abiertamente, pero no tardó ni un segundo en entrar en materia. Tenía buena presencia. Me fijé en que, como yo, calzaba tacones generosos, pero su cansancio acumulado no me pasó desapercibido. Ni siquiera la buena dosis de maquillaje que había consumido era capaz de disimular las muchas horas de falta de sueño acumuladas. Su cartera era de piel de buena calidad, tanto que pese a tener muchos años mantenía la dignidad, aunque una nueva sería un buen regalo de cumpleaños. Todos esos detalles me gustaron, pero, sobre todo, que traía el tema bien trabajado.

Con su petición de una reunión, venía una escueta nota que rezaba: «Quisiera hablarle de Salamandra».

Nada más saludarnos, con un fuerte apretón de manos, le pedí que dejara sus cosas en mi despacho y la invité a tomar un café en un Starbucks cercano. Quería que supiese que aquello no era oficial, de modo que, en cuanto pronunció una frase llamándome señoría, le corregí: «Señoría, no; sólo Lola, por favor».

—De acuerdo, Lola. El motivo de mi visita es que mi cliente me ha pedido que hable contigo. Debo decirte que yo he desaconsejado esta conversación, pero me

pliego a sus deseos.

Cada vez estaba más intrigada. Despejó el reloj de la manga que lo ocultaba y consultó la hora.

—Son las doce y diez. Dentro de cincuenta minutos, mi cliente tiene intención de asistir a un mitin político que se va a celebrar en Belfast, en el Reino Unido.

—Conozco el lugar —interrumpí. Aquella conversación empezaba a ponerme nerviosa.

—Se celebra en Devenish Complex. El orador es el nuevo líder de la izquierda abertzale española: Joseba Gortari. Le acompaña, como una sombra, su hermana Anne, quien, da la casualidad, es nuera de mi cliente.

Hizo una pausa, que aprovechó para ir a buscar un sobre de azúcar. Sólo había cogido sacarina. Mi nerviosismo rayaba la histeria. Rasgó el papel y vació el sobre encima de la taza blanca.

—Disculpa. Como te iba diciendo, en poco más de media hora, mi cliente asistirá a ese acto. Su acompañante lleva un arma. Es una pistola sencilla, pero a corta distancia resulta mortal.

No salía de mi asombro.

—Me estás diciendo que va a...

Asintió.

—Pero todavía no lo ha hecho...

Negó.

—Y quieres que yo la detenga...

Volvió a negar.

—No. Dice que te llamó lo menos cien veces al móvil pero que no le cogiste el teléfono.

—No respondo si no conozco quién me llama, lo siento. De todos modos, ¿cómo tenía mi número de móvil?

Me detuvo con un gesto de la mano.

—Sólo quiere que sepas que va a hacer lo que deberías haber hecho tú. Los mismos que mataron a su hijo a sangre fría, por la espalda, traicionaron a los antiguos dirigentes ofreciendo datos a la policía, con el único fin de quedarse con sus puestos. Y, en vez de meterlos en la cárcel, les habéis permitido liderar la Organización y presentarse como los salvadores del pueblo, como los pacificadores de Euskadi. ¡Hasta colocó calcetines de rayas en su ano, muy en boga en Belfast, para que culparan al IRA!

—Yo no he permitido nada...

—Tú sabías la verdad y no has hecho nada. Te has plegado a la política. ¿Acaso alguien ha respondido por el secuestro del inspector Iturri? Creo que sigue en el hospital, ¿no es así? —Asentí—. ¿Acaso alguien ha pagado por la vida de Iñaki alias Salamandra? No, nadie lo ha hecho. Ellos triunfan; mi cliente llora.

—¿Por qué hablas en plural?

—Los huérfanos Gortari son aún dos...

Cerré los ojos. Las lágrimas corrían por mis mejillas regando mi maquillaje. Saqué un pañuelo.

—¿Hay alguna posibilidad de detenerla?

—Me temo que no.

—Y, entonces, ¿qué quieres?

—Mi cliente no quiere nada. Sólo desea despedirse. En una ocasión, Iturri ayudó a su hijo. Y él no le defraudó, pese a lo que pudiera parecer.

—Lo sé...

Me detuve un instante.

—¿Lo sabes?

Asentí.

—¿Puedo hablar con ella? Quiero decirle que sé que su hijo no es culpable, sino víctima. Sé que intentó ayudar a Iturri; él mismo me pidió que cuidara de Iñaki, pero no llegué a tiempo. Lo siento muchísimo. Iturri sabe que le debe la vida. Quizá si ella lo supiera, cambiaría de opinión. ¿No quiere cuidar de su nieto?

—No lo ha visto desde que esto pasó. La madre no lo permite.

Me puse en la posición de aquella mujer desesperada. La esposa de su hijo había jugado con él y, cuando ya no le era de utilidad, lo habían tirado a la basura como cualquier papel usado.

—¡Debes convencerla para que no lo haga! Su muerte no la satisfará, ni reparará su pérdida. Se pudrirá en la cárcel sin lograr nada. Tienes que decirle que la venganza siempre llama dos veces...

Se retiró nuevamente la manga y observó el reloj.

—Creo que ya es demasiado tarde.

Corrí hacia el despacho, me conecté a un buscador y escribí «BELFAST GORTARI».

De inmediato, me llegaron las noticias.

«“Piensa en grande. Mira al futuro. Levanta la vista y atrévete a disparar a la luna”. Esas han sido las últimas palabras pronunciadas por el líder radical vasco Joseba Gortari, antes de caer abatido. Cuando se hallaba en el estrado, un hombre cubierto por un anorak verde con capucha bordeada en piel sintética ha salido de la multitud que llenaba el salón y le ha disparado dos tiros en la cabeza. Luego, ha redirigido el arma hacia su hermana y compañera de partido, Anne Gortari, situada a su derecha, y ha repetido la acción. Ambos han fallecido en el acto. Si bien las primeras impresiones apuntaban hacia un hombre de nacionalidad española, un antiguo exterrorista, de sobrenombre Korki, la suegra de Anne Gortari, que estaba presente, ha testimoniado que el asesino maldecía en inglés cuando salió corriendo y se topó con ella. Las pesquisas apuntan de nuevo hacia ese juego de poder que rodea a los norirlandeses. La política vasca tenía un hijo de corta edad, que quedará a cargo de su abuela».

## AGRADECIMIENTOS

Cuando me preguntan confieso, porque es la verdad, que no busco historias, sino que ellas me buscan a mí. No sé cómo ni por qué, pero hay una extraña química que fusiona un acontecimiento exterior, casi siempre nimio, inicuo, con un cierto estado de mi corazón y de mi mente, y sin saber cómo me encuentro escribiendo cosas que no comprendo. Parafraseando a García Márquez, podría decir que me veo «escribiendo un libro para explicarme a mí mismo lo que no se puede explicar».

Esta historia se fraguó hace ya tiempo, en una costa vasco-francesa, donde se había refugiado una galerna. Descargó su furia durante horas, hasta parecer que llegaba el infierno, un infierno del que nadie escaparía. Falsa apariencia. De pronto, los rayos de sol pugnaron con las nubes quemadas hasta iluminar la playa, desierta. Bajé. No había toallas ni turistas ni almejas, sólo amasijos de cañas y algas negras y trozos de plásticos variados y fragmentos de redes y algún que otro pez muerto y hasta una señal de tráfico. Sólo restos de dolor y muerte.

Avergonzadas por los excesos, las olas exhaustas se acercaban a la orilla como mansos caniches, las gaviotas revoloteaban sobre los corros. Me sumergí en el agua, que ya no pintaba tan fiera ni tan negra. Y paseando sola entre tanto cadáver, respirando el aire limpísimo, fundida con la arena, constaté que no hay calma más dulce que la que sigue a la tormenta, ni mayor alegría que la que se pare dolorosamente.

Una madre joven apareció con sus niños y sus balones; un hombre, con su perro. El perro también se bañó; los niños, no. Unas palas comenzaron a quitar despojos. A media tarde, el sol recapitulaba una calma distinta, sin estrenar, tan seria que no tenía nada de particular. Cada uno regresó a su casa, a mirar el mar, ya dormido, por la ventana; yo, tiritando, al hotel donde me alojaba.

Bajo la ducha caliente, recordé entonces lo que aprendí de Alfredo Conde, que «ser escritor es robarle vida a la muerte» e interpretando a mi modo al gallego, me dije que escribiría esta historia hasta robarle a la galerna todo el futuro que ofrece, y se lo ofrecería a todos los que han saboreado lo duras que son las galernas de estas tierras.

Como soy de interior, decidí dejar la pluma a Lola MacHor, que, nacida en Bilbao, nunca dice que no. Pero, como le hacía falta, pedí ayuda a quienes más saben de vientos y tempestades. A muchos de ellos no puedo citarlos como quisiera, secretos de sumario, pero debo confesar que sin Federico en Bilbao, y sin la ayuda liberalísima y amabilísima de José en París, el futuro de Lola MacHor y Juan Iturri hubiera sido otro. Con gran generosidad, Manuel Sánchez, coronel de la Guardia Civil, que acaba de recibir la Legión de Honor, la más alta distinción que otorga Francia, me abrió las puertas para asomarme a las tripas de un mundo que desconocía. Jorge López Fondón, *major of the Spanish Guardia Civil*, hizo lo propio desde Londres. Chus Buitrago se ha convertido ya en mi forense de cabecera; en esta

ocasión, hasta le he arrancado un halago. Yolanda Cagigas, que vivía su propia galerna, leyó el primer manuscrito, lo mismo que Antonia Kerrigan, mi agente, y Lola Gulias, que se ha encargado de su edición. Con ellas he coincidido en que una galerna con la simpatía de Lola MacHor, a la que ya echaba de menos, sabe mucho más dulce.

Gracias a todos, gracias a cada uno. Ha sido una gran experiencia. He aprendido mucho y lo he pasado muy bien.

Mi casa parece hoy una marca de lujo, con sedes en medio mundo. Juan en Dublín, Javier en París, Chema en Oslo, María entre Madrid y Copenhague, Lolo entre Barcelona y Suiza, Borja en Londres y Marta, Covadonga y Reyes en Pamplona. Las distancias nunca han supuesto un problema para mí, que, como cantaba Miguel Ríos, vivo en la carretera. Ni para las palabras, que vuelan sin acuse de recibo y me permiten pedirlos perdón por robaros tanto tiempo y daros las gracias por vuestra alegría ¡Aupa, chicos!

Y gracias a ti, lector, seas quien seas. «Esto va por ustedes».

Posdata.

Mamá, ¡cómo se te ocurre pensar que te había olvidado!

# Notas

[1] Moraleja de toda la vida. <<



[2] Hermanita. <<